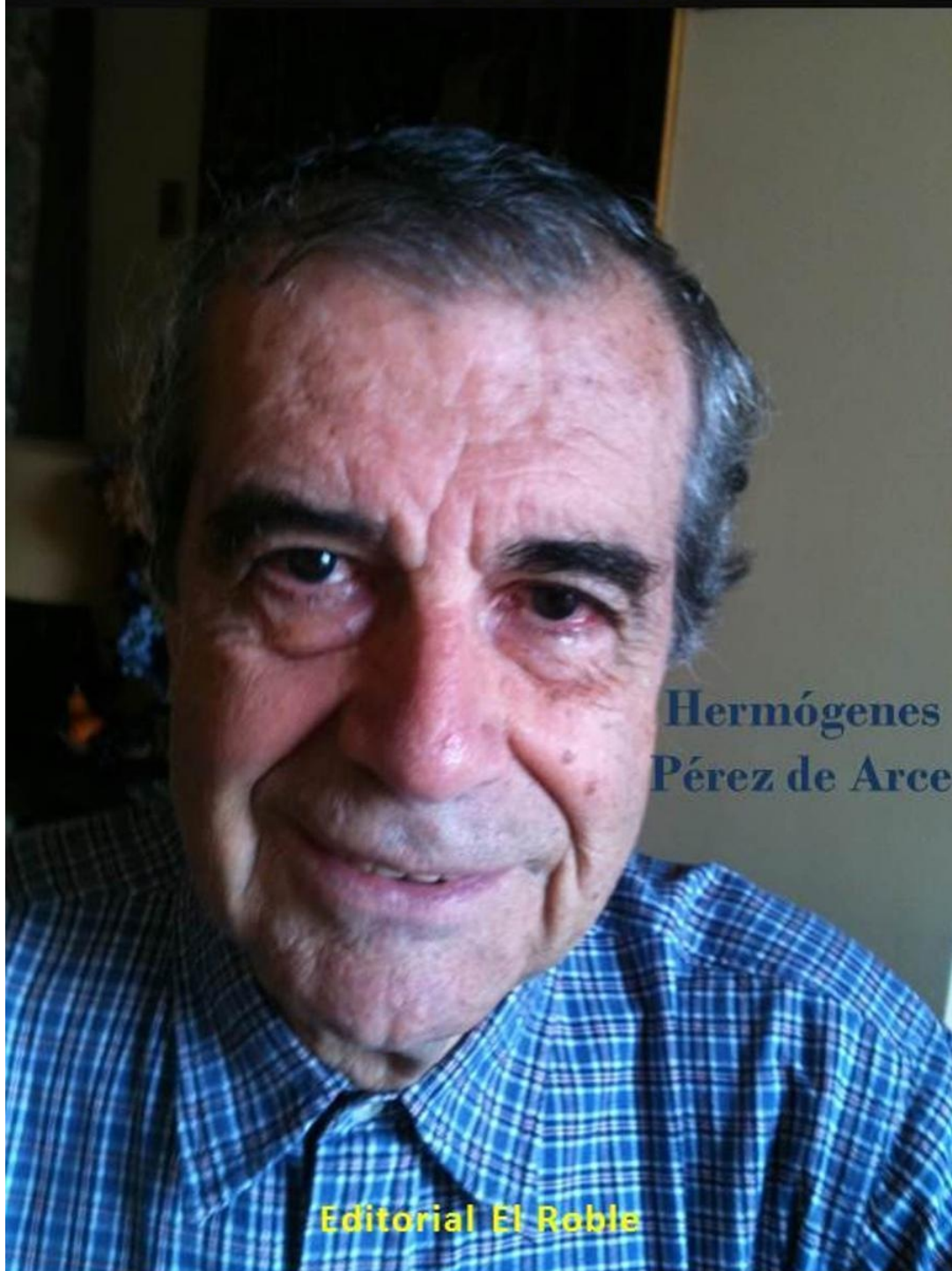


Contra la corriente

COLUMNAS SELECCIONADAS

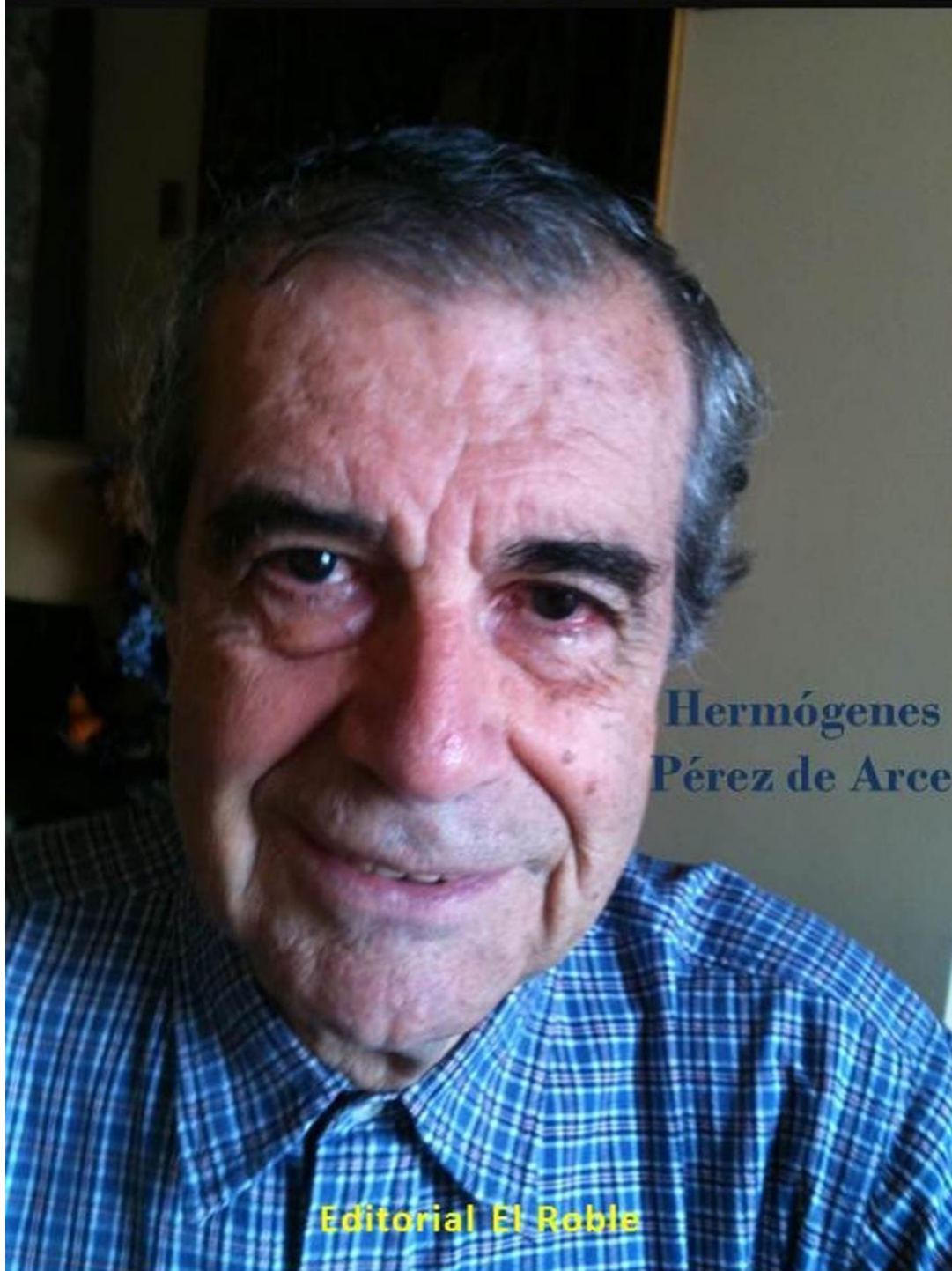


**Hermógenes
Pérez de Arce**

Editorial El Roble

Contra la corriente

COLUMNAS SELECCIONADAS



**Hermógenes
Pérez de Arce**

Editorial El Roble

Hermógenes Pérez de Arce

Contra la corriente

© Hermógenes Pérez de Arce

ISBN 978-956-239-355-3

Inscripción N° 145.042

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Hermógenes Pérez de Arce

Contra la corriente

COLUMNAS SELECCIONADAS

Editorial El Roble

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo I

En plena crisis

(1982 – 1984)

Friedman Versus Friedman

Y la Gloria Pasó de Largo

Las Otras Inversiones

Lecciones de Sor Teresa

A Propósito de la Raza

[¿Llamando a Dragón?](#)

[“Pero ¿en qué País Vive Usted?”](#)

[Las Fuerzas Atávicas](#)

[Verificaciones Histórico-Políticas](#)

[Pasillos Parlamentarios](#)

[Las Viejas Leyes](#)

[Episodios Nacionales](#)

[El Espíritu de Portales](#)

[Entre las Patas de los Caballos](#)

[La Primavera de Santiago](#)

[Explotador Quebrantado](#)

[Mirando el Mar](#)

[Antigua Tradición Republicana](#)

[Nada de Nada](#)

[¿Cuánto Vale ese Aplauso?](#)

[Réquiem para un Intento Portaliano](#)

[Fabiano, pero No Tonto](#)

[Todo, Menos la Razón](#)

[Saludable Estado de Confusión](#)

[Justicia al Mercado Libre](#)

[A la Oposición Pensante \(I\)](#)

[A la Oposición Pensante \(II\)](#)

[Libertades Poco Elegantes](#)

[**Capítulo II**](#)

[***Misión cumplida***](#)

[**\(1985 – 1989\)**](#)

[Doblan las Campanas... a Veces](#)

[Completamente Inútil](#)

[Profeta Acosado](#)

[Un Aplauso para el Lucro](#)

[Homo Oeconomicus Chilensis](#)

[Alarmantes Indicios de Cordura](#)

[¿El Padre Pierre o Yo?](#)

[Vuestro Consejo, Camaradas](#)

[Culto Político en Peligro](#)

[Miseros e Indignos](#)

[Una Lágrima para Shafik](#)

[La Visita del Relator](#)

[Un Poco Tardo](#)

[Proclamación Solemne del “Boom”](#)

[Gesto Conmovedor](#)

[Un Caso Extraño](#)

[Fuera de la Conspiración](#)

[Exceso de Temas](#)

[A Este Lado de la Barricada](#)

[Lügenstrafen*](#)

[Síntomas de Polarización](#)

[Agente Reclutador](#)

[Con la Lógica de Monseñor](#)

[La Derecha y el Gobierno](#)

[El País que Vio el Papa](#)

[Una Etapa Delicada](#)

[Columna Importante](#)

[Sin Visa Acá ni Más Allá](#)

[Tolerando Insolencias](#)

[Yo ♥ la Constitución](#)

[Chilenos de Hoy](#)

[Pago, Luego Opino](#)

[Instrucciones para la Semana](#)

[Un Caso de Conciencia](#)

[Modestia Preservada](#)

[Conciencia y Soberanía](#)

[Santos Bien Informados](#)

[Caos](#)

[¿Cuántos Son los Pobres?](#)

[Hechos](#)

[“Sí” “V/s” “No”](#)

[Los Extranjeros y Nosotros](#)

[El Candidato Civil](#)

[¿A Qué Temen los Señores Obispos?](#)

[¡Hola, Latinoamérica!](#)

[Hagamos una Pausa](#)

[Expertizaje a España](#)

[Infidencias a la Feligresía](#)

[Una Tarea para Hoy](#)

[El “Lobby” de los Pobres](#)

[¿Nos Estaremos Volviendo Serios?](#)

[Democracia Estable](#)

[Triunfo del Partidismo](#)

[Decrétese Pesadumbre General](#)

[Somos Capaces](#)

[Solución en Conciencia](#)

[Réquiem Alternativo](#)

[La Confusión Nos Hará Grandes](#)

[Artículos de Fe](#)

[Quousque Tandem, Bardón](#)

[Mala Decisión y Peores Razones](#)

[No Diré Nada](#)

[Nunca Terminaré de Recriminarme](#)

[Tal Vez Conviene Atacar a Lagos](#)

[Zeppelin Perdido Búscase](#)

[Temas Apolíticos](#)

[El Duro Oficio de Profeta](#)

[Capítulo III](#)

[Don Patricio](#)

(1990 – 1993)

La Derecha en Su Elemento

Nadie Es Profeta en Su Tierra

Ejercicio de Lógica Chilensis

Arte Diabólica Es

O Tempora! O Mores!

Antes y Después

Para Perpetua Memoria

Un Anuncio y un Epílogo

Once de Septiembre

[Desde la Distancia](#)

[El Miedo de Todos](#)

[Los Esqueletos de Nuestro Armario](#)

[Que Almuercen Juntos](#)

[Ese Sutil Perfume Totalitario](#)

[Los Nuevos Comisarios](#)

[Ni Verdad Ni Reconciliación](#)

[Test para la Historia Oficial](#)

[La Siembra y la Cosecha](#)

[Sólo el Disenso nos Puede Salvar](#)

[Arrau Tal Vez No Comprendió](#)

[Aliteraciones Autóctonas](#)

[No Pude Aplaudir](#)

[Pago de Deuda Social](#)

[Carta de Navegación](#)

[¿Qué Moral Está en Crisis?](#)

[Buscando la Verdad](#)

[Seguimos Siendo Chilenos](#)

[Mi Primera Medida](#)

[Los Hijos de las Tinieblas](#)

[Todavía Un Gran País](#)

[A La Altura de la Pingorota](#)

[En Condición Muy Igualitaria](#)

[Nuevo Episodio Nacional](#)

[No Somos Perfectos](#)

[Con el Hemisferio Derecho](#)

[Por Tres Razones](#)

[Conversación con Gorbachov](#)

[“...Y Calle Para Siempre”](#)

[La Raíz de la Discrepancia](#)

[Algo se ha Quebrado](#)

[Todo Muy Propiamente Chileno](#)

[El Burro Muerto Sigue Ahí](#)

[Los Incentivos Cambiados](#)

[“Acciones de Humildad”](#)

[Aquí Estamos](#)

["No Pisarás un Mall"](#)

[“Tertium Non Datur”](#)

[¿Puede Alguien Explicarlo?](#)

[Salto Adelante M. R.](#)

[Capítulo IV](#)

[Eduardo II](#)

(1994 – 1999)

Dueño Necesítase

¿Qué Habrían Dicho?

Balance Final

Lo que se Espera de las Derechas

Desaparición de Documento Clave

Un País Tremendo

Lavado Cerebral Mundial

Joya de Fantasía

Las Cosas en su Lugar

Mi Moto Rusa

[Esa “Cosa Chilena”](#)

[¿La Leche Derramada?](#)

[Tesis Reconfirmada](#)

[Un Consejo Para Argentina](#)

[Paroxismo de Chilenidad](#)

[El Tercer Obstáculo](#)

[Futuro Esplendor](#)

[Buenos Consejeros](#)

[Viveza de los Civiles](#)

[Hacia un Gobierno Civil](#)

[Con el Mayor Agrado](#)

[Hábitos Premodernos](#)

[¿Quién lo Iba a Pensar?](#)

[Desmalezar y Desmantelar](#)

[El Retorno de Jemmy Button](#)

[Los Pragmatismos de la Derecha](#)

[Feligrés Inquisitivo](#)

[Diario de Vida](#)

[¡Adiós, Renovación!](#)

[Predicciones Riesgosas](#)

[Inhumación Junto al Mar](#)

[Hace 23 Años](#)

[El Duro Oficio de Columnista](#)

[Viajeros y Pagadores](#)

[El Monopolio de los Políticos](#)

[¡Por Favor, No Nos Hagan Reír!](#)

[Retorno a la Partitocracia](#)

[Mil Páginas Esenciales](#)

[Una Gran Nación de Hermanos](#)

[Aylwin versus Aylwin](#)

[Preguntas de un Ingenuo](#)

[Mejor Siga Leyendo](#)

[Fecha Dolorosa](#)

[El Último Baluarte](#)

[Un Consuelo Para el Gobierno](#)

[La Tribu de los que Pierden Plata](#)

[Abrazo-País](#)

[Annus Horribilis Chilensis](#)

[Un Respiro para la Verdad](#)

[¿"Nunca Más"?](#)

[¡Tartufos!](#)

[“La Fuerza de ¿Nuestras? Ideas”](#)

[Si Eres Honrado, ¡Cuídate!](#)

[Los Dueños del País](#)

[¡Aló! ¿Belisario?](#)

[Amateurs y Profesionales](#)

[Reencuentro con Totalitarios](#)

[El Lema Olvidado](#)

[La Rana y el Escorpión](#)

[La Memoria Evaporada](#)

[El Caballero y la Recesión](#)

[El Partido Apolítico](#)

No pues, Ricardo

Dos Chiles y Dos Historias

El Odio es Más Fuerte

¿Vae Victis?

Regreso a Tontilandia

Precaria Formación Democrática

El Poder del Poder

Capítulo V

Ricardo I

(2000 – 2004)

La Democracia es Cruel

[La Política es Así](#)

[Gulliver en el País de los Enanos](#)

[¡Pobres Militares!](#)

[Lo Siento, Josefina](#)

[Los Políticos, Otra Vez](#)

[Con Una Mano en el Corazón](#)

[Mayoría Jurídicamente Derrotada](#)

[Por Qué No Hay Reactivación](#)

[Un Decenio del PRI Chileno](#)

[Una Lágrima por el Once](#)

[Pecados Secretos](#)

[Mercado Cruel](#)

[Los Impunes y los Difamados](#)

[Las Dos Terceras Vías](#)

[Cambio de Siglo y de Milenio](#)

[Lecciones de Derecho Antiguo](#)

[La Retirada Militar](#)

[La Verdad Tiene Su Hora](#)

[¡Pobres Pobres!](#)

[Cansado de Tener Razón](#)

[Los Enredos de Juanito](#)

[Mensaje para Pemberton](#)

[Formas de Crear Riqueza](#)

[No le Pidan Peras al Olmo](#)

[¿Guzmán me Está Leyendo?](#)

[¡Hasta Cuándo Molestan!](#)

[Nunca Más](#)

[Tú, Claudio...](#)

[Carta Abierta a Bush](#)

[Profecía del Undécimo Año](#)

[Chile ante Sí Mismo](#)

[Demasiado Listos](#)

[El Verdadero Lagos](#)

[El Error es más Fuerte](#)

[Estresado por los Chilenos](#)

[Hombres de Poca Fe](#)

[Frutos de la “Tercera Vía”](#)

[La Derecha Invisible](#)

[Necesito Ser Presidente](#)

[Conversaciones con Fidel](#)

[En el Nombre de Pinochet](#)

[La Concertación Sabe Crecer](#)

[En el País de la Alegría](#)

[La Democracia es Cruel](#)

[La Eterna Malicia Humana](#)

[La Otra Efeméride](#)

[Casi Medio Siglo Pagando](#)

[Inspirado por Guayasamín](#)

[Felices de Pagar](#)

[Felicidad Socialista](#)

[Nuestro 11 de Septiembre](#)

[Sinceramiento del Derecho](#)

[Peor que la Corrupción](#)

[¡No Pierdan su Tiempo!](#)

[Estoy Dejando de Existir](#)

[...Y al Primer Día Resucité](#)

[Ya les Decía Yo](#)

[Cosas de País Rico](#)

[Lo Verdaderamente Importante](#)

[Pascua Minoritaria](#)

[Generales Después de la Batalla](#)

[El que Recibe las Bofetadas](#)

[Gente que No Entiende de Política](#)

[Estoy Muy Confundido](#)

[Trabajar Así No Vale la Pena](#)

[Secretos de la Historia](#)

[Mi Defensa de los Más Débiles](#)

[Ni la Menor Esperanza](#)

[Minoritario Sobrevendido](#)

[“Para Verdades, el Tiempo”](#)

[Imposible Caer Más Bajo](#)

[Malos Pensamientos](#)

[Los Frutos del Mal](#)

[Cosas que No Sabe Casi Nadie](#)

[Un Derechista Genuino](#)

[Crónica de Otro Negocio Anunciado](#)

[Más “Pedacitos Menos”](#)

[Privados de mi Novela](#)

[Correspondencia Atrasada](#)

[Los Mismos de Siempre](#)

[¡Pobre España!](#)

[Ya No Soporto](#)

[¡A No Preocuparse, Ricardo!](#)

[Degenéresis](#)

Canonización con Disidencias

No Investigables

Prólogo

“...Luchar por el bien sin dudar ni temer

Y dispuesto al infierno arrastrar si lo ordena el deber...

De pie, soportar el dolor

Amar, la pureza sin par

Buscar la verdad del error

Vivir con los brazos abiertos

Creer en un mundo mejor

Ese es mi ideal, la estrella alcanzar

No importa cuán lejos se pueda encontrar

Y yo sé que si logro ser fiel a mi sueño ideal

Estará mi alma en paz al llegar de mi vida al final

Si hubo quien despreciando el dolor, combatió hasta el último aliento

Por ser siempre fiel a su ideal...”¹

Este libro es más –mucho más- que un testamento que nos lega la indomable valentía y compenetrante perspicacia de nuestro Don Quijote, Hermógenes Pérez de Arce. Las más de trescientas columnas que resuenan en las páginas de este libro son como una Lámpara de Diógenes, iluminando las agobiadas verdades de la historia de Chile, a lo largo de estos últimos veinte años. El historiador futuro

que no las consultara –de hecho, que no consultara las mil doscientas que ha escrito en su carrera de columnista de casi un cuarto de siglo- se haría cómplice de La Gran Mentira que ha venido adueñándose cada vez más del discurso público en Chile. El gran pensador norteamericano del siglo XIX, James Russell Lowe, se refirió a una patética situación que vivía su país y que se asemeja a la de Chile de hoy, “donde la verdad siempre está en el patíbulo, el mal siempre en el trono”.

La evocación de Don Quijote como punto de referencia a la obra de Hermógenes dista mucho de ser una imprudente superficialidad. Atendamos la frase de Mario Vargas Llosa, en su provocativo prólogo a la estupenda tetracentenaria edición de la obra maestra de Cervantes, donde reflexiona sobre la idea de la libertad de Don Quijote: “Lo que unida en el corazón de esta idea de la libertad es una desconfianza profunda de la autoridad, de los desafueros que puede cometer el poder, todo el poder...”.

¿Cómo leer esas líneas y no reconocer la incansable lucha de Hermógenes Pérez de Arce contra el poder en este país, sobre todo el inmenso (y poco advertido) poder amasado por la Concertación, un poder vitoreado mucho más que vigilado por los medios de comunicación en Chile cada vez más complaciente (y en el mundo entero, cuando se molestan en echar un vistazo a Chile)?

Demos la palabra de nuevo a Vargas Llosa: “Eso es el caballero andante: Un individuo que, motivado por una vocación generosa, se lanza por los caminos, a buscar remedio para todo lo que anda mal en el planeta. La autoridad, cuando aparece, en vez de facilitarle la tarea, se la dificulta...”.²

En sus libros, en sus columnas, Hermógenes –en la firme opinión de este “feligrés” de veinte años de asidua lectura de la columna (y de los libros)- cumple colmadamente esa condición de caballero andante. Y, como verá, estimado lector, a medida que va deleitándose con la lectura de estas columnas, Hermógenes comparte la cualidad de otro heroico personaje de España, tomado en este caso de la vida real: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Como hizo el Cid, Hermógenes lucha contra moros (la izquierda, blanco predominante para sus dardos verbales; el disfuncional sistema judicial; la consentida corrupción oficial y, sobre todo, aquellos que pisotean y tergiversan la realidad del régimen que salvó a Chile de una cruenta guerra civil y transformó un país en ruinas, creadas por los antecesores de los que hoy ostentan el poder, en la nación más sólidamente próspera y estable de América Latina) y cristianos (la

derecha política tan empobrecida de convicción y, en estos últimos tiempos, los insípidos militares que encarnan el refrán árabe: El extremo de la torpeza es la incapacidad de distinguir entre amigo y enemigo).

Una palabra más sobre este sobresaliente chileno (y Hermógenes es eso, un hombre enamorado de su tierra y de su condición de chileno). Imposible pensar en su obra sin que salte a la mente la palabra “valiente” en el gran sentido al que se refería el Presidente norteamericano John F. Kennedy cuando dijo: “Un hombre hace lo que debe –pese a las consecuencias personales, pese a los obstáculos y los peligros y las presiones- y es esa la base de toda la moralidad humana”.

“Integridad” es otra palabra que uno ineludiblemente asocia con Hermógenes: el escribe lo que escribe, hace lo que hace, por convicción, por moralidad. No hay en su mente espacio para la mentira, para la fácil connivencia, ni mucho menos para el odioso “políticamente correcto” tan tristemente en boga en nuestros tiempos. Y apoya sus tesis con hechos investigados en forma rigurosa, muchas veces inéditos, la mayoría de las veces irrefutables, irrefutados.

Sus mismas columnas proclaman su erudición, su picardía, su astucia. Menos conocido es su vivo sentido del humor, su congenialidad y su feroz amor a su patria.

Tenemos suerte, todos, de tener este libro en nuestras manos. Pero la mayor suerte es saber que nuestro mundo será mejor gracias a este infatigable caballero andante.

James R. Whelan

Capítulo I

En plena crisis

(1982 – 1984)

Friedman Versus Friedman

Yo no era partidario del tipo de cambio fijo, pero, ya que lo había, consideraba que debían cumplirse los requisitos demandados por ese sistema, expuestos al final de la siguiente columna. Hoy pienso, en todo caso, que en 1982 Sergio De Castro tenía razón: no deberíamos haber devaluado y deberíamos habernos aguantado con el cambio fijo. El costo social habría sido menor, si bien esto último nadie lo habría sabido y el descontento habría sido similar. Todo esto lo confesé en una columna de muchos años después.

Las únicas opciones que en estos momentos son objeto de discusión pública en materia cambiaria parecen ser la permanencia de la actual paridad nominal fija, reafirmada una y otra vez por las autoridades, y la devaluación, sugerida amenazadoramente por algunos banqueros del exterior, para continuar después de ella —parece subentenderse— bajo el régimen de cambio fijo. Hay, sin embargo, otras posibilidades.

En un trabajo clásico sobre el tema (“El Caso en Favor de los tipos de Cambio Flexibles”), Milton Friedman defendió, con éxito, a mi juicio, la tesis de que el mejor régimen cambiario no es ninguno de aquéllos, sino el de libre convertibilidad y fluctuación de la paridad. “El sistema de modificaciones ocasionales en tasas de cambio temporalmente rígidas —expresa Friedman— me parece el peor de los dos mundos: no provee la estabilidad de expectativas que bajo un régimen genuinamente rígido y estable de tipo de cambio podría proveer... ni tampoco brinda la continuada sensibilidad de un tipo de cambio flexible”. Y añade que el régimen de devaluaciones ocasionales y sorpresivas “práctica-mente asegura un máximo de especulación desestabilizadora”, debido a que la paridad es modificada infrecuentemente y sólo para subsanar grandes dificultades. “El único costo para los especuladores —dice Friedman— es la posible pérdida de intereses debida al diferencial entre las tasas ofrecidas” (en moneda nacional y extranjera). Todo eso, añade el mismo autor, está en agudo contraste con lo que ocurre bajo un régimen de libre fluctuación cambiaria, pues en este caso el alza del cambio tiene lugar precisamente junto con las compras de moneda extranjera y como consecuencia de ellas y de ese modo desalienta y

penaliza las compras subsiguientes, y a la inversa en el caso de ventas de moneda extranjera. Friedman prueba, además, que la flotación no tiene por qué ser inflacionaria al aplicarse tras un período de congelación cambiaría.

Para sorpresa de los partidarios de la libertad cambiaria (algunos de los cuales se convirtieron a ella basados en gran medida en los argumentos del propio Friedman), en la reciente reunión de la Sociedad Montt Pelerin, celebrada en Viña del Mar, el destacado economista presentó un trabajo en el cual expresó: “Para la mayoría de los países yo pienso que la mejor política sería la de renunciar a los ingresos provenientes de la creación de dinero, unificar su tipo de cambio con el de un país desarrollado grande y relativamente estable, con el cual tengan relaciones económicas estrechas, y no imponer barreras al movimiento del dinero ni a los precios, los salarios o las tasas de interés. Esa política requiere no tener un Banco Central”. La sorpresa fue mayor aún cuando Friedman señaló que esa política —a la cual él consideraba la mejor para un país en vías de desarrollo, pero estimada hasta entonces políticamente irrealizable— ha sido adoptada recientemente por al menos un país en desarrollo, a saber, nuestro país anfitrión, Chile...”

Su error de información fue manifiesto, pues tres de los cinco requisitos para la existencia en Chile del régimen de paridad unificada no se cumplen, al contrario de lo que el Premio Nobel de 1976 supuso en Viña del Mar. Es cierto que hay libertad de precios y de tasas de interés (esta última puesta en tela de juicio por el reciente acuerdo para rebajarlas tomado por bancos y financieras); pero, en cambio, no hay libre movilidad del dinero ni plena convertibilidad cambiaria; también está restringida la libertad salarial; en fin, el Banco Central mantiene amplias atribuciones monetarias y cambiarias.

Ello tal vez explique el alto costo del ajuste bajo el incompleto régimen de tipo de cambio unificado; la inflexibilidad a la baja de los sueldos y salarios y las trabas al libre movimiento de capitales conducen, respectivamente, a un desempleo innecesariamente alto y a tasas de interés internas desproporcionadas en relación a las externas y difíciles de soportar por largo tiempo; y ambos factores en conjunto provocan una recesión más aguda que la indispensable para afrontar la caída de ingresos del país.

Para encuadrarse en el esquema de unificación de Friedman el modelo chileno debiera derogar las normas sobre fijación de sueldos y salarios, cosa políticamente problemática, por decir lo menor, y abrir por completo la cuenta de

capitales, eliminando las restricciones a la compraventa de moneda extranjera, al plazo de los préstamos externos y al encaje que deben satisfacer.

10.03.82

Y la Gloria Pasó de Largo

Tal vez fui injusto con el ex gobernador de las Malvinas, pero él prefirió algunos años de vida y una pensión de retiro en lugar de la inmortalidad y una estatua sobre una columna, junto a la de Nelson, en Trafalgar Square.

Hace un par de días el ex Gobernador de las Falkland (Malvinas, para los argentinos) explicó ante las cámaras de la televisión británica cómo, en un gesto de suprema dignidad, se negó a estrechar la mano del oficial trasandino que le intimaba rendición. Tras ese rasgo de altivez, se rindió incondicionalmente y ordenó deponer las armas a sus 78 fusileros.

Un gesto razonable y de la más acrisolada lógica. ¿Qué otra cosa podían hacer 78 fusileros contra cinco mil soldados y una flota de guerra que transportaba tanques, cañones y vehículos blindados? En realidad, sólo les quedaba la opción de morir gloriosamente. Defender el territorio con la propia vida, según las palabras de Churchill, pronunciadas en 1940, ante otra amenaza de invasión, por fuerzas también entonces circunstancialmente superiores: “Defenderemos nuestra isla, cualquiera pueda ser el costo; peharemos en las playas, peharemos en los lugares de aterrizaje, peharemos en los campos y en las calles, peharemos en las colinas, nunca nos rendiremos, y aun, cosa que ni por un instante creo, si esta isla o gran parte de ella fuera subyugada, y extenuada, entonces nuestro Imperio de allende los mares, armado y defendido por la Marina británica, proseguiría lo lucha...”

Los ingleses han demostrado poseer, como los que más, la veta heroica, y han inscrito sus nombres en gestas inmortales de loca temeridad, como aquella increíble carga de la Caballería Ligera, en Crimea, hace 130 años, cuando un puñado de lanceros de Su Majestad arremetió contra los cañones de Balaclava, muriendo todos en el empeño: “Hacia el Valle de la Muerte/ cabalaron los seiscientos”, escribiría Tennyson en el poema que inmortalizó la epopeya.

¿Eran otros tiempos? Posiblemente. Hoy vivimos en la época del “better red than dead”. La lógica aplastante de que estar vivo, tomando una taza de té en

compañía de la familia es mejor que estar muerto y ser añorado por deudos sufrientes. El avasallador sentido común logra despojar de toda su aura a los conceptos tradicionales de abnegación, sacrificio, valor y patriotismo.

Pero ¿lo logra, aun en el prosaico mundo de hoy? ¿No estaría, ese mismo mundo, a estas horas, trémulo de admiración si los 78 fusileros de las Falkland hubieran caído en heroica defensa de su patria? Hasta los más escépticos repetirían con veneración los mismos nombres que ahora nadie recuerda, aun cuando figuran en todos los boletines de noticias.

Los chilenos —se supone— entendemos de estas cosas. En 1881 nuestro capitán Ignacio Carrera Pinto comandaba, justamente, a 77 hombres de guarnición en el pueblo de La Concepción, en la sierra peruana. Fueron atacados por 400 soldados peruanos regulares y una masa de miles de indios. Tras una noche de combate sólo quedaban el teniente Luis Cruz Martínez y cuatro soldados, sin municiones. Cargaron a la bayoneta: “Los últimos dos soldados que escaparon después de la muerte de Cruz se refugiaron en el atrio de la iglesia y allí se les notó que hablaban. Luego se abrocharon el uniforme, se pusieron el barboquejo y se lanzaron sobre la turba para morir rifle en mano”, según un testigo de los hechos.

Prat, por su parte, también contradijo la aplastante lógica que respaldaba la siempre abierta opción de rendirse dignamente ante la inmensa superioridad del adversario, en su caso el blindado que comandaba el caballeroso Grau. Nadie habría podido objetar esa decisión. Pero, si la hubiera adoptado, nadie tampoco recordarla hoy su nombre y, posiblemente, muchos chilenos preferiríamos que no fuera, mencionado. Prat, por fortuna para Chile, no fue “razonable”: fue un héroe.

Pues la conducta de quienes alcanzan esa categoría, en efecto, condiciona la historia posterior y hasta el carácter de los pueblos. La tradición heroica de Gran Bretaña, por eso, ha resultado sacudida por esa especie de “better red than dead” que pronunció el Gobernador de las Falkland, antes de rendirse a un oficial argentino, aunque no le diera la mano. Nadie lo dice en voz alta, pero muchos pensamos que, en la mejor tradición británica, el gobernador no debió dejar que la gloria pasara de largo.

07.04.82

Las Otras Inversiones

Muchos años después, la lista de “otras” inversiones posibles en Chile sigue siendo larga.

Un famoso primer ministro inglés del siglo pasado, Benjamín Disraeli, formuló en cierta ocasión una jerarquización de las faltas a la verdad y dijo que ellas, de menores a mayores, podían clasificarse en mentiras simples, mentiras monstruosas y estadísticas.

Ciertas estadísticas nacionales suelen hacer recordar la reflexión de Disraeli, pero una la evoca muy en particular: la tasa de inversión de la economía chilena.

Dicha tasa ha sido muy baja en los pasados años, incluso menor a la histórica del país, aunque en 1981 se recuperó bastante, con el concurso del ahorro externo. Como, en teoría, la inversión condiciona el crecimiento futuro de la economía, desde 1974 se venía diciendo que, con la tasa que revelaban las estadísticas, nunca iba a ser posible un crecimiento acelerado. Sin embargo, entre 1977 y 1981 el producto creció en 45 por ciento, un logro sin precedentes. ¿Cómo explicarlo?

Lo que ha sucedido es que algunas de las inversiones más importantes realizadas bajo la actual administración no figuran en las estadísticas. La mayoría de los especialistas, posiblemente, ni siquiera está dispuesta a calificarlas como inversiones. Sin embargo, producen el mismo efecto que ellas.

Por ejemplo, el año pasado el Gobierno puso fin a los monopolios sindicales en los puertos, se consagró la libre contratación de los trabajadores que quisieran desempeñarse en labores portuarias y la libertad de horario de trabajo. Las prebendas sindicales del pasado impedían trabajar más de un turno y medio en los puertos. Ahora se trabaja a tres turnos. Es como si en un solo año se hubieran duplicado las instalaciones portuarias.

Si esto último se hubiera realizado efectivamente, habría costado miles de

millones de dólares hacerlo y la tasa de inversión geográfica bruta habría dado un salto, que habría permitido a los especialistas pronosticar un mayor crecimiento económico. Sin embargo, aquella reforma legal no figura en las estadísticas sobre inversión, pese a lo cual y gracias a ella la economía del país ha aumentado grandemente su potencial de crecimiento futuro.

Cosas similares hechas durante los años recientes, como el Plan Laboral, que restauró la libertad sindical, pero no las huelgas antieconómicas, interminables e injustificadas; la reforma provisional, que abarató la contratación de trabajadores y, al mismo tiempo, benefició a éstos; las iniciativas de desburocratización y otras medidas similares tienen un valor equivalente al de enormes esfuerzos de inversión.

En este sentido queda mucho por hacer en el país: la modernización de la justicia, para hacerla más expedita; la racionalización del tránsito; la simplificación de los trámites legales, notariales, de conservadores y de archivo; la disminución de las exigencias municipales, de los servicios de utilidad pública y de orden tributario, muchas de las cuales encarecen y entran la eficacia productiva; el mejoramiento en la distribución y entrega de la correspondencia; el énfasis en una educación que imprima mayor empuje realizador a las nuevas generaciones de chilenos, erradicando la mentalidad burocrática, obstruccionista o dilatoria; en fin, el uso prudente de la televisión y los medios de comunicación masivos para estimular el espíritu creativo y constructivo de la población.

Todo esto tiene particular importancia en un período recesivo como el actual, en que se ha de reducir el gasto, parte del cual está constituido por la inversión en su concepto habitual; y, al mismo tiempo, hacer caer el nivel de los precios internos en relación a los externos. Si volvemos al ejemplo de la “inversión” portuaria realizada el año pasado, podemos ver que ella demandó sólo desembolsos nominales en cuanto a su aplicación legal y por concepto de indemnizaciones, en tanto que permitió y seguirá permitiendo grandes rebajas de costos para todas las actividades nacionales, por menor demora en la exportación e importación, menor permanencia de barcos en los puertos y, por tanto, seguros y fletes más baratos, todo lo cual conduce, precisamente, a abaratar los precios internos en relación a los externos,

El énfasis en este rubro de “inversión” no contabilizado por las estadísticas parece particularmente apropiado en una etapa como la que vive hoy el país y debiera ser objetivo central de la preocupación gubernativa y legislativa.

12.05.82

Lecciones de Sor Teresa

El penúltimo párrafo de la siguiente columna pretendió ser un dedo puesto en la llaga del izquierdismo. Pero este último no dio mayores señales de dolor.

Mi amigo izquierdista quedó desolado con la visita de Sor Teresa de Calcuta a Santiago. Él había pensado que la auxiliadora de los pobres iba a convertirse en una acusadora implacable del Gobierno y del sistema. En cambio, se negó a hablar de política, cumplió todos los deberes protocolares y hasta apareció tomada de la mano con la señora del Presidente, respaldando así implícitamente la labor que ella encabeza en favor de los más necesitados.

Mi amigo se ha quedado pensando por su cuenta, riesgosa aventura, que el izquierdismo proscribiera y que él no emprendiera hacía largo tiempo. Este desenlace bien podría considerarse como un milagro no homologado de Sor Teresa. Ha pensado tanto mi amigo que en un momento estuvo a punto de caer en un intervalo lúcido, como que ahora último llegó al extremo de formularme una pregunta, práctica que había abandonado junto con abrazar el socialismo, pues, según él, éste le daba todas las respuestas y le dejaba sin dudas de ninguna índole:

—Si Sor Teresa no condena al sistema es porque no lo considera responsable de la pobreza. Pero, ¿quién si no o el sistema tiene la culpa?

Le di la respuesta obvia: la izquierda, que acosa, desprestigia, castiga y liquida al empresario y al capital, de donde resulta que uno y otro recursos se tornan escasos y sobreviene, como consecuencia de ello, el desempleo de la mano de obra, de lo cual, a su vez, deriva la pobreza.

—Los patrones que lanzan a sus obreros a la calle no lo hacen por miedo a los izquierdistas— me replicó.

Pero yo le argumenté que si no había otros patrones que contrataran a esos obreros despedidos era debido al triunfo del izquierdismo en la educación, en el

púlpito y en la legislación, con su secuela de desaliento de la función empresarial, el espíritu de ganancia y la libre iniciativa, sin contar las imperfecciones en el mercado laboral, que aumentan, por cierto, el desempleo.

Mi amigo sostuvo que el Estado debía ser el gran empleador de todos para garantizar el nivel de vida de la gente. Pero no me pudo contestar por qué la gente tiende a irse de los países donde el Estado es el gran empleador hacia aquéllos donde no lo es. Ni tampoco por qué Alemania occidental debió importar cuatro millones de trabajadores extranjeros para paliar la escasez de mano de obra, siendo que allí impera una economía de mercado libre.

Como sucede en la mayoría de las discusiones, ésta también derivó al casuismo y las acusaciones de mi amigo contra ciertos empleadores insensibles fueron enardecidiéndolo en términos tales que dejó de razonar y, por consiguiente, recuperó la fe en el socialismo y quedó fuera de todo peligro de recaer en un intervalo lúcido.

Pero yo sé ahora cuál es el fondo de su drama y por qué le preocupa tanto Sor Teresa: porque ella hace mucho más por los pobres que cualquier izquierdista. Y la razón principal de los izquierdistas para hacer tanto menos de lo que hablan es —para ellos— verdaderamente pavorosa: en la medida en que mejoraran efectivamente con hechos la condición de los pobres, éstos se tomarían más conformistas y, por tanto, se alejarían del izquierdismo. Es decir, las posibilidades de triunfo de la izquierda residen en que la pobreza exista y no en que desaparezca. Para perpetuarla deben redoblar sus ataques a los empresarios y al capital privados, pero de ninguna manera ayudar efectivamente a los pobres, pues esto último sería políticamente suicida.

En el fondo, Sor Teresa resulta ser mortal para los fines revolucionarios de la izquierda. Sospecho que mi amigo, que es un hombre bueno, como tantos izquierdistas, se ha percatado de que Sor Teresa, con toda su beatitud, le ha puesto una bomba de tiempo dentro de la conciencia.

.

22.09.82

A Propósito de la Raza

La elección de toqui araucano fue siempre uno de mis episodios históricos favoritos.

Caupolicán tal vez sea más representativo de nuestra raza que Colo Colo, pero ella siempre ha necesitado de la guía de este último. Desde luego, Colo Colo era un gran orador, que podía mantener el interés de su auditorio durante horas, atributos ambos muy poco chilenos, creo. Caupolicán, en cambio, era taciturno y de pocas palabras, como la mayoría de nosotros.

Además, cuando tuvo lugar el torneo ideado por Colo Colo para elegir un toqui que comandara la lucha contra el invasor español, Caupolicán llegó atrasado al encuentro. Esa sola actuación lo convirtió en arquetipo de la chilenidad. Pero el atraso permitió a Caupolicán obtener el triunfo, pues así pudo calibrar a todos sus adversarios en el torneo, que consistía en andar durante el mayor tiempo posible con un pesado tronco a cuestas. En efecto, Lincoyán había saltado y brincado durante 36 horas con el madero sobre los hombros y casi triplicando la resistencia de Tucapel, su más cercano adversario. Creyéndose dueño de la victoria, Lincoyán lanzó el tronco lejos, para luego manifestar que podía haber seguido durante muchas horas más. Entonces se presentó Caupolicán y, a tranco lento, soportó el leño durante tres días con sus noches, hasta que Colo Colo lo obligó a detenerse, consagrándolo vencedor. La astucia, dicen algunos, es otro rasgo de nuestra raza, aunque son numerosos los que parecen hacer esfuerzos para disimularlo.

Por todo lo cual no deja de ser pintoresco que celebremos el Día de la Raza en la fecha en que un genovés, comisionado por la Corona española, pisó por primera vez tierra americana. Es cierto que la mayoría de los americanos de hoy nos esforzamos por demostrar cuán europeos y cuán poco indígenas somos, aunque basta nuestra conducta habitual para restablecer la evidencia del ancestro nativo.

Volviendo a Caupolicán, digamos que, además, soportaba “un ojo sin luz de nacimiento/ como un fino granate colorado”, falta de visión que sería propio

añadir como otro rasgo distintivo de la chilenidad.

Debe recordarse que si no hubiera sido por Colo Colo, todos los candidatos a toqui habrían resuelto la elección mediante una sangrienta trifulca. Además de los nombrados Lincoyán y Tucape, aspiraban al cargo Cayocupil, Elicura, Paicaví, Levopía, Ongohno, Lemo Lemo, Tomé, Purén, Andalicán y Millarapue. Por fortuna, Colo Colo ideó el procedimiento electoral que satisfizo a todo el mundo y conminó a los contendientes: “¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!/ Que a perdición os lleva sin sentirlo?/ Mejor fuera esta furia ejecutarla/ Contra el fiero enemigo en la batalla”. He aquí, pues, otro mandato genético: arreglar los diferendos intestinos antes de que la sangre llegue al río.

Y así, con una arenga voceada entre los robles y avellanos centenarios de la ribera del Bío Bío, comenzó una gesta guerrera que habría de durar más de 300 años. Pero no bien han transcurrido 100 años desde que terminó, los chilenos de hoy parecemos dispuestos a consagrar como toqui a quien pueda cargar por más tiempo con nuestra cartera vencida y, al final de la prueba, arrojarla lo más lejos posible, como lo hiciera Caupolicán con el tronco

Se añora también a Colo Colo. El elocuente anciano, y sólo él, haría volver a la razón y al patriotismo a tantos que han hecho del río revuelto una fuente de ganancias alimentadas por el temor de los incautos y la credulidad de los cándidos: “Caciques del Estado defensores/ Codicia del mandar no me convida/ Más pésame de veros pretensores/ De moneda que a la Patria era debida/ ¿Teniendo tan a mano soluciones/ Volveís contra vosotros el cuchillo?/ Si gana de morir os ha movido/ No sea en tan bajo estado y abatidos”.

¿Llamando a Dracón?

Sostuve y sostengo que Chile fue muy afortunado de vivir una década de tantas exigencias económicas externas como la de 1973 a 1982 gobernado por un régimen como el militar.

Se oye decir que la solución a los graves problemas económicos del presente “es política” y que ella se encontraría en “el retorno a la democracia.

Muy por el contrario, hay pruebas de que los problemas actuales tienen una neta raíz económica. Y, dada la gravedad de ellos, si ha habido un momento en la historia del país en que ha podido resultar inoportuno el restablecimiento de un régimen de partidos políticos es éste. Si en Chile ha habido una coyuntura histórica providencial, puede decirse que ha sido la actual, pues la más grave crisis económico-social del último medio siglo nos ha encontrado gobernados por un régimen dotado de amplias facultades, que ha podido ir disponiendo las medidas y rectificaciones —duras, pero necesarias— para sortear la situación externa adversa, y que tiene por delante todavía un plazo prudencial para consagrar la vigencia plena de las libertades democráticas.

En el pasado, aun en circunstancias menos desafiantes que las actuales, en los propios corrillos políticos de más acrisolada vocación democrática y pluralista solía señalarse que “esta situación sólo puede arreglarla un gobierno militar”.

¿Es que alguien cree que un régimen de partidos en competencia electoral haría hoy que los deudores fueran más sumisos para pagar sus deudas? ¿Es que alguien piensa que no habría, en ese caso, conatos de rebeldía como los de impedir remates judiciales? Por mi parte, creo que con un gobierno sometido a las presiones políticas habría un clima de moratoria total y reinaría un caos de “tomas” o hechos similares. Estoy cierto de que la situación sería tan grave que los mismos que hoy ven como única solución el “retorno a la democracia” estarían diciendo que “esto sólo pueden arreglarlo los militares”. Lo cual es, por lo demás, la estricta verdad. Bajo el gobierno militar el país está saliendo de la crisis y la va a superar. Bajo el mismo gobierno realizará el tránsito pacífico a la

democracia prevista en la Constitución de 1980, aprobada por mayoría popular. Hacerse ilusiones en otros sentidos revelaría que nada hemos aprendido de la Historia, chilena ni universal.

En el mundo, en efecto, ha sido siempre así. Cuando a mediados del siglo VII A. de C. Grecia estaba estremecida por problemas económicos gravísimos, que los historiadores suelen denominar “la cuestión de las deudas”, pues se trataba precisamente de un problema general de endeudamiento. El poder terminó en manos de Dracón, recordado por la severidad de su legislación, que regularizó en forma “draconiana” la situación. Y en Roma, en los años 60 antes de Cristo, un demagogo, Sergio Catilina, cobró popularidad prometiendo la abolición de las deudas, que eran el problema del momento. Cicerón rebatió sus argumentos en sus famosas “catilinarias”. Vino el primer triunvirato y poco después la dictadura de César.

Si algo enseña la Historia, pues, es que las crisis no reclaman gobiernos benignos, sino severos. No parece que quienes ejercieron el mando en Chile en el pasado reciente hayan testimoniado ser poseedores de la firmeza y resolución necesarias para manejar un momento como el actual. En cambio, la atmósfera de agitación e incertidumbre políticas que algunos intentan provocar precisamente ahora podría desembocar en una situación realmente draconiana e indeseable, de la cual no creo que la burguesía, que con tan discreto encanto se está negando a pagar sus deudas y buscando trasladarlas a otros hombros, fuera la principal beneficiaria.

01.12.82

“Pero ¿en qué País Vive Usted?”

La activa participación de tres sacerdotes extranjeros en política interna y una carta del Cardenal Silva Henríquez, leída en todas las Misas dominicales y en la cual se emitían duros juicios políticos, inspiraron la siguiente columna.

Hasta hace poco, cuando me endilgaban esa agresiva pregunta, no me preocupaba demasiado. Eran situaciones aisladas. Pero está sucediendo que me la formulan cada vez con mayor frecuencia. Ahora último, invariablemente, cuando sostengo que la economía va mejorando. Y también cuando he solido manifestar que no compro dólares y que, si los tuviera, aprovecharía de venderlos ahora. Para colmo, el domingo último, al expresar mi deseo de no sufrir irrupciones políticas durante la Santa Misa, alguien se permitió espetarme: “Pero, ¿en qué país vive usted?”.

La verdad, no supe ni he sabido nunca qué contestar. Estuve pergeñando un retuque ingenioso, pero sin el menor resultado. Un amigo me sugirió que parodiara a aquel hermano de una orden conventual a quien le preguntaron si vivía en el respectivo recinto y respondió que, sin duda, podía decirse que él moraba, habitaba, residía o pernoctaba en ese lugar, “pero vivir, vamos, lo que se llama vivir, aquí el único que vive es el padre prior”. Sin embargo, desechamos la idea. Cualquier variación chilena sobre el tema podría haberse considerado irrespetuosa.

Tras mucho meditar, sigo sin una respuesta de fondo; pero tengo, mientras tanto, otra para salir del paso. Es ese inefable lugar común de los entrevistados de todos los pelajes: “¡Buena pregunta!”.

Eso halaga, aplaca y desconcierta al interrogador. Usan la muletilla tanto los entrevistados que no saben qué responder, para ganar tiempo y, en todo caso, justificar la pobreza de su respuesta, como quienes han recibido precisamente la pregunta que estaban ansiando se les formulara. Estos últimos, deseosos de premiar al interrogador que les permite lucirse, le lanzan la migaja que lo infatúa: “¡Buena pregunta!”

Pero, en el caso que me preocupa, ello permite apenas una mala defensa, una “maniobra diversiva”. “¡Pero, ¿en qué país vive usted hombre?”. “Buena pregunta”. Sonrisa enigmática (para desconcertar al agresivo interrogador) y mutis, aprovechando la sorpresa del adversario.

Así y todo ¿en qué país vivo yo? Sea cual fuere tal país, el hecho es que la cosa no está resultando fácil. Los pesimistas de la economía se están tornando cada vez más agresivos. Es hasta peligroso hacer pronósticos favorables o llamar la atención sobre cifras positivas. Y los traficantes de dólares lo acosan a uno en las calles. Peor todavía resulta si ninguno se acerca, pues ello da pábulo para pensar que el aspecto de uno sugiere una cartera mísera, es decir, vacía y vencida. En fin, hasta los fieles politizados se están tornando belicosos. El domingo, para no parecer descortés, antes de abandonar el templo a raíz de la lectura de un extenso documento político, manifesté en voz alta que volvería apenas aquélla hubiera terminado. Lejos de apreciar mi urbanidad, algunos devotos me insultaron, de modo que consideré poco seguro el reingreso y me quedé sin Misa. Omisión que me pone ahora en la necesidad de recurrir a mi confesor, un sacerdote dedicado exclusivamente a la salvación de las almas, con un celo casi tan preconiliar como su sotana, la cual provocaría piadosas sonrisas de colegas suyos más avanzados, como los buenos padres Brian, Desmond y Brendan.

Nada de esto permite aclarar en qué país estoy viviendo, pero sí da fuerza al temor de que pueda llegar a parecerse cada vez más a uno en el cual viví hace algunos años.

Estas reflexiones fueron inspiradas por el espectáculo de estudiantes universitarios destrozando los nuevos ornamentos del puente Pío IX.

16.03.83

Las Fuerzas Atávicas

Los mechones de hace dos décadas no eran distintos de los actuales, pero en esos años, por lo menos, no los dejaban incendiar locales comerciales.

Observando a algunos de los veinte mil “mejores puntajes” celebrar la “semana mechona” destrozando los ornamentos del recién inaugurado puente de la Plaza Baquedano no se podía menos que pensar con horror en lo que pueden ser capaces de hacer los centenares de miles de “peores puntajes” como aporte al engrandecimiento del país.

“Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus”, “alegrémonos, pues todavía somos jóvenes”, entoné para mis adentros, en medio de la aglomeración de vehículos detenidos por las barricadas formadas con restos de baranda del nuevo puente o rejas protectoras de arbolitos nuevos, instrumentos, las unas y las otras, de las sutiles humoradas de la futura “conciencia crítica (pero no autocrítica) de la sociedad” como algunos progresistas llaman a la universidad.

Sí, el atavismo pesa. Mirando los destrozos había lugar a pensar que justamente hace cuatro siglos, cuando se comenzaba a entonar el “gaudeamus igitur” en las más tradicionales universidades europeas, por estos lados todavía Michimalonco, Lientur, Butapichén o Quempuante arrasaban con todas las construcciones intentadas por los primeros conquistadores. ¿Cuántas veces no debieron reconstruir éstos las ciudades que, apenas fundadas y erigidas, habían sido arrasadas e incendiadas por los indómitos mapuches?

Por nuestras venas corre, pues, tanto la sangre de reconstructores infatigables como la de destructores igualmente tenaces. Es cierto que los aborígenes puros devastaban, por lo menos, con un sentido de defensa soberana. En cambio, las élites juveniles de ahora lo hacen como una manera de expresar su alegría. Es la versión autóctona del “gaudeamus”.

La pregunta inevitable es si conviene exhibir tan profusa y públicamente estas penosísimas realidades juveniles o sería preferible ocultarlas con pudor,

relegando las semanas mechonas al interior de los campus universitarios, donde, por lo menos, los “juvenes chilensis” destruirían sólo en su propio perjuicio.

Ciertamente, el alegrarse destruyendo obras urbanas no parece un testimonio de inteligencia. Tal vez obedezca al consejo de un antiguo profesor universitario, que recomendaba a sus alumnos “navegar por la vida con bandera de tontos”, pues tal estrategia resultaba comúnmente provechosa. Y para probarlo señalaba a los ocupantes de muchos sitios conspicuos de la escena nacional, que habían enarbolado, más allá de toda duda, tal pabellón de manera invariable aunque era difícil precisar si voluntaria o involuntariamente.

Pero ésa parece una estrategia arriesgada y muy poco ortodoxa. Más razonable resulta la contraria exhibir durante la semana mechona a la faz pública sólo a los mejores talentos culturales y artísticos de la nueva generación universitaria, que alegrarían con sus elevadas exteriorizaciones al resto de la ciudadanía. Ellos y sólo ellos podrían salir a las calles en estas fechas inaugurales. Y, como puede existir la certeza de que serían muy pocos, lo anterior tendría la gran ventaja adicional de que nunca más habría congestiones del tránsito como las que los estudiantes se han esmerado en provocar por estos días.

13.04.83

Verificaciones Histórico-Políticas

Este artículo provocó una polémica con el periódico de la colectividad israelita. Siempre he sido admirador de la raza judía y del aporte que ha significado la respectiva inmigración a nuestro país. Por consiguiente, quedé muy molesto cuando alguien interpretó la columna que sigue como una crítica al pueblo judío, cuando, en realidad, lo era a los abusos de que suele ser capaz el veredicto de las mayorías.

Ni siquiera una especial disposición penitencial me permitió ver completa la enésima reposición de “El Manto Sagrado”, en vísperas de Semana Santa, en la televisión. Pero sí alcancé a enterarme de cómo ese “evangelio según Lloyd C. Douglas” carga la muerte de Cristo a la cuenta del “militarismo romano”.

Nada más opuesto, por cierto, a las versiones que nos dan Mateo, Marcos, Lucas y Juan. En verdad y esta verdad, como es frecuente que suceda, horrorizará a algunos— a condena de Cristo llenó los requisitos de un veredicto “limpiamente democrático”. Pocas escenas de la historia de la Humanidad, en efecto, dan cuenta de una mayor unanimidad de pareceres entre el pueblo y sus representantes que la que condujo a la crucifixión del Señor. Los sacerdotes, el Sanedrín o consejo de ancianos y los escribas o doctores de la ley habían concordado en que la prédica de Cristo era peligrosa para la sobrevivencia misma del pueblo judío. Y en una maniobra de típico asambleísmo político predispusieron a la muchedumbre en contra de aquél. La autoridad romana sólo acató esa decisión popular.

Una turba enviada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, prendió al Señor y lo llevó ante el procurador romano, Poncio Pilatos. Pero éste devolvió al preso, diciendo: “No hallé en él delito alguno” (Lucas). Y añadió: “Juzgadle vosotros, según vuestra ley” (Juan). Pero los representantes del pueblo judío le señalaron que, según la ley de ellos, no cabía imponer la pena de muerte, que era precisamente la que solicitaban para Cristo. Ya en el Sanedrín “todos contestaron ser (el Señor) reo de muerte. Comenzaron a escupirle y le cubrían el rostro y le abofeteaban diciendo: ¡profetiza! Y los criados le daban bofetadas” (Marcos).

Resulta claro que la presión sobre Pilatos era de esas imposibles de resistir. “Todos dijeron: crucifíquenle. Dijo el procurador: ¿Y qué mal ha hecho? Ellos gritaron más: crucifíquenle” (Mateo). Y el mismo evangelista añade: “Y el tumulto crecía cada vez más”. Ante eso, Pilatos se lavó las manos diciendo: “Yo soy inocente de esta sangre; vosotros veáis”. Entonces, según el mismo Mateo, “todo el pueblo contestó diciendo: Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos”.

En esos precisos momentos la propia mujer de Pilatos manda decir a éste que no haga nada a Jesús. Pero la presión se torna incontenible: “Era costumbre que el procurador, con ocasión de la fiesta (de los Ácidos) diese a la muchedumbre la libertad de un preso, el que pidieran... Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la muchedumbre de que pidiera a Barrabás e hiciera perecer a Jesús” (Mateo).

Luego, camino al Calvario, “los que pasaban le injuriaban” (Mateo). El mismo Pedro debió negar tres veces a Cristo, precisamente para eludir la furia popular, cuyos efectos habría sufrido de conocerse su asociación con El. Asimismo, José de Arimatea, que dio sepultura al Señor, debió hacerlo “en secreto, por temor de los judíos” (Juan).

Mucho se ha escrito sobre la psicología y conducta de las masas. De ello se desprende que la verdadera democracia, para ser ética, debe consistir en un ejercicio personal e individual, no de asambleas ni de masas. Con razón Sir Thomas Brown, en “Religio Medici”, advierte contra “aquel gran enemigo de la razón, la virtud y la religión: la multitud; aquel pedazo numeroso de monstruosidad que, en forma aislada, parece hombre y criatura razonable de Dios, pero una vez fundida se transforma en Gran Bestia y en un engendro más horroroso que la Hidra”.

Pasillos Parlamentarios

Sigo siendo admirador de las formas y procedimientos que observó De Gaulle al encabezar decisivos pronunciamientos políticos en su patria. Este artículo refleja muy bien mi concepto de lo que debió ser el Gobierno Militar chileno.

Días atrás un polemista sostenía la tesis de que muchas cosas no habrían podido hacerse en Chile durante la última década si hubiera existido un Parlamento dotado de poderes legislativos, por cuyo motivo consideraba ventajosa su inexistencia. Su antagonista defendía la institución parlamentaria precisamente porque, afirmaba, si ella hubiera existido, muchas cosas no habrían podido hacerse en Chile durante la última década. Obviamente, las “muchas cosas” en que estaba pensando el uno eran completamente diferentes de las que tenía in mente el otro.

Tal discusión resume, en cierto modo, las ventajas y las desventajas de la existencia de un Parlamento. Por un lado, su atribución fiscalizadora es una garantía innegable para los ciudadanos. Por el otro, los desbordes demagógicos y la falta de agilidad propia de las asambleas suelen atentar contra la eficacia de la labor legislativa.

Allá por 1973, recuerdo haber debatido el tema con un diputado demócratacristiano que defendía la continuidad institucional entonces imperante. Mi punto de vista, en cambio, era que en Chile, si no se producía un quiebre institucional salvador, al estilo del que protagonizó De Gaulle en Francia, en 1958, el deterioro del esquema vigente llevaría al triunfo totalitario. En consecuencia, afirmé, podía considerárseme como “gaullista”.

—Yo te diría— me contestó— que más que “gaullista” eres “golpista”.

Posiblemente ambos tuviéramos razón, porque el de De Gaulle fue un “coup d'Etat”. Pero mediante él salvó la democracia en Francia, sin perjuicio de que la izquierda lo acusara de ser un dictador. Así y todo, De Gaulle preservó la institución parlamentaria, aunque su Constitución redujo los poderes de aquélla.

Una alta autoridad del régimen, en discurso reciente, ha procurado dilucidar las causas de su desgaste. Su análisis ha sido completo, pero no exhaustivo. Si en Chile hubiera existido un Parlamento con miembros investidos de fuero e inviolabilidad por las opiniones vertidas en el hemiciclo, seguramente se habrían debatido en su seno algunas situaciones capaces de completar aquel análisis del desgaste político, y que hoy salen sólo parcialmente a la luz pública. Aunque esa asamblea hubiera carecido de potestad legislativa, su capacidad fiscalizadora habría prestado una contribución no sólo al país sino al propio Gobierno, que a menudo ignora situaciones ampliamente comentadas y que perjudican su imagen.

Hoy los partidarios del régimen, por lealtad, prefieren no hacer cuestión pública de circunstancias que juzgan inconvenientes. Y los opositores deben limitarse a comentarlas privadamente por temor a sufrir las sanciones del artículo 24°, transitorio de la Constitución. Pero ellos saben que esas razones de desgaste político del régimen operan amplia y velozmente a través de la murmuración colectiva.

Entre nosotros, en el pasado, la libertad de crítica se prestó para algunos abusos. Pero a partir de cierto límite de restricción, la ausencia de la misma es aún más perjudicial, no sólo desde el punto de vista del interés social, sino para la imagen y el sustento popular del Gobierno.

Ningún análisis sobre el desgaste político del régimen podrá, pues, ser completo mientras no contenga un examen de las variadas situaciones que hoy la opinión pública recibe deformadas por la murmuración. De haber existido mayor libertad de crítica o un ente fiscalizador dotado de atribuciones, el propio Ejecutivo habría podido conocer, ponderar y, en caso necesario, justificar, aclarar, desmentir o remediar hechos que dañan subterránea pero irremisiblemente su buena imagen.

Las Viejas Leyes

Nunca comprendí, durante el Gobierno Militar, que se prefiriera renunciar a la aplicación de las leyes que rigen una materia específica, prefiriendo aplicar sanciones administrativas de dudosa procedencia a los particulares.

En ningún ordenamiento jurídico democrático está permitido llamar públicamente a una paralización general de actividades como forma de protesta contra el Gobierno. Entre nosotros castiga esa conducta una ley dictada en tiempos del más amplio imperio de las libertades públicas. El Gobierno, pues, se ha atendido a una legalidad absolutamente inobjetable cuando ha planteado acciones judiciales contra los responsables de incitaciones a alterar el orden público.

Sorprende, en cambio, que haya recurrido a procedimientos administrativos para restringir la libertad de información de un medio al que responsabiliza de haberse hecho cómplice de aquella incitación ilegal. ¿Por qué esa acción no se planteó ante los Tribunales, en uso de un derecho que asiste a todo gobierno?

Pienso que un error político de la actual administración ha sido el de no haber dado oportunidad a la legalidad democrática tradicional para demostrar su eficacia. Impresionado, tal vez, por precedentes de regímenes débiles, que fueron incapaces de hacer uso de dicha normativa para impedir los excesos de elementos anárquicos o subversivos, ha preferido recurrir a arbitrios difícilmente compatibles con un modo de vida pluralista.

La propia autoridad ha podido comprobar que se bien, como herramienta represiva, es muy expedito el artículo 24º transitorio de la Constitución, pues le permite expulsar a cualquier persona sin forma de juicio, tal atribución comporta un costo político acumulativo que, llegado un momento, logra anular la eficacia de la respectiva norma, puesto que impide usarla.

Pero, curiosamente, ni siquiera el artículo 24º transitorio admite restringir la información en los términos en que se ha hecho en estos días respecto de un

medio, pues dicho texto indica que, en su virtud, sólo se puede restringir la libertad de expresión “en cuanto a la fundación, edición o circulación de nuevas publicaciones”.

En otros términos, ya sea por exceso o por defecto de celo gubernativo, no ha sido posible probar en Chile la eficacia de la legalidad democrática para defender el orden y la seguridad internos. Tal vez en estos tiempos sería oportuno intentarlo, ya que se da la paradoja de que la vigencia permanente del estado excepcionalísimo contemplado en el aludido artículo 24° transitorio ha conducido a restarle eficacia, pues su aplicación ha llegado a representar un costo político demasiado alto para el régimen.

La situación de emergencia prevista en esa disposición y recientemente renovada impide, además, que rija gran parte del articulado permanente de la Constitución de 1980. Esta última es la más fundamental obra institucionalizadora del Gobierno, que extrae de ella y de su aprobación la legitimidad de su mandato. Por consiguiente, mantenerla en virtual suspenso contribuye a debilitar la estructura jurídica en que se sustenta la autoridad de los gobernantes, cosa que, suponemos, sería el deseo máspreciado de sus peores adversarios.

Es de alegrarse por el hecho de que se esté dando, en todo caso, alguna oportunidad de demostrar su eficacia a las viejas leyes llamadas tradicionalmente a resguardar el orden público en Chile. Esa es la buena senda jurídica y política, capaz de garantizar las prerrogativas de la autoridad y los derechos de las personas.

Episodios Nacionales

En el exterior se solía presentar al principal líder sindical chileno, Rodolfo Seguel, como víctima de persecuciones, pero su conducta era más propia de una alta autoridad que de un perseguido político. En esos años, en Polonia, Lech Walesa, un líder sindical que luchaba por la libertad de su país, había cobrado renombre universal.

Los esfuerzos del país por tener un Walesa propio, aunque fuera “armado en Arica”, iban bastante bien encaminados. Hasta que al candidato le pasaron auto y olfateó en su entorno algo parecido a una atmósfera de influencia o poder.

¿Por qué será que todo chileno que por primera vez tiene acceso a un automóvil o a alguna forma de poder —y peor todavía si a ambas cosas a la vez— tiende inevitablemente a la prepotencia y al abuso? Póngale usted tras una ventanilla, ante una fila de público, y desde ese instante se deleitará tramitando y haciendo sufrir inútilmente a las personas. En la raíz del burocratismo no hay otra cosa que el secreto placer de quien nunca ha tenido poder y, repentinamente, se encuentra en las manos una herramienta con la cual ejercerlo y oprimir, a los demás. Pero ése no era nuestro tema.

Pues el candidato a Walesa debía ser un luchador, sí, pero pacífico; un hombre tenaz, pero, al mismo tiempo, perseguido y oprimido. Es decir, todo lo contrario de un prepotente. Y la cosa parecía ir bien, hasta que empezó a aparecer en los diarios y en la televisión y le entregaron un auto, para más remate con chofer. De ahí al pintoresco episodio de la semana pasada con el doctor Sebastiani sólo había un paso. Pues el médico cometió la imprudencia de transitar a menor velocidad que el auto de nuestro candidato a Walesa. Y como se demorara en cederle el paso, el chofer de éste aplicó todas las reglas de la urbanidad chilena del tránsito, es decir, le hizo guiños de luces, tocó bocinazos, lo adelantó, lo encerró y, cuando el doctor aplicó normas de urbanidad de su propio repertorio, dándole un topón por detrás, el referido chofer se bajó, tapó a “garabatos” al galeno y —aquí estuvo la fatalidad— lo amenazó diciéndole que “no sabía con quién estaba tratando”.

Para completo y total “deswalesamiento” de nuestro candidato, el doctor Sebastiani fue denunciado por aquél a radiopatrullas y retenido por Carabineros hasta que dio explicaciones. Más aún, luego las emisoras de oposición y del arzobispado remecieron al país con la denuncia de un atentado contra el Walesa chileno.

A todo esto, el amedrentado doctor Sebastiani daba toda suerte de explicaciones a los medios de comunicación, perfectamente consciente ya, a esas alturas, de con quién “había estado tratando”.

Y así se esfumó, entonces, nuestra opción de tener un Walesa propio. Porque no puede serlo quien, de teóricamente perseguido por el régimen, se convierte en instigador de la fuerza pública en contra de otros; de víctima de supuestos abusos de poder pasa a usufructuar de los atributos del mismo, entre ellos el de conferir carácter de atentado y delito de lesa autoridad, con trascendencia nacional e internacional, a los incidentes del tránsito en que se ve envuelto.

Lo que me pregunto ahora es si el país resiste, en un solo mes, el quedarse sin haber alcanzado el Everest, sin piloto en la Fórmula Uno y sin Walesa propio. No hay “perdonazo” que nos pueda levantar del abatimiento en que nos deja esta desgraciada suma de episodios nacionales de reciente ocurrencia. La última esperanza queda depositada ahora, tal como nos sucedía ya hace más de 400 años, en lo que Colo Colo pueda hacer por la defensa del prestigio de esta tierra.

08.06.83

El Espíritu de Portales

Mi defensa de un funcionario portaliano terminó con él separado de sus funciones y culpándome a mí de su desempleo, pues el mismo se originó en la siguiente columna. Nunca he podido convencerlo de que puedo haberle salvado la vida.

Hace unos años la sombra de Diego Portales pareció proyectarse, benefactora, sobre el país. Su inspiración era constantemente invocada. Se rebautizó con su nombre al edificio de gobierno de entonces y su espíritu estaba llamado a presidir las actuaciones del régimen. Legiones de jóvenes capaces, honestos e independientes dejaron de lado buenas situaciones o expectativas personales para acudir al llamado de la tradición portaliana de servicio público.

Diego Portales, más que un ideólogo, fue un estadista intuitivo, un genio de la política. Sus enunciados retóricos fueron escasos, tanto como inmensa fue su obra. Y aquéllos han de hallarse en su correspondencia: allí postula un gobierno fuerte, impersonal, y cuyos hombres sean “modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y las virtudes”. Pero en esas sobrias líneas hay vaciada una sobrecogedora concepción del servicio a la Patria. Ella concretó en obras. Como nos dice Vicuña Mackenna: “Todo lo pidió al mundo para Chile, y todo lo que él era en fuerzas en fortuna, en abnegación, lo puso en ofrenda en el altar de la Patria, en cuyas aras derramó su sangre, muriendo tan pobre que, sin el concurso del Estado, sus herederos no habrían tenido con qué honrar sus huesos”.

Pero en estos tiempos se está mencionando cada vez menos a Portales. Tal vez su nombre resulta incómodo. Más aún, he visto la amargura en algunos honestísimos servidores del interés público que se han enfrentado no sólo a la incomprensión, sino a la amenaza franca y brutal por el “delito” de defender el patrimonio fiscal con el denodado celo que les dicta su conciencia. Sorprendentemente, se tilda de “dogmáticos”, “faltos de criterio”, “inflexibles” a quienes no ponen otro empeño que el de proteger el interés general contra presiones cada vez más amenazantes.

Un funcionario designado por la autoridad en el sector financiero me confesaba, hace algún tiempo, su desconcierto ante el origen de las amenazas y presiones que había recibido por pretender cobrar ciertas deudas impagas muy cuantiosas. El obraba en defensa del interés público, de la recuperación de fondos del Banco Central, que han debido suplir el capital literalmente esquilmo de un banco y una financiera.

Me interesé en el caso, sólo para enterarme tiempo después de que, ante la persistencia de funcionario en el cobro de créditos impagos, había recibido veladas pero elocuentes amenazas de muerte. Se le acusaba de ánimo persecutorio. Últimamente supe que había sido “promovido” a posiciones menos directamente vinculadas a la cobranza. A eso hemos llegado: exceso de celo en la recuperación de dineros públicos... Aunque no debemos pensar mal. Tal vez haya sido sólo para protegerlo.

Es hora, pues, de invocar con renovado fervor el espíritu de Portales. Pues es en esta hora, menos que en cualquier otra, que podría él abandonar a nuestra Patria. Su ejemplo debe ser rescatado; debe ser perentoriamente repuesto en el sitio que se le confirió en los primeros años de este Gobierno. Pero, más allá de eso, debe ser también imitado, seguido e inculcado a los servidores públicos, en lugar de que los mismos sean disuadidos de su observancia. Y quienes no quieran, no puedan o no sepan estar a la altura de estas exigencias, sencillamente no debieran seguir oficiando en cargos para los cuales la mejor tradición chilena las impone.

13.07.83

Entre las Patas de los Caballos

Bueno, y la defensa de los principios portalianos no pudo tener un desenlace más infortunado, tanto para el funcionario incorruptible como para la amistad que nos unía. El perdió su cargo y un amigo. Yo sólo un amigo. Y el Banco Central, supongo, perdió la plata, dado que puso término a las funciones de un servidor suyo por poner demasiado empeño en evitar perjuicios al Banco.

Cuando yo era escolar, Séneca (no sé si Lucio Anneo o Marco Anneo) tenía bajísimo “rating”. Sus sabias máximas cargaban con toda la impopularidad propia del tino, la prudencia y el sentido común, que son de las virtudes menos estimadas de nuestro tiempo. Tal vez por eso —al fin y al cabo, soy apenas un producto de la época— he olvidado todo lo leído de Séneca, salvo una anécdota. Sospecho, por lo que diré después, que era de Lucio Anneo.

Se cuenta que alguien le oyó decir varias crudas verdades acerca de la vida en Roma, y estimándoles dignas de ser conocidas por todos, le pidió repetirlas en público. Séneca respondió que gustoso lo haría, pero sólo estando fuera de las puertas de la ciudad y jineteando un caballo brioso, para ponerse a buen recaudo apenas terminara de hablar.

Lucio Anneo Séneca terminó mal, pese a su prudencia. En efecto, optó por abrirse las venas cuando Nerón estaba a punto de echarle el guante, tras haber creído sorprenderlo formando parte de una conspiración en su contra, sin dar al sabio ni siquiera tiempo de conseguir el corcel.

Aun sabiendo lo anterior y siendo menos lúcido que cualquiera de los Sénecas, este modesto servidor se ha metido a decir algunas verdades sin pedir ni permiso ni un caballo a tiempo, por lo cual se encuentra ahora entre las patas de la misma especie equina. Pues, a raíz de un comentario reciente, en que criticó situaciones contrarias al espíritu portaliano, ha recibido diversos emplazamientos y dicterios.

Así, un ex senador me desafía a dar más detalles sobre el caso del funcionario amenazado por quienes son víctimas de su celo en la recuperación de dineros

públicos. Señala el referido político que si hubiera un parlamento —y dice, siendo yo ex diputado debiera saberlo muy bien— tal denuncia habría llegado “hasta las últimas consecuencias”.

Lo cual, sin embargo, yo podría saber muy bien en cualquier otra calidad, menos en la de ex diputado. Pues ejerciendo tal cargo, en 1973, formulé en plena sesión de la Cámara una denuncia sobre escandalosas malversaciones unipopulistas en el Ministerio de la Vivienda. Pero, antes de finalizar mi intervención, la Mesa me notificó del término de mi tiempo, señalándome que sólo podría continuar con la venia y en el tiempo del comité del partido del ex senador que ahora me emplaza, comité que prefirió no cedérmelo. Ni el entonces senador ni nadie más tomó interés en mi denuncia. De hecho, a nadie le importó nada el asunto. No rasgo, pues, vestiduras si ahora sucede otro tanto ante la exposición de irregularidades bastante menores que las de entonces.

En todo caso, un recuento señala que mi defensa del interés público y de un funcionario portaliano amenazado me ha metido “entre las patas de los caballos”, a raíz de lo cual he recibido las siguientes coces: primero, del tal funcionario, molesto por haber yo asumido públicamente su defensa sin él habérmelo solicitado; segundo, de quienes me dieron la información, más molestos aún, pues sus superiores han iniciado una “severa investigación” para averiguar (esto es muy chileno) no la veracidad de mi denuncia, sino quién cometió la indiscreción de darme a conocer los hechos, faltando a su “lealtad con el servicio”; tercero, de los opositores, molestos porque no continúo adelante y por mi cuenta una completa investigación sobre el asunto; y, cuarto, de los gobiernistas no portalianos (no son pocos), por desprestigiar al régimen.

¡Y métase usted a defender el interés público!

10.08.83

La Primavera de Santiago

En este artículo confesé algunos pecados de juventud, poco tiempo después de la “Primavera de Praga”. Se llamaba “Alianza Democrática” la unión de los opositores al Gobierno Militar. Con los años, los nombres cambian de dueño...

Leo todos los días “El Mercurio”, temprano, para cerciorarme de lo que me he enterado en los noticieros de la televisión. Escribo el día martes y, sin embargo, esta vez necesito que alguien me confirme si es cierto algo que he leído en el propio “El Mercurio” y no puedo creer. Dice allí que la Alianza Democrática, en respuesta al llamado del Gobierno a un consenso y un diálogo, ¡le pide a este último que se vaya inmediatamente! ¿No es eso fantástico e increíble? ¿Cómo puede haber un diálogo si la primera base para sostenerlo, según la referida Alianza, es que el interlocutor, representado nada menos que por las Fuerzas Armadas y de Orden, desaparezca de la escena?

Compruebo, una vez más, que la Democracia Cristiana, que encabeza la Alianza, mantiene intacta su capacidad para sorprenderme. Ese partido apareció en Chile como tal —y esto lo digo sin ánimo burlesco ni ofensivo— junto con la llegada a Chile de la gripe asiática. Pues me hallaba postrado por ese mal, hace algo más de un cuarto de siglo, y oía por radio los discursos inaugurales de la DC pronunciados en el Salón de Honor del Congreso Nacional. Con la ingenuidad propia del estudiante, pensaba que por fin había llegado a Chile el partido de De Gasperi, Adenauer, Erhard, Roepke; la economía social de mercado que levantó a Europa y los milagros económicos.

Mi abuelo, un liberal escéptico, se asomó a averiguar por mi salud y, al enterarse de lo que yo estaba oyendo, murmuró algo de “bolcheviques”, lo que sólo reafirmó impresión de entonces en el sentido de que la gente de edad sabía muy poco de política. Entusiasmado, corto tiempo después presenté mi solicitud de ingreso al partido. Pero aún menos tiempo después de eso, al enterarme con sorpresa de que la DC de acá tenía poco o nada en común con la europea, mandé una carta de renuncia a su presidente de entonces, don Rafael Agustín Gumucio. Por toda respuesta llegó a mi casa una cobradora de cuotas del partido. Yo

mandaba cartas de renuncia cada vez más largas, pero nadie las contestaba y seguían llegándome citaciones dirigidas a mí como “camarada”. Esto sólo cesó en 1973, pero a raíz de que mis padres cambiaron de domicilio. Más aún, en esa época yo era candidato a diputado del Partido Nacional y, pese a ello, mis “camaradas” de la DC seguían mandándome cartas en que me conminaban a integrarme “a los trabajos electorales del Partido”.

A medida que la DC abrazó el “socialismo democrático” y la “vía no capitalista de desarrollo”, o llevó a cabo expropiaciones en masa y confiscatorias de tierras; o, en fin, pactó con el candidato marxista para asegurar la derrota de Alessandri y el triunfo de Allende en el Congreso Pleno, en 1970, me fui dando cuenta de que, en 1957, mi abuelo podía haber exagerado, pero estaba menos desencaminado que yo.

.En 1958 me sorprendió que el candidato presidencial de la DC exhibiera tal seguridad en el triunfo y terminara en tercer lugar. Lo mismo en 1970. Hoy me pregunto si la insólita seriedad para pedirle al Gobierno que renuncie inmediatamente se asienta en algún antecedente objetivo o si sus mediciones de fuerza son obra de los mismos estrategos de aquellas elecciones presidenciales.

Y el punto no deja de ser de interés, porque, creo, somos muchos los chilenos esperanzados en esta “Primavera de Santiago” que ha abierto el Gobierno, permitiendo a los opositores manifestarse, renunciando a expulsar más gente, readmitiendo exiliados y restableciendo paulatinamente diversas libertades. Pero la respuesta de la Alianza me deja, lo confieso, completamente perplejo. Es la primera vez en mi vida que me entero de unas supuestamente serias “Bases para el Diálogo” cuya primera proposición consiste en que el interlocutor se mande cambiar.

Explotador Quebrantado

La sugerencia que en esta columna formulé a mis pastores no fue acogida.

Me habría gustado tener voz de bajo profundo, pero Dios me trajo al mundo apenas como barítono superficial. Sin embargo, no pierdo la esperanza, cuando canto (especialmente si se trata de himnos religiosos) de alcanzar un descenso milagroso de algunas octavas en mi registro. Pese a ello, la sorpresa casi me convierte en tenor, durante la última misa dominical, cuando me encontré entonando el número 75 del libro parroquial “Dios Congrega a Su Pueblo”: “Que El defienda a los humildes del pueblo/ que socorra a los hijos del pobre / y quebrante al explotador”.

Que yo sepa, el “explotador” es, según la definición más corriente y usada (la de Karl Marx) el empresario privado por su propia naturaleza de tal, pues, según la teoría marxista, él se apropia del “valor trabajo” o plusvalía que el obrero incorpora al bien o servicio que produce.

Como, entre otras cosas, soy un pequeño empresario privado y, por tanto, según el concepto marxista, un “explotador”, concluí que le estaba pidiendo yo mismo al Altísimo que me “quebrantara”. Sea cual fuere el significado de este término, lo único seguro es que la oración no pareciera implorar nada bueno para el sujeto de la misma.

Por lo que, minutos después, me hube de sorprender, una vez más, cuando se nos pidió a los asistentes cooperación para ayudar a los desempleados de la parroquia.

Pues seguramente estos últimos verían con buenos ojos la aparición de un “explotador” que los contratara y tal vez carecen de ocupación precisamente porque quien los “explotaba” resultó, en definitiva, “quebrantado”.

Pensé, a continuación, en las siete personas a las que doy empleo directo en mi empresa: ¿a quién podrán recurrir una vez que se cumpla la súplica del cántico

75? Ni siquiera, una vez “quebrantado”, voy a poder socorrerlos con un aporte entregado a través de la parroquia, pues yo estaré junto a ellos pidiendo la ayuda de los demás vecinos que hayan escapado a la invocación del cántico 75.

Nunca he podido comprender cómo una sociedad pretende alcanzar un alto nivel de empleo si escarnece por tantos medios como la nuestra ¡hasta en los templos! al que da ocupación remunerada a otros. El empuje realizador de creaciones materiales —que son las que, en último término, sacian el hambre y proporcionan techo y abrigo a los hombres— suele ser entre nosotros presentado en los más viles términos de abyección moral. No entiendo esa estrategia, salvo, naturalmente, que se desee la presencia omnipotente del único y gran empleador que es el Estado.

Por eso preferiría, con mucho un cántico 75 del siguiente tenor, que dejo sugerido a la Curia Apostólica con todo respeto: “Que El defienda a los humildes del pueblo/ Que socorra a los hijos del pobre/ Y les envíe un empleador”. Lo cual no sólo parece menos violento y más cristiano y caritativo, sino socialmente superior y propicio para mantener la piadosa concentración de quienes, en sus cánticos sagrados, unimos a la devoción un loable espíritu de superación vocal.

07.12.83

Mirando el Mar

Recibí numerosos comentarios a raíz de la siguiente columna, escrita en los días en que los inculpados por el asesinato del Intendente de Santiago, general Carol Urzúa, recibían asilo político en la Nunciatura.

Miro el mar en el día del Señor y le pido Su fortaleza. Tengo el diario y “Pipiolos y Pelucones” a la mano.

En el primero leo que el Nuncio de Su Santidad el Papa nos califica de descortesés. Nos negamos a acceder prontamente a su solicitud de dejar salir del país a un grupo de asesinos que, una vez libres, podrán regresar a matar a otros chilenos, como ya lo hicieron antes. ¡Qué descortesés somos los chilenos! ¡Tomar tantas precauciones para seguir vivos!

Tal vez si fuéramos argentinos podríamos dilatar cuatro años nuestra respuesta y nadie nos diría nada. Hasta, a lo mejor, Su Santidad nos haría una visita.

Además, el MIR, al cual pertenecen los refugiados en la Nunciatura, parece que ha sido mal juzgado por nosotros. Pues su vocero, el padre Maroto, es un sacerdote de 1ª diócesis. Y acabo de leer en el diario que un Obispo, el Secretario de la Conferencia Episcopal, al consultársele si un sacerdote puede ser vocero de una organización terrorista, ha contestado textualmente: “¿Quién dice que el MIR es un Movimiento terrorista? ¿Usted lo dice? Esa pregunta no la voy a responder”.

Hace unos días me enteré, por otra parte, de que el doctor Manuel Almeyda, presidente del frente MDP, al cual pertenece el MIR, era el médico de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago que certificaba las torturas denunciadas en nuestro medio. Y con el certificado de la Vicaría, de cuya efectividad nadie puede dudar, se hacen informes para las Naciones Unidas y para gobiernos extranjeros acerca de la situación de los derechos humanos en Chile.

También me enteró de que el Gobierno de Suecia destina fondos para financiar la oposición política contra el Gobierno de nuestra patria. Se pregunta a los suecos a quién envían esos dineros para la oposición y responden que a la Iglesia Católica... No quiero ser malicioso, pero eso podría implicar que hay sacerdotes en activa tarea política y financiados con dinero extranjero.

Creo en Dios Padre Todopoderoso, en la Santa Iglesia Católica y en la Comunión de los Santos, pero se me torna día tras día más difícil creer en sus representantes en Chile, con algunas honrosas excepciones, a las cuales me aferro para que la corriente no me haga derivar hacia imprevisibles riberas religiosas. Porque, definitivamente, me resulta imposible creer en la comunión del MIR, del PS, del PC y ni aun en la del PDC, por santos que los estimen a todos ellos algunos de nuestros pastores.

Leo en “Pipiolos y Pelucones” que don Diego Portales —ateo que se entendía bien con el clero— le decía a don Mariano Egaña, pechoño cuyos roces con la curia eran serios: “Lo que sucede, don Mariano, es que usted cree en Dios; en cambio, yo sólo creo en los curas”. ¿Sería que el agudo estadista juzgaba incompatible lo primero con lo segundo?

Continúo mirando el mar, con mi fe en Dios por completo intacta y la otra alarmantemente decaída. Y le pido a El —una vez más— que me dé su fortaleza; y a ellos, que no me la sigan debilitando.

29.02.84

Antigua Tradición Republicana

Mi tesis era que el Gobierno Militar tenía una oportunidad única de conseguir un sonado triunfo político, interno y externo, cualquiera hubiera sido el resultado de la consulta popular propuesta. Pocas veces se presenta, en política, una ocasión semejante de quedar bien ante cualquier desenlace, pero se la dejó pasar.

Como “De remotas naciones respetada/ Por fuerte principal y poderosa”, describió a nuestra patria don Alonso de Ercilla y Zúñiga, con una capacidad profética que cada cual podrá juzgar con entera libertad.

Cuatro siglos más tarde, sin embargo, hay naciones remotas, y otras que no lo son tanto, bastante remisas a tornar nota de lo anterior. En efecto, hemos visto no hace mucho a una que ocupa amplios territorios en el hemisferio norte advertir destempladamente al Gobierno chileno que la transición política (de acá, no de allá) se encuentra estancada.

¿Cómo es posible que se le pontifique así a una nación “fuerte, principal y poderosa”, capaz de fabricar miles de bombas-racirno Cardoen? Es un punto que, sin duda, debiera preocupar a los analistas de la seguridad internacional.

En cambio, debe preocupar a los analistas de la situación nacional (es decir, a todos los chilenos) el hecho de que, en un aspecto, al menos, la transición está efectivamente estancada. Lo cual torna doblemente odiosa la intromisión del vecino del norte, pues la reviste de la insolente autoridad de quien pretende conocer nuestros defectos mejor que nosotros mismos.

Si bien es cierto que el país político de hoy transita, en los hechos, aceleradamente a la democracia (libertad de crítica, nuevas publicaciones, nutridas reuniones de opositores, continua actividad partidista), es sabido que en nuestro tiempo los hechos son siempre menos importantes que la retórica institucional. Y en ese vital aspecto la transición está detenida, y, no se ha precisado el itinerario para elegir un Parlamento anticipadamente.

A mi juicio, al empantanarse en esa materia el Gobierno está desaprovechando una excelente oportunidad política. Pues, como sabemos, para anticipar la elección de un Parlamento se requiere de un plebiscito previo. Si en él triunfara el “sí”, indudablemente ello representaría un respaldo al plan político del régimen; si, en cambio, triunfara el “no”, significaría que el pueblo habría preferido continuar bajo el texto actual de la Constitución, que contempla elecciones parlamentarias en 1990.

Pareciera, en consecuencia, que el Gobierno no tiene cómo perder avanzando en la transición y en las leyes políticas. Sin embargo, no lo hace y, en cambio, propone variantes cuyo alcance no sólo no comprendemos nosotros, sino tampoco los norteamericanos, que, al parecer, entienden mucho mejor que los chilenos nuestra política interna, a juzgar por el gran entusiasmo con que se entrometen en ella.

No saber ganar es, por lo demás, una antigua tradición republicana de los gobiernos chilenos. La última vez que uno triunfó fue en 1946. Desde entonces, siempre se impuso la vocación perdedora de nuestros estadistas. Y ahora, pareciendo adoptarla, la administración actual se muestra renuente a avanzar con decisión en un plan político, cuyo anuncio, el año pasado, fue un gran acierto, y cuyo desarrollo puede permitirle mucho que ganar, sin nada que perder, tanto en el plano interno como en el internacional.

21.03.84

Nada de Nada

Muchas personas me comentaron favorablemente este artículo o me escribieron cartas a raíz de él. La alusión al "Padre Obispo de Punta Arenas" se debió a que dicho prelado, autodenominándose en la señalada forma, intervenía frecuentemente en variadas polémicas periodísticas.

Este Gobierno, al cual tanto le debemos los chilenos, tiene, sin embargo, una infinita capacidad de sorprender a algunos de quienes somos —a veces a duras penas— sus partidarios. Confieso que desde el lunes a mediodía no entiendo nada de nada, lo que espero sea solamente un estado mental transitorio, aunque algunos de quienes afirman conocerme tengan el mal gusto de insistir en que es permanente y de antigua data.

Sin perjuicio de ello, ya en octubre pasado me había permitido vaticinar que el país no estaba en condiciones de soportar por mucho tiempo más a Carlos Cáceres, pues él representaba y representa un conjunto de virtudes incompatibles con el carácter chileno, como son el trabajo metódico, el cumplimiento de los compromisos, la anticipación previsor y la inclinación por el ahorro y la medida. La única situación económica solvente que goza de aceptación popular entre nosotros es la conseguida a través de golpes de fortuna, como, en el orden individual, la lotería o la polla gol, y, en el colectivo, la expropiación de riquezas descubiertas o creadas por los extranjeros. Los que acumulan a través de una vida de trabajo, en cambio, son repudiados como “pulpos”, “explotadores” o “materialistas”.

Pero, así y todo, viendo que la producción y las ventas subieron espectacularmente en enero y febrero; observando que se había recuperado la confianza interna y externa y ante la inevitabilidad de que ello se tradujera a corto plazo en un mayor impulso al empleo, y vista la clara mejoría que ya ha experimentado este último en relación con un año atrás; en fin, atendidas la estabilidad de precios, la acumulación de reservas de moneda extranjera, la buena acogida del Fondo Monetario Internacional y de la banca foránea a las peticiones chilenas, el descenso de las tasas de interés y la favorable reacción

que todo ello había despertado en inversionistas y banqueros de otros países, tuve la ingenuidad de pensar que si había unos ministros con sus puestos seguros, eran los de Hacienda y Economía.

Por ello me sentí cabalmente interpretado por la sabia carta de un lector de este diario (a quien le rogaría nos escribiese de política con una frecuencia al menos igual a la del Padre Obispo de Punta Arenas), en la que se preguntaba si, a la inversa de un año atrás, no serán ahora las indecisiones políticas las que estrían obstaculizando el mejoramiento económico,.

Sea como fuere y dado mi estado de confusión —transitorio, vuelvo a reiterar— no estoy dispuesto a discutir la afirmación de que todo puede hacerse aún mejor en materia económica. Mi preocupación, ciertamente, no se centra en los próximos meses, sino más allá, que era a dónde, rompiendo una larga tradición chilena, miraban Cáceres y Passicot.

En todo caso, hay algo que parece indudable: éste es un cambio muy importante respecto de la política económica observada en estos últimos diez años. Y conviene decirlo, porque está bien que los chilenos nos neguemos a mirar hacia el futuro, pero no podemos llegar al extremo de negarnos a mirar con realismo la situación actual.

04.04.84

¿Cuánto Vale ese Aplauso?

Entre el texto primitivo del discurso de don Gabriel Valdés y el que en definitiva pronunció hubo diferencias fundamentales. ¿A qué se debieron? El MDP era el referente político encabezado por el Partido Comunista, en 1984.

Sería interesante saber qué aconteció entre el día del primer acuerdo de la Alianza Democrática sobre el texto del discurso que habría de pronunciar don Gabriel Valdés el viernes, acuerdo que motivó la airada y publica reacción de un personero marxista, y la redacción del mismo discurso, que suscitó el caluroso aplauso del MDP y, naturalmente, el rechazo del Gobierno y sus partidarios.

Nunca he podido comprender el sentido de la intransigencia de la Alianza en desconocer la Constitución de 1980 y el mandato del actual Presidente de la República. Primero, porque este país, no siendo muy serio, es, sin embargo, medianamente coherente y cuerdo. Podremos tener una “loca geografía”, a la cual el escritor Benjamín Subercaseaux dedicó un excelente libro, pero no una “loca política”. Aquí no vivimos en permanentes cuartelazos ni cambios de gobierno, de constituciones o de sistemas, como en otras naciones, sino que las cosas obedecen generalmente a procesos dotados de una racionalidad aceptable. En 1980 cuatro millones y medio de personas votamos a favor de una Constitución y un mandato presidencial y dos millones y cuarto votaron en contra, por cuyo motivo la primera y el segundo pasaron a tener validez y vigencia cívicas.

Estoy cierto de que cada uno de esos casi siete millones de chilenos sabía bien por qué cosa votaba, entre otras razones, porque durante siete años toda esa ciudadanía había visto desenvolverse el respectivo régimen en el poder. Segundo, porque la Alianza pretende de las Fuerzas Armadas y de Orden chilenas, históricamente invictas ante adversarios mucho más poderosos que ese conglomerado de partidos y movimientos, una rendición incondicional y una confesión urbi et orbi de haber fracasado en su empeño de construir en Chile una democracia sólida y estable. Tercero, ¿con qué títulos las agrupaciones partidistas que primero pavimentaron el camino al caos y luego lo recorrieron,

para lanzar al país en medio de él, teniéndolo todo a favor —contexto internacional propicio, ayuda extranjera, altos precios de nuestras exportaciones, bajos precios de nuestras importaciones— pretenden erigirse ahora en solución de nuestros problemas, precisamente cuando todo conspira para que ni siquiera un buen gobierno pueda salir prontamente adelante? ¿Puede el fracaso, habiéndolo tenido todo a favor, ser argumento para probar que se podrá tener éxito teniéndolo todo en contra? Y, cuarto, la Alianza actúa como si tuviera la fuerza y el poder para obligar a un gobierno que representa por sí mismo la fuerza armada, a declarar nulo todo lo actuado desde 1973 hasta hoy.

Por todo eso me parecía un principio de racionalidad política el indicio dado la semana pasada de que los opositores ofrecerían algo a cambio de avances de su agrado en el proceso de transición. Pero una rabieta marxista bastó, al parecer, para cambiar el sentido del discurso opositor y volver a dejar las cosas como antes. ¿Vale tanto un aplauso comunista?

Este gobierno tiene un programa político de transición que, sujeto a la aprobación del Poder Legislativo y tras las consultas plebiscitarias que constitucionalmente correspondan, se va a hacer realidad en los próximos años. La única posibilidad verosímil de los opositores de alterar en su favor ese proceso sería la de negociar con el Gobierno. En lugar de eso, prefieren trabajar para conseguir el aplauso marxista. Y, que se sepa, tal cosa nunca ha sido buena para lograr avances hacia la democratización, ni menos para convencer a un gobierno como el actual.

18.04.84

Réquiem para un Intento Portaliano

Felipe Lamarca, entonces Director de Impuestos Internos, persiguió con celo un fraude tributario acerca del cual creía tener pruebas fehacientes. A raíz de ello, el nuevo Ministro de Hacienda le pidió la renuncia... En ese momento puse en duda mi adhesión al Gobierno. El nuevo Ministro de Hacienda era radical.

“¿Qué se hizo el Rey don Juan?/ Los Infantes, de Aragón ¿que se hicieron?”, he preguntado en estos días, con el dolor de Manrique y, como él, sin encontrar la respuesta. Pues así como veo los rostros sonrientes y satisfechos de quienes creen haber ganado un gobierno, yo, en cambio, estoy cierto, de haber perdido el mío. El cambio de rumbos es, en efecto, grande, demasiado grande. Radical, diríase.

Durante diez años, pasando por sobre circunstanciales desacuerdos con procedimientos, medidas y límites, hemos adherido al régimen que creímos portaliano por su vocación de autoridad firme, impersonal, austera y realizadora, sólo inspirada en el bien general y permanente de la Patria. Más allá de ciertos pecados, abusos o excesos, siempre compartimos el principio de la acción, el espíritu esencial, pues en cada uno de esos casos nos parecía claro el propósito, de la enmienda. Era visible la unidad básica del mando y siempre existió el respaldo superior, sólido y firme, para el funcionario probo y eficiente o para la acción rectificadora.

Más aún, este gobierno, como ningún otro, supo forjar, una generación completa de jóvenes servidores, idóneos y ejemplares, independientes y patriotas, que asumieron abnegadamente difíciles responsabilidades en una de las más duras décadas de la historia nacional. Sin duda, ellos han sido los portadores de la antorcha del ideal portaliano de servicio civil en su expresión más pura. Con modestia y en silencio han arrostrado la crítica, la incomprensión y hasta la befa insultante de quienes nunca entendieron la magnitud de los desafíos que debían enfrentar.

Pero ahora, en pocas semanas, vemos desbandarse, con pena patriótica pero

rodeados de gloria silenciosa, a los componentes de esa brigada ejemplar, a veces sin un gesto superior de reconocimiento a sus años de entrega y de renuncia a opciones personales y materiales mejores. Algunos, llevando su abnegación al extremo, permanecen aún con la vana ilusión de salvar algo de la obra realizada sin reparar en reparar en lo inexorable que se torna la marea de los intereses triunfantes.

Todo eso podía atribuirse, hasta hace unos días, a la confusión generada por tanta opinión y consejo encontrados. Mientras los ideales y los principios permanecieran claros, pensábamos, tarde o temprano se retornaría a ellos.

Pero la semana pasada hemos presenciado atónitos cómo un funcionario ha sido separado de su cargo en forma perentoria por la precisa circunstancia de haber cumplido cabalmente con su deber. Dio una batalla por la moralidad tributaria y la ha perdido. Quiso defender el principio portaliano esencial del servicio público y ha sido desautorizado y destituido.

Ya no hablamos, entonces, de meros pecados, deslices o excesos. No se están sólo violando ciertos principios: ellos parecen haberse perdido por completo. Y los mismos eran el cordón umbilical que unía a este gobierno con una gran masa de chilenos que lo ha apoyado. Los que creen haber ganado el aplauso de un grupo de presión dando este paso, comprobarán a poco andar cuán efímero ha sido ese logro. Nunca la mística de quienes agradecen el perdón de un fraude tributario será tan arraigada como la de quienes actúan movidos por un ideal superior.

Se acumulan ya demasiados hechos y evidencias. Semanas atrás señalábamos cuán difícil se estaba haciendo la misión de ser partidarios del Gobierno. Estos días aportan antecedentes que la tornan casi imposible.

Fabiano, pero No Tonto

Los que proporcionaron defensa judicial gratuita y un paraguas moral a los terroristas dejaron una cuenta pendiente con la sociedad chilena. Todos saben a qué personas e instituciones me refiero.

Hace unas tres o cuatro décadas las originalidades y dichos de George Bemard Shaw ocupaban frecuentemente las páginas de cables de los diarios. El dramaturgo tenía un ingenio agudo y mordaz para replicar a sus interlocutores. Casi todas sus apariciones públicas daban lugar a alguna frase afortunada, que esa misma tarde era despachada por las agencias cablegráficas a todo el mundo.

Mi salida favorita de Shaw fue la que hizo a costa de una connotada belleza, bastante liberada, de la alta sociedad londinense, cuando ella le propuso derechamente engendrar un hijo entre ambos, con el fin de que heredara la inteligencia de él y la hermosura de ella. El dramaturgo se limitó a advertirle sobre el grave peligro de que ese hijo heredara la hermosura de él y la inteligencia de ella.

En otra ocasión le presentaron a Shaw, para su firma, una petición elevada por sectores izquierdistas al gobierno de Su Majestad, en apoyo a una campaña por la abolición de la pena de muerte. El ilustre dramaturgo señaló que firmaría gustoso, pero sólo una vez que hubieran adherido a la misma campaña los asesinos.

Shaw era un hombre de izquierda, un “fabiano”, perteneciente a una asociación política que debía su nombre al cónsul romano Quintus Fabius Máximus, que pasó a la historia gracias al éxito de sus tácticas de lucha gradual contra Aníbal Barca. Así, la Sociedad Fabiana era partidaria de una vía gradual, paulatina y pacífica hacia el socialismo, caracterizada las concesiones al sistema imperante.

He recordado a Shaw y su respuesta frente a los abolicionistas, pues advierto que sectores e instituciones variados se han vuelto tan escrupulosos en su vigilancia de las autoridades en materia de derechos humanos, que están llegando al grado

de facilitar la labor de los terroristas, cuya preocupación por los indicados derechos es, naturalmente, nula. Así, hay quienes con gran soltura piden la disolución de los organismos de seguridad, en nombre de los derechos humanos. Pero, hasta ahora, nadie les ha oído solicitar la disolución del MIR o del brazo armado de los comunistas, el “Frente Patriótico Manuel Rodríguez”, que a diario dinamitan, incendian o atentan contra las personas.

Hay entidades que dedican importantes recursos (donados generalmente por personas inadvertidas) a la defensa judicial indiscriminada de todo elemento perseguido, buscado por las fuerzas de seguridad o juzgado a instancias del Gobierno. Naturalmente, si no todos, muchos de estos defendidos son terroristas o afines, pues de otro modo no estarían siendo buscados por los señalados servicios. ¿Cuánto ahorran las organizaciones que promueven la violencia armada gracias a esta defensa judicial indiscriminada que se les proporciona en forma gratuita? ¿Cuántos explosivos más pueden fabricar o adquirir el MIR y el FPMR gracias a este ahorro? Por consiguiente ¿cuántas víctimas más deberemos lamentar gracias a esta impensada ayuda que el terrorismo recibe de quienes se dicen defensores de los derechos humanos —y posiblemente creen de buena fe serlo— sin saber que están contribuyendo indirectamente a financiar tareas de muerte y destrucción?

Por eso, tal como Shaw, cuando nos pidan plegarnos a las campañas en favor de los derechos humanos de los terroristas, haríamos bien en contestar que solamente lo haremos cuando éstos se plieguen a la campaña en favor de los derechos humanos del resto de la colectividad.

27.06.84

Todo, Menos la Razón

El Ministerio de Hacienda había consagrado 234 sobretasas arancelarias que habían dejado perfectamente contento a un número bastante mayor de empresarios favorecidos con ellas. Pero el modelo de economía abierta se estaba quebrantando.

Un dilecto amigo sostiene, no sin buenos argumentos, que el prurito de defender el interés general en Chile sólo puede provenir de un rasgo de locura. En efecto, lo que la recta razón ha aconsejado y, enseña desde siempre entre nosotros ha sido la leal, sostenida e ineludible defensa del interés particular por sobre el de la generalidad. Predicar lo contrario, afirma él, constituye un desvarío acusatorio de grave e irremisible pérdida de facultades, de la cual, expresa, me estoy haciendo sospechoso a raíz de toda esta incomprensible jerigonza portaliana que me he dedicado a divulgar últimamente.

Añade este amigo que una sana y antigua norma de buena convivencia nacional siempre ha aconsejado situar primero a los conocidos que a los extraños; que el así llamado “interés general” pertenece a una masa ignara y amorfa de personajes ajenos y desconocidos a quienes no cabe en forma alguna brindar el mismo trato que a los más próximos a uno; en fin, que las sobretasas arancelarias han venido a proteger y beneficiar a casi todos nuestros más queridos amigos y compañeros de memorables acontecimientos cívicos y gastronómicos —sobre todo de estos últimos— de tal manera que no cabe sino celebrarlas con entusiasmo y sin reserva alguna.

Bien. Parece que no queda, entonces, sino felicitarse de que tantos y tan buenos camaradas textiles, del calzado, metalúrgicos, electrónicos, papeleros., galleteros, chocolateros, viñateros, pisqueros, licoristas y otros más cuyos nombres no quiero olvidar y pueden ser encontrados en el decreto 618, hayan pasado a mejor vida, junto con el arancel bajo y parejo. En este momento de justificada euforia por su triunfo, quiero manifestarles que si no contribuí antes a él en forma alguna, pueden contar con que lo haré en el futuro de todas maneras, a través, por supuesto, de comprar sus productos a un precio por lo menos 15 por

ciento mayor que antes.

Ahora, mi amigo sostiene que el arancel sigue siendo bajo y parejo pese a la diferenciación, otra cosa que yo no he podido comprender bien. Pero él afirma que esto se debe a la misma obnubilación general que vengo sufriendo. Acá en Chile, dice, las cosas no se hacen a golpes de hacha. Si se suprime el arancel parejo no hay para qué, además, vejarlo. En cambio, afirma, se le mantiene en un rango honorario. Así, seguimos teniendo aranceles bajos y parejos, pero sólo a título honorario.

Es una buena salida, sin duda. Así no hay problemas con la imagen de estabilidad de las políticas ni con las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional.

Ahora, la razón, claro está —manifesté a mi amigo— sigue de parte del arancel bajo y parejo, real y vigente; es más justo, es el que permite el aprovechamiento óptimo de los recursos de nuestro país y, por consiguiente, los mayores y más estables niveles de empleo a largo plazo.

Pero mi amigo estuvo, una vez más, convincente: este asunto del “largo plazo”, me dijo, es otra patraña importada, completamente ajena a la idiosincrasia de los chilenos. Además, tener razón no significa en modo alguno que uno esté cuerdo. Chesterton decía que está loco quien lo ha perdido todo, menos la razón. Y tal es, terminó diciendo con majestuoso ademán, el caso de los partidarios del arancel bajo y parejo.

25.07.84

Saludable Estado de Confusión

El proceso institucionalizador del Gobierno Militar marchó hasta consumir su tarea, reflejada en las leyes complementarias de la Constitución que hoy nos rigen. Poco recuerdan, en cambio, el trabajo de las comisiones opositoras. En ese tiempo la oposición se había organizado en torno a la “Alianza Democrática” (como se ve, los nombres van y vienen).

Un número de compatriotas —exiguo, debo confesar— ha tenido a bien consultarme acerca de las declaraciones de una alta autoridad sobre el futuro curso institucional, las cuales, dicen, los han llevado a experimentar cierta confusión.

No habiendo estado en condiciones de dar una respuesta verbal esclarecedora, y tras largas cavilaciones, procedo a continuación a poner por escrito mi respuesta.

Primero, extrañame sobremanera que mis compatriotas afectos a la política adviertan su confusión sólo ahora, siendo que el respectivo quehacer se ha caracterizado siempre, en nuestro medio, por la incertidumbre y la desorientación generalizadas.

¿Sabe alguien, por ejemplo, lo que haría la Alianza Democrática si estuviera en el gobierno? ¿Procedería a hacer otra reforma agraria o no? ¿Derogar la ley minera y estatizar las explotaciones? ¿Haría tabla rasa de la actual Constitución o buscaría reformarla? ¿Procesaría sólo a los miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden o también a los civiles que hubieren colaborado con ellas o incluso a los simpatizantes del régimen? ¿Haría pactos con los comunistas o sólo les permitiría actuar libremente en la vida política?

Por supuesto, las respuestas a esas preguntas no las sabe ni siquiera la Alianza Democrática. Mucho menos el resto del país. Sin perjuicio de ello, la primera pretende erigirse en opción de gobierno. En síntesis, la confusión es propia del quehacer político y de quienes lo practican. Además, en política constituye siempre una sabia estrategia la de mantener al adversario en el mayor de los

desconciertos. Incluso suelen triunfar en ese menester quienes conservan a sus partidarios en el mismo estado. Y casos ha habido de políticos exitosos que nunca han podido superar siquiera su propia confusión.

Segundo, recuérdese que hay varias comisiones trabajando en materia de institucionalidad política. Las comisiones rara vez sirven para solucionar los problemas, pero tampoco la política ha tenido nunca por real objetivo la solución de los problemas. En cambio, la sola designación de una comisión desata un proceso que generalmente después resulta imposible de detener. Entre nosotros hay en marcha uno de carácter institucionalizador que navega impertérrito en medio de un mar de confusiones y avanza con pertinacia ineluctable, en un proceso indeseado por muchos elementos de gobierno y de oposición, pero dotado de fuerza propia.

Sería muy difícil ya detener ese proceso. Así, vendrán la ley de partidos, la de elecciones, la del tribunal calificador, la del Congreso, el plebiscito presidencial y el Parlamento mismo en forma inevitable. Las comisiones son monstruos que escapan al control de sus creadores.

Y en tercer y último lugar, valoricemos debidamente la confusión y, consideremos el enorme peligro de la certidumbre en política. Los casos de máxima claridad de ideas en los estadistas han traído, generalmente, las peores calamidades a sus países y a la Humanidad. Ni Stalin ni Hitler estuvieron jamás afligidos por las dudas o las vacilaciones. ¡Dios nos libre de los clarividentes iluminados, pues con los confundidos siempre nos será posible arreglarnos pasablemente bien!

Preservemos, pues, nuestro saludable estado de confusión política general, en la confianza de que hay comisiones trabajando de manera concienzuda para que él quede debida y establemente institucionalizado.

15.08.84

Justicia al Mercado Libre

Era también el momento de defender postulados del régimen que la nueva autoridad económica, designada por aquél en abril, estaba poniendo en tela de juicio. Había cifras interesantes y hoy olvidadas... y también argumentos.

Una observación que incomoda extraordinariamente a mis contradictores en materias económicas, por cuyo motivo me abstengo en lo posible de formularla —salvo en caso de imperiosa necesidad, y éste parece serlo— es la de que el inferior precio del cobre y el superior precio del petróleo, en relación a sus respectivos niveles históricos, significaron para Chile, entre 1974 y 1982, menores ingresos equivalentes al total de su deuda externa, es decir, unos 18 mil millones de dólares.

Ello refleja el tamaño del desafío que ha debido vencer en este decenio nuestra economía. ¿Pueden imaginarse ustedes qué habría sido de este país con su economía cerrada, dependiente del cobre para conseguir las cuatro quintas partes de sus divisas? En un decenio el avance hacia la apertura al exterior y la libre empresa ha permitido al país diversificar sus fuentes de divisas y reducir aquella dependencia a dos quintas partes.

Pero ese avance ha permitido, además, sortear otros enormes desafíos que han surgido durante el actual régimen: la pesada y ruinosa herencia de la Unidad Popular, que obligó a un endeudamiento cuantioso para volver a capitalizar las industrias y el agro; la interrupción de toda ayuda económica y militar por parte de nuestros países “amigos”; los costosos desafíos bélicos derivados de nuestro respeto a los tratados internacionales y laudos arbitrales y, en fin, “last but not least”, las violentas alzas de intereses externos que hemos debido soportar.

Visto todo lo anterior, creo del caso dar gracias a Dios por haber permitido a Chile contar durante casi todos estos diez años con un equipo de autoridades económicas comprometidas con el mercado libre y abierto. ¿Qué habría sido —me atrevo a reiterar— de este país bajo tamañas crisis, aherrojado en el sistema estatista, monodependiente y cerrado de antaño?

¿Que hubo errores? Por cierto. Pero los tres principales derivaron precisamente de no haber observado los principios aconsejados por la libertad económica: el tipo de cambio nominal fijo, la indexación salarial por ley y la garantía estatal al sistema bancario. Esos controles impidieron que el país se adecuara a tiempo a la crisis recesiva internacional, moderara su endeudamiento e hiciera recaer oportunamente sobre los verdaderos responsables las consecuencias de torpezas y audacias que han gravitado después sobre todos los chilenos. Costos del pragmatismo.

Sería vano de mi parte afirmar que me di cuenta de todo eso a su debida hora. No fue así. Tal vez algo piso antes que otros. Pero lo ocurrido, en todo caso, me enseñó que si nuestras autoridades hubieran sido realmente dogmáticas de la libertad económica, como se les imputó a quienes ejercían las funciones del sector hasta hace poco, nuestra suerte habría sido sustancialmente mejor.

Así, pues, que quede para la Historia, ahora que corren otros vientos: si al mercado libre y a los “Chicago Boys” se les dio una oportunidad en Chile, lo cierto es que fue la peor de todas; pero, así y todo, nos libraron de sufrir, a la vez, lo peor de ambos mundos, como habría sido soportar las adversidades de la última década bajo un régimen de economía cerrada y socializada, la cual antes, y en medio de la bonanza internacional, había ya arruinado al país; de cualquier manera, en el breve interregno de 1977 a 1980, de relativa normalidad externa, la economía libre y abierta demostró que podía dar más empleo, reducir más la inflación, hacer crecer más las remuneraciones y aumentar más el producto que lo que se había logrado antes en cualquier otro cuatrienio de nuestra historia; y todo ello —cosa que pocos recuerdan— con disminución de nuestro endeudamiento (hablo en dólares constantes y en términos netos) con el exterior.

A la Oposición Pensante (I)

El temor de que, llegada al Gobierno en alguna época futura, la Oposición dejara sin efecto ciertas políticas o decisiones que son esenciales para el desarrollo de largo plazo del país, me indujo a escribir esta “miniserie” de columnas.

Invadido de una generosa disposición de ánimo, he resuelto aprovecharla para sugerir algunas reflexiones a aquel sector de los opositores políticos que todavía practican el hábito, por lo general ajeno a nuestra idiosincrasia, de pensar. Desde ya advierto a los partidarios del Gobierno incursos en igual conducta estrambótica que de ningún modo quedan excluidos de la lectura de lo que sigue.

Dicen los que saben que la principal riqueza chilena yace en nuestro subsuelo. Poseedores de ella y, además, de abundante población dispuesta a trabajar — aunque no en exceso— carecemos, sin embargo, de suficientes recursos de capital, empresarios y tecnología para explotarla por nosotros mismos. El sector estatal ha adolecido particularmente entre nosotros de tales insuficiencias.

De todo lo cual nuestros gobernantes de 1971 extrajeron la peculiar conclusión de que debía reservarse sólo al Estado y de una manera “absoluta, exclusiva, inalienable e imprescriptible” el dominio de todas las riquezas del subsuelo. Una decisión que aseguraba tranquilizadamente que nadie, comenzando por la población chilena, podría obtener beneficios de tales riquezas en el futuro previsible.

De ahí que la mayoría acogiera con beneplácito en 1973 a un régimen dispuesto a reincorporar la racionalidad al manejo de la economía en general y de nuestros recursos minerales en particular. Aquél declaró desde un comienzo su respeto y respaldo por la propiedad e iniciativa de los particulares.

Ello alentó la llegada al país de los recursos de que él carece —capitales, capacidad empresarial y tecnología— para poner en marcha la extracción de riquezas del subsuelo. En la sola minería del cobre se abrió la perspectiva de

que, hacia 1990, pudiera casi doblarse la producción; todo ello al amparo del respeto a la propiedad y a la libertad de iniciativas para traer y poner a trabajar en nuestro territorio los señalados recursos escasos que darían ocupación y bienestar a los chilenos. Cabe imaginar la importancia económica de lo anterior para los efectos de la disponibilidad de moneda extranjera, los niveles de actividad internos y el servicio de nuestros compromisos con el exterior.

Sin embargo, en 1980 ese mismo régimen, cuya vocación esencial era la de rectificar los errores y excesos de su antecesor, pero que ha solido mostrar una considerable capacidad para desconcertar a sus conciudadanos, promulgó una nueva Constitución que —suprema ironía— mantuvo reservado sólo para el Estado y nada más que para el Estado el dominio “absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible” de los yacimientos mineros. Naturalmente, el gran impulso de inversión antes referido se detuvo abruptamente.

Percatándose de ello, el régimen —que junto con la capacidad para cometer errores conserva, sin embargo, la de enmendarlos justo antes de que sea demasiado tarde— convocó a los elementos más capaces y patriotas a la tarea de deshacer el entuerto. Del correspondiente empeño por recuperar la racionalidad básica en relación al quehacer extractivo nació la que se conoce como Ley Minera, en cuya virtud se restableció la confianza perdida y renacieron los ímpetus para reanudar el costoso, tecnificado y prolongado proceso de convertir en bienestar para los chilenos las rocas que subyacen en las entrañas de nuestro territorio.

17.10.84

A la Oposición Pensante (II)

La segunda columna de la miniserie aterrizó algunas proposiciones. Tal vez fue un grano de arena para que, apenas llegada al Gobierno, la Oposición ratificara, haciéndolo aprobar en el Congreso, el DL 600, que daba garantías a los inversionistas extranjeros. Sólo catorce años después ella resolvió desconocer esas garantías, a través del “royalty” a la minería.

El verdadero y permanente bienestar de los chilenos habrá de provenir, no de cerrar nuestras fronteras y nuestros recursos naturales a la tecnología, al capital y a la capacidad empresarial extranjeros, sino de abrirlos ampliamente a ellos, en lugar de dar la bienvenida sólo a los préstamos externos. Se trata, en efecto, de factores que son escasos entre nosotros, por contraste con nuestra abundancia de mano de obra y riquezas naturales. “Reservar exclusivamente para el Estado” estas últimas es una actitud suicida, que nos condena al subdesarrollo.

En torno a estos conceptos es imprescindible unir a opositores y gobiernistas, pues están en la base de cualquier aspiración a la prosperidad nacional y debieran ser pilares permanentes y estables, no susceptibles de ser demolidos cada vez que haya un cambio de gobierno o de mayoría legislativa. Los países que han alcanzado desarrollo han puesto estas materias fundamentales, con sensatez, más allá de la política y de las elecciones.

El nuestro fue grande y próspero cuando practicó los preceptos de respeto a la inversión, la tecnología y la capacidad empresarial de los extranjeros y de su libertad para trabajar y producir en Chile. Nuestro salitre, gracias a ello, fue explotado febrilmente, y de constituir el cinco por ciento de los ingresos nacionales en 1880, pasó a representar el sesenta por ciento de los mismos treinta y cinco años después.

Por contraste, el Perú, que perdió la riqueza salitrera en la guerra del Pacífico, nunca llegó a aprovechar sus frutos, pues la tenía “reservada para el Estado” y había expropiado a los empresarios particulares, especialmente extranjeros, que habían iniciado su explotación.

Chile, en cambio, abrió el salitre a la libre concurrencia de los particulares, devolvió a sus dueños las salitreras confiscadas por el gobierno peruano y declaró ante el mundo civilizado, en circular enviada por el Ministro de Relaciones Exteriores José Manuel Balmaceda, en 1881, a todas las representaciones acreditadas en Santiago, que habiéndose puesto término al dominio peruano y al monopolio estatal instituido sobre el salitre, Chile restablecía la libertad económica en las respectivas regiones y reconocía los derechos de los empresarios de todas las nacionalidades.

Cobrando sólo un impuesto de exportación, nuestro país se enriqueció grandemente. Sucesivos gobiernos pudieron sembrar el territorio de obras públicas y adelantos que todavía hoy, un siglo después, nos prestan útiles servicios. Por contraste con el país socializado y entrabado de este siglo, tan proclive a declarar la riqueza natural “reservada para el Estado”, hace cien años nuestros problemas residían en cómo invertir los excedentes del erario y de dónde conseguir manos de obra para una economía libre y pujante, que se expandía vigorosamente y estaba falta de brazos. Hoy casi parece un chiste recordar que los Estados Unidos consideraron en esa época la posibilidad de declarar la guerra a Chile y dieron prioridad a la construcción naval bélica justamente con vistas a un posible conflicto con la orgullosa potencia del Cono Sur.

Y cuando, por razones ajenas a nuestra economía, en la primera parte del siglo XX surgió el salitre sintético y cayó el valor del natural, Chile pudo felicitarse de que una explotación libre y acelerada le hubiera permitido capitalizar durante varios decenios una riqueza que, de haber estado vedada a los particulares, chilenos y extranjeros, se habría perdido en gran parte, “reservada para el Estado” y sin provecho para nadie.

Por no aprender de nuestra historia a veces repetimos errores cometidos a lo largo de ella y, por lo mismo, también corremos el riesgo de no reeditar algunos notables aciertos chilenos del pasado.

Libertades Poco Elegantes

Las libertades de la vida diaria habían sido conculcadas por los gobiernos de izquierda y fueron restablecidas por el militar.

Le dije a un interlocutor que yo estaba agradecido del Gobierno, por las libertades que nos había garantizado a los chilenos, y le dio mucha risa. Quise fundar mi opinión, pero él no podía parar de reírse. Finalmente logró hacerlo, pero tampoco entonces me dejó continuar, sino que aseveró:

—Seguramente usted se refiere a la libertad de instalar varios teléfonos en su casa y no a la de elegir gobernantes...

Le contesté que para mí el teléfono siempre había sido más importante que los gobernantes, pero eso no lo impresionó demasiado. En vista de lo cual le cité la libertad de depositar los fondos previsionales en la institución que uno quisiera elegir. Antes, el Estado siempre se alzaba con parte de ellos. “Ahora podrán hacerlo los particulares”, me replicó. Entonces le mencioné la mayor libertad de enseñanza, gracias a las garantías para la educación particular, y la mayor libertad de elección en materias de salud, que les permite actualmente a los imponentes morir a manos de médicos privados en lugar de médicos estatales, lo cual con seguridad mejorará su status en el Más Allá. Y también mencioné la libertad de adquirir ropa usada norteamericana, lo cual ha llevado a que prácticamente todos los chilenos parezcamos habitantes de un país desarrollado, apariencia que, naturalmente, es falsa, pero muy reconfortante.

Sin embargo, mi interlocutor insistía en las libertades públicas; yo, en cambio, en las privadas. El decía que las primeras eran elevadas y trascendentales, y yo replicaba que las segundas eran diarias, permanentes y esenciales.

—Mire— le argumenté— usted quiere mayores libertades públicas para que triunfen opciones programáticas estatistas, dirigidas a suprimir libertades privadas. Todos los que piden las primeras predicán mayores formas de intervención estatal, de regulaciones y controles: quieren libertad para disminuir

la libertad.

—Pero tiene que haber mayor libertad de información, de crítica, de denuncia de abusos y excesos, de elección de autoridades— replicó mi interlocutor, y yo estuve de acuerdo en las tres primeras aspiraciones, pues, en cuanto a la cuarta, está prevista y satisfecha en el itinerario constitucional. En fin, cuando terminó la discusión yo estaba bastante menos seguro de mis puntos de vista, mal pasajero que sufro después de la generalidad de las discusiones, pero del cual me repongo rápidamente. “A lo mejor este gobierno no es tan libertario” —me dije — pero tal vez mi interlocutor ahora piensa, por su parte, que no es tan liberticida.

Y cuando salí a la calle pensé que estar libre de la Escuela Nacional Unificada, de pedir número a las seis de la mañana en un hospital estatal, de ser expropiado cualquier día de la tierra que uno ha adquirido honradamente, de ser obligado a contar con una colegiatura o un carnet para trabajar, de ser apresado por comprar un dólar o acusado de especulador por adquirir más de un pollo faenado o de un kilo de azúcar, de dejar un aval para poder viajar al exterior, no son libertades que tengan un rango doctrinario muy notable pero, sumadas a muchas otras tan vulgares como éstas, hacen la diferencia entre un paraíso popular del cual todos quieren irse y un país gobernado por un régimen militar al cual todos quieren volver.

Capítulo II

Misión cumplida

(1985 – 1989)

Doblan las Campanas... a Veces

Por cierto, “los degollados” y “los hermanos Vergara Toledo” siguen siendo recordados, pero los militares caídos en los mismos días no...

Pocas veces se había dado testimonio de un sentimiento tan unánime de repudio a un hecho criminal como el manifestado en estos días, a raíz del secuestro de siete personas y del posterior y alevoso asesinato, con ensañamiento, de tres de ellas, dos de las cuales eran profesores de militancia comunista que han merecido un homenaje póstumo especial, atendida su larga trayectoria partidaria, del propio Luis Corvalán, a través de Radio Moscú, al tiempo que uno colaboraba de manera activa con la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago.

El sentimiento general de que la colectividad toda ha sufrido un ultraje inaceptable es, qué duda cabe, justo. El revela que, al menos en este caso, la solidaridad humana es capaz de prevalecer entre nosotros por sobre las consideraciones y las banderías políticas que pudieran dividirnos. “Ningún chileno es una isla”, podríamos decir, parafraseando a John Donne. “La muerte de uno nos disminuye a todos; por consiguiente, no preguntes hoy por quién doblan las campanas: están doblando por ti”.

Y así pueden explicarse también los sentimientos de pesar expresados por políticos, eclesiásticos y, aun, partidarios del Gobierno, al sumarse a la tragedia anterior la muerte de dos hermanos, durante un intercambio de fuego con Carabineros. Ambos colaboraban también con la Vicaría de la Solidaridad, si bien sus féretros fueron cubiertos, en póstumo homenaje, por la bandera de la entidad en que ambos militaban: el MIR.

Pero contrastando con estas públicas, compartidas y expresivas manifestaciones, el olvido cubrió prontamente otro hecho que, por paradoja, no alcanzó a concitar, aun mereciéndolas, parecidas muestras de repudio y dolor. Hace ocho días solamente, otros dos jóvenes compatriotas nuestros, suboficiales de Ejército, fueron fría y alevosamente asesinados mientras cumplían con su deber. Se les

tendió una trampa mortal, utilizando una grabación que interfería los programas televisivos en Concepción. A la grabadora estaba conectado un artefacto explosivo que necesariamente debía estallar en el momento en que se cortara la grabación, matando a quien se encontrara en las proximidades. La grabación difundía propaganda en favor del MIR y del Partido Comunista.

Es posible que ese frío asesinato doble pasara inadvertido en medio de otros atentados dinamiteros que conmovieron y horrorizaron a la capital en los mismos días, obras también del MIR y del Partido Comunista. Pero el hecho es que la semana pasada no fue posible advertir manifestaciones de pesar o repudio siquiera remotamente parecidas a las que escuchamos hoy, ni menos se recibió siquiera una de consternación proveniente del exterior, similar a las numerosas que están llegando a Santiago en estos días.

Así y todo, sigue siendo cierto que no corresponde, cada vez que un chileno cae víctima de la violencia homicida, preguntar por quién doblan las campanas; pero sí hay derecho a observar que, en algunos casos, ellas tañen a rebato, mientras en otros cuesta encontrar una mano piadosa que esté dispuesta a hacerlas doblar.

03.04.85

Completamente Inútil

Siempre rompí lanzas contra el doble patrón de nuestros prelados frente a la violencia.

Como no soy “osnovny” ni “dovveryon1 litso” ni “tyomhaya verboura”, no me queda más remedio que reconocermé completamente inútil. Estoy fuera de la “nomenklatura” con que el Komitet Gosudarstvennoi Bezopastnosti, mejor conocido como KGB, clasifica a sus colaboradores: agentes, ayudantes no formalmente reclutados y “fuentes inconscientes”, a las cuales Lenin, con imperdonable crudeza, llamaba “tontos útiles”. Y estoy fuera, no por inteligente, sino por inútil.

En efecto, soy de los pocos dispuestos hoy a llamar a escándalo y a rasgar vestiduras por las muertes de Carlos Valverde Briones y Héctor Valenzuela Cea, nombres que, estoy cierto, resultan extraños para la gran mayoría, pues los respectivos asesinatos no llamaron demasiado la atención. En efecto, ambos fueron víctimas en los últimos 10 días del “Frente Patriótico Manuel Rodríguez”, dependencia armada del Partido Comunista.

Hace un tiempo fueron asesinados tres dirigentes comunistas muy importantes, como la propia Radio Moscú se encargó de reconocerlo: dos eran directivos de alto nivel del partido clandestino y el otro el encargado de canalizar el financiamiento desde el exterior. Se trató, claramente, a mi juicio, de una vindicta ilegal por parte de quienes, sabedores de que el PC y el “Frente Manuel Rodríguez” son una misma cosa, cobraron revancha en la persona de tres dirigentes del primero por igual número de asesinatos cometidos días antes por el segundo. Ese crimen —pese a ser parte de la “guerra sucia”— sí que estremeció a los chilenos. Yo escribí para condenarlo, pero hice ver que, en nuestro medio, las campanas sólo doblan a veces por los caídos. Y entonces una persona, en carta al diario, reprochó incluso ese intento mío de que las campanas doblaran por igual para comunistas y no comunistas.

También nuestros obispos han proclamado recientemente como “el símbolo más

cruel” de la violencia en Chile el “asesinato de tres profesionales”. Desde luego, habría sido más exacto decir “tres militantes comunistas”, pues ellos no fueron asesinados en razón de ser profesionales, sino en cuanto cómplices de la violencia comunista. Los mismos prelados han exigido dramáticamente “que, para la salud moral del país, se conozca pronto la verdad” y han dicho que la situación “exige justicia”, elevando a la categoría de pecado la indiferencia ante tales crímenes.

Sin embargo, los mismos obispos impetraron públicamente, hace un tiempo, que el Gobierno otorgara salvoconducto a los asesinos —pertenecientes al “Frente Manuel Rodríguez” y al PC— del intendente Carol Urzúa y sus escoltas, cuando aquéllos encontraron refugio en la Nunciatura. Finalmente les fue concedido y viajaron al exterior, donde pasaron a gozar de libertad e impunidad completas.

¿Por qué la salud moral del país puede soportar la falta de sanción a los comunistas y no la de los no comunistas? ¿No es un pecado peor que la indiferencia ante un crimen la protección y garantía de impunidad a quienes lo cometen?

Soy de los que piensan que, si se ha de erradicar del país la violencia ilegítima, ello sólo podrá lograrse condenando con pareja severidad todo hecho que la materialice y no sólo algunas de sus manifestaciones. Quienes reservan su benevolencia para un sector y su condenación para el otro están, en realidad, sólo facilitando el triunfo de una violencia ilegítima por sobre la otra, y, ciertamente, eso no es lo que reclama la salud moral del país.

Vistas las anteriores opiniones, puede apreciarse que el KGB tiene toda la razón del mundo al dejar a quien esto escribe fuera de su “nomenclatura”.

03.07.85

Profeta Acosado

Anuncié el “boom”... y vino.

Debo reconocer, bienaventurados feligreses de este rincón de cavilaciones, que vuestra incredulidad ante mi reciente anuncio del “ovni” que viene me ha hecho sentir acosado. En verdad os dije, como recordaréis, que, a partir de 1986, Chile ingresará en una nueva etapa de prosperidad, la cual se extenderá, naturalmente, hasta la siguiente caída, pues si siete veces cae el justo en un solo día, cómo no habríamos de caer nosotros, pueblo de pecadores, una vez cada tantos años.

Fundé tal profecía en la razón más sólida que puede darse en nuestro medio para sustentar una afirmación: un extranjero lo dijo. Pero os sorprenderíais de saber hasta qué punto ha cambiado el carácter nacional cuando os entere de que ni siquiera ese supremo argumento ha sido efectivo en este caso, pues no han faltado quienes me exijan fundar en razones mejores que el dicho de un extranjero mi aseveración de que viene un “boom”.

Pienso que actitudes como ésa pueden llevarnos a extremos tan peligrosos como los de pensar por nuestra cuenta o, peor, confiar en nosotros mismos, con las consecuencias que de ello podrían derivarse.

Con todo, he resuelto enfrentar vuestro desafío escéptico y he pensado cuidadosamente, llegando a descubrir que la única argumentación que podría tener entre nosotros tanta o más fuerza que “un extranjero lo dijo” es la fundada en citar algún lugar común y expresarle en lenguaje abstruso. Los lugares comunes gozan por sí solos de sólido prestigio en nuestro medio. Ahora, si logramos citarlos en términos ininteligibles, sus efectos de convicción pueden llegar a ser devastadores. Por consiguiente, he resuelto fundar mi pronóstico del “boom” en la “inminente mejoría de los términos de intercambio”. Dada, además, la particular reverencia que por sí misma merece a los chilenos toda cita que contenga la frase “términos de intercambio”, que la mayoría, por cierto, no tiene idea de qué son, doy por sentado, entonces, que mi profecía, ahora sí, pasará a gozar de general aprobación, tanto porque un extranjero la apoya cuanto

porque estará fundada en una inminente mejoría en los términos de intercambio.

Aceptada ya, entonces, la validez del aserto profético, en verdad os digo que todo lo anterior tiene —por una coincidencia inexplicable— mucho que ver con la realidad. Pues el extranjero anunciador de nuestro “boom” lo prevé porque advierte en Chile sanidad económica, buenas perspectivas de inversión, una rebaja tributaria en marcha, un excelente arreglo sobre la deuda externa y alta productividad de la mano de obra, dado el nivel de los salarios reales; por otra parte, las alzas ya registradas, como asimismo las perspectivas de otras futuras en el cobre, y la inminente baja del precio del petróleo conducen inevitablemente a una mejoría de nuestros términos de intercambio.

De modo que, como diría Lope, burla burlando ya van dos fuertes argumentos por delante, y tendríamos de este modo casi completamente asegurado el “boom”.

Amigos, chilenos, compatriotas: prestadme vuestra confianza. Os profeticé en 1971, cuando erais felices disfrutando de un “boom” sin precedentes y de una gran estabilidad de precios, que vendrían prontamente las alzas y las privaciones, y ya en 1972 las teníais entre vosotros. Os profeticé en 1981, cuando nuevamente erais felices y disfrutabais de los dólares a 39 pesos, que éstos os costarían penalidades futuras, y ya en 1982 ellas fueron parte de vuestras vidas. Ahora, mi impaciencia me impide esperar otro decenio y no he querido privaros de conocer la buena nueva que anuncia mi bola de cristal, y que he vuelto a poner hoy ante vuestros ojos.

10.07.85

Un Aplauso para el Lucro

Otra razón de mi permanente condición minoritaria es que siempre he defendido a los que saben ganar dinero.

El otro día le advertí a un conocido especialista en asuntos generales, habitualmente crítico del modelo económico, que si seguía diciendo que en Chile se privilegia al lucro, lo iba a refutar a través de un artículo. Yo esperaba ver el temor reflejado en su rostro, pero me contestó que no leía ningún artículo mío, lo cual me dejó desconcertado y carente de toda ventaja sobre él. Sin embargo, habiéndome luego encontrado ante diversas tribunas y púlpitos desde los cuales también se afirmaba que en Chile, hoy, se privilegia al lucro, he resuelto cumplir mi amenaza.

Pues aquella afirmación es enteramente infundada: los que más lucran, entre nosotros, son castigados con los impuestos más altos; los que ganan menos no pagan impuesto alguno. Además, los tributos sobre las ganancias son progresivos, es decir, mientras uno más gana queda sujeto a un porcentaje mayor de impuesto. En otras palabras, el lucro, lejos de ser favorecido, es severamente penado. Y ésa es, a mi juicio, una de las principales causas de nuestra pobreza y subdesarrollo. Afortunadamente, la reciente reforma tributaria busca paliar tal situación.

El libre mercado, por su parte, premia a quienes renuncian a tener mayores ganancias. Imaginemos, en efecto, que una empresa consiguiera recursos de financistas carentes de todo ánimo de lucro, que no le cobraran intereses por los préstamos. Tal empresa estaría en ventaja sobre el resto, pues sus costos financieros serían menores, y desplazaría del mercado a las demás, obligadas a pagar intereses o dividendos al capital. Esto demuestra que el libre mercado tampoco privilegia al lucro, sino a quienes renuncian a él.

Claro que en esto juega una paradoja, pues los seres humanos, sin duda, buscan por instinto hacer una ganancia con el menor esfuerzo posible. En este afán tratan de vender bienes o servicios a los demás. Pero la competencia los obliga a

rebajar sus ganancias, para poder vender más y ganar más. Este milagroso proceso económico, en el cual los seres humanos se resignan a ganar menos para poder ganar más, fue el que, en cierta ocasión, y discutiendo con alguien que negaba rotundamente a la Economía el carácter de una ciencia humana, me permitió responderle que, efectivamente, la Economía era una ciencia divina. Claro triunfo polémico por el cual aún mi contendiente de esa ocasión no se resigna a perdonarme y que expongo hoy con toda modestia y como ilustración al benévolo juicio de los lectores.

Lo cual nos lleva a concluir que sin espíritu de ganancia la sociedad no gana nada. Hacer cualquier cosa sin generar nada adicional al tiempo y recursos empleados en ello es un verdadero pecado social. Con razón Jesucristo condenó esa forma de desperdicio en la parábola de los talentos (que eran piezas de plata de 216 kilos). Según dicha parábola, un hacendado dio cinco talentos a un servidor suyo, dos a otro y uno a un tercero, para que los administraran en su ausencia. Al regreso, comprobó que los dos primeros habían doblado el número de sus talentos; el tercero, en cambio, sin ningún espíritu de lucro, había enterrado el suyo y se lo devolvía al hacendado sin ganancia alguna: “Siervo malo y haragán —dijo su señor a este último— debías haber entregado mi denario a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez; y a ese siervo inútil, echadlo a las tinieblas exteriores...” (Mateo 25, 27-30).

Sigamos la enseñanza evangélica, estimulemos las ganancias y el justo premio a quienes las obtienen, pues, en verdad os digo, no sólo ellos prosperarán, sino que lo haremos todos. Y confío en que me prestaréis oídos precisamente porque os sé dotados de un sano espíritu de lucro.

07.08.85

Homo Oeconomicus Chilensis

En 1984 asumió un equipo económico encabezado por Luis Escobar Cerda, que no tenía la misma orientación de sus antecesores ni sus sucesores. Algunos opinan que ayudó a los empresarios a afrontar los peores efectos de la crisis que se vivía, pero otros creemos que tomó medidas contraproducentes y creó una atmósfera de inestabilidad de las políticas.

Chile es uno de los países en que las crisis internacionales repercuten con mayor fuerza en el mundo. Por ejemplo, mientras en América latina como un todo los términos de intercambio han caído, en promedio, entre 1970 y 1985, de 100 a 95, en Chile han descendido a 34. Esa es una de las razones por las cuales estoy cierto de que cualquier normalización internacional de los términos de intercambio se va a reflejar en una recuperación chilena más acelerada que en otras partes.

Aquella vulnerabilidad a los cambios exógenos se ve agravada por una extrema y crónica inestabilidad de las políticas internas. Dentro de una sola década tuvimos en Chile un experimento económico tercermundista (Frei), otro marxista (Allende) y otro neoliberal (Pinochet). Y antes de que este último pudiera cuajar, una recesión externa sucedió a otra, y ambas tuvieron como eco en nuestro país cambios de marcha, de conductores económicos y de escenarios como los que hemos visto en 1982, 1983, 1984 y 1985.

Todo el anterior conjunto de impredecibles circunstancias externas e internas ha llevado a que el “homo oeconomicus chilensis” sea un espécimen cuyos reflejos hacen recordar frecuentemente a los gatos escaldados, que después de haber sido ahuyentados una vez con agua hirviente interpretan mal hasta el menor ademán de quien esté próximo a ellos.

Lo que más necesita hoy ese “homo oeconomicus chilensis” es una prolongada terapia de tranquilidad. Alguien ha observado —y no se ha referido sólo a Chile— que las políticas económicas estables, aun cuando no sean siquiera muy buenas, generan efectos más favorables que otras excelentes, pero de precaria

estabilidad.

Nuestro espécimen económico ha desarrollado ciertos reflejos condicionados, de esos que los economistas suelen llamar “perversos”, sin que ello afecte en nada la honorabilidad personal de quienes los ponen de manifiesto. Así, por ejemplo, una actividad fundamental ha pasado a ser la de anticiparse al momento en que se va a producir el siguiente cambio en alguna variable de política económica.

En todas partes, cuando la economía crece, aumentan las importaciones; cuando sube el tipo de cambio, ellas disminuyen. En Chile ocurre al revés: este año, en los primeros meses, la economía creció y las importaciones disminuyeron. ¿Por qué? Seguramente porque el año pasado se importó innecesariamente y en exceso, en previsión de la devaluación y el alza arancelaria, que efectivamente tuvieron lugar el 17 de septiembre, con traumático efecto (40 por ciento en conjunto) sobre el nivel de precios interno. Por consiguiente, durante 1984 se acumularon importaciones excesivas y tuvo lugar un empeoramiento de las cuentas externas, pese a que subieron el dólar y las tarifas aduaneras. Todos ellos efectos perversos de la desconfianza y la incertidumbre.

El “homo oeconomicus chilensis”, entonces, anticipó (y anticipa) los cambios de política y las medidas económicas, no sólo anulando sus efectos sino agravando los problemas que ellas trataban de solucionar. Gran parte de las penurias que hoy sufren consumidores y deudores, debido a las alzas del IPC y de la UF, son rezagos del 17 de septiembre de 1984. Y ese sacrificio no sirvió para mejorar las cuentas externas, como era su objetivo, sino para empeorarlas. Habría sido preferible, durante 1984, no haber dicho ni hecho nada nuevo en materia de política económica. Estoy cierto de que hoy tendríamos menos inflación y más reservas.

Ni la mejor política económica va a sanar, por consiguiente, al escaldado “homo oeconomicus chilensis” si él no cree en la estabilidad de la misma. Y, que se sepa, el mejor remedio concebido para hacer creíble la estabilidad de las políticas es no cambiarlas a cada paso.

21.08.85

Alarmantes Indicios de Cordura

En la referencia a Sudáfrica sin duda me equivoqué.

Los feligreses de este rincón de cogitaciones variadas perdonarán el que ellas sean hoy más deshilvanadas que de costumbre, pero el autor también se encuentra más desconcertado que de costumbre.

Porque, en efecto, se están presentando en el ambiente interno algunos síntomas de cordura que no cuadran en ningún esquema actual propiamente chileno, y resultan, por lo mismo, alarmantes.

Desde luego, los dirigentes políticos y sindicales de la oposición democrática han formulado públicos llamados a no participar en “jornadas de protesta”, señalando que las mismas son ocasión propicia para que elementos desquiciados provoquen toda suerte de desmanes y, con su conducta, den lugar a muertes de inocentes y perjuicios materiales cuantiosos. Pero eso era, precisamente, lo que hace uno o dos años atrás procuraba el Gobierno hacer comprender a los mismos dirigentes políticos y sindicales cuando eran ellos los que convocaban a tales “jornadas de protesta”.

La sorpresa que me ha producido ese cambio de actitud me cogió, lo confieso, ya en mal pie, pues había experimentado una no menor cuando leí el así llamado “Acuerdo Político”. No tanto por lo que dice o pretende decir —respecto de lo cual se abre un amplio campo de debate— sino por lo que no dice. No encontré allí ninguna conminación al Gobierno para que se marchara ni ninguna declaración de ilegitimidad de la Carta de 1980, aspectos ambos, por lo que yo hasta ahora sabía, ineludibles en cualquier documento de trascendencia suscrito por los opositores.

Todo esto abre una posibilidad enteramente inexplorada y sorprendente, como es la de que los chilenos —o, al menos, una gran mayoría— pudiéramos ponernos de acuerdo. Y ponerse de acuerdo es de la esencia de la democracia. Porque, contra lo que muchos creen, la democracia no es un sistema que sirva para que

convivan quiénes discrepan en la esencia de las cosas ni nunca ha servido para eso. Sólo funciona cuando existe acuerdo sobre el marco fundamental de convivencia y se trata de discernir nada más que los grados de aplicación de unos mismos principios políticos, económicos o sociales básicos, mayoritaria o unánimemente compartidos, ya que nada cambia demasiado entre el gobierno de un partido o el de otro.

Ello explica que un mismo pueblo pueda ser muy democrático bajo ciertas circunstancias y muy antidemocrático bajo otras. Los anglosajones, por ejemplo, lo son respecto de los derechos de los negros en los Estados Unidos, donde éstos son poco más del 10 por ciento de la población, pero no lo son respecto de los derechos de los negros en Sudáfrica, donde éstos representan el 80 por ciento de la población. Es, ciertamente, muy improbable un gobierno negro en los Estados Unidos, y, aunque lo hubiera, no podría cambiar mucho las cosas; en cambio, en Sudáfrica, si hubiera plena democracia, no sólo sería probable, sino seguro, que cambiaría fundamentalmente allí el estado de cosas. Por lo mismo, en la propia Sudáfrica los blancos son muy democráticos entre sí.

En Chile están apareciendo indicios de que algunas personas se han puesto a pensar —una costumbre por completo extraña a nuestro medio— y de que, por esa vía, la mayoría podría llegar a un acuerdo en las cosas fundamentales. Desde ya, ella parece haber descubierto que no es conveniente matarse en las calles.

Son rasgos de cordura tan imprevistos, que me dejan completamente desconcertado y sin más que añadir por ahora.

¿El Padre Pierre o Yo?

No estoy seguro de haber convencido al padre Pierre Dubois con esta columna.

Mi suegro me contó un día que un obispo le había asegurado que el peor de los sacerdotes era más santo que el mejor de los seglares, y quiso saber mi opinión al respecto, pero yo no estaba preparado para darle ninguna. Sin perjuicio de ello, desde ese día y durante los 20 años siguientes he meditado con frecuencia sobre el punto. Lamentablemente, todavía no he llegado siquiera a una conclusión provisoria. La entrevista del domingo al Padre Pierre Dubois, párroco de la población “La Victoria”, me ha dado, sin embargo, nuevos elementos de reflexión.

Ese sacerdote, qué duda cabe, es un santo: vive entregado a los más pobres, arrostrando privaciones, conflictos e incomprensiones. Su santidad no tiene punto de comparación con la de un seglar promedio, como quien esto escribe, que, sin ser particularmente malvado, vive en un barrio de esos que al Padre Pierre le hacen “doler el estómago” y trabaja con honrado entusiasmo —si bien no siempre con éxito— por aumentar su propio peculio.

Pero, según el Padre Pierre, la lucha de clases es la iniciada por el sistema imperante, sus leyes y la estructura social, que conducen al hambre, la mala salud y la falta de vivienda y trabajo digno de miles de personas. Esta violencia institucionalizada genera una respuesta a su vez violenta. ¿Qué podría poner fin a tanta violencia?, preguntan al Padre Pierre. “Que hubiera trabajo, en primer lugar”, responde. ¿Más empresarios que ofrezcan empleo? No, porque la posesión de los medios de producción “condiciona la vida de los hombres en tal forma que les quita el libre destino de sí mismos; la empresa privada da poder sobre otras personas y crea orgullo y cierra la visión hacia la sociedad concreta”; por último, “la riqueza es una fuente de pecado muy grande”.

Pero si la violencia nace, en primer lugar, de la falta de trabajo, y si no es moral que un particular emplee el trabajo de otros, ¿cuál es la alternativa? ¿No será la de esos países de donde tanta gente quiere salir? Porque éste podrá ser un país

pésimo, pero el problema es, por lo menos, que a cierta gente no la dejan entrar; en cambio, cualquiera puede salir.

“Por sus frutos los conoceréis”, nos dijo el Señor. El Padre Pierre es un santo y vive como tal, pero predica un evangelio económico-social con respecto a cuyos frutos de santidad el laico materialista que escribe tiene algunas dudas. No soy santo y, tal vez por eso, no soy párroco de ninguna parte, pero si lo hubiera sido en “La Victoria” habría predicado a los pobladores el respeto a la ley y a la autoridad; eso me habría dado título y fundamento para pedir al Gobierno subsidios y así crear empleos para los cesantes, representándole a aquél la justicia de dárselos a éstos antes que a los bancos o a los deudores de los bancos; habría pedido más comisarías para combatir la delincuencia y habría alentado a las grandes empresas a venir a la población a trabajar y dar empleo, sin temor a violencias ni saqueos. Y pienso que en “La Victoria” podrían estar hoy mejor de lo que están. No siendo santo, a lo mejor mi evangelio puede dar frutos menos peligrosos para la libertad y la seguridad de todos que el de algunos santos.

¿Es el peor de los sacerdotes superior al mejor de los laicos? ¿O podría un seglar apenas regularcito resultar mejor que un sacerdote santo (al menos para la sociedad en que ambos viven)? No lo sé, pero creo haber avanzado algo en el camino hacia una respuesta siquiera provisoria.

25.09.85

Vuestro Consejo, Camaradas

Los comunistas finalmente no me dieron la receta que les pedí en la siguiente columna.

Debe haber sido en agosto de 1973 cuando di pública, desinteresada y gratuitamente un consejo a Luis Corvalán Lepe, pero lo desoyó. Pues días antes él había confirmado la intención del Gobierno, del cual su colectividad era parte, de llevar adelante variadas medidas atentatorias contra la Constitución, amenazando, a la vez, a los opositores, con “sacarles la...” (aquí empleaba un término irreproducible, perteneciente a la anatomía avícola) si protestaban. Entonces le dije por radio a Corvalán que si bien la Constitución podía, en ese momento, incomodarle en más de algún sentido, a lo mejor en otra vuelta de la rueda de la fortuna política ella podía servir para proteger los derechos personales de los comunistas. No he dejado de ilusionarme con la idea de que, pocas semanas después, y estando refugiado bajo un catre para eludir a una patrulla militar, Luis Corvalán pudiera haber reflexionado sobre mi advertencia.

En retribución a ese noble gesto del que esto escribe, vengo hoy en pedir consejo a Corvalán y sus camaradas. Simplemente, quiero saber cómo lo hacen: están pública, confesa y notoriamente comprometidos con la violencia y el terrorismo y, sin embargo, quienes más condenan a la una y el otro acuden cada vez con mayor solicitud en su ayuda.

El día 15 los comunistas cometieron 22 atentados dinamiteros y con bombas, descarrilaron un convoy ferroviario, destruyeron largos tramos de vías, paralizando el tránsito de trenes en diversos puntos; y hasta dispararon un “rocket” contra un bus policial en Santiago (afortunadamente sin alcanzarlo). Pero todavía no se despejaba el humo de las explosiones, cuando ya el Embajador de Holanda, manifestando representar a los países de la CEE, que son naciones europeas occidentales anticomunistas y que condenan severamente el terrorismo, había acudido a La Moneda, no a entregar su apoyo a la autoridad a raíz de la ola de atentados, sino a protestar porque el Gobierno procesaba a quienes habían hecho propicia la ocasión para consumarlos.

Hace algunas semanas leí en el diario que la defensa de dos terroristas — también militantes del PC— detenidos tras poner una bomba en el Museo de Carabineros, que también destruyó una casa vecina, había sido inmediatamente asumida por la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado, pese a que la Iglesia condena incesantemente la violencia “venga de donde venga”. Estoy cierto de que si yo, católico que casi todos los años paga el dinero del culto, fuera sorprendido poniendo una bomba, no sería defendido con igual prontitud por la aludida Vicaría. Y no me digan que los comunistas no tienen recursos propios para la defensa judicial.

Señor Corvalán ¿cómo logran ustedes poner a sus adversarios a trabajar en su favor? ¿Cómo han logrado que los Estados Unidos, la nación anticomunista por antonomasia, les ayude a ustedes a derrocar gobiernos igualmente anticomunistas y a instalarse en el poder, como ha sucedido en Cuba y Nicaragua, para citar sólo a América latina? ¿Cómo consiguieron el apoyo de la derechista familia Chamorro, en el segundo de dichos países, para terminar, hace unos días, imponiendo censura total de prensa al diario de dicha familia y expropiándole hasta la casa?

Señor Corvalán, yo le di a usted un buen consejo hace 12 años, aunque usted no lo haya seguido. Ahora debe devolverme la mano y decirme cómo puedo poner a trabajar en mi favor a quienes discrepan conmigo, tal como lo ha conseguido usted.

Lo cual sería, además, de toda justicia conmutativa, debido a que quienes comparten mis ideas y creencias parecen estar en el último tiempo cada vez más dedicados a trabajar en favor suyo.

23.10.85

Culto Político en Peligro

La siguiente es una ironización acerca de la falta de vocación de poder de los políticos nacionales.

Atónito he visto a un Ministro expresar la decisión del régimen de procurar un nuevo mandato ciudadano a partir de 1989, pues tal propósito contradice, sin duda, una arraigada tradición política chilena, como es la de evitar por todos los medios la permanencia en el gobierno.

Nadie puede haber olvidado, en efecto, los meritorios esfuerzos que desde hace décadas la derecha viene haciendo para entregar el poder a la DC: en 1957 hizo lo posible por apoyar a Frei para Presidente, pero éste, ante la inminencia de tener que asumir el mando, la esquivó; en 1964 la derecha, sin embargo, logró apoyarlo, si bien la DC mostró toda suerte de reticencias, consciente de que ello arriesgaba conducirla al Gobierno, lo que ocurrió. También en 1970, antes y después de la elección presidencial, hubo toda suerte de sondeos de la derecha para permitir a la DC quedarse por un nuevo período. Pero esta última, naturalmente, ahora sí logró eludir el poder y cumplir con el rito político chileno de fugarse de él cuanto antes, cumpliendo con el que, a su turno, ha sido el más persistente anhelo de la DC: entregar el poder a la izquierda. Por supuesto, esta última, completamente desconcertada, demostró que no estaba dispuesta a soportar una jugada semejante, e hizo lo necesario para perder el poder. Entonces llegó un momento en que los políticos de derecha, centro e izquierda se miraron consternados al comprobar que no quedaba nadie a quien entregar el poder. Afortunadamente, después de breve reflexión recordaron, una vez más, a los militares.

Un distinguido historiador sostiene que la presencia de éstos es una constante de la política chilena. En reciente conferencia aseguró que está menos preocupado de saber cuándo se van a ir los militares que cuándo volverán nuevamente al poder en el futuro.

Pero después de varios años en la política, los servicios públicos y las

universidades, parecía casi natural que los uniformados fueran adquiriendo los hábitos políticos de los civiles. Por eso los políticos de profesión se anticiparon a prepararles la tradicional “fuga del poder”, la cual, si hubiera sido por ellos, debería haberse iniciado hace ya mucho. Y parecían dispuestos a prestar su habitual concurso: la derecha brindando posibilidades a la DC y ésta haciendo venias hacia la izquierda. Esta última, no dispuesta a que otra vez le echaran el bulto encima, ha preferido dedicarse al terrorismo, en la seguridad de que así dejarán de pensar en ella, lo cual, sin duda, está consiguiendo.

Pues, en realidad, ninguno de los tres sectores desea el poder. Cuando el Gobierno les ofreció un Parlamento anticipado, hace dos años, hicieron lo necesario para evitar que ni siquiera esa cuota de poder les cayera encima, y frustraron oportunamente la idea. La clase política siempre se ha sentido más confortable haciendo discursos, concentraciones, críticas y promesas que enfrentando los problemas concretos, para lo cual nunca ha sido preparada.

Pero el destino ha sido benevolente con ella y he aquí que el Gobierno, en una actitud inesperada y ajena a nuestra idiosincrasia, manifiesta vocación de poder.

No sé si el país podrá asimilar el insólito hecho de que un régimen no esté buscando la manera de fugarse del poder. Pues ya el paso siguiente podría consistir en que pretendiera volver a mandar, y la reincidencia en tal hábito nos convertiría a los chilenos en individuos disciplinados, constantes y cumplidores, todo lo cual la mayoría piensa que puede transformarnos en seres humanos muy aburridos.

20.11.85

Miseros e Indignos

Don Gabriel Valdés no comentó la siguiente homilía, que le dediqué.

El señor Valdés dijo el jueves pasado en la concentración del Parque O'Higgins que las 100 mil o más personas que lo escuchaban habían perdido el patrimonio, pero no la dignidad. Los demás, ha de suponerse, habíamos perdido, si no ambas cosas, al menos la dignidad.

—¡Qué lástima!— pensé. —Quedamos sólo individuos míseros e indignos para vivir en una ciudad tanto mejor que la de antes, con más parques, jardines y paseos que nunca; más limpia y con locomoción tan mejorada; de comercio moderno, variado y abundante, como el de esos países que, cuando gobernaban el partido del señor Valdés o los de quienes le acompañaban el jueves, los chilenos anhelábamos salir a disfrutar en el extranjero (previo dejar acá un “aval” y pagar alto impuesto de viajes, trabas hoy suprimidas).

Si siquiera quedaran algunas personas o familias normales, con ingresos razonables y cierta dignidad para gastarlos, ellas podrían vivir hoy en Chile con mayor acceso al bienestar material y espiritual que nunca antes en nuestra historia.

Tal vez sea por eso que los “talentos” que antes se “fugaban”, hoy, prefieren vivir acá. Intelectuales izquierdizantes, que vivían en Europa cuando en Chile había gobiernos también izquierdizantes, amplia libertad política y socialismo económico, prefieren vivir acá, ahora que hay amplia libertad económica y restricción política.

¿Tal vez aprecian el auge de la cultura?: millones de libros lanzados cada año y a precios populares, con lo mejor de la literatura universal. Todo gracias a la competencia y a la libertad de los mercados. Las mejores temporadas de ópera, con funciones tanto selectas como populares, auge del ballet, proliferación de exposiciones, muestras y concursos artísticos, algunos de nivel internacional.

Y tantas pequeñas-grandes libertades personales: la posibilidad de tomar leche entera, inexistente en Chile durante décadas de precios controlados e intervencionismo, en que todos sólo podíamos tomar leche en polvo o reconstituida y en que el sabor de la mantequilla decía “margarina”; el ahorro provisional contante y sonante en una libreta individual; la posibilidad de tener teléfono de un día para otro y hasta ¡de instalar un anexo! sin sufrir la exacción ni las demoras del monopolio estatal; la variedad de ropa, artefactos, vehículos y útiles en general (¿habíase visto antes al “pueblo” mejor vestido que en la concentración donde hablaba el señor Valdés?). Y para qué seguir...

Es un buen país éste de hoy, tan distinto al mediocre y gris de ayer. Por doquier se ven la pujanza y la modernización. La computación invade dinámicamente todos los campos de actividad y hasta los hogares de cada día más chilenos ¿indignos y míseros? Hemos visto cómo un supermercado incendiado por un partido de los que acompañaban al señor Valdés en el Parque (luego, muy digno) ha sido reconstruido en sólo seis semanas y ha quedado mucho mejor que antes...

Lástima que nos hayamos vuelto tan indignos y míseros y que nadie pueda apreciar esto ni vivir normalmente en tal país; pues él tiene, precisamente, todo aquello que ansiábamos viajar a ver al extranjero cuando nos gobernaban el partido del señor Valdés o, poco después y con los votos de aquél, el de sus compañeros del jueves en el Parque, esos que hoy ponen bombas e incendian supermercados.

27.11.85

Una Lágrima para Shafik

Me sorprendí cuando el principal revolucionario salvadoreño resultó haber sido compañero de curso mío.

Cuando el otro día leí un documento informativo norteamericano acerca de las declaraciones hechas a una publicación salvadoreña por el ideólogo de la guerrilla marxista en ese país, Shafik Handal, estuve a punto de derramar una lágrima de nostalgia. Porque en el lejano año 1953, cuando entré a estudiar leyes, el salvadoreño Shafik Handal era alumno repitente de primer año y el principal agitador comunista de la Escuela de Derecho. Y cuando egresé en 1957, Shafik seguía invistiendo idénticamente ambas calidades.

Iba rara vez a clases, pero siempre se presentaba dos o tres días antes de que se produjera una huelga. Entonces convocaba a reuniones de curso y hablaba contra los Estados Unidos. Varias veces desfilé detrás de Shafik, sin ningún motivo preciso, camino al centro, y provocando moderados destrozos en parques, jardines y bienes públicos y privados. También entonces los universitarios podíamos dar por sentado que no sufriríamos ningún perjuicio inmediato faltando a clases.

Cuando aparecía algún carabinero levantábamos los brazos y gritábamos en coro: “¡Libertad ... Libertad!”, lo cual desconcertaba inicialmente a la fuerza pública. Pero, tras unos momentos de vacilación, nos solían perseguir y apalear, sobre todo si nos acercábamos demasiado a La Moneda. Nunca supe que apalearan a Shafik. Representaba más edad que el resto (como que la tenía y, además, usaba patillas y bigote contundentes). Por otra parte, andaba siempre con un abrigo de pelo de camello gris, muy elegante (decía que sus padres eran unos ricos hacendados salvadoreños). Se me ocurre que los carabineros lo creían un transeúnte imprevistamente cogido en los desórdenes, le pedían disculpas y lo dejaban ir.

Shafik siempre predicaba la reforma agraria, la colectivización de la industria y la redistribución de las viviendas. Por eso me sorprendió —todavía era yo

víctima de la ingenuidad de la juventud— cuando poco después el Gobierno del Presidente Kennedy alentó e impulsó en América latina (y muy especialmente en Chile) reformas de contenido semejante a todo lo que recomendaba Shafik y que, naturalmente, jamás habían sido ni serán aplicadas en los Estados Unidos.-

Cuando los democratacristianos, ya en el Gobierno, anunciaban que después de su reforma agraria vendría la de la empresa y la urbana, también con el apoyo entusiasta de los Estados Unidos, llegué a la conclusión de que Shafik había sido demasiado injusto con aquel país.

Sin embargo, todavía hoy lo ataca, y éste lo ataca a él, pese a que en El Salvador los norteamericanos —y el respectivo gobierno democratacristiano— han impulsado procesos de reformas en términos parecidos a como lo hicieron en Chile.

Inexplicablemente, guardo un buen recuerdo de Shafik. Tal vez él supo amenizar mi ya lejano paso por la universidad y me protegió de los peligros del exceso de estudio y del surmenage. Veinte años después volví a aquélla, pero entonces los rectores delegados no admitían a los revolucionarios, de modo que fue infinitamente menos entretenido y los alumnos estábamos condenados a estudiar. Últimamente, me aseguran, eso está cambiando.

Así y todo, como tonificante rezago juvenil de otrora, permanece en mí la misma intrigante confusión. Porque no logro entender por qué Shafik Handal y los Estados Unidos siguen alentando reformas tan parecidas y, sin embargo, siguen siendo implacablemente enemigos.

11.12.85

La Visita del Relator

El total de la cuenta por el problema de la tortura en Chile, una práctica inveterada bajo los gobiernos anteriores al militar, lo ha pagado sólo éste.

La visita del relator de las Naciones Unidas sobre derechos humanos, por lo que yo, al menos, conozco, se produce con más de 30 años de atraso.

Alrededor de eso hace que entré a estudiar leyes y ya entonces los estudiantes podíamos enterarnos de algunas cosas que sucedían en Chile a los detenidos, especialmente a los más modestos. En nuestra irresponsabilidad juvenil, solíamos reír nos cuando la crónica policial daba cuenta de las confesiones “obtenidas tras un hábil interrogatorio”. Abogados, jueces y autoridades estaban, por cierto, al tanto de lo que realmente acontecía. Pero las personas “decentes”, cuando tenían la desgracia de caer presas, eran relativamente bien tratadas, de modo que nadie se preocupaba mayormente del problema.

Luego Fidel Castro llegó al poder en Cuba y empezó a exportar la subversión. Se fundó el MIR en Chile y apareció acá la delincuencia política. Bajo la Administración Freí tuvieron lugar los primeros procesos contra miristas, si bien éstos eran todavía pocos. La izquierda denunció las “horribles torturas” a que se sometía a los detenidos. Coincidentemente, una profesora mirista, Magaly Honorato, se suicidó en la prisión. Y el subversivo José Luis Silva, de quien se decía que también había sufrido apremios ilegítimos, debió ser exhibido a la prensa. Pero como no podía sostenerse en pie, dos detectives lo sujetaron. La fotografía apareció en “El Mercurio” y tampoco nadie se preocupó mayormente. Tal vez si los subversivos, en lugar de ser decenas, hubieran sido miles, habría surgido entonces en nuestro país “un problema de derechos humanos”.

A fines del Gobierno democratacristiano tuvo lugar la conspiración conocida como “caso Schneider”. Los confabulados fueron detenidos. Las pruebas sobre el trato que recibieron nos indujeron, a quienes hacíamos por esos años la revista “Portada”, a publicar un artículo pidiendo reglamentar la tortura, puesto que reconocíamos la imposibilidad de erradicarla. Pero nadie nos hizo caso. Además, los presos eran de derecha, los cuales, como bien se sabe, no tienen “derechos humanos”.

En el Gobierno de la UP las cosas fueron peores. Cuando torturaron bárbaramente y sin motivo alguno al presidente de la juventud de mi partido, en Rancagua (en presencia del subdirector de Investigaciones, Carlos Toro, comunista), se enviaron los antecedentes a la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas. Como no acusó recibo, se insistió. La respuesta fue que la denuncia no podía ser considerada, por haber llegado “fuera de plazo”.

Pero a nadie le importaba demasiado, ni siquiera a nosotros mismos. Poco después de aquel episodio me encontraba almorzando en el “Mastral” con un diputado de mi partido y entró el director de Investigaciones, Eduardo Paredes (socialista), conocido de aquél. Al enrostrársele la referida tortura, Paredes replicó: “¡Pero si apenas le mostraron unas pilas de este porte ... !” Y todos nos reímos. El diputado, entonces, le pidió que cuando yo cayera preso por mis comentarios políticos me tratara bien. Paredes me dijo que no me preocupara. Y nos volvimos a reír.

Parecíamos vivir ajenos a algunas terribles realidades, como en una burbuja.

Este Gobierno ha sido vigilado interna y externamente mucho más que sus antecesores en materia de trato a los detenidos. A eso obedece, en gran parte, la venida del relator de la ONU. Y yo confío en que ella servirá para erradicar definitivamente un mal que nuestro país ha tolerado con diferentes grados de hipocresía ya por demasiados años.

18.12.85

Un Poco Tardo

La columna que sigue me puso en dificultades con la Arquidiócesis, pero sigo pensando que la razón la tenía yo. ¿Conoce un joven chileno de 2004 los antecedentes que se dan en seguida?

Un período de cavilaciones me llevó, hace tiempo, a la conclusión de que los chilenos no somos muy inteligentes.

Consciente de compartir ese defecto, confieso no comprender bien el cambio de UF a UR para los deudores. Las primeras se reajustan según el índice de precios y las segundas de acuerdo al de remuneraciones. Pero en estos meses el país parece haber dejado atrás un período de tres años durante los cuales los precios subieron más que las remuneraciones. Estas, en casi todos los últimos meses de que hay cifras, han aumentado más que los precios.

De otro lado, la vertical caída del petróleo en el exterior promete un descenso de los costos de producción y transporte, cosa que debería inducir a los precios a la baja. Por consiguiente, las UF bien podrían en el futuro próximo descender de valor o, en el peor de los casos, estabilizarse. Entretanto, la misma causa señalada debiera dar lugar a un mayor auge de la producción y el empleo, pues generará liquidez adicional y disponibilidad extra de los recursos externos, todo lo cual debería mejorar el índice de remuneraciones.

En otros términos, nos encontramos en el momento preciso en que las UF podrían comenzar a bajar y las UR a subir. O, en todo caso, en que las primeras debieran comenzar a subir menos que las segundas. Y hemos elegido tal momento para ofrecer a los deudores el cambio.

Por otra parte, el sábado he visto una carta al diario en que el Secretario Ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad parece juzgarme más tardo de lo que soy y me acusa de “olvidar reiteradamente” y en forma “tal vez deliberada” la misión de defensa de los derechos humanos que ejerce la Vicaría. Desde ya, y en un gesto cuya dimensión espiritual los lectores sabrán apreciar, perdono de todo

corazón esa ofensiva suposición de intenciones.

En realidad, aplaudo a la Vicaría cuando defiende los derechos humanos de las personas. Como feligrés de la Arquidiócesis contribuyo a ello, supongo, a través de los diezmos y primicias que entrego con moderación, pero dotado de ánimo generoso y espíritu abierto. Sin embargo, me alarmo y protesto cuando la Vicaría asume la defensa judicial gratuita de elementos terroristas capturados “in fraganti”, como sucedió el año pasado; o, últimamente, de un parlamentario comunista procesado según la Ley de Seguridad Interior, en cuyo caso no se había conculcado derecho humano alguno.

Varios documentos oficiales del PC reconocen su compromiso con el terrorismo. Y esta lacra constituye, entre nosotros, la mayor amenaza vigente contra el derecho a la vida y la integridad de las personas, que es el principal derecho humano. En efecto, un informe del Departamento de Estado norteamericano al Congreso de su país, dice que en 1985 (hasta noviembre) hubo 936 atentados con explosivos, de los cuales resultaron 451 personas muertas o heridas. Y vincula al PC y al MIR con ellos. En cambio, hubo 84 denuncias judiciales de torturas y 72 otras muertes por motivos políticos. No se registró caso alguno de “desaparición” política. Por tanto, queda claro de dónde proviene entre nosotros la mayor amenaza actual contra los derechos humanos fundamentales.

Tardo y todo, he caído finalmente en la cuenta de que si contribuyo a ahorrar a los terroristas —o a quien los financia— el costo de sus defensas judiciales, unos y otros dispondrán de más recursos para perpetrar más y mayores atentados. Por consiguiente, protesto en alta voz —y lo seguiré haciendo cuantas veces sea necesario— cuando en nombre de la defensa de los derechos humanos se termina beneficiando a quienes los atropellan.

Proclamación Solemne del “Boom”

En esos años mi voz también era solitaria: era casi el único optimista sobre el futuro de la economía. La realidad premió mi optimismo.

Distinguidas autoridades militares, ci viles y eclesiásticas; respetables miembros del cuerpo diplomático acreditado; apreciados señores políticos; queridos feligreses; chilenos todos, habitantes de ésta que antaño fuera y hogaño vuelve a ser importante capitanía general:

Junto con adherir al aniversario del Gobierno constitucional y compartir las concepciones expresadas ayer por su jefe político, estimo que no debo dilatar por más tiempo una importante proclamación. La formulo hoy con ánimo de contribuir a las justificadas recordaciones a que pueda dar lugar la indicada efeméride.

Al efecto, cúpleme comunicar que ha llegado la hora de reconocer formalmente el advenimiento de un proceso que os anticipara hace ya largos 12 meses y que se ha convertido en una realidad. ¡Residentes de esta bendita tierra: os invito a pregonar en coro la buena nueva de que el “boom” habita entre nosotros!

La producción de bienes y servicios vuelve a crecer con pujanza; las oportunidades de empleo se tornan más numerosas; la confianza se enseñoorea de los mercados bursátiles y cambiarios; el signo monetario recobra estabilidad; la miseria de tantos comienza a aliviarse; la pobreza de otros muchos se hace más llevadera; los patrimonios deteriorados por la crisis se recuperan paulatinamente y quienes fueron bendecidos con una fortuna estable consolidan y acrecientan los suyos.

Todo esto sucede al impulso de acontecimientos mundiales que oportunamente os anticipé: baja verticalmente el precio de nuestra principal importación, el petróleo (y descenderá aún más), lo cual incrementa nuestro ingreso disponible; la mayor liquidez mundial consiguiente permite rebajar los intereses derivados

de nuestra deuda externa, y se abren perspectivas favorables para los precios de las principales exportaciones chilenas.

En esta hora plena de significado las emociones se agolpan en mi pecho e inspiran sentimientos del más alto patriotismo, que permiten dejar atrás recuerdos penosos y gestos subalternos.

Desde luego, extendiendo un perdón amplio, incondicional y generoso a todos aquellos que expresaron su escepticismo y hasta replicaron con la befa y el escarnio ante mis pronósticos optimistas.

Al declarar vigente el “boom” no puedo dejar de agradecer a las numerosas personas que me manifestaron su adhesión y confianza cuando mis profecías parecían carecer de toda razón y fundamento. Pero debo un reconocimiento especial al distinguido economista norteamericano Albert D. Friedberg y a su representante en Chile. Aquél sembró la idea del futuro auge y con la amable cooperación de éste puso en mis manos, en forma desinteresada, comentarios técnicos y financieros cuyo acierto el tiempo se encargó de corroborar. No está de más señalar que en sus más recientes análisis Friedberg prevé una significativa alza de nuestro principal rubro de exportación, el cobre.

Antes de terminar, y atendida la circunstancia de estar el autor de estas líneas y de tan exacta profecía atravesando por un período de profunda modestia personal, viene en solicitar que se posponga toda iniciativa conducente a organizar manifestaciones públicas, banquetes oficiales, imposición de condecoraciones o erección de monumentos en su honor. Su mayor recompensa será la comprobación diaria de que el mejoramiento material trae aparejada una expresión de contentamiento en los rostros de sus compatriotas.

12.03.86

Gesto Conmovedor

La dirigencia comunista fue a visitar a la jerarquía católica y yo me emocioné tanto que escribí la siguiente columna.

Como toda alma sensible, la mía tendió a conmoverse con la piadosa visita que la dirigencia marxista-leninista local hiciera en días pasados a la alta jerarquía católica. Expusieron a los prelados el interés y devoción que despierta en ellos la futura visita de Su Santidad el Papa. Y en todo instante aludieron en esos respetuosos términos al Pontífice, lo que revela una notable unción espiritual de su parte.

Pero no puedo sino calificar como un exceso de celo la subsiguiente ola de atentados que esa misma noche afectaron a siete templos mormones. Porque recientemente mi colega Old Georgian, Andrés Pascal Allende, ha dicho que el terrorismo en Chile lo monopoliza el marxismo (atribuyó los atentados, por mitades, al MIR y al FPMR). Los sacerdotes norteamericanos del Saint George's nos inculcaron con pertinacia anglosajona, si bien con resultados más bien latinoamericanos, el hábito de decir la verdad, de modo que tiendo a creer la afirmación de Andrés.

Pero aun siendo el culto mormónico muy digno de respeto, la verdad es que la grey católica masculina nunca ha mirado con simpatía el hecho de que los mormones puedan tener tantas mujeres y de todas maneras irse al Cielo. A nosotros nos enseñaron que con apenas una de más, junto a la visita inoportuna de la Parca, nos condenamos sin remedio. Lo cual no justifica una persecución terrorista.

El prejuicio antimormónico no se origina, por cierto, acá. La primera novela larga que leí en mi vida era del norteamericano Zane Grey y relataba cómo Shefford, un monógamo cualquiera, llegaba a cierto valle de Utah y conquistaba a la flor más bella del multitálamo del jefe mormón, protagonizando con ella un apasionado idilio prohibido por las leyes del lugar. Uno de mis abuelos me había regalado el libro para la Pascua, creyendo seguramente que era de “cow-boys”,

como parecían indicarlo la portada y el autor. Así me hice copartícipe de la aventura de Shefford, mientras éste huía de las iras del jefe mormón, airado ante la perspectiva de terminar quedándose exclusivamente con señoras de su edad.

En todo caso, los mormones han evolucionado mucho desde que perseguían a Shefford. Hace bastantes años, en un almuerzo de redactores de “El Mercurio”, un circunstante relató en forma admirativa las maravillas que había visto en la Santa Sede mormónica de Salt Lake City.

Entre otras cosas, mencionó que en el templo principal se encontraba el órgano más grande del mundo. Otro redactor, aficionado a la biología, calificó ese antecedente como una prueba más de que la función crea el órgano. Tal aporte científico fue recibido con expresivas muestras de aprecio por todos los comensales.

De modo que si los comunistas creyeron fortalecer sus lazos con los católicos aterrorizando a los mormones, están equivocados. Pero, como le manifesté a un amigo agnóstico, su devoción al Papa y al Episcopado pulsó una fibra mística en mi espíritu. Lamentablemente, mi amigo reaccionó indignado. Me dijo que era un inocente sin remedio. Yo le respondí que a los inocentes nos estaba reservado un lugar en el Limbo, que es una confortable residencia. Pero mi amigo me respondió algo que me ha dejado meditabundo:

—Si crees esas cosas— sentenció —te he de advertir que no llegarás al Limbo, sino al fuego eterno, pues el Dante, con su sabiduría particular sobre el tema, ha dicho que los lugares más ardientes del Infierno están reservados para quienes en tiempos de crisis no son capaces de definirse ante su adversario.

30.04.86

Un Caso Extraño

Mis cruzadas son siempre minoritarias, pero la que libré en defensa del Rector José Luis Federici y en favor del rescate de la Universidad de Chile de manos de una burocracia inefectiva y politizada fue la más minoritaria de todas. Una de las modernizaciones que dejó pendientes el Gobierno Militar fue la de mi casa de estudios superiores. Las consecuencias las seguimos viendo hoy, dieciocho años después.

Debo revelar un hallazgo, aun sabiendo que no seré creído: encontré un estudiante de Ingeniería deseoso de asistir a clases. Más aún, me dijo —pero esto último hasta yo vacilo en creerlo— que había otros en igual disposición. Señaló que en Ingeniería Industrial hay 90 profesores para 454 alumnos, pero los primeros se pliegan con indeseable frecuencia a paros y a huelgas e, incluso, algunos incitan a sus discípulos a adherir a ellos.

Examiné mis papeles y le sugerí cambiarse al Departamento de Astronomía de dicha Facultad, donde hay 21 profesores y sólo tres alumnos. La probabilidad de que le hagan clases es allí mucho mayor que en Ingeniería. Además, Astronomía recibe aportes superiores a los de Ingeniería Industrial, pese a que en ésta hay 150 veces más alumnos. Pero desoyó el consejo.

Me relató que había solicitado permiso para poner un letrero citando a otros estudiantes que quisieran tener clases. La autoridad administrativa se lo concedió, pero a las pocas horas ordenó retirar el letrero, por estimar que obstaculizaba la visual. Como había otros lienzos y carteles políticos que también obstaculizaban la visual, así lo hizo presente al jefe respectivo, pero éste le señaló que en esos casos no se le había pedido autorización y, por tanto, estaban fuera de su incumbencia.,

Me dijo que entonces había resuelto interponer un recurso de protección para que la Corte reconociera su derecho a tener clases. Careciendo de medios para pagar un abogado, pidió audiencia a una alta autoridad para exponerle la idea. Esta encargó a una dependencia suya un “informe de factibilidad”, el cual,

después de seis semanas, todavía no había sido emitido. En vista de ello, y habiendo leído mis peregrinas opiniones en el sentido de que los profesores deberían hacer clases y los alumnos asistir a ellas, acudió a mi oficina a adherir a la minoría.

El decano de la Facultad donde ocurren tantos despropósitos intentó desmentir anteriores cifras que los exponen. Ante mi afirmación de que ella gasta el 40 por ciento del presupuesto universitario y produce el 80 por ciento de las bombas Molotov, negó lo primero. Pero también lo primero es efectivo: el 40 por ciento de los aportes que se entrega a las facultades lo absorbe Ciencias Físicas y Matemáticas. A mi afirmación de que 115 profesores, sobre un total de 304, no hicieron ninguna clase en el semestre Primavera de 1984, respondió que eso no era significativo, entre otras razones, por abarcar sólo un semestre; pero en el semestre Otoño hubo 110 profesores, sobre el mismo total, que hicieron cero horas de clase; en fin, calificó de “absolutamente falso” que 35 por ciento de profesores no diera clases ni elaborara tesis ni hiciera investigación; pues bien, reafirmo que el 35 por ciento de las horas que se pagan a los académicos de jornada completa no está destinado a hacer clases ni a elaborar tesis ni a investigar. Estas son cifras oficiales de la Facultad. Tanto si hay 35 por ciento de profesores dedicados a “otras cosas” como si todos los profesores dedican el 35 por ciento de su tiempo a “Otras cosas”, da lo mismo, pues en ambos casos se configura una mala administración de recursos.

Pero si el decano no se ha dado cuenta del desastre de su Facultad, los postulantes sí lo han advertido: de los 200 mejores puntajes de Ingeniería en 1982, el 52,7 por ciento iba a la Universidad de Chile y el 47,3 por ciento a la Católica; en 1985, sólo el 41,7 por ciento fue a la Universidad de Chile y, en cambio, el 58,2 por ciento prefirió la Universidad Católica.

Como humildemente decimos los señores políticos: juzgue el país.

21.05.86

Fuera de la Conspiración

Siempre he creído que los ex alumnos del Saint George's College tenemos en nuestras manos los destinos del país.

Un ex alumno del colegio que hace treintaitantos años me educó con resultados que algunos suelen objetar se acercó a proponerme un plan perfecto para apoderarnos del país.

—¿Apoderarnos?— le pregunté —¿Quiénes?

—Los ex alumnos del colegio, por supuesto— contestó. —He comprobado que estamos ubicados en sectores claves del Gobierno y de la oposición. En el Gobierno tenemos, creo, a tres de los nuestros, y pienso encargarle a Márquez de la Plata que los coordine. En la DC disponemos de Hamilton, que en cualquier momento se va a tomar el partido. A cargo de la extrema izquierda y del terrorismo tenemos a Pascal Allende y en la Asamblea de la Civilidad a Juan Luis González. En la Iglesia son nuestros el Obispo Valech y José Miguel Ibáñez. En el frente de la opinión pública disponemos de Ricardo Claro...

Y continuó con una relación de banqueros, empresarios, sacerdotes, profesionales, artistas, escritores, jueces, ministros de Corte y miembros de las Comisiones Legislativas. Agregó que el colegio era de una congregación norteamericana, lo que garantizaría el apoyo de la CIA, del Gobierno de Reagan y hasta de ambos.

—En fin— concluyó— si los uniformados nos llegan a descubrir y nos mandan con la música a otra parte, disponemos de Juan Pablo Izquierdo, que es director de la Filarmónica. Como ves, todos los riesgos están previstos.

—Hay un problema— le expresé, recurriendo al argumento favorito de nuestros compatriotas para la inacción— falta el financiamiento.

—¿Que no viste en "La Segunda" que el Colegio Médico, que preside el mismo

Juan Luis González, tiene como un millón 200 mil dólares depositados en dos bancos de Nueva York? Se los pediremos prestados a los médicos, a cambio de olvidarnos en nuestro Gobierno del asunto de los bonos del FONASA.

Pero le dije que no podía creerlo. Que la Asamblea de la Civilidad, presidida por Juan Luis, pide que se creen más empleos en Chile. ¿Cómo la otra entidad que él preside va a depositar la plata afuera? Pero el conspirador esgrimió ante mis narices el recorte del diario y afirmó que no había sido desmentido. Yo le insistí en que la contradicción era demasiado flagrante como para ser efectiva.

—No hay tal contradicción—dijo —sólo sentido común. Los médicos temen un cambio en 1989 y sacan su plata fuera.

—¡Pero si ellos piensan que después de 1989 regirá su propia “Demanda de Chile!”— le repliqué.

—Con mayor razón— manifestó — ¿Que no la has leído? Si yo creyera que la “Demanda de Chile” se va a aplicar, también pondría mi plata a buen recaudo.

Y luego insistió en que nos apoderáramos antes del país. Pero, honestamente, en el último tiempo he estado sin ninguna gana de apoderarme del país, de modo que le hice una objeción final y definitiva:

—Lamentablemente no estoy en condiciones de presidir el movimiento.

Con gran sorpresa de mi parte, indicó que no había pensado en imponerme tamaño sacrificio, pues iba a asumir él mismo la pesada carga de la presidencia.

Pese a haber quedado de ese modo fuera de la conspiración, y a que los hechos anteriores son muy delicados, no he podido resistir la tentación de ponerlos reservadamente en conocimiento del selecto grupo de lectores de esta columna, en vista de la proyección histórica que los mismos puedan eventualmente alcanzar.

Exceso de Temas

Harry Barnes, embajador de los Estados Unidos en esos años, era amigo mío, pero no recuerdo otro, entre los no muy numerosos que tengo, que le haya hecho tanto daño injusto a la imagen externa de nuestro país y a nuestras relaciones con los EE. UU.

Estuve a punto de no escribir esta semana, debido al exceso de temas de actualidad y a mi imposibilidad de elegir alguno. Finalmente, resolví tratarlos todos.

Primer tema: ¿Dieciséis años? Primero hay que lograr la ratificación popular del nombre que propongan los comandantes en jefe o, a falta de unanimidad entre éstos, el Consejo de Seguridad Nacional. ¿Existe hoy una mayoría favorable? Lo dudo. Pero si en los próximos dos años se extendieran a los más pobres auxilios de emergencia como los proporcionados a los banqueros y deudores de éstos; si surgieran testimonios múltiples y convincentes de austeridad gubernativa; si se aplicaran las leyes por parejo a todos los ciudadanos, fueren o no subordinados del régimen, la mayoría de otrora podría reconstituirse, al calor de la prosperidad. Reiteraré esas tres exigencias básicas con la porfía de un Catilina y hasta el mismo instante en que ya sea demasiado tarde.

Segundo tema: el senador Helms me ha sorprendido. Hasta su visita, yo estaba convencido de que no existía un político norteamericano capaz de comprender que, para impedir la toma del poder por los comunistas, es mejor apoyar a los gobiernos anticomunistas que ayudar a derrocarlos.

Tercer tema: el embajador Barnes también me ha sorprendido. Yo habría podido apostar (por suerte no lo hice) a que jamás un enviado de Reagan iba a asistir a las exequias de un militante comunista, caído en una barricada erigida por los mismos que hace poco pusieron una bomba a la casa del diplomático, y dedicado en vida a fomentar la subversión contra el régimen ante el cual aquél se encuentra acreditado. Por vía de ilustración recomiendo ver la oración fúnebre de las J.J. C.C. al “compañero caído”, publicada la semana pasada en la prensa, y

testimonios gráficos de las coronas de flores enviadas a las exequias por las organizaciones terroristas MIR y FPMR. Mr. Barnes señala que asistió por “razones humanitarias” y por haber sido, el difunto, residente de los Estados Unidos. No entiendo. Cuando solicité visa para viajar a ese país —no para residir en él —debí jurar no haber tenido jamás vinculación alguna con el PC.

Cuarto tema: si usted es de derecha o no comprometido y (Dios no lo quiera) lo despedaza una explosión terrorista en el Metro, preparatoria de una huelga “pacífica”; o, siendo transportista, lo queman con ácido por trabajar en días de paro; o, en fin, lo queman también con ácido por viajar en microbús en esos mismos días, tenga la seguridad de que ningún embajador ni obispo ni cardenal va a ir a sus exequias ni a verlo al hospital. Tampoco van a transmitir su desgracia al exterior. Pero si adhiere a la dictadura del proletariado y cae en una barricada desde la cual se lanzan artefactos incendiarios, recibirá el homenaje de esos signatarios y la “free press” lo proclamará mártir de la libertad.

Quinto tema: ¿Quién para a Chile? En el último año agrícola se batió la marca nacional de producción de trigo y de exportaciones agropecuarias. Crecen fuertemente la producción industrial, la construcción y las ventas del comercio. La inflación en 12 meses bajó a 17,6 por ciento. El desempleo cayó a 11 por ciento. Se han cumplido al pie de la letra las metas comprometidas con el FMI y la banca extranjera. La deuda externa, servida religiosamente, ha disminuido este año en 700 millones de dólares y pronto la reducción llegará a mil millones. El superávit del comercio exterior, proyectado para 1986 en 835 millones de dólares, ya era de 680 millones al terminar el primer semestre.

Conclusión: ni los EE. UU. y la URSS juntos pueden parar a Chile.

16.07.86

A Este Lado de la Barricada

Algunas instancias morales se alinearon con el terrorismo.

Un grupo de oficiales y suboficiales está sometido a proceso por la responsabilidad que pueda caberle en las quemaduras sufridas por dos personas en una barricada, el 2 de julio pasado.

Ellos no eligieron estar ese día ahí por propia conveniencia. Tampoco levantaron la barricada ni llevaron a ella artefactos incendiarios. Al contrario, éstos estaban destinados a ser lanzados en su contra.

Si hubieran podido elegir según su comodidad o tranquilidad personales, seguramente habrían instado por permanecer ese día en sus cuarteles. Pero pertenecen a las Fuerzas Armadas y de Orden, institución que, a diferencia de las nuestras, las civiles, exigen a sus miembros cumplir con su deber sin renunciamentos y hasta rendir la vida, si fuere necesario.

En realidad, ellos salieron ese día a defender el derecho de la gente honrada a desarrollar sus tareas habituales y a circular libre y seguramente, cuando el designio opositor era desatar la violencia para impedirlo. Y que no vengan los Tartufos de siempre a decir ahora que ellos prepararon sólo una expresión pacífica y respetuosa, pues sabían perfectamente —como en entrevista a este diario lo reconoció con franqueza el jefe comunista José Sanfuentes— que bajo el alero de la Asamblea de la Civilidad, convocadora de la paralización, estaban concertados con ellos el MIR, los comunistas y su brazo armado, el FPMR, para el 2 y 3 de julio. Y también sabían perfectamente que sin violencia ni terror la inmensa mayoría desoye sus llamados a paralización o protesta.

Los abogados patrocinantes de las querellas contra los uniformados, en conferencia de Prensa en la Vicaría de la Solidaridad, han reconocido que los quemados en los hechos fueron, junto a otras personas, quienes prepararon la barricada Y llevaron cocteles Molotov y un bidón de combustible a ella. Pero invocan todo el peso de la ley en su favor.

Sin embargo, desde abril de 1978 el terrorismo ha asesinado a 47 miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden: 29 carabineros, nueve militares, cuatro detectives, tres marinos y dos gendarmes. En 22 de esos casos se ha logrado apresar a los responsables, que son todos militantes del MIR y del FPMR. De ellos, 18 están siendo defendidos por abogados de la citada Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, según reiteradas publicaciones de prensa de la última semana de mayo pasado, no rectificadas ni desmentidas. Y no se trata solamente de defensas judiciales: conocido es el auxilio prestado por dicha entidad a un terrorista buscado por asesinato del carabinero Miguel Ángel Vásquez Tobar. Por cierto, ni la Vicaría ni el Episcopado protestan —ni, para el caso, tampoco nadie lo hace— por el hecho de que 25 de aquellos 47 asesinatos no hayan sido aclarados hasta ahora.

Nunca he levantado una barricada, pero ante las que se alzan en nuestros días ciertamente sé de qué lado estoy. Y es el de quienes protegen las libertades cotidianas de los ciudadanos honrados amenazados por el terror y el vandalismo. Si los servidores del orden reciben un tiro desde la oscuridad, una puñalada a mansalva o una bomba incendiaria, sólo se dirá que cumplían con su deber. Y si, en el ardor del enfrentamiento que no han provocado, se exceden u obran con negligencia, se les procesa, hasta con escándalo, y deben enfrentar el prematuro término de sus carreras y una pena corporal.

Todo esto porque a este lado de la barricada los niveles morales deben ser más altos y las exigencias mayores. La ley se aplica a todos y con severidad. No caben, como al otro lado, ni la hipocresía ni el encubrimiento. Y está bien que así sea, pues están aquí, y no allá, los llamados a conducir los destinos del país y, precisamente por eso, a soportar el alto costo que demanda seguir siendo los mejores.

23.07.86

Lügenstrafen*

Según mi experiencia, fueron los gobernantes alemanes los que más falsearon la verdad respecto a lo ocurrido en Chile, con la sola excepción del premier sueco Olof Palme.

El título podría sugerir que domino el alemán, pero no es así. No conozco más de una docena de palabras en ese idioma. Sin embargo, quienes me han oído pronunciarlas dicen que lo hago como un teutón de pura cepa. Además, soy capaz de hablar el castellano con excelente acento germánico. Así, al menos, opinan mis amigos (en mi presencia) y con algunos de ellos suelo mantener extensos diálogos en esa forma.

Sirva lo anterior como argumento de autoridad para opinar sobre la visita del distinguido secretario general de la DC alemana, Herr Heiner Geissler. Durante largos años me había aferrado a la ilusión de que los democratacristianos alemanes eran completamente distintos de los chilenos —sin nada de socialistas, más anticomunistas y menos demagogos— y siempre había confiado en que, en algún momento, los de allá se iban a dar cuenta e iban a poner en juego toda su influencia para hacer cambiar a los de acá.

Pero he leído las declaraciones de Herr Geissler y, de partida, pienso que los chilenos debemos hacer una colecta pública para devolverle el importe del viaje (no creo que la DC local lo haya pagado). En efecto, sus declaraciones revelan que ha perdido lamentablemente el tiempo y el dinero, pues la información sobre Chile de que ha hecho gala podría haberla obtenido en la propia Alemania, con sólo pedirla por correo a la Radio Moscú.

De esta forma, él ha “comprobado” que acá “un trabajador gana seis mil pesos y un general 300 mil”. A pesar de que conozco muchos obreros, no sé de ninguno que gane aquella suma, salvo que sea un cesante adscrito al más modesto de los programas de emergencia existentes, en cuyo caso la referencia sería a una minoría de dos o tres por ciento de la fuerza laboral. El común de los obreros chilenos peor pagados gana dos o tres veces más que la cifra dada por el

visitante alemán.

No habiendo podido requerir su liquidación de sueldo a ningún general, se la pedí a un teniente coronel con alrededor de 25 años de servicios y varios cursos especializados. De ella se desprende que su sueldo líquido mensual es de 104 mil pesos. Lo vi con mis ojos. Preguntando por otras garantías que pudieran equipararse al sueldo, llegué a un máximo de 130 mil pesos. Me parece muy dudoso que un general gane dos veces y media más que eso.

Herr Geissler también afirmó con plena certeza que la joven Carmen Gloria Quintana fue “rociada y encendida por los militares”. Pero ya antes de su llegada al país se había publicado en todos los diarios la sentencia de un juez imparcial, cuyos cinco anteriores fallos más recientes, en materias vinculadas a la política, han sido adversos al Gobierno, y que es la única persona que ha recibido todos los testimonios y pruebas sobre el “caso de los quemados”. Según su sentencia, fue la propia joven Quintana quien, al golpear con el pie una botella explosiva de las que su grupo transportaba, y a raíz de sus desesperados movimientos para apagar las llamas que tomaron su pantalón, volcó un bidón con bencina (que ella misma precisamente acarreaba al ser sorprendida por la patrulla) y generó el fuego que la quemó a ella y a su acompañante (y a un militar de los que extinguió las llamas).

Si Herr Geissler ha viajado 20 mil kilómetros para opinar como lo hace, le habría prestado un mejor servicio a la verdad quedándose en su casa. Por mi parte, dada esta experiencia, reviso mi posición previa y paso directamente a preferir que los DC de acá sigan siendo tal como son.

*"Lüge": mentira; strafen: castigar.

30.07.86

Síntomas de Polarización

Distinguidos demócratas pensaban, en 1986, primero en sus intereses políticos y después en el interés del país.

Siendo de temperamento moderado, he acogido con beneplácito los recientes y nutridos llamados a "evitar la polarización política". En ese espíritu quiero aportar un grano de arena a dicha campaña y llamar la atención de algunas distinguidas personalidades públicas hacia actitudes suyas que, a mi juicio, revelan pérdida de mesura en su quehacer político.

Comienzo por mi amigo Andrés Zaldívar, quien, si bien algunas veces —las menos, debo reconocerlo— me priva de su valioso saludo, sigue contando con mi casi invariable consideración y estima. He leído que recientemente declaró: "Hay que poner toda la fuerza en la movilización social, en la presión y en la desobediencia civil llevada a la máxima expresión, de modo de convertir a Chile en un país ingobernable. Ese será el escenario en que nos vamos a seguir moviendo".

Peligroso testimonio de polarización. Es cierto que Andrés reaccionó muy bien cuando la desobediencia civil se manifestó frente a su domicilio, a través de actos de vandalismo propios de la llamada "movilización social". Ante tal hecho, y con toda razón, él prefirió no seguirse "moviendo en ese escenario" y recurrió a personal de Carabineros, que pudo hacer prevalecer la ley y el orden. La ingobernabilidad es siempre repudiable, aunque se ejerza contra quienes la suelen predicar.

En seguida, leo en el periódico izquierdista madrileño "Diario 16", del 10 de septiembre recién pasado, que el presidente de la DC, Gabriel Valdés, a través de la red española "Antena 3", ha amenazado a los ciudadanos de esa nacionalidad que inviertan en Chile: "Que nadie se engañe con un futuro venturoso para el dinero que ahora trae a Chile". El columnista de "Diario 16" que comentó el caso no pudo abstenerse con dar una lección a nuestro político criollo, recordando que en la época de Franco "antepusimos siempre el desarrollo económico del país a

cualquier interés político".

Me pregunto si no es una estrategia de extrema polarización la de amedrentar a los inversionistas, disuadiéndoles de crear empleos y prosperidad en Chile.

Y no es el primer caso. No olvidemos las influencias ejercidas por el ex senador Radomiro Tomic y otro correligionario suyo —exitosas, lamentablemente— para frustrar una cuantiosa inversión minera finesa en el país. ¿Y qué decir de los dos ex parlamentarios DC que, con singular empeño, han revelado a embajadas extranjeras una presunta maniobra de espionaje chileno? Me pregunto qué concepto de patriotismo es éste.

¿Es que ya no hay recursos vedados?' ¿Es que no queda nada, ni tranquilidad interna, ni desarrollo económico, ni lealtad elemental hacia la Patria, que no merezca ser sacrificado para obtener supuestas ventajas de naturaleza política?

Tan graves síntomas de polarización aconsejan, en consecuencia, adherir con firmeza al único camino de estabilidad y moderación que parece haber para el tránsito a la democracia: el del respeto a la Constitución aprobada por el pueblo en 1980 y a las autoridades que ella establece, y que el mismo pueblo, por amplia mayoría, también entonces ratificó.

01.09.86

Agente Reclutador

El comunismo no habría podido alcanzar tanta influencia en América Latina sin el activo concurso norteamericano.

El Premier japonés dice que hispánicos y negros deterioran el promedio de inteligencia norteamericano. Con serena dignidad hispana declaro que tiene razón. Más aún, como chileno de cepa afirmo que nosotros solos podríamos echarles a perder completamente el cociente intelectual a los EE.UU., salvo en un campo: el de las relaciones exteriores.

Desde niño he seguido las proezas diplomáticas norteamericanas. Nunca olvidaré a aquel embajador ante la ONU, Warren Austin, quien, durante la guerra del Medio Oriente de 1948, conminó solemnemente a árabes judíos a hacer las paces “como buenos cristianos”.

En estos días un columnista del "Sunday Telegraph", de Londres, se abisma de que el embajador Harry Barnes describa al Presidente Pinochet como “el mejor agente reclutador del Partido Comunista de Chile”. No se explica el referido periodista los esfuerzos comunistas por desprenderse de tan valioso colaborador.

Otro Mr. Barnes, también detractor del Gobierno chileno, preside un comité internacional de la Cámara de Representantes. Hace poco, en televisión, le hicieron cinco preguntas sobre su especialidad.

Pudo responder una y media. Ni siquiera recordó quién era el Premier israelí. Adujo que tenía mala memoria y que hasta olvidaba el nombre de su señora.

Pero el genial creador de la tesis “Pinochet, agente comunista” fue el académico Mark Falcoff. Partió del precedente de Nicaragua, donde, según él, la intransigencia de Somoza abrió paso al comunismo. Como no todos habían olvidado que en la caída de Somoza fue decisiva la presión norteamericana, tanto que el embajador Lawrence Pezzullo se felicitó del logro como propio, ni que Somoza dejó el poder a una “Junta Democrática” patrocinada por los

EE.UU. y constituida por diversas fuerzas políticas opositoras, de modo que fueron éstas y no “la intransigencia de Somoza” las que entregaron el país al comunismo, murió la teoría Falcoff.

Pero Mr. Harry Barnes no se ha enterado y sigue fiel a la “doctrina Pezzullo”, su embajada ya pone trabas incluso a donaciones de leche para los niños pobres. Sintomáticamente, en estos días se informa que los EE.UU. podrían alzar las sanciones contra Polonia, satélite de la URSS, donde no se conciben partidos contrarios al Gobierno ni revistas o radios opositoras ni itinerario hacia la democracia. Ni siquiera una subversión armada justifica allí la falta de libertad.

Como se ve, ni aun los chilenos podríamos disminuir más el nivel intelectual norteamericano en asuntos externos. En cambio, podríamos mejorarlo revelando algunas conductas del verdadero “mejor agente reclutador” comunista en Chile: fue el mismo que alzó las tasas de interés de nuestra deuda externa, obligándonos a ajustar la economía, reducir las remuneraciones y aumentar el desempleo; su política monetaria empeoró nuestros términos de intercambio y el ingreso de la población; cuando el comunismo aprovechó tal situación, el “mejor agente” privó de ayuda al Gobierno y criticó su acción contra la violencia y el terrorismo; en fin, él da apoyo moral y material a comunistas, asistiendo al funeral de algún militante caído en una barricada, prestando ayuda médica a otro o canalizando recursos hacia quienes colaboran con el comunismo para provocar la ingobernabilidad del país.

Sin el lastre hispano, la inteligencia norteamericana puede descubrir al “mejor agente reclutador” del comunismo en Chile.

01.10.86

Con la Lógica de Monseñor

En Chile se olvidó, después, que la guerra interna tuvo dos bandos.

Confieso que en un principio las declaraciones de monseñor Camus, en el diario del domingo, no me impresionaron demasiado. Como he leído otras intervenciones tuyas, me habría extrañado que sus respuestas hubieran sido diferentes. Por otra parte, hasta hace un tiempo yo solía dar voces de alarma ante la disposición benévola, cuando no de colaboración, de ciertas dependencias eclesiásticas hacia el terrorismo, pero advertí que mis observaciones no encontraban mayor acogida, al tiempo que me estaban granjeando una reputación de personaje anticlerical y levemente herético. No siendo lo uno ni lo otro preferí dejar el problema entregado a instancias más elevadas.

Pero me encuentro con que las declaraciones de monseñor Camus han estremecido a la gente. He estado habituado a buscar la forma de remover la indiferencia de esa misma gente hacia ciertos problemas y situaciones; ahora podría decir que la gente se ha preocupado de remover la indiferencia mía ante las declaraciones de monseñor. Pues no recuerdo otra ocasión en que se haya manifestado tan espontánea y generalizadamente una reacción de auténtico escándalo, aun antes de que el Gobierno hubiera resuelto elevar el asunto al plano de problema de Estado, con lo cual no estoy seguro de concordar.

Pero ya mi alma está endurecida y mi indiferencia resulta difícil de remover. ¿Qué queda, si no, tras leer cómo un joven oficial de Carabineros, de poco más de 20 años, cumpliendo una inofensiva misión de servicio a la comunidad, muere en una trampa asesina, fríamente tendida por el MIR, cuyo vocero oficial es un sacerdote católico? ¿Qué queda tras enterarse de que el jefe comunista, José Sanfuentes, se desempeñaba hasta hace poco en un cargo de instrucción pastoral en una dependencia de la Iglesia de Santiago; o de que otro dirigente comunista ocupaba un alto cargo en la Vicaría de la Solidaridad, hecho que se ha pretendido ocultar tras su asesinato, practicado por terroristas de signo contrario, pero que, en el fondo, obedecen a la misma lógica que el terrorismo marxista?

No otra parece ser tampoco la lógica que hay detrás del esfuerzo de monseñor Camus por justificar el intento de asesinato del Presidente de la República, que provocó la muerte de cinco de sus escoltas; y la que induce a monseñor Santos a considerar “ponderados e inteligentes” los conceptos del Obispo de Linares.

No otra, tampoco, fue la que indujo a un grupo no identificado a degollar a tres dirigentes comunistas, por estar ellos a la cabeza de un movimiento que asesina fría y premeditadamente y por motivos políticos. Y es la lógica de quienes cometen atentados incendiarios o con explosivos, que siegan vidas humanas; o la de quienes emprendieron el asesinato de igual número de militantes de extrema izquierda que el de guardias de la escolta presidencial caídos, si bien, afortunadamente, no alcanzaron a completarlo. Y es la misma lógica que podría estar inspirando, en este preciso momento —y Dios no lo quiera— a alguna mente desquiciada para cobrar revancha por el frío asesinato del subteniente de Carabineros a manos del MIR. Es una lógica de la muerte que, en fin, de alguna manera puede asimilarse a un suicidio colectivo y, por lo mismo, toda nación sana debe reaccionar contra ella, sean quienes fueren sus propiciadores.

Frente a la sombría lógica de la muerte se yergue, por fortuna, la de la vida. Y si desgraciadamente aparecen entre nosotros verdaderos mensajeros de la muerte, no debemos perder las esperanzas, porque estamos muy próximos a recibir la visita del Mensajero de la Vida.

11.03.87

La Derecha y el Gobierno

Cuando se acercaron las primeras elecciones posteriores a 1973 algunos derechistas comenzaron a “tomar distancia” del Gobierno Militar.

Siempre me ha bastado saber lo que dicen y piensan izquierdistas y centristas para saber que soy de derecha. En mi calidad de tal, mi destino partidista estaría, como es obvio, en Renovación Nacional. Cuando los movimientos que la formaron estaban separados, algunos personeros de uno de ellos me invitaron a integrar el suyo, pero les respondí que sólo ingresaría al partido en que la derecha estuviera unida. Sin embargo, cuando la fusión se produjo advertí que en Renovación Nacional predominaba la idea de hacer frente común con la oposición para obtener la reforma del sistema de sucesión presidencial. Pienso que ése sería un grueso error político, si bien se inscribe en el hábito derechista tradicional de facilitar el acceso de sus adversarios al poder.

En todo caso, leí con interés las declaraciones del presidente de RN, Ricardo Rivadeneira, el domingo antepasado en este diario. Demoré más de una semana en tener un juicio formado sobre ellas, pues de sus respuestas se desprende que es una persona inteligente e íntegra, pero varias me provocaron una sensación incómoda.

Pues hay un matiz no sólo crítico, sino casi despectivo en el tono con que juzga a quienes nos han gobernado en estos trece años. Y tiene algo de injustificadamente olímpico el hecho de atribuir a un ciclo histórico —casi a una fatalidad— la llegada de los uniformados al poder; serían, para Rivadeneira, un mal menor —en comparación con la amenaza totalitaria— y debemos soportarlos hasta 1989, pero no darles derecho a determinar la fórmula de sucesión del poder que asumieron cuando derechistas y democratacristianos iban a lanzarles plumas blancas a los patios de sus casas o cuarteles porque no nos libraban de esa amenaza totalitaria.

¿Y no es también injusto negar el carácter portaliano al gobernante por no ser “un creador de instituciones”? Si hay un régimen que las ha creado ha sido éste.

Pero, además, lo ha hecho a imagen y semejanza del ideario que la gente que forma parte de Renovación Nacional o le es afín ha aportado a este Gobierno y que él acogió e hizo suyo, pagando a veces un costo político alto. El carácter portaliano del régimen se podría discutir por otros capítulos —y yo lo he hecho — pero no por éste.

Es cierto que reiteradamente surgen situaciones a primera vista indefendibles desde los puntos de vista moral y político, que espantan a las personas decentes y tienden a alejarlas del régimen. También es verdad que éste no hace lo necesario por aclararlas y aplicar la ley a los responsables, velando porque aquéllas no vuelvan a acontecer. La derecha siempre ha sido moral, y ha representado la principal y más leal influencia moderadora de abusos en materia de derechos humanos en estos trece años, ejerciéndola de manera discreta y siempre con un sentido constructivo. Puede explicarse que tema cargar con una responsabilidad que no le corresponde.

Pero eso no puede justificar que ahora pretenda hacer como que nunca conoció a los militares, pues tiene una deuda con ellos. No puede olvidar que cuando sus libertades, sus propiedades y hasta, en muchos casos, la propia vida de sus hombres y mujeres estuvo amenazada por el totalitarismo, los militares sacaron la cara. Es cierto que actuaron pensando en los derechos y libertades de todos los chilenos, pero, sin duda, quienes tenían más que perder les deben más, y pienso que estos últimos están de preferencia en la derecha.

La gratitud suele tener poca rentabilidad política. Pero si erigimos la moral como bandera, no podemos estar pensando sólo en dividendos políticos.

25.03.87

El País que Vio el Papa

La izquierda quiso utilizar la visita del Papa, pero la realidad pudo más que el montaje intentado por aquélla.

En todas partes, cuando llega de visita un dignatario extranjero, se procura mostrarle la mejor cara del país. A veces se exagera, como cuando el Papa fue, hace años, a otra nación sudamericana y las autoridades hicieron levantar altos cierros de madera, pintados de vivos colores, para que en el trayecto desde el aeropuerto el dignatario no viera las casuchas miserables de las poblaciones marginales.

En Santiago, en cambio, al Sumo Pontífice parece habersele querido ocultar de manera cuidadosa la mejor cara del país, mostrándole precisamente la peor. Por fortuna, las multitudes salieron a las calles y exhibieron el verdadero rostro de la nación: acogedor, optimista y entusiasta. Pero allí donde cupo escenificar la realidad, la mayoría de las veces se la procuró pintar en sus tonos más sombríos.

Supuestos arquetipos de la juventud, como el Freddy y el Filamir, tutearon con desenfado al Pontífice y le endilgaron, dejando de lado toda dignidad, una letanía menguada, quejumbrosa y pedigüeña.

Describieron una sociedad paralizada y sin futuro, descripción que cuadraba, por lo demás, con el testimonio de capacidad creadora que ellos mismos estaban dando.

Al Papa no se le dejó ver ni saber, en cambio, de la mayoritaria masa de jóvenes chilenos que confía en su propio esfuerzo para surgir y, en consecuencia, estudia, crea o trabaja. Por cierto, no hubo nadie allí para informarle de que sólo el año pasado se crearon 378 mil nuevos puestos de trabajo. Si no hubiera un fuerte crecimiento de la población, es decir, si nuestra tasa demográfica fuera tan baja como la europea, el desempleo —y la consiguiente miseria—podrían desaparecer en menos de dos años. ¿Quién le mostró al Pontífice esa energía creadora y realizadora? O, mejor dicho, ¿quién se la ocultó?

Es que desde hace tiempo se cierne sobre nosotros una estudiada campaña de letargia moral, dirigida a anular la motivación anímica de los chilenos para progresar. Mientras, por un lado, se lanzan anatemas contra una supuesta “sociedad consumista y materialista”, presentando como pecaminosa e inmoral toda conducta dirigida a incrementar el bienestar material, por otro se condena la falta de oportunidades en favor de los pobres, siendo que su condición obedece, precisamente, a que no hay suficientes personas con el empuje y la capacidad creadora —“materialista “materialista” y “pecaminosa”— para generar más y mejores empleos con sus empresas.

Al Papa se le ha querido presentar un país donde el Gobierno vigila, controla y aterroriza a los ciudadanos. Ha podido ver, en cambio, a enormes masas que se han expresado con libertad e independencia. Ha comprobado que el terror corre de cuenta de disciplinados grupos minoritarios y violentos, contrarios al Gobierno. A la vez, la presencia papal sirvió para que, por un día, los chilenos fuéramos testigos de las catastróficas consecuencias que podría traer consigo la transformación de la fuerza pública en un cuerpo desarmado y contemplativo, como lo fue el viernes en el Parque O'Higgins y algunos pretenden que permanentemente lo sea.

Se ha querido, en fin, presentar al Santo Padre un sistema económico regido por conceptos egoístas y materialistas, siendo que nuestra libre competencia abre al individuo todo el abanico de las opciones que desee, premiando, desde luego, al altruismo y a la pobreza voluntaria, pues quien renuncia en mayor medida al lucro puede producir a menor costo y goza de la preferencia del mercado.

A Juan Pablo II, por consiguiente, se le quiso mostrar otro país. Afortunadamente, parece que se dio cuenta.

Una Etapa Delicada

Continúo pensando que las siguientes fueron excelentes sugerencias, que el Gobierno Militar no atendió. Y temo que pagó las consecuencias.

Cuando un comentarista comienza a destinar columnas a explicar lo que quiso decir en otras anteriores es preciso concluir que ha entrado en una etapa sumamente delicada. Debo reconocer que ése es mi estado actual. Atendida su gravedad, reclamo de mis feligreses algunas transitorias y especiales licencias.

Pues ayer uno de ellos me aseguró que, tras mis últimos comentarios, yo estaba definitivamente en la oposición. Resolví comprobar personalmente la efectividad de su aserto Y, puedo asegurar, tras una relectura concienzuda y hasta placentera —pues leerse a uno mismo puede ser casi tan agradable como oírse hablar— sólo he descubierto, en mis recientes escritos, conminaciones a los partidarios civiles del Gobierno a no emprender el éxodo hacia la oposición y consejos al Gobierno para que obre en términos capaces de asegurarle el triunfo en 1988, nada de lo cual, a mi juicio, es sintomático de la conocida y frecuentemente observada costumbre nacional de “darse vuelta la chaqueta”.

Y a medida que se acerque dicho año, debo añadir, me tornaré más y más reiterativo sobre ambos temas, que son, en el fondo, uno solo. ¿Cree alguien que un Gobierno estrictamente cumplidor de las leyes, que las aplique por igual a sus funcionarios, a sus partidarios y a sus adversarios, cuya conducta sea ejemplo de sobriedad y cuya preocupación primordial se dirija a los más desvalidos de la sociedad, por sobre cualquier grupo, gremio o sector, puede temer el éxodo de sus parciales o a la derrota electoral? Pienso que no.

Esto es tan fácil de decir y demostrar como difícil de llevar a la práctica.

Sin embargo, leí hace un par de días que el nuevo Director de Ferrocarriles, empresa que no ha podido arribar en estos 13 años y que sigue en muy mal pie económico, vendió el automóvil de lujo de la Dirección, cerró la oficina de ésta en un edificio céntrico y se trasladó a trabajar a la Estación Central. Su actitud

produjo sorpresa y satisfacción entre el personal y los dirigentes sindicales — varios políticamente hostiles al Gobierno— acudieron a su oficina a manifestarle su adhesión.

Recuerdo que al asumir su cargo el actual Ministro de Hacienda hizo algo parecido, y se ha seguido comportando de la misma manera. Les ruego enterarse de cómo es la imagen pública de ese Ministro, no en cuanto a su idoneidad en la conducción financiera, pues ésta, en nuestro país, habitualmente genera impopularidad, sino en cuanto a la percepción personal que la opinión pública tiene de él.

Hagamos un esfuerzo de imaginación —en realidad, se requiere de uno bastante considerable— y supongamos que se extendiera esa conducta a todas las reparticiones gubernativas en los próximos meses. Supongamos, adicionalmente, que se contabilizara globalmente el ahorro fiscal así alcanzado y una suma equivalente a él fuera destinada a proporcionar fuentes de trabajo a jefes de hogar de los menores en estado de desnutrición que diariamente acuden a los “centros abiertos” de las poblaciones. Y, por último, imaginemos que todo eso se diera a conocer con amplitud, pero de una manera sobria, objetiva e impersonal, a la opinión pública. ¿Qué sucedería con la popularidad del Gobierno?

Si tales reflexiones son las propias de un opositor, el Gobierno se halla ante la imperiosa necesidad de aumentar rápida y sustancialmente el número de ellos.

22.04.87

Columna Importante

Hoy debo confesar que los “desfallecimientos” de que se habla más adelante efectivamente afectaron a la derecha y se transmitieron a los uniformados.

Lo que diré a continuación es importante. Lo advierto de antemano, pues en ocasiones anteriores creí escribir cosas trascendentales y nadie se dio cuenta. Por ejemplo, a fines de 1983 publiqué una columna decisiva. Yo estaba enfermo cuando apareció y puse el teléfono al lado de la cama, esperando la reacción general. Pero la única persona que llamó sólo quería saber de mi salud. Cuando le pregunté si había leído la columna y si le había parecido importante, contestó a lo primero que sí y a lo segundo que debía releerla para responder, después de lo cual no volvió a llamar. Si bien no recuerdo el tema, puedo asegurar que era fundamental.

Ahora quiero analizar otro asunto cardinal. Todo el mundo opina acerca de si el Presidente Pinochet será o no candidato o si debería o no serlo; sobre qué va a suceder si triunfan el “sí” o el “no” (curiosamente, algunos describen ambas opciones con caracteres que son, por igual, apocalípticos); y, en fin, si se debe o no designar un candidato único opositor que personifique el “no” en el plebiscito.

En realidad, en cuanto al futuro se refiere, nada de eso es lo más importante. Lo esencial es la Constitución y lo que ella dispone, por una razón muy sencilla: los uniformados están obligados, por juramento de honor y porque el pueblo así lo votó —ni siquiera el Obispo Camus ha podido negar que en 1980 hubo más “sí” que “no”— a respetarla y hacerla respetar, cualquiera sea el resultado del plebiscito. Y, que yo sepa, cuando un texto tiene el respaldo del sufragio mayoritario y de los militares, más vale prestarle atención.

Aun si en 1988 triunfara el “no” y después se eligieran un Presidente y un Parlamento colectivistas, ellos no podrían cambiar la institucionalidad, porque la Carta de 1980 tiene la virtud de exigir no sólo un quórum alto y un plebiscito para modificar las bases institucionales, sino, además, la ratificación del

Presidente y del Parlamento del periodo siguiente al de quienes aprueben la reforma.

La Constitución de 1980 consagra a Chile, pues, como un país política, social y económicamente estable, que no jugará nunca más a su suerte en una sola elección. Y será estable dentro de un esquema de —me refiero al articulado permanente de la Carta— que garantiza las libertades personales reales en mejor forma que ninguna otra constitución de nuestra historia.

Además, hay un Consejo de Seguridad Nacional, cuya misión es velar por la estabilidad institucional. Estará integrado de tal forma que en su seno harán mayoría los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el General Director de Carabineros. El plazo de permanencia de quienes estén desempeñando estos cargos en 1989 (o 1990, en su caso) será de ocho años más, contados desde entonces, período durante el cual gozarán de inamovilidad. De modo que a un hipotético Presidente o Parlamento colectivistas más les valdrá respetar cuidadosamente la Constitución durante todo su mandato.

Esa es la realidad. La Constitución es lo que vale. Lo demás son ilusiones de la izquierda, miopías del centro o desfallecimientos de la derecha. En tanto no contagien a quienes recibieron su ratificación en el poder de la mayoría popular en 1980 y están lealmente llamados a ejercerlo y hacerlo valer, no merecen preocuparnos.

10.06.87

Sin Visa Acá ni Más Allá

¿Somos los anticomunistas parias tanto en este mundo como en el otro? Parece.

El mundo se pone difícil para los anticomunistas. La negativa de visa norte norteamericana a un abogado chileno muy opuesto al PC reafirma la validez de mi reiterado apotegma —no debidamente homologado aún, empero, por los internacionalistas— de que “la única manera de llevarse bien con los Estados Unidos es teniendo buenas relaciones con la Unión Soviética”. Basado en él he recomendado al Gobierno —en vano, hasta ahora— intentar un arreglo con Mijail Gorbachov, cosa factible, tratándose de un pragmático.

Ser anticomunista está resultando, además, crecientemente riesgoso en un plano más concreto. En efecto, los servidores de la ley que deben enfrentar a terroristas del Partido Comunista poderosamente armados no podrían, a juzgar por recientes exigencias episcopales, considerarse moralmente autorizados para hacer fuego sino en respuesta a disparos comunistas, so pena de ser acusados de atentar contra los derechos humanos. Ello pone a autoridades en la necesidad de instruir a los agentes de la ley en el complejo arte de disparar tras haber recibido, por ejemplo, una bala en la cabeza.

Además, la bomba del FPMR que voló las oficinas de una revista, por publicar el testimonio de alguien que vio a un terrorista recientemente abatido abrir fuego al ser intimado a entregarse, revela cuán peligroso es, también, informar acerca de algo que pudiere disgustar al comunismo.

Y podría haber denegatorias de visas aún más trascendentales que la norteamericana, como se desprende de la velada advertencia, formulada más de una vez, de que toda crítica a la protección que ciertas dependencias eclesiásticas brindan a los terroristas es un “ataque a la Iglesia y a sus pastores”, que podría acarrear incluso la excomunión (pese a que ya los propios compañeros de ruta del PC reconocen, en documento publicado la semana pasada en un diario opositor, que el FPMR se aprovecha de la Iglesia para encubrir su actividad terrorista). Pues aun a riesgo de incurrir de nuevo en las iras marxistas, la

mayoría de los anticomunistas opina que hay otra vida, y, asimismo, a riesgo de exacerbar las del Departamento de Estado, opina que en esa otra vida nos espera un paraíso incluso mejor que los Estados Unidos, por increíble que ello parezca.

Vedados de entrar a ambos edenes, resignados a esperar que les “disparen primero” y expuestos a recibir en cualquier momento una bomba, los anticomunistas chilenos se preguntan a dónde acudir. “El Mercurio” del domingo les trajo la respuesta: a Cuba, naturalmente. Allí el pueblo, oprimido, hambreado y silenciado, abre su alma ante quien acredite fehacientemente ser “de Pinochet”, como lo ha comprobado un chileno que visitó la isla. Los cubanos, prisioneros del comunismo, tienen a honra autodefinirse como “capitalistas”. Se reúnen clandestinamente —no pueden hacerlo de otro modo— para captar la televisión norteamericana y no por interés en los programas, sino en la publicidad, que les revela un mundo desconocido para ellos, sometidos a una tarjeta de racionamiento y a una dieta de hambre, sin poder confiar sus opiniones a nadie, por temor al soplónaje. Por eso, sólo se fían de un chileno si éste les acredita, con su pasaporte oficial, que es “funcionario de Pinochet”, estandarte contra el régimen que los oprime. Notable testimonio de la realidad contemporánea.

Así, pues ¡anticomunistas del mundo, uníos! Los terroristas, el Departamento de Estado y otras altas jerarquías podrán estar contra vosotros, pero más de la mitad de la humanidad, que sufre bajo el comunismo, os apoya de todo corazón en vuestra homérica epopeya.

08.07.87

Tolerando Insolencias

Un Ministro del Trabajo alemán tendió una trampa al Gobierno Militar y se comportó con enorme insolencia, pero en un aspecto tuvo razón, y por eso nuestro gobierno no pudo a la vez ser insolente con él.

Traté de recordar algún visitante extranjero que se haya comportado en forma más insolente con las autoridades que el ministro alemán de los anteojos en la punta de la nariz, y no hallé ninguno.

El señor Bluem vino a exigir que las penas de muerte impuestas a 14 terroristas, condenados por no menos de 15 asesinatos, cuatro homicidios frustrados y 20 asaltos a mano armada, sean conmutadas por extrañamiento, es decir, por residencia en la República Federal de Alemania, gozando de absoluta impunidad. Naturalmente, la perspectiva de que todo homicidio extremista sea premiado en esa forma ha sido un aliciente para los rojos, que se han apresurado a asesinar a otro funcionario de Carabineros, incluso antes de que el generoso señor Bluem descendiera del avión que lo llevó de regreso.

Es cierto que él declaró: “Yo no justifico el terrorismo; se me malinterpretaría si se dijera que yo justifico el terrorismo”. Pero ¿es que hay diferencia entre justificarlo y brindarle impunidad? Y, además, el señor Bluem ha justificado el terrorismo. ¿Cómo interpretar, si no, las siguientes palabras suyas dichas a Carmen Gloria Quintana?: “No se apoquen, no dejen que los achiquen”. Es cierto que después agregó: “La violencia no se puede responder con la violencia”, a lo cual ella replicó tiernamente: “El amor es más fuerte”. Como es sabido, Carmen Gloria y su grupo llevaban, el día en que ella sufrió quemaduras, artefactos incendiarios y botellas explosivas, de las mismas con que los comunistas han desfigurado o dado muerte a civiles chilenos, a quienes ningún ministro alemán ha ido a visitar ni proporcionado ayuda, por mucho que la necesitaran, como el caso de la joven madre quemada en Valparaíso y que falleció, junto a su criatura, en medio de la indiferencia general. “¡No se apoquen! ¡No dejen que los achiquen!” ¿Cuántas vidas más costará el sabio consejo del ministro alemán?

Él ha expresado estar actuando en defensa de los derechos humanos de los terroristas y, por cierto, lo ha hecho muy bien. Los derechos humanos de los que no son terroristas no formaban parte de su misión. Medio millar de muertos por atentados convierten al extremismo en la principal amenaza a los derechos humanos de los chilenos que no son terroristas. Pero esos derechos humanos nunca les han permitido ganar votos a los políticos en las democracias occidentales.

Sin embargo, el Ministro del Trabajo alemán, insolente y todo, y hasta funcional, como se dice hoy, para el terrorismo del PC y del MIR, en una cosa no puede ser contradicho, y por cierto yo no lo voy a intentar: no se respetan —afirma— los derechos humanos de los terroristas. En el despacho presidencial y en los gabinetes de dos ministros ha reiterado la acusación de tortura, según lo expresó después a la prensa. Y no se le ha pedido que abandone ningún despacho, por insolente, como habría correspondido. ¿Por qué? Porque en eso parece que, al menos en parte, tiene razón. Si el Gobierno preguntara al señor Bluem cómo es posible que pueda exponerse a aparecer amparando la impunidad de ciertas conductas terroristas, él podría replicarle que cómo puede exponerse a aparecer amparando la impunidad de ciertas otras conductas terroristas.

Y por eso se deben aceptar sin réplica insolencias e inconsecuencias como las del señor Bluem, de acuerdo al adagio según el cual no conviene lanzar piedras al vecino cuando uno tiene tejado de vidrio.

29.07.87

Yo ♥ la Constitución

Siempre confié en que las fuerzas armadas iban a hacer respetar la Constitución en los siguientes “dos, 20 ó 50 años”. Está visto que me equivoqué...

En defensa de la Constitución estoy perdiendo numerosos amigos y no pocos de mis más preciados adversarios. En resguardo de los méritos de ella no vacilo en desenvainar la espada de la polémica, “dando e recibiendo grandes heridas”. Algunos me acusan de haber sido —según su particular punto de vista— derrotado en algunos de esos duelos verbales, para aparecer luego ganándolos por el diario, con argumentos que no fui capaz de esgrimir en la liza oratoria. En realidad, debo confesar que soy más ingenioso por escrito que oralmente y los mejores argumentos se me ocurren después de terminados los debates. Es algo así como el “ingenio del estribo”, que en mi caso suele acudir al día siguiente de haber desestribado.

Sea como fuere, ya no asisto a almuerzo ni reunión donde se hable de política —en realidad, en todos se habla únicamente de eso— sin que deba terminar dando explicaciones por mi vehemencia para defender la Constitución. Pero sucede que no pasa el día sin que le descubra mayores virtudes y advierta nuevas razones para estimarla adecuada al voluble temperamento de los chilenos, que sin ella volveríamos a dar tumbos políticos de uno a otro costado del espectro ideológico.

Es cierto que la misma nos priva del ejercicio de algunos hábitos nacionales muy enraizados, el más dañino de los cuales fue la práctica del robo legalizado. La actual Constitución no permite perpetrarlo ni siquiera por unanimidad, como lo hicimos en el caso de la nacionalización del cobre, ni menos por mayoría de votos, como en la reforma agraria, y ni aun “sin querer queriendo”, como en las leyes sin financiamiento que provocaban ese fraude crónico a la buena fe ciudadana, la inflación. Ahora la propiedad está plenamente garantizada y sólo puede expropiarse por causa de utilidad pública y pagando al contado el valor real de las cosas. La Constitución prohíbe dictar leyes de gastos sin indicar su financiamiento y el instituto emisor —que antes terminaba cubriendo las

irresponsabilidades con papel moneda inorgánico— pasa a ser un ente autónomo, tecnificado e independiente.

Podrán sucederse gobiernos de diferente signo y, gracias a la Constitución, no por ello Chile dejará de ser un país estable. Y las Fuerzas Armadas y de Orden cumplirán —de eso estoy cierto— su deber de velar por el respeto a la institucionalidad en dos, 20 ó 50 años, con el mismo celo con que lo hacen hoy. Y poco durarían regímenes que mostraran visos anarquizantes o de inspiración totalitaria, pues ante ellos operarían los mecanismos de defensa de la institucionalidad democrática.

Antes he alabado la sapientísima manera cómo la Constitución diseña el tránsito al régimen civil posterior a 1989, permitiendo que —ya sea con un “sí” o con un “no” en el plebiscito presidencial— las Fuerzas Armadas se retiren a sus cuarteles llenas de dignidad y siempre dispuestas a cumplir sin renunciamentos su cometido de garantes de la institucionalidad.

Todo esto iba a decirle a un amigo con el cual intercambié algunas estocadas días atrás, cuando afirmó que si se perdía el plebiscito se terminaba todo, incluso la Constitución; pero no me dejó, acabar de contestarle. En realidad, los mejores argumentos se me ocurrieron después, y pienso que en los próximos días podría discurrir otros más, lo cual seguramente dejará a mi amigo perplejo tratando de dilucidar qué resulta peor, si impedirme hablar o tener que soportar que lo haga.

26.08.87

Chilenos de Hoy

Hoy debo confesar que el ciudadano extranjero de la columna me hizo sólo la primera de las reflexiones, siendo las restantes de mi propia cosecha. Lo anterior se cohonesto llamándolo “licencia columnística”.

El otro día me abordó intempestivamente un extranjero y me dijo no entender a los chilenos. Pese a haberle yo advertido que los chilenos tampoco nos entendemos a nosotros mismos, pasó a referir diversas explicaciones sobre situaciones locales contradictorias.

Dijo no entender por qué si la Universidad de Chile pertenece al Estado y se financia con recursos públicos, se le niega derecho al Gobierno, que representa al Estado y administra esos recursos, a designar rector; tampoco entendía por qué, si se reemplaza a un rector militar y no académico por otro civil y con más de un cuarto de siglo de actividad académica, los decanos consideran “amenazada la esencia de la Universidad”; en fin, dijo no entender tampoco que si el Estado aporta a la Universidad 410 mil pesos al año por cada alumno, suma que alcanzaría para financiar estudios en una universidad particular y guardar aun plata para el bolsillo, se estima insuficiente dicho aporte fiscal.

Le repliqué, sin convicción, que en la Universidad de Chile se imparten carreras de más alto costo que en las privadas, como Medicina, por ejemplo, y que se realiza investigación, la cual también es costosa. Pero, con una publicación en la mano, contraargumentó que en Medicina el gasto de remuneraciones es del 34 por ciento del total, teniendo el 18 por ciento de los alumnos, en tanto que en Economía las remuneraciones representan sólo el cuatro por ciento del total, con el 14 por ciento de los alumnos. Y que en la Universidad hay 5,5 alumnos por cada académico de jornada completa, contra 15,35 alumnos por académico en el promedio de todas las instituciones de enseñanza superior. Añadió que la Universidad de Chile percibe casi el 50 por ciento de los aportes para investigación del Fondo de Ciencia y Tecnología, en tanto que logra sólo el 30 por ciento de las menciones de trabajos chilenos en publicaciones internacionales científicas y tecnológicas. Entonces juzgué prudente pasar a otro

tema y le pregunté qué otras cosas lo traían confundido.

Me dijo que había una gran campaña en todo el mundo y en Chile contra el Gobierno, en defensa de los derechos humanos, pero que en los pocos días que llevaba acá los únicos atentados contra los derechos humanos que había advertido los había cometido un grupo afín al Partido Comunista, secuestrando a un oficial de Ejército y asesinando a sangre fría a dos carabineros. Me expresó no entender por qué los partidos políticos, la Iglesia y la opinión pública en general no hacen también una campaña, aquí y en el exterior, contra el Partido Comunista, para que respete los derechos humanos, oído lo cual estimé necesario requerir si había todavía otro tema que le mereciera dudas.

Me pidió explicarle entonces por qué, hace unos días, la oposición, en apoyo de su campaña de “elecciones libres”, según la cual un plebiscito con sólo dos opciones no es democrático, convocó en Concepción a unas verdaderas “elecciones libres”. . . en las que se votaba por sólo dos opciones.

Juzgué del caso darle, entonces, una respuesta global. Le dije que los chilenos de hoy descendemos de diaguitas, extremeños, chinchas, andaluces, castellanos, chibchas, vascos, ingleses, patagones, alemanes, araucanos, aragoneses, árabes, chonos, judíos, catalanes, changos, italianos, alacalufes, franceses, gallegos, yugoslavos y otras etnias que por el momento se me escapaban, de modo que corre por nuestras venas un batiburrillo que frecuentemente se nos va a la cabeza y genera un fenómeno de confusión general al cual se exponen los extranjeros que procuran entenderlo. Lo cual lo indujo a alejarse bastante atemorizado, dejándome tranquilo con mis propias confusiones.

16.09.87

Pago, Luego Opino

Los que le habían arrebatado a “la dictadura” el derecho a designar rector tampoco aceptaban la crítica.

Entre las variadas tentativas de impedirme opinar sobre el conflicto universitario he resuelto distinguir la carta al diario del director del Departamento de Medicina de la Universidad de Chile, en la cual conmina a quienes “predican a sus feligreses sin tener parroquias ni ser obispos” a “guardar silencio, escuchar y dejar actuar a los verdaderos universitarios”.

Siempre sigo las recetas médicas, pero haré excepción en este caso, aun reconociendo la capacidad de síntesis del autor de la prescripción, que le ha permitido, en tan pocas líneas, vapulear a este columnista, al idioma y a la Constitución.

La sexta acepción de la voz “parroquia” en el Diccionario de la Lengua Española autoriza a dar tal nombre a esta columna, puesto que acuden a ella a surtirse de ideas, esparcimiento, ira o tedio, según los casos, personas que, también en conformidad al Diccionario, pasan por ese solo hecho a ser sus feligreses.

He buscado en la Constitución, sin encontrarla, la atribución del director del Departamento de Medicina u otro académico para coartar mi libertad de opinión acerca de la Universidad, de donde deduzco que no la tienen, si bien debe acreditarse la autoridad con que la ejercen. Además, ese intento amenaza al antiguo, reconocido y asiduamente practicado hábito nacional de participar en los debates sin prestar la menor atención a los argumentos de los demás, en la tranquilizadora certeza de que los demás tampoco prestarán la menor atención a los de uno. Parece de suyo grave que se pretenda atentar contra esta arraigada institución chilena.

Si el autor de esta columna accediese a “guardar silencio y escuchar”, como se le receta, no faltaría quien lo denunciara por cobrar una remuneración sin cumplir con la respectiva función, conquista social que si bien ha sido consagrada en

otras instituciones —no viene al caso mencionarlas— no lo ha sido en este diario.

Aparte de soportar tan desventajosa situación, quien esto escribe paga impuestos que, supone, de alguna manera contribuyen a financiar una parte —ínfima, es cierto— del aporte fiscal a la universidad estatal. Variados indicadores nos hacen sospechar a los contribuyentes que el Gobierno no ha sido un custodio celoso del eficiente empleo de tales recursos.

Como los académicos se declararon en huelga hace ya tres meses, demandando aportes todavía mayores, y luego le negaron al Gobierno —llamado a administrar el Estado, que es el dueño de la Universidad de Chile— incluso el derecho a designar rector, esta columna no hizo sino dar fe del alzamiento y de que había acontecido lo que invariablemente ocurre a quien renuncia a su autoridad: la pierde, y otros llenan el vacío de poder. Quienes en este caso lo hicieron han arrastrado tras de sí, como también siempre sucede, a los indecisos, e, incluso, a funcionarios, académicos y alumnos que, en todo lo demás, reconocen la autoridad del régimen.

La soberbia de este nuevo poder nacido de la rebelión universitaria asume tal grado que parece llegada la hora de decir a sus detentadores: está bien, podrán tomarse la Universidad, mandar en ella y disponer de sus recursos, pero no podrán quitarnos, a los que ponemos la plata, el derecho a opinar sobre cómo se la gasta.

23.09.87

Instrucciones para la Semana

A raíz de un viaje al exterior, decidí dejarle al Gobierno y al país un instructivo para que se cumpliera durante mi ausencia. No se cumplió, pero no creí del caso imponer sanciones.

Si bien estoy consciente de que éste debe ser uno de los momentos menos oportunos para dejar a los chilenos abandonados a su propia iniciativa, motivos de fuerza mayor me obligan a ausentarme por una semana. Quiero, pues, dejar instrucciones precisas para estos días, y deseo advertir que a mi retorno no veré con buenos ojos ningún incumplimiento.

Al Gobierno quiero instruirlo acerca de dos asuntos. El primero es el conflicto —en vías de solución al momento de emitirse este instructivo— derivado de la solicitud de reajuste de remuneraciones planteada por el Poder Judicial. Es imprescindible ligar cualquier concesión al respecto a la aplicación de medidas concretas de racionalización del funcionamiento de los tribunales. La autoridad del ramo debe obrar cuanto antes en la línea de las sugerencias hechas por el profesor Ernesto Fontaine, el jueves 1° de octubre, en esta página, en la parte que alude al tema de los Tribunales. Ojalá a mi retorno se haya dado algún paso en ese sentido. De otro modo haré ver mi disgusto.

El otro asunto es el conflicto universitario. El Gobierno debe mantenerse muy firme. El verdadero problema en la casa de estudios —cosa que mucha gente de orden, entre la cual abundan los ingenuos, no ha entendido— no tiene que ver con ningún tema propiamente académico, aun que la oposición política hábilmente pretende disfrazarlo de tal. Allí se ha puesto en jaque a la autoridad, como la oposición había anunciado que lo haría, mucho antes de la designación de nuevo rector.

Todos los temas académicos y administrativos pueden discutirse: si el plan de desarrollo es bueno, regular o malo; si en el Departamento de Astronomía es apropiado que haya 21 profesores y tres alumnos o sería mejor la proporción inversa; o si en el Hospital J. J. Aguirre debería haber más o menos de 520

médicos para atender las 840 camas. Pero eso se discutirá sólo cuando las actividades universitarias se hayan normalizado y se haya acatado la autoridad legal, no antes.

Debe saberse quién manda en la Universidad. Si el Gobierno transige en ese punto, la oposición abrirá muchos otros frentes de rebeldía para repetir en ellos su triunfo, y la gente se preguntará no quién manda en la Universidad, como ahora, sino quién manda en el país. Los chilenos tendemos, por naturaleza, a resistir a la autoridad y la desobedecemos cuando podemos, pero en el fondo admiramos a quienes tienen la capacidad de imponérsela, siempre que sea con apego a la ley, así como despreciamos a quienes no saben mandar ni hacer cumplir la ley.

Y el último mensaje es para los maestros que me formaron en la Casa de Bello. Les ruego que, si han guardado silencio ante huelgas ilegales, violencia, vociferaciones e insultos en las aulas; si no han abierto la boca cuando los izquierdistas han hecho estallar una bomba en el auto de un profesor ni han salido en defensa de un académico agredido verbalmente por haber asumido la defensa judicial de un oficial de Ejército; y si el “aliento de Bello” con que hoy resisten a la autoridad legítima no acudió a estimularlos para oponerse, tantas veces, a las “tomas” violentas de la sede del “alma máter”, cuyos muros fueron una y otra vez pintarrajeados con insultos y hasta leyendas obscenas, entonces, por un mínimo de consecuencia y honestidad intelectual, les pido guardar silencio ante el primer intento serio en muchos años de poner orden en una Universidad que exige un enorme dispendio de recursos colectivos y se niega a dar cuenta del uso que hace de ellos.

07.10.87

Un Caso de Conciencia

Nunca fui un partidario incondicional del Gobierno Militar, y creo que esta columna lo prueba.

Durante 14 años he argumentado en favor de este Gobierno en las más variadas circunstancias. En cierta ocasión hasta un personaje del régimen me criticó porque, según él, yo “defendía todo, hasta lo indefendible”. Por si alguna duda restara, últimamente he roto lanzas, con plena convicción, en defensa del nombramiento y de la gestión del rector Federici.

Todo lo anterior lo he hecho en conciencia, diciendo en cada oportunidad lo que era, según mi leal saber y entender, la verdad, y convencido de defender, al mismo tiempo, el mejor interés del país.

Pero hay un caso atragantado en mi conciencia de partidario del régimen: el del asesinato del ex Canciller Letelier y de su secretaria norteamericana.

He criticado en muchas ocasiones a los Estados Unidos por sus actitudes respecto de Chile. Sin embargo, en relación al doble crimen de Washington les encuentro razón, y especialmente ahora, a raíz del fallo del juez militar local, que se ha negado a reabrir el llamado “proceso de los pasaportes”. Los norteamericanos se han limitado a pedir que se investigue acá el cúmulo de antecedentes aportados por Fernández Larios en sus declaraciones allá. Estas pueden ser total o parcialmente erradas o falsas, pero constituyen indicios o pistas a partir de las cuales es no sólo posible, sino imperativo, investigar. Sin embargo, ni siquiera se accede a reabrir el proceso.

Si adoptamos esa actitud frente a un atentado terrorista perpetrado en Washington, ¿con qué títulos, entonces, criticamos al resto del mundo por su indiferencia frente a los que se cometen acá?

El juez militar sostiene que la confesión de Fernández Larios no cumple con las exigencias legales impuestas a ese trámite en Chile y carece, por tanto, de valor

probatorio. Esos argumentos podrían servir para descalificar una prueba en una sentencia, pero aquí se trata sólo de reabrir un proceso sobreseído temporalmente. Basta que existan nuevos indicios, sospechas o antecedentes para que se justifique revocar el sobreseimiento. Como se sabe, la mera denuncia de un particular es suficiente en el derecho chileno para que se abra un sumario y se investigue un supuesto crimen o simple delito.

La negativa a colaborar no sólo crea una situación bilateral delicada con el país en cuya capital se cometió el atentado, sino que brinda una oportunidad excelente a los reales enemigos del Gobierno chileno que hay en el Congreso norteamericano. Y, en el plano interno, pone a prueba la adhesión de las personas que apoyan a este Gobierno, que no pueden entender por qué si Fernández Larios ha mentado, como lo ha afirmado públicamente uno de los oficiales comprometidos por él en sus declaraciones, no se agota la investigación para demostrarlo así; o, si ha dicho la verdad, por qué podría justificarse la impunidad del o de los responsables.

No podemos pretender aparecer, por, un lado, como baluartes de la civilización occidental frente al desafío terrorista y totalitario y, por otro, encubriendo conductas propias de éste.

Por lo mismo, éste es un caso de conciencia para los partidarios del Gobierno. Si se pretende proyectar su obra, se debe tener en cuenta que nada ni nadie podrá hacer olvidar las sombras que proyecta sobre ella la renuencia a establecer responsabilidades en el caso Letelier.

21.10.87

Modestia Preservada

Digamos la verdad: no hubo dictadura.

Después de que Emilio Filippi recibió en la Asamblea de la SIP un aplauso torrencial e interminable, tras exponer las tribulaciones que, a su juicio, sufre la prensa en Chile, vacilé antes de levantarme a hacer algunas precisiones. Me proponía dar antecedentes que constituían alentadoras nuevas sobre el tema. “Si las malas noticias han merecido este aplauso, pensé, con las buenas la ovación va a ser ensordecedora”. Esa perspectiva hería mi natural modestia, la cual, sin embargo, una vez más logré vencer. Sorprendentemente, mis revelaciones fueron acogidas por los presentes con un “helado silencio”, como lo describió ayer un diario opositor (el otro, “La Época”, sólo reprodujo las palabras de su director y dio una versión risible de las precisiones posteriores).

Mi modestia quedó indemne, pero también mi confusión. Pues si a primera vista parece criticable el hecho de que, en teoría, no haya libertad para fundar nuevas publicaciones, resulta consolador el sorprendente número de diarios y revistas violentamente opositores que han sido autorizados: “Fortín”, “La Época”, “Análisis”, “Apsi”, “Cauce”, “Hoy”, “La Bicicleta”, por nombrar los que se me vienen a la memoria y dejando de lado las numerosas publicaciones apolíticas aparecidas en estos años. Si uno busca órganos militantemente partidarios del Gobierno, encuentra, en cambio, sólo dos o tres. Los medios independientes más importantes son, en general, favorables al régimen, pero también incluyen los puntos de vista opositores y, frecuentemente, critican las medidas gubernativas. Y en ningún caso dispensan a la oposición política el ataque sostenido, diario y virulento que los órganos de ésta prodigan al Gobierno.

Por lo demás, el mercado de las revistas está tan saturado, que una de carácter político aparecida hace algún tiempo, que daba igual cabida a todos los sectores, tuvo que cerrar por falta de ventas. Cuando impere la plena libertad legal para fundar publicaciones la situación no va a ser, por tanto, muy distinta a la actual.

En el plano de la radiodifusión, dos de las tres emisoras que acusan mayor

sintonía son militantemente políticas y de oposición, en tanto que la tercera, siendo partidaria del régimen, debe mantener una línea equilibrada para conservar su auditorio, pues el pro-oficialismo se ha demostrado negativo para el “rating”.

Frecuentemente se alude a la televisión como un campo informativo dominado por el Gobierno. Es cierto que en ella se da cuenta extensamente de las realizaciones y actividades gubernativas y que, en general, no hay programas dedicados a la política. Pero los canales universitarios se han abierto a la crítica opositora en sus espacios informativos. El lunes, sin ir más lejos, el Canal 13 dio “in extenso” a Emilio Filippi leyendo las conclusiones negativas de su informe sobre la libertad de prensa en Chile y, en cambio, hizo sólo una breve alusión a las precisiones posteriores, lo cual, debo reconocer, evitó un enésimo atentado a mi ya amenazada modestia. Por otra parte, no está de más recordar que el mismo diario opositor “La Época” mantuvo una larga campaña publicitaria en la televisión.

Pero hasta hoy la SIP ha mantenido impertérrita la tesis de que “no hay libertad de prensa en Chile”. Modestamente, por cierto, opino que insistir en tan dogmático juicio dañaría menos a Chile que a la SIP.

18.11.87

Conciencia y Soberanía

El doble patrón de las entidades internacionales no me impedía apreciar los pecados de las nacionales.

Hallé la siguiente cita de Montesquieu, en la cual, a su vez, cita al griego Libanio: “En Atenas era castigado con la pena de muerte el extranjero que intervenía en la asamblea del pueblo. Es que tal hombre usurpaba el derecho de soberanía”.

Nosotros, desde luego, no podríamos seguir el ejemplo ateniense. Faltaría espacio en los cementerios, tantos son los extranjeros que meten sus narices en nuestros asuntos. Y ya han perdido toda vergüenza. Los norteamericanos discuten públicamente la cantidad de millones de dólares que van a destinar a influir en la política chilena. Antes tenían la decencia de hacerlo a través de la CIA, lo cual, a la postre, significaba igual publicidad, pero al menos oficialmente eran operaciones encubiertas, y eso envolvía un principio de respeto a nuestra soberanía,

Y desfilan alemanes investigando otra .situación en el sur. Ni siquiera desean dar explicaciones sobre su intromisión.

Y, por cierto, está el relator Volio, que no interviene a nombre de un país, sino de todos. El domingo ha lanzado una diatriba contra el fiscal que investiga a los terroristas, tras entrevistarse con los abogados de la Vicaría que los defiende. Ha emitido, además, un úkase: “La justicia militar en Chile tiene que mortificarse radicalmente”. ¿Se habrá excedido el fiscal Torres en entorpecer la tarea de los terroristas?

Por cierto, el notable relator no tuvo una sola palabra para los siete “rockets” de lanzacohetes Law y las ráfagas de M-16 que disparó el FMR el viernes contra unidades policiales y aéreas, dejando 11 heridos graves; pero, claro, estos últimos no son terroristas y, por tanto, carecen de derechos humanos. El relator viene a velar por los “otros” derechos humanos, los de quienes desembarcaron

de una nave cubana 70 toneladas de armas y explosivos, cinco mil fusiles M-16, miles de lanzacohetes Law, como los utilizados el viernes, los descubiertos también la semana pasada en Valparaíso y los de tantos atentados y asesinatos. Tampoco interesó al relator el incendio extremista de una flota de autobuses en Maipú el domingo, ni el asalto de igual autoría a un camión repartidor el sábado. No, él no ha sido enviado para eso. Además, si critica a los comunistas, en las Naciones Unidas lo insultan. En cambio, si logra cercenar las atribuciones del fiscal que persigue a los terroristas del PC, y si, además, lo acusa de violar los derechos humanos, lo aplaudirán.

¿Debemos seguir tolerando todo esto? Lamentablemente, para indignarse ante tales hechos se precisa autoridad moral. ¿Qué podemos decir de la intromisión norteamericana, después de las evidencias del caso Letelier? ¿Cómo no indignarnos con los olvidos del relator y sus ataques a la eficacia del fiscal Torres contra el terrorismo del otro lado, si a nuestro turno olvidamos la ineficacia de las investigaciones de los atentados de este lado?

Así, como diría Hamlet, “la conciencia hace cobardes de todos nosotros”. Ella y la soberanía están más ligadas de lo que habíamos pensado. Y así comenzamos a explicarnos por qué se pasean los inspectores foráneos por nuestra tierra sin que tengamos suficiente acopio de autoridad moral como para mandarlos cambiar.

16.12.87

Santos Bien Informados

Quise retribuir modestamente las enseñanzas que monseñor Gonzáles me impartió en la infancia con éstas que yo procuré impartirle en su madurez.

Al leer la entre vista del domingo a monseñor Carlos González, nuevo presidente de los obispos, comprendí que estaba en mi mano la ocasión de retribuir sus esfuerzos de hace bastantes años por conducir a la santidad a un grupo de reflexión religiosa al cual pertenecí. Conservo el recuerdo agradecido de la paciente bondad de este pastor, aunque el éxito de su referido empeño, al menos en lo que a mí respecta, sea una materia opinable.

Pues en dicha entrevista monseñor afirma que “(un sistema comunitario) tendría más sentido social que el individual; que la sociedad chilena “es muy individualista, en general”; que el individualismo económico “es un pecado social”; que una sociedad como la nuestra “no está de acuerdo con el plan de Dios”; que el sistema no está construido sobre valores como “practicar la justicia, amar con ternura y buscar el rostro de Dios”.

¿De dónde habrá sacado esas cosas monseñor? Alguien LE ha informado mal. El “sistema” chileno, contra lo que algunos repiten, no es “individualista”. Tampoco es colectivista ni comunitario. En realidad, no “es” nada. Sólo respeta la libre autodeterminación de las personas. No pone obstáculos para forma empresas privadas, con propiedad individual, u obras de mera beneficencia. Por ejemplo, la Sociedad Benefactora Dignidad, tan comentada en estas semanas, es una comunidad colectivista, donde no ha propiedad personal, tal como en un régimen socialista o comunitario, pero, a diferencia de éstos, sus miembros participan en ella voluntariamente. Curiosamente, la atacan... los partidarios del socialismo y del comunismo.

Es más, el abierto régimen socioeconómico chileno brinda ventajas a las empresas que se organicen de manera colectiva o comunitaria, en razón de la libre competencia. Si sus organizadores o dueños del capital renuncian a las utilidades, la empresa puede ofrecer bienes y servicios a precios menores que los

comunes y corrientes, pues en el caso de éstos el capitalista las retiene para sí, mientras en aquéllas se renunciaría a tales utilidades. ¿Por qué no se forman más empresas colectivistas o comunitarias? Tal vez porque sus propiciadores se dedican más a la política que a practicar lo que predicán.

¿Es “el sistema” contrario a la justicia, al amor y a la búsqueda del “rostro de Dios”? Al contrario, él premia a quienes practican esas virtudes. Don Francisco es un benefactor que recolecta y dona millones de dólares para obras de caridad, al ampara del “sistema”. Y éste le reconoce un prestigio a toda prueba. ¿Dónde está el “pecado social”? Seguramente Don Francisco no podría hacer lo mismo bajo un régimen forzosamente socialista o comunitario, porque la planificación central impediría la libertad de iniciativas y uso de recursos privados que envuelve su tarea.

Monseñor, nuestro sistema sólo “es”, para bien o para mal, lo que nosotros “somos”, porque respeta nuestra libertad. Impide a cualquiera imponer “su” propio sistema a otros por la fuerza. Y si no es mejor, es porque nosotros no lo somos, lo cual puede deberse a que nuestros pastores se dedican más a la política y a la economía —de las cuales saben bastante poco— que a nuestras almas —de las cuales saben mucho—.

Ofrezco esta explicación no sólo para retribuir sus pasados esfuerzos en pro de mi bien espiritual, sino para contrarrestar a la diabólica fuerza que insiste en mantener a nuestros santos mal informados.

30.12.87

Caos

En la “guerra de astucias” parece que ganó la oposición al Gobierno Militar, porque hasta marzo de 1988 las encuestas daban como ganador al “sí”, y después la balanza terminó favoreciendo al “no”.

Un historiador me dijo una vez que los chilenos éramos muy astutos. No me había dado cuenta, pero eso no tiene nada de particular, precisamente porque soy mucho menos astuto que mis compatriotas.

Sea como fuere, desde mi limbo de ingenuidad admiro el despliegue de astucia con que los chilenos del Gobierno y la oposición tratan de aprovechar el “caos”. Unos y otros saben que, por una parte, equiparar el triunfo del “no” con el caos asusta a la ciudadanía y aporta votos al “sí”; pero también saben que —como nadie puede asegurar ciento por ciento que ganará el “sí”— el mundo de los negocios se inquieta con esa idea y ello ahuyenta las inversiones y compromete el aumento del empleo y de remuneraciones que se está registrando, y que favorece al “sí”.

Pero tanto el Gobierno como la oposición son chilenos —bueno, esta última en parte— de modo que, según la afirmación del historiador, son astutos. Por eso el Gobierno dice que si triunfa el “no”, hay un itinerario constitucional y éste se va a cumplir sin ningún caos (tranquiliza a los hombres de negocios); pero añade que, dada la perspectiva rupturista de la oposición, el triunfo del “no” podría traer un caos (asusta al ciudadano medio, que entonces preferirá votar “sí”).

Con igual astucia, la oposición dice que si triunfa el “no” la Constitución no podrá seguir aplicándose y los uniformados deberán irse cuanto antes (así asusta a los hombres de negocios, la inversión decae y eso favorece al “no”); pero aplaude con entusiasmo a los comandantes en jefe que han garantizado la plena tranquilidad interna y pese a que ellos prometen la estricta aplicación de la Constitución si triunfa el “no” (aplauden porque eso tranquiliza a la ciudadanía, que por temor podría votar “sí”).

Gobierno y oposición confían en que los hombres de negocios sólo leerán la primera parte de sus respectivas declaraciones y la ciudadanía sólo la segunda. Si así fuera, la astucia daría resultados.

Ahora yo, que no soy astuto, daré mi versión: Gobierno, oposición y todos los demás chilenos saben perfectamente que sólo podría haber caos si el propio Gobierno lo quisiera. El 2 de abril de 1957 hubo graves desórdenes callejeros, provocados, naturalmente, por la extrema izquierda. La mayoría de los partidos atacaba al Gobierno por supuestos excesos de represión. En vista de eso, la autoridad retiró a la criticada fuerza pública de las calles. Ahí sí que vino un caos: saquearon el centro de Santiago, derribaron los postes y hubo numerosos incendios. Todo el mundo —que el día antes protestaba contra la represión— pidió a gritos “mano dura”. Entonces entraron los militares al centro y dominaron severa pero rápidamente la situación. Y recuerdo haber presenciado, en la mañana del 3 ó 4 de abril de aquel año, en Ahumada con Moneda, cómo los transeúntes aplaudían a la tripulación de un tanque estacionado allí. Probablemente eran los mismos que un par de días antes protestaban contra la represión.

Los chilenos astutos y no astutos sabemos, pues, que el único caos real es el que todas las declaraciones de Gobierno y oposición provocan en la cabeza de los extranjeros que estudian nuestra realidad.

30.03.88

¿Cuántos Son los Pobres?

La afirmación de que había “cinco millones de pobres” (el 45 por ciento de los chilenos) fue clave para que el “no” triunfara en el plebiscito del 5 de octubre de 1988.

Hace 20 años un economista DC elaboró una metodología para medir la extrema pobreza. Según el censo de 1970, y de acuerdo con ella, se determinó que el 22 por ciento de los chilenos vivía en ese estado. La misma metodología se aplicó al censo de 1982 y se descubrió que sólo el 14 por ciento de los chilenos era extremadamente pobre. Ahora la DC dice que esa metodología no sirve, que hay otra mejor y que ésta demuestra que en 1970 sólo el 17 por ciento de los chilenos era pobre, en tanto que ahora lo sería el 45 por ciento.

En realidad, de acuerdo con la última definición de esta nueva metodología, el 99 por ciento de los chilenos somos pobres: los define como “los chilenos que con su ingreso no logran satisfacer sus necesidades básicas de alimentación, vestuario, educación, salud, vivienda y otras”. ¿“Otras”? No creo que más del uno por ciento pueda darse ese lujo.

¿Qué son “necesidades básicas”? La más básica es, desde luego, estar vivo. En 1970 la tasa de mortalidad infantil era de 82 por mil; en 1985, 19,5 por mil. La tasa de mortalidad general, que era de nueve por mil en 1970, descendió a seis por mil en 1985. Es decir, el 62,5 por mil de los niños y el tres por mil de los mayores habrían sido más ricos en 1970 que hoy si no se hubieran muerto. Sin duda más vale ser pobre vivo que rico muerto. Además, la esperanza de vida al nacer aumentó de entonces a ahora de 64 a 75 años.

En 1972 se distribuían menos de 20 mil toneladas anuales de leche a los niños pobres; hoy, más de 40 mil. En 1970 tenía alcantarillado escasamente el 31 por ciento de las viviendas; hoy, el 77 por ciento. En 1970 tenía agua potable el 66 por ciento; hoy, el 97 por ciento. ¿Beneficiaron los referidos avances a los ricos?

Hace unos meses otros economistas de oposición también denunciaron un

supuesto aumento de la pobreza. Pero un colega suyo examinó las cifras y comprobó que si de la “canasta de necesidades básicas” que utilizaron se excluían los limones —han alcanzado precios exorbitantes por las heladas de 1987—, la pobreza disminuía visiblemente. Con suficientes limones en la canasta se puede cambiar la fisonomía social del país en un momento.

Si las masas —vivas o muertas— eran tanto más ricas en 1970, fueron ingratas: relegaron al último lugar en la elección de ese año al candidato del gobierno DC. Y la UP acusó que “en 1966 cada chileno tenía una cantidad de bienes mayor de la que tiene hoy (1970)”. Pero, a su turno, en 1973 la UP dejó la producción y los sueldos peor que en 1970, la inflación más alta del mundo, la deuda externa impaga y “harina para pocos días más”, como dijo entonces su Presidente. Todo eso (1965- 1973) sucedía bajo las condiciones externas más favorables para Chile. Por ello bendigo al destino por impedir que en los posteriores 14 años de adversidad externa gobernaran quienes fracasaron en medio de la bonanza internacional. De haberlo hecho, los pobres serían hoy 12 millones.

¿Pero cuántos pobres hay? En una encuesta de una firma frecuentemente citada por la oposición, hecha en 1986, se lo preguntaron a la gente, y sólo el 12,7 por ciento respondió que su situación era “mala” y “sufría penurias”; el 35,7 por ciento declaraba estar “regular”, si bien su ingreso “no le alcanzaba”, y el resto declaraba estar bien. Esa fotografía de la realidad se aviene con lo que todos vemos. Y no es un cuadro desalentador, siendo éste el país más castigado del mundo por la recesión internacional y habiendo mejorado bastante la situación entre 1986 y ahora.

13.04.88

Hechos

El participante en un foro televisivo a quien rebatí en esta columna se llamaba Ricardo Lagos.

Quiero comenzar pidiendo excusas al representante de la UP en un foro televisivo de la semana pasada, porque apenas él mostró una lista de cifras según las cuales la “disponibilidad de bienes” de los chilenos había disminuido entre 1970 y la actualidad, yo, en una actitud abiertamente prejuiciada, sentí que sabía positivamente que sus cálculos estaban malos.

Fue un prejuicio imperdonable, pero nacido de que cuando la UP, en 1970, prometió terminar con la inflación, aumentar el poder de compra de los sueldos y salarios y disminuir la dependencia externa del país, y después, en 1973, terminó con la inflación más alta de nuestra historia y del mundo en ese año, con las remuneraciones de los trabajadores cayendo aceleradamente y a un nivel inferior al de 1970 y en un grado de dependencia externa que obligaba al Gobierno a mendigar auxilios de emergencia a países amigos, yo perdí para siempre la confianza en los cálculos de los hombres de la Unidad Popular. Pero bien podría haber sucedido que en estos 14 años hubieran aprendido a calcular. Dejar de lado esa posibilidad fue, sin duda, un evidente prejuicio de mi parte.

Sin embargo, el Ministro de Hacienda ha revisado las cifras del representante de la Unidad Popular y, lamentablemente, ha comprobado que él sigue calculando tal como hace 14 años, es decir, mal. Esta vez se olvidó de una parte de los bienes disponibles en cada año, pues consideró sólo los que se producen en el ejercicio y no los durables que existen al comenzar el mismo. Y el cálculo bien hecho, que incluye hasta 1984, indica que los chilenos en este último año dispusieron de 9,04 por ciento más bienes y servicios que en 1970.

Por otra parte, Hacienda ha dado a conocer un cúmulo de antecedentes que echan por tierra el mito de un supuesto aumento de la pobreza en el país.

He aquí algunos hechos de 1970 y de hoy que pueden ser comparados: la

desnutrición avanzada es la séptima parte de antes y casi ha desaparecido; el número de consultas médicas por habitante ha aumentado en 36 por ciento; se ha incrementado la cobertura educacional en todos los niveles; el número de automóviles se ha multiplicado por 3,4 veces, el de taxis por 1,5, el de refrigeradores por 2,4, el de televisores por 5,7; el número de viviendas aceptables ha aumentado de un millón 337 mil a dos millones 278 mil; el número de personas por pieza ha disminuido; la cobertura de agua potable subió de 66 a 97 por ciento en las ciudades y de 34 a 70 por ciento en los campos; la de alcantarillado, de 31 a 77 por ciento, y la de luz eléctrica de 75 a 86 por ciento.

Y, por cierto, no eran los ricos los que carecían de todo eso en 1970. Por ello, la realidad que vemos y que nos señala que los pobres están mejor, corresponde a la verdad. Y el reciente debate público sobre el tema ha sido útil para darla a conocer.

14.05.88

“Sí” “V/s” “No”

Uno de los más inexplicables disparates gramaticales de los chilenos es el de escribir “v/s” en lugar de “vs”. Es el único país del mundo donde se comete habitualmente.

El otro día un visitante extranjero me dijo que un pueblo inteligente y capaz como el chileno seguramente iba a apoyar abrumadoramente el “sí” en el plebiscito, pues no podía imaginarse otra cosa, atendido el progreso que advertía, el clima de orden, la transición tan razonable a la democracia que estaba teniendo lugar y que se manifestaba, desde luego, en la posibilidad de votar. Seguramente, añadió, nosotros habíamos tomado conciencia del enorme contraste entre Chile y otros países de la región, especialmente los vecinos, gobernados por tendencias políticas similares a las de quienes propician el “no”. Mucha gente sensata le habla dicho en esos países que lo único que podía salvarlos de la hiperinflación, la anarquía, la interminable ola de huelgas y la crisis de la deuda externa era “un Pinochet”.

Como me sucede frecuentemente, no supe qué contestar. Pues, para empezar, discuto desde hace muchos años la tesis —sostenida, además, por cada vez menos especialistas— de que los chilenos seamos inteligentes. Pero, al mismo tiempo, no le podría haber dicho eso al visitante, pues también he planteado la necesidad de hacer esfuerzos por parecer inteligentes ante los extranjeros, en especial si son inversionistas o acreedores o, más aún, ambas cosas a la vez. En cuanto a que seamos un pueblo “capaz”, como dijo, habría podido estar de acuerdo: somos capaces. . . de cualquier cosa, incluso de votar “no”.

Nuestros futbolistas, que siempre han sido arquetipos de la raza, probaron el otro día en Canadá que los chilenos podemos perfectamente partir para el lado menos pensado y en el momento menos oportuno. Cuando, por lógica imperiosa del juego, era preciso correr hacia atrás, lo hicieron hacia adelante, dejando a los canadienses solos para convertir el gol de la victoria. Nadie sabe qué procesos mentales guiaron a ese selecto grupo de compatriotas a correr en sentido opuesto a toda lógica y razón, en el momento menos oportuno y con tan desastrosas

consecuencias. Pero para explicar estas cosas el genio nacional ha discurrido una frase memorable: “El fútbol es así”.

Nuestra alma colectiva es misteriosa, impredecible e intraducible. El chileno puede apuntar para un lado y disparar para el otro. Hace algunos días unos terroristas criollos enfilaron cuidadosamente un cohete contra la Academia de Guerra y volaron el techo a la casa de un médico. Como se aprecia, aquí todo puede suceder.

Incluso puede ocurrir un atentado tan grave como que en forma pública y ante la indiferencia generalizada, la prensa y la televisión abrevien “versus” como “v/s” Hace años que intento desentrañar al misterio de tan extraña conducta. Una vez hasta escribí una carta al diario sobre el punto, pero no se publicó, pese a que iba titulada como lo que yo consideré, debo reconocerlo (hiriendo mi propia modestia), particular ingenio: “V/s versus vs.”

No. Definitivamente no sabría qué decir a los extranjeros si me preguntan cómo y por que van a votar la mayoría de los chilenos en el plebiscito. En un país donde los futbolistas corren en sentido contrario, los cohetes se disparan para el otro lado y los periodistas escriben “v/s”, realmente puede pasar cualquier cosa.

01.06.88

Los Extranjeros y Nosotros

Años después de escrita esta columna, un ex embajador norteamericano de paso en Chile reveló que una de las compañías norteamericanas del cobre había recibido, en realidad, una indemnización... después de pagar cierta suma al Presidente chileno, en 1971. El único en el país que comentó esa revelación fue el autor de la siguiente columna. Y lo ha vuelto a hacer recientemente, provocando bastante revuelo.

Una de las tareas más impopulares que he desarrollado en mi vida ha sido defender a los extranjeros. Desempeñándola, he llegado a increíbles extremos de temeridad, como cuando el Congreso Nacional, por unanimidad, aprobó en 1971 la nacionalización del cobre y yo me opuse públicamente, en un programa de radio. Pensé que mi actitud iba a despertar indignación general, pero sucedió algo todavía peor: nadie la tomó en cuenta.

Esa nacionalización figura entre las trampas más notables que hemos hecho a los extranjeros. En primer lugar, porque los confiscados la aceptaron con ejemplar resignación. Eran norteamericanos, y ya para entonces ellos habían sido convencidos por el resto del mundo de que eran muy malos. En Chile habían descubierto prácticamente toda la Gran Minería del cobre, habían pagado los mayores impuestos que jamás nadie haya cancelado al Fisco chileno, habían creado miles de empleos, con los mejores salarios del país y ofreciendo a sus trabajadores excelentes servicios sociales, modernos hospitales y otros beneficios. Pero fueron convencidos de que todas esas eran maldades muy grandes, lo cual nos permitió despojarlos sin mayores problemas.

La segunda cosa notable de la nacionalización, como un estudio reciente lo ha demostrado, fue que, sin ella, el país habría recibido, en definitiva, más ingresos netos en dólares de los que efectivamente ha percibido con ella.

Eso es muy chileno. Ya antes de la Unidad Popular el gobierno DC había procedido a la “chilenización” del cobre. Los extranjeros aceptaron, pero a corto plazo se descubrió que pagaban menos impuestos que antes de la

“chilenización”.

La mayor riqueza del país en este siglo se debió a la inquietud y visión de un solo extranjero, el norteamericano William Braden, que ideó la fórmula para explotar rentablemente El Teniente, trayendo los capitales necesarios, y luego descubrió Chuquicamata y Potrerillos. Por cierto, no tiene estatua.

Otro extranjero al que algunos historiadores nacionales han dedicado numerosos insultos ha sido John Thomas North, un mecánico inglés que compró títulos de salitreras confiando en que el Gobierno chileno, en 1881, iba a respetar el derecho de propiedad privada de las conquistadas a los peruanos. Muchos chilenos le vendieron esos títulos, porque no tenían igual confianza. Así, North se convirtió en “el Rey del Salitre” y pagó derechos de exportación que transformaron a Chile en la primera potencia sudamericana, con permanente superávit presupuestario y cuyo principal problema fue, durante años, la aguda escasez de mano de obra.

Me acordé de todo esto el domingo, cuando vi el anuncio de que pronto podremos andar con un teléfono en el portadocumentos, que se produce apenas vendida parte del capital de la compañía telefónica a inversionistas australianos. Como crecí bajo el socialismo y pasé años inscrito para tener en mi casa un teléfono que no llegaba nunca, no puedo contener mi entusiasmo ante la idea de andar con uno en el maletín —aunque no sé si lo voy a usar, porque no me gusta hablar por teléfono— y procedo a reanudar mi más impopular tarea y a rendir un nuevo y emocionado homenaje a los extranjeros.

El Candidato Civil

Hoy pienso que al “candidato civil” le habría ido mejor que al general Pinochet en el plebiscito.

Cuando yo era más niño no podía entender que eligieran Presidentes a señores con mucho menos méritos que mi abuelo paterno, que frecuentemente salía en el diario y de quien todos en la casa decían que era sabio, inteligente y virtuoso.

Además, teniendo él una respetable barba blanca, elegían Presidentes a unos señores de bigote negro insignificante o sin ni siquiera eso. Por último, mi abuelo era bombero, y si bien no iba a los incendios, solía ponerse un uniforme espectacular, con charreteras doradas y un casco enorme y brillante. Era inexplicable para mí que el país no se diera cuenta de la diferencia con esos señores de oscuro o de gris que vivían en La Moneda.

Recordé con nostalgia esas sabias reflexiones infantiles a propósito del “candidato civil” y al ver que en las encuestas de opinión él aparece como invencible. Desde luego, obtiene más preferencias que el actual Presidente de la República.

Pues, obviamente, el “candidato civil” de cualquier persona es, juzgado por ella misma, brillante, honesto, capaz, elocuente, sabio, sobrio, justiciero, inteligente, resuelto, bondadoso, simpático, generoso, preocupado, valiente y bien parecido.

Por cierto, para un número no despreciable de opinantes ese ideal está personificado por ellos mismos.

Pero cuando llega el momento de buscar un consenso en torno al “candidato civil”, las cosas cambian. Entonces se descubre su único defecto: no existe.

En estos días ha corrido fuerte el rumor de que los Comandantes en Jefe y el General Director tienen un “candidato civil” por si acaso. Se dice que si las encuestas no favorecen al actual Jefe del Estado, ellos —incluido este último,

que es a la vez Comandante en Jefe del Ejército— pensarían en la posibilidad de proponer a un civil el 30 de agosto, como candidato único para el plebiscito.

Lo anterior parece razonable, como estrategia. Pero cada una de las personas que me ha contado sobre el referido plan —incluyendo una habitualmente muy bien informada, que ha respaldado su pronóstico con una apuesta sustantiva— me ha dado a conocer el nombre de un “candidato civil” diferente.

Lo particular del caso es que, al mencionar yo cada nombre a otras personas, que a su vez tienen “su” candidato civil, todas dejan por los suelos a los propuestos por los demás, descubriéndoles innumerables defectos que los descalifican por completo, o poco menos, para desempeñar la Presidencia de la República. Incluso algunas proclaman que en esa eventualidad preferirían votar “no”.

Todo lo cual me ha hecho concluir que preguntarle a la gente si prefiere un “candidato civil” en vez del actual Presidente Pinochet constituye una falacia fundada en un mito. Porque cada cual tiene —y muchas veces es— su propio candidato ideal, pero al mismo tiempo está demasiado lejos de ser un ideal compartido.

Y así como ese candidato civil de mil caras es invencible en las encuestas, apenas usted le pone una cara y un nombre él se desinfla rápidamente bajo los picotazos de ese maravilloso deporte nacional que se llama el “chaqueteo chilensis”.

Dejémonos de cosas, queridos feligreses: si hubiera existido un “candidato civil” tan lleno de esas excelsas virtudes, algo se habría oído decir.

03.08.88

¿A Qué Temen los Señores Obispos?

Como siempre que opinan de política o intervienen en ella, los obispos esa vez también se equivocaron.

“Un número considerable de chilenos —han afirmado los señores Obispos en su reciente declaración— se siente incómodo ante el plebiscito., porque teme que, triunfe el ‘Si’ o triunfe el ‘No’, exista el peligro de que el país se encamine a una confrontación que queremos y debemos evitar”. En vista de eso, proponen designar un candidato cuyo nombre “debería ser fruto de un acuerdo entre el Gobierno y la Oposición, y ser tal que inspire respeto y confianza a la inmensa mayoría”.

Alguien ha dicho que el mejor de los laicos es menos santo que el peor de los sacerdotes, y tiendo a compartir esa aseveración. Sin embargo, hay un pecado en que los religiosos caen con más frecuencia que nosotros: el de la ingenuidad.

Alguien parece haber convencido a nuestros prelados de que si se cumple la Constitución sucederán cosas horribles. Tanto, que el Gobierno militar debería renunciar a proyectar su obra en un régimen civil democráticamente elegido y resignarse a entregar el poder a un personaje que satisfaga a la oposición. Podría decirse como síntesis, parafraseando a Nicanor Parra, que “el Gobierno y la oposición unidos, jamás serán vencidos”. Pero Parra no lo escribió en serio.

La historia nos enseña que en la política chilena las “confrontaciones” terribles, como la que temen los prelados, sobrevienen cuando no se cumplen las Constituciones, no cuando se aplican.

Ellos parecen temer a los grupos armados subversivos. Pero ¿qué más pueden hacer que no hayan hecho ya? ¿Triplicar los asesinatos? ¿Llevar a cabo el doble de asaltos? ¿Incendiar tres veces más buses? Si así sucediera, ¿debe rendirse el país ante esa amenaza? No lo parece: si llevaran la situación al extremo, hay una cosa que podríamos asegurar anticipada mente: el mayor número de víctimas de la “confrontación” estaría entre los autores y promotores de la violencia y el

terrorismo. Y ellos lo saben muy bien, lo cual no les impide usar como instrumento de convicción el miedo de quienes no lo saben.

En cuanto al “candidato de consenso”, si él existiera se harían innecesarias las elecciones. La regla de las mayorías sería sustituida por la de la unanimidad. Pero entre nosotros ni siquiera los opositores pueden ponerse entre sí de acuerdo en un candidato. Por cierto, no se me oculta que la verdadera estrategia de algunos consiste en privar a los uniformados de su prerrogativa constitucional de proponer un nombre para proyectar su obra. Eso, naturalmente, le convendría mucho a la oposición, pero ciertamente no al Gobierno. Aun si existiera un candidato “del gusto de todos”, sólo podemos imaginarlo por completo ajeno a cualquier definición programática seria; es decir, una broma como gobernante o, en el mejor de los casos, un personaje propio del parlamentarismo (“no soy una amenaza para nadie”, era entonces la mejor presentación). No es una época a la que el país querría volver.

Los chilenos debemos definirnos civilizada y democráticamente entre las opciones del plebiscito. Si una de ellas representa la incertidumbre —y es efectivo que nadie que piense votar “no” puede hoy decir honestamente por qué estará votando—, eso no es responsabilidad de los Comandantes en Jefe ni del General Director, sino de cada ciudadano.

Es éste un riesgo propio de la democracia, y los señores Obispos nos han reiterado que aspiran a ella.

07.08.88

¡Hola, Latinoamérica!

Como Chile progresaba más que el resto del hemisferio, uno de los partidarios del Gobierno Militar escribió un ensayo titulado “¡Adiós, América Latina!”. De ahí el título de la siguiente columna. Como puede apreciarse, no he ocultado todas las columnas en que he hecho pronósticos completamente equivocados.

El otro día, mientras me afeitaba, tuve un momento de clarividencia. Me sucede habitualmente. Siempre he pensado que debería afeitarme varias veces al día. Esta vez vi en todos sus detalles el triunfo del “no” y su gobierno.

En la elección presidencial subsiguiente salió Ricardo Lagos, por supuesto. El Gobierno del No les dijo que sí a todos: 10 mil millones a las universidades, 14 mil millones a los jubilados, 11 mil millones a los deudores en unidades de fomento, 500 millones al estadio de Colo-Colo, 40 mil millones para reajuste a la administración pública, 10 mil millones al magisterio, siete mil millones para la salud. Hubo reajuste general compensatorio para el sector privado de un 20 por ciento.

Ante alzas especulativas se estableció un control de precios que, se dijo, sería transitorio. Mi mujer y yo estuvimos en la cola del azúcar, pues la han racionado debido a la escasez transitoria por culpa de algunos especuladores. Igual que en la UP, ella me obligó a hacerla; y yo —igual, no sólo que en la UP, sino que siempre— obedecí, a pesar de encontrar muy poco digno sacar doble ración y de habérselo representado así con toda energía.

El mayor poder adquisitivo hizo aumentar las importaciones y disminuir las exportaciones. Estas últimas, además, debido a los mayores costos internos y a siete millones de días/hombre de huelga al año —fue derogado el Plan Laboral—, se tornaron menos competitivas.

Pese a no haber pagado los intereses de la deuda externa ni cumplir con el FMI, la nueva democracia chilena es mi rada con amplia comprensión y simpatía en el mundo. Estamos orgullosos. Pero ya no llega inversión extranjera. El Ministro

Ricardo Núñez declaró en “De Cara al País” que nunca Chile volvería a depender del “capital extranjero” (ya lo había anunciado así en otra intervención suya en ese programa, en agosto de 1988).

El Presidente también proclamó su iniciativa de “¡Hola, Latinoamérica!”: reingresamos al Pacto Andino, subimos los aranceles y pusimos nuevos requisitos a la entrada de capital foráneo.

El Presidente viaja por el mundo con su prestigio de restaurador de la democracia en Chile. Aquí algunos dicen que por qué no se queda en Europa, pues la inflación llega al 150 por ciento. Un compañero de la bancada nacional en el Parlamento del ‘73 me dijo que no sabía en qué mundo había estado al votar “no” el 88.

El presidente de la DC, senador Aylwin (VIII Región), dio una conferencia de prensa para señalar la preocupación de su colectividad frente a los desequilibrios macroeconómicos, sin perjuicio de felicitar por “la democratización del país y la política de cambio social”. Pero sus declaraciones aparecieron a una columna, por que el PDC sacó apenas 10 diputados y tres senadores. En la elección casi toda la gente se le fue a Renovación y al PPD.

No alcanzo a describir el resto del azaroso, si bien democrático, Gobierno de Lagos. Sólo me queda espacio para revelar que en la elección presidencial de 1998, Pinochet, recién retirado y con saludables 81 años, salió elegido con mayoría absoluta en la primera vuelta.

Hagamos una Pausa

Este fue mi último comentario antes de que los comandantes en jefe y el general director designaran al candidato para el plebiscito.

Escribo antes de saber la decisión de los “grandes electores”. Pero, cualquiera haya sido ella, propongo hacer una pausa en la rencilla interna para felicitarnos efusivamente a nosotros mismos, cosa que siempre es muy reconfortante, sobre todo si los demás no lo hacen.

Pues todo el proceso marcha de una manera organizada, previsible y fluida, tal como estaba escrito. A ratos los chilenos casi parecemos seres humanos civilizados. Por cierto, no lo somos, pero más de alguien nos podría confundir con ellos.

Incluso cuando teníamos gobiernos civiles —y aun concediendo que, al menos en el último medio siglo, y como promedio, fueron bastante malos— tampoco puede negarse que nuestro régimen político era más ordenado y estable que el del resto de América latina, con la salvedad, tal vez, de Costa Rica y Uruguay.

Y cuando el sistema de gobierno civil se puso realmente malo —es decir, al nivel latinoamericano— lo cambiamos por el militar, en una operación unánimemente reconocida como muy eficiente y rápida.

Ahora el Gobierno Militar va llegando a su término por los cauces que él mismo diseñó y, cualquiera sea la opinión de cada uno sobre su actuación, nadie podría negar que, como tal Gobierno militar, ha sido también muchísimo mejor que sus congéneres latinoamericanos.

Porque está llegando a su término de una manera no sólo ordenada, sino digna y civilizada. Puede mostrar logros y realizaciones concretas. De una parte, nadie puede negar que hoy en Chile tenemos la tasa de inflación más baja del subcontinente, que el desempleo disminuye, las remuneraciones de los trabajadores aumentan, la deuda externa se reduce año tras año y la economía

crece por quinto ejercicio consecutivo a una tasa casi un tercio superior a la histórica. En ninguna otra nación latinoamericana se están logrando simultáneamente hoy todas esas cosas.

Por cierto, alguien podrá decir que esos sólo son fríos logros económicos. Pero entonces podremos detallarle los programas sin precedentes que se han creado para auxiliar a los más pobres, el aumento de las expectativas de vida de los chilenos, el saneamiento ambiental a través de las nuevas redes de agua potable y alcantarillado, el fomento al deporte popular y la creación de escuelas y plazas docentes en números desusados. Y si vemos lo que ocurre en el campo cultural, podemos señalar que nunca como en los últimos años se habían editado tantos libros en nuestro país; podemos citar las temporadas musicales de ópera, ballet y conciertos; el auge del teatro y hasta de la creación televisiva y cinematográfica nacionales, moribundas hace 15 años; la proliferación de exposiciones de pintura y el surgimiento de pléyades de artistas e intelectuales.

Y al cabo de eso, el régimen democrático de la Constitución de 1980, inteligentemente diseñado, dará origen a una institucionalidad también más estable que las del resto de América Latina y, desde luego, que la chilena del pasado.

Somos, en consecuencia, capaces de tener mejores gobiernos civiles y también mejores gobiernos militares. Podemos enorgullecemos de ello. Por consiguiente, detengamos por un momento la rencilla interna y felicitémonos. Después, sigamos riñendo, pero podremos hacerlo con un sentimiento de autoestima mucho mayor.

31.08.88

Expertizaje a España

El pronóstico de que los españoles tendrían “Felipe para rato” se cumplió.

Un capricho del destino me llevó a Madrid la semana pasada, invitado por la TV de allá. Siguiendo una tradición impuesta por los norteamericanos, en 48 horas quedé experto en la situación española.

Primero un empresario chileno residente me contó de los problemas de la delincuencia, de la drogadicción juvenil y de los controles tributarios. Luego, un sacerdote que, aunque nadie lo crea, era de derecha, me repitió su preocupación por los mismos problemas y, además, por los que sufre a manos del régimen la educación católica subvencionada. Hasta ahí yo había quedado con una impresión abiertamente negativa, pese a la atmósfera de auge y prosperidad material que se advierte.

Pero después, en el avión de regreso, me tocó sentarme al lado de un empresario vasco completamente feliz con un Felipe González respetuoso de la empresa privada y de la libertad de precios, que consagra la apertura hacia el exterior y la integración con Europa, la cual se consumará definitivamente en 1992.

Ya antes había leído en una revista madrileña cómo el dirigente sindical marxista José Antonio Saavedra ha repudiado al mismo Felipe, diciendo que es “un infiltrado ayudado internacionalmente” y “una creación del capitalismo internacional”. El semanario publica su foto, la mano izquierda asiendo su brazo derecho, el antebrazo de éste alzado y la mano empuñada, en gesto de despedida a Felipe.

Pero éste ha equilibrado el presupuesto, reduciendo el gasto público; mantiene la inflación por debajo del cuatro por ciento; el crecimiento por sobre esta cifra; el nivel de reservas en 38 mil millones de dólares y la deuda externa en prudentes 30 mil millones. Todo eso al costo, es cierto, de una tasa de desempleo de 20 por ciento.

Las perspectivas futuras son, con todo, prometedoras. La integración a Europa tiene a los españoles entusiasmados. Ellos siempre han temido secretamente que el resto de los europeos los consideran africanos. Pero la mayoría de los europeos son demasiado educados como para decir una cosa así, sin perjuicio de pensarla. Claro que un francés escribió que “África comienza en los Pirineos”. Pero, como se sabe, los franceses son capaces de cualquier cosa. En todo caso, ahora los españoles están muy felices de ser por fin bien europeos, y de que los demás europeos aparentemente acepten que lo son.

Todavía, sin embargo, siguen teniendo algunos problemas con la verdad, propios del Tercer Mundo. Desde luego, lo que se publica allá sobre Chile es absurdamente antojadizo. Al respecto mienten por igual los de la izquierda y los de la derecha. Como se sabe, acá los derechistas mentimos mucho menos y sólo en casos de extrema necesidad, si bien no faltan algunos que viven acuciados por ella.

El “ABC” se ha lucido hace algunos días con un editorial titulado “Pinochet Dictador”, en cuyo primer párrafo conté cuatro notorias falsedades.

No podía dudarse que con ese “coraje” y esas “sólidas bases morales” la derecha española sólo podía esfumarse. De modo que, tras 48 horas en Madrid, concluyo que, a falta de nada mejor, los españoles tienen Felipe para rato.

14.09.88

Infidencias a la Feligresía

Parece que mi mujer tenía mejor ojo político que yo...

Sólo en la intimidad de esta columna, dentro de la reserva que, estoy seguro, guardarán sobre el asunto los feligreses de ella, me atrevo a confesar algo que nunca revelaría a nadie que me haya conocido durante menos de cinco minutos: las declaraciones de Volodia, Palestro, Vuskovic y compañía me han creado algunos problemas hogareños.

Ante el anuncio de Volodia de que vienen el levantamiento general y el gobierno provisional, y luego de que Palestro anticipara que los pijes —entre los cuales, después de tantos años de bañarme a diario, corro inminente riesgo de quedar incluido— deberemos arrancar como conejos, mi mujer ha salido a aprovisionarse de velas, alimentos no perecibles y otras vituallas. “La Unidad Popular viene peor que antes”, dijo antes de salir. Hasta el cansancio le había insistido en que es absurdo comprar en exceso cuando hay de todo y en abundancia.

—Pues precisamente por eso compro ahora— me dijo. —Después, si gana el “no” y gobierna Volodía, no va a quedar nada, como en la Unidad Popular. Para ti es muy cómodo criticar, porque las colas las tenía que hacer yo con los niños.

Le expliqué pausadamente el itinerario constitucional, que garantiza contra toda suerte de trastornos, gane el “sí” o el “no”, y hace imposible un gobierno extremista. Pero fue enteramente inútil.

—Mira— replicó, terminante —en 1964 te creí cuando asegurabas que votando por Frei se evitaba el comunismo, y vino el comunismo. En 1970 te creí cuando decías que Alessandri iba a ganar con mayoría absoluta, y perdió. Ese mismo 5 de septiembre te creí cuando pronosticaste que los democratacristianos jamás votarían por un marxista en el Congreso Pleno, y lo hicieron. Después te creí cuando repetías que no había para qué comprar en exceso, y las cosas se acabaron. Sigue tú dedicado a profetizar el futuro del país y déjame manejar la

casa a mí.

Me consolé pensando que en todos los matrimonios llega un momento en que las mujeres les hablan así a los maridos. En abono de los temores de ella debe reconocerse que, aunque nos digamos a nosotros mismos, una y otra vez, que la historia no se repite, hay algunas reminiscencias sugerentes. “La alegría ya viene” se parece mucho a Vuskovic asegurándonos en la TV que todo sería color de rosa y que nada debíamos temer de un ministro burgués como él; los comunistas y los democratacristianos que discuten si suben juntos o bajan juntos el escenario en las concentraciones del “no” recuerdan el pacto secreto Tomic-Allende. Las escenas de 1970 y de 1988 se confunden y calzan.

Así y todo, pienso que mi cónyuge esta vez exagera. Cada chileno sabe muy bien cómo estaba el país en 1973, tras los gobiernos del “no”, y cómo está hoy, bajo el del “sí”. Nacionales y extranjeros comprueban los abismos de diferencia entre la situación de países vecinos, gobernados por políticos afines al “no”, y el nuestro. Y el “sí” nos ofrece, además de orden y prosperidad, la libertad política y un gobierno civil. ¿Cómo podría un ciudadano con dos dedos de frente votar “no”?

Queda, por cierto, el problema de saber cuántos ciudadanos tienen dos dedos de frente. Pero ése ya sería tema de otra columna.

28.09.88

Una Tarea para Hoy

Apenas perdido el plebiscito, como optimista incurable que soy comencé a hacerme ilusiones con la elección presidencial del año siguiente. El propuesto Frente Portaliano tuvo un solo adherente.

Misión de historiadores será explicar por qué la mayoría dijo “no” a un Gobierno que ha hecho posible un país floreciente, encaminado a una mayor justicia social (pues baja el desempleo y el ingreso de los trabajadores crece más que el del país en su conjunto); comprometido en una genuina apertura democrática, donde las leyes se cumplen, los servicios funcionan y las ciudades son limpias y se modernizan; que exhibe amplios testimonios de florecimiento de las artes y la cultura, y en el cual, en fin, se ha alcanzado —sin desconocer la existencia de problemas anteriores— un nivel de satisfactoria protección de los derechos humanos, lo cual ha permitido que éstos sean hoy crecientemente tutelados (con la salvedad de la amenaza que sufren a manos del terrorismo, que sigue gozando de bastante impunidad y protección interna y externa).

El traspie, en todo caso, ha venido a confirmar la idoneidad de la fórmula plebiscitaria. Así como con ella se podría haber ganado ocho años más de gobierno, al frustrarse esa posibilidad y perderse en el plebiscito, no se ha perdido el gobierno, como habría sucedido en una elección abierta. Pues tampoco con el 43 por ciento se habría podido ganar esta última.

Por consiguiente, las posibilidades están intactas para el 14 de diciembre de 1989. Los chilenos tenemos 14 meses para recapacitar. Si bien serán de incertidumbre y, posiblemente, de menor inversión y crecimiento, nos servirán para comprender que si la sola posibilidad de que la “alegría” llegue al poder ya provoca trastornos, un real y efectivo Gobierno del “no” los traería consigo mucho peores.

Ahora debemos hacer tres cosas: primera, reagrupar desde ya a todo ese contingente que votó “sí” en el plebiscito; segunda, encontrar un candidato presidencial probadamente idóneo (tanto en el sentido de captar votos como en

el de continuar la tarea de estructurar en Chile una sociedad libre), y, tercera, conseguir que todos los grupos y partidos del “sí” también actúen en forma concertada en la elección parlamentaria que se celebrará conjuntamente con la presidencial el 14 de diciembre de 1989, para conseguir de este modo el mayor número de escaños. Las leyes electorales condenan a la extinción a las colectividades pequeñas.

Esa es la tarea de hoy. ¿Quién la debería encabezar? Al Gobierno correspondería tomar la iniciativa política de sentar en torno a una misma mesa a sus partidarios —tanto a los recalcitrantes como a los tibios y a los reacios— y actuar como árbitro para solucionar las (desgraciadamente) numerosas querellas que los dividen y que fueron apenas disimuladas durante la campaña plebiscitaria.

¿Cómo puede hacerlo? Simplemente convocándolos a intercambiar puntos de vista. De la discusión nace la luz, dice un adagio que a veces ha probado ser falso, pues ciertas discusiones generan enemistades eternas, pero que muchas otras ha resultado verdadero. En todo caso, de la ausencia de toda discusión o iniciativa (situación en la que nos encontramos) nunca ha nacido nada. Si bien hay tiempo suficiente, es preciso comenzar hoy.

Un amplio Frente Portaliano, forjado por la coalición de todos los partidarios de una sociedad libre e inspirado en el ejemplo histórico del austero ministro, que supo transformar la adversidad inicial en victoria final, es lo que todos quienes votaron “sí” y muchos que votaron “no” en el plebiscito reclaman hoy con urgencia.

El “Lobby” de los Pobres

Las medidas de corte intervencionista o socialista perjudican a los pobres, pero los propiciadores de ellas culpan de la pobreza a la libertad económica.

Un reciente trabajo de un grupo de economistas de diversas tendencias ha dado pie a que se hable de un presunto empeoramiento de la situación de los pobres, en relación con gobiernos pasados.

Si así hubiera sido ¿derivaría ello del mercado libre y abierto o de decisiones sobre empleo de recursos estatales? Según el dicho tradicional ¿ha sido el cantante o la canción?

Pienso que cualquier análisis objetivo debiera concluir que la economía de mercado abierta favorece más no sólo a la sociedad como un todo, sino también a los pobres, que los socialismos de variado signo imperantes entre 1965 y 1973.

Esta realidad suele quedar oculta porque las condiciones externas fueron extraordinariamente favorables para Chile entre 1965 y 1973, tanto como lo han sido negativas entre 1974 y 1986. Los términos de intercambio, que eran 100 en 1960, posiblemente no pasen de un promedio de 60 en estos últimos catorce años.

La UP gozaba de un precio del cobre de 1,50 dólares por libra de cobre en moneda de hoy, compraba petróleo a dos dólares por barril y pagaba intereses reales negativos por la deuda externa (Chile tenía entonces la más alta deuda per cápita de América del Sur). Pese a esas condiciones paradisiacas, la inflación chilena era la mayor del mundo, el índice de sueldos y salarios caía irremisiblemente en 1972 y 1973 y —según palabras de Allende— quedaba en el país “harina para pocos días más”.

¿Qué nos habría esperado bajo el socialismo con el cobre a 60 centavos de dólar, el petróleo a 20 o 30 dólares por barril y las tasas de interés externas a casi 20 por ciento anual? ¿Qué habrían comido los pobres en la crisis, si en medio de la

bonanza escaseaban los alimentos esenciales?

Entonces, mucho cuidado con decir, así como así, que “antes los pobres estaban mejor”. Además, según cifras de un trabajo opositor, nunca en la historia de Chile los ingresos del 20 por ciento más pobre de la población fueron más altos que en 1981, si bien es cierto que la recesión posterior los deterioró y que la recuperación ha sido lenta e insuficiente.

Un tema distinto es el de cuánta ayuda estatal podrían haber recibido los más pobres en estos años, porque a la hora de presionar por subsidios, debe reconocerse que su “lobby” es el peor de todos. Si tuvieran “lobbies” como los de los agricultores, los banqueros, los transportistas o (con el mayor respeto y reconocimiento por su obra gubernativa) las Fuerzas Armadas y de Orden, estoy cierto de que los subsidios de desempleo y programas ocupacionales de emergencia no habrían sido de apenas la décima parte de los auxilios a la banca, por citar sólo una comparación.

Lamentablemente, el “lobby” de los pobres ha sido asumido por opositores que parecen más interesados en empeorar que en mejorar la situación de aquéllos, como que viajan al exterior para conseguir que se suspendan ayudas o inversiones que los favorecerían o les brindarían oportunidades de empleo.

El sistema de mercado libre y abierto al exterior favorece, pues, a los pobres, pero en estos años el contexto externo ha conspirado contra ellos, y los auxilios estatales, que habrían podido protegerlos, han tendido a ir preferentemente a grupos con mayor poder de presión.

¿Nos Estaremos Volviendo Serios?

El mejor momento de Hernán Büchi como figura pública de arrastre se vivió entre fines de 1988 y comienzos de 1989.

En una encuesta Gallup de fines de noviembre el nombre de Hernán Büchi obtiene más preferencias que cualquier otro de los posibles candidatos presidenciales de centro derecha, y concita menor porcentaje de rechazo que el resto de ellos de parte de quienes votan por otros candidatos. Si bien Eduardo Frei, Patricio Aylwin y Ricardo Lagos aparecen en la encuesta con un porcentaje de preferencias superior a Büchi, no es menos cierto que Aylwin y Lagos reciben, a la vez, un rechazo también superior al suyo. Sólo Eduardo Frei lo supera en ambos aspectos.

¿De qué nace la popularidad de Büchi? Puede haber varias razones; tiene una personalidad juvenil y original; ante la televisión inspira confianza; es moderado en sus expresiones públicas; es apolítico y sus costumbres son austeras. Pero, a mi juicio, la principal es que ha tenido éxito.

Muy pocos chilenos logran, en general, “tener éxito”. Podemos exhibir un par de Premios Nobel, es cierto, pero eso no entusiasma a las multitudes. En cambio, nunca hemos ganado una medalla de oro en las Olimpiadas y nuestros futbolistas sólo superan a los de otros países en la invención de excusas para sus derrotas. Parecemos condenados a seguir celebrando sempiternamente títulos mundiales obtenidos hace décadas y en especialidades tan exóticas como la caza submarina, el tiro al pichón o la pesca del atún, y a seguir indefinidamente lamentándonos de que al “Tani” Loayza lo haya pisado el árbitro cuando estaba a punto de conseguir la corona de los medianos en 1935, y de que Manuel Plaza se hubiera extraviado cuando iba primero en la maratón de Colombes en 1928, por cuyo motivo el africano El Ouafi logró arrebatarse la medalla de oro.

Büchi, en cambio, es hoy un chileno triunfador internacionalmente reconocido. Tanto que el londinense “The Economist” nos sugiere su nombre como candidato presidencial. Y en el plano interno adhieren a su postulación

personajes imprevisibles, desde opositores al Gobierno hasta críticos de algunas de sus medidas.

Por cierto, su éxito se ha fundado en una estricta disciplina fiscal, lo que ha implicado tomar decisiones aparentemente impopulares y decir “no” a mucha gente. Sin embargo, los mismos que se oponen a las privatizaciones, a los menores impuestos sobre las empresas, a las garantías y facilidades para el inversionista extranjero, a la rebaja arancelaria, a la disminución de reajustes para los jubilados, a la reducción o supresión de subsidios, a la paulatina disminución del PEM y del POJH o a la mantención de la UF, adhieren a Büchi en razón del crecimiento económico, la disminución de la inflación, la notable reducción del desempleo, el auge de la inversión y el alivio de la deuda externa obtenidos precisamente gracias al conjunto de aquellas medidas.

Esta aparente contradicción constituye un fenómeno notable. Chile, como sabemos, no es un país serio. Queremos el éxito económico, pero rechazamos someternos a las exigencias que lo hacen posible. Sin embargo, el “fenómeno Büchi” constituye un leve e incipiente síntoma de seriedad que, si germina y se desarrolla, podría llevarnos incluso hasta a parecernos a los seres humanos civilizados.

21.12.88

Democracia Estable

Mi defensa del sistema binominal sin pactos entre partidos no resultó exitosa y la Junta aprobó los pactos, pedidos por los partidos.

Si no fuera por la incertidumbre política, el “futuro esplendor” podría ser en Chile una realidad a corto plazo. El progreso general es sostenido y evidente. Un solo indicador de la tendencia: hace tres años destinábamos más de la mitad de los retornos de exportaciones a servir la deuda externa; ahora la cuarta parte nos basta.

Con sólo estabilidad en las “reglas del juego”, el progreso se mantendrá y las condiciones de vida de los más pobres mejorarán sustancialmente, como lo anticipa el crecimiento del empleo y de las remuneraciones reales.

Hay dos instrumentos esenciales para evitar la incertidumbre política en el futuro democrático, garantizando que el retorno de las justas electorales no signifique un nuevo salto al vacío: la segunda vuelta presidencial y el sistema binominal, sin pactos electorales, para la elección parlamentaria. El primero ya lo tenemos, en virtud de la Constitución de 1980. El segundo depende de la aprobación de la ley sobre distritos electorales, cuyo trámite está pendiente.

Con este sistema habría en el país tres o, a lo más, cuatro grandes partidos, representativos de corrientes de opinión igualmente importantes, pues el mismo condena a la desaparición a los partidos pequeños y obliga a los que se han dividido por rencillas y caudillismos a olvidar los y a reunificarse en torno a grandes principios.

Las democracias más estables de nuestro tiempo se fundan en sistemas parecidos. En los Estados Unidos y Gran Bretaña se elige un solo parlamentario por distrito o estado, en cada elección. Si en esos países hubiera representación proporcional, o se permitiera a partidos pequeños pactar con los mayores, dándoles así acceso a cargos parlamentarios, pronto aquéllos caerían en la anarquía política.

El sistema binominal propuesto en Chile, en todo caso, es menos rígido que el simplemente mayoritario, pues concede una opción a la minoría de elegir un parlamentario en cada distrito o región. Pero eso será suficiente para que los extremos políticos tiendan a moderarse, porque la obligación de crecer y la imposibilidad de hacer pactos electorales los obligará a suavizar sus posturas.

El proyecto incomoda a casi todos los partidos actuales, conscientes de la insuficiencia de sus propias fuerzas. La gran mayoría de ellos proviene de divisiones y subdivisiones derivadas de personalismos y querellas entre dirigentes, que hoy ven con alarma la perspectiva de tener que volver a aliarse con sujetos a los cuales aborrecen, pero que desgraciadamente tienen sus mismas ideas políticas.

Con segunda vuelta presidencial y sistema binominal, sin pactos electorales, Chile será un país conducido por pocas y grandes corrientes políticas, moderado y estable. Así, la democracia no detendrá el progreso. Al contrario, asentadas ya la certidumbre y la estabilidad políticas aquél podría incluso acelerarse.

Tal está destinado a ser el más significativo legado institucional del Gobierno Militar, y por ningún motivo debiera éste caer en la tentación de dilapidarlo, cediendo a las presiones derivadas de divisionismos secundarios y ambiciones parlamentarias desmedidas.

04.01.89

Triunfo del Partidismo

La Junta consagró el sistema binominal, pero con pactos entre partidos, lo que desvirtuó el sistema y favoreció más a la Concertación que a los partidarios del Gobierno.

El jueves pasado pudo haber sido aprobado un proyecto de gran beneficio para la futura estabilidad política del país, pero la intervención de la mesa directiva de un partido político ante la Junta bloqueó el despacho de la iniciativa. Se trata del texto que determina la forma de elegir parlamentarios y fija distritos electorales.

En él se establece que cada lista de candidatos debe estar integrada por un máximo de dos, que deben pertenecer al mismo partido, vedándose los pactos entre listas para sumar sus votaciones.

La prohibición de los pactos garantiza hacia el futuro la presencia de sólo tres o, como máximo, cuatro grandes partidos en el Congreso, que serán necesariamente corrientes de opinión moderadas y dotadas de un sólido apoyo popular.

El bloqueo del despacho de la iniciativa sugiere la posible consagración de pactos electorales que permitirán subsistir a la multitud de mini partidos actuales, entre ellos los grupos más extremos, y les harán posible alcanzar representación parlamentaria. Los partidos afines al Gobierno desean los pactos ante la incapacidad que han demostrado para unirse.

Lo único que les impide fusionarse en una sola colectividad es, sin embargo, el cúmulo de rencillas personales que separan a algunos de sus dirigentes. Las bases de electores partidarios de una sociedad libre piden insistentemente la unidad; pero las ambiciones parlamentarias y las odiosidades son mucho más fuertes.

A la oposición la dividen, en cambio, profundas discrepancias ideológicas e insalvables diferencias de opinión sobre métodos de acción política. Los pactos

electorales serán su tabla de salvación para presentar un frente unido, sin necesidad de sacrificar la identidad de cada partido.

Desde derechistas, como los nacionales de Germán Riesco, hasta los grupos marxistas extremos del PAIS, podrán ahora entrar a la “Concertación de Partidos por la Democracia” y sumar sus votos sin perder la identidad individual. En ninguna parte un demócratacristiano o un nacional de Riesco se verá afligido por la disyuntiva entre votar por un candidato marxista o un partidario del Gobierno.

Pero esa consecuencia electoral de los pactos no tiene importancia en comparación con lo que ellos representan para la futura estabilidad democrática. El multipartidismo hará imposible cualquier acción seria de gobierno. Volveremos a las peores tradiciones políticas latinoamericanas, al “cuoteo” y a la “repartija” para conseguir mayorías parlamentarias.

Por algo las naciones democráticas estables consagran sistemas mayoritarios y sin pactos electorales. Si los hubieran permitido, también habría en ellas multiplicidad de partidos y anarquía política.

Pero sus dirigentes fueron y son sabios. Por eso no culpemos del subdesarrollo y de la anarquía política a los pueblos, pues aquéllos derivan muchas veces en forma exclusiva de las estructuras y de las leyes que los rigen.

18.01.89

Decrétese Pesadumbre General

El país estaba muy bien pero la mayoría pensaba que estaba muy mal, es el tema de esta columna, que se publicó con otro título (“No Sabemos los Infelices que Somos”), que estimé equivocado y, por tanto, cambié para esta edición.

La economía chilena creció 6,8 por ciento en 1988 (70 por ciento más que el promedio histórico); la inflación fue 12,7 por ciento (una fracción de la habitual); los sueldos reales mejoraron en más de siete por ciento, el desempleo descendió a menos de ocho por ciento, la deuda externa volvió a disminuir y acumulamos reservas por más de 700 millones de dólares. ¿Qué otro país logró todo eso en 1988?

Ha sido, sin duda, un excelente año para los chilenos, ricos y pobres. Y si suponemos que los pobres están entre los que viven de un sueldo, ha sido mejor para ellos que para los demás, pues los sueldos han crecido más que el producto, de manera que lograron mejorar su participación en la distribución de éste.

Por supuesto, cualquiera puede darse cuenta de lo anterior, pero los chilenos, o al menos la mayoría de ellos, no parecen haberse percatado. Encuestas fiables dicen que más de los dos tercios estiman que la mala situación económica es el principal problema del país. Eso permite suponer que una mayoría puede estar a favor de cambiar de política económica. Pero la política económica actual es la que está permitiendo mejorar sustantivamente, año tras año, la situación de todos.

A lo mejor el subdesarrollo consiste en eso: en no darse cuenta de cuáles son los problemas y cuáles las soluciones. Si la mayoría de un país que crece, prospera y redistribuye el ingreso cree que todo está mal, su sino es convertir a su país en uno que no crece ni prospera y en que, en lugar de redistribuirse la riqueza, se distribuye pobreza, por la vía de la inflación y el cese del flujo de inversión extranjera.

Por supuesto, esa mayoría seguramente tiene una opinión negativa porque está

impresionada por testimonios de pobreza que todavía pueden verse en nuestra sociedad; pero éstos, ahora más que nunca antes, están en vías de desaparecer, pues los pobres tienen más oportunidades de trabajo estable y productivo y mejores programas en su favor, los cuales son posibles gracias al saneamiento fiscal y a la estabilidad de las políticas.

Resumiendo, la perspectiva no puede ser peor: si hemos de creer a las encuestas, los que estimamos que la situación económica es buena somos una minoría, y por el hecho de serlo y de apreciar las consecuencias que eso puede tener para el país, nos sentimos muy desgraciados; los que estiman, en cambio, que la situación económica es mala son una mayoría, y se sienten desgraciados precisamente porque están convencidos de ello.

Por consiguiente, todos los chilenos nos sentimos profundamente infelices, unos por el imaginario desastre futuro que avizoran y otros por el todavía más imaginario desastre actual. Propongo, en consecuencia, que en vista de lo anterior se dicte un decreto que declare al país en estado de pesadumbre general.

25.01.89

Somos Capaces

El Gobierno Militar entregó un país de lujo a la Concertación. Su estado general era tan bueno, que esta última demoró ocho años en devolverlo a la mediocridad.

Los alcaldes de los balnearios de la zona central están desesperados. Quinientos mil habitantes urbanos se descargan sobre ellos cada fin de semana, creándoles graves problemas. Esos pobladores ahora tienen medios económicos para hacer turismo interno. Las remuneraciones de los trabajadores mejoraron casi cinco por ciento, en términos reales, en 1988. El desempleo cayó a 6,3 por ciento, un guarismo que no se veía desde otras décadas y que antes sólo se lograba a costa de alta inflación.

Los síntomas del auge se generalizan. En la especialidad que uno consulte, las ventas muestran aumentos considerables. Las cifras globales así lo corroboran.

Cuando debo ir al centro dejo el auto en un edificio de estacionamientos. Yo creía que tenía sólo cuatro pisos, porque nunca en ocho años había sido ubicado más arriba, hasta anteayer, en que me mandaron al séptimo. Los inferiores están completos. El país bate sus marcas de exportaciones, reduce su deuda externa, acumula reservas de moneda extranjera y se integra de una manera cada vez más exitosa a la economía mundial.

El auge obliga a acelerar los planes para un nuevo aeropuerto en Santiago, ante la insuficiencia del actual. Prolifera la construcción de hoteles de cuatro y cinco estrellas. Uno de ellos se anuncia como el mejor de Sudamérica. Los buenos hoteles actuales tienen casi permanentemente copada su capacidad. Los dotados de salas para reuniones de negocios y seminarios las tienen reservadas con meses de anticipación. Conozco una compañía que buscó previsoramente, en enero último, una sala para su asamblea de accionistas de abril próximo, y se encontró con que ya no había ninguna disponible, en recintos adecuados, para la fecha deseada.

Todo el mundo, literalmente, admira la positiva evolución de la economía chilena. Los mayores beneficiarios de este proceso somos, por supuesto, los chilenos. La creciente abundancia de recursos permite, desde luego, solucionar nuestros más urgentes problemas sociales. Ya he mencionado el desempleo. Hace poco se destinaron en forma extraordinaria 12 mil millones de pesos para las urgencias del sector salud, en los mismos días en que el cable nos informa, desde la socialista Nicaragua (cuya inflación ya alcanzó la increíble cifra de 20 mil por ciento anual), que las condiciones hospitalarias son allí miserables, que no hay medicamentos, ni camas, ni médicos, porque éstos han emigrado. Es cierto que hay muchos doctores de izquierda, pero no son tontos.

Paradójicamente, la única duda acerca del futuro de nuestra exitosa evolución proviene de nosotros mismos. Las voces de los políticos opositores (unos afines a la vía nicaragüense, otros a la peruana, la argentina o la brasileña) afirman — con buenos fundamentos— representar la mayoría. Pues bien, sus programas de gobierno representan una amenaza mortal para el presente auge económico-social. Basta leerlos para comprobarlo así.

Hace unos días un visitante extranjero, compenetrado de lo que está sucediendo acá, me observó: “Yo no puedo creer que el electorado chileno vaya a ser capaz de liquidar un progreso como éste”. Apoyado en toda una vida dedicada al estudio del carácter de mis compatriotas, me limité a responder: “Yo sí”.

Solución en Conciencia

La Vicaría de la Solidaridad se negó a entregar a la justicia las fichas de atención médica que, con cargo a ella, recibieron terroristas del brazo armado comunista heridos en atentados. Esa negativa era constitutiva de delito, pero no tuvo ninguna consecuencia judicial. Ni siquiera mi proposición intermedia fue atendida.

Muchos colegas abogados, incómodos con este asunto de las fichas de la Vicaría, me hacen ver la necesidad de ilustrar a la opinión pública acerca de la gravedad social de la rebelión a cumplir una sentencia judicial, aun por parte de un obispo y obedeciendo a un “mandato de su conciencia”. Incluso un distinguido abogado de izquierda me llamó días atrás y me aportó consideraciones en igual sentido. Un no menos distinguido profesor y jurista me citó una frase de Cicerón acerca del aciago destino que espera a naciones donde se atropellan fallos judiciales.

Me cuesta particularmente criticar al Obispo Valech, porque es ex alumno de mi colegio, y eso establece una concordancia tácita y fundamental entre él y yo. Estos sólidos lazos escolares me han ocasionado ya diversos problemas en el pasado. Algunos ex alumnos han incurrido en conductas tan temerarias como las de ser demócratacristianos o socialistas, e incluso uno llega al extremo de encabezar un movimiento terrorista. Justamente la amplia gama de puestos de poder en el Gobierno, en la oposición, en los negocios y en las artes asumidas por ex alumnos me indujo a proponerles, hace un par de años, la idea de apoderarnos del país. Pero surgieron, como siempre sucede, demasiados candidatos a Presidente y, finalmente, nuestro golpe no prosperó.

Ahora resulta que el ex alumno Valech considera, en conciencia, que no debe entregar las fichas. Por solidaridad (la del colegio) debo concluir que en éstas nada puede haber contrario a los principios que nos inculcaron a ambos. Luego, en ellas sólo pueden constar atenciones médicas completamente inocentes. Porque si se tratara de autores o cómplices de actos terroristas sería inconcebible que él, en conciencia, negara su colaboración a la justicia, impidiendo a ésta prevenir y sancionar a quienes se dedican a actividades tan inhumanas como

quitar la vida a otras personas, causarles graves lesiones y provocar daños cuantiosos.

Le formulé esta consideración de —séame permitido decirlo— tan aplastante lógica a uno de mis colegas abogados inquietos. Pero éste replicó que si las fichas fueran tan inocentes, no podría haber problema en exhibirlas, bajo compromiso de discreción, al fiscal instructor. La constancia de haberse extraído quistes, aplicado gotas en los oídos o suturado heridas por accidentes hogareños no podría interesar al investigador, cuya inquietud quedaría satisfecha sin necesidad de mirar siquiera los nombres de los pacientes.

Encontrándole cierta razón, le pregunté si, a su juicio, bastaría que el obispo declarara públicamente que en ninguna de las 39 fichas consta atención por heridas de bala de sospechosos de terrorismo. Me respondió que, si bien jurídicamente la rebeldía seguiría existiendo, moralmente quedaría tranquilizado.

Como estoy absolutamente seguro de que monseñor Valech jamás ocultaría pruebas conducente a impedir las muertes, heridas y daños que provocan los terroristas, ruego a cualquier otro ex alumno o feligrés de buena voluntad hacerle saber la excelente sugerencia anterior, a fin de que en las próximas horas él emita el correspondiente comunicado, el cual, con certeza, abrirá paso a la solución final de este enojoso conflicto.

08.03.89

Réquiem Alternativo

Mi simple argumento de que la libertad y el socialismo son incompatibles probó, una vez más, ser correcto.

Pertenezco a un grupo de especialistas en asuntos generales que se reúne irregularmente en torno a un plato único para analizar la situación del cosmos. Si bien es el primero y no la segunda el que, por lo común, consigue el más alto índice de recordación entre los comensales, una lamentable excepción ha conducido a que éstos todavía recuerden que hace un par de años cada cual pronosticó acerca de las posibilidades de permanencia de Mijail Gorbachov a la cabeza del poder soviético. Algunos le asignaron tiempo indefinido y otros fijamos fecha a su caída. En particular, yo señalé enero de 1989 como límite del mandato del audaz reformista.

En dicho cónclave se ha ido forjando la peligrosa costumbre, por parte de quienes aciertan algún pronóstico, de demandar, de los que han errado, un almuerzo de reparación, aun sin que haya constancia fehaciente de haberse pactado así (la sola memoria de los circunstantes ha dejado de gozar de prestigio probatorio para ese y cualquier otro efecto). Por eso, ahora último he estimado prudente eludir las respectivas convocatorias, para no ser víctima de una exacción injustificada. “En conciencia” no creo adeudar almuerzo alguno.

Como en el ínterin fui invitado a un foro radial vía satélite con periodistas moscovitas sobre la “perestroika”, volví a meditar sobre el tema y me di a la tarea de leer la obra de ese nombre de Gorbachov, lo cual no ha hecho sino reforzar mi pesimismo acerca de su permanencia a la cabeza del poder soviético.

Prevengo al lector que guardo la mayor consideración política hacia dicho estadista, tan grande como la que he expresado reiteradamente respecto del general Jaruzelski, Jefe de Estado de Polonia, en medio de la consternación de algunos feligreses de esta columna. Dada su respectiva circunstancia, estimo que ambos hacen lo que pueden en la búsqueda de libertad para sus compatriotas y de una mayor eficiencia en las economías de sus países, todo ello conservando

un orden social elemental y procurando restaurar el respeto a los derechos de las personas, que en sus naciones, como es sabido, se perdió hace muchas décadas.

La “perestroika” es un notable esfuerzo por hallar apoyo en la dialéctica marxista-leninista a la democratización política y a la liberalización económica. Obviamente, el fracaso del socialismo está convenientemente disimulado en la obra. Si no yo no estaría hoy confrontado a pagar un almuerzo y, probablemente, lo estaría cobrando (sin mayor éxito) por haber acertado el pronóstico. Mijail Gorbachov, en efecto, dedica loas al socialismo cuando menos en igual número de páginas que las empleadas en enumerar las falencias del sistema. Y se esmera por hallar en los textos de Lenin algún asidero a la “perestroika”, esfuerzo que, naturalmente, no resiste ningún análisis serio.

En fin, después de leer la obra reafirmo, no sin sentimiento, mi pronóstico pesimista acerca de la permanencia de Mijail Gorbachov a la cabeza del poder en la Unión Soviética, a menos que él abandone oportunamente su empeño liberalizador. La experiencia enseña que el socialismo y la libertad son incompatibles, salvo que llamemos con esos nombres a cosas muy diferentes del uno y la otra. Veo en el futuro, por consiguiente, un réquiem político. Si no va para la “perestroika”, irá para Gorbachov. Y aunque me ahorre un almuerzo (y hasta tal vez gane alguno), en cualquiera de los dos casos lo voy a sentir sinceramente.

15.03.89

La Confusión Nos Hará Grandes

Finalmente, el estado de confusión se impuso ampliamente en las elecciones de 1989.

Los mejores esfuerzos del país durante las últimas semanas han estado dedicados a superar el grave problema de la fruta y a tratar de entender el voto político demócratacristiano. En lo primero hemos tenido relativo éxito. En lo segundo, pese a los encomiables esfuerzos de los líderes del PDC por explicar qué cosa acordaron, al fin de cuentas lo único claro es que ellos tampoco lo saben.

Debo anunciarles, queridos feligreses, que estamos entrando a un período en que nuestro crónico y familiar estado de confusión nacional se tornará agudo. Si habitualmente nos caracterizamos por entender muy poco, de aquí al 14 de diciembre llegaremos a no entender nada.

Un buen ejemplo es la unanimidad en torno al tema de la UF. El país entero concuerda en que debe terminarse la UF. Muy pocos saben que la UF es lo mismo que la inflación. Por tanto, para terminar con ella debe terminarse la inflación. Sin embargo, cuando se enumeran las medidas antiinflacionarias —austeridad fiscal, disciplina monetaria, autofinanciamiento universitario, enajenación de empresas estatales—, pareciera que el país entero está en desacuerdo con ellas.

Otra manera de terminar con el problema de la UF es haciendo que las remuneraciones reales de los endeudados aumenten. Esto se está logrando mediante rebajas tributarias que estimulan la inversión interna y externa, y aumentan la demanda por el factor trabajo, lo que hace subir los sueldos. Al mismo propósito han conducido las operaciones de rescate de deuda externa, gran aliciente para la creación de empleos por parte de inversionistas extranjeros (cambiando papeles de deuda por activos de empresas estatales). Sin embargo, el programa opositor contempla, para “solucionar la cartera vencida de los pobres”, el aumento de los impuestos a las empresas y el establecimiento de restricciones a la inversión extranjera y al rescate de la deuda.

En materia de salud la DC ofrece arreglar los problemas existentes fortaleciendo el sector estatal, que funciona mal, y debilitando a las Isapres, que funcionan bien. Cada vez ingresan a estas últimas trabajadores de ingresos más bajos. Las clínicas administradas por ellas, que en el pasado eran “sólo para ricos”, quedan cada día al alcance de más trabajadores modestos. Cualquiera puede verlo. Se han construido nuevas clínicas y se están ampliando las existentes. Si se traspasaran hospitales estatales a las Isapres éstas podrían ampliar su cobertura a más y más trabajadores de bajos ingresos, porque administran mejor.

Los días de permanencia hospitalaria en las Isapres son una fracción que en los hospitales estatales. Las primeras son administradas por ingenieros comerciales y los segundos por médicos. Esto último es como si los ingenieros comerciales operaran apéndices. Por eso hay hospitales que compran verduras a mayor precio que lo que cuestan en supermercados de Vitacura o que carecen de suministros esenciales mientras tienen exceso de existencias de artículos prescindibles.

Es, una vez más, la aplastante lógica chilensis. La unidad opositora se logró gracias a un voto enteramente indescifrable. La unidad nacional puede alcanzarse haciendo que todo sea indescifrable. Mientras vivamos confundidos seguiremos unidos La confusión hace la fuerza ¡La Patria confundida jamás será vencida!

29.03.89

Artículos de Fe

Todos los siguientes pronósticos resultaron cumplidos. Lo que no preví es que un juicio ilegal e inconstitucional iba a privar al ex Presidente Pinochet de su escaño en el Senado, ni tampoco que los más altos mandos de las Fuerzas Armadas y Carabineros nada iban a hacer al respecto, teniendo herramientas constitucionales para representar los atropellos a la institucionalidad.

Creo ciegamente en tres cosas en las cuales muchas personas con quienes me relaciono tienden a no creer: los espíritus, los objetos voladores no identificados y la Constitución de 1980.

Los primeros, correspondiendo a mi fe en ellos, me han prestado algunos servicios oportunos y valiosos, en forma por de más desinteresada, pues no se los había solicitado ni menos les había ofrecido a cambio recompensa alguna. Es cierto que, como contrapartida, provocan algunas molestias mínimas y perfectamente tolerables. Pero debe considerarse que hay tantos seres vivos habituados a darnos grandes molestias, proporcionándonos a cambio apenas algunos servicios mínimos.

También siempre he argumentado con denuedo en favor de la existencia de los objetos voladores no identificados. He leído con ejemplar disciplina numerosos libros sobre el tema, incluso varios particularmente estúpidos. Pero los tripulantes de “ovnis” no han correspondido a mi adhesión en la misma forma que los espíritus, y hasta la fecha no he logrado encuentros cercanos de ningún tipo. Mis experiencias se limitan a una media docena de visiones espectaculares, si bien todas, salvo una, que por lo demás captó la televisión santiaguina la tarde del sábado 17 de agosto de 1985, fueron algo fugaces.

En fin, mi fe en la Constitución ha sido reiteradamente recompensada con sucesivas y aplastantes comprobaciones. Desde hace años he dado conferencias, escrito artículos y hasta publicado un libro defendiendo su mérito y aplicabilidad.

Disfruto encontrándome con personajes que, en años pasados y en medio de acaloradas discusiones, me aseguraban crónicamente que ni la Constitución ni el Gobierno iban a ser capaces de llegar a fines del año siguiente. Al aproximarse el plebiscito dijeron que era impracticable. Cuando el mismo era inminente profetizaron que si perdía el “sí”, el año de gobierno adicional del actual Presidente de la República no iba a poder tener lugar.

Ahora sostienen que Pinochet no va a poder seguir como Comandante en Jefe después del 11 de marzo de 1990, siendo que la Constitución así lo autoriza. Y añaden que, aun si él mismo resolviera renunciar, tampoco va a poder ocupar su plaza en el Senado como ex Presidente.

Ya no discuto con ellos, pero a vosotros, queridos feligreses, a quienes particularmente debo tanto respeto como buen consejo, en verdad os digo: evitad caer en el error; si la Constitución lo autoriza —y el actual Presidente lo desea, naturalmente— él va a seguir siendo Comandante en Jefe después del 11 de marzo. Y si renuncia y opta por el Senado, va a asistir al hemiciclo y se va a sentar ahí cuantas veces quiera. Y si, a raíz de ello, otros se van para afuera, a poco deberán volver con la cola entre las piernas. Pues la Constitución se va a cumplir, porque dos tercios de los chilenos la aprobaron y las Fuerzas Armadas y Carabineros han comprometido su honor en respetarla y hacerla respetar.

Por cierto, podría reformarse en alguno de los aspectos comentados. Nada obstaría a que así ocurriera, pues ella misma contempla esa posibilidad. Pero nos seguiremos rigiendo por ella.

Os lo aseguro con la misma certeza con que reafirmo solemnemente una vez más: de haber espíritus y ovnis, los hay.

19.04.89

Quousque Tandem, Bardón

Alvaro Bardón no deja a la corriente mayoritaria cometer tranquila todos los disparates económico-sociales que ella discurre, y la mayoría no se lo perdona.

El otro día un distinguido dirigente empresarial señaló que en Chile no hay polémica sobre el aumento del salario mínimo a 20 mil pesos, con una salvedad: “La única voz discordante que se ha escuchado es la voz normalmente discordante”. Se refería, naturalmente, a Alvaro Bardón.

Este podría ser un país tan cómodo y tanto más latinoamericano sin Bardón. Si él nos dejara tranquilos podríamos hacer una enorme cantidad de cosas. Desde luego, subir el salario mínimo, y para qué sólo a 20 mil pesos; podríamos subirlo a 40 mil o, incluso, a 50 mil.

Y a fin de que hubiera menos desigualdades podríamos determinar que fuera al mismo tiempo mínimo y máximo. Todos ganaríamos 50 mil pesos. Si no fuera por Bardón podríamos tener la justicia distributiva perfecta. Por supuesto, para poder comprar con 50 mil pesos todas las cosas que queremos, y muchas de las cuales ahora, con el sistema de Bardón, no podemos tener, habría que fijarles precios bajos. Pero eso es todavía más fácil que aumentar el sueldo mínimo. Y en ello está de acuerdo cualquier chileno a quien usted le pregunte en la calle, excepto Bardón.

En realidad, este “huevo de Colón de la economía” lo han descubierto ya numerosas personas. A mí, por lo menos, muchos conciudadanos me preguntan, haciendo gala de la proverbial “picardía criolla”, esa inteligencia natural con que Dios nos ha dotado a los chilenos, por qué el Gobierno no sube los sueldos y baja los precios, para que todos vivamos mejor y sin sacrificios ni sobresaltos.

Hasta ahora, tal vez influido por Alvaro Bardón, respondía con largas y difíciles explicaciones que casi nadie entendía. Pero en este momento me doy cuenta de que si nos liberamos de él podemos vivir en la abundancia y, además, ser todos iguales. El único diferente sería él.

En realidad, la receta no es nueva. Ella había sido en parte puesta en vigor ya en 1973. Bardón aún no opinaba públicamente, de modo que era posible tomar medidas tan obvias como fijar los precios. Y en ese mismo año 1973, en la Cámara de Diputados , el actual presidente del PAIS y entonces diputado de la Unidad Popular, Luis Maira, presentó una moción para fijar también a través de una ley el sueldo máximo que se podía ganar en Chile. No recuerdo muy bien cuánto era ni por qué no prosperó su idea. Puede que el máximo propuesto haya sido inferior a la dieta parlamentaria. En todo caso, es honesto reconocer que si la moción de Maira no fructificó no fue por culpa de Alvaro Bardón, sin perjuicio de dejar establecido que después se ha opuesto a muchas ideas tan geniales como ésta.

En todo caso, es un hecho que su voz discordante nos enreda y nos confunde. Sin él todo sería más claro y más fácil. Podríamos ser muy felices. Pero ni siquiera nos deja empezar con el salario mínimo. Como Cicerón al impenitente Catilina, debiéramos advertirle: “Hasta cuándo, Bardón, abusarás de nuestra paciencia”.

Si ni en Argentina, ni en Brasil ni el Perú hay ningún Bardón, no sé por qué a Chile tenía que tocarle uno.

26.04.89

Mala Decisión y Peores Razones

Después de renunciar a la candidatura presidencial, Büchi retornó a ella, pero se sometió a la estrategia que no le podía dar el triunfo: sacrificar la imagen de su verdadera personalidad en aras del “marketing” político.

Hernán Büchi nos ha anunciado que no postulará a la Presidencia por las exactas y precisas razones que muchos chilenos tuvieron para pedirle que postulara.

“No tengo vocación de candidato”, ha dicho, añadiendo: “Tengo la vocación del servicio público, pero no la de publicitar mis actos e ideas al nivel de las exigencias del complejo mundo de las campañas políticas”. ¡Pero si eso era lo que el país buscaba!: alguien con vocación de servicio público real —que a Büchi le sobra— y no un orador de mitines y asambleas, que es lo que al país le sobra.

“Prefiero hacer, más que prometer; y trabajar, más que demostrar”. ¡Pero si precisamente por eso se le prefirió a él! Eso le conquistó una adhesión espontánea y generalizada. Y eso le garantizaba una clara posibilidad de triunfo, Otra excelente razón para aceptar la candidatura, y una pésima para rechazarla.

“Mi medio es silencioso. Amo la privacidad”. Cualquiera sabe que Chile está cansado del protagonismo de los hombres públicos. Los prefiere trabajando en silencio en sus despachos, solucionando problemas, sobre todo si, como Büchi, tienen excepcional talento para ello. Fue lo que él mismo hizo como Ministro de Hacienda y lo que el país quería en la Presidencia.

“Me gusta ir a las poblaciones y a los hospitales para conocer las aflicciones de los chilenos más necesitados, pero no me gusta hacerlo frente a las cámaras de la televisión”. De nuevo: ¡si eso era lo que la gente apreciaba en él y esperaba de él como candidato y como Presidente! Si hubiera comenzado a aparecer constantemente ante las cámaras, “posando” con pobladores y enfermos, habría caldo al nivel de los candidatos tradicionales.

En lugar de rechazar la candidatura, debió rechazar las sugerencias publicitarias y hacer la campaña de acuerdo a su personalidad, que era su auténtica fuente de apoyo popular y su mejor potencial de triunfo electoral.

En el colmo de la paradoja, ahora esgrime sus mejores virtudes como candidato para no ser candidato. Pero no es la única inconsecuencia: “Pertenece a una generación que tiene un compromiso moral con este país”. ¿Y tal vez por ese motivo ha renunciado?

Pero seamos justos con él. En realidad, la candidatura Büchi ha sido sacrificada en aras del ídolo de nuestro tiempo: el “marketing”, al cual no sé quién lo convenció de que debía adorar, cuando todo su carisma y sus posibilidades provenían de su talento y su persona.

Amenazado un hombre austero, honrado, limpio y talentoso con convertirse en “omo azul radiante” durante siete meses, no ha podido resistir la idea, y se ha ido.

Claro, en lugar de irse, habría bastado que hubiera dicho “no” al “marketing”, que nada tuvo que ver con su popularidad. Debió, digámoslo otra vez, haber seguido siendo él mismo, haciendo su campaña a su manera, de acuerdo con su temperamento, personalidad y carácter, pues a éstos les debía la adhesión de los chilenos.

Hernán Büchi fue una ráfaga de aire puro en nuestro contaminado ambiente político. Lamentablemente, pasó de largo. Algo o alguien le falló, una vez más, al certero instinto popular.

17.05.89

No Diré Nada

La idea de algunos amigos de que yo fuera precandidato presidencial cuando Büchi se retiró no alcanzó apoyo. Pero el entonces Presidente Pinochet dijo ante la prensa que me daba su respaldo y también Jaime Guzmán expresó en un foro de televisión que simpatizaba con la idea. Quedé muy agradecido de ambos.

El otro día renuncié a la condición de precandidato presidencial, que algunas personas de extraordinaria inteligencia y claro sentido de las conveniencias del país me habían ofrecido.

En realidad, mucho antes de eso, en esta misma columna había revelado que no menos de siete otras personas me habían propuesto para Presidente de la República. También indiqué entonces que a todas les había respondido aceptando en el acto, pese a lo cual nada se había concretado posteriormente.

Pero después la posibilidad tomó estado público y visos de seriedad, porque los interesados en proclamarme eran claramente más de siete —unos 15, para ser preciso—y, además, dos colectividades dieron mi nombre entre los de posibles candidatos a los cuales podrían apoyar.

El país, sin embargo, se mostró indiferente, actitud a la cual repliqué renunciando. Entonces el país guardó silencio. Procurando averiguar si el mismo derivaba de un sentimiento colectivo de consternación, o si la indiferencia persistía, paré en la calle a un amigo y le pregunté:

— ¿Qué te pareció mi renuncia?

— ¿A qué?— inquirió.

—A mi precandidatura presidencial— le repliqué.

—No sabía que eras precandidato... es que hay tantos. . . y yo he estado con exceso de trabajo— me dijo, visiblemente confundido. Pero a continuación me

preguntó: — ¿Qué partido te proclamó?

Entonces el confundido fui yo:

—Bueno... en realidad, ninguno formalmente, pero algunos consideraron la idea.

—Ah. Bien... espero que la campaña no te haya demandado muchos gastos— me dijo con amabilidad, pero tratando de irse.

—En realidad, sólo la compra de dos chaquetas para los programas de televisión, pero me convidaron a uno solo... Claro que una de las chaquetas se puede usar también fuera de la televisión.

—Bueno— me dijo con una amplia sonrisa, mientras se alejaba —entonces terminaste con superávit.

Confieso no haber podido encontrar otros ecos visibles de mi renuncia, salvo que la Bolsa subió el mismo día, después de haber bajado durante semanas. Y el lunes un grupo de colegas me ofreció una manifestación en un ambiente de júbilo que me hizo reconsiderar la idea de que había consternación colectiva.

Pero uno de los asistentes planteó el importante punto de qué haría si comenzaran a aparecer avisos de página entera en los diarios diciendo “Vuelve, Hermógenes, vuelve”, con una fotografía mía vistiendo alguna de las chaquetas para la televisión; o si se comenzaran a cubrir las paredes de afiches expresando la esperanza de mi retorno y todo el mundo me acosara para obligarme a retirar mi renuncia.

Medité largamente —deben haber sido al menos 15 segundos— y tomé una decisión. Pero no diré nada sobre ella.

Sin embargo, tratándose de vosotros, feligreses de esta columna, comprendo que debo hacer una excepción, siempre que guardéis celosamente el secreto: aceptaré. Pero os reitero la importancia de no contárselo a nadie, porque apenas se publican estas cosas suelen mosquearse.

Nunca Terminaré de Recriminarme

En otras columnas confesé el mismo pecado. Sobre la cifra de izquierdistas amnistiados, la Comisión Asesora de Derechos Humanos creada durante el Gobierno Militar los fijó en 1.475.

He relatado demasiadas veces cómo, siendo joven e indocumentado, presenté una solicitud de ingreso a la Democracia Cristiana —que en ese tiempo estaba recién fundada— en la creencia de que era una edición autóctona, pero fiel, del partido de Erhard y Adenauer (en ese orden); solicitud que retiré antes de ser aceptada, pero que, pese a ello, fue cursada de todas maneras, lo cual derivó en que a lo largo de 20 años se me cobraran insistentemente las cuotas del partido y se me convocara a trabajar por sus candidatos en todas las elecciones, incluida una en que yo postulaba por otra colectividad.

No sé en qué estaba cuando di ese mal paso. Hoy me recrimino una vez más, al enterarme de la proposición DC en el sentido de derogar la ley de amnistía.

De hecho, y aparte de contrariar principios jurídicos elementales, esa derogación encerraría una deslealtad fundamental. En efecto, iría casi exclusivamente en perjuicio de los miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros que se hubieren excedido en la tarea antisubversiva, y dejarían, en cambio, completamente a salvo a los autores materiales e intelectuales del terrorismo y la subversión, pues los propiciadores de la derogación reconocen que, por haber sido la casi totalidad de los segundos condenados y posteriormente liberados por la amnistía, la derogación de la misma no podría afectarlos, en tanto sí lo haría a quienes no hubieren sido procesados, caso de la casi totalidad de los uniformados que hubieren incurrido en excesos delictivos.

La DC no rechazó la amnistía cuando fue dictada, en 1978. Y no lo hizo porque entonces se la consideró de gran beneficio para los condenados por terrorismo o subversión. Salieron en libertad 950 sentenciados por tribunales militares y se levantó la pena de extrañamiento a más de mil que habían dejado el país tras su condena. Hubo manifestaciones callejeras izquierdistas celebrando su liberación.

El Arzobispado, a través de la Vicaria de la Solidaridad, señaló: “La Iglesia de Santiago valoriza el espíritu de concordia y reconciliación nacional invocado en la adopción de esta medida, y la celebra como signo alentador de un reencuentro fraterno”. Aun Clodomiro Almeyda, desde Estocolmo, declaraba: “Esta amnistía tiene algo de positivo. Debemos aprovecharla.”

Los militares están recibiendo “el pago de la DC”. Esta ya ha olvidado cuando decía: “Allende vino a instaurar el comunismo por medios violentos, no democráticos y cuando la democracia, engañada, percibió la magnitud de la trampa, ya era tarde. Ya estaban armadas las masas guerrilleras y bien preparado el exterminio de los jefes del Ejército”. Eso lo declaró el principal dirigente democratacristiano, Eduardo Frei Montalva, al “ABC” de Madrid, en 1973. Similares expresiones tuvo entonces Patricio Aylwin.

Los militares hicieron la desagradable tarea, terminaron con la amenaza y restablecieron la democracia. Pero hoy la DC, conducida por el mismo Patricio Aylwin, quien, como candidato presidencial, tiene el apoyo comunista, se propone llevar al banquillo de los acusados a quienes reprimieron a los terroristas, perdonando a éstos, los cuales, entretanto, como titulares de toda la compasión democratacristiana, no sólo asesinan semanalmente y asaltan casi a diario, ganándose apenas reprimendas verbales, sino que vuelan con explosivos la estatua de una de sus víctimas, sabiendo que su impunidad está garantizada por la Concertación, de la cual sus aliados del PAIS, aliados a su vez de la DC, forman parte. Y lo peor es que matan y destruyen instigados y financiados por los mismos a quienes la DC condenaba en 1973, que hoy son sus aliados.

No. Mientras aspire a un mínimo de consecuencia y rectitud, nunca hallaré tiempo suficiente para arrepentirme de haber presentado esa malhadada solicitud.

Tal Vez Conviene Atacar a Lagos

Esta columna explica las maquiavélicas razones que existían para atacar a Ricardo Lagos.

He invertido largas sobremesas defendiendo a Ricardo Lagos de las críticas de gente de derecha. En realidad, no tengo ninguna razón personal para defenderlo. Al contrario, tendría una para no hacerlo, porque el año pasado se negó a ir a un foro de televisión conmigo, argumentando, según me comunicó la atribulada animadora, que yo no era democrático. Pensé que ella, en vista de eso, me iba a buscar otro adversario, pero fue al revés: me manifestó que debía reemplazarme y buscarle a Lagos un contradictor de su agrado. En el acto resolví rechazar cualquier posterior invitación a ese programa, pero después se me olvidó y fui varias veces. Debo confesar que la mala memoria me impide consumir la mayor parte de mis venganzas.

Sea como fuere, no resulta fácil defender a Lagos, porque ha dicho y escrito un catálogo bastante completo de barbaridades, como las de que debe abolirse la propiedad privada de los medios de producción (1960); o barrerse a los adversarios de la UP de la Universidad (1973); o la de que él es el continuador de la Unidad Popular (1988); o, en fin, que se debe volver a recorrer el camino emprendido por Allende (1989). Pero yo les argumento a sus detractores que Lagos se ha arrepentido de decir todas esas cosas o ha explicado que quiso decir algo distinto en cada caso; y les añado que, según lo que indica mi instinto, el sujeto no tiene mal fondo. Debo advertir que mi instinto rara vez se equivoca con la gente. Pero este argumento no es, en realidad, muy convincente, por lo cual siempre añado otro: Lagos razona bien y da frecuentes señales de inteligencia, cualidad, como bien sabemos, incompatible con un genuino izquierdismo. Por eso los marxistas no confían mucho en él. Esto último es, precisamente, lo que obliga a Lagos a decir de vez en cuando algunas truculencias. Y es conveniente que los de nuestro lado, en esos casos, lo ataquemos y demos señales de horror, pues eso impresiona mucho a los marxistas y los hace recobrar su confianza en Lagos.

Las disquisiciones anteriores tienen, aunque no lo parezca, bastante importancia política: pienso que Lagos es el izquierdista más razonable al que el país puede aspirar. Sus exabruptos, y los ataques de nuestro lado que los mismos generan, le restan votos moderados, lo que está muy bien, porque son votos que van a favorecer a políticos menos izquierdistas que él; pero, en cambio, le ganan adhesiones en la extrema izquierda, lo que también está muy bien, porque si no tales adhesiones significarían más votos para políticos marxistas menos moderados que él.

Por consiguiente, si se me pidiera un consejo, me remitiría a la sabia y antigua norma de dejar las cosas como están. Por cierto, no conviene explicar nada de lo anterior a los marxistas, para que no se den cuenta. Debo observar que no hay peligro de que se enteren a través de esta columna, porque no la leen, y cuando la leen no la entienden, y cuando la entienden es porque han dejado de ser marxistas.

30.08.89

Zeppelin Perdido Búscase

Finalmente me enteré de quiénes cortaron las amarras del zeppelin y desconectaron los micrófonos durante mi discurso en el estadio. Pero no vale la pena decir sus nombres.

Difícilmente puede describirse la sensación de seguridad y triunfo que dan a un candidato un “slogan” y un “jingle” y lo transitoria que esa sensación puede llegar a ser.

—Llevaremos al estadio un zeppelin espectacular y varios globos, todos con tu nombre —me dijo un colaborador la semana pasada.

—¿Tendré que ir yo arriba del zeppelin? —pregunté con cierta aprensión. Porque a los creativos se les ocurren ideas así.

—No —dijeron—, lo único que debes preparar es un discurso de tres minutos.

Dediqué bastante tiempo al discurso. Resultó emotivo: al revisarlo se me hizo un nudo en la garganta. Estaba matizado con pensamientos de Churchill, John Kennedy, Esquilo, Büchi e incluso míos. Explico esto porque no fue oído por vastos sectores del estadio, debido a que los micrófonos estaban muy bajos para mí, siendo que no soy muy alto: con zapatos mido un metro 80, bueno, depende de los zapatos, pues hace poco, en una ceremonia militar, quedé detrás de una fila de asientos ocupados por militares y civiles, y observé que los zapatos de los primeros tienen a lo menos un centímetro más de suela y tacos que los de los civiles.

Ahora, sin zapatos mido un metro 77 centímetros y medio, si bien en una oportunidad un paramédico insistió en que, aplastándome el pelo mi estatura era de sólo de uno punto 76. Le argumenté que el pelo era parte de mi cuerpo, a lo cual replicó que sí, pero que entre el pelo y la cabeza había aire, que no era de mi cuerpo. Entonces le dije que había aire en muchas otras partes de mi cuerpo y que si me aplastaba suficientemente me podía dejar de un metro 20. Finalmente

transamos en uno punto 77. Detallo lo anterior exclusivamente para ahorrar trabajo a futuros biógrafos e historiadores.

Lo del discurso no habría sido nada. Alguien cortó las amarras del zepelín, a raíz de lo cual emprendió una travesía hacia el océano que en estos instantes puede tenerlo sobrevolando, calculo, Canberra, donde muchos australianos, tras ver mi nombre en él, y entusiasmados por la publicidad, deben estar yendo a las tiendas a preguntar si hay “Hermógenes”.

Para peor, en la noche me informaron que en la televisión habían aparecido los otros tres candidatos a senadores diciendo sus discursos en el estadio y yo no. Y al día siguiente me llamó una amable electora para decirme que tenía en su casa uno de los globos con mi nombre, que había salvado de su destrucción por un grupo de muchachos en el estadio. De modo que comenté a mis colaboradores:

—Entre travesuras infantiles y fallas técnicas de la TV me dejaron fuera del gran acto de Büchi en el estadio.

— ¿Fallas técnicas? Eres un niño —me reprochó uno.

—Bueno, el Señor dijo: “Sed como los niños y entraréis al reino de Dios”. . . o algo parecido —repliqué con dignidad.

—Al reino de los cielos, tal vez, pero no al Senado —sentenció mi asesor, en un tono tan definitivo que me ha dejado sumido en hondas vacilaciones.

Temas Apolíticos

El día antes de la elección presidencial y parlamentaria de 1989, en que yo era candidato a senador, decidí no escribir sobre política.

Se me ha pedido no escribir sobre temas políticos ni conexos con la política. Pregunté discretamente si era por un exceso de celo en el respeto a la legislación que prohíbe la propaganda de los candidatos en los tres días previos al acto. La respuesta fue tajante:

— ¡Es porque estamos absoluta mente aburridos con la política, las elecciones, los candidatos, la ideas viejas, las ideas nuevas, las franjas, la salud, la educación, la vivienda, el pasado, el presente, el futuro, el 10,6 por ciento, la juventud chilena, la mujer chilena y todo lo demás!

Francamente, lo consideré una falta de respeto a la majestad de la política, pero decidí acatar la insinuación.

Sin embargo, llegado el momento de saber qué tema puede ser hoy de algún interés en Chile, aparte del político, no descubro ningún otro. En realidad, en muchos países suele suceder que no haya ningún tema interesante. Hay pueblos, como el británico, que viven afligidos por ese desinterés letal por todas las cosas. Allá se llama “spleen”. “Víctimas del ‘spleen’ los altos lores...”, rezaba un poema aprendido en mi adolescencia, titulado “Garrick”. Este último era un destacadísimo actor cómico inglés que lograba incluso levantar el ánimo de los nobles deprimidos. Y el poema relataba cómo en una ocasión llegó uno de estos personajes donde su médico y consejero a revelarle el grado extremo de depresión en que se encontraba. Este le sugirió las más variadas formas de diversión y esparcimiento para levantar el ánimo, pero ya el afligido visitante las había intentado todas sin el menor éxito. “Id a ver a Garrick”, le insinuó entonces el médico, como solución suprema e infalible, para recibir como toda respuesta del entristecido paciente: “Yo soy Garrick; cambiadme la receta”.

Por cierto, los ingleses tienen una ventaja: siempre pueden hablar o escribir

sobre el tiempo, que allá está variando constantemente. Pero acá el tiempo rara vez varía. Uno puede pasarse hasta una semana comentando con cierta originalidad algo así como “¡Qué lindo está el día!”, pero más allá de eso no se puede avanzar.

Todos los demás temas importantes están vinculados de una u otra manera a la política, y están, por consiguiente, vedados. Se podría intentar hablar del arte, pero prácticamente todos los artistas y literatos ya han estado en alguna franja política o han firmado alguna adhesión publicitaria en favor de alguna candidatura, de modo que el tema tampoco puede tratarse.

La política lo ha penetrado todo. Los políticos han llegado a todas partes. La gente los ha conocido y ha recibido sus ofertas, que compiten en generosidad. Como hay una mayoría de ciudadanos de las nuevas generaciones que nunca conocieron antes a los políticos en campaña electoral, ella puede creer que es posible tener todo lo que se le está ofreciendo. Pero estamos cayendo en el tema político, y hoy, lo repito, está vedado.

En pocas horas más habrá pasado todo. Pero el país nunca más volverá a ser igual, sea cual fuere el resultado. Se ha completado un ciclo de nuestra historia. Entramos en un mundo chileno completamente diferente del que conocemos, pero ese mundo se materializa en un país también enteramente distinto del que había antes de comenzar el ciclo que termina. Y el mundo internacional en el cual vivimos es, a su vez, completamente diferente, y, además, está cambiando de una manera tan impredecible como acelerada, al punto de que Chile ya ha dejado de ser un centro de gran interés para el extranjero, como lo ha sido en los pasados años.

Pero ese también es un tema político. Tal vez después de mañana aparezca alguno que no lo sea.

13.12.89

El Duro Oficio de Profeta

Me equivoqué parcialmente en la siguiente profecía, porque los primeros años de gobierno de la Concertación, desde el punto de vista del crecimiento, no fueron mediocres. Pero cuando ya los efectos de sus medidas de reforma se produjeron, plenamente, recaímos en la mediocridad y el país durante los últimos cinco años, en promedio, ha crecido menos que su promedio histórico, que a su turno ya era mediocre.

Cuando hace cerca de 20 años comencé a profetizar en público —antes sólo lo había hecho en privado, con resultados que no fueron oportunamente homologados— y como fiel lector que era entonces de Hayek y Friedman (siempre concordé con ambos, pese a sus numerosos desacuerdos mutuos, que partían del hecho de que el primero se autodescribiera como “conservador” y el segundo como “liberal”), vaticiné el advenimiento de un mundo de libertades que muy poco se avenía con la ola socialista de la época, en la cresta de la cual destacaban nuestras autóctonas “vía no capitalista de desarrollo” y “vía chilena al socialismo”.

Hoy las más amplias libertades que jamás conociéramos en todo orden de cosas se hallan consagradas entre nosotros. Y somos testigos de cómo los socialismos de diverso signo son arrasados por la ola de libertad. (Me abstengo de usar el cómodo término “libertaria”, desde que un instruido oficial de ejército me pusiera al tanto de que significa “supresión de todo gobierno y de toda ley”, según la Real Academia, ente regulador del idioma castellano contra la cual en algún momento debiéramos rebelarnos en nombre de la libertad de expresión.)

Pero sería demasiado fatuo de mi parte sentarme a contemplar cómo mis vaticinios se convierten en realidades. Porque la historia nos enseña que estos difíciles logros suelen ser efímeros.

En Chile decimos estar gozando de los frutos de la libertad: hay una economía libre y próspera y se ha consagrado la democracia política. Pero los que han triunfado en las recientes elecciones —manifestación suprema de libertad

política— antes dijeron siempre “no” a cada uno de los pasos que condujeron a una economía próspera. Además, la han motejado de inhumana e injusta.

Los equilibrios que la hicieron posible son, sin embargo, delicados. Bastaría, por ejemplo, retrotraer la situación laboral en materia portuaria, para que nuestras exportaciones quedaran cuatro mil kilómetros más lejos de sus puertos de destino y su volumen disminuyera sustancialmente.

Los que dijeron “no” a lo que ha hecho posible la prosperidad actual —y que en breve serán gobierno— se debaten, pues, ante el dilema de cumplir con lo que prometieron (“desmantelar” el sistema) o no cumplirlo y preservar el auge. Como están encabezados por democratacristianos, y lo digo con todo cariño, van a hacer ambas cosas o, lo que es lo mismo, ninguna de las dos. Y al cabo de un tiempo van a ser acusados por un bando —en el cual seguramente me voy a contar— de comprometer el crecimiento económico y la estabilidad y por el otro, de no haber cumplido sus promesas redistributivas. La respuesta del gobernante va a ser, típicamente, que la crítica de ambos “extremos” será demostrativa de que él tiene razón. Y continuará procurando dar en el gusto a ambos “extremos”. Pero la economía crecerá menos, habrá más inflación y, en definitiva, habrá también bastante menos para redistribuir. Si no creen esto último, pregúntenles a Alan García o a Raúl Alfonsín.

Por consiguiente, aun con plena conciencia de interrumpir la luna de miel en que el futuro gobierno se halla con el país, cumplo con mi oficio, y vaticino simplemente: mediocridad. Ni revolución, ni trastornos, ni caos Sólo la muy chilena, fácil y querida mediocridad, en la cual por tantos años hemos vivido, de la cual efímeramente pudimos salir y en la que seguramente vamos a morir.

Capítulo III

Don Patricio

(1990 – 1993)

La Derecha en Su Elemento

Durante catorce años siguió sucediendo lo que critiqué en esta columna. Por fin ahora la derecha parece haberse, por fin, cohesionado.

Estoy consciente de que en Chile la derecha no quiere que se la llame así. Siempre nuestros derechistas han preferido identificarse con el centro. Pero si hablamos del centro, no sabemos de qué cosa, de qué partidos ni de qué personas estamos hablando. En cambio, si hablamos de derecha, sí.

Y en estas semanas ella está dando su espectáculo habitual, es decir, polemizando encarnizadamente consigo misma.

Los derechistas, curiosamente, odian mucho más a sus congéneres que a sus adversarios. En cambio, el odio a la derecha es algo que cohesiona firmemente a la mayoría de los izquierdistas. Pese a ello —o tal vez por ello, no lo sé bien— los derechistas observan un trato muy cortés y hasta obsecuente con socialistas y otros izquierdistas. Parecen reservar toda virulencia para pelear entre ellos; se hacen entre sí cosas de las cuales jamás pensarían hacer víctimas a un izquierdista. A algunos derechistas, un esbozo de sonrisa de un socialista los cautiva por completo.

El senador DC, Jorge Lavandero, ha observado que Renovación Nacional quiere aplastar a la UDI; RN sostiene que la UDI ha ofrecido apoyar a un DC para la Presidencia del Senado, exclusivamente para impedir que sea elegido un senador de RN.

Tanto los dirigentes de la UDI como los de RN han celebrado activas rondas de conversaciones con los partidos de la Concertación y han ido a visitar obsequiosamente al Presidente electo. Todo eso está muy bien, pero no deja de ser llamativo que no empiecen por reunirse y visitarse entre sí y ponerse de acuerdo para hacer causa común contra sus adversarios.

Voy a decir algo que, estoy cierto, va a molestar terriblemente, tanto a la gente

de RN como a la de la UDI; ambas son exactamente iguales. Sus militantes piensan lo mismo, desean lo mismo, temen a lo mismo, viven de la misma manera, hablan, visten y comen lo mismo; en fin, tienen la misma concepción del hombre y de la sociedad. Pero son tan parecidos que no se pueden tragar.

Sin embargo, por el bien del país, tarde o temprano se van a tener que tragar. Algún día las bases derechistas se van a dar cuenta de lo costosa que resulta — para ellos y para el país— su incapacidad de formar un frente común, y elegirán directivas con vocación unitaria, relegando a los elementos conflictivos a un lugar secundario.

Mientras eso sucede, ¿qué se puede hacer? No lo sé, pero tal vez no sería una mala idea que los dirigentes de la UDI y RN, haciendo una pausa en su nutrida agenda de amistosas reuniones con socialistas, radicales y democratacristianos, se juntaran un día a almorzar, previo un compromiso solemne de no tirarse los platos a la cabeza.

07.02.90

Nadie Es Profeta en Su Tierra

Lamentablemente, votos de derecha contribuyeron a aprobar la reforma tributaria, como después la primera de las laborales. El precio se paga hoy en menos crecimiento y más desempleo que hace catorce años.

Leo que el Presidente de México nos dice que los problemas sociales deben solucionarse preferentemente enajenando propiedades públicas. De hecho, él impulsa la privatización de aproximadamente 400 empresas estatales en su país. Leo que el prestigiado economista norteamericano Rudiger Dornbusch está, a raíz de medidas como ésta, muy optimista sobre el futuro de México: “Es el próximo Chile”, afirma, según el “U.S. News and World Report”. Leo en la misma publicación que en Europa del Este también se ha aprendido la lección chilena: “Cuando se trata del Gobierno, mientras más pequeño, mejor”. Releo, por último, algunos documentos de la campaña de Hernán Büchi, donde se defendía la reducción de los impuestos y se demostraba que en Chile, pese a las rebajas, la carga tributaria total, excluido el cobre, era de 27,3 por ciento del PGB en 1988, contra el 22,2 por ciento en 1969 y el 17,5 por ciento en 1972.

Hemos convencido a todo el mundo de esas cosas, salvo a nosotros mismos. Acá se ha consagrado virtualmente ya el triunfo de la idea contraria: la solución social está en aumentar los impuestos y entregar más recursos al Estado.

Debemos reconocer que éste es un gran triunfo de las ideas de izquierda. Incluso han atraído hacia ellas a gente de derecha. Durante años habíamos demostrado —o creído demostrar— al mundo que se podían mejorar más eficazmente las condiciones económicas y sociales de las mayorías disminuyendo el tamaño del Estado. Ahora resulta que muchos de quienes supuestamente así pensaban se han convencido de lo contrario, es decir, de que aumentando el tamaño del Estado puede superarse mejor la pobreza.

Eso, por supuesto, no es verdad. La acentuación y continuación de la política de privatizaciones podría financiar durante años y años un fondo de solidaridad social como el proyectado. Pero, ya lo sabemos: las ideas de izquierda prohíben

seguir privatizando. Autoridades como el Ministro de Minería declaran detenido el proceso en su sector y, sin necesidad de declaraciones expresas, resulta claro que, en general, lo está en todos los demás.

Cuando en unos días más se vote el proyecto de reforma tributaria en el Congreso, no será derrotada solamente, pues, una posición alternativa sobre política fiscal. Será derrotada una idea fundamental que ha presidido la evolución económico-social de Chile en los últimos años: la de que los recursos administrados por individuos libres permiten solucionar más eficazmente los problemas sociales que los administrados por el Estado.

Al pronunciarse sobre ese proyecto, cada parlamentario estará votando a favor o en contra de un principio. Chile ha prestigiado a los ojos del mundo ese principio. Ahora se necesita alguien que lo prestigie entre los chilenos, porque, de lo contrario, volveremos, una vez más, a repetir nuestra propia historia.

28.03.90

Ejercicio de Lógica Chilensis

Eran los primeros atisbos de lo que después sería generalizada benevolencia hacia los terroristas de izquierda e implacable persecución a uniformados, policías y agentes de seguridad.

Uno de los empeños más constantes y enjundiosos de mi ya no tan breve existencia se ha dirigido a procurar entender la lógica empleada por mis compatriotas.

Incluso bajo conducciones gubernativas con las cuales yo concordaba más, ciertos cambios inexplicables de línea —que afortunadamente resultaron transitorios— me obligaban a confesar de vez en cuando no entender “nada de nada”.

Pero ahora el caso de los “presos políticos” me está llevando a entender todavía menos. Porque, desde luego, en Chile no hay “presos políticos”. La doctrina define como tales a quienes son privados de libertad en razón de sus ideas. Pero los llamados así entre nosotros son reos de homicidios, lesiones, asaltos, atentados con explosivos, falsificaciones, tenencia o internación ilegal de armas y explosivos u otros delitos, pero no lo son por sus ideas.

Recientemente el Gobierno ha indultado a 42 de ellos. Se ha negado a explicar la razón en cada caso, por prohibírsele, afirma, la legislación sobre indultos. Sin embargo, ésta no impide describir genéricamente los delitos perdonados. Alguien ha investigado el punto y me ha proporcionado el detalle: se trata de 16 condenados por asaltos armados o robos con intimidación; 13 por tenencia de armas o explosivos ilegales; cinco por colocación de artefactos explosivos; dos por enfrentar a Carabineros con armas de fuego y dos por identidad falsa en relación a atentados terroristas, siendo las restantes condenas por complicidad o encubrimiento.

De los indultados, 18 pertenecen al MIR, 14 al Frente Manuel Rodríguez o al Partido Comunista, uno al Movimiento Juvenil Lautaro y otro al Partido

Socialista.

Entretanto, una agresiva campaña pública exige el perdón y la liberación del resto de los terroristas. Las autoridades les piden paciencia, no sin un dejo de humildad. Como parte de la campaña, los movimientos a que pertenecen los reos atentan contra personas, hacen estallar artefactos explosivos, invaden los Tribunales, insultan a los jueces, ocupan iglesias y hasta han dictado sentencia de muerte contra un destacado periodista, y fuera del perdón para sí, exigen castigo para quienes han combatido el terrorismo. Un juez exonerado, que parece simpatizar con los subversivos, reclama un “juicio de Nüremberg” contra los uniformados.

Pues, se dice, hay un “problema de derechos humanos” que, según la lógica aborígen, sólo afecta a subversivos de izquierda. La doctrina oficial niega que constituya tal problema, por ejemplo, el caso de dos ex generales que se debaten entre la vida y la muerte tras un atentado, ni el de los centenares de caídos durante 16 años frente a delitos similares. Al contrario, una nutrida literatura de horrores relata las cosas malas que los agentes de la ley pudieron haber hecho a los subversivos, pero los delitos cometidos por éstos sólo aparecen fugazmente en los diarios, los muertos resultantes son enterrados con mucha discreción, y los mutilados, quemados o heridos por los atentados deben arreglárselas como puedan.

Y para evitar futuras molestias a la guerrilla se ha disuelto el organismo de seguridad. También el Partido Comunista, dentro de la misma lógica, pide la renuncia en masa de la Corte Suprema.

La “Patria Buena”, en nombre de la defensa de los derechos humanos, vela por sus terroristas, y se apresta a perseguir a quienes les hayan hecho daño. En cuanto a sus pasadas y futuras víctimas, no es ese un problema de derechos humanos, de manera que más les vale no molestar.

11.04.90

Arte Diabólica Es

La última línea de mis reflexiones dice que los comunistas logran lo que quieren porque inspiran temor con sus asonadas callejeras y los atentados de su brazo armado, que hasta hoy (2004) permanece incólume, si bien menos activo, debido a que el partido consigue todo lo que demanda.

“Admiróse un portugués/ de que en su más tierna infancia/ todos los niños en Francia/ supiesen hablar francés./ ‘Arte diabólica es’/ dijo torciendo el mostacho/ ‘ésta de hablar el gabacho;/ un hidalgo en Portugal/ llega a viejo y lo habla mal/ y aquí lo parla un muchacho’”.

Aun no siendo portugués, si hubiera tenido mostacho me lo estaría retorciendo y murmurando “arte diabólica es”, pero, en este caso, por los exitosos malabarismos comunistas en Chile.

Un amigo solía decirme antes, a raíz de algunos de mis escritos: “Buen dar que tienes embromados a los comunistas, Hermógenes”. Pero ya no me lo dice más.

Pues mientras en el resto del mundo son derrotados y marginados, acá, en cambio, se anotan logros sorprendentes.

Desde luego, lo que más interesaba a sus fines era la disolución de los servicios de seguridad, y la han conseguido. Eso es esencial para que sus “combatientes” del Frente Manuel Rodríguez puedan tener manos libres. Además, han obtenido el indulto para 42 presos por delitos terroristas. Medio centenar de los mismos se había fugado antes de la cárcel.

Y ahora presionan con buenas posibilidades de conseguir la libertad del resto.

Mientras tanto, el país está preocupado de averiguar hasta el último detalle acerca de cualquier abuso o exceso contra elementos subversivos cometido en el pasado por agentes policiales o de seguridad, y se señala que la impunidad es intolerable para la conciencia nacional. Esta es la principal preocupación

gubernativa del momento, mientras los “combatientes” disparan contra personas indefensas o carabineros desprevenidos, atentan con explosivos contra las moradas de los jueces y comunican por teléfono sentencias de muerte a los periodistas. Claro, nada de esto afecta a la conciencia de nadie. Es que lo hacen los comunistas. ¿Puede negarse que la suya sea una “arte diabólica”?

Otro ejemplo: no hay recuerdo, remordimiento ni preocupación algunos por el hecho de que los principales inculpados del asesinato del ex Intendente de Santiago, Carol Urzúa, hubieran salido del país tras refugiarse en la Nunciatura y bajo protección de la Santa Sede. Hoy gozan de la más completa impunidad. ¿A quién le incomoda esta situación?

¿Quién se acuerda siquiera?

El otro día un “pionero comunista” de 11 años de edad relató cándidamente a la prensa: “Los pioneros hacemos muchas cosas. Tenemos un jefe que nos instruye. Somos todos niños y cumplimos obligaciones. Somos voceros del Partido Comunista. Primero así. Después de las Juventudes Comunistas se puede ser político de grande o ir a la lucha. Yo personalmente simpatizo con el Frente y los rodriguistas también. Los admiro porque armados luchan más fuerte que otras personas por la patria. Muchos de los pioneros son huérfanos y en el partido nos acogen y después cada uno sabe ya qué hacer. Irse a las Juventudes Comunistas o seguir el rumbo de la lucha armada. Se nos dice que somos como los Robin Hood de la causa”. (“El Mercurio”, 8 de abril.)

Entre tanto, se ha visto a Volodia Teitelboim en La Moneda y el Gobierno anuncia que es urgente investigar a la Colonia Dignidad. ¿Cómo lo hacen los comunistas? Sin duda, “arte diabólica es”.

25.04.90

O Tempora! O Mores!

Después tuve que hacer extensiva a España la crítica inicial de la columna, pues me enteré de que la traducción absurda del refrán aparece nada menos que en el Quijote.

Los feligreses de esta columna saben que sólo recorro al latín en las emergencias. Ello impresiona mucho a mis compatriotas, en general indiferentes cuando se les habla en su propio idioma. Claro que cuando intentan emplear el latín —y también en otras circunstancias— suelen cometer barbaridades; por ejemplo, nuestro conocido dicho “la necesidad tiene cara de hereje”, con el cual, precisamente, justificamos nuestras barbaridades, es la aproximación autóctona al aforismo latino “necessitas caret lege”, que significa “la necesidad carece de ley”.

El riesgo de usar esa lengua muerta proviene de que suele haber extranjeros residentes que la han estudiado. Por ejemplo, el famoso fotógrafo Bob Borowicz solía denunciar los errores de mis citas latinas. Su vigilancia idiomática me tuvo largo tiempo amedrentado y constreñido a emplear giros en inglés y francés, con indudable detrimento de la autoridad de mis escritos. Luego de un período prudencial fui tímidamente retomando el latín, para comprobar, con gran sorpresa, que Borowicz guardaba silencio, probablemente más por generosa disposición de su ánimo o por haberse aburrido de mis artículos que por la perfección de mis citas.

Pero ya la longitud de este preámbulo amenaza con hacerme olvidar el tema de fondo. Lo cual me trae a la memoria —y excúsenme que postergue una vez más el tema— la reciente observación de un amigo cercano. Según él, cada vez con más frecuencia recibe llamadas urgentes de contemporáneos que, cuando ya lo tienen en el fono, se ven obligados a confesarle haber olvidado el motivo de la llamada. Tempranos síntomas del mal de Alzheimer, antiguamente llamado arteriosclerosis. Otro contemporáneo —y ésta sí será mi última digresión— que hasta hace poco, cuando algún interlocutor olvidaba un nombre o un dato, le achacaba de inmediato y con perverso regocijo estar sufriendo del referido mal,

debió abandonar esa cruel práctica desde que una vez, en el momento de aplicar el mandoble a un olvidadizo, no pudo él mismo recordar el nombre de la enfermedad, debiendo ser auxiliado a ese efecto por quien estaba a punto de ser imputado como víctima de ella.

Pues bien, si hoy he recurrido al latín es por motivos graves. Así como Cicerón exclamaba “O tempora! “O mores!”, aludiendo a la decadencia de las costumbres romanas, me cupo exclamar lo mismo cuando la televisión dio público testimonio, hace un par de semanas, de que personas consultadas en la calle justificaban el asesinato terrorista de un coronel retirado de Carabineros; y también el lunes, ante el magro espacio que la prensa destinó a recordar la gesta de Prat y sus hombres. Pero ¿debe causarnos sorpresa todo eso? Nos inundan una literatura y un periodismo que justifican el delito terrorista. Un obispo confirió categoría de héroes a los autores de un atentado con cinco muertos. En lugar de la emulación de la conducta abnegada del héroe de verdad, registra acogida el “carpe diem” de la película de moda: aprovechar el momento, o no dejar pasar la ocasión del placer. Es decir, lo contrario de la ofrenda de sí mismo que simbolizó Prat con su muerte.

¡Oh tiempos, oh costumbres! Los “héroes” que matan a mansalva reemplazan a los que mueren por su patria, y al culto al sacrificio abnegado lo desplaza el que se rinde al goce general.

23.05.90

Antes y Después

He hecho de lo que sigue un “leit motiv” después de 1990.

Nací en una casa donde siempre había muchos diarios. Mi madre decía que yo no había aprendido a leer en un silabario, si no en “El Mercurio”. La versión, como casi todas las de las madres acerca de sus hijos, no tiene mayor asidero en la realidad. Sin perjuicio de ello, mis hijos la recogieron, con el escepticismo burlesco propio de la juventud actual, y me preguntan si es verdad que a los dos años de edad yo leía “El Mercurio” todos los días.

Lo que sí leía, pero no a los dos años, sino después, todavía en la infancia y sin comprenderlo muy bien, era el “Consultorio Sentimental” de un diario, a cargo del “Profesor René de L’Or”. La mayoría de las consultantes eran lectoras a las cuales sus pretendientes les habían formulado promesas matrimoniales a cambio de lo que invariablemente ellas describían como “una prueba de amor”, una vez concedida la cual los novios se esfumaban.

Yo no entendía en qué podría consistir la “prueba de amor” y no me atrevía a preguntárselo a nadie, pues pensaba que leer el consultorio sentimental probablemente era pecado. Y menos podía entender por qué, fuera cuál fuese la tal “prueba”, las mujeres seguían otorgándola, cuando ello resultaba tan contraproducente. Eso me intrigó hasta que el tiempo y la naturaleza me permitieron comprender el proceso. Después generalicé las conclusiones y llegué a saber que en la conducta humana hay una variable fundamental, que toma dos valores muy diferentes en el tiempo, dependiendo de si se presenta “antes” o “después”. Todo tiene un valor “ex ante” y otro muy distinto “ex post”.

Vaya usted a una tienda y verá cuán amablemente le tratan antes de comprar. Vuelva después a que le cambien la mercadería y comprobará cuán diferente es el trato. Vea qué generoso y bueno lo estima a usted ese amigo que le va a pedir un préstamo, y observe cuán egoísta y cruel lo encuentra él después, si usted quiere recuperar lo prestado. Compruebe cómo la persona que enfrenta una situación desesperada deposita toda su fe en quien la auxilia, y mientras no ha

salido del paso, pero compruebe también cómo cambia por completo la apreciación del trance después de sorteado, y cómo quien estuvo a punto de ser la víctima se atribuye ahora el mérito de haber superado la situación.

Compare usted lo que decían todos los demócratas de cierto país cuando se organizaba en él un golpe totalitario, con lo que ellos dicen hoy, generales después de la batalla, que nunca oyeron silbar una bala terrorista, pero se ufanan de que, si ellos hubieran hecho las cosas, habrían sido tanto más impecables, virtuosos, justicieros y exitosos para salvar la democracia.

Antes no les llegaba la camisa al cuerpo; durante —pero cuando el peligro aún no había pasado— justificaban todo lo que se estaba haciendo, y no tenían inconveniente en decírselo así al país y al mundo; después, cuando el peligro quedó atrás, descubren que sus salvadores son torvos sujetos que hicieron un trabajo cruel y sucio, a los cuales es preciso juzgar.

Antes y después. Kipling dedicó un poema a su hijo, que deberían leer todos los padres y, con mayor razón todavía, todos los hijos. El sentido general de sus versos no desentona con uno que podría decir perfectamente algo así: “Si logras ser siempre el mismo,/ “antes” y “después”,/ sólo entonces serás/ verdaderamente un hombre, hijo mío.”

27.06.90

Para Perpetua Memoria

A esta columna le agregaría una frase final: “...y cómo los chilenos pudimos cometer el peregrino error, que nadie más antes había cometido, de consagrarla en el país por mayoría de votos”

Desde hace largo tiempo vengo defendiendo la tesis de que los chilenos estamos cada día más parecidos al ser humano civilizado. Como un teorema casi unánimemente aceptado por los observadores más serios de la realidad contemporánea postula que sólo nieva en naciones civilizadas, tengo ahora, pues, otra razón para replantear con mayor energía la indicada tesis, que nos pone en una senda de progreso interno de la cual ni siquiera podría apartarnos el mismísimo programa de Gobierno de la Concertación.

La nieve sienta hitos en la vida de los santiaguinos, debido a que cae tan rara vez. Podemos recordar con precisión cada nevazón ocurrida en el curso de nuestras existencias. Con la del lunes, cuento ocho en lo que llevo de vida: dos en la temprana infancia, dos en la primera adolescencia, tres en la segunda y ahora ésta, en la tercera, que, supongo, es la última antes de mi definitiva madurez.

Recuerdo especialmente la nevada de 1953, que presencié junto a uno de mis abuelos, quien en la ocasión me relató otra nevada santiaguina, cuando él tenía 18 años, en agosto de 1891. Recordaba haberse levantado muy temprano ese día y haber salido al patio cubierto de blanco. Allí se le había acercado un personaje que trabajaba en la casa y cuyo increíble nombre era Juan Pérez, quien, completamente indiferente a la nevazón, le había comunicado con gran exaltación: “¡Cayó el tirano! ¡Cayó el tirano!”, refiriéndose al Presidente Balmaceda, que había dimitido en la madrugada, tras enterarse de la derrota de las fuerzas gobiernistas a manos de las del Congreso en el combate de La Placilla.

Los términos usados por Juan Pérez no habían sido prudentes, considerando que el dueño de casa era balmacedista. Pero este último, tal como algún descendiente

suyo al cual han tildado de “partidario de la dictadura”, era tolerante.

Por más que he rebuscado, para los efectos de futuros relatos a eventuales nietos en día de nevazón, la de este lunes no ha coincidido con ningún hecho nacional particularmente memorable. Pero he elaborado una versión que la puede hacer digna de referirse en el futuro, partiendo de la reflexión que me había formulado el lunes un amigo recién llegado del extranjero y a quien no veía desde hacía tiempo, y que rezó más o menos así: “Lo más sorprendente de nuestros días es ver cómo se termina el socialismo y no va quedando nada de él. Comprobar cómo el ideario de una revolución llamada a extenderse por toda la Tierra y a cambiar el sino de la humanidad desaparece en pocos meses sin dejar vestigios. Porque el problema de los países socialistas es hoy cómo enterrar cuanto antes las estructuras del marxismo, para reemplazarlas por las que sólo ayer declaraban aborrecer. Pero aún más sorprendente es comprobar que todo lo anterior acontece sin intervención de la menor fuerza o presión externa, habiendo bastado sólo suprimir el clima de represión y la amenaza de los tanques soviéticos para que el marxismo-leninismo se desmoronara en todas partes como un castillo de naipes al cual se le ha sacado una carta de sustentación”.

Si en alguna próxima década contemplo junto a algún nieto una nevazón, le recordaré la de julio del 90 y la reflexión de mi amigo, formulada mientras se cubría de blanco el atardecer. Y si ese nieto me pregunta que era el socialismo, trataré de recordarlo, y de explicarle y explicarme cómo semejante sistema pudo ser impuesto por la fuerza y durante más de 70 años a una gran parte de la humanidad.

18.07.90

Un Anuncio y un Epílogo

El anuncio de que no me dirigiría más a mis lectores como “feligreses” no se materializó en la práctica.

Lectores de esta columna, prestadme vuestros oídos. Me corresponde haceros un anuncio trascendental, en virtud de una decisión que no está en mis manos contradecir: de hoy en más dejaréis de llamaros “feligreses” de esta columna y, asimismo, las líneas que estáis leyendo dan cuenta de la última oportunidad en que os veréis aludidos en ella en la segunda persona del plural, una forma verbal tan infrecuente y, tal vez por lo mismo, tan defectuosamente utilizada entre nosotros.

Como Bradomín, un personaje de don Ramón del Valle-Inclán cuyas audacias y temeridades mucho admiré en mi más temprana juventud (estoy atravesando actualmente por la más tardía), me precio de ser “feo, católico y sentimental”, si bien, a fuerza de veraz, debo confesar que algunas personas me han solido negar la primera de dichas calidades, aunque con argumentos que el paso de los años ha ido tornando cada vez más débiles. Pero mi condición de católico siempre estuvo fuera de discusión. Es el hecho que en el ejercicio de ella he ido recientemente a poner a prueba la paciencia de mi eclesiástico confesor, como lo hago de tarde en tarde, con la aburrida nómina de mis pecados, la cual, debo reconocer, es, a diferencia de la de Bradomín, extraordinariamente opaca y falta de originalidad. Y a raíz de ello me he encontrado con el moderado reproche del piadoso sacerdote en relación a mi uso del término cuya supresión más arriba quedó anunciada, y a mi práctica de aludir a los lectores habituales de estas líneas en segunda persona del plural.

Como todas mis rebeldías siempre han estado reducidas al campo de la política, porque mi conciencia me las veda en el terreno religioso y cualquiera puede imaginar quién me las veda en la esfera hogareña, he resuelto sumisamente iniciar la búsqueda de un apelativo adecuado que permita a los lectores de esta columna abandonar en el más breve plazo la inconfortable condición de innominabilidad a la que están quedando expuestos.

Resuelto ese aspecto procesal, pero trascendente, corresponde abordar el tema de fondo de esta columna, que deriva de una aparentemente inobjetable declaración de S. E. el Presidente de la República, con motivo del atentado extremista que costó la vida a dos carabineros el viernes último. Dijo el Presidente Aylwin:

“No es matando gente que se avanza hacia la justicia y hacia una sociedad mejor”.

Reflexioné acerca de la incomodidad espontánea que me provocaron esas palabras de la máxima autoridad. ¿Es una deformación profesional de mí parte, derivada de la costumbre de interpretar las expresiones de las personalidades públicas, o se desprende de la citada frase que los terroristas buscan avanzar “hacia la justicia y hacia una sociedad mejor”, siendo objetables, según el criterio presidencial, los medios que emplean, pero no sus fines?

Me pareció que el juicio de S. E. reflejaba toda la ambigüedad hacia la violencia política que preside las actuaciones de su Gobierno, el cual ha indultado a terroristas y promovido una ley para rebajarles las penas en términos que ni siquiera los elementos izquierdistas más moderados están dispuestos a apoyar.

Todo el mundo se ha enterado ya de que el extremismo de izquierda no conduce a la justicia ni a una sociedad mejor. ¿No sería ya hora de que el mensaje también fuera percibido acá?

15.08.90

La Concertación se proponía barrer con muchas modernizaciones del Gobierno Militar, pero cayó el muro de Berlín y todo el mundo empezó a hacer lo mismo que el Gobierno Militar... y la Concertación, entonces, se desconcertó.

Once de Septiembre

Tal vez éste sea el último año en que el 11 de septiembre tenga carácter de día festivo. Los parlamentarios dicen que no alcanzaron a aprobar a tiempo la ley que le quitaba ese sello, pero que lo harán próximamente. Esto es decidor. En realidad, la mayoría parlamentaria tuvo tiempo suficiente para haber resuelto esa derogación, pero vaciló antes de aprobarla.

Ese es un rasgo que podría considerarse simbólico de muchas actuaciones de la Concertación gobernante. Llegó al poder renegando de todo lo que representaba el 11 de septiembre, pero una vez en el mando ha podido comprobar que, literalmente, en todo el mundo está teniendo lugar un 11 de septiembre. Y la Concertación, entonces, no se atreve a navegar contra la corriente de la historia.

También otrora prometió volver a fortalecer el poder del Estado en la economía, pero ahora se encuentra con que también en todo el mundo se reduce drásticamente el papel de aquél. Primero dijo que iba a dejar sin efecto una parte de las privatizaciones realizadas durante el Gobierno anterior; después expresó que las iba a revisar; posteriormente, que las iba a “congelar”. Y ahora hay anuncios de que, para poder financiar a la Corfo, habrá que seguir privatizando.

Criticó duramente la Concertación el hecho de que nuestro país hubiera abandonado el Pacto Andino, pero ahora el Canciller Silva Cimma manifiesta que, en realidad, no es posible el reingreso de Chile al aludido tratado. Hasta el momento la llamada “reinserción” de nuestro país en América Latina se ha limitado a los viajes de altos dignatarios desde y hacia nuestro país, y nada más. En el hecho, lo que ha venido sucediendo es que en toda América Latina se está imponiendo una ola imitativa de los cánones consagrados en nuestro país desde el 11 de septiembre de 1973. Chile no ha vuelto a América Latina, sino que ésta ha seguido a Chile en su trayectoria de alejamiento de la conducta tradicional del subcontinente.

Asimismo, el 11 de septiembre consagró como norma de manejo de la economía chilena la de reconocer en todo su crudo realismo los “shocks” externos que la afectaran y proceder a ajustarla a las condiciones objetivas imperantes. La Concertación criticó duramente todo eso, pero ahora ha hecho exactamente lo

mismo. Y tal vez tendrá que pagar un alto costo político de corto plazo por ello, porque la opinión pública chilena nunca ha comprendido ni aceptado los ajustes ni ha tolerado el manejo realista de la economía.

Tal como en el Gobierno anterior, se han aplicado medidas monetarias estrictas para combatir la inflación y, ante el alza externa de los precios de los combustibles líquidos, se han aumentado correspondientemente y sin dilación sus precios internos. Eso es lo mismo que hacía el régimen pasado en circunstancias similares, y por ello era muy criticado por todos los partidos que hoy forman la Concertación.

De tal manera que, en los hechos, no es muy importante si el festivo del 11 de septiembre es o no derogado en el futuro. Ha pasado, en realidad, a ser una efeméride, aunque el calendario oficial no la reconozca como tal. La Concertación podrá rendir homenaje a Allende, pero hace lo que aconseja el legado de Pinochet.

12.09.90

Desde la Distancia

A raíz de esta columna una señora me hizo llegar un escudo chileno, esmaltado y muy fino, para el ojal.

Este año me ha tocado vivir las Fiestas Patrias fuera del país. Estoy seguro de que, para un número de chilenos que no me atrevo a precisar, eso habrá hecho que este 18 no haya sido igual a los demás. Pero, como pertenezco a una de las últimas generaciones que todavía vibran con el concepto de Patria, he hecho un recuerdo emocionado de ésta y le he rendido homenaje desde la distancia.

Sobre los escritorios de los chilenos de antes siempre había una bandera chilena de seda gruesa, colgando de un mástil de sobremesa. Ahora ese símbolo se ve poco; ha sido reemplazado por un retrato de la cónyuge, lo que revela a las claras un cambio significativo en la jerarquía de devociones de mis compatriotas.

En las escasas oportunidades en que mi padre viajó al exterior, recuerdo que siempre acostumbraba llevar orgullosamente, para pasearlo victorioso por suelos extranjeros, un escudo chileno en el ojal de la solapa. Yo se lo pedí para mi primera salida del país, en un viaje de final de curso del colegio, pero como él apreciaba sobremanera su escudo, que era esmaltado, me compró otro más barato, pintado, al cual un compañero de clase, carente de todo sentido patriótico, le borró los colores con una sola pasada de dedo mojado en saliva, cuando íbamos a tomar el avión, ante mi mirada atónita.

La Patria era más querida antes que ahora. Las poesías que los chilenos del siglo pasado le dedicaban eran todas sublimes y conmovedoras. Cuando uno las lee tiene la certeza de que su autor escribió cada verso empapando el papel con lágrimas de emoción. Ahora, en cambio, si alguien escribe algún poema sobre la Patria, lo hace con tonalidades folklóricas o de protesta, y sin la menor sublimidad. En realidad, ya casi no queda nada sublime. La gente de hoy cree que las cosas sublimes que hay son exclusivamente las que ocurren en las teleseries.

Además, los chilenos nos hemos transformado en acreedores de la Patria, en lugar de ofrendarnos a ella, como nuestros antepasados. La gente siempre está pretendiendo que la Patria le dé algo: una pega, una pensión de gracia, un reajuste o el desiderátum: una embajada. El que trabaja en cualquier cosa piensa que el país no reconoce la importancia de su esfuerzo y que le paga muy mal, y discurre por la vida con la sensación de que Chile se está aprovechando de él.

En realidad, en los únicos sitios donde todavía se venera a la Patria es en los establecimientos militares. En sus ceremonias hay aún rasgos de sublimidad. Los civiles sabemos que ellos son tal vez los únicos que, llegado el caso, lo darán todo por la Patria. Son la última reserva. El propio Allende, en medio del caos, lo sabía mejor que nadie. Por eso llamó a los uniformados a su ministerio reiteradamente, comprendiendo que había llegado el momento en que sólo esa última reserva podía salvar al país.

Salvado éste, por cierto, los civiles pueden dedicarse a vilipendiar a los militares y a rendir homenajes a Allende. Saben que aquéllos siempre estarán allí, para cuando sea necesario, disciplinados, viriles, no sindicalizados, ajenos a las drogas, con el pelo corto y, sobre todo, patriotas.

19.09.90

El Miedo de Todos

¿Qué personeros del gobierno de Aylwin habrán felicitado y ofrecido financiamiento a los terroristas que atentaron contra el general Pinochet y asesinaron a cinco de sus escoltas, en 1986? A fines de 1990 se estaba gestando el clima propicio para el asesinato de Jaime Guzmán.

Los comunistas siguen siendo muy importantes en la vida política chilena, por una razón: son capaces de cualquier cosa. Por eso todos —sí, todos— les tenemos miedo. Por ejemplo, cuando mi mujer lee mis artículos contra los comunistas, automáticamente me dice: “Ten cuidado, nos pueden poner una bomba”. Pero la he convencido de que los comunistas no leen mis artículos, y se ha tranquilizado.

Cuando el otro día estalló una bomba en la casa de Joaquín Lavín, quien había estado muy activo hablando contra la libertad de los terroristas presos. Lo llamé, pero no pude hablar con él. Siempre es difícil hablar con un político. Quería reconfortarlo y asegurarme de que ya a esas horas su cónyuge le había dicho, una vez más, pero ahora en forma terminante, lo que todas las señoras de los políticos verdaderamente opositores les dicen a sus maridos: que están arriesgando la vida de toda su familia y que de una vez se queden callados. Son los gajes de la democracia plena.

Pero el miedo no es sólo de los opositores. El otro día un terrorista preso del FMR amenazó públicamente al Gobierno desde la cárcel. Dijo que los había traicionado, que les había prometido la libertad y no se las había dado y que personeros del Gobierno actual los habían felicitado después del atentado contra el general Pinochet, ofreciéndoles un financiamiento que nunca llegó. Además, conminaba claramente a los gobernantes a poner en libertad a los del FMR y el MIR, o estos grupos armados comenzarían a actuar contra aquéllos. Tal vez sea una coincidencia, pero ahora el Gobierno está tan apurado por liberar a los que llama solícitamente “presos políticos” (que, por cierto, no son tales, pues no están presos por razones políticas, sino por haber asesinado, asaltado, internado armas u organizado grupos de combate), que el Secretario General de Gobierno

acaba de declarar: “Sería una gran noticia para el Presidente y el Gobierno el que los presos políticos salieran libres antes de Navidad y pudieran celebrar con su familia la Pascua”. Recuerdo con una sonrisa cuando los candidatos de la Concertación negaban indignados, durante la campaña electoral, que se hubieran comprometido a perdonar a los terroristas.

Estamos, pues, todos con miedo, los del Gobierno y los de la oposición. Los comunistas vuelven a controlar la situación.

Incluso reescriben la historia desde las pantallas de la televisión estatal: el ejército de 15 mil irregulares marxistas armados de 1973 se evaporó; en ese año y los siguientes los militares en Chile se dedicaron a disparar contra civiles inocentes.

Los comunistas se sienten tan dueños de la situación que el otro día, en la misma televisión estatal, Volodia Teitelboim reconoció como una acción del partido la internación de armas del norte, un delito gravísimo, según la ley. Pero ellos están por sobre la ley. Más aún, gracias al Gobierno, su Frente armado recibirá importantes refuerzos antes de Navidad. Al parecer no tenemos suficientes atentados.

Y no se crea que el PC le da las gracias al Gobierno. Le exige más. Dice que ahora se debe pagar “la deuda social”, lo que para ellos significa despojar a los que algo tienen. Estos harían bien, como van las cosas, en recordar las últimas palabras de Muñoz-Seca, un dramaturgo español, después de ser desvalijado, antes de su fusilamiento, precisamente por los rojos, durante la República: “Podréis quitarme mis bienes, pero una cosa no me vais a poder quitar jamás: el miedo que tengo”.

31.10.90

Los Esqueletos de Nuestro Armario

Los descubrimientos de osamentas de fusilados en el norte provocaron desconcierto en los partidarios del Gobierno Militar, que hasta hoy no comprendemos por qué no se siguieron los procedimientos ajustados a derecho en los juicios en tiempo de guerra y, en los casos de fusilamientos, no se entregaron los restos a sus familiares.

Siempre he pensado en lo terrible que es el juramento que prestan los testigos en los estrados norteamericanos: “¿Juráis decir la verdad, sólo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?”. A cualquier chileno esa frase no le deja el menor respiro. Alguien que pretenda vivir acá simplemente tiene que olvidarse de semejante juramento.

Pero mi venerado padre era de esa escuela. Como yo decía algunas mentiras cuando chico (las posteriores nunca las he confesado) para aliviar mi conciencia le consultaba a él si en algunas situaciones graves o extremas —como yo consideraba a las que me habían puesto en trance de mentir— uno podía faltar a la verdad. Pero él replicaba que no, con una inflexibilidad desesperante. Y me repetía, sin la menor consideración, que se debía decir siempre la verdad. Según me comentó un tío una vez, en círculos familiares se sospechaba que mi padre decía incluso la ver dad en su declaración de impuesto a la renta. Pues en esos años un jurista muy católico había descubierto un artículo del Código de Derecho Canónico que autorizaba para mentir a lo menos un poco en materia de impuestos, resquicio legal que muchos fieles usaban para aliviar tanto el peso de sus obligaciones tributarias como el de sus conciencias.

Sea como fuere, la vida en Chile lo va haciendo a uno cada vez menos estricto en el tema de la verdad. Como dice un amigo mío, es preciso reemplazarla por “convenciones”, que son largas e imprecisas divagaciones mediante las cuales uno lleva al interlocutor demasiado inquisitivo a un grado de confusión tal que lo deja impedido de acusarlo a uno pura y simplemente de mentiroso.

Ahora sucede que muchos lectores de esta columna desde hace tiempo me dicen

que algo debo replicar ante tantas acusaciones e imputaciones que se achacan a instituciones y personas a las que todos debemos lealtad y agradecimiento por lo que hicieron por el país cuando nadie daba un peso por su destino.

Siempre pensé, desde que se descubrió la primera osamenta, que era preciso explicar y clarificar las cosas ante la opinión pública, porque si en Chile hubo muertes violentas fue porque reconocidamente se había organizado en el país un ejército terrorista y subversivo, cuyo contingente un general cubano fijó en 15 mil efectivos, y cuya represión justificaba el propio don Patricio Aylwin, en 1974, cuando señalaba que era muy fácil criticar a los militares desde detrás de un escritorio, en circunstancias que ellos debían enfrentarse a un ejército clandestino. Pero no se han dado explicaciones, y la convicción, injustificada y ajena a la verdad histórica, de que se trató de simples asesinatos, parece quedar flotando en el ambiente.

Pero siguen surgiendo de nuestros armarios, ya en un sentido figurado, otros esqueletos variados. Y mis lectores insisten en pedir explicación y defensa en cada caso. Pero nadie explica nada y, por consiguiente, mal se puede entonces defender nada.

Fui y sigo siendo partidario del Gobierno Militar y del ex Presidente Pinochet y estoy dispuesto a irme al desierto político —a donde me envió, por lo demás, la mayoría ciudadana en diciembre— o a morir en la rueda por agradecimiento y lealtad hacia ellos. Pero lo que no puedo es entrar en una guerra de “convenciones” para explicar lo que no explican quienes debieran hacerlo. Asumo la responsabilidad que me puede corresponder y estoy dispuesto a pagar, políticamente, se entiende, el costo de mantener mis lealtades, pero no niego que preferiría, de una vez por todas, enfrentar toda la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad.

14.11.90

Que Almuercen Juntos

Personeros de la Concertación llegaron al extremo risible de culpar a la ex CNI del sangriento rescate de un terrorista de extrema izquierda.

El otro día el Gobierno condecoró a Harry Barnes, el ex embajador de los Estados Unidos, en agradecimiento por todo lo que éste hizo desde su cargo por franquearle a la Concertación el acceso al poder. ¡Lo que va de ayer a hoy! Antes la izquierda desataba furiosas diatribas contra los embajadores norteamericanos cuando, según ella, intervenían en nuestros asuntos internos. Ahora los condecora públicamente por lo mismo.

Por mi parte, siempre estuve en desacuerdo con casi todo lo que hacía Barnes, pero era amigo de él. Almorzábamos juntos con cierta frecuencia. En Chile los almuerzos generan vínculos muy sólidos entre las personas. Al menos yo nunca he sido capaz de atacar a alguien con quien haya almorzado un par de veces.

A raíz de eso he aconsejado a muchas personas que tienen dificultades con otras, que las conviden a almorzar, porque mientras comemos y bebemos, los chilenos podemos llegar a transformarnos en seres sorprendentemente comprensivos y humanos. No me cabe duda de que la “impasse” entre el Ejecutivo y el Ejército no se habría producido si Pinochet hubiera ido a almorzar a La Moneda para entregar la lista de ascensos a Aylwin.

Volviendo a Harry, me acordé de él porque un amigo demócratacristiano me dijo el otro día, sin mediar provocación de mi parte, que los atentados terroristas recientes, e incluso la sangrienta liberación de Antonioletti, le parecían obra de la ex CNI. Después he leído que parlamentarios DC y dirigentes de izquierda sostienen lo mismo. Y precisamente a Harry una vez un miembro del FMR — que posteriormente fue capturado y confesó— le puso una bomba en su casa, lo que le valió a Barnes un homenaje de la inefable revista “Time” —que tratándose de Chile generalmente informa al revés— por exponerse tan valerosamente a los atentados de los “esbirros” de Pinochet.

Sea como fuere, en materia de atentados no pongo las manos al fuego por nadie desde que en 1970 aseguré “urbi et orbi” que al general Schneider lo había intentado secuestrar, provocándole la muerte, el MIR, siendo que resultaron ser algunos sujetos de derecha. Pero, por otra parte, en el caso de Antonioletti, éste fue liberado y ocultado en la casa de un reportero izquierdista (retornado del exilio) del también izquierdista diario Fortín. Eso no huele a CNI. El FMR, por su lado, ha internado armas y explosivos, ha entrenado gente en Cuba para fabricar bombas y cometer atentados, se ha adjudicado públicamente la colocación de explosivos a objetivos norteamericanos y sus miembros capturados han confesado ante los tribunales, asimismo, haber atentado contra bancos, iglesias mormonas y empresas de la misma nacionalidad. No me parece lógico culpar, entonces, a la ex CNI de otro atentado antinorteamericano más.

Lo que sucede es que el Gobierno está desorientado, porque se ha quedado sin un servicio de inteligencia eficaz contra el terrorismo, tras desprenderse rápidamente del único que había. Y a veces parece estar mucho más preocupado de encontrar la forma de poner en libertad a los terroristas presos que de llevar a prisión a los que están sueltos. En todo eso, si cree que la ex CNI está dedicada a liberar a los “presos políticos” y a atentar contra los norteamericanos, por lógica debería dirigir sus investigaciones hacia el interior de las Fuerzas Armadas, pues el personal de la CNI se reintegró a ellas.

Como se ve, todo parece una completa locura. O Aylwin y Pinochet almuerzan juntos, o no sé dónde vamos a ir a parar.

21.11.90

Ese Sutil Perfume Totalitario

En esta columna volví a confesar, como en alguna otra, un pecado político de juventud.

Antes he confesado en esta columna un pecado de juventud que cometí en el año en que coincidieron en el país dos acontecimientos que la historia juzgará en sus respectivas dimensiones: el cumplimiento de su mayoría de edad por parte de quien esto escribe y la fundación del Partido Demócrata Cristiano.

Esa coincidencia, que a la luz de los hechos políticos del último tercio de siglo no me atrevería a calificar de feliz, tal vez influyó en que me sintiera movido a presentar una solicitud de ingreso al nuevo partido, en la creencia —sólo excusable en un inexperto joven de 21 años, desconocedor del verdadero pensamiento político de los fundadores de la DC— de que esta última iba a reeditar acá los logros de sus homónimas europeas de centroderecha, comenzando por brindar su apoyo al gobierno de esa tendencia electo en 1958, presidido por don Jorge Alessandri. Yo había favorecido a este último con mi primer sufragio, gesto al cual don Jorge correspondió después —guardando las respectivas proporciones— sufragando por mí —que ya, por cierto, había retirado indignadamente la solicitud de ingreso a la DC— en la elección de diputados de 1973, decisión que adoptó exclusivamente, según me explicó en la única ocasión en que tuvo a bien invitarme a su tertulia de la hora del té en la calle Phillips, en atención a mi capacidad de hablar de la economía nacional en términos inteligibles, capacidad de la cual, añadió, carecían por lo común los economistas profesionales. Y para que la cita de estos hechos históricos sea rigurosa, debo añadir que don Jorge me manifestó haber llamado por teléfono, antes de votar por mí, a su amigo Mario Amello, a quien siempre había favorecido antes con su sufragio en el primer distrito, para hacerle ver las razones que, en la particular situación de 1973, lo inducían excepcionalmente a cambiar su decisión de voto.

Formulo las anteriores reflexiones, fundamentalmente, por la satisfacción que a uno le proporciona el dar a conocer a los demás —sobre todo si, como en el caso

de los lectores, éstos no pueden interrumpirlo— hechos que de alguna manera le honran o prestigian, y, en seguida, porque todo esto me lo ha traído al recuerdo un recuento fugaz de las imperceptibles desviaciones totalitarias que la Democracia Cristiana sufre en el ejercicio del poder. Ahora ellas se manifiestan en un sutil esfuerzo por establecer el control gubernativo de la televisión, mediante un proyecto de ley suficientemente comentado en estos días; en la creación de una agencia gubernativa de noticias y en la paulatina organización de un aparato comunicacional dependiente del Gobierno.

Siempre he tendido —inconscientemente y tal vez por ese inefable sentido de autoinmolación política que tenemos los derechistas— a reconocer que los democratacristianos son más democráticos que nosotros. Pero en los hechos, cuando nosotros estamos cerca del poder, tendemos a descentralizarlo y dispersarlo, conducta esencialmente democrática, y siempre terminamos entregándolo a un demócrata, como en 1964 y en 1990; en cambio, cuando ellos están en el poder se las ingenian para centralizarlo, incluso privando de medios de expresión a sus opositores —como en la década de 1960, cuando llevaron al cierre a “El Diario Ilustrado” o ahora impulsando una normativa para controlar la televisión— y terminan entregando el poder a los totalitarios, como sucedió en 1970 y puede volver a suceder en 1994. Interesantes lucubraciones de las cuales cabe concluir que así como hay gobernantes autoritarios con vocación democrática, los hay demócratas con perfume totalitario. Si los juzgamos por sus frutos, al país le convendría de lejos preferir a los primeros

05.12.90

Los Nuevos Comisarios

A los socialistas les cuesta mucho, estando en el poder, dejar de comportarse como socialistas.

La “glasnost” ha permitido sacar a luz toda una producción literaria soviética proscrita durante 70 años. Acabo de leer “Los Niños de Arbat”, de Anatoly Rybakov, crónica novelada del Gobierno de Stalin en el decenio de 1930.

Allí se relata cómo los “comisarios del pueblo” en la región del río Angara, en Siberia, cumplieron con la colectivización del ganado: juntaron las cinco o diez cabezas que poseía cada agricultor en un gigantesco piño estatal. La mitad del mismo pereció en el invierno siguiente, pues los funcionarios no velaban por los animales con el mismo interés que sus propietarios. Los “comisarios del pueblo” resolvieron también “racionalizar” la comercialización de pieles, y ordenaron a los cazadores entregar la mitad de ellas al Estado. Como disminuyera mucho la producción (en realidad, los cazadores las comercializaban subrepticamente), se formó una comisión investigadora, la cual dictaminó que se producían menos pieles porque los cazadores se dedicaban también a cultivar tierras. Como se estimó que los alimentos eran menos valiosos que las pieles, se prohibió cultivar las tierras en la región de Angara, y se ordenó intercambiar pieles por alimentos en otras regiones.

El balance de la gestión de los funcionarios fue que transformaron una zona que producía 100 mil pieles al año y se autoabastecía de alimentos en otra con menor producción de pieles, sin cultivo de tierras, con una masa ganadera reducida a la décima parte, y convertida en una carga para la vecina región de Altai, que apenas producía alimentos para sí misma.

Sería exagerado, por supuesto, relacionar lo anterior con el hecho de que hoy, en Chile, un grupo de funcionarios haya resuelto hacer grandes compras externas de petróleo, a 38 dólares por barril —aunque ellos sostienen que fue a menos—, para asegurar el consumo nacional de todo el año, antes de que la guerra en el golfo Pérsico llevara los precios a 50 dólares. Claro, ellos no podían saber que

los precios iban a bajar a 20. Pero, por los menos, podíamos estar tranquilos, porque el abastecimiento quedaba asegurado.

Sin embargo, si alguien quedó tranquilo se equivocó: los funcionarios restablecieron la restricción vehicular para “ahorrar combustible” ¿Para qué, si habían comprado suficiente? ¿Sería para evitar alzas desmedidas de precios? Tampoco: los funcionarios también habían previsto eso, creando un “fondo del petróleo”, en virtud del cual usted y yo hemos estado comprando combustible a razón de 34 dólares por barril, cuando afuera costaba 26, 20 ó 19, sólo para asegurarnos de que si el precio externo subía más allá de 34 dólares, el interno se mantendría.

En resumen, debemos dar gracias a los nuevos funcionarios por habernos puesto a salvo de la escasez de petróleo, si bien hemos tenido que pagar por eso. Debemos agradecerles, asimismo, que nos hayan puesto a salvo de las alzas de petróleo, garantizándonos un precio estable de 34 dólares por barril (si bien hemos pagado por eso la diferencia, en estos días, entre 34 y 20 dólares por barril): y también, supongo, debemos dar gracias a los funcionarios por ser tan prudentes de ni siquiera confiar en sus propias medidas sobre abastecimientos y precios, prohibiéndonos usar nuestros vehículos un día a la semana, para ahorrar combustible.

Y, sobre todo, gracias por enseñarnos a apreciar cuál es el papel que cumple el Estado en la sociedad chilena de hoy.

30.01.91

Ni Verdad Ni Reconciliación

Esta columna fue muy criticada, porque el país estaba en éxtasis tras darse a conocer el Informe Rettig. Pero yo objeté su imparcialidad desde el primer momento y sigo convencido de tener razón. Creo que imposibilitó la reconciliación, debido a que ocultó una parte esencial de la verdad. Es el principal responsable de la perpetuación de las divisiones y odiosidades entre los chilenos. El nombre del ministro aludido en la columna era Ricardo Lagos.

El 23 de agosto de 1973 la Cámara de Diputados —con los votos demócratacristianos— acusé al Gobierno de Allende, entre otras cosas, de dar amparo a “grupos armados que, además de atentar contra la seguridad de las personas y sus derechos, están destinados a enfrentarse contra las Fuerzas Armadas”; y de haber “incurrido en frecuentes detenciones ilegales por motivos políticos” y “tolerado que las víctimas sean sometidas en muchos casos a flagelaciones y torturas”. La Cámara llamó a las Fuerzas Armadas a poner término a ese estado de cosas. A los políticos nunca les ha gustado tomar directamente en sus manos esta clase de trabajos, “sucios” y peligrosos. Los militares los hacen bien y después uno puede cargarles a ellos todos los excesos, abusos y delitos cometidos en la tarea.

Hemos entrado en Chile a esta etapa. Se inicia con la amplia divulgación —a costa del contribuyente, por cierto— del informe de una Comisión nombrada para investigar los atropellos a los derechos humanos ocurridos en la tarea de eliminar a los grupos armados existentes en 1973. Se aducen ineludibles razones morales en apoyo de la investigación. Pero, ¿por qué, entonces, a esa Comisión le ha estado vedado abordar atropellos anteriores al 11 de septiembre de 1973? ¿Por ejemplo, las “flagelaciones y torturas” denunciadas en el acuerdo de la Cámara? ¿E incluso las denunciadas por un grupo marxista —entre ellos un ministro del actual Gobierno— a la Corte Suprema al final de la Administración Frei Montalva? La moral (salvo que últimamente la mayoría haya decretado otra cosa) no tiene fecha de vencimiento. Y la verdad, para ser tal, debe ser completa.

“Es que los atropellos de los militares fueron más” alegan muchos, con un apego

cuantitativo a los derechos humanos. Por cierto, enfrentar a 15 mil irregulares armados implica más interrogatorios y posibilidades de excesos y abusos que reprimir a adversarios políticos aislados y desarmados, como los sometidos a flagelaciones bajo la Unidad Popular. Así y todo, habría sido interesante que la Comisión hubiera citado, por ejemplo, al abogado que en enero de 1972 relató extensamente a “El Mercurio” sus torturas a manos de la policía de Allende; y al subdirector comunista de dicha policía, que, según la misma versión, lo interrogó apenas cesaron las aplicaciones eléctricas.

Pero, evidentemente, hay horrores políticamente oportunos, y otros muy inoportunos. Son de estos últimos, desde luego, los asesinatos terroristas de un carabinero, un médico militar y su señora, en estos días. Es claro, no merecieron mayor referencia en el emotivo discurso presidencial sobre los derechos humanos.

Me siento autorizado para decir estas cosas porque siempre defendí los derechos humanos, pero los de todos, “antes” y “después”. En 1975, cuando pocos se atrevían a protestar, denuncié en una columna de la revista “Qué Pasa” el atropello de que fue víctima José Zalaquett, miembro de la Comisión Rettig. La misma razón que me movió a hacer eso, hoy me lleva a rechazar una verdad parcial, unilateral, destinada a fines político-publicitarios y que servirá para convertir a los militares en chivos expiatorios de todas las culpas en una tarea antiterrorista tremendamente difícil, que la clase política no estuvo dispuesta a asumir en 1973 ni está tampoco dispuesta a asumir hoy. Al contrario, se apresta a indultar a los terroristas del mismo bando que sigue disparando con una mano e impetrando “verdad y justicia” con la otra, y que usará el Informe Rettig como ayuda-memoria para seleccionar a futuras víctimas y como justificativo para asesinarlas.

06.03.91

Test para la Historia Oficial

Analicé un ejemplo de las medias verdades del Informe Rettig.

“Así me gusta Chile”, dice la más reciente campaña publicitaria del régimen. Y las prensas oficiales no descansan, imprimiendo millones de ejemplares de “la verdad oficial” sobre el tema de los derechos humanos, es decir, del informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación.

Según el Ministro de Educación, el Informe deberá además “permear” —fue el término que empleó— la enseñanza en los colegios. ¿Una “verdad nacional unificada”?

Otro alto funcionario del régimen prefirió llamarla “verdad común a todos los chilenos”. Es cierto que el Presidente, en su discurso, expresó no ser partidario de las verdades oficiales impuestas. Pero, cosa que suele sucederles a los presidentes, su Gobierno las está imponiendo. Lo cual no sería tan malo si siquiera esas verdades oficiales fueran completas.

Pero no lo son. El otro día sometí al Informe Rettig a un primer “test”, y no lo pasó. Analicé un caso notorio, en el cual la Comisión “llegó a la convicción” de que una persona fue detenida por la policía y luego “ejecutada por agentes estatales en razón de su militancia y las actividades que realizaba”. Aparte del nombre de esa persona, el Informe dice por toda descripción que era Jefe del Departamento de Análisis de la Vicaría de la Solidaridad y se encontraba haciendo una labor de examen del Comando Conjunto. En otras palabras, un funcionario del Arzobispado es asesinado por agentes estatales para frustrar su afán de aclarar atropellos a los derechos humanos.

La verdad no oficial, pero completa, obliga a añadir las siguientes cosas: 1) La víctima, de acuerdo con “El Mercurio” del 13 de abril de 1985, citando a Radio Moscú, era importante dirigente comunista; había ingresado como chofer a la Vicaría, entidad que desconocía su militancia; de chofer ascendió a la jefatura antes mencionada. 2) Un reo por la internación ilegal de armas de Carrizal Bajo,

cuya declaración fue publicada el 28 de agosto de 1986 en este diario, reveló haber sido reclutado para las actividades del FMR por el mismo funcionario de la Vicaría, cuando acudió a ella en busca de asesoría legal. 3) Cuando el Gobierno militar tuvo conocimiento del apresamiento de aquél y otros dos dirigentes comunistas, manifiestamente al margen de la autoridad y control suyos, pidió de inmediato a la Corte la designación de un ministro en visita para el caso, buscando disuadir a los secuestradores de atentar contra la vida de sus víctimas, dado que era de temer una venganza, pues tres días antes habían sido asesinados en Concepción, mediante una trampa explosiva del FMR, brazo armado del PC, dos suboficiales de seguridad, y habían quedado heridos otros tres. 4) Posteriormente, cuando fue comprobada ante la Justicia la participación inicial de funcionarios de Carabineros en el secuestro —pero no en el asesinato, según el ministro en visita determinó posteriormente—, debió renunciar a la Junta de Gobierno el General Director de la policía uniformada. 5) Además, el Gobierno colaboró en todo cuanto la Justicia le demandó, en la tarea de procurar aclarar el crimen.

Esa es la historia completa y verdadera, bastante distante en sus alcances políticos, su significación moral y en la atribución de responsabilidades al Gobierno Militar, de la versión que sirvió para formar la “convicción” de la Comisión Rettig.

Pero el informe de ésta es la “historia oficial”, la llamada a prevalecer, merced a la más masiva, hábil y concentrada campaña político-publicitaria de que haya acuerdo en nuestra historia republicana.

La Siembra y la Cosecha

Los que un obispo de izquierda catalogó de “héroes” asesinaron al senador Jaime Guzmán. Los “villanos” eran, para él y la Concertación, los que combatían a asesinos como ellos.

Nada de lo que digamos podrá devolver la vida a Jaime Guzmán. Su pérdida es irreparable, pero nos ha legado una existencia llena de lecciones valiosas para los chilenos.

Lamentablemente, el crimen tuvo lugar de una manera tan atroz como previsible. Sólo días atrás el grupo que se lo atribuyó había repartido panfletos anunciadores de él. Pues los mismos a quienes cierto prelado calificó como “héroes” prefieren disparar contra civiles inermes que contra militares dispuestos a responder el fuego.

En verdad, en el país se ha venido consagrando un contexto propicio para estos hechos horrendos, y eso fue lo que Guzmán insistentemente denunció en sus últimas semanas de vida. Se ha predicado a los chilenos una “verdad”, si no oficial, oficiosa (en estos días se inician “cursos” sobre el Informe Rettig para tres millones de chilenos), según la cual los que tuvieron a su cargo reprimir la subversión fueron violadores de los derechos humanos, y los subversivos, personas inocentes a cuyos deudos debemos pedir perdón y ofrecer reparación.

El intento de una institución armada de revelar la verdad completa, citando frases del actual Presidente descriptivas del “ejército paralelo” extremista, pronunciadas en 1973, ha sido calificado como “un agravio” a S.E. por uno de sus ministros.

Y el mismo ministro ha proclamado que el Informe Rettig sigue “incontrovertido”. En el diario en que se comentaba ese aserto ministerial venía la carta de un familiar de una presunta víctima, según el aludido informe, de “atropello a los derechos humanos”, señalando la falsedad de que hubiera tenido lugar este último e incluso la inexactitud de la fecha señalada por la comisión

para el fallecimiento de su deudo. Leyendo el Informe compruebo que el desaparecimiento de dos personas en Argentina, tras ser apresadas por agentes argentinos, sin intervención chilena, se contabiliza como otro “atropello a los derechos humanos” del gobierno pasado. Pero el Informe Rettig sigue siendo oficialmente “incontrovertido”.

Así como la verdad oficial no es la verdad real, ella no puede conducir a ninguna reconciliación, sino, a través de relatos inculpatorios de los hombres de armas y exculpatorios de los terroristas, al renacimiento y fomento del odio por parte de éstos, víctima del cual ha caído Jaime Guzmán.

Nunca había habido en Chile más atentados terroristas que en el primer año de este Gobierno. Estos atentados se vuelven más atroces y sus autores más audaces. Los terroristas presos son o serán perdonados por el Gobierno. Por cierto, quienes han sido entrenados, adoctrinados y pertrechados para matar, difícilmente pueden dedicarse a otra cosa. Lo estamos viendo.

El horror de su más reciente crimen da lugar a proclamas en el sentido de que se debe “crear conciencia”. ¿Conciencia de qué, si públicamente se denigra a los servicios de seguridad e inteligencia y se reivindica la memoria, se implora el perdón y se ofrecen reparaciones al extremismo?

Jaime Guzmán tuvo el valor —que exhibió invariablemente a lo largo de su vida— de decir francamente todas esas cosas. El no haberle prestado oídos hace que estemos ahora cosechando lo que se ha sembrado durante un año. Hoy las campanas doblan por él, pero también por cada uno de los que aquí quisiéramos tener un país en paz.

03.04.91

Sólo el Disenso nos Puede Salvar

Los esfuerzos por debilitar la economía consiguieron su propósito: hoy (último quinquenio) volvemos a crecer a la tasa histórica anterior a 1973... o menos. Los esfuerzos por dismantelar la Constitución de 1980 han sido, por fortuna, sólo medianamente exitosos.

El otro día el Presidente resolvió indultar a una docena de terroristas. Piensa hacer lo mismo con un número adicional parecido en los próximos días. Fue dotado de esa atribución por consenso mayoritario. Claro que también hay similar consenso para estimar que el terrorismo es uno de los más graves problemas del momento. Pero los chilenos siempre hemos sido perfectamente capaces de ponernos de acuerdo para apoyar, a la vez, dos posiciones contradictorias entre sí. Por eso, un personaje público ha podido afirmar: “No estoy ni con una ni con otra posición, sino todo lo contrario”.

También parece haber consenso en que se debe mantener artificialmente alto el precio del dólar, impidiendo el libre juego en el mercado cambiario. El Banco Central, por ello, se ve obligado a comprar dólares, emitiendo pesos y expandiendo la cantidad de dinero, lo que contribuye a reavivar la inflación. Pero también hay consenso en que se debe combatir la inflación. Y se dice que existe, asimismo, consenso en que los precios de la economía deben determinarse en mercados libres. En este caso hay pleno acuerdo interno para apoyar, no ya dos, sino tres posturas contradictorias entre sí.

Y otro consenso ha permitido aprobar un aumento del salario mínimo de 27 por ciento. Pero también se concuerda en que es preciso incrementar el empleo. Como el mayor número de desempleados se encuentra entre los jóvenes que carecen de calificación, cuyas posibilidades de ocuparse disminuyen cuando se eleva por ley el salario mínimo, ambos consensos resultan, de nuevo, incompatibles. Además, un reajuste de 27 por ciento en momento en que se procura disminuir la inflación a menos de 18 por ciento configura otra triple contradicción consensuada.

También parece estar a punto de gestarse el consenso para politizar los regímenes municipal y regional. En la actual Constitución ellos se generan mediante una fórmula democrática ajena al partidismo político. Naturalmente, los partidos están desesperados. Hay numerosos cargos edilicios que miles de abnegados militantes y simpatizantes suyos estarían dispuestos a desempeñar con sacrificio. Y desde los municipios es posible influir en las elecciones parlamentarias y presidenciales (las habrá en 1993). Todas estas altas razones de interés público señalan la necesidad de alcanzar un acuerdo para tener elecciones municipales y regionales antes de un año.

Y después puede haber consenso para las demás reformas constitucionales: composición del Senado, integración y atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional y del Tribunal Constitucional, sistema electoral. La Constitución de 1980 es un delicado sistema de contrapesos que le confiere estabilidad al país y sin el cual no se habrían podido ni podrían sustentar las modernizaciones que lo han convertido en un modelo internacionalmente imitado y envidiado.

El consenso amenaza bajarnos de ese sitio y paulatinamente retrotraemos a lo que éramos antes de 1973, en términos tales que algún día los prohombres del ex gobierno militar puedan llegar a verse impelidos a reconocer, como Bolívar: “Hemos arado en el mar”.

Todo esto está gestando un fuerte consenso en torno a la idea de que sólo el disenso nos puede salvar.

15.05.91

Arrau Tal Vez No Comprendió

¿Qué cambió en 30 años para que, sorpresivamente, los estudiantes respetaran a Arrau?

Claudio Arrau era casi lo único permanente que nos iba quedando. En un país en que nada parece ser estable, pues todo se reforma sin ton ni son y a cada paso —ahora van a volver a cambiar la Constitución, cuando recién acaban de modificarla— la figura de Arrau, aun estando lejana, era una de las pocas constantes que podía exhibir año tras año la nacionalidad, a lo largo de casi un siglo.

El pianista tuvo la virtud de no haber pedido nunca nada especial al país, tal vez teniendo en cuenta que el erario financió sus estudios en Europa y la permanencia allá de él y su familia durante 10 años. Pero a otros se les ha dado eso y más, y después no han tenido inconvenientes para acusar a su patria de haberles dado el “pago de Chile”, dicho no siempre justificado, que acá encuentra gran acogida, porque todos nos sentimos acreedores del país y merecedores de mucho más de lo que él nos da.

Antes de 1973 Claudio Arrau solía venir periódicamente a certificar nuestra mediocridad de entonces. Recuerdo que en uno de esos viajes, hace bastantes años, le pidieron que diera un concierto gratuito en el Caupolicán, al que me cupo asistir. Siete u ocho mil rebeldes se negaban a guardar silencio para que el maestro comenzara a tocar. Finalmente se redujo el vocerío a un nivel aceptable y Arrau se inclinó sobre el piano —me parece estar viendo sus proverbiales dedos engarfiados surcando el aire hacia el teclado— justo en el momento en que una “talla” estremeció de risa a la concurrencia. Las manos del maestro quedaron suspendidas, inmóviles, antes de llegar al teclado.

Nuevamente el pianista se inclinó hacia el instrumento y avanzó las manos con los dedos prestos. . . pero otra “talla” generó el consiguiente eco de risas y volvió a dejar paralizado al ejecutante. Nueva espera hasta lograr un tercer silencio relativo. Pero esta vez el maestro, completamente adaptado ya a la realidad

nacional, comenzó a tocar sin miramientos y haciendo caso omiso del torrente de exteriorizaciones de ingenio de la masa estudiantil.

Durante el concierto las palomitas de papel cruzaban el Caupolicán de un lado a otro, y algunas planeaban peligrosamente cerca de la cabeza del eximio, que terminó su cometido dignamente, pese a la inconducta general. Tal vez ahí habría sido oportuno hablar del “pago de Chile”.

Arrau, desde luego, tuvo en esa ocasión más paciencia que Walter Giesecking, a quien las autoridades habían solicitado igual gratuidad unos años antes. El gran pianista alemán había decidido retirarse del mismo Caupolicán abruptamente y en el medio de una sonata inconclusa, seguramente cuando se le hizo ostensible que las ovaciones estudiantiles premiaban con mucho mayor entusiasmo a los aviones de papel que lograban atravesar el coliseo que a los méritos pianísticos gracias a los cuales había llegado a ser un ejecutante de renombre mundial.

Arrau volvió hace siete años, ya nacionalizado norteamericano. Dio un concierto gratuito para 11 mil estudiantes que lo oyeron en respetuoso silencio y lo ovacionaron después durante 12 minutos. Algo había sucedido en Chile, que él probablemente no comprendió bien, porque pocos años después lo vimos criticar precisamente eso que había ocurrido acá. Tal vez murió sin entenderlo, pero ello no obsta a que se le pueda calificar como una figura cumbre de nuestra nacionalidad.

12.06.91

Aliteraciones Autóctonas

Mi batalla contra el barbarismo (por ser una barbaridad) “v/s” ha sido tan sostenida como inútil.

Se sabe de personas que, con loables optimismo y tesón, han procurado encontrar patrones lógicos en las conductas o predicamentos de los chilenos, desoyendo las reiteradas advertencias de los conocedores de la estirpe en el sentido de que las categorías del raciocinio autóctono pueden obedecer a cualesquiera normas o leyes, pero jamás a las de la lógica.

Por eso seguramente los telespectadores racionales y cultos de 37 países deben estar todavía preguntando qué significa la fórmula “v/s” que apareció en el tablero electrónico del Estadio Nacional durante la inauguración de la Copa América, entre los nombres de los equipos que se enfrentaban esa noche. ¿Velocity divided by space? ¿Una fórmula táctica secreta de los chilenos, presentada así para que no la comprendieran los rivales? Por supuesto que no. Eso habría tenido cierta lógica. Sólo fue otra manifestación del porfiado semianalfabetismo aborigen: en efecto, así se acostumbra acá, sin ningún fundamento gramatical ni intelectual, abreviar la expresión latina “versus”, que significa “contra”, y que en el mundo civilizado se abrevia “vs.” o también, a veces, cuando va entre dos nombres propios, “vs/.”

Vengo luchando hace años contra el “v/s” criollo. Incluso alguna vez escribí una columna titulada —ingeniosamente, al decir de algunas personas que insisten en herir mi natural modestia— “Vs. Versus V/s”. Pero fue inútil. En definitiva ganó “v/s”. Un amigo me aconsejó anteayer que no me preocupara, pues estas “aliteraciones” persistentes suelen terminar por entrar a formar parte válida del idioma. Asentí, para que él no fuera a sospechar que no sabía lo que significaba “aliteración”. Sin embargo, después recurrí al diccionario y quiere decir algo distinto. Pero de todas maneras el término me parece bastante impresionante, tanto que no sé si siga tratando de explicarles a mis porfiados compatriotas que la abreviatura “v/s” es tan absurda como lo podría ser “s/r” para abreviar “señor”.

De manera que los telespectadores de 37 países se están preguntando a estas alturas qué lógica inspira la gramática chilena. La respuesta debe ser la misma que si preguntaran qué lógica inspira la política chilena: ninguna.

Pues en nuestra política actual se consagran “aliteraciones” todos los días. Por ejemplo, ahora se ha declarado una guerra publicitaria al terrorismo, junto con poner en libertad a los terroristas y disminuirles las penas. El “FMR”, por su parte, ha “aliterado” también su nombre y ahora se firma “FPRL”, pero ambos usan los mismos lanzacohetes Law y fusiles M-16, internados por Carrizal Bajo, y ambos atentan contra las mismas entidades y personas, en nombre de las mismas ideas. Pero el Gobierno libera a los del “FMR” haciéndonos creer que los verdaderos malos son los del “FPRL”.

La política económica actual, como ya lo he señalado, ha consistido en subir los impuestos a la inversión, favorecer las huelgas, detener las privatizaciones y gravar el ingreso de capitales extranjeros. Pero, en virtud de otra “aliteración”, el Gobierno se enorgullece ante el mundo, que a su turno lo felicita, por el éxito conseguido gracias a las rebajas de impuestos, la restricción de la huelga, las privatizaciones y la apertura al capital externo hechas durante el régimen anterior.

Como, según las últimas encuestas, en esta pugna entre la “aliteración” sistemática vs. la verdad, quienes practican la primera gozan del respaldo de casi los dos tercios de nuestra colectividad, el tablero del estadio no ha hecho sino simbolizar urbi et orbi la genuina realidad nacional.

10.07.91

No Pude Aplaudir

Con el transcurso del tiempo me he convencido de que don Patricio es un socialista de alma.

Me encontraba entre el público asistente a una “clase magistral” de S.E., con motivo del aniversario de un diario de esta casa. Cuando terminó su alocución, la concurrencia aplaudió, entusiasta, pero yo, tal vez faltando a una norma de urbanidad —mal que mal también soy de esta casa—, me abstuve. Hasta ahora nadie me ha preguntado por qué lo hice. Es que la gente tiene mucho tacto. Claro que alguien me ha insinuado que tal vez a nadie le importaba lo que estaba haciendo yo.

Sea como fuere, considero que debo una explicación. Es que S.E. hizo un panegírico de la intervención del Estado en la economía chilena y en los pasados 60 años que me resulta simplemente imposible de aplaudir sin violentar convicciones muy preciadas. En cambio, quedó patente que, para S.E., recordar la época de oro del estatismo en Chile es una añoranza grata. En efecto, tras lamentar que se haya “puesto de moda denigrar al Estado”, añadió: “Creo un deber de justicia señalar que Chile no tendría su alto nivel de electrificación, ni sus grandes obras de regadío, ni produciría acero, petróleo y remolacha, ni habría desarrollado su mediana y pequeña minería, ni alcanzado los niveles de salud y educación a que ha llegado, y su problema de vivienda sería muchísimo peor, si el Estado no hubiera asumido las tareas que en esa etapa, especialmente a partir del gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, tomó en sus manos”.

Sin embargo, fue la inversión privada la que hizo posible el grueso del regadío chileno; y la que dinámicamente tenía lugar en la generación eléctrica sólo resultó frustrada cuando el Estado congeló las tarifas que podían cobrar los inversionistas extranjeros que habían capitalizado el sector, los cuales, obviamente, dejaron de hacerlo. Como consecuencia, durante los gobiernos radicales los inviernos de los santiaguinos se desarrollaron en medio del constante racionamiento eléctrico.

En cuanto al petróleo, el Estado se reservó su exploración y explotación. Siempre he pensado que si hubieran estado abiertas a particulares, tal vez habríamos exportado petróleo o sido, al menos, autosuficientes. Y si no hubiera habido una Iansa estatal tampoco tendríamos “banda de precios del azúcar” y nuestros consumidores habrían podido comprar ese alimento más barato. A los productores de remolacha no les habría faltado un cultivo en el cual tuvieran mayores ventajas comparativas. Respecto de la salud, sabemos cómo es la que proporciona el Estado; una gran aspiración de los trabajadores es la de tener acceso a los sistemas privados que se crearon durante el Gobierno militar; y también sabemos cuál educación —si la estatal o la particular— eligen los padres de familia, cuando pueden hacerlo.

Bajo el estatismo que añora y defiende don Patricio Aylwin, Chile llegó a ser el país de mayor inflación del planeta, durante decenios, a la vez que iba a la zaga del Tercer Mundo en materia de desarrollo. Ahora él abjura de la consigna DC de que “todo tiene que cambiar”, pero ella nació precisamente bajo el estatismo y porque casi todo andaba mal. Claro que la receta DC fue, en su tiempo, la de que hubiera todavía más estatismo, “proceso de cambios” que la misma DC culminó votando por Allende en el Congreso Pleno de 1970 y llevándolo al poder.

De modo que, con el mayor respeto al Presidente de la República, me contraigo a dejar que otros —nunca le van a faltar— aplaudan su apologética de la acción del Estado en la economía del país, porque yo jamás lo voy a hacer.

28.08.91

Pago de Deuda Social

Esta columna cayó en 11 de septiembre y aproveché la ocasión.

Es ésta una fecha oportuna para convocar a los chilenos a reconocer la deuda que el país tiene con el gobierno que rigió sus destinos entre 1973 y 1990. Su gigantesca obra de bien nacional hará que, más allá de una decisión burocrática acerca de si se declara o no “feriado legal”, el 11 de septiembre pase a ser considerado un aniversario patrio fundamental.

Debemos a esa administración, en primer término, el habernos librado del sistema de gobierno que más vidas ha segado, más libertades ha suprimido y más sufrimientos ha ocasionado en la historia de la humanidad: el comunismo marxista- leninista. Los militares chilenos enfrentaron en su terreno y vencieron a un ejército marxista, amparado por el gobierno de igual signo, de más de 10 mil guerrilleros bien pertrechados y bajo conducción militar extranjera (cubana) confesa. Consumaron esa tarea con su proverbial eficacia guerrera, tal vez sin prever que después sería incomprendida y aun condenada por muchos “héroes de escritorio” que, cuando la camisa no les llegaba al cuerpo, los habían incitado angustiosamente a realizarla.

Debemos también al gobierno militar la libertad de educación para nuestros hijos y la creación, al amparo de ella, de centenares de colegios y decenas de universidades e institutos de educación superior que compiten por cultivar los talentos de nuestra juventud, otrora carente de horizontes. Hoy, cuando el intervencionismo otra vez amenaza a numerosos colegios particulares gratuitos y siembra la sospecha contra las universidades privadas, como si la abundancia de oportunidades de educación superior fuera un pecado social, valoramos doblemente aquel avance señero del régimen anterior.

Debemos al mismo también la consolidación del derecho de propiedad en Chile, al amparo del cual fructificaron miles de iniciativas creadoras de empleos para millones de chilenos, se produjo el milagro de nuestra apertura al exterior y de nuestras exportaciones masivas, acudieron miles de millones de dólares de

inversiones extranjeras y el nombre de nuestro país dio vuelta al mundo como ejemplo de solución para los problemas económicos y sociales generados por el estatismo.

Debemos al gobierno militar un eficiente sistema privado de salud, que cada día va quedando al alcance de más chilenos desilusionados del sistema estatal, y un régimen previsional personalizado, sólido y próspero, que contrasta con el de miseria al que la previsión estatal condenó a los jubilados.

Debemos al gobierno militar el haber perseguido inflexiblemente a la delincuencia, tanto común como terrorista, y hecho retornar durante años la seguridad a las calles de las ciudades chilenas.

Debemos al gobierno militar las privatizaciones de empresas, que transformaron a monstruos estatales deficitarios en prósperas unidades productivas que dan recursos al Estado, invierten y generan empleos como nunca antes lo habían hecho, y pagan además dividendos a miles de capitalistas populares.

Le debemos haber sentado las bases para una televisión en manos múltiples, con transmisiones pluralistas por variadas frecuencias, cable y microondas; la explosiva aparición de medios escritos y la ubicación del país a la vanguardia de las comunicaciones y de la informática.

Le debemos, entre tantas cosas más, la disminución de los impuestos, que impulsó la inversión, permitió ofrecer empleos en números sin precedentes e incrementó la propia recaudación tributaria para, en conjunto con el producto de las privatizaciones, ir en auxilio de los más pobres hasta casi erradicar los fatídicos “campamentos” en que ellos vivían y que, al término de su mandato, se podían contar con los dedos de la mano.

Si hay deuda social en Chile es la que tenemos con el gobierno militar; y cada 11 de septiembre debería ser ocasión propicia para que los chilenos conscientes de ella contribuyéramos a saldarla.

11.09.91

Carta de Navegación

El gobierno del Presidente Aylwin fue reunido en un almuerzo para elaborar una “carta de navegación”.

Excelente idea la del Presidente de la República la de reunir el domingo a almorzar a todos sus ministros, subsecretarios y jefes de servicio. Nada hay como un almuerzo para levantar el ánimo de los chilenos comprometidos en una empresa común. A la hora de los postres muchos llegan a creer en el éxito de ella.

En otras partes ni siquiera es preciso el almuerzo. En el colegio donde estudié, un sacerdote norteamericano nos recomendaba que hiciéramos, al estilo de su país, un “pep rally” antes de cada encuentro deportivo. Tenía por objetivo convencernos mutuamente de que éramos los mejores, de que íbamos a ganar y de que los adversarios eran un mísero hato de cucarachas. Frecuentemente las cucarachas nos derrotaban, pero entonces hacíamos otro “pep rally” para convencernos de que nos importaba un comino perder.

Leí detenidamente la “carta de navegación” expuesta en el “pep rally” del Gobierno. Es un documento que expone en excelente forma las sólidas razones que hay para no hacer las cosas que la Concertación prometió en su programa. En efecto, anuncia estabilidad de la política económica y, con algunos rodeos, la postergación de las reformas constitucionales para el próximo período presidencial. Excelente. Si sigue así, este Gobierno podría tener un lugar en la historia con una calificación bastante pasable.

Pues todos los problemas que hoy tiene, salvo la inflación, derivan de intentos de dar cumplimiento a su programa. La inversión de origen interno ha caído como consecuencia de los impuestos que la gravan a partir del año pasado. El desempleo se ha incrementado a raíz de las reformas laborales. La inseguridad pública llega a niveles alarmantes debido a la disolución del organismo de seguridad. El auge del delito es consecuencia de la legislación que ha favorecido a los delincuentes.

Es cierto que hay presiones políticas derivadas de que “la gente” no estaría contenta, según algunos. Pero “la gente” nunca está contenta. El Presidente Frei decía que a cada chileno le gustaría tener una ley propia de beneficios bajo el brazo. La inflación chilena nació hace 50 años, pues se dictaron leyes reconociendo “conquistas sociales” a casi toda “la gente”, con el resultado de que, como decía Carlos Altamirano en 1970 —y con razón—, Chile se quedó, en materia de desarrollo, a la zaga de América Latina, y eso que América Latina iba a la zaga del mundo. El único primer puesto que ocupábamos era en el aumento del IPC.

Por supuesto que es dramático ser elegido en nombre de un programa y después no aplicarlo. Pero es que sería mucho peor para el país aplicarlo. Los programas para ganar las elecciones tienen que ser necesariamente muy diferentes de los que sirven para gobernar bien. Esa es la tragedia de la política latinoamericana: los buenos gobernantes terminan siendo los que no cumplen sus programas, dado que los candidatos con buenos programas no tienen posibilidad alguna de convertirse en gobernantes. “La gente” siempre prefiere votar por los malos programas, pero después no ve inconvenientes en repudiar a los gobernantes que los cumplen y, por tanto, fracasan.

Todo esto es bastante confuso. Pero la política es un arte confuso. Tanto que, a propósito del reciente aniversario del descubrimiento de América y de la “carta de navegación” del Gobierno, alguien ha recordado que Colón fue un perfecto político: no sabía adónde se dirigía, tampoco supo adónde llegó, y viajaba con plata del Estado.

16.10.91

¿Qué Moral Está en Crisis?

El siguiente examen de la vigencia de los mandamientos tuvo un resultado pavoroso.

Cuando el otro día el señor Arzobispo denunció una crisis moral, estuve respetuosa pero automáticamente de acuerdo y evadí el tema una vez más, dando vuelta la página del diario donde aparecían sus opiniones. En realidad, desde hace muchos años los prelados y, en general, las personas mayores vienen denunciando la crisis moral. Encontrándoles razón, siempre pensé que era un tema del resorte exclusivo de los unos y las otras. Pero ahora me llama un feligrés y me exige un pronunciamiento al respecto. ¿Habré pasado a ser “persona mayor”? Sería grave. No sé si reúno las cualidades de tal. Pero acepto el desafío y reflexiono sobre la materia.

Un episodio hogareño de hace dos décadas contribuyó mucho a tornarme evasivo frente a ella. Un hijo mío de siete años me dijo un día que el padre X le había dado un beso a la miss Y en el recreo. Le pregunté si no sería un profesor laico o el padre de otro alumno, pues yo sabía que varios apoderados habrían estado gustosamente dispuestos a besar a la miss Y. Mi hijo respondió que no, que era el sacerdote X, de modo que le di un tapabocas, tras lo cual se alejó protestando que se había limitado a contarme lo que había visto. Poco después el padre X se casó con la miss Y constituyeron un matrimonio socialmente irreprochable. O al menos irreprochado. Fue un hito revelador de que yo ignoraba los nuevos patrones morales básicos del medio social.

He vivido en una cómoda indiferencia al respecto. Pero ahora, al pasar a formar parte de la “gente mayor”, se me convoca a identificar esos patrones y a definirme frente a ellos. Resolví acudir a las fuentes primarias en busca de orientación. Como país cristiano que somos, supuse que podría hallarla en los Diez Mandamientos. Descubrí que había olvidado varios. Consulté a un par de señoras muy devotas, pero tampoco se acordaban: “Es que ya nadie los menciona”, se disculparon. Al fin yo mismo terminé por recordarlos todos. A veces la “memoria senil” viene en ayuda de la “gente mayor”.

Fui repasando. “No matar”. Si, pero hace un tiempo un señor obispo decía que los homicidas de cinco escoltas del Presidente Pinochet posiblemente iban a ser considerados como héroes en el futuro. Y parece que una mayoría de la población considera lícito el “aborto terapéutico”, consistente en matar a un niño por el delito de no haber nacido. Todo indica que ese mandamiento ya no está muy vigente.

“No fornicar”. Precepto tan claro como impopular. Cuando el Papa preguntó a los jóvenes católicos en el Estadio Nacional si prometían abstenerse del sexo, éstos respondieron con un categórico “¡No!”. Y nadie los llamó al orden. Sin duda, ese mandamiento también cayó en desuso.

“No codiciar los bienes ajenos”. Pero se dice que la justicia social consiste en redistribuir bienes ajenos. Las mayorías no pueden sino sentirse moralmente instadas a codiciarlos. Ese mandamiento también parece haber quedado derogado.

“No levantar falso testimonio ni mentir”. Decididamente inaplicable en Chile, al igual que “no hurtar”.

“No desear la mujer de tu prójimo”. Cada día más mujeres abandonan al prójimo con que están casadas para irse con otros que las desean, y que a su vez abandonan a la propia porque desean la del prójimo, de modo que cuando llega el momento de “honrar padre y madre”, muchos hijos ni siquiera saben dónde encontrarlos. En fin, de los tres mandamientos restantes nadie se preocupa nada.

En consecuencia, no es la moral la que está en crisis: la crisis consiste en que nos hemos quedado sin moral.

30.10.91

Buscando la Verdad

La mayoría de los chilenos, claro está, no saben nada acerca de las cosas que dice esta columna, que desmiente la “verdad oficial”.

Hace días hizo preparativos para inmolarse frente a La Moneda (se roció con bencina) la madre de los hermanos Vergara Toledo, en protesta por la “impunidad” de quienes, en 1985 y 1988, habrían dado muerte a sus hijos. Afortunadamente fue detenida antes de consumar su propósito. A raíz de ello el sacerdote Roberto Bolton escribió en “El Siglo”: “La dictadura inhumana, signada de muerte, fijó su mirada castrense, o más bien castrada y castradora, en esta familia que creía y adoraba al Dios de la vida. . . Le disparó a Eduardo por la espalda, le dio a Rafael en la nuca, hizo volar a Pablo”.

El Presidente, por los mismos días, justificando su metódica liberación de terroristas, expresó: “Hay muchos hechos de sangre en este país que no sólo no han sido investigados ni esclarecidos, sino que permanecen impunes. Hay una injusticia frontal entre el hecho de que la justicia les cargue la mano a unos y no a otros”.

Todo esto me indujo a hacer algo completamente insólito en el país de los cerebros lavados: averiguar la verdad. Hela aquí: al anochecer del 29 de marzo de 1985 un furgón de carabineros, en Las Rejas con 5 de Abril, se detuvo para interrogar a tres sospechosos. Al aproximarse a ellos, el cabo Marcelo Muñoz Cifuentes recibió un disparo en el tórax y otro en una pierna. Sus compañeros persiguieron a los agresores y los alcanzaron en el interior de la Villa Kennedy, donde se produjo un tiroteo en el curso del cual murieron dos miembros del trío, los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo.

Días después fueron enterrados, entre banderas del MIR. Su padre se enorgulleció de tener hijos “que realmente son capaces de dar la vida por los demás”. Su madre reconoció que su hijo Rafael era “profundamente revolucionario”.

El Informe Rettig trata el caso bajo el epígrafe “Los Falsos Enfrentamientos” y afirma que uno de los hermanos “fue ejecutado por agentes estatales”, pero, contradiciendo el epígrafe, reconoce que hubo enfrentamiento. No niega ni explica las graves heridas del cabo Muñoz. Al parecer, los derechos de éste no eran suficientemente “humanos”.

En noviembre de 1988 una explosión derribó una torre de electricidad en Temuco. Al acudir personal a reponer el servicio, se encontró con dos cadáveres al pie de aquélla, un hombre y una mujer, despedazados por la explosión. Según documentos de identidad hallados en sus ropas eran Eduardo Durán y Alicia Sanhueza, y así se publicó en la prensa. Portaban un maletín con más cables y explosivos. Días después se comprobó que las cédulas de identidad eran falsas. El muerto se llamaba Pablo Vergara Toledo. No he hallado referencia a su caso en el Informe Rettig.

Visto lo anterior, me pregunto: ¿cuál es la “impunidad”? ¿Tal vez los compañeros del cabo Muñoz debieron dejarse matar... o huir, en vez de perseguir a sus agresores? ¿Es que los agentes de seguridad de Temuco debieron autoinmolarse con los explosivos que Pablo Vergara no alcanzó a emplear?

Pues parece que en Chile, hoy, quienes enfrentaron al terrorismo deben pedir perdón por no haber sido asesinados.

Y ¿qué es eso de que “la justicia” le cargue la mano a unos y no a otros? La amnistía de 1978 fue igualitaria y permitió liberar a mil quinientos procesados y condenados por tribunales militares, dejando impunes a muchos más prófugos o en la clandestinidad. Después, todos los delitos han podido y pueden ser investigados. Los únicos privilegiados han sido los más de 300 terroristas de izquierda indultados por S.E. o beneficiados por las leyes Cumplido.

Pero en el país de los cerebros lavados puede decirse cualquier cosa y pasará, salvo, claro está, la verdad.

27.11.91

Seguimos Siendo Chilenos

Siempre me han interesado algunos rasgos propios del carácter nacional. El burro muerto mencionado al final de esta columna me trajo, más adelante, algunos malos ratos.

Después de oír el discurso presidencial del lunes, tengo la satisfacción de anunciar al país una comprobación importante, que los historiadores sabrán evaluar en su justa significación: seguimos siendo genuinamente chilenos.

Porque una arraigada tradición nuestra señala que cuando tenemos un problema, nunca debemos solucionarlo directamente, sino que debemos proceder a hacer una o más de las siguientes cosas: dictar una ley, crear un ministerio o nombrar una comisión. Ninguna de estas cosas sirve, por lo general, para solucionar nada. Por eso tenemos cada vez más leyes, ministerios, comisiones y problemas.

Frente al auge del delito el Presiden te ha anunciado no menos de siete reformas legales, una de ellas al texto constitucional. ¿Será la tercera o la cuarta reforma constitucional de este año? Y si bien es cierto que no anunció la creación de un nuevo ministerio, sí ha dispuesto fundar una subsecretaría, lo cual parece suficiente para conservar vigente la tradición. Se formará, asimismo, un Comité Consultivo de Inteligencia para actuar contra el terrorismo, órgano que debe considerarse como un sustituto aceptable de la comisión que las costumbres nacionales recomiendan como solución primaria frente a cualquier problema no resuelto.

Los hábitos chilenos exigen, además, que ninguna iniciativa de la autoridad guarde demasiada coherencia con otras adoptadas antes por ella. Este requisito también se cumple en el nuevo paquete de medidas, porque el Gobierno está empeñado, desde que asumió el mando, en la tarea de indultar delincuentes y rebajarles las penas, lo cual no guarda coherencia con el compromiso anunciado el lunes de proceder con mayor severidad contra los delincuentes y agravarles las condenas. Esta abierta contradicción preserva de una manera particularmente lograda, pues, otro de los rasgos más discernibles y comentados del carácter

chileno.

Además, respondiendo al sentimiento de horror de la ciudadanía al enterarse, a través de reportajes televisivos, de la situación de las cárceles, bien graficadas en las escenas de sus baños y dependencias sanitarias con sus suelos cubiertos de una ciénaga de excrementos, se anuncia la destinación de mil millones de pesos para edificar inmediatamente un nuevo establecimiento penitenciario. Por cierto, no se ha anunciado la elemental medida, mucho más económica, de hacer limpiar en el acto el suelo de los baños de las cárceles. Eso no sería propio del carácter nacional. Lo adecuado parece ser que, una vez edificado el nuevo penal de mil millones de pesos, el suelo de sus baños y dependencias sanitarias también quede a corto plazo cubierto de excrementos y sea exhibido para horrorizar a la ciudadanía.

Todos estos rasgos permanentes de chilenidad encuentran sus raíces en nuestra historia. Recuerdo haber leído, en las memorias de viaje de un visitante británico de 1818 su sorpresa por el hecho de que un burro muerto permaneciera depositado en la Plaza de Armas de Santiago durante semanas, sin que nadie pareciera preocuparse por ello. El inglés no tenía medios de enterarse de que, con toda seguridad, los chilenos de entonces estaban muy preocupados de la remoción del burro muerto dictando leyes, creando organismos (tal vez el Ministerio de Salud deba su existencia a un episodio como éste) y formando comisiones.

A la Concertación debemos reconocerle la capacidad de mantener incólume la vigencia de estos rasgos imperecederos de nuestra nacionalidad.

11.12.91

Mi Primera Medida

Finalmente, contrariando mi aserto de que en este país nadie me hace caso, se consagró la libertad cambiaria.

Cierta vez una periodista me pregunto de improviso cual seria la primera medida que tomaría si resultara elegido Presidente de la Republica. Yo, como casi todos los chilenos, había pensado muchas veces lo que haría si me eligieran Presidente, pero eran todas cosas mucho más agradables que la de tomar medidas concretas, de modo que, muy desconcertado, creo haberle respondido algo así como que “un gobernante serio no tiene una primera medida, sino un programa coherente e integral de acción, que se pone en marcha en su conjunto desde el primer día de su mandato”. Respuesta, por cierto, fatua y pretenciosa, como la generalidad de las que uno da en las entrevistas.

Pero en estos días, si bien mis posibilidades de alcanzar la más alta magistratura no han experimentado mejoría, se me ha ocurrido cuál seria una primera medida: liberar el mercado cambiario.

Sostengo fundadamente que si en este siglo no hubiera habido control de cambios, los chilenos habríamos sido considerablemente más felices. Desde luego, los Presidente lo habrían sido, si ello cabe (pues los ciudadanos comunes siempre creemos advertir que todos los Presidentes, incluso los que han llamado a la Moneda “la casa donde tanto se sufre”, no cambiarían su oficio por ningún otro). Pero el control cambiario los hace pasarlo mucho menos bien de lo que podrían.

Por ejemplo, ahora los exportadores están furiosos con el Gobierno por las recientes medidas cambiarias, si bien han sido adoptadas por el Banco Central, pero con la aquiescencia de aquél. Si hubiera existido la plena libertad cambiaria y el dólar hubiera bajado, probablemente también estarían furiosos y habrían culpado al Gobierno, pero sin razón alguna en ese caso, lo que establece una diferencia que, hay que advertirlo, a los chilenos nunca nos ha importado demasiado.

Estimo acertadas las recientes medidas cambiarias, en cuanto amplían la banda de fluctuación del dólar y, por tanto, se acercan al ideal de libertad del tipo de cambio (que es una banda con piso cero y techo infinito).

Además, concuerdo con el presidente del Banco Central en cuanto a que el dólar no caerá al piso de la banda, pues no conozco el caso de un país que tenga una inflación crónica de aproximadamente 20 por ciento (Chile), cuya moneda se revalúe sostenidamente respecto de la de otro cuya inflación crónica sea de seis por ciento o menos (Estados Unidos).

En el fondo, nuestro síndrome respecto del dólar es la falta de fe en el mercado como asignador de recursos. Todos ahora dicen ser partidarios de una economía de mercado, pero cuando llega el momento de ajustarse a sus normas, resulta que todos, unos por conveniencia, otros por ignorancia y otros más por debilidad política optan por el control estatal.

El Banco Central ha dado un paso correcto hacia la libertad cambiaria y puede contar con mi apoyo, aunque ello me signifique tener que idear otra primera medida para el caso, lamentablemente muy improbable por ahora, de que deba hacerme cargo de los destinos del país.

29.01.92

Los Hijos de las Tinieblas

Confieso que de los siete libros que tenía en el velador, terminé cuatro. El de Whelan lo completé cinco años más tarde y, como más adelante se verá, me deparó algunas grandes sorpresas.

Algunos buenos amigos me han hecho llegar varios igualmente buenos libros. Ello, sumado a mi condición de especialista en asuntos generales, me pone en la estresante situación de estar crónicamente leyendo varios libros sobre diferentes temas a la vez. Ahora, por ejemplo, tengo en distintos grados de avance las siguientes lecturas: El Quijote, novelón larguísimo, aburrido y opaco (no tiene una sola cita que pueda alcanzar categoría shakesperiana), que leo como una forma de disciplinar el carácter y perfeccionar la redacción, para cuyo efecto es útil; “Cosmos”, de Carl Sagan, en primera relectura; “Out of the Ashes”, de James Whelan, sobre “la vida, transfiguración y muerte de la democracia en Chile”, que debí hojear apresuradamente hace un par de años para hacerle un comentario, a raíz de lo cual caí en la cuenta de que merecía una detenida lectura; el fascículo nueve de la Historia Universal del “Times” de Londres; “Trópico de Cáncer”, de Henry Miller; “¿Esta Dios contra la Economía?”, de dos autores suizos, y “Red Horizons”, de Ion Pacepa, jefe de la inteligencia rumana bajo el régimen de Ceausescu.

Hago esta detallada referencia en atención a que un diario ha preguntado a diversas personalidades qué están leyendo este verano y para el improbable caso de que un sector de opinión publica haya quedado insatisfecho a raíz de haberseme omitido en dicha encuesta.

Pero al libro a que quería hoy referirme es al del hombre de confianza de Ceausescu, cuya lectura me ha hecho exclamar: “¡Cuánto más astutos son los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz!”. Los primeros, por cierto, son los comunistas y sus secuaces; y los segundos, las personas que piensan como yo y, por esta vez, los democratacristianos que están en el Gobierno.

Ceausescu, regalón de Occidente por haber fungido como “rebelde” a Moscú,

ha sido uno de los personajes mas endemoniadamente astutos de este siglo, como se desprende de las ingeniosas trapisondas referidas por Pacepa, principal ejecutor de las mismas. Posó de “disidente” de la URSS, con plena aquiescencia de ésta, a cuya KGB traspasó todo secreto que logró extraer de Occidente; convenció a Arafat de adoptar una pose “moderada” para ganar posiciones, fabricando un grupo terrorista “opuesto” a él, manipulado, por cierto, por ambos, que no vacilaron en hacer asesinar por el mismo a un personaje próximo a Arafat, para ganar credibilidad; en fin, administró hábilmente a su “hermano” Khaddafy, extrayéndole centenares de millones de dólares a cambio de encubrir a sus terroristas.

Todo lo cual inevitablemente hace pensar en los ardides del marxismo criollo y sus FMR, MIR, MJL y, ahora, “Pueblo en Armas”, todos la misma cosa, pero para obtener indultos y beneficios penales, con un nombre; y para seguir cometiendo atentados, con otro. En definitiva, al cabo de dos años el Gobierno ha liberado, perdonado e indultado a muchos más terroristas que los que ha logrado apresar. ¡Los hijos de las tinieblas mienten tanto mejor que nosotros! Y eso que los hijos de la luz, al menos en Chile, somos bastante mentirosos. Pero casi siempre nos pillan. Y, encima, aquéllos reciben protección de algunos hijos de la luz. Me refiero, por cierto, a los DC, si bien el capítulo cuarto del libro de Whelan allega mas que suficientes razones para no incluirlos en nuestro lado.

Sea como fuere, el balance es desalentador y nos fuerza a llegar a la conclusión de que por muy hijos de la luz que seamos, frecuentemente parecemos andar a tientas en la oscuridad.

Todavía Un Gran País

Al releer la siguiente columna sentí que tal vez ella interpretaba como ninguna otra de las que he escrito mis opiniones sobre mi país y sus gobernantes.

El ministro Lagos ha hecho uso de la palabra para inaugurar nuestro stand de Sevilla, que tiene la gracia de ser original (cosa que a los chilenos no solo nos cuesta ser, sino que nos asusta mucho), y en su discurso nos ha descrito como “un país pequeño que se organiza para funcionar bien”. Pero no somos un país pequeño. Desde luego, ninguno realmente tal puede enviar una delegación tan numerosa de ministros, parlamentarios y funcionarios con viáticos de cien dólares el día, como lo ha hecho el nuestro. Lo que sí somos es “apequenados”, que no es lo mismo.

Desde luego, territorialmente Chile es más grande que casi todos los países de Europa. Y nuestra población es más numerosa que la de varios de ellos, cuyos gobernantes y ciudadanos no andan diciendo que el suyo es un país pequeño.

Además, tenemos un territorio muy rico. Los yacimientos mineros, las tierras agrícolas, las fuentes de energía y las extensas superficies inexploradas que todavía existen en Chile lo constituyen en una de las naciones de mayores expectativas y más favorecidas por la naturaleza que sea posible encontrar.

Pero toda una mentalidad, derivada a su turno de todo un sistema de formación cívica y de programas de educación, consagró el “apequeñamiento” como un modo de ser nacional. En el residió la fórmula generalmente aceptada para transitar por la vida en Chile. Un verdadero complejo de inferioridad caracterizó al país durante décadas en que pareció cerrarse a toda idea de grandeza, a todo desafío mayor y, en el orden económico, al comercio exterior y a la competencia externa, proscribiendo también la interna. Hace treinta años un académico inglés hizo un análisis comparativo de todos los programas de estudio de las naciones no tropicales y llegó a la conclusión de que el más negativo para el desarrollo de la iniciativa personal y del espíritu de creatividad y de empresa era el chileno. Este, en efecto, resultaba conducente a la formación de sujetos de nula ambición,

mínima iniciativa, mediocres e inspirados en un credo igualitario que es la explicación de fondo para esa institución nacional denominada “chaqueteo”, destinada a evitar que nadie se empine en ninguna forma sobre el promedio.

El resultado de esa mentalidad no podía ser otro, obviamente, que la quintaesencia del igualitarismo obligado, el marxismo, al cual llegamos a través de diversas instancias de “consenso”, hace algo más de dos décadas, y que terminó en lo que todos sabemos.

Posteriormente tuvo lugar una revolución que si bien conculcó libertades políticas, consagró todas las demás, entre ellas la educacional, a raíz de todo lo cual el país emprendió un acelerado despegue, del cual la Concertación no ha podido aun desprendernos, si bien no ha agotado sus esfuerzos, entre ellos el de restablecer un cierto dirigismo educacional que nos permita en el futuro impedir los destellos individuales demasiado significativos y capaces de comprometer la subsistencia de un cómodo status de permanente mediocridad.

Pero mientras todo ello no sea logrado, y en aras del rigor histórico, debemos dejar enérgica constancia de que seguimos siendo el país grande que llegamos a ser bajo el gobierno anterior, y debemos rechazar rotundamente el status de pequeñez a que quiere volver a reducirnos la Concertación.

22.04.92

A La Altura de la Pingorota

No todo había de ser crítica a don Patricio.

En lugar de someter a la crítica o a la befa a quienes en la vida pública emplean giros idiomáticos castizos y tradicionales, deberíamos prodigarles el aplauso y el estímulo, porque contribuyen a evitar, o por lo menos a paliar, el empobrecimiento lingüístico de que estamos dando cada vez más y mayores muestras los chilenos en general y muy en particular quienes son hombres públicos.

Siempre las habilidades gramaticales de nuestra raza han sido limitadas, tal vez como consecuencia de parte de su ancestro, pues es proverbial el laconismo de los araucanos. Con la notoria excepción del cacique Colo Colo, capaz de hablar interminablemente, si bien en forma bastante sensata, nuestros antepasados aborígenes eran muy parcos, por contraste con la locuacidad que sus descendientes más directos despliegan en nuestros días cuando llega el caso de hacerse gratuitamente de algún predio ajeno y valioso, perspectiva ante la cual, sin embargo, es probable que hasta el más parco de cualquier progenie no pudiera sino volverse locuaz.

No se me escapa que en todo esto hay una gran paradoja, como es la de que esta raza con tan pocas habilidades lingüísticas se las ingenie para producir constantemente notables hombres y mujeres de letras. Sea como fuere, tales excepciones no bastan para desvirtuar la regla, que es la del progresivo y evidente empobrecimiento del habla autóctona.

En la vida política ello resulta particularmente notorio. En las sesiones del Senado o de la Cámara de hace 40, 80 ó 100 años, así como era raro que se hiciera aportes sustantivos a la solución de los problemas del país, cosa que, por lo demás, pocos han esperado o esperan de los parlamentos, había numerosos padres conscriptos y representantes del pueblo capaces de dar espléndidas muestras de erudición y de cultura retórica, reveladoras de muchas horas de lectura serena de obras clásicas completamente ajenas al pedestre quehacer

legislativo. A cambio de una dieta muy módica, a la cual, tal como hoy, se le hacían adiciones inconstitucionales, pero, a diferencia de las actuales, bastante magras, había un contingente de parlamentarios tan capacitados para rendir válidos tributos al idioma como para imponerlos sobre sus compatriotas.

Debemos lamentar que hoy uno se encuentre a parlamentarios, e incluso a ministros de Estado, adornando sus argumentaciones más lúcidas, en el mejor de los casos, con dudosos símiles futbolísticos o boxeriles. Ellos seguramente lo hacen para que todo el mundo les entienda, pero lo que en definitiva entiende todo el mundo es que dan otro testimonio de nuestra pobreza idiomática progresiva.

El Presidente de la República, en cambio, rescatando un solo giro culto y tradicional, “señoras empingorotadas”, ha monopolizado hace unos días la atención general y se ha hecho entender mejor que recurriendo a cualquier vulgarismo de aquellos a que se han aficionado otros hombres públicos.

S.E. ha conseguido su objetivo político (demostrar que la contramanifestación no tenía arraigo popular); ha dejado contentas a las señoras contramanifestantes (a ninguna le disgusta que le atribuyan apariencia “empingorotada”); y ha prestado un señalado servicio a la tarea de detener entre nosotros el empobrecimiento del idioma. Sin duda, ha revelado estar a la altura de la pingorota, que significa “el lugar más elevado” en el que con todo derecho se halla situado entre nosotros.

29.04.92

En Condición Muy Igualitaria

No resisto citar una y otra vez el caso de Beluce Bellucci Morais...

Es habitual que en Chile, cuando alguien critica algo, se le represente su falta de autoridad moral. Y eso está perfectamente bien, porque en este país casi todo el mundo tiene “tejado de vidrio”. Lo estamos viendo en estos días. Apenas un parlamentario opositor denunció las defraudaciones en la Oficina Nacional de Emergencia o se dio a conocer el hecho de que dos abogados demócratacristianos estén cobrando un honorario de 420 millones de pesos a la Corfo por terminar un juicio en el cual un abogado de derecha había defendido a la misma Corfo durante siete años por un honorario de sólo cinco millones, un parlamentario de gobierno ha denunciado cuantiosos pagos realizados bajo la administración pasada en el canal de televisión estatal. Así, los partidarios del gobierno anterior y los del actual quedarían en la igualdad y democrática condición de carecer de autoridad moral.

Desde luego, están en ella también los propios parlamentarios denunciadores, de ambos bandos, pues ellos y sus colegas han hecho lo mismo que están denunciando: autoasignarse indebidamente una renta cinco o seis veces mayor que el monto fijado para ella en la Constitución. Me dicen que la suma de sus estipendio va ya por los cuatro millones de pesos mensuales, hábilmente dispersos en numerosas partidas, cuya insuficiencia procuran demostrar a la opinión pública (y de una manera que resulta particularmente conmovedora) ciertos parlamentarios de izquierda. Aprovecho también para señalar que el viático de los honorables en sus viajes al exterior es de 300 dólares diarios y no de 100, como magnánima pero equivocadamente señalé hace algunas semanas. De modo que cuando deben sacrificarse por el país fuera de sus fronteras, terminan percibiendo casi dos dietas, en vez de una, seguramente para compensar los riesgos, incomprensiones y molestias que para todo chileno representa el solo hecho de alejarse de esta copia feliz del edén.

Parece que cuando quedamos a cargo de las platas del Estado nos ponemos generosos, en especial con nosotros mismos. Y rara vez olvidamos a nuestra

tienda política. Recuérdese a la sociedad Rucamanqui y otras similares, que obtuvieron cuantiosos préstamos en el Banco del Estado bajo la Administración Frei Montalva, los cuales el Gobierno de Salvador Allende tuvo el mal gusto de intentar cobrar en 1971. Ello motivó una presurosa visita a la Moneda de Radomiro Tomic, distinguido dirigente del ala izquierda DC, mediante la cual se puso caballeroso término al incomprensible y enojoso intento de quebrar una sólida tradición chilena.

Durante la Unidad Popular esta vena del carácter criollo tuvo múltiples expresiones, pero la mejor de ellas fue, a mi juicio, la materializada en la decisión de financiar, con cargo a los fondos de auxilio de emergencia para la salud de los más pobres del Servicio Nacional de Salud, el tratamiento siquiátrico en París, por largos meses, del revolucionario brasileño Beluce Bellucci Morais, que había venido a prestar su colaboración a la revolución chilena con empanadas y vino tinto, y que, al parecer, de tanto comer las unas y beber del otro había perdido el seso.

Visto y considerando todo lo cual vengo en proponer, una vez más, que procuremos seguir reduciendo ese patrimonio estatal que nos incita con tantas tentaciones indebidas y por cuya causa estamos en la triste pero igualitaria condición de haber perdido nuestra autoridad moral.

20.05.92

Nuevo Episodio Nacional

Por supuesto, como se refiere en otra columna posterior, fui corregido en el sentido de que los Episodios Nacionales de España los escribió Pérez Galdós y no Baroja.

“Facit indignatio versum”, decía el poeta latino. Aunque parece innecesario traducirlo, porque los lectores habituales de esta columna han demostrado reiteradamente dominar mejor el latín que su autor, vaya para alguno ocasional o no iniciado su traducción: “la indignación engendra el verso”.

Entre paréntesis, la amistosa pero estrecha vigilancia que sobre mis latinazgos viene ejerciendo desde hace 20 años o más Bob Borowicz dio origen hace algunas semanas, como oportunamente puse en conocimiento de la opinión pública, a que el prestigioso artista polaco me corrigiera privada y cortésmente por haber usado como vocativo “chilensis” en lugar de “chilenses”. A raíz de ello, y estoy cierto de que el país lo habrá olvidado, presenté públicas excusas en una columna posterior. Pero esto último dio lugar a que una lectora alemana me escribiera, a su turno, aseverando que, según sus conocimientos de latín, la voz correcta en el caso era “chilensis” y no “chilenses”.

Por cierto, remití su argumentación a Bob Borowicz y los supongo a ambos, a estas alturas, enfrascados en una polémica que, estoy cierto, será más amistosa que otras habidas a lo largo de la historia entre polacos y alemanes. Así se dilucidará en forma definitiva el importante punto, de lo cual espero dar cuenta oportuna y circunstanciada a una opinión pública que, sin duda, espera anhelante el desenlace de esta controversia.

Pero, como decía la cita del comienzo, la indignación o ira es capaz de generar, especialmente en los chilenos, una energía realizadora que estamos lejos de exhibir en condiciones normales. Y supongo que pasará a la antología de los Episodios Nacionales, del estilo de los que escribía Liborio Briebe o, para España, Pío Baroja, la escena en la cumbre del Everest, en que se encuentran los dos primeros connacionales en la historia que logran alcanzarla, y eligen para el

bronce, para dejar grabadas a fuego en la posteridad, para rememoración sempiterna del encuentro, una retahíla de garabatos. Eso confirma lo que siempre he sostenido: somos fantásticos. Claro que si no hubiera existido una rencilla interna entre los escaladores, como las hay inevitablemente entre los chilenos de unas mismas actividades, probablemente ninguno habría reunido la “pica” suficiente como para subir el Everest. “Facit indignatio versus”.

Pero eso es una cosa. Otra es expresar la “pica” en insultos. Ahí tiene que haber existido otro elemento, el único que nos saca de nuestras casillas, fuera de todo límite: la política. Apuesto doble contra sencillo que entre los escaladores había una rivalidad política. Porque la ira derivada de otras rivalidades siempre la manejamos, pero las odiosidades políticas nos descontrolan por completo.

Sin política, los escaladores nacionales probablemente se habrían encontrado en la cima llenos de inquina, pero uno le habría dicho al otro algo así como “hola, ¿qué cuentas?”, para recibir la habitual respuesta nacional: “aquí estamos”. Es decir, nuestro equivalente del “Doctor Livingstone, presumo” de Stanley en el corazón de África. Sí, la política y nada más que la política puede hacernos perder de una manera tan memorable la famosa flema chilena.

27.05.92

No Somos Perfectos

En alguna columna posterior atribuí la cita a Gide, pero creo que el verdadero autor fue Papini.

Papini decía que, de todos los libros que se escriben, la mitad no se lee; y de los que se leen, la mitad no se entiende; y de los que se entienden, la mitad se entiende mal. Probablemente lo anterior no es cierto. Y existe otra posibilidad: que Papini nunca lo haya dicho, o de que lo haya dicho otro escritor y yo crea recordar que fue Papini y esté equivocado.

Pues bien, lo agradable de vivir en Chile es que nada de lo anterior le importa a casi nadie. Pues el otro día cité en esta columna los Episodios Nacionales de Pío Baroja, en una demostración de cultura literaria a la cual sólo cabría criticar que el autor de los Episodios Nacionales no fue Baroja, sino Pérez Galdós. Cosa que no me hizo ver ningún escritor o profesor de literatura, sino dos médicos de la Universidad de Chile, que en su carta me propinaron, además, varios latinazgos satíricos, como los que me gusta usar de vez en cuando.

En todo caso, la cita de Papini pretendía darme pie para señalar que si en el mundo civilizado acontece lo que él dice, en Chile seguramente es peor. En realidad, muchas veces uno se siente tentado a concluir que los chilenos no entendemos casi nada de nada. Pero tal vez sea por eso que la mayor parte del tiempo nuestro país es un lugar tan agradable para vivir, pues donde todo es imperfecto uno puede con entero fundamento sentirse bastante pasable, no obstante sus defectos.

Esta grata característica nacional se pone de manifiesto incluso en las más solemnes instancias. Por ejemplo, podemos comprobarlo leyendo el proyecto de reforma constitucional enviado al Congreso. En la Constitución de 1980 había un capítulo sobre “Reforma de la Constitución” que establecía requisitos especialmente exigentes para modificar diferentes otros capítulos de la Carta, pero no ése, que era modificable con exigencias menores. Luego, se podía reformar ese capítulo, rebajar las exigencias especialmente rigurosas relativas a

ciertos otros capítulos, y después reformar los mismos, sin necesidad de cumplir nunca con las exigencias más altas. Y todo respetando la letra de la Constitución. Lógica chilensis.

Pero, rara cosa, con motivo de la reforma constitucional de 1989 alguien algún sujeto completamente atípico y desnaturalizado se dio cuenta de la anomalía, de modo que se aprovechó para dejar el capítulo “Reforma de la Constitución” con el quórum más elevado entre todos, que es como debe ser.

Pero está comprobado que a los chilenos nos incomodan las cosas tan lógicas. Eso no es lo que quiere “la gente”. Tal vez atendido lo anterior ahora el Gobierno, en su proyecto de reforma constitucional, está proponiendo volver exactamente a la ilógica situación que se remedió en 1989, es decir, dejando el capítulo “Reforma de la Constitución” modificable con tres quintos (60 por ciento) de los votos parlamentarios, siendo que en ese mismo capítulo es donde se exigen dos tercios (66 por ciento) para modificar otras normas de la Carta. De modo que con tres quintos se puede modificar todo, respetando estrictamente la letra de la Constitución.

Pero casi nadie lee atentamente la Constitución; y la mitad de los que la leen no la entienden; y de los que la entienden, la mitad la entiende mal. Y lo más agradable de todo esto es que a nadie le importa. Por eso, ¿no hay como vivir en Chile!

17.06.92

Con el Hemisferio Derecho

En esos años descubrí el control mental y después la meditación trascendental, que me han hecho mucho bien, sin necesidad de cambiar mis ideas políticas.

De un tiempo a esta parte me han venido instruyendo en el sentido de que mi cerebro tiene dos hemisferios con funciones perfectamente diferenciadas: el izquierdo, racional, lógico y pragmático; y el derecho, intuitivo, artístico y creador.

Me han convencido, también, de haber estado entregando por demasiado tiempo excesivas responsabilidades a mi hemisferio izquierdo, en desmedro del derecho. Como, por obvias razones, siempre habría deseado favorecer más a este último, resolví encomendarle la responsabilidad de la presente columna.

Para empezar, le pedí a mi hemisferio izquierdo, con el cual tengo una relación de mucha confianza, pues hemos trabajado juntos tantos años, que tuviera la bondad de preguntar al derecho cuál podría ser, en esta oportunidad, un tema apropiado acerca del cual opinar.

Respondió sin vacilar que el de la ley de divorcio.

Entré en el adecuado estado de relajación para que realizara su tarea. Debo decir que arribó, al cabo de ella, a una conclusión tajante: no hay que dictar ninguna ley de divorcio, pues actualmente el tema está debidamente legislado, en términos de que existe el divorcio, tanto temporal como definitivo, pero sin disolución de vínculo, y así es como debe ser.

Hice presente a mi hemisferio derecho que hay matrimonios en que los cónyuges, después de un tiempo, no pueden soportarse mutuamente. Replicó que casi toda la gente, después de un tiempo, se vuelve insoportable. Por lo demás, añadió, si en un momento dado dos personas estuvieron enamoradas como para pensar seriamente en casarse, no habría razones para temer que después llegaran a no poder convivir. Si el matrimonio fuera realmente indisoluble, explicó, la

gente tendría más cuidado antes de contraerlo, de modo que habría menos fracasos, cosa que es buena para los hijos y para la moralidad familiar y social. Y terminó señalando que éste es otro argumento para oponerse al divorcio con disolución de vínculo.

Consultado acerca de la actual nulidad de matrimonio, mi hemisferio derecho opina que debe fijarse un plazo de prescripción de 30 días al ejercicio de la acción de nulidad, contados desde la fecha del matrimonio civil. Así se terminaría, sostiene, el resquicio actual, que permite, en la práctica, la disolución del vínculo por mutuo consentimiento.

Puedo dar fe de que mi hemisferio izquierdo ha argumentado largamente ante su par derecho acerca de la infelicidad de muchas personas que desearían deshacer su matrimonio y volver a casarse; del descubrimiento tardío del “verdadero amor”, fuera del matrimonio, por personas casadas; de que incluso Roma legitimó la posibilidad de una equivocación, en el caso de Carolina de Mónaco; de los matrimonios en los cuales, mientras uno de los cónyuges “crece”, el otro se queda del mismo porte...

Pero ha sido en vano. Mi hemisferio derecho es más papista que el Papa y no ha querido transigir. Sostiene que no hemos venido al mundo para ser felices y pasarlo bien a cualquier costo, menos al de la infelicidad del otro cónyuge o de los hijos y familiares. Asegura que la única felicidad verdadera consiste en el cumplimiento fiel de nuestros deberes y obligaciones morales, por duros que sean. Concluye que los hombres y las mujeres tienen como principal misión de sus existencias la de ser como los santos, y que las leyes deben propender a que lo logren, en lugar de favorecer lo contrario.

No sé qué papel pueda caberle a mi hemisferio derecho en el Chile de hoy.

En cuanto a votos, dificulto que siguiera obtenga el de mi hemisferio izquierdo.

19.08.92

Por Tres Razones

Creo que los vaticinios siguientes se cumplieron con bastante exactitud.

Una de las cosas que más reditúa en el debate público o privado es dar tres razones para fundar cualquier posición. Si usted dice que algo es de determinada manera por tres razones es muy difícil que alguien se atreva a rebatirlo.

Como numerosos feligreses de esta columna... bueno, a decir verdad, alrededor de cinco me han pedido avanzar algún juicio acerca de lo que va a pasar en el mundo si sale Clinton (escribo cuando todavía no hay resultados), y de lo que puede ocurrir en Chile si salen Frei o Lagos, he debido dedicar prolongadas cavilaciones (alrededor de un cuarto de hora) a pensar en todo eso y a buscar tres razones para fundamentar mi opinión.

Y he concluido que, en definitiva, no va a pasar nada. Ni en los Estados Unidos ni en Chile.

Cada día estoy más convencido de que Fukuyama, que está, entre paréntesis, por llegar a nuestro país tiene razón: la historia, con el sentido y alcance de tiempos profundamente cambiantes y de signos conflictivamente opuestos con que la hemos conocido hasta hoy, se terminó. Ello, naturalmente, por tres razones.

La primera es que los seres humanos son hoy libres en casi todas partes. Es muy difícil establecer ahora un régimen que no respete las libertades fundamentales. Y cuando los hombres son libres nadie puede obligarlos a hacer algo. Por consiguiente, el socialismo “real”, consistente en que la gente deje de elegir libremente en variados aspectos de su existencia, se terminó, se ha hecho imposible. De manera que ningún cambio de gobernante puede traer consigo una modificación fundamental de régimen socioeconómico.

La segunda razón es que en el mundo actual la información es demasiado completa. Casi todo se sabe. Como la gran mayoría de los países es libre, la información fluye libremente. El grado de refinamiento de la de índole

económica es tan grande que cualquier intervención estatal inadecuada provoca inmediatas y generalizadas reacciones de los seres humanos libres, en cuanto agentes económicos. Si un gobierno gasta en exceso, su presupuesto se desequilibra, experimenta dificultades de balanza de pagos y su moneda se debilita. Si pretende imponer controles artificiales sobre el tipo de cambio, por ejemplo, para mantenerlo alto, se llena de dólares; o si es para mantenerlo artificialmente bajo, se le terminan los dólares. Si no quieren fracasar, los gobiernos no pueden desentenderse del libre mercado.

Antes no era así. Los errores gubernativos podían mantenerse ocultos o permanecer en vigencia, sin mayores trastornos de corto plazo, porque había poca información, las economías eran cerradas y había pocos economistas competentes. Hoy todas las cifras se conocen, las economías se han abierto y en todas partes hay economistas que, cuando no ocupan posiciones de responsabilidad, detectan y denuncian los errores. Es casi imposible cometer desajustes muy grandes o, si se cometen, mantenerlos.

La tercera razón, posiblemente corolario de las dos anteriores, es que, por tanto, todo da igual. Usted elige a un candidato liberal para presidente y hará ciertas cosas; usted elige a un socialista, y posiblemente tratará de hacer otras distintas, pero a poco andar se dará cuenta de que surgen desequilibrios por todas partes: se fugan los capitales, baja la bolsa, se van los inversionistas, sube la divisa, cae el empleo y se genera inflación. Si no cambia a tiempo, se tendrá que ir del gobierno antes del plazo, como Alfonsín, sin golpe de estado sino sólo por el peso de la crisis.

Clinton va a hacer, por eso, casi lo mismo que habría hecho Bush. Aylwin ha hecho, en el fondo, cosas parecidas a las que habría hecho Büchi. Este, es verdad, habría privatizado más y antes. Frei o Lagos, cuando Chile se comience a quedar atrás por no haber liberado y descentralizado al mismo ritmo que el resto del mundo, van a tener que liberar y privatizar igual. No les va a quedar otra opción. Lo demás ya es historia antigua.

04.11.92

Conversación con Gorbachov

Me cupo departir con el ex líder soviético durante su visita a Santiago. Creo haberme comportado un poco insolentemente con él.

Mijail Gorbachov es un hombre de facciones regulares y semblante agradable. Debe medir un metro 75 centímetros y pesar unos 88 kilos. La forma de sus ojos revela un muy lejano ancestro mongol, y el derecho bizquea imperceptiblemente. Son de color café oscuro. La mirada es franca y abierta, tal como su apretón de manos, para iniciar el cual ofrece la suya con la palma hacia arriba. Es una mano grande y cálida, pero seca, propia de un hombre estable, tranquilo y jovial.

El viernes vestía un traje gris, camisa de rayas gruesas, como la que en general usan los políticos con ambición de poder. Su corbata era de un rojo moderado. Para situarse en el tono podríamos decir que se aproxima más al del emblema de la TFP que al del PC. La chaqueta, de uno de esos géneros modernos de fibra sintética, se veía bastante impecable, pero el pantalón tenía numerosas arrugas. Después leí que esa mañana se había venido del hotel directamente a “El Mercurio” y que se había levantado a desayunar a las 9.30 en tenida deportiva celeste. Deduzco, entonces, que ese día no había tenido tiempo de arrugar el pantalón y que, simplemente, debió ponerse sin planchar el mismo del día anterior, como suele suceder a los políticos en sus frecuentes viajes, sobre todo si ellos son a países en cuyos hoteles las habitaciones no tienen máquinas de planchar automáticas, o cuando, habiéndolas, no las saben usar bien, problema bastante frecuente en los políticos.

La mancha de la frente es de color violáceo, tendiendo a morado, pero no con la forma de Sudamérica, como la dibujó Jimmy Scott el viernes, sino más bien, diría yo, parecida al archipiélago indonesio.

Durante su conversación en “El Mercurio” Gorbachov aceptó un jugo de frambuesa, que en realidad estaba muy bueno, y un palito con carne asada, pero desconfió de las empanadas fritas. Los chilenos presentes suplimos con disciplina cualquier insuficiencia que ello pudiera haber originado en la

respectiva demanda.

Todas las personas del diario le formularon, como es costumbre, preguntas inteligentes, pero yo no me di muy bien cuenta de ellas porque trataba de preparar una propia y original, que lamentable mente no se me ocurría nunca, pese al tiempo que nos brindaba la traducción del ruso, realizada por una chilena verdaderamente competente, rápida y aguda, es decir, una típica mujer de esta tierra.

En un momento dado Gorbachov aludió a que bajo el comunismo, en la Unión Soviética, la gente era tratada como un rebaño, tal como, dijo, en Chile durante el gobierno anterior. Entonces un redactor del diario le preguntó qué se opinaba sobre Pinochet en Rusia y él contestó que en Rusia nadie se preocupaba de Pinochet. Todo tiene su límite, de modo que me olvidé de mi pregunta original y tercié diciéndole: “Qué lástima para Rusia”. Rápidamente Gorbachov me replicó con otra pregunta: “¿Cuánta gente apoya a Pinochet en Chile?”. “El 43 por ciento”, le respondí con una seguridad algo desproporcionada, dado que existen indicios de que las cosas podrían haber cambiado. ‘No está mal”, concluyó Gorbachov con toda sencillez, y pasó a otro tema, pero ya dándose claramente cuenta de que necesita saber un par de cosas más antes de avanzar opiniones sobre el pasado chileno, al menos delante de algunos chilenos.

Pero la cosa no pasó a mayores y tengo la impresión de que no hay inconveniente para considerar que Mijaíl S. Gorbachov definitivamente ha dejado de ser un gobernante soviético y está convertido en un ser humano civilizado.

09.12.92

“...Y Calle Para Siempre”

Como suele suceder entre nosotros, los agredidos en el episodio de la grabadora Kioto sacaron la peor parte, en comparación con sus agresores. Y el capitán Diez, que desinteresadamente quiso proteger a la precandidata presidencial Evelyn Matthei de una maniobra artera, vio truncada su carrera militar.

La opinión pública tuvo conocimiento de algo que, según el “establishment” político-judicial criollo, no tenía derecho a conocer: recibió el testimonio directo de unos minutos representativos de la realidad de los métodos y el lenguaje de un aspirante a conducir los destinos de la república.

El país se horrorizó del contenido, pero se horrorizó todavía más por el hecho de que el mismo se hubiera dado a conocer. Tal como los soberanos de la antigüedad, que ajusticiaban a los mensajeros portadores de las malas nuevas, ahora el pueblo, si es que lo consideramos representado por dos tribunales diferentes, ha reservado también las peores penas equivalentes a la muerte política, dada su duración para quienes hicieron posible saber lo que públicamente se supo.

La conspiración artera para provocar el fracaso en un foro periodístico de una competidora y correligionaria; la hipocresía de predicar, en los mismos momentos en que se preparaba dicha confabulación, la necesidad de una lucha interna leal y transparente entre los precandidatos, y el lenguaje procaz para referirse en privado a la misma persona a quien se abrazaba en público, han merecido la décima parte de la pena que el hecho de divulgar todo lo anterior y ocultar el origen de la grabación en que todo ello constaba.

Tengo conciencia de que hay dos apreciables valores en pugna en este caso: el representado por el derecho de toda persona a la privacidad de las conversaciones que desea mantener ajenas al conocimiento público y el representado por el derecho de los ciudadanos a conocer la verdadera personalidad de quienes aspiran a conducir los destinos del país.

La trasgresión al uno o al otro puede ser grave. Si la admitiéramos en el primer caso cohonestaríamos la invasión de las esferas más íntimas de la vida de las personas, lo que supondría una amenaza al ejercicio mismo de su libertad. Si la admitiéramos en el segundo, podríamos mantener ocultos a los ojos de la ciudadanía llamada a elegir autoridades algunos rasgos de la personalidad de éstas que podrían hacer desaconsejable y hasta peligrosa la perspectiva de que llegaran a tener en sus manos las riendas del poder político del país.

Por esta última consideración es que me he inclinado a estimar que Evelyn Matthei, sus asesores y Ricardo Claro, no habiendo participado en intervención telefónica alguna, sino sólo habiendo recibido, sin mediar iniciativa de su parte, una grabación relativa a temas de interés público, prestaron un servicio al país al darlo a conocer.

Este merece estar plenamente informado de las interioridades del desempeño de los políticos en su quehacer de tales, porque el mismo se relaciona con el ejercicio del poder público, que atañe crucialmente a la vida y al destino de todos los habitantes del territorio.

Me consta que hay muchas otras circunstancias y situaciones que la opinión pública también merecería conocer. Pensé que Evelyn Matthei podría hacer nuevos aportes en esa dirección en su anunciada declaración posterior al fallo que tan ostensiblemente la perjudicó. Pero he leído que se le aconsejó abstenerse de hacer tal declaración, a cambio de una pronta amnistía. Y, de hecho, no la ha formulado.

Tal vez, en definitiva, y como en la instancia sacramental, sea mejor “callar para siempre”. En todo caso, esta aproximación de la derecha a algunas verdades de su realidad interna, lejos de haberla destruido, como sostienen algunos, puede contribuir a una purificación y a un fortalecimiento que a la larga los pueblos siempre terminan por premiar.

La Raíz de la Discrepancia

Una docena de años después, puede decirse que les fue mejor a los derechistas más leales al legado del Gobierno Militar.

Para algunos, los recientes acontecimientos que han afectado a Renovación Nacional serían parte de una conspiración dirigida a destruir a una supuestamente nueva y modernizadora “derecha democrática”, contrapuesta al resto de ese sector, al que se presenta implícitamente como anticuado y poco democrático.

Pero hasta ahora no se ha acreditado la existencia de tal conspiración. Tampoco se advierte que haya sector o grupo alguno de la derecha que no apoye la vigencia de un régimen democrático. Mal podría haberlo, desde que el papel fundamental en la autoría del sistema político que nos rige, y que emana de la Constitución de 1980, fue obra de juristas que en su gran mayoría se identificaban inconfundiblemente con la derecha política.

Es conveniente preguntarse por qué los militares confiaron en la derecha para reencaminar al país a la democracia, pese a no haber tenido ninguna particular vinculación previa con ese sector político. Probablemente previeron (y en eso el tiempo les dio la razón) que iba a ser la única corriente capaz de brindarles un apoyo sostenido, abnegado y desinteresado hasta la completa consolidación de un proyecto restaurador viable.

En todo caso, no hay una derecha democrática y otra que no lo sea. No podría haberla, pues el credo ideológico de quienes pertenecen al sector es esencialmente libertario, y es bien sabido que la democracia es el único régimen que permite el pleno desarrollo de todas las libertades. Si algunos grupúsculos de inspiración diferente de la señalada creen pertenecer a la derecha, están simplemente equivocados.

Es cierto que en ella hay división. Pero los temas que la dividen son otros: primero, hay una discrepancia fundamental acerca de métodos y estilos de hacer

política; y, segundo, la hay también en relación al juicio que debe merecer el papel que desempeñaron las Fuerzas Armadas y de Orden en el pasado reciente y al que les corresponde cumplir en el futuro de nuestra institucionalidad.

Hay un sector de derecha para el cual la imagen pública y sus consiguientes dividendos electorales parecen ser lo único que vale; y en pos de conseguir el mayor número de adherentes cualquier método parece resultarle apropiado. Hay otro sector, tal vez de raigambre más antigua y consolidada, para el cual nadie puede ni debe hacer como personaje público lo que no haría como persona decente, cualquiera sea el costo en imagen o la consecuencia electoral que ello traiga consigo. Y estima que este principio debe ser observado incluso cuando se esté a cubierto del riesgo de que la conducta indebida trascienda a la opinión pública.

Asimismo, ha surgido un sector de derecha que estima políticamente conveniente “tomar distancia” de lo obrado bajo el gobierno militar y reducir hacia el futuro la importancia de las Fuerzas Armadas y de Orden en la institucionalidad vigente y su independencia frente al poder político. Frente a aquél, hay otro sector que valoriza en su integridad el servicio prestado a la nación en el pasado reciente por sus cuerpos uniformados y los respalda con lealtad, en lo favorable y en lo adverso de su gestión. Este sector de la derecha siempre anticipó que otras corrientes, haciendo tempranos cálculos con miras a su futuro electoral, una vez despejada la amenaza totalitaria y terminado el “trabajo sucio” de limpieza antisubversiva que nadie quería hacer, desertarían de ese respaldo a los pocos meses del gobierno militar; que otros abandonarían el barco ante la primera crisis grave; y, en fin, que muchos lo harían cuando ocurriera el cambio de gobierno y las obvias conveniencias electorales y de imagen pública aconsejaran plegarse a la marea triunfante.

La raíz de las discrepancias existentes en la derecha no son otras que las que se acaba de señalar.

30.12.92

Algo se ha Quebrado

Como bien sabemos, la quebrazón ha continuado hasta hoy.

Una conducta criticable en que pueden incurrir las personas que, como quien esto escribe, se dirigen habitualmente al público es la de autocitarse. Pero hay ocasiones en que resulta simplemente irresistible hacerlo y pienso que ésta es una. En efecto, hace cinco años escribí un libro que finalizaba con las siguientes afirmaciones: “Chile está ante una oportunidad única, que difícilmente se le volverá a presentar. Cuenta con una Constitución, aprobada popularmente, que concilia el ejercicio de la democracia con la estabilidad de las estructuras económico-sociales y, por tanto, hace viable un progreso sostenido y acelerado, encuadrado en el estilo de las grandes democracias occidentales”. Después añadía:

“El pivote fundamental del esquema radica en unas Fuerzas Armadas y de Orden capaces de cumplir rigurosamente la Constitución, tanto en el sentido de respetarla como de hacerla respetar”. Y las últimas líneas del libro advertían: “En tanto no decaiga en las Fuerzas Armadas y de Orden la energía para cumplir esa vital función de guardianes de la democracia constitucional, habrá en Chile paz interna, libertad progreso y el país volverá a ser, como hace cien años, ejemplo de civismo en América Latina”.

Sabemos que 10 diputados de la Concertación han presentado una acusación inconstitucional contra tres ministros de la Corte Suprema y el Auditor General del Ejército por no haber fallado una causa en un caso e integrado el tribunal, en otro, de acuerdo con el particular criterio que sustentan esos diputados. Ello equivale a pretender, por parte de los mismos, revisar el fundamento o contenido de resoluciones judiciales, lo cual les está expresamente prohibido por la Constitución. Por consiguiente, el acto mismo de interponer la acusación contraviene la Carta Fundamental y configura un atentado grave contra las bases de la institucionalidad descritas en su capítulo primero, en particular contra las que señalan que “los órganos del Estado deben someter su acción a la Constitución y a las normas dictadas conforme a ella” y que “ninguna

magistratura, ninguna persona ni grupo de personas pueden atribuirse, ni aun a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente se les han conferido en virtud de la Constitución y las leyes”.

Los acusadores buscan imponer a los magistrados un particular criterio para resolver cuestiones jurisdiccionales. Por eso era indicada y procedente la convocatoria al Consejo de Seguridad Nacional, pues una de las misiones de aquel es hacer presente al Presidente de la República, al Congreso Nacional o al Tribunal Constitucional su opinión frente a algún hecho, acto o materia que, a su juicio, atente gravemente contra las bases de la institucionalidad.

Lamentablemente, convocado el Consejo y habiendo mayoría en su seno para hacer presente la trasgresión, puesto que el presidente de la Corte Suprema, los tres Comandantes en Jefe y el General Director concordaban en calificar de inconstitucional la acusación, algo faltó para llevar adelante el respectivo acuerdo.

El precedente así sentado es grave. Ha habido una contemplación lamentable frente a la reedición de los mismos conocidos trucos y resquicios que hace dos décadas corroyeron los cimientos de la institucionalidad. Y otra vez las instancias responsables de detener a tiempo ese proceso se han mostrado timoratas para reaccionar con la energía debida. Las Fuerzas Armadas, que según el artículo 9 de la Constitución “garantizan el orden institucional de la República”, a la hora de acompañar al presidente de la Corte Suprema en una denuncia necesaria, oportuna y saneadora, no fueron capaces de hacerlo.

Algo se ha quebrado. La historia se repite y los chilenos volvemos a mostrarnos incapaces de aprender algo de ella.

Todo Muy Propiamente Chileno

El letrero caminero a que se refiere la siguiente columna fue corregido en la semana siguiente y ahora la flecha indica a la derecha, que es lo correcto.

El mes pasado algunas autoridades y varios comentaristas de la plaza estuvieron polemizando acerca de si los chilenos somos los “tigres”, los “jaguares” o los “gatos” de América Latina. Me abstuve de participar en razón de versar el debate acerca de una mera determinación de la especie de irracionales a la cual pertenecemos. Habiendo yo siempre defendido la tesis global de que los chilenos no somos muy racionales, estimé irrelevante fijar la categoría específica a la cual se nos debe asignar.

Y pienso que el desenlace en el Senado de la acusación constitucional ya viene a representar una reafirmación indubitable de mi señalada tesis, de modo que, con toda modestia, estoy a la espera de alguna suerte de reconocimiento público, aun a riesgo de que el mismo se materialice en el menos anhelado de los testimonios, como lo es un galvano.

Pues la mayoría de este Parlamento que tan ufanamente se declara paladín de los derechos humanos ha destituido a un ministro de la Corte Suprema sobre la base de rumores que le achacan determinadas conductas y, por tanto, privándolo del elemental derecho humano a conocer los cargos que se le hacían y a defenderse de ellos, es decir, a un juicio justo. Me pregunto cuántos parlamentarios quedarían en el Congreso si fueran destituidos en razón de lo que se rumorea acerca de ellos. Y que no vengan a decir ahora que castigaron a ese ministro por ser “presidente de la sala” o por haber escrito en su defensa “15 de noviembre” en lugar de “15 de diciembre”.

Esos argumentos tardíos sólo surgieron ante el clamor despertado por la barbaridad que habían hecho, pues no los dieron al fundar su voto y todo hace pensar que no se los creen ni siquiera ellos mismos.

Así, una acusación intrínsecamente inconstitucional terminó destituyendo a un

ministro del más alto tribunal de la República y dejándolo indefenso, deshonrado y sometido al público ludibrio en razón de rumores acerca de su conducta que no figuraban entre las causales de la acusación.

Típicamente chileno, es decir, completamente irracional.

Pero todavía quedaba otra sorpresa: el pleno de la Corte Suprema, al presentarse la acusación ante la Cámara, había pedido convocar al Consejo de Seguridad Nacional en razón de la inconstitucionalidad intrínseca de ese libelo y de la invasión de atribuciones que el mismo suponía. Pero después del fallo del Senado ese mismo pleno dice que el Congreso ha actuado dentro de la Constitución y ha respetado las facultades de los Tribunales. ¿Quién entiende semejante inconsecuencia? Si la acusación era inconstitucional en su inicio, no tenía por qué dejar de serlo a su término, sobre todo si ella derivó en la destitución de uno de los miembros de la Corte Suprema en un acto no sólo atentatorio contra sus derechos humanos fundamentales, sino contra las bases mismas de un estado de derecho.

Pero no importa. Los chilenos siempre hemos sabido vivir en la irracionalidad. Al día siguiente del fallo viajé a la costa por la salida de Américo Vespucio y, ya pasado el aeropuerto, volví a leer el antiguo letrero que dice “Valparaíso-Viña del Mar”, con una flecha hacia arriba, lo cual, en el lenguaje de los seres racionales y civilizados, significa seguir en línea recta. Por supuesto, no lo hice y viré a la derecha en la siguiente salida.

Si no hubiera sido chileno, sino un ser racional, habría atendido al letrero y llegado a Maipú, como seguramente ha de haberle sucedido a muchos extranjeros. Pero ese letrero interpreta fielmente el temperamento nacional.

Más aún, en nuevos carteles que se colocan en diversas rutas se comete el mismo error y a nadie le importa, porque la razón nunca nos ha importado nada.

Entonces ¿jaguares, gatos, vacas? No. Simplemente chilenos.

27.01.93

El Burro Muerto Sigue Ahí

Un lector de la columna sostuvo que Samuel Haigh no había hecho la observación sobre el burro muerto. Pese a haber estado yo seguro de haberla leído en alguna parte, no pude probar dónde, pero encontré que el chileno José Zapiola relataba el episodio en sus “Recuerdos de 30 Años”, con el burro agonizante y, después muerto, yaciendo largo tiempo a una cuadra de la Plaza de Armas. Fue una imprecisión que hasta hoy me pena y que me obligó a cuidarme mucho más de mis lectores.

El peor defecto que tenemos los chilenos es la desidia. Lo ha sido siempre. Ya en 1818 un visitante inglés, Samuel Haigh, quien hizo relatos muy vívidos acerca de lo que sucedía en Santiago durante la batalla de Maipú y otros episodios que le tocó vivir entre nosotros, se abismaba del hecho de que un burro muerto permaneciera por tiempo indefinido tirado en plena Plaza de Armas de Santiago. Haigh relata que nadie lo removió, mientras entraba en putrefacción y se desintegraba a vista, paciencia y olfato de autoridades, vecinos y transeúntes.

Probablemente, como siempre ha sucedido en Chile en situaciones similares, había mucha gente proclamando, con gran dinamismo: “Hay que hacer algo”. Pero nadie hacía nada.

Estoy consciente de haberme referido en otras ocasiones al jumento difunto de Haigh. En realidad, algunos feligreses suelen decirme, de tanto en tanto, cosas así como: “Oiga, hace ya meses que no escribe del burro muerto”. Es que, en verdad, a diario uno se encuentra con situaciones que motivan a recordarlo.

En los patios de la mayoría de nuestras casas y en los cajones de casi todos nuestros muebles se acumulan desperdicios y cachivaches inútiles. Basta entrar a numerosas oficinas públicas para ver testimonios de desidia sobre escritorios, estantes y muros: papeles que debieron ser botados o archivados, cartapacios obsoletos y abandonados, tasas de té o café usadas y sin lavar, calendarios y letreros atrasados.

Durante el verano, cuando salimos a recorrer caminos, saltan a la vista en todas partes las secuelas del defecto nacional y no sólo por las malezas y basuras de las bermas o los baches en constante crecimiento de tantas calzadas. Días atrás aludí a los letreros camineros que ordenan seguir en línea recta hacia alguna parte, cuando la indicación correcta sería que se debe tomar un desvío a derecha o izquierda. Ahí la desidia corre por cuenta de las autoridades superiores de

Vialidad, que no sólo siguen impávidas ante el error, sino que ponen y mantienen por años a cargo de la señalización caminera a funcionarios que ignoran sus reglas básicas, como la de que una flecha vertical, hacia arriba o hacia abajo, indica que se debe seguir derecho, y que sólo las flechas inclinadas u horizontales son apropiadas para señalar desvíos de la ruta. Pero nadie se preocupa de esos detalles. En realidad, a los chilenos no nos importan, porque rara vez hacemos caso a los letreros. Y en parte tenemos razón: muchos son absurdos y, en ciertos casos, su observancia podría resultar hasta enajenante.

Por ejemplo, en numerosos lugares de nuestras autopistas hay letreros que indican 30 km/h como velocidad máxima. Imaginemos las congestiones que habría en los fines de semana si alguien los respetara. Esa ya no es velocidad de motorizado sino de peatón... bueno, de peatones como Carl Lewis, es cierto. Esos letreros siguen ahí por desidia. Hay uno incluso que, reglamentariamente hablando, permite una velocidad máxima entre el peaje de Lo Prado y

Santiago, viniendo hacia la capital, de 30 km/h, porque hay un letrero que lo señala así en el peaje y no hay ningún otro que posteriormente anule esa indicación. Eso ha estado por mucho tiempo a la vista de todo el mundo, como lo estuvo en 1818 el burro muerto en la plaza. Pero a nadie le importa. Desidia. Algún extranjero puede sugerirnos una solución, como la señora inglesa que logró hace unos años convencer a la autoridad municipal, mediante una carta al diario, de que derogara la absurda disposición del tránsito en un solo sentido en la Costanera a mediodía. Los usuarios santiaguinos de la avenida, incluyendo a los alcaldes, lo habíamos soportado callados durante décadas, proclamando nuestro lema nacional: “Hay que hacer algo”, pero, obviamente, sin hacer nada.

Y seguimos igual. ¿Cómo no escribir periódicamente, entonces, sobre el burro muerto?

10.02.93

Los Incentivos Cambiados

Las causas del creciente auge delictivo eran también claras hace once años.

¿Se acuerda cuando hace un par de años yo le decía que con todas esas leyes que el Gobierno estaba impulsando en favor de los delincuentes y terroristas iba a haber más delincuencia y terrorismo? Probablemente usted no se acuerda. Siempre he dicho que uno de los peores defectos de este país es que no me hace caso.

El hecho es que ahora casi a diario vemos atentados con derribamiento de torres eléctricas, instalación de artefactos explosivos contra instituciones y hasta una bomba en el Metro. ¡Pero qué querían, si se ha dictado toda suerte de leyes para favorecer a los terroristas, y cuando algún tribunal los condena, el Presidente los indulta! Como diría Gary Becker, el Premio Nobel que nos visita, y que ha estudiado estos temas, se ha reducido demasiado el costo de ser terrorista.

¿Cómo extrañarse de que el domingo hayan instalado una lanzamisiles Law dirigido contra el edificio IBM, arma internada por el brazo armado comunista a través de Carrizal Bajo en 1986, si los integrantes del mismo FMR están siendo sistemáticamente perdonados y liberados, quedando en disposición de volver a atacar?

Noches atrás, en la televisión, el padre de un menor asesinado por un delincuente favorecido con una franquicia que le permitió retornar a la calle, preguntó si la autoridad estaba consciente de que con esas medidas podía estar condenando a muerte, de hecho, a seres inocentes.

Si el misil que apuntaba al edificio IBM no hubiera sido detectado a tiempo y hubiera ocasionado una gran desgracia ¿no habría sentido el menor cargo de conciencia el gobernante que favorece, libera o indulta a los miembros del FMR?

Lo que sucede es que acá los incentivos están cambiados. Días atrás leímos en la

prensa acerca del carabinero que hace unos años hirió a una estudiante durante una refriega en el centro y que ha sido finalmente condenado. Dicho carabinero no salió ese día a delinquir, sino a resguardar el orden y la seguridad de los habitantes de la capital. Repentinamente se encontró rodeado de una masa vociferante y amenazadora que realizaba una manifestación callejera. Se sintió solo y acosado y disparó su arma de servicio, hiriendo a una joven en la cabeza. Sentado “detrás de un escritorio” me resulta muy fácil decir que jamás debiera haberlo hecho.

Cualquiera puede pontificar que debió haber vencido su miedo, absteniéndose de usar su arma, pues probablemente los manifestantes no lo habrían golpeado demasiado y habría salido de la refriega sólo contuso y apenas perdiendo su gorra y su revólver. Pero nadie puede garantizar tampoco que no hubiera perdido la vida. En todas esas manifestaciones había gente del FMR y éste ya había muerto a muchos carabineros. Pero a aquél, en particular, la sociedad no le perdona el no haber sido heroico. En cambio, si hubiera sido terrorista y hubiera salido a la calle ese día a incendiar, atentar con explosivos e, incluso, a matar, dispondría hoy de más garantías, incluida la de un extrañamiento con trabajo asegurado en un país europeo.

Entre nosotros quien cumple mal la misión de hacer el bien recibe más castigo que quien cumple bien la misión de hacer el mal.

Ni los carabineros ni los agentes de seguridad que cometieron delitos en su lucha contra el terrorismo y el hampa representan hoy amenaza para la sociedad. No hay grupos de ellos que pongan bombas o amenacen la seguridad de las personas. Pero a ellos sí se les aplican, paradójicamente, las leyes antiterroristas y se les niega la libertad bajo fianza, porque algunos jueces los estiman “un peligro para la sociedad”.

El cerebro de los chilenos está lavado. Los papeles y los incentivos están cambiados. Mano dura con los policías y mano blanda con los malhechores. Resultado: Chile es uno de los 12 países del mundo donde se cometen más homicidios cada año. ¿Es ésa la alegría que prometió la Concertación?

“Acciones de Humildad”

¡Qué malo he sido! He insistido en recordar a la DC y la izquierda todo lo que preferirían olvidar. La alusión a los disfrazados es a un ex senador y ex ministro, en una visita a Valparaíso que se le atribuyó en 1973, antes del 11 de septiembre, para “conversar” con miembros de la Armada.

Ahora le piden al Ejército “acciones de humildad”. Quieren que los militares se humillen. Lo piden algunos de los mismos políticos que los llamaron en 1973 a solucionar problemas a los cuales no les veían otra salida que la militar.

Porque en 1973 algunos de quienes hoy forman la Concertación tenían mucho miedo, miedo físico. Y lo tenían de otros que hoy también forman la Concertación. De modo que el llamado de los primeros a los militares fue angustioso. Lo formularon de muchas maneras, a veces hasta disfrazados. Pero formalmente lo hicieron a través de un acuerdo de la Cámara de Diputados, el 22 de agosto de 1973, aprobado con votos de los diputados del que es hoy principal partido gobernante. Entre otras cosas señalaba que “se han formado y desarrollado, bajo el amparo del Gobierno, grupos armados que están destinados a enfrentarse a las Fuerzas Armadas”. Y acusaban al régimen de la Unidad Popular de “frecuentes detenciones ilegales por motivos políticos” y de “haber tolerado que las víctimas sean sometidas, en muchos casos, a flagelaciones y torturas”. En fin, llamaban a los Comandantes en Jefe “a poner término a todas las situaciones de hecho referidas, que infringen la Constitución y las leyes”.

En los mismos días el actual senador Zaldívar declaraba a la revista “Qué Pasa”: “Creo que las Fuerzas Armadas son las grandes reservas morales de nuestro país y pueden ser ellas quienes en un momento dado estén llamadas a solucionar las cosas aquí. En eso no hay tapujos y lo demás es ser hipócrita”.

Ya en 1974 don Patricio Aylwin justificaba la acción represiva de los uniformados señalando que en el territorio había más de 10 mil extremistas armados. En ese mismo tiempo don Eduardo Frei Montalva escribía en el prólogo de un libro de Genaro Arriagada: “También fueron antecedentes

decisivos (del pronunciamiento de 1973) las pruebas irrefutables de la importación y reparto de armas, y la presencia en Chile de miles de extranjeros pertenecientes a movimientos de extrema izquierda, muchos de ellos prófugos en sus propios países”.

Por supuesto, todo esto se venía gestando desde antes. Ricardo Lagos, en los años 60 una eminencia revolucionaria emergente, había escrito: “La única y verdadera solución es, entonces, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, los cuales deben pasar al Estado”.

¿Cómo conseguirlo? Su partido, el Socialista, aprobó normas apropiadas a ese efecto: “Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de la toma del poder” (Congreso de Linares, 1965). “La violencia revolucionaria es inevitable y legítima, constituye la única que conduce a la toma del poder y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués puede consolidarse la revolución socialista” (Congreso de Chillán, 1967). Después fueron gobierno e intentaron hacer lo anterior.

Entonces los políticos democráticos acudieron a las “grandes reservas morales...” Estas derrotaron al ejército extremista. Pero nunca imaginaron que el enemigo no sólo se esfumaría, sino que después los “generales después de la batalla” los juzgarían, condenarían y pretenderían humillarlos. Pues hoy resulta que nadie formaba parte de los “más de 10 mil extremistas armados”. Todos los caídos fueron “víctimas de atropellos a los derechos humanos”.

Los militares no contaban con la astucia de los políticos. Estos simplemente redefinieron los derechos humanos: sólo los tienen las víctimas de atropellos de la autoridad, pero no las víctimas del terrorismo. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Sólo los militares cometen atropellos a los derechos humanos. Entonces, para ellos la amnistía es limitada, pero no lo ha sido para los terroristas ni sus inspiradores, financistas y mentores, incluidos los que atentaron después de 1978, generosamente perdonados por el Gobierno.

¡Fantástico! Los iniciadores de todo, los genuinos autores del desastre, ahora demócratas impecables, quieren coronar su tarea humillando precisamente a quienes, llamados por políticos democráticos, salvaron a Chile de ellos, cuando eran totalitarios.

07.07.93

Aquí Estamos

Es muy incómodo que nos priven de nuestros lugares comunes favoritos.

La preferencia chilena por la indefinición no sólo se manifiesta en las encuestas políticas, sino cotidianamente y cada vez que un compatriota nuestro le pregunta a otro cómo está. En efecto, es casi seguro que el aludido responderá con esa fórmula tan expresiva del ser nacional: “Aquí estamos”. Sustituyendo, naturalmente, la “s” final por una “h”, letra también profundamente entroncada con el habla criolla.

“Aquí estamos” es, además, la expresión perfecta de la desorientación como estado permanente.

El que la pronuncia, llamado a un juicio sobre su propia situación, es pillado de sorpresa y lucubra rápidamente en busca de alguno, pero descubre que, en realidad, no tiene ninguno, no sabe cuál es su situación. En definitiva, atina a responder lo único cierto y seguro que aprecia en ese momento: que él y su interlocutor están parados en el sitio en que están. De modo que puede arriesgarse a expresarlo: “Aquí estamos”.

Yo no me había dado cuenta de todo lo que la frase implicaba hasta que, allá por 1971 y cuando trabajosamente procurábamos, en una pequeña imprenta, sacar una revista semanal independiente, llamada a ser autosuficiente y sobrevivir cuando el gobierno marxista, según temíamos, se apoderara de todos los medios de comunicación importantes, me encontré en el taller con otro de los comprometidos en la audaz tarea, el recordado escritor y amigo Carlos Ruiz-Tagle, que era un hombre tímido capaz de lanzarle a uno, con inmensa cortedad exterior, las mayores ironías, y que no soportaba los lugares comunes.

—¿Cómo estás? —me saludó. Obviamente le respondí: “Aquí estamos”. Pero él me replicó:

—Así lo veo —y yo lo quedé mirando consternado y sin poder creer que alguien

podría cometer semejante atentado contra el “tejido social”, como se llama ahora. Porque nunca nadie me había dejado en tan incómoda situación. La consecuencia ha sido un trauma que me ha impedido en los últimos 22 años contestar “aquí estamos” cuando me saludan, con todas las dificultades que ello comporta en el trato diario con los demás.

Pues, por otro lado, la verdad es que los chilenos, como país, hoy más que nunca, “aquí estamos”. Vivimos bajo el reinado de la Concertación.

Pero ¿qué es la Concertación? Nadie sabe lo que es la Concertación, ni siquiera ella misma. ¿Es socialista? ¿Es libremercadista? Nadie podría decirlo, porque, claro, no es definidamente ninguna de las dos cosas. Ahora está discutiendo su programa para un eventual futuro gobierno de continuidad.

De una cosa podemos estar seguros: ese programa admitirá tantas lecturas como lectores tenga, lo mismo que el anterior, el de 1989. Y si dice algo concreto, de una sola lectura, como en el caso del otro, que se iba a perdonar a los terroristas, los candidatos de la Concertación van a negar que diga eso, del mismo modo que en los foros de 1989 lo rebatían a uno si afirmaba que su programa prometía el perdón a los terroristas.

¿Y los de la oposición? “Aquí estamos”. Nos falta audacia, diferenciación, definición. Claro que, si nos definimos, perdemos votos. Nos dicen que somos fanáticos, exagerados, teóricos y sin sensibilidad. Pero Chile dio el gran salto adelante a fuerza de audacia y definiciones. Sin ellas no habría habido libertad de precios, apertura al exterior, universidades, previsión ni salud privadas, reformas laborales, privatizaciones ni un sistema electoral que garantiza la estabilidad política. No habría habido modernización ni elevado crecimiento económico con estabilidad y disminución de la pobreza.

¿Volveremos a contestar, el 11 de diciembre, “aquí estamos”, o daremos otra respuesta, que nos permita dar un nuevo gran salto adelante en el progreso nacional?

06.10.93

"No Pisarás un Mall"

Mi tercer hijo, Felipe, asegura hasta hoy haber visto a don Patricio en el Parque Arauco.

Como sujeto de reacciones tardías, he pasado dos semanas cavilando antes de poder colegir alguna conclusión del hecho de que don Patricio haya afirmado que “nunca en su vida pisaría un mall”. Pues lo intrigante de la aseveración presidencial fue el “retintín” con que fue dicha, para usar el mismo término que, según la anécdota, empleó un cura de Putaendo para explicar su irritación con cierta persona que le dijo, justamente, “cura de Putaendo”.

Porque el tono utilizado por don Patricio habría sido más apropiado para referirse a un garito, un fumadero de opio o un templo satánico que a un inocente mall. Estos son lugares neutros, donde van personas a gastar honradamente su dinero en locales pertenecientes a otras personas que buscan en forma igualmente honrada ganar el suyo, lo cual trae a la memoria la cita de Ben Johnson: “El hombre está pocas veces más inocentemente ocupado que cuando se dedica a ganar dinero”.

Debo decir que creo entender a don Patricio. Lo conozco más de lo que él me conoce a mí, pues fui su alumno en la misma universidad en que también él se formó y puedo dar fe de que en esas aulas se me intentó inculcar, si bien con poco éxito, según se ha visto después, el “racionalismo constructivista”: Chile era un país pequeño y pobre, con mucha gente hambrienta y poco ilustrada que debía ser protegida de la voracidad de una minoría astuta y privilegiada. Esa misión debía desempeñarla un Estado poderoso y que controlara todo. Casi la única libertad de discernir por nuestra cuenta debía ser la de generar ese Estado (libertad política), pero en lo demás debíamos someternos a él, para evitar abusos y desigualdades.

Claro, el Estado podía despilfarrar y perder dinero. Eso era una demostración de que servía a la comunidad “sin ánimo de lucro”. Pero si un particular despilfarraba su propio dinero, eso era un “pecado social”.

Probablemente no hay nada que se oponga más a la mentalidad del Chile pequeñista, estatista, controlado, igualitario, de economía cerrada y con enormes listas de “artículos suntuarios de importación prohibida”, que un mall. Es verdad que estos edificios amplios, lujosos, relucientes, no representan la realidad del país ni son un templo del ideal austero y forzosamente igualitario.

Materialmente son mucho mejores que el resto del país. En ellos uno se siente en Norteamérica o en Europa (y no en cualquier parte de Europa). También es verdad que en ellos se venden muchas cosas que la mayoría no tiene dinero para comprar. Pero siempre el progreso de la mayoría se ha generado así. Cuando hace 30 años llegaron los primeros televisores (antes no los había porque estaba prohibido traerlos, lo mismo que fundar estaciones transmisoras; sólo fueron autorizados debido al Campeonato Mundial de Fútbol de 1962, que se jugó acá) muy pocos podían comprarlos, pero hoy están en casi todos los hogares.

Sea como fuere, debo decir que entiendo a don Patricio. El quiere que sus gobernados seamos sobrios, como él. Probablemente su sentido cristiano lo haría aspirar a que, en lugar de hacer posible que todos los chilenos puedan dentro de pocos años comprar en un mall, nos volviéramos cada vez más reacios al consumismo, modestos y desinteresados. Las tiendas deberían vender sólo lo indispensable para una vida austera, en lugar de tantas mercaderías inútiles o superfluas. Ese es el problema de darle tanta libertad a la gente: termina haciendo cosas tan distintas de las que a uno le gustaría que hiciera.

Por mi parte, declaro que, gústeme o no, pisaré muchas veces un mall. Desde luego, no hay otro lugar donde acudir a comprar un regalo de última hora, acerca del cual uno no ha tenido tiempo de pensar, cuya omisión puede comprometer la estabilidad matrimonial y en el acto de cuya entrega la cónyuge preguntará inevitablemente si fue personalmente adquirido por uno mismo. Me temo que ni siquiera un Presidente de la República puede sentirse completamente a salvo de semejante emergencia y, por tanto, libre del riesgo de incumplir la aventurada promesa de “no pisar jamás un mall”.

13.10.93

“Tertium Non Datur”

Don Patricio Aylwin respaldó a los agentes del Estado que eliminaron a terroristas, pero sólo lo vino a hacer cuando él era Presidente. A su antecesor lo condenó públicamente por lo mismo.

Este proverbio latino quiere decir que la tercera posición no existe, lo cual en rigor no es verdad, porque ella existe. Lo que sucede es que no sirve, cosa diferente. Al menos, no sirve para gobernar.

Nuestro Presidente, a quien todos debemos respeto y acatamiento y yo añado, por mi parte, que gustosamente se los dispenso (a medida que se acerca el término de su mandato se acrecienta mi aprecio por el gobernante), ha comprobado en el reciente episodio de Carabineros versus extremistas que la tercera posición es insostenible. El ha dicho, una vez más, que es muy distinto “estar detrás de un escritorio” y opinar sobre cómo debe enfrentarse a terroristas que disparan y matan a policías, que ser uno de éstos y estar en el terreno recibiendo el fuego.

He citado otras veces a don Patricio cuando empleaba la misma frase en 1973, en entrevistas de prensa en que se le preguntaba por la acción represiva de la Junta. Después, él cambió y criticó al régimen militar por atropellar los derechos humanos, y terminó por exponerlo a la vindicta pública a través del sesgado y parcial “Informe Rettig”. Ni éste ni el gobernante reconocieron los esfuerzos del gobierno militar por adecuar la tarea antsubversiva a la observancia de tales derechos, esfuerzos acreditados por la supresión de la Dina en 1977, en razón de las acusaciones sobre excesos que se le atribuían; y después, por la supresión a su sucesora, la CNI, a la cual también se acusó de parecidos excesos, de la atribución de detener personas, a comienzos del decenio de 1980.

Tal como entonces, lo “fácil” y “popular” en este momento es criticar a los carabineros. ¿Y quién critica a los subversivos de extrema izquierda que asesinaron a un guardia bancario, a un suboficial de la policía antes de haber sido objeto de ningún disparo policial y se escudaron en un vehículo lleno de

pasajeros? ¿Quién de los que critican a Carabineros se ha detenido a averiguar cuántas y cuáles de las víctimas inocentes cayeron bajo balas extremistas en ese tiroteo?

Por supuesto, la gente de izquierda quiere hacernos olvidar todo eso, entre otras cosas porque muchos de ellos no son ajenos a la génesis de estos grupos subversivos de extrema izquierda, organizados tanto en el gobierno de la Unidad Popular, y aun antes, y fortalecidos bajo el gobierno militar, con renovados recursos y con apoyo interno y externo.

Claro, ahora “otra cosa es con guitarra”. Los extremistas de izquierda le gritan “asesino” al Presidente de la República, tal como lo hacían con el ex Presidente Pinochet. Tal vez ahora aquél comprenda al ex mandatario cuando encaraba a los contramanifestantes, como él no puede menos de hacerlo hoy, y les gritaba: “¡malagradecidos!”, dando lugar a la befa opositora.

Hoy, hasta un ex ministro socialista se lamenta de “una campaña de desinformación” en el exterior en perjuicio del Gobierno, tanto sobre lo que se describe como un supuesto “cogobierno” del general Pinochet, como en relación a acusaciones de torturas contra una ciudadana brasileña y varios presos por delitos contra la seguridad interior. En el pasado régimen, las informaciones que ellos enviaban al exterior sobre torturas policiales motivaban idénticas quejas acerca de la “desinformación” por parte del gobierno militar.

La Concertación perdonó o benefició a casi todos los subversivos y terroristas procesados por hechos anteriores a 1990, pero ante el auge delictivo y los atentados contra personalidades públicas y funcionarios o ex funcionarios de orden y de seguridad, debió reforzar los cuerpos policiales para que respondieran con prontitud. Ahora que lo hacen una parte de la Concertación los critica. Han querido estar bien con Dios y con el diablo y han descubierto lo difícil que eso resulta.

Por lo menos, acreditémosle a don Patricio su coraje al abandonar la tercera posición y respaldar a quienes se juegan la vida a diario combatiendo el terrorismo y la subversión.

¿Puede Alguien Explicarlo?

Nadie contestó mi pregunta, lo cual no fue óbice a que poco más de un mes después se eligiera un segundo gobierno de la Concertación.

Hace 30, 40 ó 50 años las cajas de Previsión, entidades del sector público, eran dueñas de enormes edificios, algunos de ellos de departamentos de lujo, pero en todos los cuales las rentas eran irrisorias. Sólo lograban ocuparlos quienes tenían influencias ante el gobierno de turno.

También las cajas perdían enormes sumas al prestar dinero a imponentes privilegiados, sin reajustabilidad y en épocas de inflaciones galopantes, de modo que al poco tiempo los deudores estaban restituyendo sólo una fracción del dividendo inicial y las cuotas finales terminaban reducidas casi a cero. Cada gobierno aprovechaba a esas cajas como “hijuelas pagadoras de servicios electorales” término acuñado ya hace medio siglo para describir apropiadamente su verdadero carácter.

De modo que con los enormes aportes mensuales de fondos previsionales que se descontaban de los sueldos y salarios de millones de trabajadores chilenos se hicieron toda suerte de negocios malos para éstos. Con los años el sistema cayó técnicamente en quiebra. Las jubilaciones que concedía eran en su gran mayoría miserables, y muchas de las que todavía se pagan, originadas en él, lo siguen siendo. Pero unos pocos lograban jubilaciones mejores, y algunos, excelentes.

Entre los privilegiados estaban los parlamentarios.

Bajo el gobierno anterior se privatizó el sistema previsional. Por ese solo hecho los fondos que antes se derrochaban pasaron a ser invertidos eficientemente. Cada imponente tuvo una cuenta individual. El sistema de jubilación es ahora igual para todos. Las pensiones son mejores y no se deterioran con el transcurso del tiempo, pues se reajustan según la UF.

Las enormes sumas que el conjunto de los trabajadores cotiza mensualmente

ahora se invierten en forma productiva. Este hecho explica en gran parte por qué el país puede crecer ahora al doble que hace 20, 30, 40 ó 50 años.

La privatización alcanzó a otros monopolios estatales. Teléfonos, por ejemplo. Después de realizada se instalaron más aparatos que en toda la historia de la telefonía nacional. Bajo el estatismo sólo se podía conseguir uno con el favor del oficialismo u otras influencias, salvo que el interesado se resignara a años de espera.

Algo similar puede decirse de la generación y distribución de electricidad. Monstruos estatales que no invertían o tenían pérdidas se transformaron en empresas privadas extraordinariamente dinámicas y rentables, que invierten no sólo para ampliar su capacidad en el país sino también en el exterior, y cuyas acciones se transan en los mercados internacionales.

La política privatizadora permitió, a la vez, liberar enormes recursos para inversión social.

Acompañada de la liberalización de los mercados y de la apertura económica al exterior, dio lugar a la creación de millones de nuevos empleos y al mejoramiento de las remuneraciones reales, permitiendo así la disminución paulatina de la pobreza en nuestro país.

Pues bien, Chile puede nuevamente hacer otro tanto. Quedan más de 40 empresas estatales, entre ellas la más grande de todas, Codelco, afligidas por toda suerte de problemas, desde pérdidas insondables (Ferrocarriales), incapacidad para explotar sus posesiones (Codelco), ineficiencias crónicas (puertos) y hasta problemas de corrupción. Tenemos un Estado burocratizado, ineficiente, que ni siquiera puede cumplir bien algunas de sus funciones esenciales, como la de garantizar el ejercicio de una justicia rigurosa y oportuna.

Chile puede perfectamente dar otro gran salto adelante, económico y social. Pero, al menos según las encuestas, la mayoría ciudadana parecería más inclinada a elegir para el próximo gobierno a quienes criticaron sistemáticamente el proceso que permitió dar el gran salto anterior, y a quienes, a la vez, son más reticentes a reeditar ese proceso modernizador, semiparalizado durante cuatro años.

¿Puede alguien explicarlo?

03.11.93

Salto Adelante M. R.

Antes de las presidenciales de 1993, Frei lideraba las encuestas. Nuestro candidato era Arturo Alessandri y Pepe Piñera corría como independiente. Frei dijo en TV que su gobierno daría un “gran salto adelante”. Pero poco antes yo había debatido en la AmCham con Genaro Arriagada, estrecho colaborador de aquél, y había dicho que un futuro gobierno de derecha daría un “salto adelante”. Defendí mi derecho de autor.

He estado por llamar a Genaro desde que Eduardo, en su alocución final del debate presidencial, tuvo la osadía de decir que en un eventual gobierno suyo “queremos dar un salto hacia delante”. ¡Pero si el salto adelante siempre ha sido nuestro! Genaro, que lo sabe perfectamente, debió haberle advertido a Eduardo, porque en un reciente foro con el primero yo manifesté claramente y refiriéndome, como es obvio, a un futuro gobierno de Arturo, que sólo con él daríamos “otro salto adelante” como el que tuvo lugar gracias a las modernizaciones del gobierno militar, cuyo efecto ya se está agotando. Agotamiento precipitado por la paralización bajo el actual régimen del proceso modernizador, liberalizador y desburocratizador.

Pues fuimos nosotros (bueno, “nosotros” es una manera de decir, porque, al menos en el caso mío, me limitaba a opinar desde la acera) quienes, por ejemplo, contra la oposición de los que hoy están en el poder, transformamos los fondos previsionales, que eran un botadero de plata a la calle, en inversiones productivas y eficientes. (En esto hay que reconocerle el mérito a Pepe, que lamentable, y esperamos que transitoriamente, decidió separarse de nosotros en esta campaña.)

Antes, y por muchos años, la plata de las jubilaciones se hacía sal y agua en manos de los políticos de turno; hoy se destina a inversiones productivas que ya tienen un monto de 15 mil millones de dólares, que están bien vigilados por los dueños de cuentas de ahorro provisional individuales.

La sola diferencia entre derrochar centenares de millones de dólares anuales e

invertirlos con eficiencia explica en buena medida por qué Chile pasó a crecer del cuatro por ciento de antes al ocho por ciento actual.

Así se dan los saltos adelante, y no gravando con impuestos al ahorro, como lo hizo este gobierno, con el voto y el apoyo de Eduardo. Medidas como ésta sólo pueden frustrar otro salto adelante. ¿Con qué derecho puede afirmar que lo va a dar? El Instituto Libertad y Desarrollo ha demostrado, en un reciente estudio sobre la ley de presupuestos de 1994, que la tasa de ahorro interno, medida como porcentaje sobre el producto, ha venido cayendo desde 1990, cuando este Gobierno gravó las utilidades reinvertidas de las empresas. Así se salta hacia atrás. Eso sí lo sabe hacer bien un gobierno de la Concertación.

El próximo salto adelante sólo puede darlo el país conducido por un gobierno nuestro, como se lo dije a Genaro en aquel foro, pues nuestro sector es el único que cree en la necesidad de privatizar las 40 empresas estatales que quedan y el único políticamente capaz de hacerlo. Es decir, de “vender bienes públicos para solucionar males sociales”, como dijo acá el Presidente Salinas de Gortari, sin que el ministro chileno que estaba a su lado alcanzara a hacerle presente que el tema no era oportuno ni del agrado de su anfitrión.

Además, ya sabemos que en un eventual gobierno de Eduardo los yacimientos inexplotados de Codelco seguirán así, porque él se ha comprometido a no tocar el tema de su privatización. En un gobierno nuestro serían vendidos en licitación y comenzarían muy luego a generar empleos, divisas, impuestos; es decir, otro salto adelante, como sucedió con las platas de la previsión. La venta de decenas de empresas públicas y la licitación de obras de infraestructura permitirían aumentar la inversión en carreteras y obras sanitarias, del mismo modo que las privatizaciones de teléfonos y electricidad en el gobierno anterior, por ejemplo, dieron lugar al crecimiento explosivo de las inversiones en ambos servicios de utilidad pública.

Esto es tan claro que tornaría inexplicables todas las encuestas de opinión que le dan la mayoría a Eduardo, salvo que, como lo he señalado tantas veces, uno recuerde que en Chile la gente, en general, no entiende casi nada de nada.

Sea como fuere, le diré a Genaro que le manifieste a Eduardo, como debió haberlo hecho antes del debate en televisión, que no vuelva a mencionar el salto hacia adelante, porque la idea original no le pertenece y porque de ninguna manera lo va a poder dar con un programa de gobierno como el de la

Concertación.

01.12.93

Capítulo IV

Eduardo II

(1994 – 1999)

Dueño Necesítase

Hacia el final del Gobierno de don Patricio, desaparecieron de Codelco unos 270 millones de dólares. El único responsable hallado por la Justicia fue un modesto operador de futuros. Algunas personas mal pensadas creen que no fue el único.

No informé en su oportunidad a los feligreses de esta columna de mi cambio de residencia; y si no lo hice fue, probablemente, por la vergüenza que me provocaron los lamentables testimonios de apego a diversos bienes materiales que espontáneamente prodigué en esa ocasión y que, frente a la prédica espiritual en favor del desprendimiento y contra el materialismo ambiente, me hicieron sentir como un paria moral.

En efecto, antes de la mudanza hice un completo inventario de los bienes a ser trasladados, pero fui particularmente meticuloso en relación a 276 botellas de vino y a mis libros, en ese orden, cuya posible pérdida se convirtió en mi temor más obsesivo en los días previos al cambio de casa.

Finalmente, no pudiendo resistir la desconfianza, trasladé personalmente botellas y libros. Casi todos los dueños somos así. Y los que no son así, rápidamente dejan de ser dueños. En este mundo en que vivimos, y sobre todo en esta parte de él, abundan los aspirantes a dueño que desean serlo a costa de uno. A su vez, digamos para efectos pedagógicos que quienes dejan de ser dueños se dividen en desposeídos propiamente tales y en santos, que son quienes voluntariamente ceden sus bienes a los demás. Pero es importante decir que el santo es igual al dueño en su cuidado por conservar las cosas y hacer que los recursos de que uno dispone rindan al máximo. La diferencia con el dueño corriente reside en que, cuando se cosechan los frutos del celoso cuidado de bienes y recursos, el santo los cede a los demás. En eso, y en producir siempre lo necesario para el propio sustento, consiste la santidad. Porque hay algunos que se dicen o creen santos y no sólo reparten lo ajeno, sino, más encima, viven a costa de los demás. Esos no son santos, sino frescos.

Claro, todos deberíamos ser santos de verdad. Por mi parte, he pensado que un primer paso tendría que ser el de regalar mis botellas de vino. Lamentablemente, no he podido superar la prueba. Al contrario, me las he ido bebiendo de a poco. Y debo confesar que las más antiguas, que son de 1975, están muy buenas, sobre todo las de tinto. Las de blanco se han ajerezado, lo que viene bien, porque los blancos chilenos, salvo una o dos marcas, dejan bastante que desear.

Las reflexiones anteriores, contra lo que pudiera parecer, no carecen de interés general y actualidad. Fueron provocadas por el episodio de Codelco. Si Codelco hubiera tenido dueño, allí no habría podido pasar lo que pasó. Los dueños desconfiamos de todo y de todos, nos metemos en cada rincón de lo nuestro y no dejamos escapar detalle acerca de cómo se gasta nuestro dinero.

Pero Codelco no tiene dueño. A usted podrán decirle que es de todos los chilenos, pero vaya usted a vender la trece millonésima parte que le corresponde, por lo cual le deberían dar unos miles de dólares que usted sabría invertir muy bien y oíría ese inconfundible ruido que en nuestro país se hace con las manos para significar un “no” más rotundo y desafiante que el que puede expresarse con una palabra. Así de dueños somos de Codelco.

En todos los gobiernos y cuando digo “todos” incluyo al anterior, Codelco ha sido hijuela pagadora de servicios a los favoritos del régimen. Büchi en su último libro dice que el equipo económico nada pudo cuando trató de hincarles el diente a las remuneraciones de Codelco. Ahí falta un dueño que pregunte y vigile. Si es un santo, mejor, pero como hay pocos, muy pocos, conformémonos con un despreciable y egoísta dueño, tan egoísta que podamos tener la completa seguridad de que nunca más los extranjeros se queden riendo tras apropiarse en una vuelta de cacho de centenares de millones de dólares chilenos.

¿Qué Habrían Dicho?

Y “ellos” también habrían levantado la sospecha que fue para financiar una próxima campaña presidencial.

Un amigo me detiene y me pregunta: “¿Puedes imaginarte qué habrían dicho ellos si lo de Codelco hubiera pasado en el gobierno anterior? ¿Te imaginas los desórdenes y protestas callejeras de la CUT, las furibundas declaraciones de la Concertación o, antes, del Frente Democrático; los anatemas del Padre Obispo y otros colegas suyos ante el “pecado social” cometido con el dinero del pueblo; y hasta el griterío izquierdista internacional? Habrían hablado de la corrupción de los militares, del robo del “sueldo de Chile”, de que eso no habría podido pasar “en democracia”.

Pero ahora están todos callados. La CUT, si levanta la voz, es para atacar a la derecha, por querer privatizar Codelco. Y lo peor es que nosotros también estamos callados.

En realidad, “nosotros” (ustedes me entienden) no estamos tan callados. Les hemos dicho todo lo que correspondía: que los ejecutivos no hicieron su trabajo como era debido; que los directores tampoco; que son ineficientes y que todas las empresas estatales, en mayor o menor medida, lo son. Por eso pedimos que se siga con la privatización. Ahora, de salir a gritar que se han robado la plata, eso no nos consta ni es nuestro estilo. A lo más podemos acusarlos de hacer desaparecer la plata, pero no más allá. Lo que pasa es que somos una oposición caballerosa, leal, considerada. Jamás abusamos de las situaciones. Nuestro concepto del “fair play” nos lleva a bajar el tono de los ataques cuando el adversario está en inferioridad de condiciones.

Además, siempre... bueno, digamos mejor, “muchas veces” pensamos primero en el país y después en nuestra conveniencia política. No hace mucho expliqué que debido a eso, por ser tan ejemplares como opositores, el pueblo nos reelige una y otra vez en ese carácter. No es que “ellos” nos derrotan en las elecciones, sino que, bien miradas las cosas, nosotros las ganamos en cuanto se refiere a la

disputa sobre quién va a ser oposición. Triunfo nuestro que, es verdad, implica que ellos se queden con el gobierno y el grueso del Parlamento. Claro, las cosas se pueden mirar de diferentes maneras.

Pero, como he explicado también otras veces, el pueblo sabe que cuando ellos no están en el gobierno, si bien los dineros públicos están a mejor recaudo, “ellos” ejercitan una oposición despiadada, a la cual no le importa perjudicar al país con tal de desprestigiar al gobierno. El pueblo recuerda cómo pedían en el exterior que no vinieran inversiones ni préstamos a Chile, en los peores momentos de las recesiones internacionales.

Recuerda las “protestas pacíficas”, a cuyo amparo cometían sus tropelías los que incendiaban vehículos, hacían atentados con explosivos y amedrentaban a la población para que no acudiera a sus lugares de trabajo. Y como el pueblo vio todo eso, probablemente pensó que tal vez esa gente haría menos daño si estuviera en el gobierno. Pero, claro, el episodio de Codelco demuestra que también allí pueden hacer mucho daño. A lo mejor es demasiado pedir eso de querer tener buena oposición y buen gobierno al mismo tiempo. Ya la naturaleza nos ha favorecido con tantas bendiciones.

Recordemos esa trilogía tradicional de nuestra autosatisfacción: el suave clima, “como no hay otro en el mundo”, según don Pedro de Valdivia; las más bellas mujeres, si bien confieso que una vez, paseando por la Kurfurstendamm de Berlín, tuve durante unos instantes algunas dudas poco patrióticas a ese respecto. Donde no caben dudas es en el excelente vino tinto. Incluso agregaría los tomates chilenos. Los frescos, se entiende, y de más al sur. Simplemente no puede haber tomates mejores en ninguna otra parte.

Ahora, operadores de futuros, los de otras partes son mejores. Porque al enfrentar su perspicacia con los de acá, se han quedado con más de doscientos millones de dólares nuestros. Por un error de los locales, dicen, seguido de otros errores. Algunos no quieren creérselo, y piensan que fue una avivada memorable... y redituable. Tal vez nunca lo sepamos. Tal vez no sea fácil discernir qué resulta preferible. Como imagen, quiero decir: si la de vivos, o la de lo otro.

Balance Final

Hice un balance final de la administración Aylwin. Al leerlo hoy pienso que tal vez fui demasiado generoso, salvo en mis elogios para la señora Leonor, que sigo estimando justificados y sé que ella me agradeció.

Cumpliendo con un mandato tácito de la feligresía, asumo en esta columna la delicada responsabilidad de hacer el balance final de la administración de don Patricio Aylwin, para los efectos de ilustrar el juicio que la misma habrá de merecer a la posteridad. Examinemos las más significativas partidas del activo.

Pocos se atreverán a discutir que lo mejor de este gobierno ha sido, sin duda, la señora Leonor.

Desde antes de que su marido asumiera la Presidencia, ella puso de manifiesto su tino, modestia y discreción al solicitar que se prescindiera a su respecto del rimbombante tratamiento de “Primera Dama de la Nación”. Posteriormente y con igual tacto dispuso, según hemos sabido en estos días, la permanencia en sus cargos del personal de la oficina asignada a ella en la sede de gobierno y que venía del régimen anterior. El recato y la prudencia caracterizaron todas sus actuaciones, que siempre tuvieron, por añadidura, un sello de distinción. Sin duda, ha personificado en estos cuatro años lo mejor de las virtudes de la mujer chilena.

Otro activo que cabe acreditar en el balance del gobierno que termina ha sido la oposición. Ningún gobierno que se pueda recordar ha tenido una más comedida, constructiva y colaboradora que el actual. ¿Qué más puede pedir un Presidente que una oposición encargada de impedir la concreción de casi todos sus más graves errores? Y como la consumación de algunos era exigida por un compromiso político ineludible, previamente contraído con quienes lo habían apoyado para alcanzar el poder, la oposición, entonces, contribuyó a mejorar y maquillar las correspondientes iniciativas disparatadas, para que el régimen pudiera aparecer cumpliendo sus promesas electorales con el menor costo económico y social posible.

Cabe acreditar también al régimen, por cierto, un buen manejo presupuestario del fisco.

Otro activo importante ha estado representado por el fantástico apoyo recibido del resto del mundo. La simpatía política y la afluencia de inversiones económicas han sido sin precedentes.

En fin, la honestidad personal del Presidente Aylwin y su moderación general explican el clima de concordia política que ha presidido su gestión y la simpatía pública que lo rodea.

En el pasivo del balance debemos anotar, en primer término, las contemplaciones con la delincuencia y el terrorismo, por contraste con el afán de juzgar con rigor a las fuerzas de orden y seguridad encargadas de combatirlos. Hoy los chilenos lamentamos a diario las consecuencias de ese criterio discriminatorio. No podemos transitar confiados por las calles ni acudir con tranquilidad a espectáculos deportivos ni estar a salvo siquiera en la intimidad de nuestras moradas, ante la prepotencia de malhechores sobreprotegidos.

También en el pasivo debe anotarse la mayor y más escandalosa y perjudicial especulación con recursos públicos que recuerda la historia del país, como lo ha sido la realizada en Codelco.

Y, por último, también se debe cargar al régimen el constante brote de focos de corrupción protagonizados por funcionarios en empresas y servicios públicos y municipalidades. A las malversaciones en Onemi, los desmalezamientos de Enap, el financiamiento de operaciones dudosas en Digeder, las compras desmedidas del Servicio de Salud, la adquisición objetable de un barco y el pago de comisiones indebidas en Empremar y las denuncias de irregularidades de Seremis en regiones, se suman las denuncias de actuaciones reprochables, abusivas y hasta delictivas en municipios controlados por la Concertación.

Con todo, el saldo del balance debe reconocerse como positivo. Existe un clima propicio a la concordia interna, hay progreso material, la pobreza disminuye. En síntesis, el de don Patricio Aylwin será recordado como un buen gobierno, aunque no se sepa bien si ello será gracias a lo que hizo o a lo que no pudo hacer. Pero nadie podría honestamente desconocer que, en general, entrega a su sucesor un país mejor que el que recibió.

09.03.94

Lo que se Espera de las Derechas

Siempre he criticado a los derechistas que se desplazan hacia el centro. Pero en el caso de Aznar, si bien fracasó en 1994, después tuvo éxito. Y, pese a todo lo que dijo, hizo un genuino y exitoso gobierno de derecha, y no de centro.

En la escena política contemporánea y en todo el mundo, están sucediendo aproximadamente las mismas cosas, pero algunos pueblos son más capaces que otros de aprender de las experiencias y lecciones que ellas van dejando. Así, como conclusión general, no parece exagerado afirmar que las ideas de izquierda y centroizquierda han fracasado en todas partes, salvo allí donde sus sustentadores se han, en la práctica, derechizado. Las derechas, en cambio, han visto triunfar sus ideas. Sin embargo, suelen experimentar derrotas electorales. Ello tiene lugar particularmente cuando el izquierdismo y el centrismo se moderan y la derecha abandona sus principios.

En Italia la derecha recién ha triunfado porque decenas de años de la mixtura centroizquierdista de intervencionismo económico, corrupción política y administrativa y falta de autoridad han llevado a la gente a la desilusión total con las colectividades de centro e izquierda. Pero en Francia la derecha gobernante, que llegó al poder tras el mismo desencanto popular con el centro y la izquierda, enfrenta ahora duros momentos. Las recetas rectificadoras son dolorosas y difíciles de hacer comprender a todos los sectores. El “Estado Benefactor” otorga muchas prebendas y beneficios sectoriales, a costa del interés general. Quienes las disfrutan las defienden con dientes y uñas, mientras cuesta encontrar defensores del interés general. En París pueden juntarse miles para desfilar contra la rebaja del salario mínimo para los más jóvenes, pero probablemente resulte muy difícil que alguien marche a favor de esa rebaja, pese a que, objetivamente, ella beneficiaría al país y, desde luego, a los desempleados más jóvenes.

En Italia veremos en un futuro no lejano situaciones parecidas. En Gran Bretaña, John Major ha preferido eludir la mantención de las recetas correctas, pero dolorosas, y ha retrocedido sistemáticamente a partir de las políticas de su

antecesora, Margaret Thatcher. Los conservadores se han acercado hacia el centro. Pero ello no les ha traído consigo el éxito, sino al contrario. Pues los laboristas, justamente a partir de los 11 años de gobierno de Margaret Thatcher, se han derechizado, de modo que la línea entre ambos partidos se ha tornado tenue, el centrismo se ha minimizado y la popularidad del conservadurismo desdibujado cae sistemáticamente. El electorado siempre prefiere al producto genuino y no a la imitación. Si ha de tener centroizquierdistas moderados, prefiere a los laboristas.

En España, el socialista Felipe González, lejos de aplicar recetas socialistas, respetó las bases económico-sociales legadas por el franquismo. El prolongado gobierno de aquél ha tenido variados defectos y ha habido abundantes denuncias de corrupción y de excesos de permisivismo. Pero se ha beneficiado de una oposición de derecha timorata y acomplejada, que recientemente derivó hacia posturas de centro, mal llamadas “modernas”, personificadas por el señor Aznar. Cuando hubo que votar, una vez más el electorado prefirió el producto genuino, en lugar de la imitación, y reeligió a Felipe González.

Ahora en Chile la derecha habla de replantearse y de reestudiar sus posiciones. Sus principios, sin embargo, no requieren de ningún replanteamiento ni repensamiento, pues siguen siendo claros: sentido de autoridad, gobierno impersonal, probidad en los asuntos públicos y privados, mano dura con la delincuencia y el terrorismo, privatizaciones y disminución del tamaño del Estado, entregando cada vez más decisiones a las personas.

Vimos a parte de nuestra derecha, bajo el gobierno anterior, negociando iniciativas de retorno al intervencionismo estatal y al alza de impuestos; facilitando el otorgamiento de indultos a terroristas y delincuentes e, increíblemente, hasta beneficiándose a través de un dirigente suyo, condenado por estafa ante los Tribunales de Justicia, de uno de tales indultos.

De manera que no puede estar más claro qué es y dónde está lo que la derecha se debe replantear.

Desaparición de Documento Clave

Un feligrés repuso en forma inmediata el documento perdido a que se refirió la siguiente columna.

Debo dar cuenta a la feligresía de esta columna de una inquietante situación que afecta a su autor y que puede alterar de manera indeseable los términos de la participación futura del mismo en el debate público: ha desaparecido de su archivo la fotocopia de la entrevista de prensa de don Patricio, en 1974, en la cual él sostenía que las Fuerzas Armadas habían librado a Chile de un nuevo “golpe de Praga”; que la Unidad Popular había organizado un ejército clandestino de más de 10 mil hombres, y, en fin, que era muy fácil, pero injusto, “estando detrás de un escritorio”, criticarlas por su dureza en la lucha contra el extremismo.

Ese vital documento fue muy utilizado por esta columna, como sus lectores saben, en los cuatro años de la administración de don Patricio, y sirvió para volver a poner al país en general y al ex Mandatario en particular en el contexto de las circunstancias vividas hace 20 años.

El caso es que la semana pasada, como tantas otras veces, debí acudir a mi archivo para volver a citar la entrevista y confrontar la referencia contenida en ella al “golpe de Praga” con las nuevas y lamentables afirmaciones de don Patricio, esta vez en La Sorbona, en el sentido de que en 1973 no había existido en Chile el peligro de un golpe comunista. Y no la pude encontrar.

Traté de recordar en qué diario apareció y no pude tampoco precisarlo. No descarto una operación de sabotaje adversario; pero tampoco es improbable que la desaparición sea producto de que recientemente ordené mi archivo para facilitar su consulta.

Confieso no acertar a comprender por qué lo hice, pues a estas alturas de mi vida debería ya haber aprendido que, de acuerdo con la enésima Ley de Murphy, las cosas siempre se pierden después de que uno las ordena para evitar que se

pierdan.

Será difícil reemplazar este valioso instrumento para revitalizar la memoria de los chilenos. El problema que la aqueja, en el orden individual y colectivo, es muy serio. Desde luego, ayer, justamente, apareció un aviso en el diario afirmando que uno de cada 10 chilenos ha olvidado hasta su propio nombre, como consecuencia del mal de Alzheimer. Pues bien, en materias políticas puede afirmarse con bastante certeza que el Alzheimer afecta a unos nueve de cada 10 chilenos.

Por eso Jarpa ha tenido razón al tratar con dureza la intervención de don Patricio en La Sorbona. Es cierto que el tono de voz empleado por el ex senador para ello y para criticar al gobierno de los “nuevos tiempos”, integrado en general, como he dicho antes, por individuos mansos y buenas personas, puede haber sido algo fuerte. Pero “de las aguas mansas líbreme Dios, que de las bravas me libro yo”. Pues estas buenas personas se han puesto en un curso de colisión constitucional peligroso. Como Jarpa bien les hizo ver, ellos no pueden pretender imponer de facto y mediante variadas presiones la renuncia del general Stange, porque no tienen facultades legales para impetrarla y porque la Constitución Política señala un procedimiento específico para separar de su cargo al General Director de Carabineros, que, por cierto, no goza de inamovilidad, sino que puede ser removido por el Presidente con el acuerdo del Consejo de Seguridad Nacional.

En este episodio, en el fondo, quien fue más criticado, el Ministro del Interior, Germán Correa, ha terminado siendo el más prudente, pues se limitó a afirmar que el tema de la renuncia del uniformado atañía a su propia conciencia. Y como la tiene perfectamente limpia, según lo ha dicho reiteradamente, en el sentido de estar convencido de jamás haber obstaculizado a la justicia en el caso del asesinato de los dirigentes comunistas, no cabe continuar con este tema y, utilizando por una vez en nuestro favor la fragilidad de nuestra memoria, sí cabe olvidarlo, dejando que la justicia emita su veredicto y volviendo a tratarnos todos con la sorprendente delicadeza que ha presidido el debate político chileno en los últimos años.

Un País Tremendo

La siguiente columna expone una tesis favorita mía, que pocos comparten: la importancia de Chile en la caída del comunismo soviético.

Un rasgo irritante de muchos de mis compatriotas es su tendencia al pequeñismo. Hay chilenos muy apocados. Ciertos hombres públicos suelen hablar de que éste es un ``país pequeño y pobre". Ni lo uno ni lo otro.

Este es un país, como nos lo reveló Vittorio di Girólamo hace años, tricontinental y trioceánico: tenemos posesiones en la América, en la Antártida y en la Oceanía; las costas de nuestros territorios son bañadas por los océanos Pacífico, Atlántico y Glacial-Antártico. Y somos dueños de enormes riquezas naturales. Si no fuera por los chilenos, podríamos ser permanentemente un país tremendo.

Piénsese, por ejemplo, en los aportes decisivos que, bajo adecuado liderazgo, hicimos en años recientes para, literalmente, cambiar al mundo en diferentes sentidos.

Así, comenzando por lo económico, ¿a quién se le había ocurrido privatizar, antes que a nosotros? A nadie. Hoy todos nos imitan y privatizan. La señora Thatcher ha insinuado alguna vez que la idea se le ocurrió a ella. Pero cuando ella llegó al poder, aquí la noción privatizadora ya había operado durante cinco años.

¿Dónde se evolucionó, antes que en Chile, a partir de la previsión estatal de reparto y deficitaria, y a partir de la salud estatal ineficiente e inhumana, a las cuentas personales de ahorro previsional y a las instituciones de salud privadas, eficientes y modernas? En ninguna parte. Y eso ha sido de una importancia tremenda. Piénsese que hoy hay más de 15 mil millones de dólares en los fondos de pensiones chilenos. Esa enorme suma está siendo invertida provechosamente, mientras que antes iba a fondo perdido. Eso solo explica en gran parte la diferencia entre el lento crecimiento histórico de la economía chilena y su alto

crecimiento actual.

Y la apertura al exterior, con aranceles parejos y bajos, ``que no existen en ninguna parte del mundo", como decían en su época los críticos.

Nadie se habría atrevido a hacer esos cambios de fondo salvo un gobierno tremendamente audaz, como lo fue el régimen militar chileno. Y si éste no los hubiera hecho y tenido éxito en el proceso, ¿alguien puede creer que un gobierno democrático en Argentina, por ejemplo, habría podido conseguir apoyo popular para privatizar y crear administradoras de fondos de pensiones privadas?

Y todavía en otro sentido somos tan tremendos que sin siquiera proponérselo aportamos un elemento clave para la caída del comunismo en la URSS y en el resto de Europa. Porque la Unión Soviética decidió vengarse del Gobierno militar por haber expulsado al régimen marxista de acá, y se jugó entera por presentarlo como violador de los derechos humanos. El respeto a los derechos humanos se convirtió, gracias a eso, en un tema mundial. Y la URSS se encontró, de repente, con que a ella misma le pedían que respetara los derechos humanos en su suelo. De modo que no pudo sino comprometerse a hacerlo en los acuerdos de Helsinki. Pero cuando en la propia URSS se comenzó a respetar el derecho humano a disentir y a discrepar, se gestó una marea que arrasó con el régimen socialista, pues éste, por definición, requiere para funcionar pasablemente y mantenerse en el poder de la supresión de las libertades personales.

Por eso los partidarios del socialismo hostilizan a Pinochet cuando viaja al extranjero: porque fue el factor fundamental del derrumbe de su sistema. No se lo van a perdonar jamás. Y menos cuando el general victorioso tras su confrontación con la ideología totalitaria visita ahora los propios países conquistados a ella.

¡Qué magnífica escena la del vencedor inspeccionando las fábricas de armamentos que proveían al Pacto de Varsovia, otrora la amenaza suprema contra la vida y la libertad de los habitantes del mundo libre! Tal vez, si se comportan como es debido, los chilenos les compremos algo.

¡Qué cosas somos capaces de hacer, de vez en cuando! Díganme si no es cierto que a veces parecemos un país tremendo.

01.06.94

Lavado Cerebral Mundial

La Concertación no sólo ha hecho creer a los chilenos cosas que no son efectivas: también lo ha logrado con el resto del mundo.

Cuando gobernaba don Patricio, esta columna solía contener advertencias en el sentido de que se nos estaba lavando el cerebro a los chilenos, especialmente en relación al tema de los derechos humanos. Ha llegado el momento de reconocer que el lavado, y no sólo referido a ese tema, sino al de la economía y de la política en general, ha proseguido y está resultando exitoso a nivel mundial.

Pues ¿quién trajo la democracia a nuestro país? Todo el mundo responde en coro: “El gobierno de la Concertación”. Cerebros perfectamente lavados. Si no lo estuvieran recordarían que la democracia que tenemos es la contemplada en la Constitución de 1980, propuesta por el gobierno militar al pueblo y aprobada por éste. Los mecanismos mediante los cuales se eligió a dos gobiernos de la Concertación y a dos sucesivos congresos son los establecidos en la misma Carta de 1980. La única reforma sustantiva de su texto fue la que en 1992 cambió la estructura del poder comunal, y hoy tenemos numerosos testimonios de corrupción, derroche de recursos, desorden administrativo y politización precisamente en los municipios.

Hace algunos días un lector me envió fotocopia de una publicación norteamericana que presenta a los dos artífices del milagro económico chileno, para los efectos de ofrecer conferencias de alto nivel alrededor del mundo (“new speakers of substance”). Ellos son Alejandro Foxley y René Cortázar. El primero es “uno de los dos autores del milagro económico chileno que transformó la economía de su país”; el segundo, “le ofrece a usted la perspectiva de quien está interiorizado en todo lo que se requiere para implementar y mantener reformas de inmensa magnitud”.

Una cosa es respetar y, en ciertos aspectos, hasta aplaudir, la gestión de ambos ex ministros. Pero, ¿que no eran estas mismas personas las que hace 10 y 15 años criticaban las reformas liberalizadoras y privatizadoras de De Castro,

Baraona, Piñera (José, naturalmente), De la Cuadra, Cáceres, Büchi, por nombrar sólo a quienes encabezaron las tareas fundamentales?

Fueron esas reformas las que han permitido dar el gran salto adelante en el crecimiento de la economía chilena.

¿Qué de bueno le encontraron en esa época los economistas de la Concertación a la reforma previsional, que permitió comenzar a invertir eficiente y productivamente los ingentes recursos de la seguridad social, que antes de ella dilapidaban las “cajas de previsión” estatales? Nada.

¿Qué apoyo brindaron a las privatizaciones, que permitieron al Estado vender activos deficitarios y, después, en lugar de seguir soportando pérdidas, percibir una parte de las ganancias de las empresas privatizadas a través de la tributación? ¿O a la Ley Minera, que dio seguridad a las inversiones en la principal fuente de riqueza del país? Ninguno; al contrario, las criticaron.

Y para qué seguir.

En estos días nuestro diario reproduce unos interesantes reportajes del “Wall Street Journal”. El primero, titulado “Fueron compañeros de aulas, ministros y artífices del cambio”. Se trata de Aspe, en México; Cavallo, en Argentina; y Foxley, en Chile. En el texto queda claro, menos mal, que el principal cambio del cual Foxley ha sido artífice ha sido el de sus propias ideas económicas, a partir de su adhesión, hasta la década de 1970, al experimento socialista yugoslavo.

Claro, no puede dejar de reconocerse que su aterrizaje final en la economía social de mercado ha sido exitoso. No hay ninguna razón para no acogerlo fraternalmente en el club. Pero, por favor, no digan que fue el fundador.

Bueno. Al gobierno militar y a quienes lo apoyamos no nos han dejado nada. Lo único, tal vez, dos mil desaparecimientos de inocentes. Porque, naturalmente, el ejército extremista de más de 10 mil hombres poderosamente armados de que nos hablaban don Patricio Aylwin y don Eduardo Frei (padre) en 1973 y 1974 (conservo los recortes), se esfumó. No hubo guerra interna. Sólo “dictadura” y “atropellos a los derechos humanos”.

Por fin, entonces, todos los cerebros del mundo están perfectamente lavados.

03.08.94

Joya de Fantasía

Tiempo después, el entonces presidente norteamericano Clinton repetiría lo de la “joya de la corona”.

El “Financial Times”, de Londres, ha afirmado que Chile es “la joya de la corona Latinoamericana”, por su estabilidad. En vista de lo cual el gobierno de la Concertación se empeña en hacer todo lo posible por debilitar esa estabilidad. La misma se ha logrado gracias a las dificultades que la sabia Constitución de 1980 les puso a los chilenos para trastrocarlo todo.

Hace algunas semanas cité en esta columna el inolvidable legado desestabilizador que nos dejó nuestro guerrillero histórico, Manuel Rodríguez, cuando afirmaba: “Si yo fuera gobierno y nadie me hiciera una revolución, me la haría yo mismo”. Y antes que él, nuestro no menos venerado padre indígena, Michimalonco, nos enseñaba con su dinámico ejemplo cómo podía destruirse en forma muy rápida cualquier cosa que hubiera costado mucho trabajo construir. Son los referentes históricos de la energía destructiva que late en el alma nacional, que comenzaron a rebrotar a partir de 1964 y culminaron durante la UP, entre 1970 y 1973; y que nuevamente campean en nuestro país, desplegándose cada vez que se trata de impedir que algo bueno o útil pueda fructificar.

La Concertación, que efectivamente representa a la mayoría de los chilenos, y es fiel exponente de estas improntas grabadas en el carácter nacional, ha intentado fielmente y por todos los medios desvirtuar el exitoso modelo económico que legó el Gobierno militar. Así, procuró subir los impuestos sobre el ahorro e introducir rigideces a la legislación laboral. Sólo lo consiguió parcialmente —lo que ha incidido en una baja del ahorro interno, como proporción del PGB, porque la muy sabia Constitución de 1980, que fue redactada a prueba de chilenos— se lo ha impedido. Esto último fundamentalmente gracias a los altos quórum para reformar la Carta, a la existencia de senadores institucionales y al sistema electoral binominal, que impide el acceso al Parlamento a los grupos más radicalizados, que son los que encabezan siempre los cambios

desestabilizadores. Estos terminan arrastrando a las fuerzas centristas de ideas y posturas más débiles, permeables y difusas.

Pues bien, en vista de lo anterior, el Gobierno centro-izquierdista de la Concertación está ahora haciendo todo lo posible por reformar esa Constitución, eliminando las “amarras” que hasta el momento le han impedido cambiarlo todo y que, a la vez, conducen al “Financial Times” a considerar a Chile como “la joya de la corona latinoamericana”. En efecto, el proyecto de reforma constitucional del Ejecutivo busca sustituir el sistema electoral binominal por uno proporcional, que daría acceso al Parlamento a los grupos extremos y volvería a atomizar el espectro político. También plantea suprimir los senadores designados, elemento esencialmente estabilizador de las políticas. Y persigue facilitar la reforma de la Constitución, introduciendo el plebiscito para los casos en que el Congreso rechace un proyecto modificadorio de la Carta que haya enviado el Ejecutivo.

Como en este momento se requiere de tres quintos de los parlamentarios en ejercicio para reformar la Constitución y, en los capítulos más fundamentales, el quórum se eleva a dos tercios, el proyecto recién enviado logra, con la introducción del plebiscito, cambiar esos exigentes requisitos por la simple mayoría plebiscitaria.

¡Qué de esfuerzos para desengastar la joya de la corona y sustituirla por una piedra de fantasía! ¡Qué desesperante frustración, la concertacionista, ante el hecho de que sigamos siendo citados como ejemplo imitado y digno de imitarse por otros países! ¡Pero si ya no hallan qué hacer para que esta intolerable situación de que el país marche bien, progrese y se desarrolle cese de una vez por todas, para volver al “verdadero Chile”, el de 1973 y antes! Paciencia. Alguna vez, la memoria de Michimalonco mediante, la Concertación lo podrá lograr.

24.08.94

Las Cosas en su Lugar

El siguiente es otro de mis esfuerzos por revertir el lavado cerebral a que han sido sometidos los chilenos.

Nueve bombas de alto poder, que hirieron a varias personas, dañaron inmuebles y dejaron a media ciudad sin luz; apedreamiento de comisarías, automóviles y propiedades; “cocteles Molotov” contra carabineros; profanación de las tumbas del ex presidente Frei Montalva y de Jaime Guzmán; interrupción del tránsito con barricadas incendiarias. Todo obra de la misma izquierda terrorista de siempre. La de antes, durante y después de 1973. Pero los dirigentes y parlamentarios de la Concertación no están preocupados de eso, sino de que el general Pinochet haya dicho que en Chile no eran los militares, sino otros, los que debían pedir perdón.

Esa afirmación, cuyo fundamento puede demostrarse con razones y con hechos, provoca conmoción en el país de los cerebros lavados. Porque la verdad histórica confirma que la izquierda, encabezada por los partidos Socialista y Comunista, preparó, pertrechó e intentó consumir un cabal asalto armado contra nuestra democracia, antes de 1973.

Una reciente ley chilena, muy sabia y aplaudida, y que tal vez ha incidido en cierta declinación de los asaltos, presume que si alguien hiere o mata a un asaltante, actúa en legítima defensa y no debe siquiera ser sometido a prisión preventiva.

Precisamente, el asalto izquierdista a la democracia fue repelido en un acto de legítima defensa. Como la agresión era armada, la defensa debió también serlo, de modo que no podía sino generarse un saldo de víctimas. Pero el mismo fue reducido, en proporción a la magnitud de la referida agresión, largamente preparada.

Ya en 1965, el Partido Socialista, al que pertenecía el Presidente Salvador Allende, cuya memoria aquél veneró el domingo, partido que integra hoy la

Concertación gobernante, acordó lo siguiente, en su Congreso de Linares: “Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de la toma del poder”. Como consecuencia de ese postulado, nacían en el mismo año los primeros grupos guerrilleros y terroristas para lograr el objetivo propuesto. Dos años después, en el Congreso de Chillán, el PS reiteraba: “La violencia revolucionaria es inevitable y legítima, constituye la única que conduce a la toma del poder y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués puede consolidarse la revolución socialista”.

Tras esa declaración de guerra a la democracia, y bajo el gobierno de Allende, el armamentismo de izquierda se acentuó. Entre lo poco que pudo acreditarse, debido a la complicidad oficial, se puede citar un gran embarque clandestino de armas cubanas descubierto por casualidad en Pudahuel, y que fue transportado a la residencia presidencial de Tomás Moro. Fortuitos accidentes del tránsito permitieron también detectar camionetas inscritas a nombre de la Presidencia de la República, distribuyendo metralletas y granadas. De ello y mucho más dejó constancia la Cámara de Diputados, en su acuerdo de 22 de agosto de 1973: “Se han formado y desarrollado, bajo el amparo del Gobierno, grupos armados que están destinados a enfrentarse a las Fuerzas Armadas”.

En el prólogo de un libro de Genaro Arriagada, publicado en 1974, don Eduardo Frei Montalva citaba una confesión del jefe comunista Luis Corvalán, formulada al diario “La Stampa” de Milán: “Las armas que teníamos, de las cuales decía Corvalán los generales han descubierto una mínima parte, desgraciadamente eran pocos los que las sabían usar, porque no había habido tiempo suficiente para adiestrar a la masa popular”.

¿Alguien ha oído alguna vez a socialistas y comunistas pedir perdón por todo eso? Nadie, nunca. Pero algunos pretenden que los militares lo hagan. ¿Por no haberle dado a la izquierda “tiempo suficiente”?

¡Déjense de cosas! Es perfectamente legítimo que una vez al año se interrumpa durante un minuto el lavado cerebral colectivo, que impide incluso tomar conciencia de la continuada y presente actividad terrorista de la izquierda, para que el general Pinochet pueda poner las cosas en su lugar, a falta de otras personalidades públicas que tengan el coraje de hacerlo.

14.09.94

Mi Moto Rusa

Mi moto con sidecar suscitaba miradas envidiosas de muchos transeúntes.

Dicen que cuando una persona trota durante más de 40 minutos seguidos su cerebro secreta unas sustancias llamadas “endorfinas”, similares a los alucinógenos y capaces de generar un estado alterado de conciencia y una euforia parecidos a los que producen aquéllos, pero sin ninguno de los efectos tóxicos de los mismos.

Eliana Simón, que escribía años atrás en esta página, sostenía que las cosas buenas de la vida o son pecados o engordan. El trote, estoy casi seguro, no es pecado; y claramente adelgaza, de modo que vendría a ser la excepción a la regla, siempre que fuera considerado una “cosa buena de la vida”, lo cual algunos, especialmente quienes comienzan a trotar, rebaten.

Hace un par de años un amigo corrió la maratón de Moscú y resolvió, tal vez cuando llevaba más de 40 minutos participando en ella, importar de Rusia una partida de motos con sidecar de las que había visto allá. A su vuelta, y un día en que íbamos trotando en el San Cristóbal, también durante más de 40 minutos, nos puso a varios al tanto de su importación.

Probablemente por culpa de las endorfinas, en ese momento la idea de tener una moto con sidecar se me antojó lo más parecido a gozar de la plena felicidad terrena a que podría aspirar, de modo que fui enfático para cerrar negocio con mi amigo y casi amenazador para comprometerlo a entregarme una moto con sidecar.

Dos meses después, hallándome en reposo y en un estado de conciencia por completo inalterado, recibí atónito la noticia de que una moto con sidecar estaba en Santiago a mi disposición y podía pasar a retirarla. Sin endorfina alguna que corriera en ese momento por mi torrente sanguíneo, me pregunté desolado para qué podía servirme semejante vehículo y dónde lo iba a guardar. Y, además, cosa que jamás se le ocurre a uno pensar después de 40 minutos de trote, debía pagar

el precio. En fin, después venían otros detalles de los cuales tampoco uno piensa ni siquiera en el más lúcido de sus estados de reposo o de “ocio creador”, como algunos describen su renuencia al trabajo efectivo. Como enterarse de que el sidecar es un completo canalla, pues cuando uno dobla a la izquierda, se arranca hacia la derecha; y cuando uno dobla a la derecha, simplemente se eleva en el aire.

Y después es preciso sacar nueva licencia de conducir, que incluya a las motos; pagar un seguro obligatorio que vale cuatro veces más que el normal. Y, lo peor, pasar la revisión técnica. Cuando llegué al taller respectivo un sujeto me miró fijamente desde la entrada y supe de inmediato que estaba ante una alternativa: o iba a pasar la revisión aunque la moto llenara de humo el recinto o no la pasaría aunque expidiera sólo ozono y oxígeno en su estado puro y a raudales. Debido a mis pretéritas andanzas por los terrenos de la política, la gente que me reconoce me expresa generalmente alguno de dos sentimientos extremos: o una gran adhesión o una gran aversión. El que me miró fijo en el taller era, sin duda, del segundo grupo. Me hizo esperar más de la cuenta. Atendió a un auto que había llegado después que yo. Y cuando me llegó el turno, me dijo triunfante: “Humo visible” y me devolvió los papeles.

Yo miré el escape y no vi nada. “Yo no veo humo”, le dije. “Pero yo sí”, respondió, y se fue.

Algunos días después otro técnico estimó que mi moto no emitía humos visibles y podía aprobar la revisión técnica.

En fin, a la larga creo que le he tomado algún cariño. A veces incluso he tenido la impresión de que el sidecar va para donde yo quiero. Por último, en algo he contribuido a ayudar a los rusos. Porque cuando niño recé muchas Ave Marías al final de las misas por la conversión de Rusia.

Ahora Rusia, al menos desde mi punto de vista, se ha convertido. Y Rusia bien vale una moto.

Esa “Cosa Chilena”

Algunos rasgos del carácter nacional comentados en esta columna motivaron una entrevista de televisión para analizarlos.

La “cosa chilena” es algo indefinible. En realidad, todo lo que implique una definición es muy poco chileno. Entre nosotros nada “es”, y en eso consiste, en parte, “la cosa chilena”. Si usted dice “a las cinco de la tarde”, puede ser a las cinco y cuarto o a las cinco y media, o no ser. Si usted le dice a alguien “veámonos” o “almorcemos”, en realidad quiere decir que no tiene interés en ver a esa persona ni en almorzar con ella, porque si lo quisiera fijaría una fecha y una hora para cualquiera de esas dos cosas. Y cuando usted lo dice, sabe que probablemente la otra persona tampoco quiere verse o almorzar con usted. El juego convencional en que dos compatriotas se dicen mutuamente cosas que no son verdaderas, pero simulan mutuamente creérselas, es otra manifestación de “la cosa chilena”.

Esta implica siempre, por consiguiente, algo de irregularidad. Puede ser no cumplir con algún horario, con alguna norma o apartarse de la verdad. Por ejemplo, tratar de quedarse con esas mantas multicolores que prestan a los viajeros en los vuelos internacionales. O procurar ganar lugares indebidamente en cualquier fila que sea preciso hacer.

Entrar a rectificar, corregir o exponer públicamente cualquier situación irregular es muy poco chileno. Al que reclama puntualidad, veracidad, cumplimiento o respeto por el derecho o la propiedad ajenos se le suele mirar acá como a un extraterrestre. Un amigo extranjero me refirió en cierta oportunidad que cuando un chileno le decía “no te preocupés”, era el momento de empezar a preocuparse. Tal vez nuestra intención sea cumplir, pero rara vez lo hacemos.

Y si uno formula críticas a todas estas actitudes, invariablemente se le enrostra que en el resto de América Latina la gente es mucho peor, que hay una corrupción generalizada y, en cambio, acá no la hay.

Desde luego, todos decimos esto último, pero sabemos que tampoco es verdad. En Chile hay mucha corrupción, en los sectores público y privado. Pero nuestra corrupción es muy discreta. Rara vez se comenta. Es de mal gusto exponerla públicamente. Si alguien lo hace, ahí sí que puede suscitar la ira colectiva y el escándalo. Lo más probable será que se reclame un proyecto de ley para castigar la forma particular en que se ha dado a conocer públicamente la incorrección. “Hay que proteger la ética”, se dice. Se trata, por cierto, de la particular ética chilena, según la cual el culpable es el que expone una irregularidad y no el que la comete. Denunciar públicamente los actos de éste, aunque no sean privados sino propios de una función pública, es considerado un atropello inaceptable a su dignidad.

Ahora lo estamos viendo. Televisión Nacional exhibió en sus pantallas hace unos días un acto de corrupción funcionaria. ¿Y quién está en la picota pública? Televisión Nacional. La corrupción no escandaliza a nadie; lo que escandaliza a todos es el hecho de darla a conocer. Algo parecido sucedió cuando el propietario de otro canal de televisión reveló públicamente las maniobras de un político para desacreditar a una ocasional adversaria electoral. Los chilenos se escandalizaron por el hecho de que se confrontara a ese político con sus propios actos. Y se promovió una legislación para hacer más eficaz el encubrimiento. No sería de extrañar que ahora se discurra un castigo especial para el que exhiba públicamente cualquier acto de corrupción funcionaria.

“La cosa chilena” manda mirar para otro lado, “no hacer olitas”, hablar contra la corrupción y evitar cuidadosamente cualquier iniciativa que conduzca real y positivamente a condenarla y sancionarla.

16.11.94

¿La Leche Derramada?

Chile perdió la zona de Laguna del Desierto exclusivamente debido a la desidia general.

Todo lo que no se informó, comentó y publicó sobre Laguna del Desierto durante años, cuando debió haberse hecho, está siendo revelado ahora, tardíamente.

Algunos dirán que de nada vale llorar sobre la leche derramada. Pero, primero, no está todavía derramada. El país ha sido víctima de una iniquidad, contra la cual caben recursos jurídicamente procedentes. Segundo, se supone que de esto debe desprenderse alguna lección, pues el fallo adverso obedece, en parte, a uno de los peores defectos nacionales: la desidia.

En derecho hay una institución fundamental, “la cosa juzgada”, de acuerdo con la cual, dictada una sentencia y no habiendo recurso pendiente contra ella, nada ni nadie puede cambiar lo allí resuelto. Ni aunque varíen las circunstancias, surjan nuevos inventos o descubrimientos o los antecedentes que se tuvo en cuenta para fallar resulten infundados.

Pues bien, en 1902 un laudo de S. M. Británica, que en definitiva quedó amparado por la invariabilidad de la “cosa juzgada”, determinó que Chile tenía derechos sobre una parte del territorio de Laguna del Desierto, pese a que su topografía no era conocida en detalle. Durante medio siglo Argentina reconoció ese derecho, tanto mediante sus mapas oficiales como absteniéndose de toda reclamación o protesta frente a los actos de soberanía realizados por Chile en la zona.

Pero era verdad que el desconocimiento geográfico de 1902 impedía trazar allí con precisión el deslinde. El laudo de ese año dio origen a dos trazados de línea segmentada, uno en el Mapa del Árbitro y otro en el del Demarcador que fue al terreno. Ambos reconocían a Chile la mayor parte del desconocido territorio.

Si uno de nuestros peores defectos no hubiera sido la desidia, algún Presidente de la República o algún ministro de Relaciones Exteriores o, por último, alguna iniciativa parlamentaria habría promovido, entre 1902 y 1947, la exploración de la zona y, después de ella, habría impetrado la aquiescencia argentina para pedir, probablemente del mismo árbitro británico, la precisión de las líneas tentativas que su Mapa Arbitral (adoptado por Chile) o el de su Demarcador (adoptado por Argentina), habían dibujado. Pero nadie se preocupó de semejante cosa.

En 1947 un reconocimiento aéreo norteamericano produjo un mapa aerofotogramétrico de la zona y apareció la Laguna del Desierto, que hasta ese momento era oficialmente desconocida.

Esa fue otra oportunidad para pedir la clarificación del límite en la región, en la que habitaban agricultores chilenos. Por desgracia nada se hizo. Peor todavía, un funcionario del Instituto Geográfico Militar, actuando ante la desidia de la Cancillería, dibujó un “límite preliminar” que contradecía los del Laudo Arbitral y atribuía la totalidad de la zona a Argentina.

Cualquier abogado novato habría podido advertir al gobierno de la época que ese “mapa preliminar” estaba pasando por sobre la autoridad de la “cosa juzgada”. En ningún país serio se podría haber publicado un mapa de límites, ni siquiera tentativo, perjudicando el derecho adquirido del país.

Acá se hizo. Y en ese momento surgió la apetencia argentina. Chile posteriormente rectificó el error, pero ya se había consumado el daño. Después vino la muerte del teniente Merino y la ocupación argentina en la zona a partir de 1965, contra el acuerdo de ambos países de no ocuparla.

Nuevamente la desidia operó y ninguna postura seria y enérgica, no digo de orden bélico, sino diplomático o jurídico, se desplegó a partir de 1965 para poner fin a esa ocupación ilegítima.

Esta, según opinión unánime, fue una razón importante del reciente fallo adverso.

Hoy, la desidia nacional se manifiesta en la renuencia oficial a ejercitar los derechos que todavía asisten al país. ¿Dejaremos que una vez más prevalezca este oneroso defecto chileno?

23.11.94

Tesis Reconfirmada

Un traspié mío me obligó a hacer un amplio reconocimiento.

Todo comenzó alrededor de 1817, en el centro de Santiago, con la ocurrencia del siguiente episodio, descrito por un testigo presencial del mismo, José Zapiola, en sus “Recuerdos de 30 años”, pág. 10: “Una mañana apareció un burro con una pata quebrada, tendido en el crucero que formaban las calles San Antonio y Santo Domingo... El burro se tendió allí, quizá acosado por la fiebre. Los muchachos de las inmediaciones le dábamos de comer y beber; pero al cabo de algunos días nuestro enfermo murió. Allí se extinguieron sus restos, sin que ningún buen vecino, ni la policía, de que no se conocía ni el nombre, se tomara el trabajo de hacerlo arrastrar al río, última morada de sus iguales o parecidos”.

Tomando pie del señalado episodio y desde hace unos 10 años he venido criticando uno de los mayores defectos ancestrales de los chilenos: la desidia. Pero, por una razón que no estoy en condiciones de dilucidar, atribuí la cita del caso del burro muerto, no a Zapiola, sino a un viajero inglés, Samuel Haigh, que nos visitó en 1817. En mi memoria existía la certeza de haber leído en la crónica de Haigh que, estando él alojado en una posada de la Plaza de Armas, se había extrañado de ver que el cadáver de un burro permaneciera tirado por semanas en la plaza, sin que nadie se preocupara de removerlo.

Pero el diplomático e internacionalista don José Miguel Barros ha escrito recientemente a este diario manifestando que, tras examinar variadas ediciones de los escritos de Haigh, no ha encontrado en ellas referencia alguna al episodio del burro.

Por mi parte, he revisado mi ejemplar de las crónicas de Haigh sin tampoco encontrar la referencia. Sí he hallado expresiones del viajero relativas a la indolencia de los chilenos, tan contagiosa, a su juicio, que “hasta los ingleses se hacían lánguidos e inertes después de un tiempo de permanencia en la ciudad”. También he hallado su testimonio sobre otros restos mortales que permanecían en un lugar de la capital sin ser removidos, pero eran humanos y estaban al pie

de la cruz del convento de San Francisco, donde, decía Haigh, “se veían algunas calaveras”. Probablemente observaciones como éstas me indujeron a atribuirle el episodio del burro.

En concreto, y para dar un corte final a este importante asunto, recapitulemos: el burro muerto yació efectivamente por semanas sin que nadie lo removiera, en San Antonio con Santo Domingo, alrededor de 1817, dando testimonio de que la desidia imperante en nuestro medio hoy, y constitutiva de un grave defecto nacional, tiene orígenes ancestrales. La tesis fundamental de esta columna, por consiguiente, no ha sufrido detrimento.

Pero, en aras del rigor y la precisión, su autor debe reconocer que no ha podido encontrar una cita del viajero inglés Samuel Haigh en la cual se aluda al cadáver del burro, de modo que, en tanto dicha cita no sea hallada, debe considerarse válida la objeción de don José Miguel Barros.

Tampoco este columnista ha podido acreditar que los restos del animal yacieran específicamente en la Plaza de Armas, sino sólo que permanecieron hasta extinguirse a dos cuadras de ella, en Santo Domingo con San Antonio.

Sin perjuicio de lo anterior, testimonios de la época, que no es del caso citar aquí, hacen verosímil que el cadáver de un burro haya podido yacer por semanas en la Plaza de Armas, dada la falta de aseo que en ciertas épocas caracterizó al lugar.

Pero, en definitiva, cabe un reconocimiento al señor Barros por su esfuerzo dirigido a preservar el rigor histórico y un alto nivel de exigencia en el quehacer periodístico. Cabe, asimismo, una excusa urbi et orbi de mi parte por la imprecisión reiterada a lo largo de 10 años. En fin, al propio tiempo debe admitirse que la permanencia impune a lo largo de ese mismo tiempo de una cita parcialmente inexacta en una columna periodística tal como la del jumento difunto en la vía pública por semanas no es sino otro antecedente confirmatorio de la tesis, sustentada en estas columnas, de que la desidia es un grave defecto nacional, del cual, es obvio, somos partícipes incluso algunos de quienes más lo criticamos.

Un Consejo Para Argentina

Un amigo entregó esta columna al entonces Presidente Carlos Menem, de Argentina, y creo que él se atuvo a ella, lo cual con seguridad le ahorró muchos problemas a su país. Pero sus sucesores no la leyeron, y vino el desastre.

Las penurias cambiarias de México y Argentina me hacen estar cada vez más convencido de las ventajas del tipo de cambio libre. E, incluso, de su sustituto, la llamada “lotación sucia”

Pero, ojo, cuando una economía se ha embarcado con el tipo de cambio fijo y el mismo está sometido a prueba, puede ser más conveniente aferrarse a él en tanto pasa la tormenta, antes que devaluar en medio de ella. Habiendo sido crítico de la paridad fija en Chile entre 1980 y 1982, me convencí a posteriori de que habría sido menos costoso para el país mantenerla, en vez de devaluar. Para emplear un símil del economista Emilio Sanfuentes, si uno decide viajar de Santiago a Buenos Aires vía Isla de Pascua, Australia y Sudáfrica, cuando ya está a la altura de las Malvinas le resulta preferible terminar esa ruta absurda que volverse a Santiago para emprender el trayecto racional.

Justamente los argentinos han elegido el equivalente a venir a Santiago vía Malvinas, Sudáfrica y Australia. Y lo que deben analizar ahora es si les resulta más largo, para llegar a destino, volver sobre sus pasos, devaluando, o proseguir el camino emprendido, aferrándose a la paridad fija. En otras palabras, si ya se ha consumado la mayor parte del ajuste necesario para sostener dicha paridad, deben persistir en ella. Tal vez deberán promover una rebaja general de salarios en la administración pública y flexibilizar las normas laborales para permitir que el mismo proceso ocurra en el ámbito privado. Por mucho que no les resulte políticamente digerible, ese paso suele resultar esencial para sostener el tipo de cambio en un trance como el que están viviendo.

Deben tener en cuenta que el costo político, económico y social de devaluar a estas alturas sería infinitamente más alto. El primero, porque la credibilidad y la imagen del Presidente Menem, cuya palabra está comprometida con el dólar fijo,

sufrirían un golpe de difícil recuperabilidad.

El segundo, porque la certidumbre que envuelve la congelación cambiaria se erige en un incentivo para el ingreso de préstamos en dólares a una economía, que es lo que Argentina más necesita. En efecto, al no haber riesgo de devaluación, conviene endeudarse en dólares, pues el crédito externo es normalmente más barato que el local. Si se devaluara, nadie pediría prestados dólares, lo que agudizaría la crisis. Y en fin, el costo social sería más alto, porque en lugar de una rebaja salarial organizada y previsible, la desatada por la espiral inflacionaria derivada de una devaluación haría caer en mayor proporción el poder adquisitivo de los salarios. Además, la necesidad de contener la inflación obligaría a un ajuste recesivo que generaría un desempleo ciertamente mayor que el impuesto por el ajuste actual.

Si en Chile, en 1982, se hubiera mantenido el tipo de cambio fijo, aunque los costos del proceso hubieran sido menores a los de devaluar, como estoy convencido hoy de que lo habrían sido, nadie habría elogiado esa decisión, por la sencilla razón de que el país habría ignorado los costos políticos, económicos y sociales de la devaluación. Pero con certeza ni el producto habría caído en 14,4 por ciento, ni el desempleo se habría elevado por sobre el 19 por ciento, ni la inflación, tras ser negativa en el primer trimestre del año, habría pasado a superar el 23 por ciento en 1982.

Si de algo sirve la experiencia ajena, los argentinos deberían aprender de la nuestra y defender su paridad actual con dientes y muelas.

Pero, como partidario de la libertad cambiaria, que precave encrucijadas como la que están viviendo, me atrevo a aconsejarles que, una vez pasada y olvidada la tormenta, cuando puedan disfrutar, por ejemplo, de una situación cambiaria parecida a la chilena actual, consagren una libertad cambiaria lo más amplia posible. Ello permite el ajuste instantáneo y permanente de la paridad a las realidades comerciales, fiscales y monetarias internas e internacionales, que es como deber ser.

04.01.95

Paroxismo de Chilenidad

La propuesta que sigue se refiere a una inconsecuencia muy propia de nuestros políticos. Postula una modernización que falta y que terminaría con el hacinamiento en las cárceles.

¡Qué ameno es Chile! Estos días han sido muy entretenidos. Gracias, Ricardo, aunque se enoje Eduardo, por los gratos momentos dispensados. Y por la oportunidad de proponer otra modernización.

Pues el primero estremeció al país con su renuncia por razones “éticas y morales”, ante la petición de que firmara un decreto autorizando una cárcel para uniformados y personajes públicos. Y también estremeció al segundo, y lo paralogizó ante la insubordinación, recordándole la renuncia de su padre, en 1945, al mismo Ministerio de Obras Públicas, por “razones éticas y morales”.

Pero luego Ricardo retiró su renuncia, pues se le ofreció que en lugar de allanarse a firmar un decreto, se allanara a firmar un proyecto de ley sobre la misma materia, lo que hizo sin reparos éticos ni morales de ninguna especie. ¡Chilenísimo! Pero valga una digresión: la renuncia de don Eduardo Frei Montalva en 1945 no fue tan así. El Vicepresidente Duhalde, reemplazante del Presidente Ríos, que estaba muy enfermo, era un hombre enérgico. Tras incidentes en que hubo seis muertos frente a la Moneda, preguntó a los ministros si alguno deseaba renunciar, pues quería saber con quiénes podía contar ante la crisis. El Ministro Frei, de Obras Públicas, le respondió que debía consultar con su partido, la Falange. Duhalde le replicó que lo liberaba de ese trámite y que podía renunciar de inmediato, cosa que aquél procedió a hacer.

Pero, volviendo a nuestro tema, resulta que algún distinguido parlamentario de la Concertación afirma que a él le disgusta la idea de una cárcel para militares y personalidades, porque todos los chilenos somos iguales. Y añade que, en vez de aquélla, deberían separarse pabellones especiales en los penales existentes, para dichos militares y personalidades.

De modo que, según ese ilustrado criterio, es admisible discriminar entre chilenos, siempre que se haga dentro de un mismo edificio. “Igualdad a la chilena”.

Por supuesto, la iniciativa de la cárcel especial es perfectamente sensata y adecuada. Como todas las de esta índole, no puede sino despertar enormes resistencias entre nosotros. Hay reos cuya seguridad y permanencia no pueden ser garantizadas en los penales corrientes. También sabemos que dentro de éstos tienen lugar actualmente situaciones que chocan con la moral más elemental. En su mayor parte son antros donde “el bueno se hace malo y el malo se hace peor”.

Los abusos, las perversiones, los episodios de sangre son de ocurrencia diaria en ellos. Pero no se oyen reparos “éticos y morales” ante eso.

Por otra parte, existen hoy cárceles de diferentes categorías. Hay anexos o pensionados en que los reos, si pagan, gozan de un tratamiento especial. Hay cárceles de seguridad. Hay “galerías” de diversa categoría dentro de los penales. Y hay un régimen de reclusión especial para los uniformados. La discriminación es la norma penitenciaria en Chile, y mientras el país no se resuelva a establecer un sistema penal decente y humano para todos los reos, aquélla es un mal menor.

La modernización no ha llegado a las cárceles. Ellas debieran licitarse, autorizándose el trabajo de los internos para empresarios privados (¿qué mejor forma de pagar su “deuda con la sociedad” que trabajando?). Todo ello bajo la vigilancia de una superintendencia estatal. Se ha probado que bajo tal esquema el país crece y progresa: los empresarios produciendo y haciendo producir, el Estado supervigilando y los políticos de la Concertación criticando la privatización y las utilidades de las empresas, sin una palabra de crítica para los respectivos sistemas o establecimientos estatales. Esa fórmula “a la chilena” funciona en la salud, en la previsión, en los servicios de utilidad pública. Es imitada en el extranjero. ¿Por qué no habríamos de ser también pioneros en la administración penal?

11.01.95

El Tercer Obstáculo

Pocas veces he estado más seguro de tener razón que en mis críticas a los gobiernos de la Concertación por la forma en que condujeron el desastroso litigio con Argentina que desembocó en nuestra pérdida de Laguna del Desierto.

¿Es lógico que los chilenos debamos librar una lucha tan ímproba para conseguir que el Gobierno impugne el fallo de Laguna del Desierto? Porque aquí no estamos enfrentados sólo a la mayoría adversa de árbitros y a la contraparte argentina, sino también a un tercer obstáculo, el derrotismo, la ineptitud y la apatía del régimen de la Concertación que, para mal de males, es el responsable constitucional de defender la soberanía del país.

Para comenzar, no ha habido caso de que entienda que no hay ninguna necesidad, de seguir manifestando que se acata un fallo que no está ejecutoriado, es decir, contra el cual todavía caben recursos legales. Más aún, eso es gravemente lesivo para el interés nacional. Los hombres de gobierno no pueden comprender algo tan elemental como eso. ¡Si de lo que se trata es, precisamente, de impugnar (antónimo de acatar) el fallo! Ningún gobierno que se recuerde ha defendido de peor manera los derechos fronterizos de Chile que estos dos últimos de la Concertación. El anterior, por aceptar saltarse innecesariamente el procedimiento de conciliación contemplado en el Tratado de Paz y Amistad. Esto fue gravísimo, como puede apreciarse ahora. Puede tenerse la certeza de que jamás habría podido dictarse un fallo como el que nos agravia si se hubiera observado el procedimiento conciliatorio, con su mecanismo del “tercero en discordia”.

Piénsese una sola cosa: el único nombre propuesto desde un principio por ambas partes para árbitro fue el de Reynaldo Galindo Pohl. Es obvio, entonces, que su nombre habría sido el del “tercero en discordia” Y Galindo Pohl, en su voto disidente, reconoce una parte del territorio en disputa a Chile.

Por algo el Comandante en Jefe del Ejército, consultado por el Gobierno de Aylwin, aconsejó ceñirse estrictamente al Tratado de Paz y Amistad, es decir,

recurrir al procedimiento de conciliación previa contemplado en él y, en caso de no prosperar éste, al arbitraje. ¿Por qué no le harán más caso a Pinochet?

En fin, el primer gobierno de la Concertación fue responsable de transigir en nombres de árbitros que, a ojos vista, carecían de la idoneidad necesaria. Pues, a este respecto, téngase en cuenta que, dada la evidencia de que Galindo Pohl sustentaba una posición intermedia, ajustada al Laudo de 1902 y a sus líneas segmentadas de frontera en Laguna del Desierto, la única posibilidad de que hubiera un fallo de mayoría como el que se dictó residía en que los otros dos árbitros abrazaran la tesis argentina. Porque si no lo hubieran hecho así y el árbitro chileno hubiera suscrito la de Galindo Pohl, no se habría formado mayoría. De modo que sucedió el extraño fenómeno de que dos árbitros hicieran propia la tesis de una de las partes.

Y en presencia de ese fallo inusitado, el actual Gobierno chileno, como primera medida, dice que lo acata. Increíble. Pero no quiero ser reiterativo. El propio tratado autoriza un recurso de revisión por estar fundado el fallo en documentación falsa o error de hecho. ¿Qué es un error de hecho?

Eso daría, desde luego, para pleito aparte. Pero cualquier abogado chileno hábil es capaz de encontrar errores de hecho en un fallo como el que nos ha perjudicado. Me he permitido sugerir a lo menos cuatro y algunos juristas elevan ese número a 13.

En seguida, y como se ha dicho en estos días, cabe pensar en un recurso de nulidad, pues el propio fallo de mayoría alude a que el mismo podría caer en vicio de nulidad. Si los jueces que lo dictaron reconocen la procedencia del recurso de nulidad en contra de su fallo (ver párrafo 77 del mismo) quiere decir que ellos han dejado abierta la puerta a dicho recurso.

Chile debe utilizar todos los medios que el derecho le franquea para impugnar un fallo agravante e injusto. Si el Gobierno carece del optimismo, del entusiasmo y de la energía para llevar adelante esa causa, debe entregarla en manos de quienes tengan esos atributos.

Futuro Esplendor

Mi antepasado sacerdote se preocupó de darle una sólida formación moral e intelectual a su único hijo, concebido, naturalmente, antes de haber él abrazado el sacerdocio.

Permítaseme comenzar expresando, una vez más, mi alegría de ser chileno. Es algo, como se dice ahora, entrañable. Incluso el Gobierno es entrañable. Me ha gustado el viaje de Frei a Europa. No lo critico, como lo hacen algunos. Si yo hubiera tenido un abuelo suizo, también habría ido a visitar su pueblo y su tumba. Sin ir más lejos, en una ocasión en que me convidó el gobierno de S. M. Británica a visitar su patria, pedí que me llevaran al pueblo y a la tumba de mi único tatarabuelo inglés. Es del tatarabuelo que más hablo, en general, porque a los chilenos nos envanece mucho tener sangre inglesa o suiza o de nacionalidades civilizadas como éstas. Nos hace creernos también seres humanos civilizados, lo cual, por supuesto, no somos. En cambio, suelo hablar muy rara vez de un antepasado que concibió a otro de mis tatarabuelos, tras interactuar con una distinguida dama peruana, de la cual se afirmaba que tenía sangre incásica.

Y eso que mi antepasado, tal vez como expiación, abrazó después el sacerdocio y llegó a altas dignidades eclesiásticas. Entrañable.

Estoy dispuesto incluso a encontrar enternecedor lo que ha sucedido con las empresas sanitarias. El Presidente y el Gobierno habían asegurado que la privatización de las sanitarias iba a demostrar la vocación modernizadora del régimen. Pero nuestro entrañable Presidente se había olvidado, al parecer, de con quién estaba gobernando. Los DC y los socialistas se han opuesto.

El Secretario General del PS ha manifestado que su colectividad “no respaldará la privatización de las sanitarias antes del año 2000”. Son muchos entrañables directorios y no menos entrañables cargos y puestos de trabajo que a ningún partido dotado de una clientela política que se respete le vienen mal.

El país, pese a todo, progresa. Ya se privatizó bastante durante el Gobierno militar como para conservar el impulso. Por cierto, podría darse otro “gran salto adelante”, privatizando más. El senador Pérez Walker y el diputado Leay han señalado que mientras Codelco (estatal) emplea 37 mil trabajadores para producir un millón 186 mil toneladas de cobre, Escondida (privada) necesita sólo mil 800 para producir un millón 200 mil. Esa comparación revela por qué las privatizaciones permitieron dar un “gran salto” a la tasa de crecimiento de nuestro país. Y por eso he criticado al Gobierno actual cuando en los discursos de sus prohombres se habla de que ellos darán otro “gran salto adelante”, pues están haciendo justamente todo lo necesario para no darlo.

Pero, gracias a todo eso, Chile sigue siendo Chile. Porque el “futuro esplendor” de que nos habla nuestra Canción Nacional, y que nos promete ese mar que tranquilo nos baña, la administración Frei sigue preservándolo cuidadosamente para que no deje de ser, precisamente, “futuro”. Lo cual me recuerda la anécdota del malogrado Presidente Allende, que si bien como gobernante dejó mucho que desear, como persona tenía bastante sentido del humor. Antes de llegar al poder, y cuando había fracasado ya tres veces en alcanzar la Presidencia de la República, un periodista le preguntó cuál elegiría como epitafio para su tumba, y él respondió: “Aquí yace Salvador Allende, futuro Presidente de Chile”.

Para nuestra patria podría ser un buen lema, capaz de durar tanto como los gobiernos de la Concertación, el de “Chile, país de futuro esplendor”.

22.03.95

Buenos Consejeros

Mucha gente de derecha creía y cree que Frei Ruiz-Tagle era un DC distinto. Lo que sigue prueba que era y es “igual”, lo que hace incomprensible la idea de algunos de que podría ser una buena alternativa presidencial futura para la derecha. ¿No van a aprender nunca?

Una frase del mensaje presidencial del domingo dice, a mi juicio, mucho: “Algunos hacen del crecimiento la nueva receta mágica, queriendo que el Estado inhiba su tarea social y que no exista otra acción que la motivada por el lucro, relegando la solidaridad a una virtud del pasado. Otros me dicen, no diga estas cosas, señor Presidente. Las diré siempre, las diré cada vez que sea necesario...”

Esa frase nos revela todo un típico planteamiento de centroizquierda. A algunos puede sorprenderles oírlo de labios de S. E., porque piensan que, habiendo sido él un hombre de empresa y, en particular, socio de una entidad privatizada, sus ideas deberían ser favorables al sistema fundado en la más amplia y libre iniciativa, que es el que erige el crecimiento en receta fundamental para combatir los problemas sociales. Pero la frase citada en un comienzo hace evidente que el Jefe del Estado encuadra en un patrón que es común a los hombres de la Concertación: “soportar” la economía libre, sin simpatizar con ella, y ver modo de modificar el modelo “en la medida de lo posible”.

El crecimiento puede no ser una “receta mágica”. Describirlo así es una caricatura. Pero, al menos, crea ocupaciones para los desempleados lo que representa el cumplimiento de una función social muy valiosa y aumenta año tras año, sin reformas tributarias, la recaudación de impuestos que contribuyen a financiar precisamente la tarea social del Estado.

De modo que la situación viene siendo la inversa de la descrita por el mensaje presidencial: quienes buscan sacrificar el crecimiento para favorecer la redistribución podrían ser acusados de inhibir la tarea social del Estado, porque así sacrifican recaudaciones futuras mayores para financiar la tarea social. Y porque, de paso, se oponen a privatizaciones que, si tuvieran lugar,

proporcionarían recursos adicionales para reforzar la acción social.

Por cierto, es también demostrable con facilidad la improcedencia de la imputación en el sentido de que quienes defienden políticas de crecimiento quieren “que no exista otra acción que la motivada por el lucro, relegando la solidaridad a una virtud del pasado”. Las políticas de crecimiento se basan en reconocer la más amplia libertad de iniciativa a las personas, lo que por definición se opone a la idea de imponerles motivaciones o de procurar “que no exista otra acción que la motivada por el lucro”. Esa frase es sólo propia del dogmatismo socialista. En una sociedad libre cada cual lo es, a su turno, para perseguir sus propios fines. En ella a nadie se le prohíbe el más amplio desprendimiento ni la renuncia al lucro o al fruto de su esfuerzo. Lo único que el sistema implícitamente exige, a través de la competencia, es que los esfuerzos tengan un fruto. La competencia condena el derroche y la ineficiencia, pero en modo alguno inhibe la solidaridad y la generosidad.

De hecho, el sistema público de salud, contra lo que muchos creen, nació a partir de la estatización de los hospitales privados construidos para los pobres por la Beneficencia Pública, que recogía los donativos generosos de los particulares en tiempos antiguos, cuando imperaba en Chile una amplia libertad económica. Y ciertamente la atención de los pobres en esos hospitales, que estaban en manos de abnegadas religiosas y no menos abnegados médicos, era en muchos aspectos más humana y solidaria que la que reciben los pobres hoy en aquéllos, cuando están en manos de funcionarios del Estado que no vacilan en interrumpir la atención cuando de eso puede derivar una ganancia pecuniaria, es decir, un “lucro”.

Podríamos decir, en conclusión, que las cosas son exactamente al revés de cómo las ha descrito S. E. en el citado párrafo de su último mensaje. Ello hace del caso añadir que quienes le han sugerido que “no diga esas cosas, señor Presidente” han probado ser sus mejores consejeros y convendría que en próximos mensajes les hiciera un poco más de caso.

24.05.95

Viveza de los Civiles

El Informe Rettig fue muy sesgado. Aquí allegué varias pruebas.

“El país no tiene más salida salvadora que la gobernación de la Junta. La gente no se imagina, en Europa, que este país está destruido. No saben lo que ha pasado”. (Eduardo Frei Montalva, “ABC” de Madrid, 10 de octubre de 1973, reproducido por “La Prensa” de Santiago, al día siguiente).

“La verdad es que la acción de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros no vino a ser sino una medida preventiva que se anticipó a un autogolpe de Estado que, con la ayuda de las milicias armadas con enorme poder militar de que disponía el Gobierno y con la colaboración de no menos de diez mil extranjeros que había en este país, pretendían o habrían consumado una dictadura comunista”. (Declaraciones de Patricio Aylwin a NC News Service, reproducidas por “La Prensa” de Santiago el 19 de octubre de 1973).

Historiadores y juristas de derecha colaboraban por esos días con la Junta, examinando documentación capturada a los marxistas, para editar el “Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile”. Los documentos, reproducidos en facsímil, describían los preparativos armados del Partido Socialista (incluso instrucciones para fabricar cañones “Carl Gustav”). El PS había acordado, en su Congreso de 1969, la vía militar para ganar el poder en Chile. Hoy resulta que los socialistas caídos en esos días fueron lisa y llanamente “asesinados”. Se esfumaron las milicias armadas, el autogolpe, los cañones “Carl Gustav” y los diez mil extranjeros. La “verdad” de hoy está en el Informe Rettig, “no desmentido”.

Pero sí ha sido desmentido. Al menos esta columna lo ha hecho reiteradamente, sin ser, a su vez, desmentida. Recuerdo, en aras de la brevedad, sólo dos casos:

1) El asesinato de tres dirigentes comunistas, en 1985, que la Comisión atribuyó a “agentes del Estado”, es decir del Gobierno, porque éste administra el Estado. Pero la Comisión ocultó: a) Que apenas fueron secuestrados los tres dirigentes,

el Gobierno Militar pidió la urgente designación de un ministro en visita a la Corte, para disuadir a los secuestradores de un previsible asesinato. b) Que luego, conocido el crimen, el Gobierno encomendó a la CNI ayudar a la justicia en su investigación. c) Que la CNI indicó al juez con precisión las pistas correctas, que involucraban a Carabineros. Esto provocó la renuncia a la Junta del General Director del cuerpo. La justicia demoró ocho años en llegar a la misma conclusión que la CNI. Hoy los responsables cumplen cadena perpetua (si hubieran sido terroristas de izquierda estarían libres).

Luego, los autores no fueron “agentes del Estado”, sino que actuaron contra la voluntad del gobierno que administraba el Estado, el cual hizo lo posible para evitar el crimen y por descubrir a sus autores.

2) La muerte de los hermanos Vergara Toledo, caídos, según el Informe, en un “falso enfrentamiento”. Pero dichos hermanos habían herido con dos balazos al cabo de Carabineros Marcelo Muñoz Cifuentes. Los compañeros de éste los persiguieron y les dieron muerte. Un episodio como varios de días recientes. Luego, el enfrentamiento existió.

En 1990, uno de los dos o tres abogados de derecha designados entre el medio centenar o más que documentó el Informe Rettig, me anticipó: “Será terriblemente contrario al Gobierno Militar; casi todos los demás son abogados de izquierda y los testimonios han sido preparados por grupos de izquierda”. Pero el citado Informe es citado con toda la fuerza de una sentencia judicial para condenar al régimen militar.

Nadie reconoce que éste destituyó al Director de la DINA en 1977 y la disolvió. Que, posteriormente, se prohibió a su sucesora, la CNI, detener a persona alguna. Todo eso lo hizo oyendo las críticas serias y fundadas de sus adversarios y sus propios partidarios.

Es que el negocio político redondo hoy es dejar a los militares con las violaciones a los derechos humanos y quedarnos nosotros, los civiles, con el país pacificado y las modernizaciones. Total, ellos no nos pueden decir nada, porque les está prohibido deliberar.

Hacia un Gobierno Civil

Volví a exponer mi tesis de la influencia del Gobierno Militar en el gran cambio mundial de 1989.

El otro día un amigo me llamó severamente la atención por la persistencia de los medios de comunicación en hablar de una crisis o conflicto “cívico-militar”.

—Mi mujer, que generalmente tiene razón— me dijo— afirma que, como civil, ella no está en crisis con los militares ni tiene un conflicto y ni siquiera un problema con ellos. Añade que si hay alguna crisis es entre los políticos y los militares. Como tú bien sabes, los políticos son muy diferentes de los civiles. Desde luego, ellos pueden andar en auto a 160 kilómetros por hora y nosotros no.

—Creo que tu mujer tiene, una vez más, toda la razón— le respondí sin ninguna sorpresa, porque siempre he pensado que las mujeres chilenas son más razonables que los hombres.

Si sólo ellas, y no también los hombres, hubieran tenido derecho a voto en 1970, Salvador Allende no habría obtenido la primera mayoría relativa ni sido, probablemente, elegido Presidente de la República. Lo cual nos habría ahorrado numerosos problemas. Aunque tampoco habría sido posible un gobierno militar ni, por consiguiente, un “milagro chileno”. Y tal vez tampoco la caída del Muro de Berlín, pues sustento la tesis aún inédita en su expresión documentada y formal de que el derrumbe del comunismo tuvo su origen mediato en la existencia de un gobierno militar en Chile.

Sucintamente expuesta, consiste en que Brezhnev resolvió centrar su guerra contra la junta chilena en los derechos humanos. Eso condujo a la URSS a comprometerse en el tema y a verse obligada, a su turno, ya bajo Gorbachov, a comenzar a respetar los derechos humanos dentro de su propio territorio. Y como el socialismo de estado no puede funcionar si no impera un estado policial, que por definición atropella los derechos humanos, el sistema comunista entero

hizo crisis. Sí, el mundo le debe a Pinochet más de lo que cree.

De modo que debemos dejar en suspenso el veredicto acerca de las consecuencias benéficas para el país del voto exclusivamente femenino en 1970, pero no el aserto de que nuestras mujeres casi siempre tienen la razón.

Y es efectivo que no estamos ante un conflicto “cívico-militar”, sino “político-militar”, pues el mismo es obra exclusiva de la contumacia de ciertos políticos. En realidad, los civiles más lúcidos (en esta forma acostumbro identificar a quienes están generalmente de acuerdo conmigo) estimamos que el señalado diferendo es de muy fácil solución: ella radica en tratar a los militares como si fueran terroristas de izquierda.

A estos últimos se les aplicó sin cortapisas la ley de amnistía; se puso término anticipado a los procesos en su contra, cuando no quedaban cubiertos por la amnistía; y a los condenados se les indultó o se les conmutó la pena en términos de que la pudieran cumplir en libertad en otros países. No más que eso piden los militares.

Ciertos políticos contumaces dicen que el hecho de que el general Contreras aún no vaya a la cárcel atenta contra la igualdad ante la ley. Es todo lo contrario. Porque la igualdad ante la ley, en su caso, implicaría precisamente que él no debería ir a la cárcel, como aquellos a quienes combatió y que cometieron crímenes similares o peores al que se le atribuye a él.

El problema económico de los militares, que ha venido a posteriori a formar parte de la “crisis”, se soluciona de parecidamente fácil manera: dándoles a los funcionarios uniformados los mismos reajustes que han recibido los funcionarios civiles después de 1990.

Como vemos, las soluciones de los civiles son sencillas y razonables, y pondrían término a la crisis. Lo cual lleva a preguntarse si no sería hora de que el país dejara de ser gobernado por los políticos y comenzara a serlo por los civiles.

02.08.95

Con el Mayor Agrado

A los militares uruguayos los jueces de izquierda no les vinieron con cosas...

Anteayer hice sandwich. ¡Qué feo, qué mal, cómo quieren que el país progrese así si nadie trabaja! Es un mal ejemplo. Espero que ninguno de los feligreses de esta columna lo haya seguido. Ellos deben hacer lo que yo digo, no lo que yo hago.

Me fui el viernes al sur y escribí, por consiguiente, esta columna hace cinco días. No aspira a ser una pieza de actualidad. La actualidad en Chile no cambia, porque los chilenos ya no hacemos cosas decisivas. El 11 de septiembre y los 17 años posteriores fueron muy poco chilenos, porque fueron decisivos, a fondo, contra el mundo, cambiando el país y modernizándolo casi completamente. Nótese: casi. No voy a hablar de las modernizaciones que faltaron, porque no tengo ninguna necesidad de pelear con los jueces.

Por lo demás, lo principal de la actualidad sigue siendo el conflicto entre la Concertación y los militares. Estos han sido discriminados, porque se les procesa y encarcela, mientras que a sus adversarios, los terroristas, se les benefició con el rápido cierre de los procesos y después se les puso en libertad. Y los militares, con toda razón, dicen que si hicieron cosas indebidas fue en cumplimiento de la misión de proteger a la ciudadanía del terrorismo, y merecerían, a lo menos, igual trato que los terroristas. Parece lo mínimo.

Lo que sucede es una iniquidad. No pasa en ninguna parte. Un lector de Argentina, que me ha escrito cartas muy buenas para adherir a mis columnas (en realidad, son mucho mejores que éstas), me decía en la más reciente: “Se silencia la excelente posición adoptada frente a la agresión de la izquierda en Uruguay. Allí los jueces iniciaron el ataque, citando tan sólo como testigos a dos militares en actividad. El comandante en jefe, teniente general Medina, se negó a dar curso a las citaciones, para no reconocer con eso la jurisdicción de los tribunales civiles en ese campo. El Ejército hizo saber que ante un intento de llevarlos por la fuerza, abría fuego. La izquierda se dio cuenta de que la amenaza

iba en serio. El Parlamento votó la amnistía en dos días. Los legisladores tienen muy buenos sueldos”.

Acá en Chile somos menos resueltos que los uruguayos. Tal vez para bien.

Mi deseo es que nunca más nadie tenga que abrir fuego entre nosotros. Pero, por favor, no sigamos tentando al destino. La indecisión para solucionar un conflicto de tan obvio arreglo se está tornando peligrosa. Alguien tiene que jugarse. La falta de decisión y de compromiso se ha transformado en otra peculiaridad chilena. Se ve hasta en la cancha de fútbol. Azkargorta tiene razón. “La cosa chilena” nos lleva a tramitar todo, incluso la pelota, en vez de ir adelante a buscar el gol y darle un corte a las cosas. Casi nadie se juega. Zamorano no fue al Sudamericano “para cuidarse”. Batistuta, que es mejor y más caro, y otros de su nivel, se jugaron por sus países. El nuestro, no. Es la “cosa chilena”. La apatía, la completa falta de compromiso.

Bueno, ahora somos así. En el siglo pasado no lo éramos. Los de 1839 y 1879 se la jugaban. Los de 1995 lo tramitan todo. El conflicto político-militar seguirá igual. A lo más habrá algunos pases para el lado que no podrán alterar la situación global. Nada parece importarle ya a nadie.

El jaguar está languideciendo. Ya no se privatiza. El Estado crece, contrata más funcionarios, sube los impuestos. Allende estará emplazado en el centro de la plaza, frente a la Moneda.

Todo un símbolo del “retorno”: Chile vuelve a ser Chile. Ustedes no me negarán, entonces, que tengo todo el derecho a hacer sandwich. Por supuesto. Y con el mayor agrado.

16.08.95

Hábitos Premodernos

Por supuesto, ninguna de las dos iniciativas comentadas en la siguiente columna tuvo consecuencia alguna ni introdujo cambios en la situación entonces imperante. Los 22 años menos 12 días se referían al 11 de septiembre de 1973, en que la mayoría y yo estuvimos de acuerdo. La propuesta de Frei era para abreviar los procesos contra uniformados, siendo que la amnistía era una causal ya existente de término de los mismos. La de Allamand entregaba al Ejecutivo la posibilidad de remover a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y al General Director de Carabineros.

El Presidente ha dicho por cadena nacional y en diferentes lugares del país que ha formulado una propuesta de reconciliación. El diputado Allamand, que según las encuestas es el principal líder opositor, ha reconocido que esa propuesta es un paso reconciliador; por último, un sondeo citado por el Gobierno revelaría que el 80 por ciento de la gente está de acuerdo con eso. Supongo que el Gobierno y la oposición unidos jamás serán vencidos.

Establecido lo anterior, un ciudadano que no preside nada, no lidera a nadie y, probablemente, desde hace 22 años menos 12 días no está de acuerdo con ninguna mayoría interna que pueda recordar, piensa que o bien la prensa se ha equivocado y ha publicado proyectos distintos de aquellos a que se han referido el Presidente, el líder opositor y el 80 por ciento de la gente, o bien el uno, el otro y los demás están completamente equivocados.

Pues para quien haya leído cuidadosamente los textos publicados en el diario, parece claro que el primero de ellos debilita la amnistía respecto de los militares, acentuando la situación desmedrada de éstos en relación con el trato procesal y penal recibido por los terroristas. El segundo expone la estabilidad de los cargos superiores de las instituciones armadas a las presiones partidistas, lo que tiende a politizar a aquéllas y, de paso, crea otra discriminación en contra de los uniformados, esta vez con respecto del resto de los funcionarios del Estado. Pues a éstos el Presidente no los puede remover por sí y ante sí (la excepción son los de su exclusiva confianza).

Ello sin considerar la discriminación de carácter económico de que han sido objeto los uniformados en los últimos cinco años. Y, en fin, el tercer proyecto amenaza anular tres de los cinco principales contrapesos constitucionales al poder del Presidente y de los partidos. Se comprometería así la estabilidad y certidumbre de las instituciones, que la Carta propuesta al pueblo en 1980 por el gobierno militar, y aprobada por aquél, deseaba dejar a salvo de los vaivenes electorales y de la tradicional incertidumbre previa a 1973, cuando, según se decía entonces, “el país se jugaba la vida cada seis años”.

No sé cómo alguien podría hablar de “reconciliación” frente a todo lo anterior. Más parece un plan diseñado para ahondar las discrepancias político-militares y mantener latentes las odiosidades hasta más allá del final del siglo.

Por estos mismos días el Presidente Frei y el diputado Allamand han coincidido por segunda vez, al recordar el aniversario del Acuerdo Nacional de 1985. Ambos han llamado a reeditar ese ejemplo. Vuelven a errar. Pues el diputado Allamand, en un libro publicado en 1989, que amablemente me dedicó (no sin dejar establecido al hacerlo su desacuerdo con la forma en que yo defiendo nuestras comunes ideas) revela (p. 281) que él se negó a asistir al acto conmemorativo del segundo aniversario del Acuerdo, por estimar que “dicha iniciativa fracasó” debido a que el Gobierno militar la desoyó y los partidos opositores de entonces, que hoy son gobierno, desconocieron lo convenido.

Lo primero no hizo sino poner de relieve la visión del presidente Pinochet, pues el Acuerdo pretendía acortar su mandato e impedirle cosechar los principales frutos de sus modernizaciones, cambiar los términos de la transición y facilitar las reformas constitucionales, resintiéndole la estabilidad interna. Y el incumplimiento de lo convenido en el Acuerdo revela lo difícil que es salir de las celadas políticas una vez que se ha caído en ellas. De modo que lo que no era digno de celebrarse en el segundo aniversario no tiene por qué haber pasado a serlo en el décimo.

No se justifica, pues, hablar de reconciliación, sino todo lo contrario.

Tampoco se justificó la conmemoración. De todo lo cual dejo constancia sin otro propósito que el de rendir tributo a los premodernos hábitos de atender a los dictados de pasadas experiencias y de juzgar los textos por lo que uno lee en ellos y no por lo que otros le dicen a uno que son.

30.08.95

¿Quién lo Iba a Pensar?

El talante vengativo de Frei Ruiz-Tagle fue toda una sorpresa, a lo menos para mí.

Una de las cosas más inesperadas que, desde mi personal punto de vista, ha deparado la administración Frei, ha sido la sucesión de recientes actitudes de intolerancia del Presidente. He dicho antes que le tengo un agradecimiento muy especial al Jefe del Estado, por un motivo que a quienquiera no haya sido candidato a una elección le parecerá bastante trivial. En efecto, en su campaña senatorial de 1989, siendo yo postulante por la misma circunscripción, su comando respetó escrupulosamente la integridad de mis letreros de propaganda.

Como es sabido, nada hay que tenga raíces más profundas en el corazón de un candidato que los letreros con su efigie. Por lo mismo, jamás perdonará a quien los haya destrozado ni terminará de agradecer a quien los haya respetado. De modo que el Presidente puede contar, a ese respecto, con mi permanente reconocimiento, así como su antecesor, don Patricio, pudo beneficiarse de la moderación que siempre impuso a mis críticas el recuerdo de su benevolencia en un examen de Derecho Administrativo, allá por 1956.

Pero aquel condicionamiento previo no puede impedirme comentar la sorprendente seguidilla de decisiones presidenciales que parecen contradecir la apariencia de un talante benévolo, comprensivo e indulgente. En un comienzo a muchos nos resultó increíble la versión sobre el recado de “una alta autoridad” a monseñor Medina, para solicitarle no oficiar la bendición inaugural del túnel El Melón, situado en su distrito episcopal.

El obispo, cuya intervención en la ceremonia había sido programada con mucha antelación, en el intertanto había criticado la ponencia gubernativa a la cumbre de Beijing, fundado en consideraciones estrictamente atenuadas a la preceptiva vaticana. A raíz de ello, la señora Marta Larraechea de Frei le formuló una crítica pública al prelado. Este se defendió limitándose a reivindicar el apego a la doctrina católica de su crítica. La divergencia de la postura gubernativa con la

vaticana, por lo demás, quedó de manifiesto en la propia cumbre. Pero el episodio bastó, aparentemente, para irritar a la “alta autoridad” y determinar la solicitud de que el Obispo Medina no bendijera la inauguración del túnel.

Y después tuvo lugar la supresión, esta vez por orden de una dependencia presidencial, del discurso del alcalde de Santiago en una ceremonia dentro de la comuna, a la cual asistiría el Presidente de la República. El alcalde había criticado un proyecto gubernativo sobre el tema municipal y la autorización oficial para una marcha de la izquierda el 11 de septiembre.

En fin, la misma dependencia presidencial vetó el nombre de un conocido personaje de televisión previamente convocado para conducir el mismo evento, tras saberse que su presencia estaba programada también para un homenaje con motivo de los 80 años del ex Presidente Pinochet.

¿Son compatibles esas actitudes con el temperamento conciliador que dice sustentar el actual Presidente? A falta de tal temperamento, ¿qué esperanza de efectiva reconciliación puede esperarse de una conducción que, en lugar de soslayar los motivos de conflicto, los profundiza? ¿No resulta explicable, a la luz de lo anterior, que la triple iniciativa presidencial rotulada como de reconciliación haya precisamente originado un agravamiento de los diferendos que se trata de superar?

27.09.95

Desmalezar y Desmantelar

La Refinería de Petróleo de Con Con había pagado centenares de millones de pesos por un corte de maleza en sus alrededores, pago exagerado que dio lugar a un escándalo de proporciones e inauguró las sospechas de financiamiento político con recursos públicos. De otro lado, eran tiempos en que los viajes presidenciales merecían crítica.

No sé cómo algunos critican al Presidente por salir tanto del país. Si yo fuera él, también querría irme. Pues su gobierno está recreando una situación que nadie desearía presidir. Y si su ausencia paraliza al Gobierno, bienvenido sea ello, como lo demostraré.

La gran virtud del Chile actual es su estabilidad institucional. Los inversionistas, que son los que crean empleo y dan bienestar a la gente, han sabido hasta ahora que la demagogia no puede pasar. Lo impide un Senado integrado por una oposición fuerte y un puñado de personas designadas allí por su alto nivel, inmunes a la preocupación electoral y al populismo. Pero el Gobierno quiere suprimir estos senadores apolíticos. La demagogia podrá, entonces, pasar.

Los inversionistas han sabido, además, que las instituciones armadas garantizan la Constitución. Ellas pueden hacerlo gracias a su sistema de promoción independiente del partidismo. Pero el Presidente quiere que dependa de él. Y quiere minimizar el Consejo de Seguridad Nacional, donde expresan sus puntos de vista aquellos garantes. También busca restarles injerencia en la designación del Tribunal Constitucional, que dirime los conflictos institucionales. Quiere sacar a los militares de la Constitución.

Algunos dicen que eso no es desmantelarla. Pero si alguien se lo propusiera, comenzaría exactamente así, para después reducir los quórum para reformarla. Cabe recordar que don Patricio trató de hacerlo, sin resultado... gracias a los resguardos estabilizadores que ahora se quiere anular. Y si los comunistas ganan una elección tras otra; si la CUT impone reformas laborales que castigan la rentabilidad de las inversiones, reformas que con los cambios propuestos

tendrían gran probabilidad de ser aprobadas; si los socialistas siguen hablando de aumentar el impuesto a la renta y legiones de inspectores tributarios y del trabajo acosan a las empresas, entonces no pregunte por qué sube el dólar hasta 417 pesos, contra los pronósticos de los especialistas, que hace poco calculaban su valor de equilibrio en torno a los 370 pesos. Ni pregunte por qué bajan los precios de acciones que han mejorado su rentabilidad. La perspectiva de un desmantelamiento institucional aumenta el riesgo-país.

¿Y qué sucederá cuando los partidos manejen todo? Muy sencillo: pregunte en la Refinería de Petróleo de Concón o en Esval o en Onemi...

Atrás quedó el discurso del año pasado del ministro Aninat, por encargo presidencial, anunciando que la preocupación fundamental del régimen iba a estar centrada en los problemas reales: educación, infraestructura, salud, pobreza. Hoy lo está en las reformas políticas. ¿Por qué? Para conseguir el apoyo socialista a una ley de término a los juicios contra militares. Pero ese término lo consagra la vigente Ley de Amnistía, validada en forma invariable por la reciente jurisprudencia de la Corte Suprema. Luego, no se necesita otra. Ni, por consiguiente, es necesario atraer a los socialistas a apoyarla a cambio de reformas constitucionales. Luego, lo que hace el Gobierno en esta materia es políticamente inútil, como lo es su negociación con RN.

El desmalezamiento fue excesivamente caro, pero por lo menos fue útil. El desmantelamiento, en cambio, resultará muchas veces más caro y, además, perfectamente inútil.

01.11.95

El Retorno de Jemmy Button

Pero en catorce años la Concertación no ha podido destruir las bases de la prosperidad chilena.

Cuando vino Charles Darwin a Chile, decidió llevarse a Londres a algunos indígenas de la zona austral, civilizarlos y educarlos. Uno de ellos, al cual bautizó como Jemmy Button, mostró especiales dotes y, podría decirse, llegó a convertirse casi en un gentleman. Pero con el transcurso de los meses comenzó a añorar la barbarie y mostró interés por retornar a sus tierras.

Los optimistas suponían que volvería para inculcar a sus coterráneos los nuevos hábitos adquiridos. No fue así. Al cabo de poco tiempo fue visto por marinos ingleses en pleno estado de barbarie, sin otra prenda que un taparrabos y viviendo primitivamente a bordo de su canoa, alimentado con pescado crudo. Escasamente podía recordar ya el idioma inglés.

Los persistentes esfuerzos que muchos políticos de diferente tendencia hacen en estos días por dismantelar las estructuras institucionales que nos han llevado, en las últimas décadas, a parecer —no a ser, ciertamente— un país civilizado nos hacen recordar el sino de Jemmy Button.

El Gobierno militar nos rescató del que parecía inevitable tránsito a la barbarie y nos brindó acceso a ciertas prendas de la civilización que desconocíamos casi por completo. Favoreció la libre iniciativa creadora, abrió las fronteras y dio estabilidad a nuestras instituciones. Así, hubo garantías capaces de permitir a los más emprendedores hacerse dueños del fruto de su esfuerzo, confiando en que lo alcanzarían aunque éste se percibiera lejano en el tiempo. Desburocratizó, privatizó y descentralizó cuanto pudo el funcionamiento de la nación. Todo ello nos convirtió en la de mayor crecimiento en el hemisferio en el último decenio.

No ha sido ningún milagro. Simplemente el fruto de la libertad de los individuos y la estabilidad de las instituciones. Todo nace de la solidez de la Carta Fundamental. Ella no puede ser fácilmente cambiada. Tampoco puede ser

impunemente atropellada, porque las fuerzas de la defensa nacional garantizan el respeto a la misma.

Pero, al parecer, tal como a nuestro ancestro Jemmy Button, se nos está haciendo intolerable tanta civilización. Instintivamente volvemos a barrenar las bases de ella, que son la certidumbre y la confianza. Así, las instituciones apolíticas y a salvo de vuelcos electorales o partidistas, que garantizan la estabilidad de largo plazo de los derechos (senadores institucionales, Consejo de Seguridad Nacional, Tribunal Constitucional) están en vías de ser suprimida la primera, anulada la segunda y entregada a los vaivenes del partidismo la tercera. Eso, indirectamente, debilitará los quórum para reformar la Constitución. Es inocultable la vocación de retornar a la volubilidad del pasado. Es decir, al estado general de incertidumbre y precariedad de los derechos.

Se hacen visibles los mismos fantasmas de antaño. Se aplaude generalizadamente una marcha de personas que usurparon un inmueble. Protestan contra la propietaria. Esta pretende algo tan peregrino como que se lo restituyan o le paguen su justo precio, lo cual parece mal a todo el mundo, comenzando por las autoridades.

Jemmy Button no resiste el impulso de regresar a la barbarie, de la cual nunca, probablemente, quiso o debió salir.

22.11.95

Los Pragmatismos de la Derecha

Nunca he podido compartir con la mayoría de la derecha chilena su constante tendencia a adoptar posiciones de sus adversarios políticos, en lugar de bregar porque éstos adopten las de ella (que es lo que un imperativo histórico, en definitiva, los ha obligado a hacer.)

Sin el concurso ocasional de la derecha, la DC y la izquierda no habrían podido consumir las barbaridades que llevaron a la crisis de 1973. Pero parte de aquélla vuelve a las andadas. Por pragmatismo un gobierno suyo impulsó, en el decenio de 1960, la primera reforma agraria. A su amparo, la Democracia Cristiana y después la UP destruyeron la agricultura chilena.

En 1964 la derecha tenía un candidato presidencial, Julio Durán; la izquierda tenía a Allende y la DC a Frei. Sobrevino una elección complementaria de un diputado. Ganó el marxista, el representante de Durán salió segundo, y el DC tercero. Pero la derecha, por miedo a Allende, no pidió el retiro de Frei. Al contrario, lo apoyó y retiró su adhesión a Durán. Elegido Frei, gobernó como izquierdista y preparó el camino a Allende, a quien, además, la DC contribuyó a elegir en el Congreso, en 1970, no devolviendo la mano a la derecha, cuyo candidato había sido segundo a poca distancia en la primera ronda.

En 1971 los parlamentarios de derecha, tal vez por miedo a la impopularidad, votaron a favor de la confiscación estatal sin pago de la Gran Minería del Cobre. El colmo del pragmatismo.

En 1991 Renovación Nacional le dio al Presidente Aylwin la facultad de indultar terroristas, confiando en su buen juicio. Aylwin los indultó a todos.

Hoy RN llega a acuerdos para restar injerencia a la Corte Suprema y al Consejo de Seguridad Nacional en la Constitución que la derecha contribuyó a aprobar en 1980. Se busca volver a concentrar el poder en los partidos, causa de la crisis de 1973.

El “pragmatismo” otra vez: si no se cambia la fórmula para elegir el Tribunal Constitucional —se dice— la mayoría en él será de la Concertación. Pero se entrega al Presidente de la República la facultad de elegirlos. Así lo dice el proyecto concordado entre el Gobierno y senadores de RN, que está en el Congreso. En Renovación Nacional afirman que el Senado dirá la última palabra en los nombramientos. Pero el proyecto concreto dice otra cosa. Y proponen suprimir los senadores institucionales, en razón de que los futuros designados serían mayoritariamente de la Concertación. Pero de partida tenemos la certeza de que cinco de los 10 (el ex Presidente Pinochet —que será senador vitalicio, si RN no contribuye a suprimir el cargo—, tres ex Comandantes en Jefe y un ex General Director), querrán defender la Constitución que legaron. En Renovación Nacional añaden que no es democrático tener senadores institucionales.

Entonces tampoco serían democráticos Inglaterra, Canadá, Francia, España, Alemania, Bélgica, Argentina, Holanda, Italia, India, Irlanda, Suecia ni Turquía, donde los hay.

En fin, un personero de RN asevera que “buscan fortalecer las funciones y la operatividad” del Consejo de Seguridad Nacional. ¿Cómo? Impidiéndole tomar acuerdos en casos de amenazas a la institucionalidad o a la seguridad nacional, y privándolo de la atribución de nombrar miembros del Tribunal Constitucional y del Senado. “¡No me ayude, compadre!”.

Esta política de entregar la mano para no perder el brazo puede llevarla hasta el punto que expresan las últimas palabras de ese derechista español, enfrentado al pelotón de fusilamiento rojo, durante la guerra civil: “Me habéis quitado todo; pero hay algo que no me vais a poder quitar jamás: el miedo que tengo”.

29.11.95

Feligrés Inquisitivo

Siempre defendí las innovaciones que introdujo la Constitución de 1980, pero la institución de los senadores designados fue desvirtuada por la Concertación, que los politizó a todos, de modo que, en ese caso, he terminado por concordar con su supresión.

Los lectores de esta columna suelen ser muy inquisitivos. Uno de ellos, muy joven, me sometió el otro día a un interrogatorio que creo de interés reproducir:

— ¿Había senadores institucionales apolíticos bajo la Constitución de 1925?

— No, si bien su inspirador, el Presidente Arturo Alessandri, contempló la idea; pero ella no fue acogida.

— ¿Y había algún órgano encargado de velar por la seguridad nacional y la institucionalidad, como el Consejo actual?

— Tampoco.

— ¿Y el Tribunal Constitucional?

— Sí, pero de dudosa independencia, pues el Presidente de la República, con acuerdo del Senado, designaba a la mayoría de sus miembros. Es decir, la mayoría política se controlaba a sí misma.

— ¿Y tenían las Fuerzas Armadas y Carabineros el papel de garantes de la institucionalidad?

— No, por cierto. Si la Constitución se lo hubiera atribuido y hubieran podido ejercerlo a través de un Consejo de Seguridad, el Presidente Allende probablemente la habría respetado, cosa que, como lo prueba el acuerdo de la Cámara de 22 de agosto de 1973, no hizo.

— ¿Y podría decir usted que en esa época los chilenos gozábamos de plenas

libertades políticas?

— Plenas, en ningún caso. La posibilidad de subsistir dependía crecientemente de la voluntad funcionaria, y de ahí a la pérdida de la libertad hay sólo un paso. Los agentes del gobierno privaban de facto a las personas de sus posesiones productivas, tales como empresas o predios agrícolas. Los fallos de la justicia eran desobedecidos. El Estado se encaminaba a monopolizar la distribución del papel de diario, decretaba cadenas radiales a su arbitrio y tenía un control predominante de la televisión... El régimen totalitario estaba, en verdad, ad portas.

— ¿Habría podido llegarse a ese extremo si hubiera habido un número de senadores institucionales capaz de arbitrar las pugnas políticas y ajeno a la tentación demagógica; un Consejo de Seguridad Nacional como el actual; un Tribunal Constitucional generado al margen de las presiones político-partidistas y si las Fuerzas Armadas hubieran sido garantes de la institucionalidad?

— Pienso que no.

— Y si es evidente que las libertades de toda índole, entre ellas las políticas, estuvieron a punto de sucumbir bajo una Constitución como la de 1925, como también lo es que no corren ese riesgo bajo la de 1980, la cual ha presidido un quinquenio de convivencia civilizada y amplia libertad política, ¿cómo alguien puede decir, entonces, que al reformarla y hacerla cada vez más parecida a la de 1925 se está defendiendo la libertad política?

— Bueno, usted sabe, en un país libre se puede decir cualquier cosa. Pero la libertad, como señala un Premio Nobel, “es una flor rara y delicada”, a la que se debe dispensar los mayores cuidados. Es suicida garantizar la libertad de destruir la libertad. La historia nos lo enseña a los chilenos. Por eso quienes proponen, en nombre de aquélla, reeditar la Constitución de 1925, llamándonos a “no mirar más el pasado”, en el fondo están poniendo en peligro las libertades y volviendo al país al camino de reeditar ese pasado.

13.12.95

Diario de Vida

En el país de los cerebros lavados se ha olvidado la historia, pero yo periódicamente cumpla el ingrato papel de recordarla. El diario de vida a que se refiere la siguiente columna está en mi poder y mediante la prueba del carbono 14 la autenticidad de la fecha del relato citado puede ser autenticada por quien se interese en ello.

Entre los regalos de Pascua de 1985 recibí un cuaderno con cubierta de cuero en la que decía grabado a fuego: “Diario de mi Vida”. Tenía candado para preservarlo de miradas indiscretas.

Sabiéndome incapaz de mantener un diario, resolví dejar constancia en él sólo de cosas de excepcional importancia. Pero cuando apenas había llenado ocho páginas perdí la llave. Casi 10 años después, la semana pasada, ella apareció. Yo no la estaba buscando. Todo de acuerdo con la enésima ley de Murphy: cuando uno busca algo siempre encuentra algo que no necesita pero que antes necesitó y buscó sin encontrar.

Aproveché para reabrir el diario tan prematuramente cerrado. Y me encontré con el último “ingreso”, escrito la noche del 23 de enero de 1986, tras una comida con otros 11 comensales y en homenaje a un duodécimo, director de un semanario, que nos había convidado semanalmente a almorzar a lo largo de todo 1985.

He discutido con personas próximas si puedo o no dar a conocer opiniones vertidas en esa oportunidad. Han votado negativamente. Pero desatiendo el veredicto. Se trata de testimonios históricos que avalan la necesidad del papel de las Fuerzas Armadas en la actual Constitución.

Por eso, bajo mi responsabilidad, cito a dos personalidades presentes esa noche, según versión de mi diario, reemplazando sus respectivos nombres por X y Z, pues no me siento autorizado para darlos:

X relató que en septiembre de 1970 recibió a través del Ministro del Interior, Patricio Rojas, recado de Frei para que Alessandri aceptara ser elegido por el Congreso Pleno y renunciara acto seguido para proceder a una nueva elección. Dijo que Frei le contó que había llamado al general Schneider y le había dicho: “Yo soy la personificación de la juridicidad, pero usted tiene el poder de las armas. Su obligación en este momento es botarme del poder”. Z relató que en los mismos días él y otros personeros DC se reunieron con los tres Comandantes en Jefe (Schneider, Guerraty y Montero), los cuales le manifestaron su oposición a que se eligiera a Alessandri en el Congreso Pleno, por temor a un derramamiento de sangre. Pero estaba también presente el general Prats, quien se manifestó a favor de la elección de Alessandri, aunque fuera necesaria la intervención militar, argumentando que cuando los comunistas llegaban al poder no lo abandonaban más. X relató su reunión con Prats el 4 de octubre de 1970, señalando que éste era muy contrario al gobierno marxista y partidario de hacer algo para evitar el ascenso de Allende.

Esta conversación Prats la presenta en otro sentido en sus memorias. X sostuvo que Prats en todas las ocasiones le reiteró que él no había cambiado sus puntos de vista.

¿Por qué es necesario defender el papel reconocido y explícitamente regulado de los militares como garantes y árbitros —a través de diversas designaciones— en la Constitución, papel que el proyecto de reformas busca eliminar? Porque la historia nos enseña que, en momentos cruciales derivados de los engeguimientos propios de la pasión partidista, ellos son y han sido reiteradamente, como con precisión lo dijo en agosto de 1973 el hoy y entonces senador DC Andrés Zaldívar a la revista “Que Pasa”, “los que están llamados a arreglar las cosas aquí”. (Perdón, Andrés, por reiterar esta cita que, yo sé, te causa molestia, pero la solidez de nuestra democracia está primero.)

17.01.96

¡Adiós, Renovación!

A RN no le fue bien electoralmente alejándose de la derecha. La UDI, que no dijo nada, cosechó muchos votos de la derecha y se convirtió en el partido más grande del país.

Se nos fue irremisiblemente hacia el centro. Ya lo habían anticipado algunos de sus líderes antes del último Consejo General. Ahora lo ratificó este último, en un voto aplastantemente mayoritario cuya redacción despide un inconfundible aroma de centro político. Desde luego, comienza rechazando “el excesivo individualismo” y el “predominio exagerado de lo económico”.

Eso ya revela que el partido abandonó la derecha, pues la preocupación histórica de esta última, por supuesto, ha estado siempre centrada en todo lo contrario, es decir, en que no haya “excesivo colectivismo” ni un “exagerado olvido de lo económico”. Lo cual en estos tiempos parece más que nunca necesario para el bien del país. Pero el “efecto Aznar” parece haber llegado para quedarse.

Claro, uno podía prever que todo esto iba a suceder. Hace un tiempo apareció un documento de la directiva de RN donde se decía que el partido había sido “imparcial” durante el Gobierno militar. Entonces, es evidente que la cosa venía en serio.

En el orden personal, me comencé a preocupar verdaderamente cuando, desde la Concertación, se comenzaron a prodigar desusados elogios a ciertos líderes de Renovación. Supe inmediatamente que eso era peligrosísimo, porque en mi vida de observador de los acontecimientos públicos he comprobado que las alabanzas de los antagonistas surten un efecto devastador sobre los prohombres de la derecha. Tal vez no haya palabras capaces de provocarles mayor encantamiento, con la posible excepción de las suyas propias, que las alabanzas de sus adversarios. A través de los años he visto a algunos pilares del sector convertirse en verdadera gelatina política tras algunas loas del centro o la izquierda.

Por otro lado, tal vez RN tenga razón para emprender el éxodo. Pues

reconozcámoslo: algo tenemos los de la derecha que no le gustamos a la gente.

Es una cosa muy antigua, claro. Lord Chesterfield, hace más de 200 años, ya le escribía a su hijo que “si la multitud alguna vez llega a desviarse hacia la derecha, es por las razones equivocadas”. Ergo, para que voten por nosotros debemos disimular, vestarnos con ropa de camouflage y declararnos de centro o de izquierda. A veces lo hacemos tan bien que desesperamos al adversario. Como Aznar en España, a quien la izquierda pregunta consternada qué se hizo la derecha, porque no está en parte alguna y ya no la puede insultar. Y él contesta:

“A mí, que me registren. Soy de centro”. Porque, obviamente, y sobre todo para los españoles, la necesidad de denostar a la derecha es visceral. La imposibilidad de satisfacerla la sienten como una genuina pérdida de bienestar social.

Bien, supongo que debemos resignarnos. Pues somos de los que, enfrentados a elegir entre nuestras propias ideas y las de la mayoría, optamos por las primeras. Simplemente, no podemos irnos también para el centro. Digamos nostálgicamente, como lo hiciera otro británico, George Savile, marqués de Halifax, hace 300 años: “Felices los que pueden convencerse de tal manera de llegar a compartir la opinión general”.

A quienes nos ha sido denegada esa felicidad no nos queda más remedio que envidiar a quienes les ha sido concedida, verlos alejarse hacia el centro, desearles buena caza de sufragios y compartir con otros minoritarios recalcitrantes el discutible destino de ser fieles a nuestra manera de pensar.

Predicciones Riesgosas

Mis predicciones fueron, efectivamente, riesgosas: a la DC le fue bien, a la oposición, mal; en lo único que acerté fue en que el PPD superó al PS y en que al comunismo le fue mejor de lo que nunca le ha ido después de 1989.

Una entidad benemérita me solicitó algunas apreciaciones acerca de nuestro futuro político. Como el compromiso revestía cierta solemnidad, debí encerrarme a reflexionar para saber lo que pensaba al respecto. Pues, como buen chileno, rara vez tengo tiempo de meditar acerca de las cosas sobre las cuales más frecuentemente opino. A propósito, valga una digresión: ustedes probablemente habrán notado en sus viajes al exterior que en los países donde, históricamente, se piensa más y mejor, hay muy poca gente en las calles. Los que circulan son, en su mayoría, turistas o extranjeros. Los nacionales lo hacen fugazmente y ante un quehacer específico. Pero acá las calles están normalmente atiborradas de gente que se anda dando vueltas, a pie o en auto, sin destino preciso. Estamos ocupando el tiempo restado al trabajoso menester de pensar.

De modo que por un día no di vueltas y me dediqué a ello. Dada la excepcionalidad del acontecimiento, dedico sus frutos a los feligreses de esta columna, y en especial a quienes en días recientes han alzado sus voces en mi defensa, frente a un ataque al cual no había dado importancia.

Paso, por tanto, a predecir algo del resultado de la elección municipal del próximo 27 de octubre. Pienso que aquel desatará, a su turno, otros desenlaces de segunda generación y de gran importancia política posterior.

Pero sobre los mismos no me arriesgo a formular predicciones. El 27 de octubre habrá colectividades ganadoras y perdedoras. De izquierda a derecha, las primeras serán el Partido Comunista, que recibirá los frutos del desencanto del electorado de extrema izquierda del Partido Socialista. El pensamiento marxista radicalizado sigue teniendo una cuota no desdeñable de adherentes en Chile, y no está cómodo en una alianza centrista. Ganador será también el PPD. Su genial indefinición resulta irresistible para un sector muy amplio del electorado chileno,

que valoriza altamente la falta de doctrina y la ambigüedad económico-social.

Ganadora, asimismo, será RN, por un motivo parecido al anterior, pero viajando hacia la indefinición desde la derecha, que abandonó, para ubicarse en el centro político. Beneficiada resultará también la UDI, simplemente por haber quedado como única alternativa de derecha en el país, en el cual subsiste un significativo electorado de esa tendencia.

Las colectividades perdedoras: como anticipé, el PS. Así como su ala izquierda tiende al PC, la renovada es atraída hacia el PPD. También resultará perdedora la DC, que si bien mantiene una tradicional y hasta ahora redituable indefinición, se halla desgastada por casos reiterados de militantes comprometidos en manejos poco cuidadosos de recursos públicos. Sufrirá, por añadidura, la merma provocada en sus alas moderadas por la llegada al centro de RN; y en sus alas izquierdistas por el creciente “glamour” del PPD. En fin, la UCCP pagará el costo de deserciones recientes y de compartir el centro político con la plétora de colectividades que acuden a él.

Dejo entregadas al juicio del tiempo y de la historia estas predicciones, agradeciendo a la institución benemérita antes aludida el haberlas motivado, pero eximiéndola de responsabilidad en los altos riesgos envueltos en el hecho de darlas a conocer.

26.06.96

Inhumación Junto al Mar

El más decidido de los miembros de la Junta fue el Almirante Merino. El puso en marcha el 11.

Yo estaba a mil kilómetros de distancia y en un lugar remoto cuanto murió el Almirante. Temí no llegar a su entierro. Tenía que hacerlo. Le guardo mucha gratitud a cada uno de los miembros de la Junta del 11. Nada personal. Simplemente, les estoy agradecido como chileno. A veces no cumplo deberes protocolares, pero para esas cuatro personas, todo. Si fallecen antes que yo, allí estaré para acompañar a cada uno a su última morada.

En este país dependiente de la “imagen políticamente correcta”, donde se ha disfrazado la historia reciente, se ha indultado a los peores criminales y se mantiene en prisión a quienes los combatieron, los verdaderos y grandes servidores públicos pierden reconocimiento y van quedando en el olvido.

Tenía que estar ahí y estuve frente al mar, mientras el féretro del Almirante descendía al seno de la tierra y el viento frío agitaba los bordes de la bandera que lo cubría. No estaba el Presidente que había dicho que iba a ir: No había ningún ministro. Pero quienes sí estábamos le dimos las gracias en silencio, en nombre del resto de los chilenos, si bien reconozco, ninguno nos lo había pedido; y, en particular, lo hice también en nombre de los míos, que sí me lo habían pedido.

Recordé las pocas ocasiones en que me cupo departir con él. En la última, no hace mucho, me habló de su preocupación por la progresiva pérdida de los valores morales en el país. Del relativismo ambiente.

Poco antes de eso, en otra ocasión, más relajado, nos contó a sus vecinos de mesa, durante un almuerzo campestre, algunos episodios de su existencia.

Recuerdo, en particular, su relato acerca de la participación que le cupo en su juventud en una batalla aeronaval en el Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, hallándose embarcado como oficial chileno en misión de instrucción

en un crucero norteamericano que fue atacado por la aviación japonesa. Sin aspavientos nos refirió cómo el marino que atendía una batería antiaérea junto a él había caído muerto a su lado.

Refirió también en esa oportunidad cómo en 1973, antes del 11, al ser acusado por el Presidente Salvador Allende, durante una entrevista con él, de haber entregado a la prensa una versión falseada de ciertos hechos, simplemente no había soportado la injuria y se había levantado y asido al Jefe del Estado por las solapas. Ello había provocado la reacción airada de los GAP (“Guardia Armada Personal” de Allende, ilegal, por cierto, pues eran guerrilleros entrenados en Cuba, y no “Grupo de Amigos Personales”, como se ha dado en describirla eufemísticamente después). El Almirante no aguantaba pelo en el lomo.

Fue un personaje decisivo en el acontecer nacional, y no sólo antes del 11 de septiembre, sino en variadas instancias posteriores. La historia se lo reconocerá.

Algunas veces discrepé de él a través de mis escritos. En cierta ocasión, al llegar a un almuerzo en “El Mercurio”, me pregunto con severidad si en ese momento estábamos o no en desacuerdo en algo, para adecuar su actitud conmigo a la circunstancia correspondiente. Por fortuna, no había en ese momento problemas de por medio.

Quedan pocos chilenos como él. Buena parte del deprimido patrimonio de coraje y definición en nuestro país fue enterrado ayer en Concón.

04.09.96

Hace 23 Años

Una sola vez en dos décadas de columnas referí mis experiencias personales del 11 de septiembre de 1973.

Yo era diputado por Santiago. Uno de los jefes de la bancada de mi partido, el Nacional, nos había instruido para, “en caso de emergencia”, dividirnos en grupos. El mío iría a la Radio Minería. No queríamos arriesgarnos a que el temido “putsch” marxista nos sorprendiera en nuestras casas o reunidos en un solo lugar, silenciándonos. De modo que, apenas oí los primeros bandos de la Junta, me fui al edificio de la radio, en Providencia con Tobalaba. Estaban también allí los diputados Mario Arnello y Patricio Mekis, y el dirigente del partido, Pablo Baraona.

Deliberamos y resolvimos irnos al Congreso. Nos subimos a mi Fiat 125 gris. Lo había comprado usado, sin recurrir a la franquicia parlamentaria que nos daba preferencia en el “estanco automotriz” socialista. Pero una vez, lo recuerdo muy bien, el diputado comunista Luis Guastavino se había quedado mirándolo con ojos acusadores, en el estacionamiento de la Cámara, como queriendo decirme: “los ‘momios’ también profitan del socialismo”. Muy injusto.

En la plaza Baquedano nos detuvo un soldado raso con un fusil enorme. Hizo caso omiso de nuestros “rompefilas”. Ya eso presagiaba un cambio institucional importante. Nos ordenó volvernos por la Costanera. Entonces intentamos de nuevo bajar por Bellavista. En Recoleta la balacera se oía cada vez más nutrida. Intentamos cruzar por el puente. Nuevos soldados con fusiles nos lo impidieron. Reiterado fracaso de nuestros “rompefilas”.

“Esto parece que va en serio”, comentó alguien en el interior del auto, ya de vuelta hacia la radio.

Recordé que la noche anterior, cuando había ido a dejar mi columna semanal a la revista “Qué Pasa”, que habíamos fundado en 1971 con un grupo de amigos, su director, Gonzalo Vial, mientras tecleaba a dos dedos un editorial en su vieja

Underwood negra, me había dicho, riéndose, que un amigo común, siempre bien informado, acababa de pasar y asegurarle: “Mañana es el golpe”. En ese tiempo se decía que los derechistas teníamos el índice de la mano derecha más corto que el de la izquierda, de tanto pegar sobre mesas y escritorios, asegurando: “Mañana es el golpe”.

Llegando al edificio de la radio subimos al último piso. Desde allí vi perfectamente el bombardeo de La Moneda, junto al comentarista político Luis Hernández Parker, quien estaba demudado. En eso me llamaron desde un departamento perteneciente a un anglosajón, evidentemente muy antimarxista, que en vista del giro de los acontecimientos había decretado “open bar”.

Desde su ventanal, que miraba al oriente, vi otro bombardeo inexplicable, cerca de la Avenida Las Condes. Era, supimos después, un Hawker Hunter cuyo piloto, recién llegado desde Concepción, había confundido el hospital de su propia Fuerza Aérea con la residencia presidencial de Tomás Moro, en la cual estaban atrincherados muchos “GAP” y había cañones sin retroceso. Fueron días de entusiasmo y emoción para los de nuestro lado y, a esas alturas, para una mayoría de chilenos. Comprendíamos que no podían serlo para quienes habían iniciado el fuego. Este reduciría a cenizas una democracia desvirtuada. La cual, por lo demás, los promotores del caos se proponían destruir.

De esas cenizas y de ese crisol surgió el Chile de hoy. En él, supongo, en una cosa, y sólo en una, todos probablemente podemos ponernos de acuerdo: es mucho mejor que el de 1973.

11.09.96

El Duro Oficio de Columnista

Los errores de los columnistas se pagan caros.

Déjenme esta semana despreocuparme de los problemas del país. Aunque éste deba pagar un costo. Pero necesito un desahogo. Recibir una especie de “terapia de escucha” prodigada por los feligreses de esta columna. Una carta fue la gota que colmó el vaso de mi estoicismo. Provenía de la firma que administra los “semáforos inteligentes” referidos en mi columna anterior. Me conmovió. El mismo día ella procedió a reparar el de Padre Letelier y Los Conquistadores, siendo que todavía no está incorporado a su sistema ni es, por tanto, de su responsabilidad. Ahora el tráfico allí es fluido.

Cuando la firma se haga cargo de todos los semáforos, igual fluidez reinará en las demás intersecciones santiaguinas. ¡Y yo le supuse habernos vendido “semáforos tontos” por “inteligentes”! Días antes, distinguidos agentes de aduana me habían escrito, invitándome a visitar las dependencias de sus oficinas. Se sentían afectados por otra columna, que abogaba por mayor libertad aduanera. Lamentablemente confieso mi imposibilidad de “visitar dependencias”. No sé cómo explicárselo a los amables agentes de aduanas sin ofenderlos. Claro, de todas maneras, cuando se me ocurra cómo hacerlo, responderé sus caballerosas invitaciones.

Pero debo reiterarles que soy partidario de mayor libertad de entrada a su actividad. Será preciso afrontarlo.

Además, Bob Borowicz supervisa implacablemente mis latinazgos y no deja pasar ninguna imprecisión en ellos sin escribirme. Ya casi no me atrevo a usarlos. Incluso cuando me aseguro de citarlos bien, alguien los corrige y aparecen mal. La última vez fue “primum vivere, deinde philosophari”; pero apareció “philosophare” y Bob me escribió, irritado. Me sentí muy mal. En otra ocasión empleé el latinazgo culto “in mente” y apareció el chilenzago inculto “en mente”. Se perdió todo el efecto.

Y si sumo el desgaste provocado por todo lo anterior al de mi poco exitosa lucha contra otro intolerable atentado, el “v/s” con raya al medio, discurrido por algún Michimalonco del idioma para abreviar “versus”, cosa que el mundo civilizado hace escribiendo por supuesto, simplemente “vs”, mi problema asume dimensiones de neurosis. Para colmo, el domingo antepasado, en plena portada de la Revista del Domingo, venía un desafiante “v/s”, en grandes caracteres y a todo color. Quedé anonadado.

Ese miércoles ya estaba medianamente repuesto cuando me llamó un amigo:

—Un vigilante lector de tus columnas asegura que el verso de un inglés que citaste hoy pertenece, en realidad, a un francés—. Había una velada amenaza, pues hizo referencia al relato del burro muerto yacente por semanas en la Plaza de Armas a principios del siglo pasado, que atribuí a un inglés, Samuel Haigh, en circunstancias que perteneció a un chileno, José Zapiola.

Además, el burro yació al nor-orienté de la Plaza, en San Antonio con Santo Domingo. Mi amigo me estaba insinuando que sumar a esa imprecisión la de la nacionalidad del poeta podría tener efectos devastadores.

Por fortuna, encontré los versos y eran de un inglés, Austin Dobson: “Time goes, you say? Ah, no! / Alas, Time stays, we go!”. Le mandé un fax triunfal a mi amigo y respiré aliviado. Pero la amenaza constante y la incertidumbre desgastan.

Necesitaba, pues, a título de terapia, expresar todas estas cosas. Y ya me siento un poco mejor.

02.10.96

Viajeros y Pagadores

A raíz de esta columna me llegó un recado del sacerdote que bendijo el avión presidencial, en el sentido de que había oído que no había costado 32 millones de dólares, sino más de 60.

La gente que no lee el diario no sabe lo que se pierde. Trae cosas fantásticas. Pero es preciso leerlo entero, pues las más sensacionales suelen venir disimuladas en medio del texto. Los periodistas no se atreven a titular con ellas y las dejan ahí, para que disfruten los lectores concienzudos.

El domingo, al pie de una página, por ejemplo, venía una información sobre “aportes a fundaciones presididas por la Primera Dama”. Debo decir que a Martita —entiendo que ella prefiere ser llamada así— le tengo simpatía y, tal como a su marido, la creo muy buena persona.

Pero sucede que desde hace tiempo un amigo vinculado al museo de ciencias y tecnología de la Quinta Normal, que al parecer está muy deteriorado (el museo, no mi amigo), me había estado mandando decir que no les quieren dar 100 mil dólares para restaurarlo y, en cambio, le iban a dar cuatro millones de dólares a otro museo, precisamente de una de aquellas fundaciones. Mi amigo considera a este último mucho menos digno de ayuda que el de la Quinta Normal.

Ahora, según el diario, los aportes presupuestarios a las fundaciones presididas por la Primera Dama no se quedan en cuatro millones, sino suman 54 millones de dólares. Esto me parece exagerado. Piénsese que equivalen, por ejemplo, al 37 por ciento del presupuesto de todo un poder público, el Judicial.

Entonces, bueno, yo, primero como amigo de mi amigo y, luego, como contribuyente que ayuda a juntar todos esos dineros, me atrevo a pedir a esas fundaciones que, por lo menos, les traspasen 100 mil dólares a los encargados del museo de ciencia y tecnología de la Quinta Normal, para poder restaurarlo.

La naturalmente llamada a preocuparse de estas cosas debería ser la Comisión

Mixta de Presupuestos del Congreso. Pero en un rincón del diario leí que sus miembros, que tienen plazo hasta el 26 para velar por la correcta inversión de los recursos presupuestarios, sólo desempeñarán esa función hasta el 21, pues los senadores tienen un viaje a Japón.

El senador Piñera, que se ha preocupado de este tema, no quería ir e insistía en agotar los intentos por precisar el destino de muchos fondos, entre ellos 200 ó 300 millones de dólares no explicados de la insondable partida “Tesoro Público”. Lo elogí hace algún tiempo por eso.

Pero leo en un diario posterior que, a fin de hacerlo desistirse de su actitud desleal de trabajar en vez de viajar, otros senadores habían tratado de convencer a su cónyuge para que se incorporara a la comitiva. Ella, sin embargo, respondió que no podía, por tener obligaciones que cumplir con sus hijos.

Abnegada conducta. Pero ¡sorpresa! la misma información añadía que, pese al ejemplo conyugal, lo más probable es que el senador Piñera desista de sus ímpetus fiscalizadores y se vaya a Japón el 21.

Claro, resulta cruel obligar a los senadores a trabajar en vez de viajar. Pero, por otra parte, si uno como contribuyente debe explicarle al Gobierno qué hace hasta con el último peso propio, sería adecuado que el Gobierno explicara qué hace con los pesos que recauda de nosotros y que sirven para viajes, museos, cumbres y hasta avión (otros 32 millones de dólares) para transporte de dignatarios nacionales y extranjeros. Porque está claro que los chilenos nos dividimos en viajeros y pagadores, pero estos últimos creemos tener derecho, por lo menos, a una explicación.

13.11.96

El Monopolio de los Políticos

Siempre defendí, y creo que con buenas razones de interés nacional, a los senadores designados y vitalicios. Hasta que, como señalé antes, los designados por la Concertación y su único vitalicio desvirtuaron por completo la institución, incorporándose a las bancadas de los partidos oficialistas. Desde ese momento tales senadores, cuya existencia se fundaba en tener voces no partidistas en el Senado, dejaron de tener justificación. Claro que ahora, si se eliminan, el PRSD se quedará sin senadores y Ricardo Lagos deberá buscar un cargo en el extranjero.

Un intelectual de hace medio siglo (creo que el músico Acario Cotapos) proponía “venderles el país a los norteamericanos y comprarnos algo más chico y más cerca de París”. No era sólo una humorada. Hace dos décadas, cuando tampoco, todavía, se había descubierto que los chilenos podíamos ser capaces de crear prosperidad, pues sucesivas crisis nos azotaban, un continuador de Cotapos sugería “arrendarles el país a los japoneses, para así poder nosotros dedicarnos exclusivamente a la política”.

Esta es un quehacer favorito nuestro. Pero no sirve para crear cosas. Al contrario, ha sido empleada para echarlas a perder. Si hemos prosperado en las últimas décadas ha sido porque se ha mantenido separado, en buena medida, el quehacer productivo del político. A éste, el gobierno militar, a través de la privatización, lo excluyó del manejo de empresas claves, de la previsión, de buena parte de la atención de la salud y de la educación superior. Y la Constitución de 1980 dejó a los partidos dedicados casi exclusivamente a la política. Pero tampoco les permitió tener en ella el monopolio del poder. Sin embargo, han venido procurando recuperarlo: el año pasado emprendieron una ofensiva a fondo para dismantelar la Constitución.

Un contrapeso fundamental que les impide ejercer aquel monopolio está representado por los senadores apolíticos o institucionales. Son sólo el 17 por ciento de la Cámara Alta. Los hay en otros países perfectamente democráticos. No son menos excepción al mandato de la mayoría que los quórum de dos

tercios, tres quintos o cuatro séptimos vigentes en nuestra y en otras constituciones, y que nadie discute. Justamente el quórum de dos tercios es, también, 17 puntos porcentuales más que la mayoría absoluta y prevalece sobre ésta. Se exige para dar estabilidad al sistema. Para que la mayoría no pueda hacer cualquier cosa. Son mecanismos que dan certidumbre al futuro.

Pero ahora leemos que los políticos se están reuniendo calladamente, otra vez, para suprimir uno de estos mecanismos estabilizadores, precisamente los senadores institucionales. Si no fuera por éstos, Chile sería hoy muy diferente. Se habría retrotraído la legislación laboral a la de 1973; los impuestos se habrían alzado mucho más, castigando el ahorro y la inversión; se habría modificado el sistema electoral y probablemente ya los partidos estarían metiendo mano en los fondos de pensiones. Pues ellos manejaban la previsión estatal, que estaba quebrada hace un cuarto de siglo y pagaba (y todavía paga) pensiones de hambre a los jubilados.

Sin senadores institucionales, la confianza de los inversionistas chilenos y extranjeros en la estabilidad interna sería sustantivamente menor. Luego, habría menos inversión, menos empleo y menos crecimiento. Nótese que hubo una decidida diferencia en la encuesta a los empresarios del Encuentro Nacional de la Empresa de este año en relación con la del año pasado: ahora la incertidumbre no fue considerada un problema mayor. Es que habían fracasado las reformas constitucionales para restablecer el monopolio partidista, que estaban en pleno debate cuando tuvo lugar el Encuentro de 1995. Pues bien, los partidos están sigilosamente procurando reponerlas.

El peligro vuelve a acechar. No debemos cansarnos de advertir: el destino de Chile es demasiado importante como para ponerlo exclusivamente en manos de los políticos.

20.11.96

¡Por Favor, No Nos Hagan Reír!

El terrorismo tiene una enorme deuda con los gobiernos de la Concertación.

Con todo el respeto que la autoridad me merece, debo pedirle que por favor no practique el humorismo, pues sus titulares carecen de la personalidad apropiada para ese menester. Porque esto de llamar a una cruzada contra el terrorismo no puede ser sino un intento bufonesco de la Concertación. Han perdonado a todos los terroristas que han podido. Han disuelto los organismos de seguridad y han perseguido a funcionarios de los mismos que lucharon contra el terrorismo. Sus diputados invitan a disertar en la Cámara, ¡sobre derechos humanos!, al frentista que encabezó el mayor contrabando de armas terroristas en la historia del país.

No hay ni ha habido más vehementes defensores del FMR que algunos diputados de la Democracia Cristiana. Bajo los gobiernos encabezados por ella el Frente ha hecho y hace prácticamente lo que quiere. Sus tres principales cabecillas (“Salvador”, “Ramiro” y “Chele”) deambulan completamente libres. Tan libres, que “Ramiro”, según los retratos hablados, puede turistar por meses en helicóptero, preparando el rescate de sus colegas. Tan seguros, que la conviviente de “Salvador” fue por meses ¡asesora de Gendarmería! Goza de tantas garantías que su helicóptero puede estacionarse en el aire por dos minutos y medio, entre cinco torretas de gendarmes armados de metralletas, y embarcar a cuatro presos sin ningún problema. Si los gendarmes hubieran, no digo disparado, sino al menos llamado a Carabineros, el helicóptero de éstos habría acudido en un minuto y medio. Pero no. Al Frente no se le puede hacer eso. Claro, a Punta Peuco sí que todo helicóptero tiene prohibición de acercarse.

Un video que identifica al “Chele” y “Ramiro” es ocultado de la justicia, por más de un año, por el Director de Investigaciones, casi único organismo que queda para enfrentar al terrorismo.

¿Por qué Gladys Marín, la más alta dirigente del Partido Comunista, que organizó el FMR, va a visitar al detenido (por retener ese video, y luego liberado y confirmado) Director de Investigaciones? ¿Porque uno de los nombres de este

último es Lenin? La jefa del partido que fundó el FMR hace una visita de cortesía al principal encargado de combatirlo. En Investigaciones pasan a retiro al funcionario más hábil en la persecución del terrorismo, que dio a conocer el citado video, que de otro modo habría permanecido oculto. ¡No nos hagan reír!

Están penetrados por todas partes. Están psicológicamente entregados. Hacen lo que el Frente y sus organismos de fachada dicen. El Gobierno logra sacar adelante un proyecto para castigar al funcionario policial que detenga a un sospechoso que rehúse identificarse; y al policía que infiera algún “sufrimiento mental” en el interrogatorio a un detenido. Flavia, vocera del Frente, declara: “Hay un impresionante tráfico de armas”. Por supuesto, los policías pueden ser condenados por detener o infligir “sufrimiento mental” a quienes las trasladan. Y algunas lo han sido bajo la protección de Investigaciones, revela una investigación judicial.

En la Cárcel de Alta Seguridad los gendarmes se quejan de los malos tratos de los frentistas presos y de las amenazas de muerte a ellos y sus familias. Pues el FMR tiene su propia “justicia”. Su abogado lo anuncia, seguro y arrogante: “El Frente va a tomar la justicia en sus manos y va a hacerla”.

Hoy el Frente manda en Chile. Lo demás es pura bufonada.

08.01.97

Retorno a la Partitocracia

Yo no había votado por Eduardo II, pero su discurso inaugural, y luego el de su ministro Aninat, me hicieron concebir esperanzas de un buen gobierno. No hubo tal. Los partidos tomaron, una vez más, el control. Y así le fue a Frei...

El discurso presidencial inaugural de 1994 reafirmó la autoridad del Ejecutivo. Parecía que el Presidente estaba al mando. Ofrecía la quintaesencia de lo que el país más necesita: estabilidad.

Luego vino el de Aninat, por expresa delegación presidencial, a mediados del mismo año, exponiendo como propósito fundamental la solución de los problemas reales: salud, educación, vivienda, infraestructura. Excelente. Pero después, ¡sorpresa!, el Gobierno se dedicó a otra cosa: a la política, a reformas constitucionales que deseaban los partidos, pero no la gente. En las encuestas, apenas el dos por ciento menciona ese tema; el 98 por ciento restante menciona los problemas reales. Frei, sin embargo, obedeció a los partidos y optó por el dos por ciento.

Se consumió un año de debate político estéril, sin avances modernizadores. La Concertación detuvo los pocos intentos que hubo de hacerlos. Por fortuna fracasaron las reformas políticas y el Gobierno pareció haber aprendido algo, al menos en las palabras. Dijo que no era oportuno insistir en ellas y volvió a hablar de una “agenda para el desarrollo”. Otra vez hacía como si mandara. Pero a corto andar los partidos dijeron otra cosa. Es decir, la misma cosa: reformas políticas. Y ahora, en Temuco, Frei de nuevo obedece. Abandona otra vez los problemas reales y vuelve al debate estéril. Busca suprimir los senadores institucionales. “Queremos un Congreso completamente elegido por el pueblo, ¡eso es democracia!” ¡Las cosas que deben tragarse algunos compatriotas nuestros! ¿Qué democracia? ¿Qué participación tiene la gente en la gestación de los nombres de “los otros” senadores, supuestamente elegidos? Ninguna. ¿O a usted alguien le ha preguntado alguna vez a quién desearía como candidato a senador? No.

Se enterará de los nombres por los diarios. Las cúpulas de los partidos los designan entre cuatro paredes. Usted sólo puede votar por los que ellas dicen. El monopolio le vende a usted lo que él quiere.

No hay nada más contrario a la libertad y a la democracia que un monopolio político obligatorio. Porque, además, a usted lo obligan a votar. No tiene libertad ni siquiera para decidir no hacerlo. Y otro anuncio “democratizador”: usted ahora deberá pagar más impuestos para financiar las campañas electorales del monopolio.

A usted no lo consultan, lo obligan a votar por los que ellos dicen y, encima, le cobran. Peor aún, se ríen de usted, porque junto con todo eso le dicen: “¡Eso es democracia!” Yo, de lejos, prefiero que haya al menos nueve o 10 senadores institucionales que rompan el monopolio. Desde luego, no hacen campañas que uno tenga que pagar. Y ellos, por lo menos, “le han ganado a alguien”: han sido presidentes de la República, ministros de Estado o de la Corte Suprema, comandantes en jefe, contralores o rectores universitarios.

Pero a las cúpulas partidistas no les basta con designar a los otros 38 senadores y a todos los 120 diputados. No les basta con manejar al Presidente, como lo están haciendo. Quieren todo el poder. Eso se llama “perfeccionar la partidocracia”, no la democracia.

Se inicia, por consiguiente, otra batalla de la Concertación por reeditar el país de 1973; el país soberanamente manejado por los políticos; el país que ellos, aprobando una “reforma democratizadora” tras otra, hasta conseguir el poder total, dejaron sumido en el caos total.

29.01.97

Mil Páginas Esenciales

Todas las citas que siguen son sorprendentes y aleccionadoras.

Hace ocho años un escritor e historiador norteamericano, James Whelan, me envió los originales de su obra “Desde las Cenizas. Vida, Muerte y Transfiguración de la Democracia en Chile, 1833-1988”. Me pedía con urgencia cinco líneas de comentario para incluirlas en la portada de la edición a punto de entrar en prensa. Lógicamente, apenas pude hacerle una revisión rápida.

Cuatro años después me solicitó presentar la edición chilena. Debí confesar que todavía no había leído las mil y tantas páginas con calma.

Entonces me puse a hacerlo, pero mis obligaciones habituales me impidieron superar las 200 antes de la presentación. Repasé diagonalmente el resto. Y lo que leí me convenció de que, como chileno supuestamente informado, debía terminar esa obra, sin prisa. Sin embargo, pasaron otros tres años y no lo hice. Parece que el grosor del texto me amedrentaba.

Pero ahora la estoy leyendo con calma y tomando notas. Apenas he pasado de la mitad y no termino de recriminarme. ¿Cómo pude no leerla antes? ¡Haciéndolo, he descubierto que hasta a mí, que he hecho un oficio del pensar por mi propia cuenta (con todos los peligros que ello, según quienes me conocen, envuelve), he sido objeto de un completo lavado cerebral en estos años! Todo está allí comprobado y documentado. Voy en que el 11 de septiembre de 1973 acaba de tener lugar. Y ya me he repetido muchas veces: ¡Qué manera de haber hombres y mujeres públicos, vivos o difuntos, que han eludido tantas y tan graves responsabilidades históricas!

¡Qué manera de haber en el país gente que se ha lavado las manos y dado vuelta la chaqueta! Lo peor es que no hemos aprendido mucho. Pruebas: bajo otro Presidente Frei, en los 60, el Secretario General comunista, refiriéndose a la DC, aconsejaba: “¡Empújenlos!, ¡empújenlos! Hasta que sus medidas sean nuestras medidas”. Eso sigue igual.

Don Patricio Aylwin, al “Washington Post” del 26 de agosto de 1973: “Entre una dictadura marxista y una dictadura de nuestros militares, yo elegiría la segunda”. El mal menor. Lo malo fue que después pidió perdón a los marxistas y persiguió a los militares.

La Payita, a “Bohemia”, de Cuba, relatando cómo Allende, el 11 de septiembre de 1973, encabezó la destrucción de los bustos de los Presidentes de Chile en La Moneda (“esos viejos reaccionarios”). Se salvaron sólo, por orden suya, los de Aguirre Cerda y Balmaceda. Hace poco pusieron el de él...

El Cardenal Silva Henríquez, en pleno 1973: “Tratar de lograr las profundas transformaciones que Latinoamérica necesita ahora, con la convicción de que no ha de haber ninguna violencia, parece ilusorio...”. Pedía a los católicos guardarse “de identificar promoción de la paz con indiferencia o con tibieza de compromiso”. Sin comentarios.

Allende, ante almirantes Montero, Merino y Huidobro, durante una reunión nocturna tormentosa: “Lo que ustedes descubrieron en Valparaíso (el complot socialista) es sólo la décima parte de lo que los comunistas y los miristas están haciendo... Yo he declarado la guerra contra la Armada”. In vino veritas.

En el país de los cerebros lavados, la lectura reflexiva de esta obra debería ser obligatoria. Desde luego, en este acto me tomo la atribución de declararla material complementario de esta columna para todos los feligreses de la misma, tanto los que concuerdan conmigo, para reforzar sus laudables puntos de vista, como los discrepantes, para ver cómo se las ingenian para persistir en tan peregrina disposición.

12.02.97

Una Gran Nación de Hermanos

Lagos también se lleva repitiendo que somos “un país pequeño”. Irritante y falso. Sea como fuere, una cosa nos une.

¿Por qué tenía que ir a decir Frei, llegando a Estados Unidos, que somos un “país pequeño”? De nuevo el pequeñismo, “esa cosa chilena”. ¡Si éste es un gran país! Es de mayor tamaño que todos los de Europa, excepto Rusia. Cuando el Presidente francés o el Primer Ministro inglés van a Norteamérica, no llegan pidiendo perdón por venir de “un país pequeño”.

¿Que Francia e Inglaterra tienen más población que Chile? Bueno, pero nosotros somos quince millones de tipos fantásticos. ¿No leyeron la historia del tren que chocaron al sur de Valdivia? El “rápido” de Puerto Varas (a veces hasta sobrepasa los 40 kilómetros por hora) sufrió un desperfecto.

Entonces mandaron una locomotora a remolcarlo. Pero ésta embistió al convoy detenido, dejando heridas graves a seis personas y destruyendo 200 metros de vía. ¿No somos fantásticos?

Y díganme si no lo es también ese artista premiado en el Festival de Viña del Mar y que llamó, sin embargo, a todos los intérpretes y autores nacionales a no participar más en el mismo certamen. Sólo en Estados Unidos hubo un tipo igualmente fantástico, Groucho Marx, cuando proclamó que no desearía pertenecer a ningún club que lo admitiera a él como socio.

Gran país, tricontinental (con posesiones en Oceanía, Antártica y América) y trioceánico (el Pacífico, el Atlántico y el Glacial-Antártico bañan nuestras costas). ¿Cuántas naciones pueden decir lo mismo? Y, además, unido. Descubrí en estos días lo que nos une por sobre toda diferencia: carabineros en la ruta.

Nunca he recibido mayores manifestaciones de adhesión que tras haber descrito cómo me pasaron un parte injusto. Cartas de personas que, dicen, me han odiado siempre, pero ahora están de acuerdo conmigo y comienzan a quererme. Otros se

me acercan y me cuentan sus experiencias. Una: mientras pasan partes a gente común por ir a 102 kilómetros por hora, caravanas gubernativas o parlamentarias (a una la siguió el testigo para comprobar la velocidad), van a 170 kilómetros por hora, pasando como bólidos por zonas de restricción y ante los retenes.

Otros me expresan su admiración “por no haberme sacado el parte”. Portaliano ejemplar, me dicen. Nunca “me he sacado” un parte. Un par de veces otras personas lo han hecho por mí, pese a haberme opuesto a ello (aunque con poca energía, lo confieso).

Y esa tremenda solidaridad fraterna en los caminos: casi todos los autos le avisan a uno con las luces del peligro policial. Resulta conmovedora. Nos hermana en la adversidad. De modo que viajé contento, el jueves, a recuperar mi carnet confiscado y pagar el parte al pueblo donde veraneaba cuando aconteció el luctuoso suceso y en cuyo juzgado tramité el exhorto. Pero no me admitieron dinero efectivo, como lo manda la ley. La “cosa chilena”: me exigieron un vale vista. Y luego, más “cosa chilena”: los bancos de ese pueblo no emitían vales-vista.

Tuve que viajar a otro, distante 36 kilómetros. Allí, por tercera vez, la “cosa chilena”: “Si va a pagar con cheque, tiene que ser de este banco”. Pero causé la frustración funcionaria: yo llevaba efectivo.

Cuando, 72 kilómetros después, estuve de vuelta en el primer pueblo, el juzgado había cerrado. Esperé hasta la tarde. Al final, perdí casi todo el día. No importa. Ahora Chile me ama. Y en el camino estábamos conmovedoramente unidos. Entonces grité dentro del auto, a todo pulmón: “¡Chilenas y chilenos todos: somos una gran nación de hermanos!”.

26.02.97

Aylwin versus Aylwin

La siguiente columna está dedicada a un chileno que, tal vez, fue el más distinto de todos “antes” que “después”.

En las pasadas 24 horas han sido tantos los requerimientos de personas que se han sentido ultrajadas por las recientes expresiones de don Patricio Alywin en “Excelsior” de México, pidiéndome refutarlas, que he recurrido para hacerlo al mejor testimonio en contrario: el de don Patricio Aylwin.

Como presidente del PDC y en el diario “La Prensa” de Santiago, el 19 de octubre de 1973 se explayó sobre las mismas materias que el sábado abordó en “Excelsior”.

Hoy señala que “se equivocó de medio a medio en 1973 al avalar a los militares chilenos”. Ayer, en “La Prensa”, expresaba sus razones para avalarlos: “La verdad es que la acción de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros no vino a ser sino una medida preventiva que se anticipó a un autogolpe de Estado que, con la ayuda de las milicias armadas con enorme poder militar de que disponía el Gobierno y con la colaboración de no menos de diez mil extranjeros que había en este país, pretendían o habrían consumado una dictadura comunista. Por eso, cuando se produjo el Pronunciamiento Militar y se formó la Junta Militar de Gobierno, nosotros los democratacristianos habríamos faltado a la verdad y habríamos sido inconsecuentes si no hubiéramos reconocido que la responsabilidad fundamental de lo ocurrido proviene de la acción del Gobierno de la Unidad Popular y que las Fuerzas Armadas no buscaron esto, sino que actuaron por patriotismo, con un sentido de responsabilidad frente al destino histórico de Chile...”

Aylwin, hoy, en “Excelsior”: “No dudaría un segundo en sentar en el banquillo de los acusados al general Pinochet, por todos los crímenes que se cometieron... Se comprobó la existencia de más de tres mil personas muertas y desaparecidas, que fueron asesinadas por agentes del Estado dictatorial”.

Ayer, en “La Prensa” del 19 de octubre de 1973 (justamente en las cinco semanas anteriores se había producido gran parte de las casi tres mil muertes), don Patricio explicaba: “La situación de estos días, que creo está por terminarse, es del período que pudiéramos llamar de guerra; el período en que la Junta Militar ha tenido que tomar el poder, deshacer los grupos armados, sofocar la resistencia de ciertos sectores. Es muy fácil convertirse en juez de otros que están peleando, mientras uno está cómodamente sentado en el escritorio. Yo no me siento con autoridad moral para juzgar si han sido excesivos o no, porque lo cierto es que los militares han tenido muchas bajas y han recibido la acción”.

El sempiterno “antes y después”. “Antes”, él tenía miedo; vaya si lo tenía. Lo expresaba así: “Creo, además, que el poder bélico que tenía la Unidad Popular no ha sido sino en parte revelado y cuando el mundo lo conozca, se va a formar conciencia de que realmente se estaba preparando una toma total del poder por los comunistas por la vía armada, con una revolución sangrienta en que habrían descabezado a todos los mandos de las Fuerzas Armadas y a todos los directivos y equipos directivos, no sólo nacionales sino que provinciales y medianos, de los partidos democráticos”.

“Después”, conjurado el peligro, don Patricio ya no necesita a los generales. Ganada la batalla, hasta él puede ser general. Entonces, nada más fácil que lanzar al basurero de la historia a quienes, en su momento, arriesgaron el cuello para salvarlo.

Será la propia historia la que dará un nombre a su actitud.

02.04.97

Preguntas de un Ingenuo

Creo haber sido el único en argumentar que cambiar los senadores designados por un quórum especial no modificaba nada en cuanto a la credencial “democrática” del mecanismo.

En política, al menos, confieso no ser ingenuo. Pero me he puesto en el lugar de un ciudadano que lo sea. Frente al proyecto que han acordado los diputados de Renovación Nacional con los de la Concertación para suprimir a los senadores designados, él sin duda preguntaría: “¿Por qué un acuerdo con la Concertación, su adversaria, creando una crisis con la UDI, su aliada?”

Una posible respuesta podría ser: “En nombre de la democracia, pues ésta exige que todos los senadores sean elegidos por la mayoría ciudadana; y, además, porque los futuros designados podrían ser, en general, proclives a la Concertación”.

Pero el ciudadano, si bien ingenuo, no tiene por qué ser tonto. De modo que insistiría: “Pero, primero, el proyecto aumenta a 3/5 el quórum para modificar leyes orgánicas; eso es lo mismo que desconocer la voluntad democrática mayoritaria, porque con ese quórum la minoría vence a la mayoría. Por ejemplo, 16 senadores derrotarán a 22. Al menos los actuales designados provienen de carreras de servicio público distinguidas. En cambio, la diferencia de quórum surge de la nada, de una ficción”.

Una posible defensa de los diputados de Renovación Nacional podría ser: “Pero es que, pese a ello, todos los senadores serían elegidos”. Sin embargo, el ciudadano ingenuo replicaría: “No: cuando la minoría derrota a la mayoría, la diferencia arbitraria que permite el triunfo a la primera no ha sido elegida por nadie. Es, simplemente, un conjunto de fantasmas 'designados' que, sin acreditar merecimiento alguno, derrotan a la mayoría”.

Ello obligaría a los defensores del proyecto deberían cambiar de flanco defensivo: “Bien: pero es que si se mantiene el texto actual, los futuros

designados serían mayoritariamente favorables a la Concertación”. El ciudadano ingenuo replicaría, obviamente: “Eso no es así. Pero aun si lo fuera, el proyecto, al admitir a los ex presidentes como senadores, incluyendo a don Patricio, brindará dos senadores a la Concertación, frente al solo general Pinochet, a partir del 2000”.

Hasta aquí debe llegar el debate, pues al autor de estas líneas ya no se le ocurre cómo defender el proyecto de los diputados de RN. Siendo claro que no busca preservar la democracia ni evitar una mayoría concertacionista en el Senado, ¿qué podría buscar, entonces? El ciudadano ingenuo no acierta a imaginárselo.

Los menos ingenuos podemos arriesgar explicaciones: una, restablecer el monopolio de los partidos en el Poder Legislativo, pues los senadores institucionales son independientes y apolíticos, de modo que los partidos no pueden mandarlos; otra, abrir paso a más cupos para dirigentes o diputados que están viendo frustradas sus ambiciones senatoriales; otra más: debilitar el papel de las Fuerzas Armadas y Carabineros como garantes de la institucionalidad. Los cuatro senadores que provienen del seno de aquéllas son parte fundamental de ese papel.

¿Qué puede haber movido a los diputados de RN a votar por ese debilitamiento del papel constitucional de los uniformados? No la experiencia histórica, que aconsejaría preservarlo; ni, desde luego, el agradecimiento. ¿Por qué este intento de menoscabar un rasgo esencial del legado institucional del gobierno militar?

Como muchas actuaciones políticas, tampoco ésta de los diputados de RN tiene una explicación racional.

23.04.97

Mejor Siga Leyendo

No oculté mi desilusión con el gobierno de Frei Ruiz-Tagle, por quien sigo teniendo aprecio personal. Pero mis críticas fueron crecientemente fuertes y nuestro común amigo Jaime Celedón me contó que el Presidente había dejado de leer mis columnas.

Probablemente cuando usted este leyendo estas líneas el Presidente Frei estará, a su vez, leyendo su mensaje anual a la nación. Mi consejo es que usted siga en lo primero. No creo que el mensaje traiga novedades. Este gobierno no está para grandes cosas. Se ha enredado en temas políticos que no interesan a nadie, salvo a los políticos, o en otros triviales y hasta risibles, como esa reforma para hacer que allí donde la Constitución dice “el hombre”, diga “el hombre y la mujer”.

Esto último puede ser todavía más divertido, porque seguramente en numerosas leyes se habla de “el hombre” en el sentido natural y obvio de la palabra, que es el de la primera acepción de la misma en el diccionario de la real academia: “ser animado racional. Bajo esta acepción se comprende todo el género humano”. Entonces, a raíz de la reforma, van a tener que formar una comisión de alto nivel para descubrir en que otras leyes se dice “hombre”, a fin de añadir “mujer”. Pues de otro modo cabría interpretar dichas disposiciones, a raíz de la genial reforma, como solo aplicables a los varones.

Claro, peor sería que, en lugar de dedicarse a pequeñas barbaridades, el gobierno estuviera impulsando otras mayores. Es casi preferible que siga dedicado a lo trivial. Pero no quiero tampoco ser injusto: excepcionalmente, introduce una que otra innovación plausible, si bien se cuida de ejecutarla mal. Por ejemplo, alivio al país, aunque a enorme costo, de la sangría crónica del carbón de Lota (quedan otras, por cierto). Pero los mineros lo amenazaron y le extrajeron mil 400 millones de pesos más de lo inicialmente ofrecido, que ya era generoso. De modo que, como era de esperarse, todos ahora lo amenazan. Los despedidos en años anteriores en el carbón también anuncian viaje a Santiago a hacer desórdenes, trayendo a sus mujeres e hijos, fórmula probada. La gente no es tonta.

Pero hagamos nuevos esfuerzos por no ser injustos: también el gobierno intenta otras cosas buenas. Por ejemplo, avanzar en las privatizaciones. Claro que, ¿cuántos años lleva anunciando la de las sanitarias? Y nada. Anuncia, también, tibios intentos privatizadores en ENAP, ENAMI y CODELCO. Pero los funcionarios se han alzado en protesta y lo amenazan. Será igual que con las sanitarias. En otros países de la región se privatiza aceleradamente. Nos vamos quedando atrás. La empresa petrolera privatizada argentina YPF está entrando en Chile. Si se hubiera privatizado ENAP a tiempo, seguramente sería ella la que estaría entrando en Argentina. O tal vez habría adquirido YPF. El privatizado puerto de Buenos Aires es tanto más competitivo que el burocratizado Valparaíso. A los mendocinos les resulta más a cuenta embarcar desde allá que desde acá mercaderías a puertos del otro lado del Pacífico.

Si, todo podría ser peor, pero también, como decía un caballero boliviano citado periódicamente en esta columna, todo pudo ser mejor: tras el discurso inaugural de Frei y, luego, el de Aninat, que sentó las bases programáticas iniciales, en 1994, casi era para creer en un buen gobierno.

Pero, como todos sabemos, el mismo Frei se olvidó después de ambos discursos. Incluso echó a Genaro, que, según se ha revelado ex post, personificaba el énfasis en las cosas anunciadas en 1994 y que son las que interesan a la gente, por sobre las que interesan a los políticos. Pero ese ya fue tema de otra columna.

21.05.97

Fecha Dolorosa

La pena expresada en la columna que sigue no fue justificada: al final toda China se contagió con Hong Kong.

Para los “adoradores del mercado”, como nos llama en su artículo de ayer en este diario el ministro de Hacienda, la fecha ha sido triste: hemos debido entregar Hong Kong, la cereza de nuestra torta. Y nada menos que a los comunistas.

Allí los ingleses aplicaron las recetas que no respetaron en su propio país: bajos impuestos, cero aranceles, estado pequeño y no intervencionista, libertad económica máxima y un estatuto de derechos personales garantizado por autoridades designadas por la corona. “British humour”: ésta llamó a última hora a elecciones, cuando estaba por entregar la colonia.

Por supuesto, Hong Kong prosperó más que su dueña británica. Los modestos chinos y otros asiáticos, hacinados en apenas mil kilómetros cuadrados, gracias al “libre mercado de verdad” tienen hoy un ingreso por habitante superior al del Reino Unido. Y están siempre abiertos a acoger a inmigrantes de todas partes: vietnamitas, filipinos y chinos del continente han acudido en masa allí a encontrar un mejor destino.

Por mi parte, llegué por primera vez a Hong Kong en 1968, solo, en peregrinaje ideológico, probablemente para adorar el libre mercado. Fue un vuelo tormentoso. Mi vecino de asiento, un sacerdote norteamericano de la Holy Cross, condiscípulo en el seminario del father D'Autremont, profesor mío en el Saint George's, me tranquilizó diciéndome que si el avión se venía abajo de todas maneras encontraría tiempo para darme los últimos sacramentos.

Agotado y en medio de la lluvia me registré, cerca de la medianoche, en el modesto “Hotel de la Luna de Agosto”, en Kowloon, la parte continental, más barata que la isla Victoria. En ese tiempo el dólar tenía un precio astronómico para los chilenos. Pero unos puntitos negros que pululaban por las sábanas me

sacaban sangre con notable habilidad y no me dejaban dormir. Mas no lograron debilitar mi fe libremercadista. Al día siguiente resolví que era preferible entregar mi sangre a la cadena Hilton, en la isla, a cambio de dormir bien.

En este hotel un sastre chino me persiguió hasta lograr hacerme un traje a medida, en el día, a un precio inferior, dólar caro y todo, al de la ropa hecha en Santiago. Subcontrataba, me contó, las distintas partes de la prenda en la mañana, las mandaba buscar en motoneta y las cosía en la tarde. Mi fe en el mercado se volvió a fortalecer.

Recorrí en un sampán la masa flotante de “gente de los botes”, recién llegados del gigantesco “paraíso comunista” al pequeño enclave capitalista. Este todavía no podía darles un lugar en tierra. La “gente de los botes” me pedía insistentemente “half-a-dollar”. Yo me esforzaba por transmitirles la idea de que era tan subdesarrollado como ellos. Luego atravesé en auto, por un túnel privado —yo iba, naturalmente, al borde del éxtasis— las aguas de la bahía.

Salí de Hong Kong más “adorador del mercado” de lo que había llegado. Poco después comencé a transmitir acá mi entusiasmo por radio, dos veces al día; escribía en este diario y en algunas revistas, unas de las cuales el mercado, estricto, pero no cruel, como dice don Patricio, hizo desaparecer. Y vi llegar mucho del libre mercado, y parte de sus frutos. Debería estar contento. Pero más lo estaría si no nos hubieran quitado Hong Kong para entregarlo, “of all people”, precisamente a “ellos”.

02.07.97

El Último Baluarte

Por cosas como las escritas a continuación, algunos me tildan de ultraconservador...

Cuando los de mi edad estábamos en preparatorias (ahora se llaman “enseñanza básica”; una “reforma educacional” les cambió el nombre) nuestros libros de lectura castellana eran editados por sacerdotes españoles, que se ocultaban tras iniciales como “F.T.D.”. Estaban llenos de relatos edificantes sobre conductas abnegadas de niños que tenían nombres como el de “Tarsicio”. Yo, por entonces, decía algunas mentiras que Tarsicio jamás habría dicho, y por eso me sentía muy mal y mentía menos.

Estudiábamos matemáticas en los libros de un profesor alemán de apellido Pröschle, atiborrados de problemas que tratábamos de resolver a la luz de las velas en invierno, porque los primeros gobiernos de izquierda, que poco antes habían llegado al poder, habían congelado las tarifas eléctricas y se había dejado de invertir en la red, lo que obligaba a racionar la luz.

También aprendíamos cosas en inglés: “Natural Science”, “Geography” y “Modern English”, en unos textos norteamericanos empastados y enormes. Los recibíamos usados y algo rayados por sus anteriores usuarios norteamericanos. Conservo algunos.

Hoy los textos han cambiado. El Centro de Estudios Públicos ha publicado una investigación (“El Futuro en Riesgo”) sobre los actuales, todos nacionales. No salen bien parados. Las nuevas generaciones leen menos, resuelven menos problemas, se esfuerzan menos y saben menos.

Es que, en general, parece que antes la vida era una cosa bastante más seria. La moral era más rigurosa. Las conductas licenciosas recibían una sanción social y quienes incurrían en ellas pagaban un costo. Ser “una persona honorable” era muy importante para nuestros mayores. Hoy parece que no lo fuera tanto. “Pillines” y “vivos” son más admirados.

El matrimonio era un paso que se daba con cuidado, porque era para toda la vida. Como consecuencia, los de mi generación seguimos, con muy pocas excepciones, casados con la misma mujer. Algunos, en confianza, hacen saber las penurias que les impone el proceso. Pero no se quejan: fueron educados para asumir su responsabilidad y, en el fondo, están orgullosos de haber preservado el hogar. Supongo que sus mujeres también. Pero en posteriores generaciones ya no es así. Ahora la mayoría de la Cámara acaba de facilitar más todavía la disolución del vínculo.

El sábado ante la pantalla recordaba, a propósito de lo mismo, a la Casa Real británica de antes: cuando un monarca quiso casarse con una divorciada debió abandonar el trono. Hoy parece que esas y otras tradiciones británicas se desmoronan. Tras un poco de vocerío populista, el Palacio de Buckingham debió izar su bandera a media asta, abandonando una regla cuyo origen se perdía en el tiempo. Durante el sepelio que afectó a la Casa Real, un joven deudo se permitió criticar desde el púlpito la estrictez de la educación de la monarquía: los aplausos con que fueron recibidas sus palabras en las calles adyacentes a Westminster se extendieron al interior del templo, donde jamás se debe aplaudir, y ¡hasta el Príncipe Carlos terminó batiendo palmas! Lo que demuestra que su propia educación no fue suficientemente estricta. Pero, al menos, Isabel, el último baluarte de la seriedad y la decencia, se abstuvo de aplaudir. Todo un símbolo.

Sería como lo último que nos va quedando.

10.09.97

Un Consuelo Para el Gobierno

La UDI no se aproximó a la Concertación y le fue muy bien en las elecciones de 1997.

¿Cómo no sentir satisfacción ante el hecho de que en nueve de 10 circunscripciones senatoriales los candidatos opuestos a las reformas constitucionales y comprometidos con la estabilidad política, estandarte que tanto ha defendido esta columna, triunfaran o superaran a sus compañeros de lista inclinados a apoyar aquellas reformas?

Ha sido una gran victoria para los postulados que han permitido cambiar tanto, y para bien, al país. Es decidor que el único partido político comprometido con la estabilidad institucional aumentara su votación en relación a las elecciones de 1993. En cambio, las colectividades que promovieron o apoyaron las reformas desestabilizadoras disminuyeron su votación: el PDC en más de 500 mil votos; el eje PS-PPD en 225 mil, y RN en 144 mil.

El Presidente Frei, que encabezó una inusitada y activa campaña electoral llamando a votar por la Concertación, recibió como respuesta ciudadana una disminución de 860 mil votos en el caudal de ese conglomerado. Ricardo Lagos, que hizo también activa campaña en favor del eje PS-PPD, debió resignarse a que éste perdiera 255 mil electores. Su público apoyo en la VI Región a Anselmo Sule, quien a su vez lo había proclamado candidato presidencial, no fue óbice para que éste fuera derrotado.

El Gobierno había dicho que el pueblo castigaría a quienes se oponían a las reformas constitucionales, pero el pueblo premió a estos últimos y lo castigó a él. En efecto, la ciudadanía brindó su apoyo electoral a caracterizados adversarios de las reformas, como el general Stange, ex miembro de la Junta de Gobierno, y Sergio Fernández, ministro del Interior del Gobierno militar. Ambos fueron elegidos senadores, y el segundo en una región tradicional y marcadamente izquierdista. Ambos desplazaron a sendos candidatos socialistas.

El parlamentario más caracterizado por su defensa del ex Presidente Pinochet, Iván Moreira, obtuvo la primera mayoría en un distrito reconocido como de izquierda, La Cisterna. Allí no resultó elegida, en cambio, la candidata socialista, otrora activa parlamentaria de la UP, Carmen Lazo.

Otro destacado partidario del régimen militar, Maximiano Errázuriz, ex miembro de una comisión legislativa de la Junta de Gobierno, obtuvo la primera mayoría en La Pintana, comuna pobre y también supuestamente izquierdista. Errázuriz superó en votos a Isabel Allende, hija del ex Presidente marxista.

La Concertación culpa al sistema binominal de sus derrotas, pero éste le permitió tener acceso al 58 por ciento de los escaños de diputados y al 55 por ciento de los de senadores con tan sólo el 50 por ciento de los sufragios populares. Y sus 860 mil votos menos no son, ciertamente, culpa del sistema binominal.

Pero las amarguras electorales del régimen tienen sus compensaciones: el Presidente y su comitiva se consolaron emprendiendo durante el fin de semana otro viaje al exterior, estrenando de paso el nuevo avión presidencial de 15 mil millones de pesos, suma suficiente para dar un buen bono a las pensiones mínimas. Durante la campaña el Presidente había defendido los impuestos vigentes, arguyendo que servían para ayudar a los pobres. Sin duda un concepto amplio y flexible de pobreza.

17.12.97

La Tribu de los que Pierden Plata

Una píldora para la memoria.

Estando yo recién recibido de abogado apareció en mi oficina un vendedor de libros. Yo era entonces, como diría García Márquez, joven e indocumentado (algunos dicen que actualmente soy sólo lo segundo), y no sabía lo peligrosa que podía ser esa visita. Pese a rechazar sus ofertas iniciales de colecciones de lujo capaces de comprometer mis ingresos de un año, y pese a irlo conduciendo cortésmente hacia la puerta, él seguía formulándome ofertas cada vez más tentadoras. Cuando ya casi lo tenía afuera, me hizo una que no pude rechazar: 50 libros empastados, en un precio ridículo, a tres años plazo. Era uruguayo y me contó que había aprendido en los Estados Unidos a no salir de ninguna parte sin haber vendido algo.

Aún no he leído todos esos libros, pero entre los que leí hallé algunos notables. El primero, especialmente. Es una novela (aún la conservo) titulada “La Tribu que Perdió la Cabeza”, del inglés Nicholas Monsarrat. Revelaba las peripecias de una isla imaginaria (Phamaula) bajo dominio británico, en la cual unos tribeños revolucionarios derrocaban al gobernador y se hacían del poder, perpetrando toda suerte de barbaridades, con las peores consecuencias para sus habitantes. Monsarrat nunca llegó a ser famoso, porque no era izquierdista.

A mediados de la década de 1960 comenzaron a suceder en Chile cosas parecidas a las de Phamaula, por lo que tuve ocasión de recordar muchos episodios de la novela, hasta septiembre de 1973.

Ahora el ministro del Trabajo, Jorge Arrate, ha hecho propicia la oportunidad para recordármela de nuevo, al aludir al empresariado nacional como “la tribu de los ganadores de plata”. Dicho ministro perteneció, precisamente, a la tribu opuesta, la de los “perdedores de plata”, que gobernó a Chile durante mil días.

Recuerdo que en 1972 dicha tribu gobernante, que se autodenominaba “de la Unidad Popular”, decretó la cancelación de la personalidad jurídica de la

Sociedad de Fomento Fabril, seguramente por considerarla un antro de “ganadores de plata”. Pero la Contraloría rechazó el decreto.

“La tribu de los perdedores de plata” había concretado, a julio de 1973, las siguientes misiones que honraban su nombre: el poder adquisitivo de las remuneraciones había perdido 36 por ciento en un año; la producción agrícola había disminuido 22 por ciento; el déficit fiscal era del 55 por ciento del gasto total y equivalía a una cuarta parte del valor del producto interno; las reservas de divisas se habían perdido casi totalmente: de 395 millones de dólares en 1970 se habían reducido a apenas tres millones, y alcanzaban para pagar dos días de importaciones de alimentos.

El presidente del PDC, Patricio Aylwin, decía el 11 de julio de 1973: “Los acontecimientos de los últimos días han puesto de relieve, con brutal certeza, a qué extremos angustiosos ha llegado la crisis integral de Chile”.

El Episcopado declaraba, el 26 de julio de 1973: “Chile parece un país azotado por la guerra... Nos duele ver las largas colas de chilenos delante de los negocios, y millones de horas se pierden cada semana, sufriendo la humillación de vivir en tales situaciones...”

Tal vez sea mejor soportar que los negocios sigan en manos de “la tribu de los ganadores de plata”.

24.12.97

Abrazo-País

Cuando a Frei le correspondió designar senadores institucionales, la mayoría de ellos adscribió a bancadas de partidos políticos, desvirtuándose la institución, cuyo mérito residía en ser apolítica. En tales condiciones, como he dicho en páginas anteriores, no estimo ahora, siete años después, justificado seguirla manteniendo.

Uno de los rasgos históricos más característicos de los chilenos consiste en, cada cierto tiempo, echarlo todo a perder. Siempre ha habido entre nosotros una mayoría inclinada a destruir lo que se ha logrado con esfuerzo. Alguna vez achaqué ese defecto al legado de Michimalonco, nuestro antepasado indígena, especializado en arrasar las ciudades levantadas por los españoles.

Hay lectores que estiman de mal gusto citarse a uno mismo, pero me veo obligado a reincidir en ello: se cumplen 10 años desde que escribí un libro (“Sí o No”) en el cual señalaba que la Constitución de 1980 contenía los antídotos precisos para superar aquel prurito destructivo.

Añadí allí que mientras los uniformados cumplieran su misión de respetar y hacer respetar la Carta, Chile podría reeditar los mejores períodos de estabilidad y prosperidad de nuestra historia. Y así ha sucedido: el ministro Aninat habla de un “cuatrienio de oro”, pero bien podemos aludir a un “decenio de oro”.

Precisamente hoy llegamos al final del mismo, al extinguirse otro año en el cual han sido frustrados los esfuerzos de la Concertación por echarlo todo a perder: en 1997 se han rechazado, una vez más, las tentativas por derogar los esenciales contrapesos al poder de los partidos políticos que contempla la Constitución y por alterar profundamente las normas que rigen las actividades productivas, restringiendo incluso el ejercicio del derecho de propiedad sobre las empresas, como lo pretende la reforma laboral que rechazó el Senado hace algunos días.

Contra todos los pronósticos, los chilenos parecemos a punto de terminar el siglo sin matar la gallina de los huevos de oro. Increíble. Hasta ese otro defecto

autóctono que tantas veces he criticado, el de no hacerme casi nunca el menor caso, parece retroceder: en las elecciones parlamentarias recientes los candidatos más comprometidos con la estabilidad institucional que esta columna siempre ha defendido fueron sistemáticamente preferidos por el electorado, en relación a los que parecían dispuestos a abrir paso a las reformas propiciadas por la Concertación.

Y el pivote fundamental de esa estabilidad, los senadores institucionales, siguen ahí. En 1990 nadie les auguraba siquiera un año de existencia, tanto que la Concertación no se preocupó de la norma que hoy margina a don Patricio de la senaduría vitalicia por haber desempeñado sólo cuatro años, y no seis, como se exige para ser senador, la Presidencia de la República.

Los senadores institucionales son a la estabilidad democrática chilena lo que, según la profecía tradicional, los cuervos negros de la Torre de Londres a la monarquía británica: cuando aquéllos se extingan, ésta desaparecerá.

En resumen, las condiciones para el progreso y bienestar de los chilenos siguen intactas; nuevos y considerables contingentes de connacionales dan muestras de cordura y racionalidad (los más de 800 mil que abandonaron a la Concertación en los últimos comicios); significativos síntomas de que más y más personas parecen comenzar a hacerme caso.

No puedo, pues, en esta fecha sino estrechar al país en un merecido abrazo.

Para emplear el lugar común de moda, un “abrazo-país”.

31.12.97

Annus Horribilis Chilensis

La televisión llegó a entrevistarme después de esta columna, sobre la cual el Secretario General de Gobierno, Claudio Huele, dijo que era sólo “wishful thinking” mío. Pero algunos pronósticos de ella se cumplieron, como la caída del producto; otros no, como el del auge inflacionario y la derrota electoral de la Concertación en 1999. Pero este último estuvo a punto de cumplirse.

Chilenas y chilenos todos, permitidme deciros, con todo respeto: no entendéis nada. Estáis felices veraneando y habláis de la “crisis asiática” sin tener idea de lo que es. Yo también estoy veraneando, pero muy infeliz: las perspectivas no pueden ser peores. Este será un “annus horribilis chilensis”, en economía y en política. El más difícil en década y media.

Nuestro Presidente, fiel representante de vosotros, tampoco se ha dado cuenta: dice que las turbulencias asiáticas “en algún momento nos afectarán”, cuando ya se ha desvalorizado el peso en diez por ciento en un mes y las exportaciones de este año pueden caer entre dos mil y tres mil millones de dólares. Y para añadir inestabilidad política a la incertidumbre económica, su gobierno apoya un plebiscito inconstitucional, un verdadero golpe de Estado, para suprimir uno de los mecanismos estabilizadores de la Constitución, que es garantía de los derechos en Chile.

Y en el Banco Central se han vuelto locos. Para impedir que suba el dólar han desarrollado una política monetaria enajenada, que de un día a otro triplicó las tasas de interés. Por supuesto, la medida no pudo sostenerse. Pero el crédito se paralizó. Una vez más, chilenos rompiendo el termómetro para bajar la fiebre.

El mismo Central anuncia que se mantiene la meta de inflación para este año, 4,8 por ciento. Algunos privados le creen, cuando ya es evidente que los solos efectos de la devaluación arrasaron con esa meta. En cambio, el remedio evidente, incentivar la entrada de dólares, no se aplica. La primera medida del Banco Central debió ser la supresión del encaje a los créditos externos.

Como los factores propiamente económicos se presentan tan desfavorables, la DC decide ayudar con incertidumbre política: sus diputados someten a una acusación abiertamente inconstitucional al general Pinochet. Y su senador Lavandero va más allá: forma un movimiento para no sólo impedir la presencia de Pinochet en el Senado, sino para hacer los demás cambios constitucionales que permitan reemplazar el modelo económico, todo mediante un plebiscito que es inconstitucional.

Como es responsabilidad expresa de las Fuerzas Armadas y Carabineros velar por el respeto a la Carta Fundamental, y se está gestando un atropello flagrante a la misma, no les queda otro camino que convocar al Consejo de Seguridad Nacional para hacer ver el atentado en gestación.

Y si no tienen éxito, deberán tomar las medidas para impedir el golpe de Estado en ciernes. Podemos imaginar el efecto de esas noticias sobre la imagen de seriedad y estabilidad del país, sobre la confianza de los inversionistas externos y también locales y, por consiguiente, sobre el precio del dólar y la inflación.

Queridos feligreses y estimados lectores de esta columna: el año se presenta con toda suerte de anticipos negativos para los chilenos. Reitero: recrudecerá la inflación, vendrá un severo ajuste, habrá turbulencias políticas. Esa es la mala noticia.

La buena es que, como estas cosas no suelen durar sólo un año, en 1999, en que habrá elección presidencial, los chilenos, ya sufriendo de lleno sobre sus bolsillos las consecuencias de los disparates, se sentirán muy proclives a decirle de una vez por todas “¡fuera!” a la inepta Concertación que nos gobierna.

04.02.98

Un Respiro para la Verdad

Las cosas que les cuentan a los chilenos que sucedieron fueron muy distintas en la realidad.

Un amigo trae en sus manos la revista “Time” y me dice: “No la compraré nunca más. Está llena de falsedades sobre Pinochet. Tienes que escribir algo.”

Miro la portada. Aparece allí la caricatura de un uniformado de tez negroide, y debajo en grandes letras: “Pinochet”.

“Cuando quieren liquidar a alguien, le oscurecen la piel: ¡racistas!” le comento. Y le refiero que hace 12 años dejé de leer “Time” por igual motivo: esa vez detecté 24 falsedades en ocho páginas dedicadas a Chile. En “El Mercurio” del 19 de octubre de 1986 escribí un artículo denunciando los atentados contra la verdad.

Por lo que leo en el ejemplar de ahora, han hecho pocos progresos en objetividad y exactitud: aparece como reiterada fuente informativa “la congresista (sic) Gladys Marín”. Es el signo de los tiempos. Titular de estos días: un ex conscripto pide perdón en la TV catalana por la ejecución del sacerdote Joan Alsina. Pero entrevistado por este diario expresa no haber disparado al sacerdote. Los hechos sucedieron el 19 de septiembre de 1973. El mismo ex conscripto sí recordó, en entrevista de TVN, haber disparado y estado bajo intenso fuego enemigo en aquellos días, cuando había “milicias armadas con fuerte poder militar” (fuente: Patricio Aylwin, “La Prensa”, 19 de octubre de 1973). Todo es muy distinto “antes” que “después”; sobre todo veinticinco años después y cuando habla un solo bando. ¿Qué pasó con el sacerdote Alsina? Recuerdo haber visto un reportaje bastante objetivo de TVN sobre su muerte.

Resumo de memoria: estaba encargado de la contraloría contable en el Hospital San Juan de Dios. Descubrió un desfalco antes del 11 de septiembre, cometido por funcionarios del hospital. Continuó su investigación después del 11. En esos días los militares encontraron armas allí. Los inculpadados del desfalco les

informaron que el responsable del arsenal era el sacerdote Alsina.

Como un bando militar había establecido que quien fuera sorprendido con armas sería ejecutado en el acto, se aplicó esta pena al sacerdote. El oficial que ordenó su ejecución falleció hace años, y otro sacerdote al cual confesó los hechos reveló a TVN que aquél vivió atormentado por el desenlace.

La verdad es más compleja que las consignas. Como a don Patricio, a la mayoría de los chilenos en esos días el proceder drástico de los militares no les parecía exagerado.

Otro titular: la madre de José Manuel Parada, quien era alto dirigente comunista, organizador del FMR y, al mismo tiempo, encargado del archivo de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago (?), degollado en 1985, se querella contra Pinochet como encubridor de la muerte de su hijo. Pero el gobierno de Pinochet, uno, pidió a la justicia ministro en visita apenas se supo del secuestro de Parada; dos, encargó con urgencia a la CNI encontrarlo; tres, a raíz de comprobarse participación policial en el hecho, debió renunciar el General Director de Carabineros, César Mendoza; cuatro, la CNI puso los antecedentes en manos del juez sumariante, pero la justicia demoró nueve años en condenar a 15 carabineros, confirmando la veracidad de lo informado inicialmente por aquélla por orden del gobierno de Pinochet. Este no “encubrió”; al contrario, “descubrió”.

Por favor, denle un respiro a la verdad.

18.03.98

¿"Nunca Más"?

El “nunca más” lo lanzó originalmente don Patricio. Luego lo utilizó la ministra de Defensa, Michelle Bachelet. El general Cheyre fue el tercero en hacerse eco de esa frase, que cada cual puede interpretar como mejor le parezca.

No se puede negar que lo previmos todo. Cuando la Concertación alzó los impuestos sobre el ahorro, dijimos que éste iba a caer: precisamente hoy uno de los problemas de nuestra economía es la baja del ahorro privado interno.

Cuando la Concertación comenzó a indultar terroristas y delincuentes y a propiciar leyes que facilitaron la libertad provisional o condicional, previmos un auge delictivo: todos lo estamos comprobando. Salvo, según leí el domingo, mi amigo Belisario, para quien Santiago es una de las capitales más seguras del mundo. Respeto su opinión, porque siempre he pensado que los buenos futbolistas, como Belisario, a los cuales toda mi vida he envidiado, tienen derecho a decir cualquier cosa.

Cuando el primer gremio que hizo un movimiento ilegal para conseguir aumento de remuneraciones lo obtuvo, dijimos que los movimientos ilegales iban a proliferar, porque se había comprobado que eran rentables para sus protagonistas y no acarreaban sanciones: ahora huelgas y manifestaciones ilegales no sólo se suceden constantemente (viene un enésimo paro de la salud), sino que el efecto-demonstración tiende a manifestarse en el propio Cuerpo de Carabineros. Porque no me vengan con que las señoras de los carabineros actúan sin permiso de sus maridos. Eso sólo sucede en mi casa.

Cuando los mapuches ocuparon ilegalmente un fundo y, en vez de hacer respetar la ley, el Gobierno les ofreció regalarles la tierra, dijimos que se estaba incitando a que hubiera “tomas” mapuches más numerosas: hoy aparecen cada vez más fundos ilegalmente ocupados por indígenas que, razonablemente, también quieren recibir fundos de regalo.

Queridos feligreses y lectores en general, chilenas y chilenos todos: ha llegado el momento de hacer una revelación fundamental: somos el país que somos. El Gobierno militar nos cambió transitoriamente de pelo. Procuró legarnos una institucionalidad que hiciera permanente el progreso, pero, ¿para qué estamos con cosas!, la tendencia es a que la mayoría pueda volver a decidirlo todo. Hasta un precandidato de centroderecha ha anunciado ser partidario de insistir en las reformas constitucionales conducentes a ello. Y eso es volver a estancarnos en el subdesarrollo.

De ahí que, cuando Bill Clinton decía en el Congreso, citando a don Patricio, “nunca más”, yo reflexionaba sobre los alcances de la frase. Porque él creía referirse al Gobierno militar. Y probablemente don Patricio lo dijo en su oportunidad pensando que la izquierda iba a creer eso, pero sabiendo que la derecha iba a entender que también aludía al desastre unipopulista, que fue lo que hizo ineludible un gobierno militar.

Entonces, “¿nunca más?”: la legalidad vuelve a debilitarse; el derecho de propiedad vuelve a ser atropellado; una mayoría vuelve a creer más en el Estado que en la iniciativa privada, según leo en una encuesta publicada ayer, de este diario y del “Wall Street Journal”. Y una reforma tributaria encubierta vuelve a hacer crecer al Estado, sacrificando adicionalmente el ahorro privado, mientras la bolsa de valores se jibariza y la izquierda se prepara para asumir el poder.

“¿Nunca más?” No. “¡Otra vez!”.

29.04.98

¡Tartufos!

Nota cultural del autor: “Tartufo”, personaje de Moliere, caracterizado por la hipocresía, disimulada en actitudes pías. El obispo vetado fue, naturalmente, monseñor Medina. Y tiempo después la derecha terminó votando por Milton Juica para la Corte Suprema.

El rechazo en el Senado del nombramiento del ministro Milton Juica para la Corte Suprema ha llevado el tartufismo de algunos políticos a sus más excelsas manifestaciones. ¡Rasgan vestiduras los mismos que lo han politizado todo! Desde los municipios y nombramientos de doctores en hospitales hasta la designación de arzobispo de Santiago (vetando políticamente a un supuesto candidato, mediante cartas al Vaticano amenazando “dividir la iglesia”). Y qué decir de la designación de senadores institucionales, que debería haber sido esencialmente apolítica, hecha por el Gobierno: un DC y un PRSD.

Somos un país muy politizado. Cada uno de nosotros sabe la identidad partidista de cada persona que conoce, con una sutileza que le permite ubicarla milimétricamente, no sólo en cada sector, sino tantos grados a la derecha, al centro o a la izquierda dentro del mismo. Con un trabajo mínimo (y a veces sin ninguno, por los testimonios públicos que prestan los propios sujetos) uno puede saber la postura política de cada miembro del Poder Judicial, del Episcopado, de la directiva de un colegio profesional y hasta del personal con que trabaja.

Todo Chile (me refiero, naturalmente, a “las ocho cuadras”) sabía que el nombramiento de Milton Juica iba a ser rechazado. El “mundo progresista” (léase “la izquierda”) exigía al Gobierno proponerlo, porque lo considera uno de los suyos. En realidad, sólo “a uno de los suyos” habría podido ocurrírsele someter a proceso al general Stange con la falta de fundamento con que lo intentó. “El mundo progresista” a la vez, no habría tolerado que se propusiera a Raquel Camposano, con sobresaliente hoja de servicios y más votos para integrar la quina que Juica, pues ella había sometido a proceso al Subsecretario Schilling y al Director de Investigaciones Mery por las actividades de una “Oficina de Seguridad” controlada por el “mundo progresista”.

Hasta ahora todos los nombramientos para la Suprema habían sido aprobados por el Senado porque, o se cuoteaban (uno para ti, otro para mi); o se elegía a personas “equidistantes”, moderadas. Pero la izquierda (intra y extraparlamentaria) considera ajenas a sí a tales personas.

Y el Gobierno le tiene pánico a la izquierda. De modo que propuso a Juica, aun sabiendo que iba a ser rechazado. Prefería un fracaso a enfrentar a la izquierda. Además, se podía lavar las manos haciendo algo que le encanta: culpar a la derecha.

Hasta a lo mejor confió en que los senadores de ésta también le tendrán pánico a la izquierda (explicable: ya fue asesinado uno de ellos, tras votar contra el indulto a terroristas de izquierda).

Pero todo, incluso el tartufismo, tiene su límite. La derecha no se acobardó e hizo uso de su atribución constitucional. La lección es saludable. Primero, para los jueces. Se les ha dicho claramente: “Cuídense de la politización. Menos entrevistas. Menos cámaras de televisión. Menos fallos políticos”. Al Gobierno: “Consulte antes de proponer: de haber nombres aceptables para todos, los hay”. Y tenderán naturalmente a ser los de aspirantes más independientes.

Tal vez de aquí surja un atisbo de despolitización de al menos una institución en este país sobresaturado de política.

20.05.98

“La Fuerza de ¿Nuestras? Ideas”

Lo malo fue que a fines de 1998 empezaron a incidir con fuerza los cambios laborales y tributarios introducidos por la Concertación en años previos, lo que, sumado a la crisis asiática, dio lugar a un período de decaimiento que todavía no se supera.

De un libro de citas extraigo una que me parece pertinente al tema de hoy. Es de Franklin P. Adams: “Cuando un columnista dice 'la gente pensante', se refiere a sí mismo; y cuando un candidato apela a 'los votos inteligentes', se refiere a los que cree que van a votar por él”.

La gente pensante ha disfrutado del documento de 60 personalidades de la Concertación, titulado “La Fuerza de Nuestras Ideas”. Dichas 60 personalidades se encuentran con que han gobernado exitosamente durante ocho años, sin haber podido hacer casi nada de lo que se proponía el programa de la Concertación.

Esto último ha resultado excelente para el país. También se encuentran con que, dentro de la misma Concertación, muchos se comienzan a dar cuenta de que no se ha aplicado su programa.

Un best-seller de izquierda, que está hace un año entre los libros de mayor venta: “Chile Actual: Anatomía de un Mito”, de Tomás Moulian, sostiene precisamente eso: que están administrando el modelo legado por el Gobierno militar y que es un mito que algo haya cambiado en Chile. El libro ha encontrado extraordinario eco en la izquierda intra y extra Concertación, generando una reacción de descontento interno que ha obligado a las mencionadas 60 personalidades a salir en defensa de sus dos gobiernos.

La Concertación vive, en realidad, una situación inconfortable: su éxito se debe a que no ha podido poner en práctica su programa. El país ha crecido como nunca antes, en un clima de estabilidad, libertad y paz política. Y hay cada vez menos pobres. El único argumento crítico que tenía era el de la distribución del ingreso, que según las encuestas seguía siendo mala. Pero alguien se dio cuenta de que en

dichas encuestas no consideraban los subsidios que reciben los pobres. Incorporándolos, la brecha respecto de los ricos disminuye mucho. Además, sobreestimaban la pobreza. Un ingeniero demócratacristiano, Pedro Calvo, se encontró con una persona encuestada y ubicada en el quintil más pobre: descubrió, según expuso en un artículo publicado en “La Hora” el 13 de mayo, que la remuneración efectiva de esa persona era el doble de la que había declarado en la encuesta.

Así son las cosas. El país sigue progresando porque los mecanismos estabilizadores contemplados en la Constitución han impedido a la Concertación aplicar integralmente su programa y cambiarlo todo. Por consiguiente, ella no ha podido echar a perder las cosas, como siempre lo ha hecho en el Gobierno. Pero no por eso la izquierda está menos furiosa. Se convierte en la peor crítica de la Concertación. Frente a ello las 60 personalidades estiman urgente proclamar: “¡Pero si lo hemos hecho bien y el país no puede estar mejor!”, cosa que es difícil de refutar.

Claro, saben que el país está bien gracias a la fuerza de nuestras ideas, no a las de ellos; gracias a la estabilidad que garantiza la institucionalidad política, sobre la que se asienta el modelo económico-social. Son las ideas de la gente pensante, sin perjuicio de que ellos se las estén apropiando.

Pero no importa. Se las regalamos. Chile está primero.

27.05.98

Si Eres Honrado, ¡Cuídate!

Se han creado tan buenos incentivos para la actividad delictiva, que ésta ha experimentado un envidiable crecimiento en los últimos catorce años.

En Santiago es tan seguro asaltar como riesgoso repeler a un delincuente. A éste no le faltará un abogado que se querelle contra su víctima, demostrando que ella lo ha maltratado. Y le extraerá una indemnización. El delito tiene políticos para protegerlo. Han logrado suprimir la detención por sospecha y fortalecer los derechos del detenido. ¿Y los del asaltado? Casi no existen. Ahora los socialistas quieren restringirle a éste la posibilidad de defenderse, creando más trabas para poseer legalmente un arma. Podría ser peligroso para el hampa, que no necesita permiso para cargar armas. Mataron a una joven por demorarse en entregar su auto. La autoridad recomienda no defenderse en los asaltos y entregar todo. ¿Garantía a la “seguridad en el trabajo” del asaltante?

La jefa comunista pide al embajador de Suiza conceder asilo al terrorista Patricio Ortiz, fugado de la Cárcel de Alta Seguridad y que se halla en dicho país. Los restantes prófugos hacen llamadas telefónicas desde Cuba, pero el gobierno de Castro, amigo de la Concertación, se ríe y responde a los exhortos judiciales que no están allá. Sólo asesinaron a un senador y secuestraron a un ejecutivo. ¿Por qué los persiguen tanto?

Es difícil que un delincuente permanezca preso. Cuando la policía detiene a uno, comprueba que tiene prontuario y órdenes de detención pendientes. Pero a los pocos días el juez lo deja libre. Un tribunal acaba de conceder libertad provisional a un narcotraficante, pese a haber sido detenido tras un tiroteo y aparecer quebrantando una condena.

Los únicos que con seguridad van presos son los que visten uniforme y se han excedido frente a terroristas o asaltantes. Los tribunales son implacables con ellos. Pueden olvidarse del indulto y de la libertad condicional.

Hasta la verdad se altera en su contra. La prensa informa que la familia del

“transportista democratacristiano Mario Fernández, asesinado por la CNI”, ha obtenido del Estado una indemnización de 250 millones de pesos. ¿La verdad? Fernández fue detenido en 1984, no por ser “transportista DC”, sino como colaborador en la actividad terrorista del FMR. Su pertenencia a éste fue reconocida en “El Mercurio” del 12 de noviembre de 1995 por el jefe frentista Sergio Buschmann, hoy en libertad, por supuesto. Durante un interrogatorio, Fernández fue golpeado, es verdad; y eso es delito, pero no “un asesinato”. La CNI, al comprobar las lesiones del detenido, lo llevó a un hospital (así lo reconoce el Informe Rettig). Allí falleció de una hemorragia interna. Un ex oficial de Ejército fue condenado por esos hechos y lleva largos años en presidio. De haber sido terrorista y no agente de seguridad, y si en vez de maltratar extremistas hubiera asesinado militares, carabineros o civiles, hoy estaría indultado, libre y con trabajo en Europa.

Así se ha llegado a que el malhechor sea rey y el policía o agente de seguridad, villano. Delinquir es seguro y rentable; repeler el delito, riesgoso. La sociedad alienta el delito.

Por eso, si usted es honrado, cuídese: la ley es más dura para usted y un delincuente le puede caer encima en cualquier momento. Y no se olvide: ¡jamás ose alzar una mano contra él!

29.07.98

Los Dueños del País

Una anécdota reveladora del carácter de Allende y de la UP... He recurrido a ella en varias columnas, porque revela al verdadero Allende.

¿Ha visto usted todo lo que la izquierda le está diciendo al director de Televisión Nacional porque se niega a transmitir in extenso y gratuitamente, a través de la red estatal, un acto de homenaje a Allende? Es que ya, con su candidato presidencial adelante en las encuestas, vuelve a creerse dueña del país.

¡Y cómo trata a sus adversarios! ¿Leyó los vituperios que le endilgó a Lavín porque éste alarmó a los delincuentes de su comuna con el anuncio de que formaría una guardia municipal? El PS tachó la idea de “inconstitucional, autoritaria, regresiva y profundamente disociadora”.

Por supuesto, a quienes han dedicado ocho años a discurrir toda suerte de protecciones, garantías, indultos, libertades provisionales, condicionales, diurnas y nocturnas a delincuentes y terroristas, ahora les parece grave que se les dispute a éstos el control de las calles que han conseguido.

Contra lo que se ha dicho, la medida de Lavín no sólo está expresamente autorizada en el artículo 92 de la Constitución, sino que es indispensable. La gente honesta circula cada día más atemorizada. Los asaltantes, en cambio, operan confiados, porque hasta se derogó la detención por sospechas. Si usted sorprende a uno estudiando ostensiblemente cómo asaltar su casa, no saca nada con llamar a un carabinero, porque éste sólo podrá pedir al hampón la cédula de identidad, a lo cual el mismo podría replicar: “¿Cuál de todas?”, porque andan con varias. Si el carabinero lo detuviera, los abogados de izquierda se encargarían de procesarlo a él.

¡Y eso que todavía la izquierda no ha llegado al poder! Recuérdese cuando Allende, durante la UP, anunciaba “un sumario con mayúscula” contra un carabinero que disparó a un delincuente.

No muy diferente a ahora, en que los procesos más severos se dirigen contra policías y agentes de seguridad que no esperaron a que malhechores o terroristas les dispararan primero.

Vuelve, pues, el mundo al revés de la izquierda. En el libro sobre Pinochet, de Julio Canessa y Francisco Balart, he encontrado una cita ilustrativa, tomada de otro libro, “Del General de la Esperanza a la Desesperanza General”, del periodista DC Román Alegría, de “Clarín”, el diario de Darío Sainte-Marie. Alegría refiere que, por instrucciones de aquél, criticó en un editorial de 1971 la nacionalización de la banca. A raíz de ello, dice, “Allende se dejó caer una noche, iracundo, en el domicilio particular de Sainte-Marie. Rodeado de su GAP, armado de metralletas, le amenazó: ‘Yo no voy a tolerar tus jugarretas. Conmigo no vas a hacer lo que has hecho con Ibáñez y Frei. Te hago matar, culpo al imperialismo, te declaro héroe nacional, te rindo honores de general y hablo en tus funerales. Ya lo sabes’”

Por cierto, Sainte-Marie “se dejó de jugarretas” y huyó a España, resignándose a perder la mitad de “Clarín” a manos de la UP y, desde luego, renunciando al funeral de primera que se le ofrecía. Y los “imperialistas”, un saco en el cual la izquierda siempre nos ha metido a todos los no izquierdistas, nos libramos de quedar para la historia como asesinos de Sainte-Marie.

Porque así suele escribirse en Chile la historia.

12.08.98

¡Aló! ¿Belisario?

La siguiente llamada, que los periodistas captaron, fue muy comentada. Si los militares hubieran tenido la mitad de la decisión de la líder comunista, se habrían sobreseído todos los juicios contra ellos.

— ¡Aló! ¿Belisario? Habla la Gladys. Te estoy llamando por un asqueroso celular burgués en que me cobran por minuto, así es que te voy a hablar corto. Oye, es el colmo, aquí los carabineros no nos quieren dejar pasar. Hay una represión atroz. ¿Es que ya ni siquiera podemos ir a lanzar piedras a La Moneda? ¡Esto está peor que la dictadura, Belisario!

— Tranquilízate, Gladys. Voy a llamar para que los dejen pasar por la Alameda, pero no vengán a La Moneda. ¿No ves que yo estoy aquí?

— Aló, Belisario, no te oigo bien. Los explotadores sinvergüenzas parece que me dieron un teléfono fallado. ¡Niños, paren de tirar molotov, que no oigo nada! ¡Belisario!, si sólo queremos llevar flores a Morandé 80 y salir en la tele. ¿Qué te cuesta? Diles a estos pacos que nos dejen pasar.

— Gladys, ¿por qué mejor no aprovechas de ir con tus muchachos a la exposición cultural del Ministerio de Educación, que te queda cerca de ahí? Es mucho más entretenido...

— ¿Qué te has creído, Belisario? Soy una señora... Esa exposición es pura pornografía. ¿Cómo puedes pedirme que lleve a los niños para allá? Típica corrupción burguesa...

— Es que no sabía, Gladys. Además, pensé que eras más liberal. Sólo en esas materias, se entiende... ¿Pero es que no sabes lo que muestran ahí? Si es peor que la pornografía imperialista, Belisario. Yo creo que hasta Clinton se pondría colorado si viera esa exposición.

— Bueno, entonces pasa de largo, Gladys, pero no vengas para acá.

— Es que entonces vamos a ir a la Embajada del Brasil. Tenemos algunas cosas que decirles, porque no quieren soltar a unos muchachos que lo único que hicieron fue tener de alojado a un asqueroso empresario para reeducarlo. Esos brasileños son unas bestias. Deberían aprender de los suizos, a los que se les podrán caer los aviones, pero dejan en libertad a nuestros combatientes.

— Gladys, por favor, no nos metas en problemas con Brasil.

— Tú te los estás buscando, Belisario. Si los pacos nos hacen cualquier cosa, me voy a querellar contra tu jefe y contra ti y te voy a hacer encargar reo. ¿No sabes cuántas querellas tengo contra Pinochet? Conmigo no se juega, Belisario. Te puedo tirar todo el Poder Judicial encima.

— Ya lo sé, Gladys, pero, por favor, ten calma. Te ruego que me dejes explicarte algunas cosas...

— Belisario, ¿que no sabes cuánto me sale la cuenta del celular? Si quieres hablarme largo, vas a tener que pagar los minutos tuyos. El partido está con un déficit de un millón y medio, ¿no sabías?

— Ese es lenguaje economicista, Gladys, me extraña. Te estás volviendo capitalista.

— ¿Me vas a faltar el respeto de nuevo? ¡Cuidado, Belisario; también me puedo querellar por injurias!

— ¡No, no, Gladys, si era sólo una broma!

— ¡Ah, bueno! Pero te lo dejo pasar sólo por esta vez. Bueno, te voy a cortar. ¡Y acuérdate, cuidadito!

— Sí, Gladys, cuídate tú también. Y mantengamos la cordialidad. El enemigo es otro, Gladys. Adiós, camarada.

— No me hables de Dios. Prefiero “hasta luego, camarada”.

Amateurs y Profesionales

En esta columna expuse francamente mi currículum como economista amateur.

He dicho muchas veces que uno de los peores defectos de este país es que en él casi nadie me hace caso. Esto es particularmente cierto tratándose de los economistas profesionales, pese a que yo les hago tanto caso a ellos. El 4 de febrero, cuando se manifestaban los primeros síntomas de la crisis, se rieron de mí cuando escribí que “el remedio evidente, incentivar la entrada de dólares, no se aplica. La primera medida del Banco Central debió ser la supresión del encaje a los créditos externos”.

El Central demoró siete meses en hacerme caso. Y junto con ello sucede una cosa curiosa: a pesar de que, tras suprimir el encaje, el Central aumentó la liquidez, el dólar no volvió a los niveles en que había estado antes. ¿No será que llegaron más dólares? Lógico: los economistas profesionales me enseñaron, y yo les creí, que si baja el costo de ofrecer un bien o servicio, aumentará su oferta.

También me enseñaron que para cada política debía haber un instrumento: para equilibrar el comercio exterior estaba el tipo de cambio; para mantener la estabilidad de precios estaba la política monetaria. Pero han usado el tipo de cambio para mantener la estabilidad de precios y la cantidad de dinero para mantener el tipo de cambio. Precisamente lo que, me decían, no se debía hacer.

También me enseñaron que si sube un precio y esa alza no se valida con un aumento del dinero, no habrá inflación, sino sólo un cambio de precios relativos. Pero ahora dicen que si sube el dólar, habrá inflación, a sabiendas de que si no aumenta la masa monetaria no la habrá. A propósito, Franco Modigliani (Premio Nobel) se reía de Milton Friedman (Premio Nobel) por “aconsejar sobre la tasa de expansión monetaria apropiada en las más disímiles situaciones, concluyendo siempre con la misma receta práctica: tres por ciento”. La economía es el único campo en que dos personas pueden ganar el Premio Nobel sosteniendo todo lo contrario la una que la otra. (Citas de Internet bajadas por un feligrés economista profesional de buena voluntad).

Receta friedmaniana: dejar de controlar el dólar y mantenerse firme en un tres por ciento de expansión monetaria.

Los economistas me enseñaron que si se fijaban por ley salarios más altos que el de equilibrio del mercado, disminuiría el empleo. Los del Gobierno han aprobado un reajuste de 12,5 por ciento del salario mínimo, teniendo una inflación del 4,5 por ciento. Esa señal se transmite a todas las actividades. El desempleo comienza a aumentar y lo hará mucho más.

Los economistas me enseñaron que uno de los componentes del gasto interno o demanda agregada es el gasto del Gobierno. Pero la casi unanimidad de ellos, junto con decir que ante la crisis debe disminuirse el gasto interno, aceptan en diversos grados que el Gobierno aumente el suyo en 1999.

Suele afirmarse que hay un solo espécimen más peligroso que un economista profesional: un economista amateur. Yo soy esto último: egresado de un magíster en la UC y postitulado en Economía y Finanzas en la U.

Pero tal vez lo más peligroso de los economistas amateurs es que tomamos las enseñanzas de los profesionales más en serio que ellos mismos.

23.09.98

Reencuentro con Totalitarios

Don Patricio Aylwin fue profesor mío de Derecho Administrativo y se comportó generosamente conmigo en el examen final, pero hay cosas que ni siquiera mi agradecimiento ha podido dejar pasar.

¿Y qué quería usted, don Patricio? ¿Que los totalitarios le permitieran recordar siquiera el uno por ciento de la verdad histórica, como lo hace en su libro (mal titulado) “Reencuentro de los demócratas”? Pues ustedes, los DC, son demócratas. Eso no lo niega nadie. Pero aquellos con que se reencontró para el triunfo del “No”... Por favor, don Patricio. Esos no lo han sido nunca.

¿Es esto democracia? “Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder” (voto del Congreso Socialista de Linares, 1965). “El PS, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación... La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Constituye la única que conduce a la toma del poder político y económico... Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués puede consolidarse la revolución socialista” (voto unánime del Congreso de Chillán, 1967).

Ricardo Lagos, uno de estos “demócratas”, calificó anteayer de “impudicia” que los partidarios del gobierno militar, que institucionalizó las libertades bajo las cuales hoy vivimos, hablan de democracia. ¿Y cómo se califica que él, suscriptor de los acuerdos antedichos, hoy nos dé lecciones de democracia?

Usted, don Patricio, ha tenido que hacer piruetas políticas inverosímiles y lo hemos criticado por eso. Pero ahora ha tenido el coraje de decir el uno por ciento de la verdad. Y los totalitarios lo han insultado, porque ellos siempre han exigido ocultar no sólo el 99 por ciento de la verdad, sino toda ella. No le perdonan que usted, por ejemplo, cite a don Rafael Retamal, presidente de la Corte Suprema bajo el gobierno militar y crítico de éste, respondiéndole cuando usted le representó supuestos atropellos a los derechos humanos: “Mire, Patricio, los extremistas nos iban a matar a todos. Ante esta realidad, dejemos que los

militares hagan la parte sucia, después llegará la hora del derecho”. Usted siguió el consejo. Dejó a los militares hacer la “parte sucia”, declarando: “Es muy fácil convertirse en juez de otros que están peleando, mientras uno está cómodamente sentado en el escritorio”.

Pero, claro, después los heroicos hombres de derecho vinieron al rescate, cuando ya estaban seguros de que no “los iban a matar a todos”: condenaron públicamente a los militares que “estaban peleando”, los enjuiciaron y los metieron a la cárcel. Hoy los acusan de “violencia innecesaria” hasta por no esperar que los terroristas dispararan primero. Como broche de oro, liberaron e indultaron a todos los terroristas.

Y cabe la posibilidad de que en poco tiempo más usted llame a los chilenos a votar por el “demócrata” Lagos, que ofrece “governabilidad”.

¡Qué tremendas volteretas! Tengo a la vista una foto de “La Tercera” del 26 de noviembre de 1973, en la que aparece nuestro actual Presidente de la República entregando, agradecido, a la Junta de Gobierno cinco días de sueldo del personal de la empresa en que a la sazón trabajaba, “con el fin de colaborar al Fondo de Reconstrucción Nacional”. Porque los que hoy ofrecen “governabilidad” habían destruido el país.

Don Patricio, usted nos está haciendo algo terrible: recordar.

07.10.98

El Lema Olvidado

Como chileno que ha vivido la mayor parte de su existencia bajo gobiernos débiles, he soportado mucho, pero ninguna afrenta como la del secuestro de Pinochet en Londres.

Cualquiera sea el fallo, el daño ya está hecho y la deshonra consumada. Y ha sido demasiado grande. No será jamás olvidada. Los autores de la ofensa, españoles e ingleses, parecen confiar en que han zaherido a una minoría. Tal vez. Pero no es cualquier minoría. Siempre será importante la de quienes han sido formados en el amor a la Patria, en el celo por defender su dignidad y en el orgullo de ser chilenos.

Resuenan ecos dolorosos: “Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo”. “Vivir con honor o morir con gloria”. Hoy son sólo eso: ecos. Aquellos chilenos de antes nos enseñaron a vencer o morir. ¿Y nosotros? Apenas estamos muriendo... de vergüenza. España y Gran Bretaña nos han humillado. Nos han vejado como nadie lo había hecho antes. El incidente del Baltimore fue apenas un mohín despectivo en relación a lo que se nos ha hecho ahora.

Hemos tolerado que un politiquero insignificante devenido juez haga tabla rasa de la letra de los tratados y de los principios jurídicos más elementales; que someta a prisión a un ex Presidente de la República, ex Comandante en Jefe del Ejército y senador chileno. Hemos tolerado que naciones extranjeras se arroguen las atribuciones de nuestros jueces y se autoatribuyan la soberanía suficiente para someter a proceso a chilenos por situaciones acaecidas en Chile. Y no hemos hecho nada.

Apenas llamar al embajador en Madrid “para consultas”. Pero después, al primer telefonazo de Matutes, ya Insulza quería mandarlo de vuelta. Y los ingleses, los autores materiales de la afrenta, los secuestradores de hecho, esos ni siquiera llaman por teléfono. No les importa.

No sé si unos u otros resultan más despreciables. Pero los hay todavía peores:

nosotros mismos, en nuestra pasiva indignidad. Potencias extranjeras, por sí y ante sí, ejercen atribuciones propias del Estado chileno y no somos capaces de hacer nada. Y entre todos, los peores de nosotros han sido esos que han celebrado y aplaudido, aquí y en el exterior, la deshonra de su país. Son los mismos que han vivido por décadas abyectamente prosternados ante las peores dictaduras foráneas, recibiendo órdenes y dinero de los tiranos más ruines, cuyos crímenes han elogiado a rabiar. Son la hez de la indignidad.

Los demás no somos mucho mejores. Nos hemos dejado arrebatarse flagrantemente nuestra independencia más elemental. Españoles e ingleses no sólo han suplantado a nuestro Poder Judicial; también nos han intervenido el Congreso Nacional, nuestra soberanía popular y las Fuerzas Armadas, apresando a un senador y dictando órdenes de aprehensión inicuas contra otros dos, elegidos tales por nuestro pueblo. Y quieren apresarse a decenas de militares.

Ante todo eso no hemos sido capaces de hacer nada. ¿Y qué podíamos hacer? No diré por el diario lo que podríamos hacer. Pero una cosa es clara: ni a un O'Higgins ni a un Portales, ni menos a un Pinochet, podrían haberles hecho todas estas cosas y haberse quedado tan tranquilos.

Sólo se las podían hacer a quienes han borrado el lema del escudo patrio, que es justamente el que un mínimo sentido de la dignidad nacional nos mandaría ahora aplicar.

25.11.98

La Rana y el Escorpión

Ha habido también ocasión de recordar esta fábula en varias iniciativas posteriores del gobierno de Ricardo Lagos.

Estoy casi seguro de que un trotador contó la fábula del escorpión que le pide a una rana trasladarlo a la otra ribera de un arroyo. La rana le responde: “Pero tú me puedes clavar tu aguijón venenoso en la cabeza y matarme”. Entonces el escorpión replica: “¿Pero cómo habría de hacer eso? Si lo hiciera ambos nos ahogaríamos, tú envenenada y yo por no saber nadar”. La rana, convencida, acepta trasladarlo. En medio de la corriente el escorpión le clava el aguijón. Cuando ambos se hunden, la rana, agónica, inquiere: “¿Cómo pudiste hacer eso? Ahora ambos nos ahogaremos”. Y el escorpión le responde, compungido: “Es que no sé hacer otra cosa”.

Así recuerdo el relato, si bien está demostrado que durante el trote uno pierde parte de sus facultades. Tanto que en una oportunidad, tras haber corrido una hora, hice algo tan increíble como comprar una moto con side-car a un trotador que las estaba importando. Cuando la moto llegó al país y mi amigo me la entregó, yo me preguntaba en qué podía haber estado pensando al adquirir semejante artefacto. Logré deshacerme de ella con bastante esfuerzo.

El cambio entre lo que uno opina trotando y lo que uno piensa en estado normal es algo parecido al de don Patricio en relación a los militares entre el momento en que los marxistas se armaban para apoderarse del país y el momento en que los primeros los habían dominado y el peligro había pasado. (Espero que don Patricio no se querelle contra mí por este recuerdo).

El hecho es que la fábula de la rana y el escorpión quedó en mi inconsciente de trotador agotado. Parecía que iba a permanecer ahí, hasta que vi los lemas de la propaganda de Lagos contra “los Tiranosaurios”, “los curasbún”, “los torturadores” (a propósito, gracias, Maximiano, por enviarme el relato completo de tus torturas bajo el gobierno de Allende, que resumí en mi libro).

Ver eso lemas recordatorios del mismo odio que destilaban hasta 1973 la izquierda y sus diarios “El Siglo”, “Puro Chile”, “Clarín”, (al final resultó que uno de los dueños de éste era el propio Allende), y surgir la analogía con la fábula de la rana y el escorpión fue una sola cosa. Es que los marxistas “no pueden hacer otra cosa”.

En Londres fueron representados, en su odio, por los activistas de izquierda: la exaltada mujer omnipresente, que imprecaba hasta al propio sacerdote en una Misa por la unidad de los chilenos, convocada por partidarios de Pinochet. Los tirones agresivos al impermeable del senador Chadwick. O los escupitajos a un hijo de Juan Ariztía que pretendió debatir civilizadamente con ellos. Y se limitan a esas agresiones cuando están vigilados. Cuando no, más vale no enumerar los delitos que hemos debido lamentar, para no exacerbar odios. Pues con el de la propia izquierda ya es suficiente.

Ahora ésta, que sigue siendo minoría, quiere llegar de nuevo a La Moneda, esta vez sobre las espaldas de la mayoría democrática. Muchos entre ésta preguntan: “¿No será peligroso, sabiendo lo que hicieron cuando estuvieron en La Moneda?”. La izquierda responde: “No, ahora somos renovados y democráticos. Ya no odiamos. Nos hemos civilizado”.

¿Y si estando ya en La Moneda, con todo el poder, se dan cuenta de que “no saben hacer otra cosa?”

06.01.99

La Memoria Evaporada

Pinochet seguía preso en Londres, nuestro Canciller era José Miguel Insulza y Baltasar Garzón ya se sentía completamente fuera de control como para afirmar cualquier cosa.

Garzón, ese paradigma de la justicia hispana en busca desesperada de un delito, de cualquier delito cometido por cualquier persona para poder colgárselo a Pinochet, bate su propia marca: lo acusa en Londres ¡de la conspiración socialista en la Armada, en 1973, y cuando aquél ni siquiera era Comandante en Jefe!

Es fantástico lo que la izquierda se atreve a hacer cuando sabe que ya tiene los cerebros de los demás escrupulosamente lavados. El otro día el Canciller socialista dijo en la televisión, refiriéndose a un informe británico que, intentando reivindicar algo de la verdad histórica, alude al Plan Z:

—Ninguna persona seria cree hoy que el Plan Z existió.

Pero no sólo existió: fue publicado completo en el “Libro Blanco de la Intervención Militar en Chile”, 1974, Editorial Lord Cochrane. Era un plan absurdo, sin duda. Bueno, era hecho por los socialistas. Una estrategia paramilitar ilegal de la UP. Los nombres de los responsables están ocultos tras alias o “chapas”. La precaución para evitar que fuera fotocopiado consistía en trazar un número grande en las páginas de cada ejemplar entregado a los jerarcas del régimen.

Tras el pronunciamiento, los militares encontraron esa y otra documentación sobre preparativos armados ilegales. Llamaron a historiadores doctos y les pidieron ordenar esos documentos para su publicación. Fue el origen del Libro Blanco.

El Plan Z es aludido en el propio Informe Rettig como “un facsímil”. ¿Un facsímil de qué? Claro, no había sido reducido a escritura pública ni firmado

ante notario. Pero muchas personas del partido del Canciller deben saber quiénes fueron sus artífices. Y su texto concordaba con los acuerdos de los plenos socialistas de Linares, Chillán y La Serena, llamando a tomar el poder por las armas; y con los repartos de esas armas descubiertos por accidente en 1972 y 1973: el choque de una camioneta en Curimón y la detención policial casual de otra inscrita a nombre de la secretaria personal de Allende, ambas cargadas de armas; las cajas desembarcadas de contrabando de un avión de Cubana de Aviación. Y luego las revelaciones de los sumarios de la FACH sobre la conspiración MIR-socialista en la presidencia del Banco del Estado para el ataque a la base aérea El Bosque. Está todo en el libro del periodista DC Ricardo Boizard, “Proceso a una Traición”, con declaraciones de los conspiradores y el detalle de las acciones por emprender.

Pero todo ello se ha evaporado de la memoria colectiva. Ninguna “persona seria” lo debe creer. Los soldados y civiles caídos bajo el fuego de armas socialistas, comunistas y miristas son descritos en el Informe Rettig como “víctimas de particulares obrando bajo pretextos políticos”.

En una columna anterior me equivoqué al decir que no los describía como víctimas de atropellos a los derechos humanos, sino “de la violencia política”. He sido rectificado y reconozco mi error: sí los describe como víctimas de atropellos a los derechos humanos, cometidos por “particulares actuando bajo pretextos políticos”. Pero insisto en denunciar el sesgo: una guerrilla organizada y de origen político no es un mero grupo de “particulares”. De ese informe sesgado partió el lavado cerebral, la evaporación de la memoria colectiva y la reescritura de la historia. Ello permite hoy a Garzón afirmar cualquier locura y hacer creer al mundo cualquier cosa. Y tener a Chile sometido al peor vejamen que ha sufrido en su vida independiente.

27.01.99

El Caballero y la Recesión

Cuando los ingleses secuestraron al ex Presidente Pinochet en Londres, a petición de los españoles, el pueblo supo que nada bueno podía derivar de eso.

En un pueblo costero de cuyo nombre no quiero acordarme, pues su director de Obras Municipales me ha dado numerosos disgustos durante casi un quinquenio (haciendo un recuento, pienso que los directores de Obras probablemente se hayan constituido en el factor de mayor deterioro en mi calidad de vida durante el último cuarto de siglo), se me acercó el domingo un habitante del lugar, dando visibles muestras de preocupación.

—Dicen que usted escribió el miércoles que estábamos en recesión— me dijo.

En realidad, me llamó la atención la ola de titulares y declaraciones de autoridades que se desató por el simple hecho de revelar que íbamos a completar dos trimestres de caída del producto, lo cual los economistas llaman oficialmente “recesión”.

Es que en Chile, país intrínsecamente socialista, la mentalidad general estipula que algo sólo existe si una ley, decreto o norma lo autoriza. Me ha pasado que, al bañarme en una piscina en octubre, alguien me haya dicho: “Pero cómo te bañas, si todavía no se ha abierto la temporada de piscinas”.

Suelo oír en el noticiario de las 9 horas en la radio que la “temperatura del momento es de 8°; la mínima de hoy fue de 10° y se registró a las 7 horas”. Una vez le consulté al director de una emisora el porqué de tal absurdo, y me explicó que la temperatura mínima no era la más baja que registrara el termómetro, sino la que indicara la Dirección Meteorológica.

En el camino al sur hay letreros que advierten “Zona de Niebla”, en circunstancias que si no hay niebla, el letrero es inútil; y si hay niebla, uno la advierte a simple vista y el letrero también es inútil. Hasta posiblemente este último ni siquiera alcance a leerse. Pero el chileno piensa que si la Dirección de

Vialidad no autoriza la niebla, nadie la va a ver.

Pero ¿de qué hablábamos? ¡Ah, ya! De la recesión que revelé el miércoles pasado. Pues bien, el habitante del pueblo costero, dando por sentado que estando ello autorizado por escrito en el diario había recesión, me comentó:

—Aquí la cosa está muy mala. Todo paralizado. Se dejó de edificar. La gente dice que mientras no suelten al Caballero, las cosas no se van a arreglar. ¿Qué piensa usted?

Debo confesar que me sorprendió la tesis. No había pensado en eso. No es verdadera, desde luego. ¿O lo será? En todo caso, refleja el sentir popular chileno. Pinochet, quiérase o no, está en otra categoría. “La gente dice” abarca a todo un pueblo, entre el cual se cuentan sus partidarios y sus detractores. Su sentir mayoritario es que el arresto ilegal de una figura de la estatura de Pinochet ha paralizado al país. Amigos y enemigos del general fueron testigos de que el progreso gestado bajo su gobierno nunca se había visto antes e, interpretando la coincidencia como causalidad (aunque se trate de lo que los econométristas llaman “nonsense correlations”), ven ahora que ese progreso, que parecía permanente, justamente se interrumpió cuando los europeos secuestraron a su gestor.

Mi interlocutor me apremiaba por una respuesta. Yo no quería mentir, pero tampoco decirle la verdad. Al fin y al cabo, estamos en período preelectoral. Mi respuesta fue digna de un político:

—Sin duda, es una coincidencia que vale la pena analizar.

03.03.99

El Partido Apolítico

Sigo pensando que la verdadera solución para los problemas del país sería que el Partido Apolítico alcanzara el poder. Lamentablemente, también sigo pensando que nunca tendrá votos suficientes para lograrlo.

Nuestra superficialidad política está alcanzando extremos. El problema de la democracia es que requiere contar con el mayor número posible de votos. Como la gente tiene sus propios problemas y está ocupada en ganarse la vida, no tiene tiempo de ocuparse de los asuntos del país. Por consiguiente, vota con superficialidad, en favor de las cosas que le “suenan” mejor. Pero casi invariablemente esas cosas perjudican el interés general.

Pongamos un ejemplo: todo el mundo está a favor del salario mínimo obligatorio. “Suenan” estupendo. El ideal de que los pobres tengan un salario garantizado parece indiscutible. Pero los especialistas saben que el salario mínimo obligatorio perjudica precisamente a los pobres. Debido a él, las tasas mayores de desempleo, que se acercan al 40 por ciento, se encuentran entre las personas jóvenes con menos educación, pertenecientes a familias más numerosas. Esas personas, que son las más pobres, no encuentran trabajo en el mercado formal porque la ley de salario mínimo obligatorio impide contratarlas legalmente al sueldo (menor) correspondiente a su real productividad. Nadie pagará a un trabajador un salario mayor de lo que él produce. Luego, nadie lo contrata. Entonces busca trabajos informales, al margen de la ley. Al aumentar así la oferta de servicios en el sector informal, baja todavía más el pago por esos servicios en ese mercado, que es el de los desplazados, adentrándolos aún más en la miseria. La “falsa idea clara” de un salario mínimo obligatorio hace más pobres a los pobres.

Y luego los políticos le echan la culpa de la pobreza a la economía libre, al “mercado cruel”, siendo que la culpa es del intervencionismo.

Lo anterior es bastante complicado y nadie, salvo los economistas y personas ilustradas, lo entiende bien. Con un raciocinio como ése no se ganan votos. Al

contrario, seguramente se pierden. Pero precisamente un raciocinio como ése es el que más se aviene con el interés general. Y así en muchos aspectos de la vida nacional.

Por consiguiente, para defender el bien común y el progreso se requeriría de un partido que estuviera dispuesto a perder votos. Exactamente lo contrario de un partido político. Es decir, un partido apolítico. Impopularmente veraz. Sin otro norte que el interés público.

El otro día, almorzando con un amigo, le propuse fundarlo y publicar un programa presidencial con todas las ideas impopulares capaces de garantizar el bienestar y el progreso del país. Sus tres postulados básicos serían: “Mano dura, economía libre, estabilidad política”. La primera, para erradicar el delito; la segunda, para que abunde el empleo, y la tercera, para que la gente sepa que nadie le va a robar lo ganado. Resultado: grandeza nacional y felicidad popular.

Mi amigo me ofreció la presidencia de la colectividad, la cual acepté, no sin antes ofrecerle a mi vez la vicepresidencia, que él, a su turno, aceptó.

La flamante directiva concordó en que no tendríamos problemas de financiamiento, pues éste provendría fácil y generosamente de las colectividades políticas, que lo brindarían gustosas ante nuestra amenaza de adherir públicamente a sus candidatos.

10.03.99

No pues, Ricardo

Como Ricardo estaba más abajo que yo en la Universidad, lo trataba con cierta condescendencia antes de que resultara elegido Presidente. Después he dejado de tutearlo en mis columnas.

No es verdad que, como afirmas en “El Mercurio” de ayer, Chile sea “más y mejor hoy que durante el gobierno autoritario, en todos los campos de la vida”. Me tomo la libertad de tutearte, porque estabas uno o dos cursos más abajo que yo en la Escuela de Derecho. Como sabes, los mayores (si bien me han dicho que ahora tú te ves mayor que yo) tenemos esa prerrogativa respecto de los más chicos. Pero si llegas a Presidente (Dios no lo quiera), te trataré de “usted”, tal como lo hago, por ahora, con Eduardo.

Aclarado ese punto, debo decirte que estás equivocado. Hoy hay más chilenos sin trabajo que en enero de 1990. Entonces, el desempleo era algo más de cinco por ciento. Hoy, más del ocho y, en Santiago, la Universidad de Chile lo estima en más de 12 por ciento. “Un campo de la vida” importante.

Hoy vivimos más inseguros, con la salvedad, por cierto, de delincuentes y terroristas, que gozan de amplia libertad para asaltar. Pero en las poblaciones la gente honrada no puede salir de su casa cuando oscurece. Otro “campo de la vida” importante.

Cuando, durante el “gobierno autoritario”, hubo sequía y escasez de energía, no fue necesario hacer cortes de luz. Se adoptaron medidas razonables y eficaces. Y no se desató una caza de brujas contra los empresarios, como la emprendida por ustedes.

Y en esos años los chilenos ahorrábamos el 28 por ciento de lo que producíamos. Ustedes han gravado el ahorro con impuestos, y éste ha bajado a poco más del 20 por ciento. El ahorro hace posible un mejor mañana. Otro “campo de la vida” importante.

Y la salud es otro más. Bajo el “gobierno autoritario” se crearon instituciones privadas de salud previsional, que año tras año dieron mejor atención a más chilenos. Hoy ustedes se dedican a perseguirlas. Sus afiliados disminuyen. Cada vez más personas vuelven a la salud estatal. En el diario del domingo un médico de ella dice sufrir un sentimiento “casi de estrangulamiento” al ver que para sus pacientes “...no hay la medicación necesaria en farmacias; ...se nos escurren entre los dedos la salud y el bienestar de pacientes...”.

Otro “campo de la vida” es la alimentación. Hoy los agricultores que producen alimentos en el sur no saben si mañana amanecerán “tomadas” sus tierras por algún grupo mapuche. Bajo el “gobierno autoritario” nadie se apropiaba impunemente de tierras ajenas. Había tranquilidad para producir. Y el pueblo mapuche recibía títulos legítimos sobre tierras propias. Por eso proclamó, en gran junta de caciques, al entonces Presidente Pinochet como “gran jefe”: “Ullmen F'ta Longo”.

Otro “campo de la vida” importante, Ricardo, es la estabilidad de los países. La Constitución contempla mecanismos contra cambios repentinos derivados de un vaivén electoral. Son los “air bags” del país. Tú quieres suprimirlos. Quieres dejarnos sin “air bags”. Si ya tantos chilenos se sienten inseguros hasta en sus casas, ¿quieres inseguridad para todos y en todas partes?

Aun si ustedes hubieran realmente logrado que el país estuviera hoy mejor que 10 años antes, no habría sido como para ufanarse, como lo haces. Lo normal es el progreso de las naciones. Salvo que gobiernen ustedes, los socialistas, que ya una vez, en sólo tres años, lograron dejar a Chile mucho, pero muchísimo peor.

05.05.99

Dos Chiles y Dos Historias

Siempre los DC con su problema del “antes” y el “después”...

Como dice Ricardo Lagos, hay dos Chiles. Naturalmente, cada uno necesita su propia “Historia de Chile”. Es como debe ser. En estos días, dos distinguidos hombres de pluma de la Concertación, ambos laureados con el Premio Nacional de Periodismo y coautores de un libro titulado “Anatomía de un Fracaso: La Experiencia Socialista Chilena”, escrito por ellos en noviembre de 1973, se han visto en la necesidad de denigrar públicamente a la editorial que reeditó la obra sin someterla a una “reactualización”. Es que se está cometiendo un gravísimo atentado contra la higiene de nuestros cerebros, tan escrupulosamente lavados durante 10 años.

Como minoritario impenitente, he vuelto a ensuciar mi modestísimo cerebro leyendo esta reedición no corregida ni reactualizada de “Anatomía de un Fracaso”. Y admito que para una persona hoy aliada de los socialistas, como es el caso de los autores, sobre todo si tienen en vista la perspectiva de votar por uno de ellos, ya sea el día 30 de este mes o el 12 de diciembre, debe resultar tremendamente incómodo haber escrito, refiriéndose al anterior gobierno de sus aliados de hoy, cosas como ésta: “Al fracasar en su plan de infiltrar a las Fuerzas Armadas, la UP no disimulaba que quería combatirlos. Había que 'descabezar' los altos mandos. Y creando clima para el Plan Zeta, buscaban lanzar a los soldados contra los oficiales”. (p. 174).

Tanto o más incómodo debe resultar para un hombre de la Concertación — basada en la confianza mutua entre los legatarios de Frei Montalva y los legatarios de Allende— recordar hoy las sucesivas y flagrantes faltas a la verdad cometidas por este último en 1972, al intentar explicar el contenido de los famosos “bultos cubanos” ingresados ilegalmente al país y de los cuales fue destinatario. Según esas versiones gubernativas sucesivas, el contenido era: (1) “Licores, comestibles, cigarros, libros y objetos de artesanía popular... para el compañero Presidente”; (2) “Cuadros para una exposición cubana de pinturas”; (3) “Helados de mango, obsequio de los centros de madres cubanos”; (4)

“Cuerpos humanos de plástico, que se arman y desarman durante los estudios de medicina” (pp. 114 y 115).

¿Y el acatamiento del gobierno de la UP a la legalidad?: “Cuando un funcionario instaba a los miristas a actuar dentro de la ley, caía en desgracia” (p. 84).

¿Y qué opinaban los autores del 11 de septiembre de 1973?: “A los chilenos no les podía extrañar el pronunciamiento militar... Más todavía, la inmensa mayoría lo esperaba” (p. 180).

¿Qué juicio les merecía la tarea militar del momento?: “Sin embargo, la hora es difícil. Los grupos extremistas no han sido liquidados y el operativo militar deberá continuar hasta lograrlo” (p. 181).

Terrible problema el de los chilenos mayoritarios. Pues en los últimos decenios han necesitado dos sucesivas historias de Chile: una para sacar a los marxistas con la ayuda de los militares y otra para gobernar con los marxistas y echarles la culpa de todo a los militares.

Con el lavado cerebral masivo se olvidó la primera. Todo lo que sea recordarla es sólo una canallada.

19.05.99

El Odio es Más Fuerte

Históricamente en Chile las heridas que dejaban las luchas internas sangrientas eran cerradas mediante el olvido, es decir, la amnistía, que viene del griego “amnestia”, “olvido”. Pero en el Chile actual un ingrediente nuevo, el odio, lo ha impedido.

Un ministro de fuero ha sometido a proceso a cinco oficiales en retiro por el delito de secuestro calificado. Esto significa que él tiene fundadas sospechas de que secuestraron a cierto número de personas en 1973, a las cuales dieron muerte (por eso el delito es “calificado”).

Esa resolución es una afrenta a la legalidad, a la verdad de los hechos, a la equidad y, sobre todo, al sentido común de los chilenos. Veamos.

En primer lugar, en 1978 se dictó una amnistía que perdonó esos delitos. Por eso salieron en libertad mil 475 extremistas, entre ellos muchos asesinos. Y 578 uniformados que sufrían condenas fueron perdonados.

Los chilenos se reconciliaban siempre, tras enfrentamientos armados internos, merced a amnistías. Después de la revolución de 1891 se dictaron seis, que cubrieron los hechos más oprobiosos, como la “matanza de Lo Cañas”, en que agentes del Estado asesinaron a sangre fría a 30 jóvenes opositores. En 1938, tras la “matanza del Seguro Obrero”, cuando la policía masacró a 60 jóvenes nacistas, alzados en armas y después rendidos, se dictó rápidamente otra amnistía general para nacistas y policías.

La jerarquía eclesiástica declaró, a raíz de la amnistía de 1978: “La Iglesia de Santiago valoriza el espíritu de concordia y reconciliación nacional invocado en la adopción de esta medida y la celebra como signo alentador de un reencuentro fraterno”.

No contaba con la izquierda. El odio y el rencor son parte sustancial de ciertas doctrinas políticas. Para mantenerlos vivos es preciso pasar sobre la amnistía y

reescribir la historia. Olvidar que la izquierda armó un ejército irregular; que en 1973 desde radicales y democratacristianos hasta nacionales llamaron, por acuerdo de la Cámara de Diputados, a los militares a poner término a “la instauración de un sistema totalitario” asentado en “grupos armados que, además de atentar contra la seguridad de las personas y sus derechos y contra la paz interna de la nación, están destinados a enfrentarse contra las Fuerzas Armadas”.

Estas últimas, tras el 11 de septiembre, dictaron bandos advirtiendo a quienes persistieran en la resistencia armada: “Los que sean tomados prisioneros, serán fusilados en el acto”. Ello dio lugar a abusos y delitos, es verdad. Son difíciles de evitar al reprimir revoluciones armadas.

Pero después de 1990 el cerebro de los chilenos fue lavado. La revolución totalitaria armada se esfumó. Los militares mataron a los “disidentes políticos”. Deben pagar. ¿Cómo, si hay amnistía? Muy sencillo: busquemos un juez que diga que los delitos de 1973 todavía se están cometiendo. ¿Cómo, si las víctimas murieron? No importa, ése es sólo un hecho.

Pero el juez (como todo Chile) no sólo lo sabe, sino que funda su resolución en ello: precisamente por eso imputa a los procesados un “secuestro calificado”, es decir, seguido de homicidio. Pero también eso es ilegal, porque, según el código, ese delito sólo pueden cometerlo los particulares. Tampoco importa. Y además, al estimar que el secuestro es un delito de ejecución permanente, da por hecho que durante más de 25 años esos oficiales mantienen secuestrados a los muertos. ¿Inverosímil? ¿Absurdo? ¿Irracional? Sí, pero políticamente correcto. Los cerebros lavados no piensan ni tienen sentido común. El odio es más fuerte. Ni perdón ni olvido. Reconciliación ¡jamás!

16.06.99

¿Vae Victis?

¿Recordaba usted los hechos señalados en esta columna? ¿No? De ser así, se confirma que nuestros cerebros han sido lavados.

“¡Ay de los vencidos!”, decían los romanos. Y con el transcurso de los siglos ha quedado consagrado que “la historia la escriben los vencedores”. Salvo en Chile, donde sucede todo lo contrario. Aquí, ¡vae Victis!, ¡ay de los vencedores! Y son los vencidos los que escriben la historia.

Suponíamos que en la lucha de los militares contra el marxismo habían triunfado los primeros. Pero hoy vemos a generales presos y a extremistas de izquierda libres. La figura máxima del Gobierno militar lleva casi un año secuestrada en Londres por orden de un juez y ex diputado socialista español. Aquí un ex miembro de la Junta de Gobierno, a quien se presume, cosa inverosímil, cómplice de un delito fraguado por un subordinado suyo, sigue encarcelado. Otros ex oficiales lo están como autores de un delito que todos saben inexistente (el de secuestro permanente). Entretanto, quienes organizaron y armaron al terrorismo de extrema izquierda no han sido siquiera investigados. Este último siguió activo después del Gobierno militar. Cometió múltiples asesinatos, entre ellos el de un senador. Le metió cinco balas al recientemente fallecido general Leigh. Y sigue activo. En estos mismos días plantó una bomba en la tumba de quien fuera capellán del Ejército, monseñor Florencio Infante. Carta blanca para ellos.

La izquierda ha llegado a tal grado de confianza, que ya se puede permitir algo en lo cual rara vez incurre: decir la verdad. El máximo exponente del MIR, Andrés Pascal, hace increíbles revelaciones en un programa de Canal 13, reproducido en el diario del domingo. Por ejemplo, que el ministro del Interior de Allende en 1973, y en la época también Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats, le pidió al jefe del MIR, Miguel Enríquez, destruir un tanque militar sublevado durante el “tanquetazo”: “Mire, Miguel, si usted puede, si usted puede, destruya ese tanque”. El hombre de gobierno encargado, entre otras cosas, de combatir al terrorismo planeaba con el principal jefe terrorista la

destrucción de un tanque del Ejército del cual aquél era Comandante en Jefe. ¿Qué faltó para la asonada totalitaria?

Sobre todo si el mismo Pascal revela que, también en 1973, “trabajaba” con el coronel de la Fuerza Aérea, Carlos Ominami, y otros oficiales de esa rama, “quienes se comprometieron a que en el caso de haber ya una situación de enfrentamiento, de golpe, ellos estaban en disposición de entregar las armas a las organizaciones populares, milicianas”.

Pero Chile se salvó. Los proyectos totalitarios fueron derrotados. ¿Derrotados? ¿Cómo, si quienes comulgaban con ellos hoy procesan y encarcelan a los vencedores? Leo en los diarios que el ministro sumariante de la Operación Albania, en la cual los servicios de seguridad dieron muerte a un grupo de guerrilleros de extrema izquierda, se apresta a meter presos a otros generales por esos hechos. ¡Ay de los vencedores!

¡Y vaya cómo “los vencidos” se consuelan de la derrota! Sólo en los últimos cinco años fueron 700 millones de dólares los honorarios pagados con fondos públicos a destinatarios que aún no es posible precisar. Y no quiero entrar a detallar fondos para “solidaridad” que han ido a parar a instituciones vinculadas a quienes los reparten. Al parecer, la solidaridad también empieza por casa.

Amarga victoria, dulce y generosa derrota.

06.10.99

Regreso a Tontilandia

Mis peores pronósticos no se cumplieron. Siempre he reconocido que el gobierno de Lagos pudo haber sido mucho peor de lo que ha resultado ser.

Hace más de medio siglo un político y escritor muy agudo, Jenaro Prieto, bautizó a este territorio como “Tontilandia”, frente a la irracionalidad del quehacer que se desplegaba en la época del Frente Popular. El tiempo le dio la razón. Chile se quedó a la zaga en materia de crecimiento y llegó a tener la mayor inflación del mundo.

El gobierno militar lo rescató del retraso y lo convirtió en nación pujante y progresista. Como dijo Clinton hace unos años, pasó a ser “la joya más preciada de la corona latinoamericana”. El gobierno de Aylwin, con el manifiesto pesar del propio Presidente, que veía las señales de progreso material con hostilidad (“no pisaré jamás un mall”, declaró en alguna ocasión), dejó actuar, sin embargo, a los entendidos y mantuvo los lineamientos del libre mercado. A la inversa, su sucesor, Eduardo Frei, aparentemente más convencido de las bondades del libre mercado, tanto que en el Congreso norteamericano, hace cuatro años, se pavoneó con nuestras instituciones privadas de salud previsional (Isapres), ha sido el peor cuchillo para éstas.

En estos días su administración no ha vacilado en impulsar una medida en perjuicio de ellas y de los más pobres, y propiciatoria de mayor desigualdad social, como la de privar a los trabajadores de baja renta del subsidio que les permitía hasta ahora tener acceso al seguro de salud privado.

Eso los obligará a retornar al pésimo sistema estatal. El ministro de Salud destaca por sus campañas contra las Isapres, llamando a sus afiliados a abandonarlas.

En el sector eléctrico el Gobierno ha culpado a las empresas generadoras privadas de los efectos de la sequía y ha propiciado una ley que las obliga a correr con los riesgos de una fuerza mayor como ésta, lo que obviamente

encarece el servicio. Sin embargo, la Comisión Nacional de Energía ha reducido las tarifas eléctricas. El resultado es que se ha paralizado la inversión en nuevas centrales. Si no fuera porque Tontilandia ha comenzado a crecer menos de hecho, este año ha decrecido se podría quedar sin energía suficiente muy luego.

Y la izquierda quiere también terminar con la autonomía del Banco Central, gracias a la cual la inflación se ha reducido a tres por ciento.

Como aún encabeza algunas encuestas el candidato presidencial socialista, situado a la izquierda de Aylwin y Frei, persiste una alta probabilidad de profundización de las políticas contrarias al libre mercado.

Me acordé de Tontilandia leyendo “Nuestros Años Verde Olivo”, de Roberto Ampuero, quien militó en las Juventudes Comunistas y tuvo que pasar años, después de 1973, encerrado en Cuba, sin siquiera libertad para leer lo que quería, con libreta de racionamiento, un par de zapatos plásticos al año y sin poder emigrar. Su libro debiera ser lectura obligada para los tontilandeses.

Allí refiere medidas parecidas a las que comienzan a gestarse entre nosotros. Como cuando Fidel, mucho más astuto que el mercado, decide personalmente que es un disparate cultivar frutas y hortalizas alrededor de La Habana y ordena plantar cafetales, cosa que a los torpes privados jamás se les había ocurrido. Resultado: no se dio el café y La Habana se quedó sin frutas ni hortalizas. Los chilenos nos libramos de cosas como éstas, pero, al parecer, sólo por un tiempo.

20.10.99

Precaria Formación Democrática

Una irregularidad manifiesta en que incurrió el Ministro de Educación, Ricardo Lagos, en 1990, jamás fue debidamente investigada. He insistido una y otra vez en eso, pero, como suele suceder, nadie me ha hecho el menor caso.

Ricardo Lagos califica de “ataque personal” la petición de que explique el manejo de fondos públicos que fueron de su responsabilidad. Eso revela falta de formación democrática. Sólo en las “democracias populares”, como la que su partido propiciaba hace un cuarto de siglo, los gobernantes no rinden cuenta a los ciudadanos. En democracia están obligados a hacerlo.

Cuando la Concertación objetó la adquisición de una fábrica de material bélico por parte del Ejército, en la cual intervino un hijo del Comandante en Jefe, llevó a cabo una exhaustiva investigación. Una comisión de la Cámara, con mayoría concertacionista, determinó que no había existido perjuicio fiscal.

Ricardo Lagos, como ministro de Educación, firmó el 13 de diciembre de 1991 un contrato con la estatal española Focoex, por nueve millones de dólares, para adquirir aulas audiovisuales y elementos pedagógicos, y luego dos contratos más, por cuatro millones adicionales. Focoex subcontrató con Eductrade (vinculada a un empresario socialista español, Jesús Polanco), la cual adjudicó la compra a la firma Alecop. Un funcionario investigador de la Contraloría comprobó, posteriormente: 1) que no se cumplió con la instrucción de Hacienda de llamar a licitación; 2) que ningún contrato se formalizó mediante acto administrativo, impidiéndose así el control preventivo de legalidad; 3) que en España no negoció ningún órgano técnico del ministerio, sino un particular, el señor Luis Oyarzún, quien se desempeñaba en aquél desde 1990, sin vinculación contractual; 4) que se pagaron sobreprecios de hasta 120 por ciento en algunas especies. En el caso de las aulas, se adquirieron a 33 mil 921 dólares cada una, siendo que en 1993 el mismo proveedor las vendía a 15 mil 345 dólares y en 1995 a 19 mil dólares. En suma, el fiscalizador estimó el sobreprecio total pagado en cuatro millones 286 mil 505 dólares; 5) que hubo otros pagos no justificados. El receptor de uno de ellos reembolsó, “sin causa aparente”, dice un

informe, 57 mil dólares al representante del ministerio, “hecho reconocido por éste”.

Los antecedentes pasaron al Consejo de Defensa del Estado, que consultó a un abogado externo. Este informó que para iniciar alguna acción era previa la instrucción de un sumario por la Contraloría. Volvieron los papeles a ésta. No se sabe de sumario. Los diputados Lily y Víctor Pérez pidieron los antecedentes al Contralor. Este les manifestó inicialmente que sólo podía exhibírselos en su despacho. A través de los medios de comunicación me he enterado de que, finalmente, los puso en manos de los parlamentarios. Entretanto, el subsecretario de Educación de 1991 ha declarado que todos los pagos fueron ulteriormente justificados. Pero en “El Mercurio” del domingo 21 de noviembre, página D-7, se informa que el fiscalizador no lo estima así.

No parece una pretensión exagerada de los ciudadanos y contribuyentes la de aclarar la situación. No es un ataque personal. Es sólo el ejercicio de un derecho básico. Quien lo desconozca revelará tener una precaria formación democrática. Y no sería bueno que cayera en sus manos el poder supremo del país.

08.12.99

El Poder del Poder

Y volví con la misma denuncia, sin que nadie me hiciera mayor caso.

La Concertación se parece cada vez más al PRI mexicano en el grado en que ha llegado a concentrar poder. El caso de las compras con sobreprecio realizadas por Ricardo Lagos, cuando era ministro de Educación, es ilustrativo. No respetó las normas legales, pues contrató con una empresa española sin mediar decreto o resolución sujetos a toma de razón, como debió hacerlo. No llamó a licitación para las adquisiciones, como el ministro de Hacienda le ordenó. Le entregó a un particular, conocido suyo, atribuciones para representar al ministerio y hacer compras en España, sin tener facultades para ello y sin mediar contrato alguno. Pagó 33 mil 921 dólares por cada aula tecnológica similar a las que la misma firma (Alecop) había vendido al Ministerio de Educación y Ciencia de España en 15 mil 354 dólares; por cada torno que la Contraloría cotizó en Chile en 284 mil 251 dólares, pagó 628 mil 316; por cada taladro de 31 mil 951 dólares, pagó 48 mil 665. Su representante personal pagó 100 millones de pesos a otro particular por realizar ciertos trámites (que la Contraloría estimó remunerados en exceso e insuficientemente cumplidos). Ese representante recibió de vuelta más de 22 millones de pesos del particular favorecido. En fin, los sobreprecios totales fueron de cuatro millones 284 mil 660 dólares.

Y se podía haber hecho todo bien: el hospital de la FACH hizo adquisiciones en España, en la misma época y con el mismo préstamo, y cumplió todas las normas legales, a satisfacción de la Contraloría.

Las precarias explicaciones intentadas por el Ministerio de Educación fueron pulverizadas por aquélla, la cual afirmó: “No se desvirtúa ninguno de los hechos establecidos”; “se confirman las irregularidades detectadas”; “se pagaron sobreprecios desmedidos”. Todo esto ya estaba determinado en 1996. ¿Y qué pasó después? Nada. Absolutamente nada. La Contraloría tiene atribuciones para iniciar acciones que permitan sancionar las irregularidades y reparar los daños sufridos por el Estado. No las ha utilizado. Envío los antecedentes al Consejo de Defensa del Estado. Este solicitó un informe externo, el cual recomendó pedir a

la Contraloría el sumario que ella debería haber instruido por sí misma. Devolvió la pelota. El nuevo contralor, un hombre intachable, quedó entre la espada y la pared, pues es hermano del ex Presidente Aylwin, bajo cuyo gobierno sucedieron las irregularidades.

¿Y qué dice Lagos? Lamenta que “se ataque en forma vil mi honorabilidad y la de mi familia”. Pero nadie ha aludido a su familia; y en cuanto a preguntar por qué no se respetan las leyes y no se paga sólo lo debido, eso nunca ha sido una vileza.

Lo que sucede es otra cosa: la Concertación ya no admite contrapeso. Ni siquiera preguntas. Es el poder de los que se sienten con todo el poder. Tienen a la Contraloría y al Consejo de Defensa amedrentados. La primera es capaz de procesar a un alcalde si no justifica lo gastado en un almuerzo, pero no a un presidencialista oficialista que se saltó todas las normas. El segundo entabla querrella para investigar un negocio privado en que todos ganaron, pero no para aclarar por qué el Estado pagó millones de dólares de más.

Es el poder de los que tienen el poder, y quieren seguir teniéndolo.

29.12.99

Capítulo V

Ricardo I

(2000 – 2004)

La Democracia es Cruel

¿Sabía usted que los senadores designados y vitalicios fueron una idea de don Jorge Alessandri? Yo no, hasta que Gonzalo Vial lo reveló.

Cuando don Patricio lanzó su famoso “cri du coeur”, “¡El mercado es cruel!”, debo confesar que lo comprendí. Porque él es de una generación formada en el culto al Estado, que nunca creyó en el mercado y a la cual nadie enseñó cómo ni por qué una economía fundada en éste funciona mejor. Pero don Patricio, no gustándole el mercado, gobernó respetándolo. Tuvo la prudencia de poner a la cabeza de la economía a técnicos que entendían cómo ella funcionaba. En definitiva, los mismos— junto con la oposición y los senadores designados (esa valiosa institución incorporada a la Carta de 1980 por don Jorge Alessandri, según me enteré a través de un ensayo de Gonzalo Vial en “La Segunda”) que detuvieron a tiempo algunos errores gubernativos— evitaron que se desvirtuara el legado del Presidente Pinochet. El progreso se mantuvo.

En realidad, el mercado no puede ser cruel, porque no es un ente con personalidad propia. Lo formamos todos, seres libres entre los cuales hay, es cierto, algunos muy crueles —como un sujeto que me gritó, el otro día, en una carretera en que yo iba trotando, si bien debo reconocer que no muy rápido: “¡Apúrate, malo!”—pero también hay otros benévolos— los que encuentran buenas mis columnas—; en fin, lo forman inteligentes y obtusos, codiciosos y desprendidos, malos y buenos y toda la variedad de rasgos que podamos imaginar en la naturaleza humana. Esta, en su conjunto, genera una oferta y una demanda: “el mercado”.

Aclarado lo anterior, me propongo postular que lo que sí es cruel es la democracia. En ésta no eligen todos, como en el mercado; sólo eligen algunos, los que son mayoría. Y vean ustedes lo que ha hecho. Ha elegido a un presidente afiliado a un partido que proclamó el odio de clases, propició la revolución armada y, como dicho futuro mandatario escribiera alguna vez, propuso como “la única solución” económica que “todos los medios de producción pasaran a manos del Estado”. Esas ideas fueron puestas en práctica y provocaron el peor

desastre político, económico y social que ha vivido Chile en su historia.

En el mundo entero, la realidad y la propia historia ratificaron, por añadidura, que esas ideas eran equivocadas, inhumanas y ruinosas. Y resulta que viene una elección presidencial y la gana precisamente quien por largos años las defendiera. ¿Y quiénes perdemos? Justamente los defensores de la vieja “democracia burguesa” contra los embates totalitarios, los que colaboramos para que ella fuera (si bien con alguna tardanza) plenamente restablecida, tras su quebrantamiento por aquéllos y, en fin, los que sin decaimientos propiciamos una economía fundada en la iniciativa y la libertad de las personas.

La mayoría ha elegido a quienes no tenían en absoluto razón y ha derrotado a quienes la tenían en toda la línea. Habló la democracia y es preciso respetar su voz. Pero su pronunciamiento no ha sido justo. Digámoslo con todas sus letras: ha sido definitivamente cruel.

La Política es Así

Lo que vaticinaba esta columna se cumplió: uno de los fracasos de Lagos fue la falta de creación de empleos. La referencia contra los belgas se debió a una orden de detención despachada por un juez belga contra el ex Presidente Pinochet.

Las señales del futuro gobierno, vistos sus nombramientos, son de moderación. Hasta es posible que Camilo Escalona haya perdido la Intendencia de la VIII Región por su artículo de "La Segunda" contra los consensos.

Pero la primera medida, la reforma laboral, consistirá en los mismos errores anunciados, si bien visiblemente se busca moderarlos. De todos modos, se endurecerá la huelga y se encarecerá la mano de obra. Es decir, habrá menos creación de empleos. Lo notable es que, al parecer, el nuevo gobierno lo sabe y por eso procura consensos. La que no lo sabe es la mayoría. Esta cree que las reformas favorecen a los trabajadores. José Miguel Insulza declaró que en septiembre Lagos estaba cuatro o cinco puntos abajo. Eso explica la estrategia posterior, de impulsar proyectos negativos, pero que daban votos. El primero, la reforma laboral. Y Lagos se recuperó y ganó.

Pero él mismo ha señalado como gobernantes afines a De la Rúa, de Argentina, y Schroeder, de Alemania, que están empeñados en reformas laborales al revés de la de acá, para liberalizar el mercado del trabajo y abaratar la mano de obra. De la Rúa propone extender los períodos en que se puede tomar a un trabajador sin ningún contrato, es decir, de acuerdo al libre mercado total.

Busca reducir el desempleo. Por supuesto, es difícil convencer a la gente de que la "protección" de la ley no conviene al trabajador. Los economistas de izquierda, generalmente alejados de la práctica empresarial, a veces tampoco se dan cuenta de eso. Pero los empresarios sí.

Déjenme contarles mi experiencia de socio de una pequeña imprenta. Hace unos años debimos decidir entre comprar una encuadernadora belga (bueno, ahora

habríamos elegido de otra nacionalidad) Bourg, de veinte millones de pesos, que funcionaba con un operario, o contratar dos operarios. La encuadernadora hacía en media jornada lo que los operarios en una, pero su costo por hora era el doble. Luego, estaban empatados. Compramos la encuadernadora. ¿Por qué? Por las leyes laborales: si disminuía el trabajo —como, de hecho, sucedió después— no había problema de despido e indemnización, ni riesgo de que al aumentar personal hubiera sindicato, ni negociación colectiva, ni huelga. Con un mercado del trabajo más libre no habríamos dudado: habríamos contratado más operarios y no comprado la máquina.

Hace meses un agricultor remolachero de Angol me refirió que, tras el último reajuste del salario mínimo, ya se había llegado al punto en que valía la pena mecanizar la cosecha, muy intensiva en mano de obra. Se ganan votos prometiendo “leyes más favorables para el trabajador”, mientras se lanza al desempleo a miles de jóvenes pobres que, de haber más libertad, estarían trabajando. Los prefieren ociosos en las esquinas, expuestos a la delincuencia y la droga, a hacerlos productivos, empezando con una remuneración modesta, pero honrada, y creando riqueza, en lugar de destruirla... y destruirse. Pero las elecciones se ganan con la receta contraria. Ahora se trata de ayudar a Lagos a cumplir su promesa de la manera menos dañina posible. Y procurando que la gente, que no entiende el problema —por eso Lagos ganó— no se dé cuenta de nada.

01.03.00

Gulliver en el País de los Enanos

Creo que esta columna, escrita al regreso del ex Presidente Pinochet tras su secuestro a manos de concertados anglo-hispanos, ha sido la que mayores reacciones ha despertado entre todas las que he escrito por casi un cuarto de siglo.

La llegada de Gulliver trastornó completamente a los enanos. “Es demasiado grande —decía uno— Todos se van a preocupar de él y nadie de nosotros. Prohíban a la prensa asistir, no vaya a ser cosa que informe. No queremos portadas ni pantallas para Gulliver. Acuérdense que debo inaugurar un tranque en el Norte Enano, y con esto nadie se dará cuenta. ¡Llamen al ejército de Liliput: que no se le vaya a ocurrir recibir con un discurso a Gulliver!”

Pero todo resultó pésimamente mal. Liliput y el mundo sólo estuvieron pendientes de Gulliver. Un enano ibérico mandó decir que esto era vergonzoso. Gallego al fin, se preguntaba: “¿Desde cuándo transformar un país condenado a la ruina y al totalitarismo en otro próspero y libre merece tantos aplausos?”

Un liliputiense calvo preguntaba, a todo esto, desesperado, qué pensarían afuera de que hubieran recibido a Gulliver con una melodía alemana. “Nazismo puro —decía, mesándose su último pelo—. Sólo falta que sigan con Wagner, Bach o Beethoven.”

Los enanos locales, en efecto, viven pensando en “qué van a decir afuera”. “Nos mostraron tarjeta amarilla”, dijo uno, espantado, mirándose el dedo, no hace mucho. Por eso, sostienen la necesidad de meter preso a Gulliver. Pues cuando él evitó la guerra civil, hace décadas, hubo muertes. “¡Carguémoselas a él —dicen — así nadie sabrá que la guerra civil la habíamos preparado nosotros!”

—Pero cómo— dijo un liliputiense inadvertido, que conservaba un atisbo de sentido común —si él evitó el millón y medio de muertos que preveía el general Prats, y al final hubo sólo poco más de dos mil. Yo pienso que, en vez de condenar a Gulliver, deberíamos condecorarlo.

Fue inmediatamente silenciado y sometido a la Comisión de Ética.

—Yo conozco un juez que puede condenar a Gulliver— saltó otro, con una sonrisa, y añadió: —Le he visto inventar un delito. Ahora, ustedes saben, eso puede hacerse.

— ¿Qué delito?

—Secuestro permanente. Se le acusará de mantener personas secuestradas.

— ¿Pero cómo, si el propio Gulliver estaba privado de libertad en otro país? ¿Cómo alguien podría creer que mantenía personas secuestradas?

—Basta que un juez enano lo diga, torpe. En Liliput los jueces no necesitan probar nada. Este ya lo ha hecho antes, y le dieron el premio como mejor juez del año. Si ahora encierra a Gulliver, se hará famoso y hasta le pueden dar el Nobel.

— ¡Pero qué buena idea!— exclamaron los liliputienses—. ¡Cómo no se nos había ocurrido antes! Pero que sea rápido. Si no, Gulliver podría ir al Congreso Pleno. De nuevo, todo el mundo estaría preocupado sólo de él y nadie haría el menor caso del traspaso de la Banda Enana.

08.03.00

¡Pobres Militares!

La debilidad de los uniformados para defender sus derechos suscita mi ilimitada compasión.

Rompí mi abstinencia televisiva para ver la transmisión del mando. Llegué un poco tarde, debido a un compromiso ciclístico. La ceremonia había concluido. Un escuadrón de lanceros escoltaba dignamente al Presidente, tras su asunción. Cumplida esa tarea, cuando desfilaban de vuelta, los partidarios del Presidente los premiaron, gritándoles a coro: “¡Asesinos, asesinos!”. “No hay duda”, reflexioné, “la izquierda nos divide. Su odio es más fuerte”. Nosotros hemos olvidado todo. Ellos, sólo lo que les conviene.

Por ejemplo, su “Plan Zeta”. ¿Qué fue eso? El almirante Merino, en sus memorias, explica: “El Plan Zeta, que se ha dado a conocer a través de declaraciones y otros documentos y entrevistas, fue encontrado en la bóveda del Banco Central, en un archivador que tenía como título “Consideraciones para Exportaciones al Extranjero”. En su sección 4.A-2 detalla una de las acciones previstas para septiembre de 1973: “Simultáneamente, los GAP de La Moneda e intendencias procederán a dar de baja a los generales, almirantes y otros altos oficiales que estarán reunidos, asistiendo a un almuerzo oficial que ofrecerá el Gobierno con motivo del Día del Ejército.”

Pero el mundo pide juzgar y condenar a los militares. Gana medalla de oro el enviado belga a la transmisión del mando: anuncia 19 querellas de su gobierno contra el ex Presidente Pinochet y, sin hacer siquiera una pausa, pide un perdón completo para que puedan retornar a Chile algunos de los asesinos del senador Jaime Guzmán y de cinco escoltas del ex Presidente, a quienes Aylwin conmutó la pena por residencia en Bélgica, con trabajo garantizado.

El juez Guzmán pide el desafuero del senador Pinochet por tener fundadas sospechas de que mantiene secuestradas a 19 personas. Por supuesto, para llevar adelante tamaña ficción prescinde de certificados de defunción que acreditan el fallecimiento de los presuntos “secuestrados”. Tales certificados, según la ley,

sólo pueden dejarse sin efecto por sentencia ejecutoriada y después de un procedimiento judicial que no se ha seguido. Son legalmente válidos. Pero, tratándose de militares, no valen.

Un ex uniformado, Enrique Arancibia Clavel, está en prisión preventiva desde hace cuatro años en Buenos Aires por el caso Prats, sin que se le juzgue ni se le acuse. Eso atropella todas las normas del debido proceso, entre ellas la Convención Americana de Derechos Humanos. Pero la OEA desatiende sus denuncias.

Hay una ley para civiles y otra para militares. Anteayer se informó que el Consejo de Defensa del Estado ha logrado hacer procesar a un oficial que cobró sobrepagos por cerca de 100 millones de pesos al Hospital Militar. ¡Bravo! Pero el mismo Consejo se niega a iniciar acción alguna por compras con sobrepagos de más de dos mil millones de pesos del Ministerio de Educación, rodeadas de ilegalidades.

¡Pobres militares! Deben estarse preguntando qué demonios significará eso del Estado de Derecho y de la igualdad ante la ley de que tanto hablan los civiles.

15.03.00

Lo Siento, Josefina

Pero para contentar a Josefina, reconozco en este acto que en 2004 se está logrando superar el déficit presupuestario.

Josefina me escribe una carta apacible y serena, en que me pide no seguir atacando al Presidente Lagos. Rubrica su firma con la sigla jesuita JHS. Olvidado de su significado, consulto a un historiador católico, pero tampoco lo recuerda. Recurrimos entonces a un abogado agnóstico, quien nos saca de la duda: “Jesús Hominum Salvador”.

Pero, Josefina, si no hago oposición, ¿quién más la hará? La UDI y RN han ofrecido colaborar con el Gobierno. Gladys (quien hoy está de santo) le ha entregado, asimismo, la “colaboración independiente” del PC. Estamos al borde de la unanimidad.

Además, Josefina, yo no “ataco” a Lagos. Sólo pregunto insistentemente, por ejemplo, por qué siendo ministro de Educación no respetó las leyes y pagó cuatro millones de dólares en exceso por adquisiciones hechas a través de Eductrade, firma de un socialista español. Ese mismo negocio es denunciado en España —junto a muchos otros— por el best-seller del momento, “El Negocio de la Libertad”, de Jesús Cacho.

En la Cámara, los diputados Pérez y Pérez consiguieron citar a aclarar el asunto al Contralor, Arturo Aylwin, y a la ministra de Educación, su sobrina Mariana. El primero fue categórico: “Hubo negligencia de la Subsecretaría de Educación, del jefe administrativo del ministerio y de sus funcionarios. El Tesorero General de la República, afirmó Aylwin, cometió el error inexcusable de cursar los pagos por las compras con la sola visación de un particular, don Luis Oyarzún”. Esos no son “ataques”, Josefina. Es un ineludible apoyo, en aras de la buena administración de los recursos públicos, a la fiscalización de los dos diputados. Es tan poco mi ánimo de “atacar”, que me abstengo de comentar otros aspectos del asunto, que le añadirían sensacionalismo o espectacularidad. Pero estoy de acuerdo en que el país no quiere hurgar más en él. Algunos de los antecedentes

anteriores ni siquiera han sido recogidos por la prensa. El país parece resignarse a que “la plata se perdió, y a otra cosa”.

Pero, aparte de eso, ¿cómo no criticar al nuevo gobierno si su acción es contradictoria e ineficiente? Promete más empleos, pero prepara un proyecto de ley sobre seguro de desempleo cuya consecuencia absolutamente cierta será que habrá menos empleos de los que habría si no se aprobara. Promete equilibrio presupuestario, pero ante cualquier desorden callejero, al igual que su antecesor —creador del déficit— abre las arcas fiscales. Y se propone metas, como la de suprimir las colas en los consultorios, que sólo pueden cumplirse mejorando la gestión de la salud pública primaria, como lo ha hecho el alcalde Sabat en Ñuñoa —lo que sabidamente no está dispuesto a hacer— o incurriendo en un gasto extraordinario que ahondará el déficit. En fin, reemplaza a legiones de embajadores y jefes de servicios, pagando ingentes gastos de traslado e indemnizaciones, sólo para satisfacer a correligionarios que anhelan esos puestos. Así, por cierto, nunca se ha equilibrado un presupuesto.

Lo siento, Josefina, pero debo seguir cumpliendo la ingrata tarea de permanecer como el último, si bien insignificante, vestigio de oposición.

29.03.00

Los Políticos, Otra Vez

Los garantes de la institucionalidad hasta ahora no han garantizado nada. Tal vez eso explique el hecho de que la oposición esté de acuerdo con el Gobierno en privarlos de todo papel constitucional significativo.

Tenemos una buena Constitución, que ha permitido un decenio de estabilidad política, paz social y progreso económico. La Concertación la ha echado a perder cuanto ha podido, pero, gracias a la minoría opositora y a los senadores institucionales, el daño ha sido limitado. Así y todo, hubo reformas tan erróneas que la propia Concertación busca ahora modificar (elecciones de alcaldes y duración del mandato presidencial).

En las elecciones parlamentarias de 1997 la ciudadanía premió claramente al único partido que se opuso siempre al desmantelamiento de la Constitución, la UDI. Por eso sorprende que ésta se adelante ahora a apoyar reformas que en el pasado rechazara.

Es verdad que han sucedido algunas cosas importantes. La primera, que los senadores designados por los gobiernos de la Concertación, contraviniendo el espíritu de la Carta, se han convertido de hecho en senadores de sus respectivos partidos. Así, entonces, de los 11 institucionales, cuatro se han alineado políticamente. Como uno de los restantes está marginado por enfermedad, quedan seis. Estos últimos han respetado la esencia de su misión y se comportan con independencia, de manera que no votan alineadamente. Atendido eso, y hablando en términos de votaciones, ya los senadores institucionales no hacen una diferencia mayor con la situación que habría si fueran todos elegidos. Eso explicaría políticamente el apoyo a la reforma. Pero se perderá un importante instrumento para desterrar la demagogia del quehacer legislativo.

En cuanto a la reforma al Consejo de Seguridad Nacional en que parece concordar la oposición (la de dar al Presidente la exclusividad de la atribución de convocarlo), ella cerraría el único camino constitucional que tienen las instituciones garantes de la Carta —las de la Defensa Nacional— para cumplir

su tarea de tales. Sin ir más lejos, el hecho de que un ex Presidente, ex Comandante en Jefe y actual senador esté a punto de ser desaforado de este último cargo, debido a que un juez lo estima sospechoso de haber cometido un delito pública y probadamente inexistente, representa un atropello flagrante a disposiciones básicas de la institucionalidad. Ello debería, a mi juicio, haber dado lugar a una convocatoria al Consejo de Seguridad Nacional, por parte de los garantes, a fin de representar a los poderes del Estado, con pleno apego a la juridicidad, la gravedad de esa trasgresión al orden institucional. Pero no lo han hecho. Como en la vida política el desuso de las atribuciones suele conducir a su pérdida, tal vez esta reforma sólo venga a consolidar una realidad.

Nuestra historia enseña que los más graves conflictos internos han sido de exclusivo origen político, y los llamados a ponerles término han sido los militares. La Constitución de 1980, sabiamente, creó un mecanismo preventivo. Pero no parece quererse o saberse utilizar, y está en vías de desaparecer. Así, en breve podríamos quedar de nuevo expuestos a que nuestra historia se vuelva a repetir.

19.04.00

Con Una Mano en el Corazón

El siguiente es un buen resumen de los atropellos al derecho de que ha sido objeto el general Pinochet por parte del juez Guzmán Tapia y la mayoría de los ministros de las Cortes de Apelaciones de Santiago y Suprema.

El proceso al senador Pinochet, un caso representativo, sirve para determinar si en Chile rige un Estado de Derecho. Preocúpese: mañana esto puede afectarlo a usted.

En mi concepto, al senador se le ha hecho víctima de a lo menos doce atropellos a la ley.

Primera ilegalidad: se pide su desafuero por un delito (secuestro permanente) que no existe. Usted sabe, los jueces saben, los querellantes saben que no existe.

Segunda ilegalidad: se presume de derecho ese delito, pues no se admiten pruebas en contrario (certificados de defunción), en circunstancia de que la Constitución, art. 19 N 3, prohíbe presumir de derecho la responsabilidad penal.

Tercera ilegalidad: se desconocen dichos certificados de defunción sin haber seguido el procedimiento legal para invalidarlos.

Cuarta ilegalidad: el delito se imputa a militares, es decir, a funcionarios del Estado, en tanto que, según el Código Penal, el secuestro sólo puede ser cometido por particulares. En el caso de los funcionarios la figura se denomina detención ilegal, y no puede ser permanente.

Quinta ilegalidad: proceder sin previa condena en juicio político. En el derecho chileno, refrendado por la jurisprudencia, sólo puede arrastrarse a los Tribunales a un ex Presidente, por actos de su mandato, previa condena en juicio político ante el Congreso Nacional.

Sexta ilegalidad: juzgar a una persona cuya salud le impide participar en su

propia defensa, cosa que vedan los convenios internacionales suscritos por Chile.

Séptima ilegalidad: desconocer el principio “pro reo”. En la Corte el empate para reconocer los motivos de salud se interpretó en contra del senador Pinochet.

Octava ilegalidad: no permitir a sus abogados, pero sí a los querellantes, presenciar una gran parte de la relación de la causa ante la Corte.

Novena ilegalidad: interpretar la ley en un sentido absurdo, pues al terminar este proceso, el senador debería volver a ser procesado por secuestro, pues, según la ficción judicial, lo continuaría cometiendo.

Décima ilegalidad: no investigar con igual celo, como manda la ley, los hechos que agravan la responsabilidad y los que eximen de ella. No se ha encargado a órgano policial alguno comprobar si está ocurriendo el secuestro o cuándo habría cesado.

Undécima ilegalidad: no aplicar la Ley de Amnistía, debiendo hacerse, al no existir prueba de delito alguno posterior al 18 de abril de 1978.

Duodécima ilegalidad: no aplicar la prescripción, al no haber prueba de que dentro del plazo de ella haya tenido lugar algún secuestro. Los hechos sucedieron hace 27 años, en un contexto en que incluso Aylwin y Frei Montalva justificaban la severidad militar. La prescripción busca impedir que se juzguen los hechos de una época en otra, con olvido de su contexto.

Queridos feligreses (as): con una mano en el corazón, ¿pueden ustedes honestamente creer que en Chile, hoy, impera lo que se llama un Estado de Derecho?

Mayoría Jurídicamente Derrotada

Nunca nadie intentó siquiera refutar una letra de la columna que sigue, pese a que cualquier mínimo error en otras de las mías ha suscitado siempre una o más rectificaciones.

¿Qué puede decirse de un fallo como el de la Corte de Apelaciones que aprobó el desafuero del senador Pinochet, en que el voto de minoría literalmente pulveriza al de mayoría? Sólo cabe lamentarlo, por el buen nombre del Poder Judicial. En efecto, el desafuero de un senador sólo puede tener lugar si está justificada la existencia de un delito y si hay sospechas fundadas de su participación en él. En el proceso “se ha tenido por justificada, únicamente, la existencia de delitos reiterados de secuestro calificado”, como afirma el voto de minoría. A su vez, el de mayoría funda sus sospechas sobre el general Pinochet en dos documentos: uno suyo, que confirió la calidad de Oficial Delegado al general Arellano, en 1973, “para cumplir labores de coordinación de criterios institucionales, de gobierno interior y de procedimientos judiciales, o para revisar o acelerar procesos”, es decir, de ningún modo para secuestrar a nadie, y otro, dirigido al entonces Presidente por el general Lagos Osorio, que contiene una lista de fusilados en Antofagasta y Calama. ¿Qué pueden probar acerca de la participación en secuestros? Nada. Sólo sirven para confirmar que no los hubo. Pero el voto de mayoría los tiene por justificados y deriva de allí “sospechas fundadas” de la participación del entonces Presidente Pinochet en ellos.

El voto de minoría, sin embargo, acude al rescate del derecho y la razón. Así, nos recuerda el artículo 108 del Código de Procedimiento Penal, que dice: “La existencia del hecho punible es el fundamento de todo juicio criminal”. La ministra Camposano, en su aporte a dicho voto, afirma que en el proceso “hay dos hechos establecidos: uno, que a los presuntos secuestrados se les dio muerte, ya que todos los comandantes de los regimientos declaran que fueron fusilados y así lo reconocen los procesados, y así también lo entendieron los querellantes, que hablan de homicidios, masacres y genocidio. El otro hecho establecido es que los cadáveres no fueron entregados a sus familiares y se desconoce su actual paradero. Absolutamente ninguno de los que participaron en la ocurrencia de los

hechos sostiene o deja entrever que los supuestamente secuestrados fueron encerrados o privados de libertad en algún lugar ignorado hasta el momento”. El hecho punible invocado no existió.

¿De dónde obtiene, entonces, el voto de mayoría el fundamento para conceder el desafuero de Pinochet por secuestro? De ninguna parte. Las únicas pruebas que hay acreditan que ese delito no pudo existir.

Cualquier chileno puede comprobar todo lo anterior leyendo el fallo. Las escuelas de Derecho harían bien en analizarlo. La grave trasgresión a las bases de la institucionalidad, a los fundamentos de la ley penal y al Estado de Derecho que consagra ese voto de mayoría debería servir, por lo menos, de lección para el futuro.

Si se ha buscado, pues, dañar la imagen pública, internacional e histórica del ex gobernante, un daño todavía mayor se está infiriendo al prestigio, seriedad e idoneidad jurídica de la justicia chilena.

07.06.00

Por Qué No Hay Reactivación

Casi un quinquenio después las razones se mantienen, con sólo leves cambios favorables y no muy leves desfavorables.

Porque los individuos capaces de hacer inversiones significativas, y también los capaces de hacer las poco significativas son una reducida minoría en el país. Y, por desgracia, esa minoría no está tranquila ni contenta. La inversión reactiva la economía y genera el empleo.

Porque anteayer le levantaron una estatua a Allende, el Presidente que confiscó ilegalmente propiedades a los inversionistas. Porque, mientras tanto, Pinochet, que se las devolvió y las respaldó, está privado de fuero e inculpado por un delito que todos, comenzando por los jueces, saben que no existe. Y el inversionista toma nota de que, si se crea suficiente presión política, a él también podrían inventarle, si no un delitos—lo cual también podría suceder— alguna razón para despojarlo.

Porque hasta los extranjeros, que habitualmente son los últimos en darse cuenta de lo que pasa en Chile, ven que el horno no está para bollos. El Fondo de Inversión Five Arrows liquida sus activos locales (todavía le falta vender 80 millones de dólares); Aetna se propone hacer lo mismo. A los españoles de Endesa, que siguen creyendo en Chile, por ley los han hecho responsables hasta de la interrupción del suministro en casos fortuitos o de fuerza mayor. Y a los de Telefónica, la Concertación les cambió las reglas del juego en materia tarifaria.

Porque el clima chileno es hoy hostil para todo inversionista. El oficialismo ataca a diario a las instituciones privadas de salud. En un “plebiscito popular” concertacionista, el 99 por ciento se pronunció contra la privatización de una sanitaria. Este era casi el único campo en que la Concertación había privatizado algo.

Porque la nueva ley de Oferta Pública de Acciones lleva a los accionistas controladores a preguntarse si les vale la pena seguir siéndolo... e invirtiendo.

Porque diferentes grupos de vecinos se levantan contra iniciativas de inversión: sólo en estos días han objetado las antenas de telefonía celular, un proyecto hotelero y de construcción en una laguna cercana a Santiago y variadas obras y edificaciones. Porque pasan meses antes de que las direcciones de obras municipales autoricen proyectos de construcción. Mientras, se dejan de crear empleos, no hay reactivación y muchas personas siguen cesantes.

Porque aumenta el costo de contratar trabajadores. El salario mínimo obligatorio sube a 100 mil pesos. La reforma laboral aumentará los costos de producción y dificultará la operación de las empresas. El seguro de desempleo encarecerá todavía más el factor trabajo. Fiscalizadores estatales se enseñorean de empresas y agudizan los conflictos.

Porque las restricciones ambientales paralizan proyectos. Porque las personas naturales deben pagar el 45 por ciento de impuesto a la renta sobre cualquier ganancia significativa. Si forman sociedades para pagar menos impuesto, éstas quedan sujetas a una patente municipal, que es un verdadero impuesto al capital.

Y aquí termino, pero por falta de espacio y no de razones por las cuales no hay reactivación.

28.06.00

Un Decenio del PRI Chileno

Algunos me preguntan cuándo me voy a olvidar de los sobreprecios pagados a la empresa de un socialista español por Ricardo Lagos como Ministro de Educación. Respuesta: o todos olvidamos todo o nadie olvida nada.

Los tres Presidentes del PRI chileno en un decenio realizaron la semana pasada un ejercicio democrático memorable, pulverizando a sus adversarios desde las pantallas de Televisión Nacional. Lástima que éstos no podían responder. Democracia “la PRI”.

El conglomerado gobernante se acerca al poder omnímodo. En la Cámara frustró finalmente el honorable esfuerzo de los diputados Pérez y Pérez por aclarar las compras con sobreprecio del Ministerio de Educación a la España socialista. Obtuve una versión del notable discurso del —en otras ocasiones— implacable diputado Ávila (PPD), para saber por qué esta vez perdió su ímpetu fiscalizador. Explicó algo así como que si bien es cierto todo fue irregular, no es menos cierto que parecía mejor no hacer nada. Y ahí terminó el asunto. La Tesorería giró millones de dólares sin haber debido girarlos; la Contraloría no sumarió a los responsables, debiendo sumariarlos; el Consejo de Defensa del Estado no defendió al Estado, y el PRI chileno impuso su mayoría en la Cámara de Diputados para dejar todo en nada. Fiscalización “la PRI”.

Ya el Poder Judicial tampoco es problema. Se ha vuelto implacable con los militares, lo que satisface al PRI chileno. Leemos en la prensa que la relatora de la Corte Suprema recibió preguntas de los ministros que fallarán el caso Pinochet, en el acto de informarles sobre el expediente. Pero parece que ninguno le formuló la única consulta esencial: si hay la más mínima prueba de que el secuestro permanente, en virtud del cual se pretende procesar al senador, existe. Todos saben que no. Por tanto, no habría fundamento para procesar. Pero eso sería políticamente incorrecto. Justicia “a la PRI”.

El tercero de sus tres Presidentes, debe reconocerse, se mostró magnánimo en la televisión: “Hemos reconocido nuestros errores”, señaló. Pero, añadió, ellos no

justifican los “horrores” de los militares. Si un extremista mató a un militar, fue un “error”; si un militar mató a un extremista, un “horror”. Hay numerosos oficiales procesados y detenidos por la muerte de guerrilleros del Frente Manuel Rodríguez. Pregunte usted si hay alguien detenido a raíz de lo que voy a reproducir a continuación, del libro “Stasi”, de John Koehler, quien examinó los archivos de la policía secreta de Alemania Oriental, p. 313:

“Grupos de guerrilla urbana izquierdistas empezaron un reino del terror en Chile en 1983 con bombas y asesinatos, exactamente la clase de acciones para las cuales la Stasi proveyó entrenamiento. Entre 1983 y 1986 hubo más de mil bombas atribuidas al frente revolucionario comunista, que también fue responsabilizado de matar a veintiún oficiales y policías. Entre 1984 y 1988 los alemanes orientales contribuyeron con US\$ 6.795.015 para que el Partido Comunista chileno financiara el terrorismo”. Por cierto, la historia oficial contenida en los libros distribuidos por el gobierno en los colegios excluye toda referencia a estos “errores”. Historia “a la PRI”.

En México se quedó más de 70 años. Aquí lleva apenas 10.

19.07.00

Una Lágrima por el Once

Por algo los comunistas pusieron una bomba en la sala de cine que exhibió la película.

“¿Qué se hizo el rey don Juan?/ Los infantes de Aragón/ ¿qué se fizieron?/ ¿Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención/ como truxeron?”. Versos de Manrique. Los adapté para la muerte del 11. ¿Qué se han hecho tantos convocantes y tantos beneficiarios? Tal vez la fecha más importante de la historia patria, aparte del 18, ha quedado entregada a vándalos y depredadores de izquierda. Pues, ¿quiénes celebran? Los que iban a “incendiar el país por sus cuatro costados”, a “crear 100 Vietnam”. Los que repartían armas, usurpaban, incautaban y envilecían la moneda y La Moneda.

Soportamos el espectáculo de alguno que hoy vitupera por TV a los militares por el 11, habiéndolos aplaudido en 1973 y sido artífice del llamado a consumarlo.

Muchos uniformados están sometidos a proceso por haberle prestado oídos. Hoy son presos políticos. Pues donde la ley dice que la responsabilidad penal está extinguida, para ellos un fallo político dice que no. Donde la ley ordena al juez poner término al proceso, un juez político ordena proseguirlo. Antes y después de que los partidos democráticos y la mayoría ciudadana llamaran a los militares a tomar las armas para derrotar a un ejército subversivo (“mejor armado que ellos”, les decían; ver carta de Frei Montalva a Mariano Rumor), los uniformados fueron y han sido ciudadanos intachables. Pero hoy se les deniega hasta la libertad provisional, por constituir “un peligro para la sociedad”, según la justicia de izquierda. Y los que ponían bombas antes del 11 y las han seguido poniendo después, gozan del perdón y la libertad.

Justamente pusieron una bomba el otro día en una sala de cine. Por eso fui a ver la respectiva película, “Reglas de Combate”. Intuía el tema, real. ¡Era el 11, American style! El Presidente de los Estados Unidos ordenó a los militares liberar a su embajador en Yemen, cuya residencia estaba bajo los disparos y bombas de una turba izquierdista. Los militares acuden en tres helicópteros.

Liberan al embajador y a su familia. Aquél les expresa eterna gratitud por haberles salvado la vida. Caen varios marines bajo los disparos extremistas; sus compañeros responden el fuego y mueren 83 yemeníes.

La izquierda mundial protesta “contra la masacre”. Los políticos de Washington se aterran y aplican la receta chilena: culpar a los militares. Un fiscal acusa de asesinato al comandante del pelotón. Obligan al embajador a declarar contra sus salvadores. Ya fuera de peligro, aquél afirma: “No había necesidad de matar gente”. Para probarlo, el gobierno oculta información y altera la verdad de los hechos. Piquetes izquierdistas hacen “funas” contra el oficial y le gritan “asesino” en la calle. La prensa se ensaña con él. ¡Es Chile 2000! Están todos los personajes. A la salida del biógrafo, mi mujer resume:

— Es como ver lo que le están haciendo a Pinochet.

Una lágrima por el 11. Y por sus víctimas propiciatorias. Y por tan triste país.

13.09.00

Pecados Secretos

Siempre procuro dar consejos útiles a mis feligreses.

Queridos feligreses(as): deseo daros un consejo que puede seros de enorme conveniencia. Es el siguiente: si por alguno de esos azares malignos de la existencia resolvierais adoptar conductas pecaminosas, previamente os aconsejo abrazar, y con la mayor premura, militancia política de izquierda, si es que no la tuvierais de antemano. (Aclaración: esta columna tiene feligreses de izquierda.)

Veamos por qué. Una versión acerca de un informe de la CIA menciona, sin allegar pruebas, que en una oportunidad y por error ella hizo un pago al jefe de inteligencia chileno en 1975. La noticia ha llenado titulares y acaparado comentarios de radio y televisión. Nuestra Canciller, militante del supuestamente impoluto PDC, ha aparecido consternada en las pantallas, emitiendo, con un matiz de condescendencia, un comunicado condenatorio. A su turno, y sin condescendencia alguna, un abogado comunista —seguramente embriagado por el éxito de la “doctrina del juez Guzmán”, que permite procesar por delitos inexistentes, amnistiados o prescritos— anunció juicio por traición a la Patria contra el supuesto receptor del pago.

Por contraste, ni autoridades ni medios de comunicación hacen sensacionalismo alguno por supuestos pagos de la CIA al PDC. Y habrían pasado inadvertidos si don Patricio Aylwin no hubiera declarado “poner sus manos al fuego” para garantizar que ni su partido ni militante alguno suyo los solicitó ni recibió.

Pero, cuidado. Leo, por ejemplo, en la revista del Centro de Estudios Públicos N° 72, una conferencia del ex embajador de los EE.UU. en Chile Edward Korry, donde refiere: “El candidato del PDC (en 1970), Tomic, y sus simpatizantes habían extendido cheques a fecha para financiar su campaña. Una vez que se nacionalizaron los bancos, el régimen de Allende utilizó esos cheques como un arma intimidatoria para que los demócratacristianos se alinearan con la UP. Los detalles de este caso están muy bien documentados en cables de la embajada, por cuanto un desesperado PDC nos solicitó cancelar las deudas pendientes de

Tomic”. Lamentable, sobre todo por las manos de don Patricio.

En el mismo número, las investigadoras rusas Olga Ulianova y Eugenia Fediakova, cuya fuente es el Sistema de Archivos de la Federación Rusa, detallan los fondos por más de 13 millones de dólares entregados por los soviéticos en diferentes años al Partido Comunista chileno, amén de otras ayudas. Esto es serio y fundado, pero pareciera que no lo sabe casi nadie. Y, desde luego, tampoco constituye traición a la Patria.

Feligresas, feligreses todos, os lo reitero: antes de pecar, idos a la izquierda. No sólo seréis perdonados, sino que vuestros deslices jamás serán publicitados.

27.09.00

Mercado Cruel

Hay muchos ojos mirándolo todo. Es el mercado...

Hayek y Mises ponen énfasis, al describir la superioridad social de una economía libre o de mercado, por sobre una regulada o socialista, en que la diferencia está en “el problema de la información”. El mercado, dicen, con millones de ojos y oídos, tiene mejor información que el más listo equipo de burócratas planificadores. Esa superioridad permite producir más, y el bienestar general así alcanzado es mayor.

El mercado todo lo sabe. Un feligrés de Valparaíso, por ejemplo, me escribe sobre el incidente de las amenazas de Allende a Sainte-Marie, referido en columna anterior y que alguien intentó desmentir: “Se lo vi (sic) decir a doña Carmen Kaiser, viuda del último nombrado, cuando esta señora vivía en Reñaca, hace ya muchos años”.

La Concertación, poco amiga del mercado, hace esfuerzos por regular el de la información, como todos los demás, pero no ha podido lograrlo. Sus prohombres se enojan, debido a tantas cosas que se saben y no les conviene que se sepan. El Presidente se alteró el lunes, cuando le preguntaron por el financiamiento fiscal de las invitaciones internacionales a un evento de la DC. Pregunta impertinente. Pero las invitaciones de cargo fiscal se redujeron de 33 a cinco.

Como contribuyente, agradezco al mercado.

Los periodistas importunan a la Canciller Alvear, preguntándole por su renuncia “no voluntaria” al Ministerio de Justicia, en 1999. Entonces un feligrés me faxea un decreto con la renuncia “no voluntaria” de don Ricardo Lagos a Obras Públicas. Pero no molestaré a S.E. con eso.

Qué duda cabe: el mercado, esta masa de millones de ojos que todo lo ve, es implacable. Reveló lo de las indemnizaciones. Don Patricio, enojado, si bien ya no pone las manos al fuego para garantizar que en su gobierno no las hubo,

afirma algo notable: el problema se debe a la aplicación de criterios de mercado en las empresas del Estado. ¡Por favor, don Patricio! Si esos cargos no los llena el mercado, sino el cuoteo político. Y los generosos pagos y enroques, indemnizaciones mediante, son fruto del compadrazgo político. Si imperaran criterios de mercado, las empresas se habrían vendido, tendrían dueños y contratarían a ejecutivos con remuneraciones (e indemnizaciones) estrictamente de mercado.

Otro par de ojos, de los millones que observan todo, leyó la página 382 del libro del almirante Huerta, “Volvería a Ser Marino”, y me la hizo llegar. Allí refiere el almirante que, siendo Director de Armamentos de la Armada, en 1970, unos proveedores de telecomunicaciones le subieron injustificadamente el precio de unos equipos, previamente acordado, en 250 mil dólares. De nada valieron las protestas del marino. Uno de los proveedores, al salir de su oficina, le dijo “con una mano en un costado de su boca, como para apagar el sonido de la voz: ‘It's for the party's fund' ". (“Es para la caja del partido”). Era año de elección presidencial.

¿Qué se saca con estar en el gobierno, si ya no se puede hacer nada, porque el mercado lo cuenta todo?

11.10.00

Los Impunes y los Difamados

El Director de TVN, René Cortázar, un hombre muy honorable, procuró remover al director de prensa de la estación, por conductas como la que me afectó. El directorio no lo respaldó, cosa que originó la renuncia de Cortázar.

Varias personas me llaman y me dicen que en un programa de Televisión Nacional sobre los dineros de la CIA mostraron afiches de mi candidatura a diputado en 1973, mientras el locutor decía que las platas norteamericanas habían financiado las campañas electorales de los opositores a Allende. Típica difamación subliminal o encubierta. Por supuesto, ante ella nada puedo hacer. No estoy en el lado “correcto” del espectro político. La justicia de izquierda no acogería una querrella mía. Ya hace 10 años desechó otra, cuando un pasquín izquierdista publicó que me había alzado con los dineros de una AFP a la cual yo ni siquiera conocía de nombre. Cuando fui a ratificar la querrella al tribunal ví que en la pared había un gran afiche del grupo musical de izquierda “Illapu” e inmediatamente supe lo que vendría. Por supuesto, el juez desechó la querrella. Su fallo fue risible, pero le valió un ascenso a ministro de corte.

Fidel Castro declaró el domingo en Panamá que él había ayudado a los terroristas en Chile durante el gobierno militar. Con bastante consecuencia, se negó a firmar el acuerdo de la cumbre que condenaba al terrorismo. No dijo ninguna novedad. Su general De la Guardia había declarado mucho antes, en un juicio seguido en Cuba, haber estado al mando de tropas cubanas en Chile. En sus memorias, el dirigente comunista Orlando Millas refiere que, junto con Gladis Marín y Volodia Teitelboim, decidieron que jóvenes comunistas chilenos fueran entrenados en Cuba para venir a combatir acá. Se lamentaba de que muchos hubieran perecido. Pues bien, algunos de los actuales juicios contra militares son por haber dado muerte a esos guerrilleros.

Los agresores están impunes. Quienes defendieron al país de ellos son difamados como integrantes de asociaciones ilícitas terroristas y enfrentan o cumplen pesadas condenas. Los terroristas que delinquieron antes de 1978 (cerca de mil 500) se beneficiaron de la amnistía y nadie se las ha desconocido. A los militares

que los combatieron les es desconocida.

Incluso se procesa a uniformados que, en la década de 1980, pudieron incurrir en alguna conducta de encubrimiento. Pero, en ese mismo tiempo, terroristas de izquierda asesinaron a sangre fría a un carabinero, tras tenderle una celada. La investigación permitió comprobar que los autores prófugos, uno de los cuales huyó herido, eran atendidos por una clínica financiada por la Vicaría de la Solidaridad. Cuando la justicia requirió las fichas de esas atenciones médicas, pues eran frecuentes, el vicario se negó a entregarlas. ¿Obstrucción a la justicia? ¿Encubrimiento? Nada. No hubo nada. Es que el vicario estaba en el lado políticamente “correcto”. Dicen que la Iglesia chilena pedirá perdón. ¿Lo pedirá también por eso?

Usted puede haber organizado una asociación ilícita terrorista, asesinado a civiles y uniformados, ocultado información sobre los delitos y obstruido la acción de la justicia; pero si es de izquierda o ayuda a la izquierda, nadie le hará nada. Si usted es o ha sido militar y ha enfrentado al terrorismo, los impunes por antonomasia se querellarán en su contra y lo perseguirán implacablemente, aprovechando la justicia de izquierda. Nadie se jugará por usted, con escasas excepciones. Y usted ve lo que la televisión estatal hace con la honra de esas escasas excepciones.

22.11.00

Las Dos Terceras Vías

La “tercera vía” europea opera; la chilena, no.

Algunos izquierdistas no son nada de tontos. Cuando se dieron cuenta de que sus recetas no resultaban, adoptaron las de la derecha. Aprovechando que su electorado poco entiende (los que empiezan a entender algo se pasan a la derecha), para no perderlo a manos de los izquierdistas más duros (de cabeza) disfrazaron el cambio de posición con un nuevo nombre: “tercera vía”.

Esta consiste en aplicar políticas de derecha, pero diciendo al electorado que son de izquierda “renovada”. Para hacerlo con éxito les es preciso, naturalmente, estar conscientes del juego que deben jugar: decir una cosa y hacer otra.

Los izquierdistas europeos han sido maestros en este arte. Así, Gerhard Schroeder, jefe de gobierno socialdemócrata alemán, ha planteado dos reformas de derecha para lograr la recuperación económica: flexibilización del mercado del trabajo, para disminuir el desempleo; y bajar los impuestos, para estimular la inversión.

Schroeder bajará la tasa máxima del impuesto a la renta personal para los más ricos de 53 por ciento en 1999 a 42 por ciento en 2005; la tasa más baja, que grava los tramos de renta menores, descenderá de 25,9 a 15 por ciento entre los mismos años. El impuesto a las utilidades de las empresas, que era del 45 por ciento en 1998, lo bajará a 25 por ciento en 2001.

Los políticos derechistas, que tampoco son tontos, aplican las mismas recetas y con éxito, pero lo hacen diciendo que no son de derecha. Así ganan votos del centro y la izquierda. Véase el caso de Aznar en España, para no recurrir a ejemplos locales.

El problema con los conversos chilenos de la “tercera vía” es que persisten en un pecado típicamente izquierdista: hacen mal las cosas. Su reforma laboral rigidiza y no flexibiliza el mercado del trabajo, y por eso el desempleo se mantiene alto;

en vez de bajar impuestos, los suben, como en su proyecto tributario. Y por eso, a la inversa de Alemania, la inversión privada no se reanima. Son concesiones que hacen a los izquierdistas más cabezas duras de acá, que no entienden nada. Léase PC, CUT, socialistas de Escalona. Estos quieren, y lo proclaman públicamente, más inflexibilidad laboral, mayores impuestos y más gasto estatal.

Pero el mundo va para el otro lado. Un trabajo de los economistas del Banco Mundial, David Dollar y Aart Kray, comentado en el “Economist” del 27 de mayo pasado, concluye: 1. Los ingresos de los pobres se incrementan a la par con el crecimiento económico. Es decir, si el país creciera al siete por ciento, como lo permitieron las reformas del gobierno militar, los ingresos de los pobres mejorarían (entonces mejoraron) siete por ciento. Por supuesto, si el PIB decrece al uno por ciento, como el año pasado, los pobres empeoran. 2. Hay dos medidas de política económica que, junto con aumentar el crecimiento, mejoran la distribución del ingreso: reducir la inflación y reducir el gasto público. 3. El alto gasto público retarda el crecimiento y sesga la distribución del ingreso en perjuicio de los pobres. 4. El “gasto social” es meramente neutral y no tiene efecto sobre el crecimiento ni sobre la distribución.

Por supuesto, gente como Eyzaguirre, De Gregorio y Foxley sabe lo anterior. Hasta hay sospechas de que el Presidente Lagos y el Vicepresidente Insulza lo comienzan a entender. Pero el problema con la izquierda chilena, a la inversa de la europea, es que habla de “la tercera vía”, pero no es capaz de seguirla.

29.11.00

Cambio de Siglo y de Milenio

Me cupo escribir sobre lo mismo que escribió mi bisabuelo de mi mismo nombre, cien años antes. Claro, él era más comedido y prudente que yo.

Un feligrés me hace llegar una crónica de Joaquín Edwards Bello, de 1951, con recuerdos de éste sobre el fin del siglo pasado. Hace 100 años éramos más cultos y pensantes: no se discutía que el siglo terminaba el 31 de diciembre de 1900. Ahora, en concordancia con los resultados de las pruebas SIMCE, TIMMS y con la medición internacional según la cual tenemos un 51,5 por ciento de analfabetos funcionales (casi el mismo porcentaje de votos de la Concertación), parece haber una mayoría convencida de que el siglo terminó el año pasado. En fin, el hecho es que Edwards Bello, entre sus recuerdos del 31 de diciembre de 1900, refiere: “ 'El Mercurio' publicó un editorial de don Hermógenes Pérez de Arce. Enumeraba las glorias del siglo: electricidad, vapor, abolición de la esclavitud, Rerum Novarum, presión hidráulica”.

Seria responsabilidad para mí, 100 años después. No sólo eso: además, se cierra un milenio.

Pero, por ahora, remitámonos a “las glorias” del siglo XX. Debería estar la energía atómica, supongo. Pero, ¿fue una “gloria”? En cambio, sí lo fue, sin duda, la abolición de la esclavitud soviética, arrasada por la reivindicación de los derechos humanos. Y también lo fueron la exploración espacial, la revolución electrónica y de las comunicaciones, y la incontenible apertura de las fronteras nacionales.

Los chilenos, naturalmente, estamos cerrando el siglo y el milenio “a la chilena”: haciéndole la vida imposible al compatriota más importante de la última centuria. Lo mismo se le hizo a O'Higgins, obligado a morir fuera de su patria. Y a Portales, que, dicho sea de paso, impidió el retorno de O'Higgins. A él, claro, se le pagó con la misma moneda. Pues, sin considerar su asesinato, resultado de un motín, debieron pasar muchos años antes de que se acallaran las críticas a la mano dura portaliana. Todavía por 1930, un distinguido liberal, Domingo

Amunátegui Solar (en “Pipiolos y Pelucones”), pese a reconocer que Portales “encarriló a la administración en la senda tranquila del respeto a la autoridad”, le criticaba que “se valió para conseguir este fin, sobre todo en los últimos meses de su vida, de medios vedados e indignos de una sociedad culta”.

Pero, “para verdades, el tiempo”. Primero se reconoció unánimemente a O'Higgins su condición de Padre de la Patria y más tarde a Portales la de fundador de la “república en forma”. Tal vez deba transcurrir otro siglo antes de que exista consenso en la ponderación del puño y la visión de Pinochet en la tarea de librar a Chile de la peor plaga del siglo XX, la dictadura comunista; y de gigantescos desafíos económicos y a la soberanía. Asimismo, se le acreditará haber vuelto a elevar a la nación al sitio de preeminencia que alcanzó durante el siglo XIX, perdido durante la primera parte del XX.

Pocos pueden ser testigos de un cambio de milenio. Algunos de quienes tenemos el privilegio observamos preocupados que un ciclo decadente, tal como hace 100 años, parece cernirse sobre la nacionalidad chilena.

27.12.00

Lecciones de Derecho Antiguo

No tengo recuerdo de un juez que haya cometido más errores de hecho y de derecho que Juan Guzmán Tapia en los procesos deducidos por abogados comunistas contra el ex Presidente Pinochet. Espero que alguna vez reciba condigna sanción por su proceder.

Como una curiosidad histórica, porque el juicio a Pinochet ha demostrado que ya casi no tienen vigencia, aplicaré a ese caso normas elementales de lógica y derecho, que aprendí en la universidad hace muchos años y que hoy están completamente pasadas de moda.

Como sabemos, el 25 de septiembre pasado el juez Guzmán suspendió por 30 días “la comparecencia del nombrado querrellado (senador Pinochet) a prestar declaración indagatoria”, con el fin de que fuera sometido a exámenes médicos. De ello se desprenden dos convicciones del juez: primera, que los exámenes médicos eran previos e indispensables para determinar si el querrellado estaba o no en condiciones de enfrentar el proceso; y segunda, que aquél no había prestado declaración indagatoria.

Apelada esa resolución ante la Corte, ésta amplió los exámenes médicos a los del carácter neurológico, confirmando la suspensión de la declaración indagatoria mientras los mismos no se practicaran.

Esa resolución se llama jurídicamente “sentencia interlocutoria”. Ella quedó a firme, es decir, en su contra no procede recurso alguno y produce el efecto de cosa juzgada (no puede volver a plantearse en juicio el mismo punto). Más aún, el código dice que “notificada una sentencia definitiva o interlocutoria a alguna de las partes, no podrá el tribunal que la dictó alterarla o modificarla en manera alguna”.

No obstante, el juez Guzmán, con fecha 1 de diciembre, la modificó: sin exámenes previos y sin declaración indagatoria —es decir, contradiciéndose a sí mismo— sometió a proceso al senador Pinochet. De este modo no sólo alteró su

propia sentencia interlocutoria firme, sino la lógica elemental, pues si los exámenes médicos concluyen que un mayor de 70 años no puede enfrentar un juicio, no se le puede someter a proceso.

Presentado un recurso de amparo a favor del senador ante la Corte de Apelaciones, ésta restauró la legalidad y la lógica, dejando sin efecto la írrita resolución del juez Guzmán. Pero entonces los abogados comunistas y sus compañeros de ruta recurrieron ante la Corte Suprema. Si bien ésta confirmó el amparo, de paso cometió otro atropello a la cosa juzgada, la ley, la lógica y el debido proceso, al señalar que, transcurridos 20 días, debía someterse a declaración indagatoria al senador Pinochet “con o sin exámenes médicos”. Pues con ellos, si revelan imposibilidad de defenderse, no puede legalmente ser sometido a interrogatorio. Y sin ellos en caso alguno se le puede someter al mismo.

Visto eso, el juez Guzmán, recurrió a un artificio difícil de calificar: fijó en días consecutivos las fechas para los exámenes y la declaración. Esto habría impedido de hecho conocer los resultados de los primeros, indispensables para determinar si se podía o no proceder a la segunda.

Finalmente, en una última y otra vez sorpresiva decisión, postergó los exámenes para los días 11 y 12 de enero y la declaración indagatoria para el 15, lo que podría permitir contar con el veredicto médico antes de continuar el proceso.

¿Qué sucederá? Cualquier cosa. Así es hoy la justicia. Este recuento sólo busca que las nuevas generaciones conozcan cómo habrían operado la ley, la razón, el debido proceso y otros conceptos e instituciones del pasado si se hubieran tenido en cuenta en el juicio contra Pinochet.

La Retirada Militar

Los historiadores se encargarán de explicar el por qué del retorno de los uniformados a un papel secundario en la vida institucional.

Se cierra en estos días un período histórico-político y se abre otro. Peor, a mi juicio, porque volvemos a un país más parecido al anterior a 1973.

Siempre fui defensor de la integridad de la Constitución de 1980. Ahora ella está pronta a ser desmantelada. Parte esencial de lo que defendí fue la participación institucional de los militares, como garantes de la institucionalidad, de su incorporación paritaria al Consejo de Seguridad Nacional, del nombramiento de senadores ex uniformados y de dos miembros del Tribunal Constitucional por aquel Consejo.

Las grandes crisis políticas nacionales han sido gestadas por civiles. Los militares, no pudiendo mantenerse ajenos a ellas, siempre terminaron, hasta 1973, sacando la peor parte, como en 1891, cuando el Ejército resultó derrotado. Luego en los años 20, tras el “ruido de sables” ante los escándalos parlamentarios, los cogió la crisis mundial, y en 1931 terminaron sin poder salir a la calle con uniforme. En 1990 pareció que las cosas iban a ser diferentes. Los uniformados dijeron “misión cumplida”, y entregaron un país reconstruido, próspero y ordenado. Los políticos no volverían a las andadas, porque los militares quedaban ahí, en la Constitución, encargados por el pueblo de velar para que ello no ocurriera.

Pero los políticos lo hicieron, primero de a poco y últimamente con todo. No respetaron la Constitución. El Presidente Aylwin le ofició a la Corte Suprema para que reinterpretara la amnistía, en perjuicio de los militares. Inconstitucional. El Presidente Frei Ruiz-Tagle designó senadores institucionales que se incorporaron a las bancadas partidistas, desvirtuando la naturaleza apolítica de sus cargos. Los tribunales desconocieron instituciones básicas del derecho, como el debido proceso, la amnistía y la prescripción, en juicios contra militares. Hasta inventaron un delito inexistente para procesarlos. Todo inconstitucional. ¿Y los

garantes de la institucionalidad? Bien, gracias. En una oportunidad, durante una sesión del Consejo de Seguridad Nacional, un ministro, sin ser miembro de aquél y teniendo apenas derecho a voz, hizo callar a un Comandante en Jefe que quiso rectificar su voto, y éste acató. Eso lo dijo todo.

Ahora hemos llegado a que los uniformados, pudiendo y debiendo convocar al Consejo ante tantas trasgresiones gravísimas de la Carta, no lo han citado. Le pidieron al Presidente que lo hiciera y, estando ahí, no llamaron al orden, como debieron haberlo hecho.

Se produce, pues, la retirada militar de su papel constitucional. Las Fuerzas Armadas y Carabineros han sido víctimas de un paulatino y continuado golpe civil de facto, plenamente exitoso. Ya hay acuerdo político para restarles significancia constitucional, minimizando el Consejo de Seguridad Nacional, suprimiendo los senadores designados y privando al mismo Consejo de toda injerencia en el nombramiento de miembros del Tribunal Constitucional.

Los partidos recobran, así, el omnímodo poder que perdieron en 1973. Vuelve la partidocracia sin contrapesos, tal como existió ¡y con qué consecuencias! hasta entonces.

Entretanto, hay “otro Ejército”, ha dicho el Presidente. Y el que salvó a Chile, aplaudido en 1973 por la derecha, Aylwin, Frei Montalva y todos los demócratas, hoy recibe “el pago de Chile” y es deshonorado ante el mundo y ante la historia.

La Verdad Tiene Su Hora

Para los efectos judiciales no ha servido de nada saber, probar y publicar la verdad de lo que sucedió en Antofagasta en octubre de 1973. Nadie ha podido desvirtuar una coma de lo que sigue. La referencia a Correa Buló se explica porque dicho ministro fue destituido por el uso de influencias indebidas.

Tomo prestada esta frase del ex Presidente Frei Montalva. Describe bien lo que sucede en el juicio contra el senador Pinochet. Sé que la Corte Suprema está preocupada de lo que debió saber y no sabe —o no quiso saber— en su oportunidad.

Un diario electrónico (“Primerapagina.com”) ha revelado un documento en el que, días antes del 11 de septiembre de 1973, el general Joaquín Lagos —que ha oficiado de acusador de sus camaradas de armas y de testigo favorito de los abogados comunistas querellantes— acusaba de robo de dinamita y tenencia de metralleta a Eugenio Ruiz-Tagle, posteriormente fusilado sin juicio en el territorio bajo su jurisdicción. Lagos afirmó, tras publicarse el documento: “Todo lo que se determinó era que la información no era efectiva”. Pero posteriormente “Primerapagina.com” publicó otro oficio, de 2 de octubre de 1973, firmado por orden de Lagos por su segundo en el mando, coronel Adrián Ortiz, en el que se le imputa a Ruiz-Tagle haber ordenado el viaje de un ejecutivo de la empresa estatal que administraba a comprar armas a Argentina.

En el proceso contra la comitiva del general Arellano, en que está procesado como encubridor el senador Pinochet, consta que en la noche del fusilamiento de Ruiz-Tagle y otras 13 personas, en Antofagasta, Arellano y Lagos cenaron y pernoctaron en la casa del segundo. El teniente coronel Arredondo, que también había sido convidado, avisó que no concurriría. Entretanto, el coronel Adrián Ortiz, firmante del oficio anterior y segundo de Lagos, con camiones y soldados bajo su mando, pasó a buscar a los miembros de la comitiva de Arellano a su hotel y les pidió acompañarlo, a lo cual dos de ellos (teniente Chiminelli y mayor Espinoza) se negaron, pero tres accedieron: teniente coronel Arredondo, mayor Moren y teniente Fernández Larios.

Que los generales Lagos y Arellano se hallaban en el domicilio del primero en la noche del fusilamiento, consta de la declaración de Lagos ante el Primer Juzgado del Crimen de Antofagasta de 3 de julio de 1986. Allí revela, además, que al llegar el 18 de octubre de 1973 Arellano a Antofagasta, le había pedido convocar a la guarnición. “El general Arellano —dice— centró su exposición sobre la conducta del personal, la que debía ser ejemplar, evitando todo abuso de poder”. ¿Puede alguien imaginar que quien impartía esas instrucciones en la mañana planeaba ordenar asesinatos en la noche?

Pero eso ha sostenido después Lagos, pese a que el delito no pudo perpetrarse sin el apoyo de dotación y equipo de su guarnición. Sin embargo, él no sólo no ha sido acusado, sino que se erige en acusador. Y el general Arellano, todavía más ajeno que él a los hechos, está procesado y ha sido denigrado como criminal. También el general Pinochet, por haber ordenado rehacer un oficio en el que Lagos culpaba falsamente a Arellano. En realidad, Pinochet habría incurrido en encubrimiento si hubiera admitido la constancia de tal imputación falsa, sin hacerla rectificar.

La Corte Suprema sabe o debiera saber lo anterior. Si lo sabe, ha cohonestado una injusticia monstruosa. Si no, ha incurrido en una negligencia similar. En comparación, las faltas atribuidas al ministro Correa Bulo parecen de entidad menor.

28.03.01

¡Pobres Pobres!

La Concertación se ha caracterizado, salvo un breve interludio, por patrocinar políticas antiempleo. A ello se debe que la desocupación se mantenga alta y que la distribución del ingreso no mejore.

Próceres de la Concertación se han estado reuniendo para solucionar un problema que ellos crearon: el salario mínimo obligatorio excesivo, generador de desempleo entre los pobres. Pero éstos y la mayoría del país creen que el salario mínimo alto es socialmente bueno y solidario.

Este no es sólo un pecado chileno, pero los países, mientras más civilizados son, hacen más esfuerzos por desprenderse de este lastre intelectual tan dañino, y disimuladamente bajan el salario mínimo obligatorio. Por ejemplo, en Holanda es, entre los trabajadores de 15 años de edad, de sólo 30 por ciento del de los adultos. En Chile, donde algo se ha logrado entender en los últimos años, el salario mínimo para los menores de 18 años es alrededor de 80 por ciento del de los adultos.

Los economistas del gobierno de Pinochet, que sí sabían de estas cosas, redujeron el salario mínimo en tres por ciento en 1984, cuando había alto desempleo, y lo mantuvieron congelado hasta 1989, en medio del escándalo que provocaron quienes hoy forman la Concertación.

Resultado político: ese gobierno perdió el plebiscito de 1988. Resultado social: el desempleo descendió de 10,8 en 1984 a 5,2 por ciento en 1990.

Si bien la Concertación aumentó en un principio el salario mínimo, después lo congeló nuevamente en 1993, 1994 y 1996. “Como resultado de esta política el salario mínimo ha caído entre 1984 y 1997 un 15,1 por ciento real. La contrapartida ha sido un aumento considerable en el empleo” (“Notas sobre Desempleo”, Harald Beyer, Centro de Estudios Públicos, agosto 2000).

Hasta que los genios no pudieron resistir más e hicieron lo que su ser íntimo les

pedía: un reajuste extraordinario del salario mínimo obligatorio. Aplauso general. ¡Nadie en Chile ganaría menos de 100 mil pesos mensuales! Todos felices. Salvo los que empezaron a quedar cesantes.

El porcentaje de éstos volvió a dos dígitos. A febrero pasado había trabajando 58 mil personas menos que un año antes; a marzo había 78 mil menos. Si en las cifras de desempleo se incluyera a los “desanimados”, es decir, a los que dejaron de buscar trabajo por haber perdido la esperanza de encontrarlo, estaríamos sobradamente con desocupación de dos dígitos. Y entre los jóvenes pobres y sin experiencia ni educación se llega hasta al 50 por ciento de desempleo. Sentados en las veredas, listos para los traficantes. ¡Viva el salario mínimo!

La cifra de 50 por ciento no es imaginaria ni exagerada: la economista Verónica Chacra, empleando modernos métodos de medición estadística (“Efectos del Salario Mínimo”, Universidad Miguel de Cervantes, 1998), ha comprobado que entre trabajadores como los del comercio y servicios personales se traduce, para los más jóvenes, en un desempleo que bordea el señalado 50 por ciento.

Pero en estos días se emiten opiniones pletóricas de solidaridad social demandando un nuevo reajuste, y más alto, del salario mínimo obligatorio. ¡Pobres pobres! ¡Cuántos crímenes sociales —contra ellos mismos y con su propio aplauso— se cometen en su nombre!

11.04.01

Cansado de Tener Razón

Si el país hubiera crecido como un decenio antes, se habría ya quedado sin luz, aunque Argentina no hubiera recortado los envíos de gas.

Otras veces he señalado que uno de los peores defectos de este país es que en él la mayoría no me hace el menor caso. ¿Qué pretenden, que me vaya a otra parte? Si no formalizo la respectiva consulta, es exclusivamente ante la posibilidad de una respuesta afirmativa abrumadora. Pero, les advierto, me están colmando la paciencia.

¿Qué les decía yo hace dos años? Que si rebajaban las tarifas eléctricas e imponían mayores costos a las generadoras, las inversiones se iban a detener, nos íbamos a quedar sin luz y, más encima, finalmente íbamos a pagar más caro por ella.

El lunes la Comisión Nacional de Energía ha reconocido que en 1998 se paralizaron las inversiones en nuevas centrales —obvio— y ha anunciado alzas en las tarifas, advirtiendo que podría haber escasez de energía en abril de este otro año. Y sin siquiera considerar la posibilidad de una sequía. Socialistas, ambientalistas, estatistas, regulacionistas y toda la fauna paralizadora que manda en el país —obstaculizar y destruir es el oficio que más vocaciones suscita en Chile: en columnas de antaño lo denominé “el vicio nacional de la sado-impedancia”, por el deleite que provoca a sus cultores—nos están dejando con menos electricidad y pagando cuentas más caras.

Era lo que tenía que pasar. Los izquierdistas lo vienen haciendo hace muchísimos años, desde cuando llegaron por primera vez al poder, con el “Frente Popular”, en 1938. Entonces también congelaron las tarifas eléctricas, lo cual, a los pocos años, dio lugar al racionamiento, obligándome a hacer las tareas escolares a la luz de las velas. El presidente norteamericano de la empresa eléctrica tomaba las cosas con humor y decía: “La Compañía Chilena de Electricidad no es compañía, no es chilena ni da electricidad”. Pues, en realidad, era sociedad limitada, sus socios eran norteamericanos y, como había dejado de

invertir por las bajas tarifas, escaseaba el suministro. Ha pasado medio siglo, y otro gobierno de izquierda hace exactamente lo mismo, con las mismas consecuencias. “No han olvidado nada; no han aprendido nada”.

El primer gobierno de la Concertación, el de don Patricio, envió una reforma laboral. En esta columna le advertí a mi ex profesor, por quien guardaba agradecimiento, porque me trató bien en el examen de Derecho Administrativo, que su reforma iba a disminuir el empleo. No me hizo caso. Pues bien, en la última década se creó anualmente la mitad de empleos que en la anterior.

En “El Diario” del lunes se informa que en 1990 la industria manufacturera daba empleo a 727 mil 100 personas y en 2001 a 727 mil 800 personas. ¡Apenas 700 empleos más, en once años! Y la producción aumentó 46,9 por ciento. Lógico: se encareció la mano de obra y la industria se hizo más intensiva en capital. En un país con poco capital y sobreabundante mano de obra, parte de la cual ahora pide limosna en las esquinas, en vista de todo lo anterior, ¿qué está haciendo el gobierno de izquierda? ¡Acertaron!: otra reforma laboral.

No. Es demasiado. Me cansé de tener razón. Creo que les puedo hacer algo terrible, como escribir un libro. Es que se lo tienen merecido.

18.04.01

Los Enredos de Juanito

Al encontrar numerosos disparates judiciales en las piezas del proceso seguido contra el ex Presidente Pinochet no resistí la tentación de escribir un libro. Se vendió muy bien.

En mis vacaciones la siesta es sagrada, salvo que tenga algo entretenido para leer. En el verano me entusiasmé con el proceso Pinochet: casi no dormí siesta. Me motivé tanto que escribí un libro, que “lancé” ayer, si bien no sé hacia dónde. Pero es un libro serio, no debiendo serlo. No sé en qué estaba pensando. Ese juicio merece uno de humor. O uno como “El Proceso” de Kafka. Díganme, queridos feligreses, si no:

1) El primer auto de procesamiento contra Pinochet se funda en (sic) “el mérito de fotocopia del libro ‘Los Zarpazos del Puma’ de fojas 316”. Eso no lo había visto antes. Pero ese libro contiene cosas curiosísimas. Por ejemplo, en su página 150 hay un oficio del teniente coronel Oscar Haag, de Copiapó, de 16 de octubre de 1973, pidiendo al cementerio facilidades para sepultar a 13 fallecidos en una tentativa de fuga; y en la página 151 hay otro oficio, fechado al día siguiente, del capitán Patricio Díaz, quien comunica a Haag la muerte de los mismos 13 en tentativa de fuga, en la madrugada del 17. ¿Haag era vidente? No. Se buscaba culpar a Arellano, cuya comitiva llegó el 16 en la noche. Pero no se “arreglaron” todas las fechas. “Para mentir y comer pescado...”

2) El mismo capitán Díaz del oficio mal fechado fue absuelto por locura o demencia en todos los fusilamientos en que participó, pero sigue procesado por uno (Tapia, Castillo y García) en que no participó.

3) El 8 de junio de 1999 Guzmán resolvió: “Los delitos de secuestro con resultado de muerte que se han perpetrado, como, asimismo, los de inhumación ilegal, también configurados, lo fueron, asimismo, entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978, por lo cual no procede tampoco enjuiciar a persona alguna que haya participado como autor, cómplice o encubridor en esos hechos punibles”. Poco más de un año después decidió que “sí procedía

enjuiciar” por esos delitos. ¿Puede una misma ley decir dos cosas distintas, según un mismo juez, en dos momentos del tiempo, sobre los mismos hechos? Kafka.

4) Leyendo documentos aquí y allá encontré que la periodista Isabel Hilton, de “The Guardian”, de Londres, afirmó que en noviembre de 1998 el juez Guzmán le había anunciado que “iba a someter a juicio a Augusto Pinochet”. Yo creía que los jueces sólo saben que van a someter a juicio a alguien cuando han reunido las pruebas, y no antes. Claro, después tampoco las reunió, e igual lo procesó.

5) Y un consejo para la defensa de Pinochet: Guzmán, a su regreso de España, dijo que era pariente del senador. Ojo, esto puede ser importante: Guzmán mantiene procesado por los fusilamientos de Cauquenes al comandante Sergio Arredondo, que nunca estuvo en Cauquenes; y no ha procesado por ellos al mayor Carlos López Tapia, que sí viajó allá con la comitiva de Arellano. López Tapia es primo hermano suyo. Por lo demás, nadie de la comitiva estuvo en Cauquenes para los fusilamientos. Pero, al menos, Guzmán le ha hecho justicia a su primo. Ojo, el parentesco sirve.

¿Se justificaba o no saltarse la siesta?

16.05.01

Mensaje para Pemberton

Una buena síntesis de los atropellos al debido proceso que se cometen impunemente en Chile.

Tal vez en muchos años más, cuando haya pasado la actual “political correctness” mundial y prevalezca la verdad, algún tesista norteamericano, cuyo apellido, tengo el presentimiento, puede ser Pemberton, investigará el juicio a Pinochet. (Siempre hay norteamericanos dispuestos a empresas, para ellos, exóticas). Hurgando en la prensa actual con rigor anglosajón, se encontrará con el artículo de Arturo Fontaine Aldunate, del jueves pasado, en “La Segunda”, en que él se pregunta cómo es que no hay reacción alguna frente a un reciente libro, “La Verdad del Juicio a Pinochet”, cuyo autor es quien escribe estas líneas. Pemberton, entonces, leerá el libro y, habiendo recibido el influjo de la pretérita “political correctness”, se sorprenderá sobremanera. Investigará adicionalmente y se encontrará con esta columna. Ya con un grado de sorpresa superlativo, descubrirá que estaba premonitoriamente dedicada a él.

Estimado Pemberton: el mundo de hoy vive un estado de automoribundia moral e intelectual que me lleva decididamente a dejar de escribir para sus habitantes, al menos en esta ocasión. Por eso me dirijo a usted. Ya que investiga el juicio a Pinochet, llamo su atención sobre las siguientes curiosidades: 1) Dicho senador está sometido a proceso como “encubridor” de 57 homicidios y 18 secuestros ocurridos en 1973; 2) De acuerdo con el artículo 17 del Código Penal, los encubridores intervienen en el delito “con posterioridad a su ejecución”; luego, los propios tribunales, al procesarlo como encubridor, han desechado ya la peregrina tesis del “delito permanente”; 3) Como los fusilamientos que supuestamente encubrió tuvieron lugar en octubre de 1973, ellos están sobradamente prescritos (la prescripción más larga es, en Chile, de 15 años contados desde la fecha del delito). Además, los hechos están cubiertos por una ley de amnistía de 1978; 4) Los jueces de mayoría de la Corte de Apelaciones y la Suprema han eludido pronunciarse sobre la amnistía y la prescripción porque, según ellos, ésas son materias privativas del juez del fondo, es decir, del ministro sumariante, Juan Guzmán Tapia; 5) Pero éste, en más de un año, todavía no se

pronuncia sobre esas materias, pese a que el artículo 107 del Código de Procedimiento Penal le ordenaba desde un principio, antes de proseguir la acción, establecer si se encontraba extinguida la responsabilidad penal y, en caso afirmativo, negarse a dar curso al juicio. Y el artículo 102 del Código Penal manda que la prescripción sea “declarada de oficio por el tribunal, aun cuando el reo no la alegue”. Guzmán ha desobedecido esos preceptos.

Por supuesto, estimado Pemberton, repare usted en que el único antecedente alegado para imputar encubrimiento a Pinochet fue que en 1973 ordenó rehacer un oficio manifiestamente falso sobre los fusilamientos, pues se los achacaba a él y a su oficial delegado, no habiéndolos ordenado ninguno de ambos. Incluso más, ese oficio le imputaba al oficial delegado fusilamientos en lugares donde ni siquiera estuvo (Copiapó y Tocopilla). Se habría encubierto la verdad si aquél no se hubiera rehecho.

Pemberton: registre en forma expresa, para perpetua memoria, esta flagrante trasgresión a la legalidad que está teniendo lugar impunemente en el Chile del 2001.

13.06.01

Formas de Crear Riqueza

La amenaza de Allende a Darío Sainte-Marie fue de antología y la he citado en más de una columna.

Pocas cosas irritan más a una mayoría de chilenos que las ganancias obtenidas trabajando y produciendo. Transformar una empresa estatal que generaba pérdidas al fisco en otra que tiene utilidades y le paga impuestos despierta la ira popular. De ahí, por ejemplo, el éxito de ventas de un libro centrado en las privatizaciones, titulado, justamente, “El Saqueo”. En cambio, el golpe de suerte, la lotería, el kino, el loto o cualquier artificio de la “picardía criolla” para ganar dinero gozan de simpatía general.

Si una empresa eléctrica estatal arrojaba pérdidas gigantescas, estaba sobrecargada de personal, sufría robos de suministro de miles de “colgados”, ella no podía sino tener escaso valor patrimonial. Hubo quienes la compraron al Estado, como cualquiera pudo haberlo hecho.

Racionalizaron su operación, suprimieron los robos de suministro, modernizaron sus equipos y generaron ganancias. Su valor patrimonial creció. Ganaron todos: quienes creyeron en ese proceso y compraron acciones, y también el Estado (“todos los chilenos”), porque los contribuyentes dejaron de financiar pérdidas, y, por el contrario, el precio recibido y los impuestos a las ganancias tonificaron las arcas fiscales. Con los años esa empresa creó muchos nuevos empleos productivos. Lo mismo sucedió en otras privatizaciones. Por eso el país cambió y pasó de crecer al tres o cuatro por ciento, al siete. En eso consistió “El Saqueo”.

Pero pocos escriben, y menos un libro, sobre otro saqueo. Por ejemplo, ayer ha ingresado a la cárcel un alcalde de la Concertación. Pidió propuestas para la compra de camiones y maquinaria pesada para su municipio. Adjudicó la licitación al proponente que pedía el precio más alto. Este compró los camiones y la maquinaria a quienes los ofrecían más baratos, y se quedó con —y seguramente compartió— la diferencia. Algo parecido ha sucedido a lo largo de

más de 10 años de gobiernos de la Concertación en adquisiciones y negocios raros en el Ministerio de Educación, Onemi, Aduanas, Refinería de Petróleo, Emporchi-Valparaíso, Emporchi-San Antonio, Empremer, Enacar, Codelco, Esval, Digeder, Dipreca, Junaeb, Serviu VIII Región, Intendencia V Región, para no mencionar las indemnizaciones.

En estos días seguimos con atención la saga de “La Segunda” sobre los 517 millones de dólares demandados al fisco por la incautación, durante el gobierno militar, del pasquín sensacionalista “Clarín”, de turbio origen. Exigen el pago los sucesores de Salvador Allende en el dominio del diario, que adquirió tras la notable escena —relatada por un ex director del mismo, Román Alegría, en sus memorias— cuando aquél amenazó al entonces dueño, Darío Saint Marie: “Te hago matar, culpo al imperialismo, te declaro héroe nacional, te rindo honores de general y hablo en tus funerales. Ya lo sabes”. (Nótese la genialidad comunicacional). Saint Marie huyó y hubo cambio de dueño. Hoy un concejal del PPD aparece colaborando en el cobro. El caso se comenta en España. Seguramente pagaremos entre todos. Saqueo “estilo chileno”.

Perfectamente aceptable.

27.06.01

No le Pidan Peras al Olmo

De cómo su programa puede perjudicar a un Presidente.

Por supuesto que Ricardo Lagos se ha renovado. Hace 30 años él propiciaba, como “única solución”, que todos los medios de producción pasaran a manos del Estado. Ahora piensa que no tienen para qué ser todos. Pero defiende la idea del Estado grande y poderoso: “Hay una percepción implícita de que en este proceso de ajuste ¡viva el estatismo! No he escuchado a nadie de la oposición reclamar contra esto; al contrario, se nos dice por qué no creamos más empleos con apoyo público”.

Claro, lo que sucede es que él prometió 200 mil empleos más en un año, y las últimas cifras dicen que, en lugar de eso, se han perdido 93 mil. La razón: sus políticas son antiempleo, pues encarecen la mano de obra y dificultan la contratación. Los empleadores deben pagar más por los mismos servicios, soportar el costo de mayores regulaciones estatales, entenderse con enjambres de inspectores, absorber más impuestos y lidiar contra una delincuencia desatada.

Lagos sostiene que sus políticas son de “cohesión social”. Pero la cesantía entre los pobres aumenta y, como muestra la última encuesta Casen, la indigencia también. Estudios no contradichos demuestran que nada hay como el crecimiento para combatir la pobreza, pero sus políticas contribuyen a resentir el crecimiento.

Y seguirá siendo así, porque las mismas políticas básicas de este gobierno han sido reafirmadas.

La excepción la constituye el paquete liberalizador del mercado de capitales, pero frente a él cabe mencionar media docena de paquetes estatizadores: supresión del dos por ciento de subsidio para que trabajadores pobres cotizaran en las isapres; intención de expropiar a todo trabajador el 43 por ciento (tres puntos sobre un total de siete) de sus cotizaciones de salud, para financiar el “fondo solidario”; el seguro de desempleo, que incrementa el costo previsional;

las reformas laborales encarecedoras de la mano de obra; el fin de las privatizaciones de sanitarias (serán sólo concesiones) y el alza de impuestos oculta en el texto contra la evasión.

Lagos se reúne con los empresarios y les dice que tengan confianza, pero no piensa ni por un momento cambiar una coma de su programa antiinversión, anticrecimiento y antiempleo. Por supuesto, él cree que sus medidas son “pro” y no “anti” esas cosas. Si pensara lo contrario no sería socialista. Pero lo es. Viene de otro molde y jamás podrá entender la lógica del mercado.

Por eso, cuando vuelve a su medio —por ejemplo, ante funcionarios de la OIT el viernes —aflora su verdadero yo: “Me han dicho que no plantee las reformas de salud porque las isapres y el sector privado van a pensar dos veces antes de invertir. Eso me dicen todos los días. ¿Entonces archivo la reforma, el seguro de desempleo, las reformas laborales y (la ley de) evasión tributaria? A mí no me eligieron Presidente para archivar todo, sino para cumplir cierto programa”.

Ahí está todo. Lo eligieron para eso, lo está haciendo y seguirá en ello. No sabe ni quiere hacer otra cosa. Seguirá recibiendo y visitando empresarios, diciéndoles lo que quieren oír y lanzándoles algún maní de vez en cuando, pero no va a cambiar lo que realmente debería cambiar. Sáquense eso de la cabeza. No le pidan peras al olmo.

04.07.01

¿Guzmán me Está Leyendo?

El proceso conducido por el ministro Juan Guzmán Tapia está plagado de cosas como las que siguen.

El sábado el diario informó que “en el caso Comitiva”, el juez Guzmán anuló el procesamiento del coronel (r) Patricio Díaz por el secuestro calificado, en octubre de 1973, en Copiapó, de Ricardo García, Benito Tapia y Maguindo Castillo, “personas que se encuentran desaparecidas desde octubre de 1973”.

Como es habitual en las informaciones sobre ese caso, casi nada de lo anterior es verdad. Lo único cierto es que el coronel (r) Díaz ha sido sobreseído. Pero “la Comitiva” fue ajena a los hechos. García, Tapia y Castillo no fueron secuestrados y tampoco están desaparecidos.

Con todo, la noticia sugiere que Guzmán puede estar leyendo mi libro “La Verdad del Juicio a Pinochet”, o el expediente, y ambas perspectivas son ciertamente alentadoras.

La página 191 del libro dice: “El abogado (Sergio) Arellano le hizo notar (al juez Guzmán) que el procesamiento del (entonces) teniente Patricio Díaz por los fusilamientos de Maguindo Castillo, Benito Tapia y Ricardo García le parecía improcedente, dado que éste no había participado en esas ejecuciones, sino en otras (las de la cuesta Cardones). La respuesta de Guzmán fue que estaba consciente de ello, pero ésa era una manera de sancionar a Díaz, porque en la otra ejecución había cosa juzgada. En definitiva, posteriormente (Guzmán) hizo tabla rasa de la cosa juzgada en todos los casos. Paradójicamente, Díaz fue sobreseído, por locura o demencia, en todos, salvo en uno: aquel en que no participó y en que el ministro Guzmán lo mantiene procesado”.

La verdad del caso está clarísima y puede leerse en las páginas 41 y siguientes del libro, fundadas en piezas del proceso: 1) A fs. 3.400 el teniente coronel Fernando Castillo, del regimiento “Atacama” de Copiapó, refiere la ejecución de Ricardo García, Benito Tapia y Maguindo Castillo el 16 de octubre de 1973, en

cumplimiento de una sentencia de un consejo de guerra. Añade que llevó los cadáveres al cementerio para su sepultura. 2) A fs. 3.133 rola la sentencia del consejo de guerra, presidido por el teniente coronel Oscar Haag. 3) A fs. 1.816 está el oficio del Comandante de la I División, general Joaquín Lagos, comunicando que por resolución suya fueron ejecutados García, Tapia y Castillo. 4) A fs. 5.271 el abogado auditor Daniel Rojas declara que esas personas fueron condenadas “por haber ordenado a los trabajadores del mineral (del Salvador) que volaran la mina a fin de dejar al Gobierno sin esa fuente de financiamiento”. 5) A fs. 1.876 el administrador del cementerio de Copiapó, Leonardo Meza, refiere que los tres cadáveres “fueron sepultados en el patio 16 y ello ocurrió de día... dispuse colocar las cruces en cada sepultura de estos cuerpos... hasta mi retiro no tuve conocimiento (de) que los hayan sacado de ese lugar”.

En ninguna de esas actuaciones participaron Pinochet, Arellano ni la comitiva de éste. Pero están sometidos a proceso por los tres “secuestros” y “desaparecimientos”.

Justicia chilena. Con todo, el sobreseimiento de Díaz sugiere que el juez puede estar leyendo mi libro (o hasta el expediente) y, por tanto, acercándose a la verdad.

18.07.01

¡Hasta Cuándo Molestan!

Un lector de “El Mercurio” quiso sacar a la corriente política dominante de su imperturbable cinismo. En esta columna me preocupé de ponerlo en su lugar.

Un lector escribe al diario diciendo que si yo no tengo razón en los artículos y en el libro que he escrito sobre el juicio a Pinochet, se debería proceder judicialmente en mi contra, pero que si tengo razón, se debería proceder contra el juez Guzmán.

Lo anterior sólo demuestra una cosa: lo incómodos que son los lectores. Son infinitamente molestos. Nunca dejan que las cosas se "arreglen a la chilena", es decir, mal, pero asegurando la permanencia de nuestro estatuto tradicional de irregularidad.

Recuerdo que hace un año y medio, cuando yo formulaba de una manera desatinada e imperdonablemente tenaz insistentes denuncias sobre compras con sobreprecio en el Ministerio de Educación, siendo titular de la cartera Ricardo Lagos, otro lector inoportuno escribió al diario extrañándose de que, si era verdad lo que yo denunciaba, nadie hubiera hecho nada; y si no era verdad, nadie hubiera procedido en mi contra. Pues bien, la situación "permaneció" así. Se “arregló a la chilena”.

En el caso Pinochet es obvio que los jueces no quieren que el asunto se mueva más. He escrito antes que el sobreseimiento por motivos de salud no salvó al general, sino al Poder Judicial. Porque, como decía Lincoln, se puede engañar a todos poco tiempo, a algunos todo el tiempo, pero no a todos todo el tiempo. La verdad se iba a saber al final. Y los jueces, incluido, por supuesto, el juez Guzmán, saben que Pinochet y Arellano fueron inocentes de los fusilamientos, además prescritos y amnistiados.

Saben que Pinochet tampoco hizo nada por encubrirlos, pues incluso rechazó la solicitud de retiro del general que le dio a conocer los hechos y que tenía plena competencia judicial para investigarlos. Además, apenas los conoció, ordenó

derogar una disposición del Código de Justicia Militar que permitía fusilar sin juicio.

Los jueces saben que los comandantes militares de La Serena, Antofagasta y Calama estaban en el mismo lugar físico, en las mismas circunstancias y en compañía del general Arellano, delegado del general Pinochet, cuando tuvieron lugar los fusilamientos en esas ciudades.

Asimismo, saben que en cada uno de esos casos ambos ignoraban lo que estaba sucediendo, pese a que, también en cada caso, subordinados de ambos se extralimitaban. Ninguno de esos comandantes —Lapostol, Lagos, Rivera— ha sido jamás inculcado ni menos sometido a proceso, pese a que tanto en La Serena como en Antofagasta mandaron publicar comunicados de prensa asumiendo ellos la responsabilidad, sin la menor mención a la comitiva de Arellano.

Todo esto, claro, es muy incómodo para el Poder Judicial. Pero ¿cómo me van a procesar por decirlo, si es verdad? A la vez, ¿cómo van a sancionar al juez Guzmán por haberles dado en el gusto a la Concertación y a la centroizquierda e izquierda mundiales, sometiendo a proceso a Pinochet? ¿Cómo van a castigar tamaño servicio político?

Amables lectores, por favor no molesten más. Ya todo está casi “arreglado”. A la chilena, mal, pero “arreglado” dentro de la ¿mejor? tradición nacional.

01.08.01

Nunca Más

El comentario “nunca más” del Comandante en Jefe del Ejército, general Juan Emilio Cheyre, en 2002, no fue original de él: lo lanzó Aylwin en 1991 y lo ha repetido varias veces Michelle Bachelet, antes de Cheyre. Yo decidí lanzar otro.

Iba a cruzar Providencia cuando una chiquilla como de mi edad, tal vez maquillada con algún exceso, me miró severa y me espetó: “¡Nunca más!”

Escruté bajo la pintura para ver si ese rostro traía a mi memoria la situación que ella no deseaba repetir, pero ningún recuerdo acudió. Concluí que me había confundido. Mi autoestima quedaba intacta. También la del verdadero protagonista, felizmente ignorante de la opinión que su desempeño le había merecido a ella.

Todo no habría pasado de ahí si al día siguiente no hubiera leído declaraciones de la ministra de Salud, Michelle Bachelet, quien es hija de un alto oficial de la Fuerza Aérea que colaboró con la Unidad Popular y falleció en prisión después del 11 de septiembre de 1973. En su declaración ella afirmó, justamente, “nunca más”, en relación a los hechos que rodearon la muerte de su padre. Ahí entendí lo que me había querido decir la chiquilla.

Por supuesto, yo estoy de acuerdo: “nunca más”. Pero en un sentido amplio. Nunca más debe haber partidos, como el socialista y el comunista, que distribuyan armas entre los civiles para consumir una revolución. Nunca más deben tolerarse torturas a opositores, como las registradas bajo la Unidad Popular y denunciadas en el acuerdo de la Cámara de Diputados de 22 de agosto de 1973 o las acreditadas bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva y denunciadas a la Corte Suprema por, entre otros, Ricardo Lagos; o, en fin, las comprobadas durante el gobierno militar, cuando, por primera vez en Chile, que se sepa, los procedimientos judiciales terminaron en las condenas de los responsables, algunos de los cuales todavía las cumplen.

Nunca más debe admitirse que un gobierno autorice la presencia de tropas

extranjeras para apoyar un golpe, como bajo la UP, con la llegada de los “compañeros de Tropas” cubanos. Nunca más debe intentarse imponer un sistema educacional totalitario, como la Escuela Nacional Unificada. Nunca más debe privarse a los chilenos de sus propiedades mediante “tomas” y resquicios ilegales.

Si no vuelven a suceder esas y muchas otras cosas que condujeron a la civilidad democrática a pedir auxilio a las Fuerzas Armadas y Carabineros, en 1973, “nunca más” será preciso un gobierno militar.

Pues “aquellos polvos trujeron aquestos lodos” (la prolijidad de esta cita queda, como siempre, entregada a la revisión de quien se luce en esta pesada tarea). En el fondo, si yo hubiera comprendido a tiempo, habría convidado a la chiquilla de mi edad a tomarse un café, le habría demostrado que nosotros somos genuinamente “reaccionarios” y que si nuestros adversarios rompen las reglas, “reaccionamos”, pero si las respetan, “nunca más” vamos a reaccionar. “De modo que —habría finalizado, junto con pagarle el café— en el fondo a lo mejor estamos de acuerdo”.

15.08.01

Tú, Claudio...

Para los democratacristianos siempre ha resultado muy desagradable que yo, una y otra vez, compare lo que hacían y decían “antes” con lo que dicen y hacen “después”.

Te ganaste mi admiración cuando éramos diputados del Frente Democrático formado contra el gobierno de la UP. Creo que fue en julio de 1973, cuando los obreros de El Teniente invocaron nuestra protección contra el gobierno marxista, que atropellaba sus derechos, y acudieron a la Cámara. En medio de incidentes suscitados por la izquierda, bajó al centro del hemiciclo el diputado comunista Alejandro Rojas, desafiándonos con prepotencia a enfrentarlo. Tú no vacilaste, bajaste de inmediato y le diste tal paliza que Rojas huyó hasta lo más alto de su bancada. Te admiré por ese preludio del 11.

Juntos tú, yo y todos los diputados democráticos firmamos el acuerdo de 22 de agosto de ese año, en cuya redacción intervine (poco, pero algo) y que afinó don Patricio Aylwin (me consta) llamando a los militares a detener la asonada totalitaria, cosa que ellos hicieron el 11 de septiembre, salvando a la Patria. Por eso casi no puedo creer —aunque ya de don Patricio lo creo todo— cuando leo las palabras de éste diciendo que esa gesta, a la cual él convocó, es una fecha aciaga para los chilenos. Está bien cambiar cuando ya el miedo ha pasado, pero no lapidar a quienes lo salvaron a uno.

Tú, Claudio, vas por el mismo camino y, debo advertirte, te pones al filo de perder mi admiración. ¿Cómo es posible que digas ahora, como lo hiciste la semana pasada, que Ricardo Lagos “tiene toda una vida de consecuencia democrática”, añadiendo: “No creo que el alcalde Lavín pueda decir lo mismo?”. Todo tiene su límite.

Ricardo Lagos, militante socialista, es decir, del partido que en 1967, en su Congreso de Chillán, proclamó por unanimidad la vía armada para tomarse el poder, línea confirmada en su Congreso de La Serena, en 1971, no renunció, ni mucho menos, al partido por eso. Al contrario, fue alto funcionario durante la UP

(interventor de un banco incautado). ¿Eso es “una vida de consecuencia democrática”? Y déjame que te cite a una historiadora de tu línea, Mónica Echeverría, que a su vez cita a Clotario Blest, sindicalista de izquierda, hablando de hechos de los años 60, bajo el gobierno de tu partido, el PDC: “A mí se me culpaba de ser autor intelectual del bombazo (en un proceso por un atentado terrorista). En cambio, los verdaderos culpables, como Julio Stuardo, Ricardo Lagos y Jorge Arrate, dirigentes del grupo que había colocado la bomba, sólo eran citados a declarar ante el juez instructor”. Don Clotario sabía de esas cosas.

“¿Una vida de consecuencia democrática?” ¡Por favor! ¿Que de Lavín no puedes decir lo mismo? Por supuesto. No puedes ni debes decir lo mismo que de Lagos, si hablas con verdad. Pero te instruiré sobre dos cosas que sí puedes decir: Lavín jamás perteneció a partido o grupo alguno que propiciara la vía armada ni el terrorismo, y jamás ha sido acusado de poner una bomba.

Tú, Claudio, cambiaste entre 1973 y hoy. Vale. Toda la DC lo hizo. Lagos, parece, también cambió: hoy respeta la democracia. Vale todavía más. Pero la historia no ha cambiado, es la misma, y debes respetarla, so pena de perder mi admiración.

05.09.01

Carta Abierta a Bush

Si George W. leyó mi columna, tiene que haber estado preparado para lo que le está sucediendo hoy.

Los que hoy, “antes”, claman porque actúes, “después” dirán que ellos lo habrían hecho mejor, sin costos humanos ni materiales.

Te escribo bastante apurado. Perdona que te tutee, pero acá es una moda impuesta por el Presidente. Me estoy yendo de wikén, lunes-sándwich, Fiestas Patrias y todo eso. Estoy tratando de evitar el taco, tú sabes.

Te escribo cuando todavía no has actuado. Sé que vas a castigar a los terroristas y, sobre todo, que buscarás ponerle remedio definitivo al mal.

No tengo ninguna capacidad para aconsejarte, salvo en un aspecto, en que soy experto. Acá lo llamamos “el pago de Chile”. El tema del “antes” y el “después”. Acá, cuando los terroristas y totalitarios estaban por hacerse del poder, los demócratas llamamos a las fuerzas armadas a salvarnos. Cuento corto: hoy su conductor está encargado reo por eso. George W.: los que hoy, “antes”, claman porque actúes, “después” dirán que ellos lo habrían hecho mejor, sin costos humanos ni materiales. Y te perseguirán por salvarlos.

Pero lo peor no será eso: será que los terroristas se transformarán en víctimas; los totalitarios, en demócratas, y tú, en fascista. Y ellos te juzgarán.

Mira, acá en estos días dos demócratas ejemplares de hoy, José Antonio Viera-Gallo y Enrique Correa, han escrito en el diario para describir, el primero, cómo evitó una “toma” en el Juzgado de Melipilla, en 1972, y cuán injusto ha sido decir que él la protagonizó, y el segundo, aseverando “que es inexacto afirmar que el golpe (del 11 de septiembre de 1973) tuvo como antecedente la violencia de la izquierda”.

El primero afirma hoy que el juez Olate, de Melipilla, “no ordenó la detención

de ninguno” de los que habían invadido su juzgado en 1972. Pero yo tengo el acta del presidente de la Corte de Apelaciones que investigó los hechos. Dice que el juez Olate “le manifestó al subsecretario (Viera-Gallo) que daría orden de detención en contra de las personas que habían participado en la ‘toma’, a lo cual dicho funcionario (Viera-Gallo), dirigiéndose al oficial de Carabineros, le indicó que no cumpliera con dicha orden, exponiendo este último que acataría esa instrucción siempre que se la diera por escrito”. Los ocupantes habían expresado, según el informe, “que tenían que matar al juez por estar entregado a la derecha”. ¿Ves, George W., cómo todo cambia “después”?

Según Enrique Correa no había violencia de la izquierda. Pues bien, el manual de “Técnica de Acción de Masas” de 1971, del MAPU, al cual pertenecían ambos demócratas de hoy, describía “los elementos psicológicos de intimidación” que debían usar los militantes, el primero de los cuales era “exhibir las armas en una marcha”.

El partido tenía, en efecto, un grupo armado. El uso del cuchillo mereció particular atención en el instructivo: “La introducción del cuchillo debe acompañarse de un movimiento hacia arriba y requiere fuerza para que sea un golpe mortal”.

El tajo en la muñeca “debe dirigirse... a la parte interior..., de modo que afecte la arteria radial, cuyo corte puede provocar la muerte en un minuto”.

Los militares liquidaron a ese y otros grupos armados. Chile fue salvado. Hoy su principal salvador está, como dije, en cargado reo. Los del ex MAPU aplauden y nos dan su versión de la historia. Y es la que cree la mayoría de los chilenos. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Pues temo, George W., que “el pago de Chile” sea bastante universal.

12.09.01

Profecía del Undécimo Año

¿Se cumplirá la profecía en el año 14?

Venía en auto oyendo la noticia del entusiasta aplauso que se autoprodigaron los senadores de la Concertación, después de aprobar las reformas laborales, cuando me detuvo una luz roja. Un grupo de jóvenes sin trabajo comenzó en ese momento a hacer piruetas circenses, lanzando a tres o más metros de altura a una frágil acróbata, con evidente riesgo para su integridad física.

Después los muchachos pidieron una dádiva a los que oficiábamos de público cautivo. Gran parte de los jóvenes no encuentra empleo o lo ha perdido. Esto es consecuencia de que sucesivas “conquistas sociales” han exagerado el costo de contratar trabajadores, afectando a los más inexpertos y a los de menor productividad. Son lanzados al “mercado informal” o a la mendicidad, y en ambos casos, sin salario mínimo ni previsión. Los legisladores que se aplauden a sí mismos les han brindado ciertamente la inamovilidad..., pero en el desempleo.

Quien se dé una vuelta por alguna población (si es que se atreve) podrá comprobar a simple vista cómo el ocio obligado lanza a los jóvenes a la droga, al delito o a la prostitución. En cierto modo, los acróbatas de las esquinas pertenecen a una elite de afortunados.

Un amigo dedicado a la producción de remolacha, y que empleaba a 35 hombres para cosechar 60 hectáreas, desde hacía años me venía anunciando que, si continuaban subiendo los costos laborales, le iba a convenir comprar una cosechadora —que requiere un solo operador— para reemplazar a los obreros. Los generosos reajustes del salario mínimo obligatorio fueron determinantes, y la opción por la máquina se le hizo irresistible. Además, un creciente número de inspectores del trabajo se presenta en los potreros, exigiendo cosas como el libro de asistencia firmado a la hora de almuerzo y servicios higiénicos con duchas y calefones, bajo pena de severas multas, que ahora han experimentado fuertes alzas. La máquina le ahorra todo eso. Y seguramente los cesantes, que carecen de otro trabajo en invierno, habrían preferido sus empleos a tener ducha con

agua caliente en la faena.

Lo peor es que la mayor parte de la ciudadanía está —según las encuestas— a favor de esas absurdas reformas laborales. La explicación radica en que quienes tienen empleo —que son más que los desempleados, si bien la diferencia se ha achicado— se benefician con ellas, al menos en el corto plazo. A largo plazo, sus sueldos tenderán a reducirse en el equivalente al mayor costo que impone la reforma a los empleadores. Y cuando se pague el precio de esta y otras “conquistas”, la misma mayoría que las ha apoyado castigará a sus autores.

Ha sucedido antes. Nos gobierna un Presidente de la República que perteneció a la Unidad Popular. Por suerte, parece, no va a repetir “esa” historia, pero sí la de otro partido al que, antes, también perteneció, el Radical. Como es sabido, éste se dedicó, entre 1938 y 1952, a consagrar “conquistas sociales”. En ese tiempo no había Banco Central autónomo, de modo que los errores económicos se pagaban por la vía de la inflación, más que por la vía del desempleo. Así tuvimos la mayor inflación del mundo (después la UP la superó). Pero tras 14 años de gobiernos radicales la gente lo único que deseaba era que se fueran del poder, de manera que eligió por amplísima mayoría al autoritario general Ibáñez. Su símbolo: la escoba.

En estos años de demagogia se ha ido descalabrando poco a poco la economía, pero gracias al Banco Central autónomo las “conquistas sociales” no pueden generar inflación. Entonces, el costo se paga con desempleo. Me permito vaticinar que, tal como hace medio siglo, a los 14 o 15 años de sostenido deterioro, sobre todo cuando éste alcance también a quienes todavía tienen empleo, la mayoría otra vez va a pedir una “escoba”. Paciencia, ya estamos en el año 11.

26.09.01

Chile ante Sí Mismo

No hay que romperse la cabeza para saber por qué el problema de la delincuencia es el que más preocupa a los chilenos, después del desempleo.

¡Háganme el favor!, como decía un apreciado profesor de Derecho. ¿De cuando acá tanto escándalo porque un delincuente actúa impunemente por años y la policía no hace nada por capturarlo? ¿Si eso es lo normal en Chile!

Hace unos años un extranjero escribió al diario refiriendo que le habían robado la bicicleta a su hijo. Él, entonces, fue al lugar del robo, conversó con el vendedor de diarios de la esquina y con el vecindario y averiguó quién era el asaltante y dónde vivía. Se fue a la población que le indicaron y preguntó por él. Cuando lo encontró, le hizo una oferta por la bicicleta, que el asaltante aceptó.

En nuestra empresa no somos extranjeros. Entonces, cuando le robaron su dinero y un cheque a una persona, y en vista de que todos sabíamos quién había sido, además de que a los pocos días el cheque apareció cobrado por otra persona, vecina del sospechoso, la víctima fue a Investigaciones y le dijo a un detective que “por qué no lo atrincaba”. El detective le contestó que esa sugerencia era “muy grave”. Que debía seguirse un procedimiento judicial.

El afectado no estaba dispuesto a soportar plantones en el tribunal, amenazas de los sospechosos, honorarios de abogado y, al final, una alta posibilidad de no recuperar nada. Se olvidó del asunto. En nuestra casa de veraneo entraron a robar. Le pregunté al cuidador y me dijo que era “el Negro”, que todos sabían que él robaba y los carabineros también, pero no había pruebas en su contra. Nos quedamos tranquilos. Reforzamos las chapas, pusimos más candados y estamos cotizando una alarma. “El Negro” sigue trabajando tranquilo.

En Alto Hospicio un familiar de una de las niñas desaparecidas encontró su ropa. Otros tenían datos sobre un auto blanco sospechoso. La policía no mostró mayor interés por esas pistas. El delito sólo se aclaró gracias a que una joven violada logró sobrevivir a los golpes del violador y pudo salir de la fosa donde éste la

había enterrado. De lo contrario, el sujeto habría seguido circulando y violando en su auto blanco, como lo había hecho durante dos años.

Este es Chile. Reina la desidia funcionaria. A los delincuentes los filma la televisión asaltando en la Alameda. Tras aparecer en el noticiero, la policía los captura, pero salen libres en tres días. La gente no se arriesga a querellarse. Si a los delincuentes los vigilaran como a los empresarios o los contribuyentes, bajaría notoriamente la criminalidad. Pero el delito es una actividad subsidiada. Desde luego, está exento de llevar contabilidad y no paga impuesto a la renta ni IVA. Si yo le robara la billetera con 100 mil pesos a alguien, no le daría nada al fisco y lo más probable es que tampoco me sucediera nada. Pero si hago un trabajo y me pagan 100 mil pesos, el fisco se queda con el 40 por ciento.

Durante 10 años la Concertación ha buscado fórmulas para favorecer a los delincuentes violentos. Se derogó la pena de muerte, se prohibió la detención por sospechas. A los terroristas les abrevió los procesos y les otorgó indultos. En estos días un ex agente de seguridad pide a las autoridades que le prodiguen el mismo trato. Pero es militar, y, todos sabemos, un militar no tiene los mismos derechos que un delincuente. Desde luego, no tiene derecho a la amnistía. A ningún juez se le ha ocurrido desconocer los efectos de la Ley de Amnistía a un terrorista. En cambio, casi todos se los desconocen a los militares. ¿De dónde nace todo esto? De la ideología de la izquierda. Según ella, la sociedad es injusta. “Primero el pan, y luego la moral”, fue el lema de la “Ópera de Tres Centavos”, del izquierdista Bertolt Brecht. Sus héroes son los delincuentes.

Los villanos, los que tienen algo gracias a su trabajo. Son explotadores y caen bajo sospecha. Los que asaltan, víctimas de aquéllos, son necesitados y explotados. Luego, hay que favorecerlos. ¿Resultado? El que estamos viendo.

17.10.01

Demasiado Listos

La dupla Insulza-Piñera era invencible, pero Lavín logró deshacerla. El incidente de barristas a que se alude enfrentó a propagandistas de la UDI y RN, con el resultado de uno de estos últimos accidentalmente muerto.

No creo que la Alianza tenga demasiadas posibilidades frente a la poderosísima dupla Insulza-Piñera. Ambos son demasiado listos. Y en equipo resultan invencibles. El manejo del tema de los brigadistas y los supuestos seguimientos ha sido maestro. Primero, porque ambos han acaparado las pantallas, y se sabe que ése es el primer e indispensable paso para conseguir adhesión y remontar en las encuestas. Y, segundo, porque han puesto a la UDI a la defensiva y a Lavín en situación incómoda.

Nótese la habilísima coincidencia entre el retiro de la candidatura de Piñera y la denuncia sobre seguimientos. De ser parte en una negociación política en la cual cedió una senaduría y recibió dos, pasó a víctima de una sórdida conjura, lo que siempre en Chile reditúa. Al principio Insulza estuvo un poco lerdo para darse cuenta, porque durante un día actuó, frente a la denuncia de seguimientos, como ministro del Interior responsable, declarando: “Prefiero no hablar de este tema. Pedí información, pero no la voy a comentar hasta que tenga algo concreto” (21 de agosto). Pero inmediatamente “cachó la onda” y al día siguiente, sin haber tenido tiempo, como es obvio, de recabar ninguna información fundada, decretó: “Creo que los seguimientos son operaciones de inteligencia con fines políticos” (22 de agosto). Ahí reapareció el estratega electoral, el mismo que en la campaña presidencial sacó de la manga las reformas laborales y salvó a Ricardo Lagos.

Pero después hubo un tropiezo en el tema de los seguimientos: un matutino publicó el informe de Investigaciones señalando no haber encontrado prueba de ellos, tras verificar que el auto sospechoso estacionado en las proximidades del domicilio de Piñera pertenecía al pololo de su empleada. Pero entonces la genialidad de Insulza llegó a las alturas de lo excelso. Dijo: “Lo que a mí me parece preocupante, sospechoso, es que de pronto se produce una especie de concierto de los conocidos de siempre... Siempre surge un pololo de la empleada

en este tipo de caso o algún carpintero o jardinero al cual se le puede echar la culpa...”. Y así hizo el nexo con el crimen de Tucapel Jiménez, que sus autores pretendieron imputar a un carpintero.

José Miguel y Sebastián se adueñaron del escaso tiempo que deja libre en los noticieros el Presidente. Piñera apareció encabezando el entierro del brigadista y a su término se desplazó, seguido por las cámaras, a La Moneda, a compartirlas con Insulza. Ambos concordaron un proyecto de ley impecablemente socialista, para empadronar y regular a los brigadistas. Pocos días antes Sebastián había llevado a la comisión política de RN a sesionar con Insulza en el gabinete de éste, en Interior. Y el propio Piñera, uno de cuyos primeros pasos, tras ser designado presidente de RN, había sido visitar al Presidente Lagos, anunció una propuesta económico-social de su partido al Gobierno y su deseo de hallar un consenso sobre las reformas constitucionales que interesan a la Concertación.

Ravinet ha hablado de “ampliar el arco iris” con elementos de RN, pero de hecho eso está sucediendo. La UDI se está quedando bastante sola y a la defensiva en la oposición, recibiendo dardos del Gobierno y de sus socios de la Alianza. Pues el aparato propagandístico oficial carga todas las denuncias — incidentes de barristas, supuestos seguimientos— al pasivo de la UDI.

Basta leer los titulares de “La Nación” para apreciarlo. Lavín, inevitablemente, paga un costo y, desde luego, ha sido relegado a segundo plano noticioso por la omnipresente dupla. Pero lo más genial de todo es que Sebastián, al mismo tiempo, acusa a Lavín de no apoyar suficientemente a los candidatos de RN. Así, junto con quitarle votos, procura que el propio Lavín le endose los que le queden a RN. Y éste lo hace. Fantástico. Nada que hacer.

07.11.01

El Verdadero Lagos

¿Y qué habrá sido del Defensor Ciudadano?

El otro día, en la etapa de preguntas después de un foro universitario abierto al público, un señor me preguntó cómo iba a ser el Presidente en los próximos años, dado que ya habrá cumplido sus promesas básicas de la campaña presidencial y, tras las próximas parlamentarias, no enfrentará la presión de elecciones anuales. El auditorio se dividió, porque de inmediato surgieron voces, por un lado, afirmando que Lagos era, ni más ni menos, otro Allende, y que ahora se iba a manifestar en plenitud, justamente por no tener que guardar ya más las apariencias, y, por otro lado, varias voces señalaron que era un político renovado. Un asistente lo expresó así: “Lagos es socialista y yo tampoco”.

El problema de saber cuál es el verdadero Lagos es arduo. A veces da la impresión de que ni siquiera él lo tiene bien resuelto. En su año y medio de mandato le hemos visto fisonomías no sólo disímiles, sino contradictorias. Puede estar un día en un foro empresarial y dejar hechizados a los capitanes de empresa, pero al otro, en una reunión con ex mineros, como la semana pasada en Lota, puede decirles en términos airados que ésta es una sociedad injusta en la cual algunos se lo llevan todo y ellos nada, haciendo recordar discursos de los tiempos de la Unidad Popular.

Puede propiciar aumentos de impuestos un día (como en el proyecto contra la evasión y “elusión” tributarias), diciendo que debemos encaminarnos a una sociedad más igualitaria, donde los ricos paguen más, y otro día propiciar disminuciones de impuestos (como en el proyecto de reformas al mercado de capitales), para que los ricos sean estimulados a invertir pagando menos. Puede declarar como primera prioridad la creación de empleos e impulsar, a la vez, proyectos y medidas que alientan a los empresarios a sustituir trabajo por maquinaria y a estudiar reingenierías que permitan producir lo mismo con menos mano de obra.

¿Dónde está el alma de Lagos? En su libro más conocido (“La Concentración del

Poder Económico”), escrito hace muchos años, afirmaba, a guisa de conclusión: “La única y verdadera solución es, entonces, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, los cuales deben pasar al Estado”. Pero casi todo el mundo coincide en que ya no piensa eso. De otro lado, pertenece a un partido, el Socialista, que en otra época declaró la guerra armada contra la democracia. Pero el partido y él afirman haber dicho adiós a las armas después de 1990 y, hasta el momento, no han dado motivos para contradecirlos. Claro que desde el fondo del corazón presidencial salen a veces frases como: “La democracia requiere de mucha paciencia; a ratos, claro, siento que tengo demasiada...”, aparecida en una reciente entrevista. Y unos pocos, entonces, a ratos, claro, nos preocupamos.

Pero una cosa es clara: el verdadero Lagos cree, como la mayoría de los chilenos (por algo lo eligieron), más en la retórica que en la acción. Por ejemplo, acaba de instalar —de facto, pues, en rigor, habría necesitado ley para hacerlo— a un “Defensor Ciudadano”, cuya misión es proteger a los individuos de los abusos, atropellos y demoras de la administración del Estado. Pero el administrador supremo del Estado es él, el mismo Ricardo Lagos, Presidente de la República.

Con su sola autoridad sobre ministros y jefes de servicios podría terminar de una plumada con los abusos, atropellos y demoras, sin necesidad de un Defensor Ciudadano que implicará una nueva repartición burocrática, más gasto fiscal y, como es obvio, más trámites. Lavín simplemente “lo haría”; Lagos crea un organismo. Ésa es la mayor diferencia entre ambos.

En fin, pienso que, decididamente, no es ni será otro Allende. El país no habría podido sobrevivir como tal si Allende hubiera permanecido en el poder. En cambio, con Lagos todo indica que podrá perfectamente hacerlo.

21.11.01

El Error es más Fuerte

Mi crítica al uso del refrán “No hay mal que por bien no venga” desató una polémica, con cartas al diario y todo, en las cuales se argumentó que aquél se usa en iguales términos desde el siglo XVIII o antes en España, a lo cual yo repliqué que eso, lo único que demostraba, era que el defecto de entender las cosas al revés lo habíamos heredado de nuestro ancestro hispano.

Cuando hace poco más de 30 años una mayoría, si bien bastante relativa, eligió Presidente de la República a un marxista-leninista, cosa que a ningún país se le había ocurrido hacer antes ni se le ha ocurrido después en una elección democrática, Chile optó seriamente al cetro de país más tonto del mundo.

Eso, por desgracia, no ha cambiado. Ahora, en el mejor de los casos, somos tontos renovados. El error conserva una fuerza absolutamente incontrarrestable entre nosotros. Veán ustedes por ejemplo, cómo en casi todas nuestras publicaciones se escribe “v/s”, un disparate que se comete sólo en Chile. Y a diario uno puede oír a algún compatriota, al ver que a raíz de algo malo sobreviene una consecuencia buena, comentar filosóficamente: “No hay mal que por bien no venga”, cuando en el caso correspondería decir todo lo contrario: “No hay bien que por mal no venga”. Es que en Chile el error es más fuerte.

Por eso creo que a la Concertación no le va a ir tan mal en la próxima elección. Las tinieblas del error la favorecen. Podrá retroceder un poco, pero de que la verdad pueda prevalecer en Chile, no hay la más mínima posibilidad.

Un amigo, que comparte esta tesis, formula, sin embargo, una salvedad:

— Tontos, sí; pero “tontos pillos”. Se hacen los que no entienden. Mira: con la reforma laboral todo el mundo supo que se iba a encarecer la mano de obra y eso iba a generar desempleo. Fue obra de ellos, pero ahora dicen que la culpa es de los empresarios. Entonces ¿a quién va a perjudicar el desempleo en las elecciones? A la derecha, como es evidente.

Según cifras de la Dirección del Trabajo, publicadas en “La Nación” del sábado, entre enero y septiembre los despidos fueron 428 mil 511, vs. (sin raya al medio) 335 mil 900 de igual período de 2000. Eso es lo que se logró impulsando una reforma laboral como la propiciada por el Gobierno. Pero éste culpa del desempleo a los empresarios.

El Gobierno sabe emplear muy bien la fuerza del error en su favor. Otro ejemplo: subió los impuestos a pretexto de combatir la evasión. El Presidente, para defender su proyecto, argumentó: “Se cargaba a gastos de la empresa... voy a decir algo bien fuerte... se cargaban hasta los paños higiénicos de las señoras de los ejecutivos”. Poderoso argumento. La opinión pública quedó convencida. ¡Cómo se iba a permitir eso! ¿La verdad? Eso nada tenía que ver con el proyecto, porque la deducción de tales gastos nunca ha podido legalmente hacerse, desde que se dictó la primera Ley de la Renta, hace ya más de 70 años.

Donde el error ha alcanzado su máxima expresión ha sido en “el caso Pinochet”. Hasta se ha hecho una película con ese título, basada en el proceso por fusilamientos consumados en 1973, de los cuales —está probado— Pinochet no tuvo la menor noticia hasta después de acaecidos; y en que varios responsables de ellos aparecen ahora como acusadores y testigos de cargo contra el ex Presidente y actual senador desaforado por esa causa. En la cinta, internacionalmente laureada, desfilan llorando su desgracia —según he leído— viudas y deudos de “desaparecidos”. Estos últimos, como está probado en el respectivo proceso, no son tales, pues existen a su respecto certificados de defunción expedidos tras cada uno de los referidos fusilamientos.

Éste ha sido el más categórico triunfo judicial, político, social e internacional de un error chileno. Pero, calma. A no perder las esperanzas: “No hay bien que por mal no venga”. Algún día la mayoría de los chilenos dejará de decir eso —y de entender también tantas cosas— al revés. Entonces sí que todo irá para mejor y hasta podrá comentarse popularmente el progreso registrado, acudiendo a algún latinazgo alusivo, como, por ejemplo, “post tenebras, lux”.

Estresado por los Chilenos

Yo había defendido la tesis de que el dicho “no hay mal que por bien no venga” está mal aplicado cuando primero sucede una cosa mala y luego una buena, pues en ese caso debería decirse “no hay bien que por mal no venga”. Pero esa batalla ya la había dado por perdida cuando escribí la siguiente columna.

Si tuviera que consultar un siquiatra, creo que el momento sería ahora.

—Doctor— le diría —mis compatriotas me estresan con sus críticas por defender la lógica. Les digo que si de una cosa mala deriva una buena, no pueden aplicar el refrán “no hay mal que por bien no venga”, sino uno que diga lo contrario. Pero argumentan que la sinrazón está avalada por todos los diccionarios desde 1780.

— ¿Y qué le importa? Usted puede perfectamente vivir con eso, ¿no es así?

—Es que también atropellan la lógica en los noticieros. Por ejemplo, en invierno suelen informar: “La temperatura mínima de hoy fue de seis grados a las siete de la mañana; la temperatura en este momento es de cinco grados”. Los llamo para representarles la sinrazón, pero replican lo mismo que aquéllos: la mínima no es la más baja del día, sino la decretada a primera hora por el Boletín Meteorológico, el cual no puede ser alterado por algo no oficial, como la realidad. ¿Cree posible convivir con eso?

—Mire, tómese un Prozac diario y entonces nada de lo que digan los chilenos le importará.

Volverá a ser feliz. Y dirá “no hay mal que por bien no venga”.

—¡¡¡Todo al revés, doctoor!!!

—Como usted quiera, pero no se altere. A la salida le hace a la secretaria un cheque por 75 mil pesos.

— ¿Me conservaría el precio si le contara otro problema?

—Si fuera breve...

—Está lo de los comunistas. No pagaron el arriendo, resistieron la orden judicial de desalojo, agredieron a los carabineros, pero el Gobierno les ha pedido excusas, han removido al oficial que cumplió la ley y les ha dado una casa fiscal gratuita. Esos mismos comunistas, en décadas pasadas, formaron un movimiento terrorista, el FMR, responsable de terribles atentados, que han costado muchas vidas. Nunca un tribunal los ha citado, pero están procesando a uniformados que hicieron con los terroristas del FMR lo mismo que los norteamericanos hacen con los talibanes. ¿Se imagina usted que en unos años más el gobierno norteamericano le entregara una casa gratis en Washington a Al Qaeda, se sometiera a proceso a Bush y se pidiera excusas a Osama?

—Bueno, sobre el primer punto, el anterior gobierno socialista, en 1973, tampoco acataba los fallos judiciales y también castigaba a los oficiales de Carabineros que los cumplían. Eso no es nuevo. En cuanto a lo otro, se sabe que en este mundo las cosas son siempre diferentes “antes”, cuando el peligro existe, que “después”, cuando ya ha pasado. Tarde o temprano Bush sufrirá la suerte de Pinochet. Acuérdesse de mí.

— ¿Me quiere usted decir que todo el mundo es como los chilenos? Eso sí que ya no lo puedo tolerar, doctor. Por favor no me estrese más...

—Bien, entonces tómese dos Prozac. Lamentablemente llegó la hora. Adiós.

—Es que todavía hay otra cosa, doctor. ¿Vio el tren nuevo a Chillán, y las concentraciones políticas organizadas en todas las estaciones?

—Claro. ¿Y qué? ¿Tampoco puede soportar que aprovechen la coyuntura?

—Lo que ocurre es que me entusiasmé y llamé para tomar un pasaje en el tren, pero me dijeron que no funcionará hasta marzo. ¿Cómo aceptar tanta publicidad para un tren que no funciona?

— ¿Y en qué país vive usted? ¿No sabe que hay elecciones? Acuérdesse de cuántas veces inauguró Frei (padre) el túnel de Lo Prado antes que cruzara un auto.

— ¡Ah, ya! Tiene usted razón. Lo había olvidado completamente. Me voy aliviado, doctor, y no sólo de 75 mil pesos. Ahora estoy seguro de poder soportar a los chilenos hasta la próxima sesión.

05.12.01

Hombres de Poca Fe

Se aproximaba la primera elección parlamentaria bajo el mandato de Lagos y él nos regalaba con algunos de sus categóricos vaticinios.

Cuando yo era niño, al final de la Misa rezábamos tres Avemarías y una Salve por la conversión de Rusia. Yo entonces tenía mucha fe, casi tanta como ahora. Y en algunos aspectos incluso tenía más, porque no sólo creía en Dios, sino también en el ser humano.

Como pasaran los años y Rusia no se convirtiera, le representé la delicada situación a mi madre, que tenía todavía mucha más fe que yo. Ella me dijo que no me preocupara, porque el poder de la oración era incontrarrestable y, tarde o temprano, Rusia se convertiría. Claro, después mi fe se vio todavía más puesta a prueba, cuando se dejó de rezar al final de la Misa por la conversión de Rusia, como si la propia Iglesia pensara que hacerlo ya no servía de nada. Eso puso a mi madre en serias dificultades para darme las explicaciones que yo le exigía. Al cabo, ella falleció sin ver desde este mundo la conversión de Rusia. Pero cuando la misma acaeció, le reconocí a la santa señora todo el crédito, pues al final de cuentas tuvo razón: el poder de la oración —aunque ésta hubiera sido oficialmente interrumpida— surtió finalmente su efecto.

Ahora acaba de terminar el Mes de María y los devotos de la Virgen hemos rezado diariamente las oraciones tradicionales —ojalá no las cambien— en la segunda de las cuales se le pide que “haga lucir con nuevo esplendor la luz de la fe sobre los infortunados pueblos que gimen por tanto tiempo (ya van casi 12 años, en el caso de Chile) en las tinieblas del error”.

En estos 12 años los valores sociales básicos, como la solidez de la familia, la integridad de la moral pública, el derecho a la vida del que está por nacer, el respeto a la dignidad de los credos religiosos, se han visto amenazados o comprometidos. El signo de los tiempos parece ser ese desafiante desnudo colectivo de los humanistas en la franja televisiva, testimonio irrefutable de que la inmoralidad goza de subsidio legal. O la insistencia en exhibir públicamente

ese insulto a la religión que es “La Última Tentación de Cristo”. Hoy, muchos de los que erigieron en doctrina la violencia armada para tener acceso al poder político, aunque fuera a costa de la vida de quienes discreparan de ellos, ocupan funciones públicas y se han convertido en acusadores de quienes nos salvaron de esa violencia de la única manera posible, es decir, por las armas. Otros valores, como los de verdad y justicia, han sido desvirtuados y falseados de una manera increíble en el curso de estos años.

¿Será la elección del domingo una ocasión más para que una mayoría confirme la prolongación del reinado en Chile de “las tinieblas del error”? A primera vista parece lamentablemente probable. Pero anteayer tuve la esperanza de que nuestras oraciones del Mes de María algún efecto hubieran surtido, pues varias semanas atrás el Presidente había vaticinado que la Concertación triunfaría por cinco puntos porcentuales, pero ya el domingo último había retrocedido bastante: “Lo que hay que comparar”, dijo en su tono habitualmente categórico, “es muy claro: el Presidente Lagos ganó por menos de uno por ciento (en la primera vuelta presidencial). Si ahora gano por más de eso, quiere decir que tengo más apoyo que el que tuve cuando me eligieron”. No terminó la frase diciendo “y punto”, lo que me autoriza a comentar que si ya se conforma con apenas 31 mil votos de ventaja, es porque algo debe saber que no sabía dos semanas antes.

¡Hombres de poca fe! ¡Si la oración pudo salvar a Rusia, donde el mal gozaba de un enorme poder y sustento, cómo no va a poder salvar a este Chile, gobernado por pecadores tanto menos malvados y tan alentadoramente renovados, no obstante lo cual tanto daño nos hacen al mantenernos, con tan nefandas consecuencias generales, ya por un número excesivo de años sumidos en las tinieblas del error!

12.12.01

Frutos de la “Tercera Vía”

Ya nadie se acuerda de la “Agenda Pro Crecimiento”...

El más reciente libro de Jean Francois Revel, “La Gran Mascarada”, está dedicado a describir cómo la izquierda mundial se las ingenia para ocultar o disimular sus continuos y desastrosos fracasos, país tras país, década tras década, y para culpar de ellos a quienes, justamente, son sus polos políticos opuestos.

En Argentina está sucediendo precisamente eso. Basta ver un noticiero para advertir que la población culpa al “neoliberalismo” de sus problemas. Ese es, justamente, el principal logro de “La Gran Mascarada”: demuestra cómo, tras generarse problemas aplicando recetas izquierdistas, se culpa de ellos al “neoliberalismo”. El gobierno de Fernando de la Rúa formaba la avanzada de la “tercera vía” en el cono sur latinoamericano, junto con Cardoso y Lagos. Acudían periódicamente a abrazarse efusivamente con los izquierdistas europeos, mostrándose como los adalides de este novedoso modelo de transacción entre el socialismo real y la economía de libre mercado.

Ya hace una década la “tercera vía” del radicalismo argentino había demostrado lo que era capaz de hacer, y su Presidente, Raúl Alfonsín, había tenido que entregar el poder antes del término de su mandato. A raíz de eso, asumió Carlos Menem, quien, inesperadamente, aplicó el recetario neoliberal íntegro: ajuste fiscal, estabilidad monetaria y crecimiento. Argentina vivió debido a esto un período muy exitoso.

Pero pronto vinieron las tentaciones populistas, que justamente desembocaron en la elección de De la Rúa: el gasto público aumentó en más de 30 mil millones de dólares respecto del comienzo de la década, de acuerdo con cifras expuestas en este diario por el economista Felipe Larraín, quien ha añadido que en el período 1998-2000 el déficit público consolidado aumentó en Argentina en mil 500 millones de dólares. Es decir, la receta opuesta a la del neoliberalismo trajo las consecuencias que eran de esperar: el caos completo de la economía. De la Rúa, siguiendo la tradición del radicalismo centroizquierdista, abandonó

apresuradamente el poder antes del término de su mandato.

Las consecuencias de lo que está sucediendo en Argentina son, en este momento, impredecibles. La decisión de suspender el pago de la deuda externa es sólo una inyección de morfina: alivia el dolor ahora, pero el que vendrá cuando termine el efecto será todavía mayor y, además, las expectativas de vida del enfermo se acortan sustancialmente.

Acá, por suerte, la “tercera vía” se ha estado aplicando de manera atenuada. El gasto público bajo los gobiernos de centroizquierda de la última década ha crecido de manera exagerada, por cierto, hasta transformar el superávit presupuestario que legó el gobierno militar en déficit, a partir de 1998. Pero, como dice “La Gran Mascarada”, ahora ese déficit se llama “superávit estructural”: si la economía chilena produjera con todo su potencial y el cobre se cotizara a 92 centavos por libra, habría superávit. Claro, ninguna de esas cosas sucede y el Instituto Libertad y Desarrollo ha comprobado que el déficit real promedio del sector público en los últimos cuatro años ha sido de 2,7 por ciento del PIB.

La “tercera vía” chilena, en lugar de que la economía decrezca, como en Argentina, la lleva a crecer menos, pero todavía algo. En vez del desempleo de 18 por ciento de allá, acá tenemos cerca del 10. El “riesgo-país”, a diferencia del argentino, sigue siendo bajo, porque en el exterior se han creído lo del “superávit estructural”, por el momento.

Pero en la reciente elección la izquierda concertacionista creció en relación a la DC, y ya los anuncios de Girardi y Ominami permiten presumir que la “tercera vía” será reforzada, lo que no es una buena noticia para la “agenda pro crecimiento”. A prepararse, entonces.

26.12.01

La Derecha Invisible

Nunca ha existido un triunfo político menos disfrutado por su titular que el conseguido por la derecha en el mundo contemporáneo.

La corriente política más exitosa del siglo XX fue, sin duda, la derecha. Tanto que la ideología de izquierda desapareció para todos los efectos prácticos y se convirtió en un movimiento amorfo, que habla un lenguaje ininteligible —sin perjuicio de reconocer que hacer esto siempre procura muchos votos— y cuyos conductores, cuando llegan al gobierno, se dedican a aplicar en mayor o menor medida las recetas de la derecha.

Lo más notable es que esa corriente triunfante, a la cual se han sumado sus adversarios, es sostenidamente impopular, al extremo de que casi nadie se atreve a decir que es “de derecha”. Eso da lugar a situaciones pintorescas: durante la reciente campaña parlamentaria, la Concertación y el Gobierno, sabiendo lo anterior, se dedicaron a decir las peores cosas de “la derecha”, creyendo obrar con astucia estratégica. Nunca nombraron a la Alianza por Chile. Pero como la mayoría de las personas sabe poco y se preocupa menos de la política —basta ver el “rating” de los programas políticos— la Alianza por Chile, a la cual nadie atacaba por su nombre, salía bastante indemne de aquella abundante publicidad negativa, pues sólo era identificada con “la derecha” por la minoría más politizada. De ahí su impresionante ascenso electoral.

A la pobre derecha, en todo caso, le cuelgan cosas con las que no tiene ni jamás ha tenido que ver. Los periodistas de izquierda —e s decir, casi todos— han logrado imponer la noción de que el nazismo y el fascismo son “extrema derecha”, siendo que el primero representa una forma de socialismo (el “nacional-socialismo”) y el segundo fue fundado por un notorio líder surgido del socialismo italiano, Benito Mussolini.

En varios países de Europa es delito negar las muertes atribuidas al nazismo, pero en todos ellos —y en todo el mundo— a nadie se le ocurriría castigar a algún líder comunista por negar, como lo hacen en forma habitual, sus 100

millones de víctimas, contabilizadas y acreditadas en “El Libro Negro del Comunismo”. Estadistas democráticos se disputan la oportunidad para fotografiarse con Fidel Castro, cuyo régimen contabiliza 17 mil ejecuciones, mientras se dedican a perseguir en todas las formas a Augusto Pinochet, que salvó a Chile del comunismo y de sus matanzas, eliminando al terrorismo de extrema izquierda a un costo en vidas de tres mil personas (500 de las cuales fueron, precisamente, víctimas de ese terrorismo izquierdista, cosa que rara vez se menciona, pues ellas se le contabilizan también a Pinochet).

En España, José María Aznar procuró metódicamente ocultar el hecho de que era “de derechas”, como allá dicen. Tanto así que desafilió a su Partido Popular de la liga internacional de los partidos conservadores, para afiliarse a la Internacional Demócrata Cristiana. Pero ha aplicado estrictamente políticas de derecha —lo cual no tiene gracia, porque a estas alturas todos los gobernantes avisados procuran hacer más o menos lo mismo— y, por consiguiente, ha tenido éxito y logrado la reelección.

A propósito, en Chile Gutenberg Martínez (DC) sospechó que la UDI podía inscribir el exitoso nombre de Partido Popular y diestramente se anticipó, comisionando a un hijo suyo para hacerlo. Medida bastante prudente, dados los síntomas de naufragio de la DC y la inminente necesidad de agarrarse del madero de un nombre nuevo, “a la italiana”, para seguir a flote.

Propiedad privada, mercados libres, flexibilidad laboral, cuentas fiscales equilibradas, política monetaria prudente, Estado subsidiario, libertad de elegir en previsión, educación y salud, respeto a las leyes y al orden público.

La receta del éxito gobierna al mundo. Pero la tan exitosa cuanto vituperada derecha debe limitarse a observar en silencio cómo su “mano invisible” hace la tarea.

Necesito Ser Presidente

Recuerdo que esta columna provocó particular irritación en mis adversarios políticos, tanto que una joven partidaria de la Concertación me gritó en la calle, aludiendo a ella: “¡Ridículo!” Pero quedé contento de saber que la había leído.

Me ha sido ofrecida en numerosas oportunidades la Presidencia. Diría que, en promedio, un año con otro, trimestralmente. Recuerdo que a fines de los 80 me llamó un caballero distinguidísimo y me dijo con tono perentorio: “Usted tiene que ser Presidente”. Yo, como siempre lo he hecho ante requerimientos como éste, acepté inmediatamente. Entonces él me convidó a comer a su casa con mi señora. Nos brindó unas ostras exquisitas y un vino blanco memorable. Lamentablemente, mi mujer no prueba los mariscos ni el vino, lo cual creó todo un problema. Como nuestro anfitrión nunca me volvió a llamar ni a ofrecerme la Presidencia, yo la culpé de ello, pues es obvio y esencial que la Primera Dama sepa apreciar los mariscos y el vino chilenos. La he recriminado muchas veces por haberme hecho perder esa oportunidad de ser Presidente.

Posteriormente, muchas más personas me han dicho que debo serlo, ante lo cual, invariablemente, yo acepto y me pongo a su disposición para hacer lo necesario, invariablemente, yo acepto y me pongo a su disposición para hacer lo necesario, pero la realidad es que ante ello los proponentes se alejan presurosos y, tengo la sensación, un poco desconcertados.

La última vez, trotando en el San Cristóbal con un grupo numeroso, nos sobrepasó un corredor, quien me gritó con mucho entusiasmo que yo debía ser Presidente. Como siempre, acepté de inmediato, pero el resto del grupo se burló de él de una manera absolutamente inapropiada (“nadie es un gran hombre para su ayuda de cámara”) y el oferente se alejó lo más rápido que pudo. Otra oportunidad perdida.

Ahora la situación ha cobrado urgencia, porque estamos veraneando en nuestra casa a la orilla del mar y mi mujer me recrimina diariamente: “Mira cómo ocupan el espacio donde yo siempre pongo mi quitasol”; o bien: “Mira cómo se

bañan todos precisamente en el único lugar sin rocas y yo me quedo sin poder meterme... Tienes que hacer algo”.

En las noches, grupos ruidosos y exaltados beben y, presumiblemente, ingieren sustancias alucinógenas en la playa junto a nuestra casa. A veces entran al jardín gritando incoherencias y nos despiertan. Los carabineros suelen hacer rondas, pero, como es habitual, precisamente a las horas en que los exaltados no están. “¡Tienes que hacer algo!”, repite mi mujer. Yo le respondo que las playas son públicas, según reafirmó un decreto del Gobierno Militar (ella encuentra bueno todo lo que hizo ese gobierno).

— ¡Ah! ¿Sí?— me replica, y me lee un diario: “En una confortable casa colonial de estilo alemán se encuentran descansando el Presidente y su familia... Dispone de dos playas privadas con una privilegiada vista al lago Llanquihue. Cuenta con un sistema de vigilancia que le permitirá al Presidente gozar sus vacaciones sin ser molestado”. ¿No dice Lagos que debe haber más igualdad? Bueno, yo quiero igualdad con él: playa propia y vigilancia para que no me molesten.

—Claro— le replico —tendríamos todo eso si usted hubiera comido ostras y tomado vino esa vez en que me ofrecieron la Presidencia, pero prefirió echarlo todo a perder...

Sea como fuere, es un hecho que mi solución definitiva está en ser Presidente. No dejaré escapar al próximo proponente. Sólo deberé esperar cuatro años, pero están pasando rápido.

Del programa de gobierno y de los asuntos del país no me será preciso preocuparme, porque todo eso, tal como ahora, podrá seguir a cargo de la Sofofa y RN, mientras nosotros ponemos el quitasol en el lugar que queremos y disfrutamos en exclusividad del baño de mar en el único lugar de la playa donde no hay rocas.

Conversaciones con Fidel

Sigo encontrando notable lo que Fidel le dijo al empresario chileno.

Bien, supongo que mi misión sigue siendo la de tener que explicarles a ustedes algunas cosas. ¿Por qué fue Lavín a Cuba, aparte del motivo explícito de conocer mejor el sistema de consultorios de barrio, que él ha puesto en práctica en Santiago, con doctoras cubanas?

Respondo según mi leal saber y entender. Primero, porque Fidel ha organizado, patrocinado, financiado y encubierto a terroristas que tienen como misión atacar físicamente contra personas como Lavín. Ya en 1990, recordaba la semana pasada, los agentes de Fidel le pusieron una bomba en la casa. Entonces, creo, es una elemental providencia de autoconservación tratar de conversar con el que tiene poder y medios para ordenar ponerle a uno bombas en la casa, o cosas peores, o con el que los tiene para disuadir a sus seguidores de hacerlo.

Segundo, porque cuando Lavín gane la Presidencia en 2005 o, si hay segunda vuelta, en 2006, los agentes de Fidel, momentáneamente “dormidos” mientras gobiernan acá sus otrora camaradas de ruta, pueden “despertar”, para hacerle imposible su presidencia. Eso conviene tenerlo conversado. Siempre se puede negociar. Kennedy (que tenía la mayor colección de retruécanos para amenizar discursos de su tiempo) decía que no se debe negociar por miedo, pero tampoco tener miedo de negociar.

Yo lo corrijo, afirmando que negociar por miedo también es perfectamente válido, sobre todo si el miedo es muy grande, pero, claro, eso inutiliza el retruécano.

Tercero, porque todo el que habla con Fidel tiene prensa y cámaras favorables. La prensa mundial le perdona todo al dictador de Cuba. Se ha cargado sin juicio a 17 mil personas (documentado en el “Libro Negro del Comunismo”) y nadie lo ha cuestionado por eso. Ha torturado a miles de personas (anteayer, en “La Segunda”, una disidente cubana citó varios casos destacados) y tampoco a nadie

se le ha ocurrido encargar su detención internacional por eso.

Entonces, como Fidel tiene “buena prensa”, todo candidato a la presidencia o a cualquier cargo político de cualquier país puede sacar algún dividendo de ello. Es un hecho que un candidato necesita, para mantener su popularidad, aparecer constantemente en pantallas y primeras páginas. Observen ustedes a los demás aspirantes presidenciales chilenos, cómo se las arreglan para encontrar casi a diario pretextos con los cuales aparecer en cámara.

Cuarto, porque el contacto con Fidel invalida de una plumada la imagen de “fanático” e “integrista” que sus adversarios procuran colgarle a Lavín.

Quinto, porque éste sabe que los votos de centro y derecha serán para él, pero para ganar la Presidencia siempre va a necesitar votos de izquierda. Esta aproximación a Fidel puede servirle para ese efecto.

Sexto, porque Fidel, siendo un gran latero (los que van a conversar con él deben soportar seis u ocho horas de monólogo casi ininterrumpido), suele entremedio decir algunas cosas interesantes. Por ejemplo, leí que al senador Romero le había expresado sus buenos deseos para el mejoramiento de la salud del general Pinochet, lo que no deja de ser sorprendente (si es que no lo dijo pensando en que así se podría reanudar el juicio en su contra).

Está el caso de un destacado empresario que en 1997 (cuando los negativos efectos de las políticas de la Concertación aún no se habían manifestado, agravando los shocks externos) gozó del raro privilegio de que Fidel le cediera la palabra por algunos segundos, al preguntarle por la situación chilena.

El empresario le detalló el excelente estado por el cual atravesaba nuestra economía, a raíz de lo cual recibió del dictador el siguiente comentario, que le formuló apuntándole con el dedo: “¡Eso se lo deben ustedes a Pinochet!”. El anterior testimonio lo recibí directamente del referido empresario.

Bien, creo que son suficientes razones para explicar por qué Lavín fue a Cuba y pidió audiencia a Fidel.

En el Nombre de Pinochet

Me habría gustado que los mandos militares hubieran tenido siquiera la mitad del espíritu de cuerpo que los mandos comunistas.

Un amigo próximo a los militares me contó que a éstos no les había parecido prudente mencionar a Pinochet en la última transmisión del mando del Ejército, para evitar que aplausos y silbidos pudieran “haber empañado la ceremonia”.

Curioso temor: que en una ceremonia militar, el nombre del soldado más importante del Ejército en un siglo pueda suscitar contramanifestaciones.

A mí, que soy civil, esas prevenciones me resultan inexplicables. Es que me ha ido muy bien nombrando y defendiendo a Pinochet. He escrito dos libros denunciando la conspiración izquierdista de que ha sido objeto. Ambos han resultado “best-sellers” y muy rentables. Del último, “La Verdad del Juicio a Pinochet”, sólo restan en mi poder 23 ejemplares. Reservé 20 para empastarlos de lujo, para mi familia, y el empastador me mandó decir que no me cobraría el trabajo, como adhesión al general.

Escribí ese libro con absoluto desinterés, pero resulta que, no habiéndose todavía liquidado todas las ventas, la edición ya ha dejado sustantivos beneficios, aparte de los que han hecho por su parte las librerías y la distribuidora. No es tan terrible, pues, el nombre de Pinochet. Además, los libros en su defensa tienen una ventaja: no los “piratean”, porque los piratas son de izquierda y sólo imprimen masivamente, en forma clandestina, textos que interesan a su ideología, es decir, condenatorios de Pinochet.

Y ese libro ha prestado otros servicios. Me escribe, por ejemplo, un oficial (r) de Carabineros, que es abogado, y está preso en Chillán por un supuesto doble secuestro acaecido en 1973, que él no cometió, que no está probado —al contrario, en el expediente todos (incluido el juez) reconocen la muerte en 1973 de los supuestos secuestrados— y en el cual, aun si le hubiera cabido participación, su responsabilidad estaría extinguida por prescripción y amnistía.

Expresa que mi libro le ha resultado de gran utilidad para su infructuosa defensa, llevando al juez a tener que extremar sus argumentos jurídicos, recurriendo a algunos tan geniales como los siguientes: “Los tribunales en la dictadura no acogieron los recursos de amparo”; “me tiene lleno” (refiriéndose al ex oficial); “va a estar preso hasta que me diga quiénes mataron a Cofré y Montecinos”. Frase ésta muy reveladora, pues ese juez no podría jurídicamente mantenerlo procesado y preso a sabiendas de que las muertes ocurrieron en 1973. Pero, tratándose de uniformados, lo sabemos, la verdad y el derecho no importan.

En este diario, el viernes, se da cuenta de otros 60 procesos contra militares por hechos acaecidos hace más de un cuarto de siglo. Casos prescritos, amnistiados e, incluso, juzgados de nuevo, pasando por sobre previos sobreseimientos. La antijuridicidad llevada al extremo.

Entretanto, los extremistas a quienes ellos combatieron, autores de crímenes sangrientos y secuestros, han sido generosamente perdonados y se han beneficiado de la amnistía, la prescripción o, cuando no les alcanzaba para alguna de ellas, del oportuno indulto presidencial o la conmutación de sus penas por un comfortable extrañamiento en Europa, con trabajo garantizado.

¿Gladys Marín tiene miedo de defenderlos? Al contrario. El otro día declaró orgullosamente, ante otro descubrimiento de armas clandestinas, que había más depósitos similares. Y los abogados de izquierda, que accionan contra los militares —y con éxito— por secuestros inexistentes, no tienen inconveniente ni se fijan en el “qué dirán” para defender a los extremistas chilenos procesados en Brasil por secuestros sí existentes.

La extrema izquierda ha cometido muchos errores, crímenes y atropellos, sin duda, pero en el tema de las lealtades internas hay que aprender de ella.

20.03.02

La Concertación Sabe Crecer

Lo que hace crecer la maleza también hace crecer los tomates.

El otro día un señor me dijo, estando en mi oficina:

— El problema es que la Concertación no sabe impulsar el crecimiento.

Como yo tenía ganas de discutir, le repliqué:

— La Concertación sabe perfectamente cómo impulsar el crecimiento. Entre 1995 y 2000 el crecimiento de los delitos de asalto, robo con fuerza y hurto fue de 84 por ciento, según cifras de Paz Ciudadana. La Concertación ha dictado normas de estímulo a esta actividad y su producción, por consiguiente, ha aumentado con fuerza. El crecimiento del desempleo entre los mismos años fue casi ciento por ciento, respondiendo a normas que encarecen la contratación de trabajadores. El crecimiento de los conflictos étnicos ha sido casi infinito bajo la Concertación, porque durante el gobierno militar simplemente no los había. Y no porque hubiera represión, pues cuando don Augusto iba a abandonar el poder, en noviembre de 1988, la Junta General de Caciques, representativa de más de 300 mil mapuches, le confirió un pergamino nombrándolo “Ullmen F'ta Longo” (“Jefe Máximo y Conductor”) por haber permitido que “el pueblo mapuche recuperara su dignidad y recibiera los beneficios sociales y la prosperidad de su tierra” (“El Mercurio”, 14 de noviembre de 1988).

Esta última cita no la hice de memoria, naturalmente, sino extrayéndola de un libro mío de 1998, que tenía a la mano.

— Bueno— dijo mi interlocutor, algo molesto— yo no me refería a “esos” crecimientos, sino al de la economía en general.

— Por cierto— reconocí— es que, por una parte, tengo cierta inclinación a discutirlo todo. Ya cuando tenía 14 años mis compañeros de curso me apodaron “tinterillo”. Pero, por otro lado, no me va a negar usted que la Concertación

conoce la lógica del crecimiento, que se aplica por igual a las cosas deseadas y a las indeseadas. Por un motivo que no acierto a explicarme, la Concertación hace lo necesario para que otros crecimientos, los convenientes, como el del ingreso nacional, no tengan lugar. Cuando Chile crecía al siete por ciento legado por don Augusto, íbamos a duplicar el ingreso nacional en 13 años. Hace poco hubo un par de crisis externas, es cierto, pero pasaron. Lo que no pasó fueron los cambios introducidos por la Concertación, y ahora estamos creciendo al 1,2 por ciento (tasa 1998 a 2001), de modo que vamos a demorar casi medio siglo en estar el doble mejor. ¿Cómo lo han hecho? Por ejemplo, consagrando una reforma laboral que encarece en 16 por ciento los despidos, según un estudio de Harald Beyer, del CEP; amén de que otras normas de la misma reforma y la del seguro de desempleo han encarecido adicionalmente la contratación de trabajadores. Luego, hay menos ocupaciones. Es lógico. También se crece menos persiguiendo a los inversionistas con más impuestos, multas aumentadas, fiscalizaciones, controles y debilitamiento del derecho de propiedad. ¿Quiere saber qué ha pasado con la inversión? (Aquí saqué un recorte de “El Mercurio” de la semana pasada): entre mediados de los 80 y mediados de los 90 creció a un promedio de 13,8 por ciento anual. ¿Sabe usted cuánto creció la inversión el año pasado? Apenas 3,3 por ciento, sin olvidar que ella había disminuido en 17 por ciento en 1999.

Estando cerca de mis archivos puedo ganar casi todas las discusiones. A todo esto, mi interlocutor, alicaído, observó:

— Tal parece que no tenemos remedio.

Pero también le discutí eso:

— De tenerlo, lo tenemos. Lo que pasa es que la mayoría sigue votando a favor de la enfermedad.

27.03.02

En el País de la Alegría

Lo que al fin sucedió fue que su seguro de salud cubrió sólo un tercio del costo de la operación de la Irma. Esa es la realidad de la salud estatal, si uno quiere asegurar una buena atención.

Cuando la Irma me llevó el desayuno me dijo que no había podido dormir en toda la noche del dolor. Le pregunté dónde le dolía y me mostró un punto del estómago, bajando a mano derecha.

—Usted está haciendo una apendicitis— le dije, revelando mi dominio de la jerga médica— Nos vamos inmediatamente al hospital.

Cuando salíamos, mi mujer, que me conoce muy bien, me advirtió perentoriamente:

—No irás a ser tan inhumano de llevar a la Irma a un hospital público.

Entonces la llevé a una clínica nueva de la Universidad Católica en Los Dominicos. Todo impecable. Poca gente. Tras el examen preliminar apareció un doctor que me felicitó por el acierto de mi diagnóstico y dispuso lo necesario para la operación en el hospital de la misma Universidad Católica, en Marcoleta, adonde partimos tras llenar formularios y dejar yo un cheque en blanco en garantía, ese que fue derogado por ley hace un tiempo. Pero yo siempre he sido partidario del cheque en garantía, así es que debí “morir pollo”. Durante el trayecto la Irma me designó solemnemente como depositario de sus haberes en efectivo, reloj y anillos.

Finalmente la dejé a punto de ingresar a pabellón. Salió bien de la operación y después de su licencia volvió a la casa, donde le había llegado una cuenta por 710 mil pesos, de los cuales 240 mil pesos cubre su seguro de salud del Fonasa y 470 mil tiene que pagar ella.

—Yo no puedo pagar eso— me dijo, y añadió, mirándome en forma inculpatória,

que a su hijo le sacaron el apéndice en Cobquecura por 25 mil pesos.

—Irma, usted no va a comparar un apéndice de Cobquecura con uno de Los Dominicos— le expliqué yo, pero no quedó muy convencida.

—Yo le podría ir pagando de a poco— concedió, dando por llenado y cobrado mi cheque. No sabe que vivimos en el país de la alegría. Le tuve que explicar:

— ¿En qué país vive usted, Irma? ¿Que no aprendió nada de la señora Gloria, la del antejardín? Mire, aquí nadie va a pagar nada. Si cobran el cheque y no lo pago me van a venir a tomar preso por giro doloso. Entonces voy a llamar a la TV y a decir ante las cámaras que el juez me mete a la cárcel por salvarle la vida a usted. Por supuesto, me voy a “quebrar” y derramar lágrimas en cámara, como les gusta a ellos. Después voy a ingresar a Capuchinos en medio de los focos de la TV. Al día siguiente los diarios van a titular: “A la cárcel por salvar una vida”. Entonces va a llegar Heraldito, el ministro, a darme la solidaridad del Gobierno, también ante los focos, naturalmente. Esa misma tarde los reporteros le van a preguntar al Presidente, durante la inauguración de algún taller de bicicletas, cómo es posible que metan presa a una persona por salvar una vida, y el Presidente va a criticar al juez, me va a pedir perdón con voz trémula y va a ordenar que busquen a alguien de la UDI a quien echarle la culpa. Después me va a prometer el indulto, como a la señora Gloria, pero en vez del ramo de flores que le mandó a ella, yo espero una botella de Chivas, claro. Al final todos se van a pelear por pagar el cheque.

Pero la Irma, que es muy pragmática, quiso asegurarse:

— ¿No me va a descontar nada este mes, entonces?

— Irma, usted sigue sin entender. ¿No ve que la alegría llegó? En el país de la alegría no se paga nada. Discutamos de plata cuando nos conviden a “El Lunes sin Falta” y cobremos millones por referir en cámara, “quebrándonos” varias veces, por supuesto, cómo fui a la cárcel por salvarle la vida a usted, en medio de la incompreensión de esta sociedad injusta e inhumana. Ahí veremos quién le descuenta a quién.

La Democracia es Cruel

La demagogia, a la larga, no paga.

La última elección francesa ratifica que a los gobernantes de izquierda hay que dejarlos cumplir sus programas. Los franceses han acuñado la frase “fausses idées claires” —ideas claras pero falsas— para describir el ideario de la izquierda. Ésta gana muchos votos con propuestas atractivas y que cualquiera entiende, pero cuyo defecto es el de ser completamente equivocadas. Por ejemplo, no hay nada más indiscutiblemente popular, profundamente izquierdista e irremisiblemente dañino que alzar el salario mínimo. Dos tercios o tres cuartos de los chilenos apoyan eso. Veredicto democrático inapelable. El resultado es un desempleo que, entre los trabajadores menos calificados y, por tanto, más pobres, dobla la cifra promedio, que ya es muy alta (13,3 por ciento en Santiago).

Las esquinas con semáforos se han llenado de cesantes, especialmente jóvenes, pidiendo limosna, haciendo malabarismos o portando letreros reveladores de sus miserias familiares. También allí mendigan personas que exhiben sus invalideces, dado que entre las víctimas de las leyes de salario mínimo, los que más sufren son los inválidos de escasa productividad laboral.

Frente a ese espectáculo, la izquierda lanza otra “idea clara”: ello se debe a la insensibilidad del “modelo neoliberal”, que impide auxiliar a toda esa gente, cuando la verdad es la contraria.

Esto ha quedado de manifiesto con la reforma laboral. La derecha argumentó con raciocinios difíciles de entender, pero absolutamente correctos, que esa reforma reduciría la inversión, el crecimiento y el empleo. Ha sucedido exactamente así: un trabajo de expertos (Rafael Bergoeing y Felipe Morandé), empleando técnicas muy sofisticadas, ha determinado que dicha reforma ha producido un efecto equivalente a un impuesto al empleo de 6,75 por ciento.

Análisis especializados estiman que a lo menos la mitad de la caída en el crecimiento chileno se debe a las reformas laborales y tributarias de la

Concertación, que se sumaron a la recesión internacional. El principal generador de recursos para el Estado es, precisamente, el crecimiento.

Al caer éste, la recaudación tributaria se hace insuficiente y es preciso suprimir gastos sociales, tales como el subsidio al agua potable y los planes municipales de empleo de emergencia. La izquierda, entonces, dice que ésa es una actitud neoliberal, y pide más gasto fiscal. ¿Para qué? Para financiar empleos de emergencia que reemplacen a los que ella ha destruido con sus reformas y financiar subsidios que habrían podido mantenerse si esas reformas no hubieran castigado el crecimiento y, por tanto, la recaudación fiscal.

A la vez, el desempleo ha estimulado la delincuencia. Y la propia izquierda ha brindado mayores garantías a los delincuentes. Entre 1995 y 2000, de acuerdo con cifras de Paz Ciudadana, los asaltos, robos con fuerza y hurtos crecieron 84 por ciento entre nosotros.

Una de las razones de la derrota de la izquierda francesa ha sido, precisamente, el auge de la delincuencia. Otra razón reside en la división de la misma izquierda, pues sus sectores más extremos presentaron candidaturas propias, por estimar que el gobernante socialista estaba entregado al modelo neoliberal. Todo esto, como queda a la vista, está gestándose en Chile.

La democracia a veces es cruel. En Francia ha quedado demostrado que la izquierda, cumpliendo su programa y creyendo en todo momento satisfacer los anhelos populares, termina haciendo posible que dos candidatos de derecha disputen la segunda vuelta en una elección presidencial.

24.04.02

La Eterna Malicia Humana

¡Cómo nos pasan gato por liebre!

El Gobierno rasga vestiduras. Se ha insinuado que a los extremistas prófugos de la Cárcel de Alta Seguridad las altas esferas les brindan protección. Se trata, en verdad, de una atrocidad.

Hace poco, en la sección “Hace Treinta Años”, se recordaba un accidente del tránsito de abril de 1972, bajo la Unidad Popular. Lo protagonizó una camioneta que transportaba armas, municiones, granadas y planos de instalaciones militares. En ella viajaban miembros de la Guardia Armada Personal (GAP), grupo ilegal que custodiaba a la persona del Presidente Allende. La camioneta era de la Presidencia, la cual tenía registrado a su nombre medio centenar de vehículos similares. Nadie osó pensar mal.

Pues Allende gozaba de prestigio mundial como demócrata intachable. Su partido (el mismo del actual Presidente) había adoptado acuerdos unánimes, en sucesivos congresos internos de la década de 1960, a favor de la vía armada para llegar al poder. El gobierno de Allende distribuía armas. Él mismo había protegido a guerrilleros de otros países y hasta prestado su investidura como senador para ocultar transporte de armas. Pero era un demócrata insospechable. Nadie podía pensar mal.

Todo el mundo cree lo que la izquierda dice y nadie ve lo que hace. Eso la ha tornado confiada. En un foro en que participé frente a un dirigente socialista, él mostró aparatosamente sus manos, enrostrándome: “Mira estas manos, están limpias de sangre”. Como es obvio, insinuaba que las mías no. Él pertenecía a un partido que había propiciado la vía armada, distribuido armas, actuado de consuno con un grupo guerrillero perpetrador de atentados y asesinatos (el MIR), pero insinuaba que yo, que jamás pertenecí a partido violentista alguno, nunca distribuí armas a nadie y sólo me he limitado a procurar que ellos no las usen en mi contra por mis opiniones, como estilan hacerlo, tenía las manos ensangrentadas. Increíble.

Bajo un anterior gobierno de la Concertación algunos de los otrora socios de los socialistas en la vía armada escaparon en helicóptero de la cárcel de alta seguridad, donde purgaban secuestros y asesinatos. En otra ocasión un agente (no socialista) de Investigaciones, que tenía en la mira a los principales jefes del mismo grupo extremista y preparaba su apresamiento, vio atónito cómo un vehículo de su misma repartición los alertaba y posibilitaba su fuga. Una oficina del Gobierno colaboró en traslados de armas extremistas. Investigado ello, la ministra de corte Raquel Camposano sometió a proceso, por obstrucción a la justicia, al director de Investigaciones, Nelson Mery, y al subsecretario de Desarrollo Regional, Marcelo Schilling.

Pero las mayorías de las Cortes de Apelaciones y Suprema revocaron, sosteniendo que ese delito no podía ser cometido por funcionarios públicos, por hallarse descrito en un título referido a “delitos cometidos por particulares”. Criterio exactamente opuesto al sustentado por esas mayorías en el caso del desafuero del senador Pinochet, para inculparlo.

Ahora leo en “La Tercera” del domingo que el 8 de junio la policía uruguaya alertó a Carabineros sobre dos presuntos extremistas chilenos que procuraban adquirir pasaportes allá. Carabineros envió a dos efectivos. Pero, dice el diario, “Nelson Mery, Director de Investigaciones, conoce en Santiago del movimiento de Carabineros y le informa al Ministro del Interior, José Miguel Insulza. Este último estima que el asunto debe ser manejado por Investigaciones y le pide a Gustavo Villalobos, director de la Dirección de Seguridad Pública, que le informe a Carabineros que sus efectivos deben volverse a Chile”. Y los extremistas nuevamente se esfuman. El ministro desmiente haber ordenado que regresaran de Brasil, pero la información habla de Uruguay...

¿Cómo puede haber gente capaz de insinuar la existencia de una red de protección? La malicia humana no reconoce límites.

26.06.02

La Otra Efeméride

La columna que sigue suscitó una respuesta del presidente del cuerpo de generales y almirantes en retiro, que recientemente me había homenajeado con un almuerzo. Me acusó de ofender al Ejército. Mi réplica fue también dura. Desde entonces mis relaciones con el mundo militar se enfriaron considerablemente, si bien conservo el aprecio del general Pinochet y demás perseguidos políticos abandonados por sus camaradas de armas a la arbitrariedad de la justicia concertacionista.

Si la historia se escribe en los términos en que se ha transmitido a la opinión pública nacional e internacional el proceso seguido por el juez Guzmán contra el general Pinochet, hay buenas razones para desconfiar de la historia. Conozco como pocas personas ese proceso. Escribí un libro acerca de él. Pero, como decía Gide, “la mitad de los libros que se publican no se leen; la mitad de los que se leen no se entienden, y la mitad de los que se entienden, se entienden mal”.

Compruebo a diario que casi nadie sabe nada de ese inicuo juicio. Su contenido resulta atroz para dos instituciones básicas de la República: los Tribunales de Justicia y el Ejército. Los primeros, porque el expediente revela que han hecho de todo, menos justicia: han dejado leyes sin aplicar, han desconocido testimonios y documentos auténticos, acogiendo otros falsos y, en fin, han castigado a unos por ciertas conductas iguales a las de otros a quienes han dejado en la impunidad. El segundo, porque ha mirado impasible cómo oficiales salidos de sus filas han falseado la verdad para salvar su propio pellejo, trasladando así sus propias culpas a hombros de camaradas inocentes. Pero lo peor ha sido que se pasaron a las filas del enemigo totalitario, para permitirle cobrar venganza política contra su ex Comandante en Jefe.

Siempre he vibrado con las efemérides conmemorativas de actos heroicos de nuestros hombres de armas. Ayer y el domingo he leído emocionado los recuentos de los hechos de La Concepción, donde oficiales y soldados no vacilaron en inmolar sus vidas en cumplimiento del deber. Murieron todos, pero la bandera no fue arriada y siguió flameando en su lugar. Por eso, el 9 de julio

tiene lugar la ceremonia de la Jura de la Bandera en todos los regimientos. Pero el 4 de julio, fecha en que un ex Comandante en Jefe debió bajar la cabeza resignado, como consecuencia de un proceso injusto en su contra, traicionado por oficiales que no vacilaron en mentir para salvar su propio pellejo, nos va a recordar siempre que también se ha roto aquel juramento.

Un par de pruebas: si alguien se toma la molestia de leer el diario "El Día" de La Serena del 17 de octubre de 1973, encontrará el comunicado del comandante del regimiento que, diciendo actuar “conforme a lo dispuesto por Tribunales Militares en Tiempo de Guerra”, ordenó ejecutar a 15 personas. Y si alguien lee el diario “La Estrella” de Arica del 22 del mismo mes y año, encontrará el comunicado del comandante de Antofagasta que detalla los fusilamientos, ordenados “por la Junta Militar de Gobierno”, de individuos “comprometidos en la lucha armada y el enfrentamiento contra las fuerzas regulares”. Los oficiales que firmaron esos comunicados descargaron sus responsabilidades en otros camaradas de armas. Asimismo, los responsables directos de actuaciones impropias y no autorizadas por sus mandos no vacilaron en culpar a éstos. De la responsabilidad de los primeros quedó constancia en actas de sentencias de tribunales militares, que hasta 1986 el Ejército conservaba y que habrían corroborado la inocencia de sus superiores, junto a otros que no tuvieron responsabilidad en los hechos. De su contenido hay constancia en el proceso. Pero en 1998, cuando el juez Guzmán pidió esas sentencias, se le respondió que el Ejército “no posee documento alguno sobre las materias consultadas”.

El 4 de julio ha culminado, pues, un episodio negro y deshonesto. Esa fecha debería ser en lo sucesivo una efeméride de contrición, desagravio y penitencia por un proceso que no sólo deshonesto a dos instituciones, sino a toda la nación.

10.07.02

Casi Medio Siglo Pagando

El juicio de “Clarín” ante un tribunal internacional de arbitraje todavía no se resuelve. Pero me preocupa que los chilenos hayamos dejado al ratón a cargo de velar por nuestro queso.

Por los años 50, siendo yo un desprevenido estudiante de leyes y procurador judicial, llamó mi atención la denuncia parlamentaria en el sentido de que el saliente director del diario estatal “La Nación” se había adjudicado, en un precio irrisorio, maquinaria de imprenta del matutino. Poco después el ex director sacó a luz el sensacionalista “Clarín”. Como, por uno de esos infortunios de la vida, siempre he sido de los que deben pagar dinero al Estado y no de los que lo reciben de él, supuse que, de una u otra manera, yo también iba a terminar pagando ese menoscabo fiscal.

En 1972 el dueño de “Clarín” vendió en Europa sus derechos a Víctor Pey, hombre de confianza de Salvador Allende, en un millón y medio de dólares. Hoy éste, asociado con la Fundación Allende y asesorado por el inefable Joan Garcés, demanda al Estado chileno, ante un tribunal internacional, 517 millones de dólares, por la confiscación del diario durante el gobierno militar. Es decir, piden más del doble del costo del Plan AUGE. No está mal, para haberlo comprado en un millón y medio, cualquiera sea el reajuste aplicable.

A todo esto, la sucesión de otros primitivos dueños de “Clarín” está a punto de recibir del Estado, por el mismo motivo, nueve millones de dólares. Nuestros resignados bolsillos pueden tener que pagar, pues, dos veces la misma cosa.

Con todo, seremos “paganinis”, pero no desmemoriados. El camino a través del cual Pey y la Fundación Allende sostienen haber adquirido “Clarín” es tortuoso y se encuentra referido en el libro “Pinochet y la Restauración del Consenso Nacional”, de Julio Canessa y Francisco Balart (págs. 180 y 181). Allí también se cita a otro autor, el ex director de “Clarín” Román Alegría, que en un libro suyo y como testigo presencial refiere el siguiente episodio: Allende se dejó caer una noche de 1972 en el domicilio del propietario del diario, tras un editorial

crítico a su gobierno; “rodeado de su GAP, armado con metralletas, lo amenazó: 'Yo no voy a tolerar tus jugarretas. Conmigo no vas a hacer lo que has hecho con Ibáñez y Frei. Te hago matar, culpo al imperialismo, te declaro héroe nacional, te rindo honores de general y hablo en tus funerales. Ya lo sabes' ”. He citado reiteradamente ese episodio porque, primero, proviene de un testigo abonado y, segundo, porque es un paradigma de la praxis política del socialismo, al menos del chileno: el recurso a la violencia, el trasladar las propias culpas a hombros ajenos, el doble discurso.

Naturalmente, el dueño de “Clarín”, recibida la amenaza, huyó del país. No por eso yo dejé de seguir pagando: durante el gobierno de Allende se dictó un decreto que derogó por un solo día los derechos de internación de maquinaria de imprenta. Y adivinen ustedes quién tenía ese día, a punto de desembarcar en el puerto, su nueva impresora checoslovaca: “Clarín”. Mis impuestos suplieron los derechos burlados.

Hoy leo que el abogado a cargo de la defensa del Estado chileno frente a la demanda de Pey y la Fundación Allende ha renunciado a aquélla por “falta de garantías para defender los intereses encomendados” y debido a un cambio en la estrategia del Gobierno ante el tribunal arbitral internacional “que dificulta riesgosamente la defensa”. Pero no menos que su renuncia me alarma el tenor de una pregunta periodística formulada a él: “Se ha especulado en el mundo político que se trataría de una pelea entre la DC, partido al cual usted adhiere, y el PS, puesto que a través de la indemnización que se le podría pagar a Pey y Garcés, los socialistas podrían obtener cuantiosos fondos para su financiamiento”. El abogado se negó a responder, pero eso no me tranquiliza: he pagado por casi medio siglo y seguiré pagando, está bien. Pero siempre se me ha esquilmo con cierto disimulo. Y éste estaría a punto de perderse. Eso sí que no lo tolero: exijo a la izquierda observar, para despojarme, un mínimo de pudor.

31.07.02

Inspirado por Guayasamín

El Congreso ecuatoriano elevó una protesta a la Cancillería chilena por el contenido de la columna que sigue, según informó el cable. No sé qué le pueden haber contestado.

El otro día nuestro Presidente hizo uso de la palabra en el Parlamento ecuatoriano y dijo, como de costumbre, algunas cosas con las cuales no estoy de acuerdo. Pero a eso me he venido acostumbrando, si bien confieso que se me hace muy, pero muy difícil resistir otros tres y medio años oyendo más de lo mismo.

Lo que sí esta vez resultó insólito fue el escenario de los despliegues retóricos del Primer Mandatario. Pues en la sala plenaria del Parlamento de la hermana república, según pude apreciar a través de la televisión, han tapizado los muros interiores con una pintura panfletaria chillona y de última categoría, entre la cual hasta alcancé a leer algún vituperio contra la CIA.

Todo obra del izquierdista pintor, en ese orden, Oswaldo Guayasamín. Yo de pintura no entiendo, de manera que sobre eso no me pronuncio, pero de cosas feas sí, y debo decir, con el enorme afecto y respeto que siento por ese pueblo hermano, que han convertido la sede de su Poder Legislativo en un completo adefesio.

Probablemente embebido del ambiente, nuestro izquierdista Presidente se sintió a sus anchas y, junto con rendir un sentido homenaje a la idea de un “Estado grande y poderoso” (cito de memoria, pero el sentido era ése), formuló su acostumbrada crítica a lo que llamó “sociedad de mercado”. No me sorprendió. Por algo coronó las trabajosas lucubraciones de su libro más conocido, si bien escrito hace bastantes años, con la siguiente proposición, que sólo fue profética en el grado de tentativa: “La única solución es que los medios de producción pasen a manos del Estado”.

Ustedes saben que para un socialista no hay nada más sublime que el Estado ni

nada peor que el mercado. Porque el mercado es el lugar donde las personas libres hacen efectivas sus preferencias, idea que resulta insoportable para todo socialista, cuya convicción y doctrina consisten en que los demás sean obligados a hacer lo que quiere el Estado, manejado, naturalmente, por él.

La verdad es que la “sociedad de mercado”, lamentablemente, todavía no existe asentada en forma suficiente en ninguna parte, pero la historia nos enseña que, cada vez más, el progreso va acercando a las naciones a serlo. La gente goza de cada vez más libertades en todo el mundo, no así en Chile. Hasta el que Ronald Reagan llamara en su momento, con tanto acierto, “Imperio del Mal”, cuya misión declarada era suprimir la libertad de las personas en todas partes mediante la violencia revolucionaria, terminó paradójicamente suprimiéndose a sí mismo y hoy es un conjunto de naciones bastante libres, la principal de las cuales, Rusia, es cada día más “de mercado”. Esto es tan así que allá incluso se ha reducido ese resabio socialista llamado “impuesto a la renta” a una mínima expresión (una tasa pareja de 13 por ciento), innovación que, entre otras cosas, ha permitido mejorar la recaudación fiscal y llevar a Rusia a ser una de las economías de mayor crecimiento durante el año 2002.

¡Qué envidia! Nosotros, otrora líderes de las liberalizaciones, la apertura comercial, las privatizaciones, la libertad de elección previsional y de seguro de salud, la flexibilidad del mercado del trabajo, la libre fundación de colegios, institutos y universidades, ahora venimos de vuelta y nos alejamos cada día más de la sociedad regida por la expresión soberana de las personas libres en los mercados, mientras el Estado vuelve a crecer y el gobernante no sólo se enorgullece de ello, sino que casi todos los días amanece discurriendo un nuevo impuesto para cercenar todavía un poco más el menguante libre albedrío de los chilenos para tomar iniciativas y disponer del fruto de su propio esfuerzo.

07.08.02

Felices de Pagar

Volodia triunfó finalmente. Es seguro que sus fervientes loas a Stalin inclinaron la balanza en su favor.

—Excelente el discurso de Lagos en la Sofofa— me dijo ayer un empresario. Le contesté que eso no es novedad. Todos los años, antes de subir los impuestos, el Presidente les dice un excelente discurso a los empresarios.

Ahora es el turno de subir los impuestos al capital. Más contribuciones de bienes raíces. Ayer un señor jubilado, que sabiamente se fue a vivir fuera de Santiago y arrendó su casa, se quejaba de que las contribuciones le comían 6,5 meses de arriendo. Esas son las buenas noticias, porque con la nueva ley de Rentas Municipales II le van a comer ocho meses, por lo muy menos. Y ni siquiera ésas son las malas noticias, porque después viene el global complementario: si se trata de una persona de buenos ingresos, aquél le va a comer otro par de meses. Estamos alentadoramente cerca de hacer realidad el viejo anhelo socialista de gravar a la propiedad con el ciento por ciento de impuesto.

Y otro tributo, la patente sobre el capital propio de las empresas, subió al 0,5 por ciento. Antes había municipios que, en uso de su facultad legal, cobraban menos, 0,3 por ciento, por ejemplo. Sin embargo, el Gobierno los presionó para poner fin a la rebaja.

Es preciso reconocer que debemos financiar muchos gastos. El embajador Skármeta se vio compelido a desembolsar más de dos mil millones de pesos para remodelar el edificio de la sede en Alemania, que había remodelado muy reciente pero insuficientemente su antecesor, el embajador Hormazábal, a un costo apenas superior a los mil millones. Y como pronto vendrá el turno de otro embajador de otro partido de la Concertación, será preciso financiar la remodelación de la remodelación de la remodelación. Y cada una cuesta más que la anterior. Pero debemos reinsertarnos.

Además, ya viene la Ley de la Cultura. Como muy poca gente va al teatro, éste

no se financia. Entonces la ley nos cobrará a los contribuyentes las entradas que, sin ninguna justificación, nos negamos a comprar, y dará el dinero a los artistas, descontados algunos costos de administración, por supuesto. Los tonys fueron también al Congreso, igual que los artistas, a pedir una ley para ellos, porque tampoco va suficiente gente al circo —la política le hace una competencia muy desleal— y entonces, dicen, los contribuyentes deberíamos financiar las entradas que faltan. Y también es preciso ir juntando plata para el Ministerio de la Cultura. No hay suficientes cargos para correligionarios y parientes. El domingo el diario estatal “La Nación” nos sorprendió con la nómina de familiares de gobernantes, legisladores y jueces contratados con cargo al erario. La lista de hijísimos, yernísimos, hermanísimos, cuñadísimos, primísimos y sobrinísimos es extensa, pero todavía quedan muchos parientes desempleados, y los contribuyentes debemos ser solidarios con ellos.

También a las municipalidades hay que darles más dinero. Para eso es la ley de Rentas II, porque la I ya se consumió. Un artículo clave de aquélla es el que aumenta sustancialmente los sueldos de alcaldes y concejales. Cuando se presentaron de candidatos ellos sabían perfectamente lo que iban a ganar y ninguno mostró renuencia alguna a ser elegido. Pero en estos tiempos toda la plata se hace poca. Quieren ganar más y nosotros, los contribuyentes, deberemos raspar el bolsillo, por supuesto.

Y no olvidar que también debemos financiar un nuevo Premio Nacional de Literatura. La izquierda no tiene resuelto a cuál de sus escritores se lo dará este año. Lo disputan Volodia e Isabel Allende. Son varios millones al contado y una sustanciosa pensión vitalicia. Los contribuyentes preferimos, naturalmente, a Volodia, pues tiene más edad y, por tanto, nos va a salir más barato. Una razón tan válida como cualquiera de las otras que la izquierda esgrime para adjudicar el premio a uno de los suyos.

No sé. Algo tienen los discursos de Lagos a los empresarios que después de oírlos nos dejan a los contribuyentes con tantas ganas de pagar más impuestos.

Felicidad Socialista

Un par de años después, la inversión languidece y se ha discurrido un nuevo golpe contra la minería: el royalty.

— Ha sido una semana redonda. Al fin el partido reafirmó nuestra identidad marxista. Porque últimamente hasta hubo un momento en que llegamos a parecernos a ustedes. No sabes la depresión que tenía. En cambio ahora, viendo a Camilo y a los demás cantando la marsellesa socialista con el puño en alto, leyendo el acuerdo que reivindica el marxismo crítico... no sé... ha sido como renacer, como volver a la UP.

— Bueno, en lo económico están volviendo: el país crece menos. Van cinco trimestres en que cae la demanda interna. No falta nada para igualar a Allende.

— Ya estás falseando las cosas. El Presidente Allende sufrió el cerco imperialista y ahora estamos soportando las consecuencias de la crisis asiática.

— Oye, los tigres asiáticos están creciendo igual que antes. ¿De qué crisis asiática me hablas?

— Bueno, el “efecto barrio”, la desconfianza financiera en Estados Unidos.

— Viejo, ¿sería la ocasión para atraer inversiones! ¿A dónde crees que llevan la plata los que logran sacarla de Argentina y Uruguay? A los países que dan garantías. Si tuviéramos un gobierno serio, a esta hora nos estaríamos llenando de inversión extranjera y estaría bajando el dólar. En cambio ella está cayendo. Y todavía Lagos le cambia las reglas a la Exxon para gravarla por una operación realizada en el exterior.

— ¡No me vas a decir que estás vendido a la Exxon! El Presidente Lagos estuvo soberbio cuando dijo en el CEP que era una falta de respeto vender la Disputada sin pagar impuesto a las ganancias de capital. ¡Ése es un verdadero socialista! Claro, todavía no a la altura del compañero Allende, que no sólo les quitó las

minas a los gringos, sino que les cobró plata encima.

— De cobrarles, les cobró. Acuérdate que el embajador Korry declaró en “La Segunda” que una de las mineras le debió pagar 800 mil dólares a Allende para recibir alguna indemnización.

— ¡Ah, no! Eso sí que no te lo acepto. Hasta aquí no más llegó el diálogo.

— Tú me dijiste que estaba vendido a la Exxon. Mira, antes de irte: también cuando les suprimieron el subsidio del dos por ciento a los cotizantes pobres de las isapres me dijiste que yo estaba vendido a ellas porque pronostiqué que esos cotizantes iban a irse al Fonasa y lo iban a quebrar. ¿Sabes que la deuda de los hospitales públicos subió de 60 mil a 80 mil millones justamente por eso, y no tienen cómo pagarla? Bueno, ahora te pronostico el derrumbe de la inversión extranjera en la minería, que hasta ahora ha sido el rubro más fuerte de entrada de capitales.

— Defiende por una vez el interés nacional contra el imperialismo. Ponte alguna vez la camiseta de Chile.

— ¿Cuál Chile? Yo llevo la camiseta del Chile que respeta las reglas del juego. Éstas, viejito, no se cambian gratis. Ya una vez, gobernados por ustedes, les hicimos trampa a los gringos y les robamos sus minas. Después vino un gobierno militar serio, estableció una institucionalidad seria, que parecía a prueba de socialistas, y los gringos nos volvieron a creer. Pero apenas se presenta la primera prueba de fuego, no resisten, botan el tablero y pegan el zarpazo. Por último, podían haber propuesto el cambio para el futuro, sin afectar un negocio ya cerrado. Pero no tienen remedio. Era la oportunidad de probar que se habían renovado, pero el instinto socialista pudo más. Esto también lo pronostiqué, viejo. Relee mis columnas sobre la rana y el escorpión. Entonces, hablemos dentro de un par de años, nos volvemos a insultar mutuamente y vemos qué pasó con la inversión extranjera en la minería.

Nuestro 11 de Septiembre

El siguiente fue un “aide-memoire” más...

Por supuesto, la atrocidad cometida hace un año en esta misma fecha convirtió al 11 de septiembre en una efeméride internacional de la infamia. Ello no obsta a que, para muchos chilenos, “nuestro 11” siga siendo digno de celebración. En esta fecha de 1973 la nación fue salvada de un destino trágico, al que parecía fatalmente encaminada.

El chileno es, en general, desmemoriado, cambiante y malagradecido. Lo ha sido siempre. A Bernardo O'Higgins, hoy indiscutido Libertador de la Patria, le tributamos con justicia los más excelsos homenajes. Pero en su momento, en 1826, lo privamos de todos sus derechos, incluso patrimoniales, a título de que había cometido delitos y abusado del poder. Murió desterrado en Lima, empobrecido y solitario, en octubre de 1842, al día siguiente de que los chilenos — ¡magnánimos! — le hubiéramos por fin reconocido el derecho a volver al suelo que había liberado y regado con su sangre.

Aquel rasgo vergonzoso de nuestra idiosincrasia permite que hoy el único sobreviviente de la Junta Militar que liberó a Chile en 1973 del yugo totalitario inminente y de la guerra civil haya sido despojado de la dignidad senatorial que le corresponde y sometido a un proceso judicial espurio e infundado como pocos, que en cualquier Estado de Derecho habría sido motivo de escándalo.

El desagrado nos alcanza a todos. Hace pocos años me presentaron a un científico ruso, quien me pidió le explicara el 11 de septiembre y el gobierno militar. A la altura en que yo hacía hincapié, tal vez con tono de excusa plañidera, en las dos mil y tantas víctimas de la revolución libertadora, el ruso se indignó:

— ¿Y qué pretendía usted? ¿Que derrotaran a un ejército comunista de más de diez mil hombres y no hubiera víctimas? Le aseguro que también murieron soldados...

—Bueno, murieron 82 sólo en las semanas siguientes al 11...

—Bien, yo que he vivido la tragedia de un gobierno comunista, le digo que dos mil muertos es nada frente a haberse librado de esa catástrofe— dijo indignado.

Fue una lección para mí. Pues, como todo chileno de hoy, tengo el cerebro bastante lavado. Eso sí, menos que el resto. Porque me doy cuenta, por ejemplo, de que aquí a unos muertos los mataron los militares, pero a los otros, parece que nadie. Cayeron víctimas de “la violencia política”, como dijo el Informe Rettig. Es decir, los hechores podrían ser hasta democratacristianos o nacionales. Claro, se trataba de librar de responsabilidad a los verdaderos culpables de la lucha armada en Chile: socialistas, comunistas, mapucistas e izquierdistas cristianos. Todos ellos tenían grupos armados, como lo reconoció expresamente Carlos Altamirano a la periodista Patricia Politzer. Fueron los grandes responsables, los que abrieron fuego y declararon la guerra. Y hoy, ¿dónde están? Acusando a los militares que, justamente, y a pedido expreso de los políticos demócratas, evitaron la guerra civil y la dictadura totalitaria sin fin.

Hoy corresponde, pues, agradecer a la Junta que liberó al país y puso término a un gobierno que, según dejó constancia la Cámara de Diputados en su acuerdo de 22 de agosto de 1973, despojó de sus atribuciones al Congreso, desconoció fallos de los Tribunales, violó las leyes y los dictámenes de la Contraloría, atentó contra la libertad de expresión, violó la autonomía universitaria, reprimió el derecho de reunión, conculcó la libertad de enseñanza, practicó detenciones ilegales de opositores, los sometió a flagelaciones y torturas, reprimió ilegalmente a los trabajadores, restringió la libertad para salir del país y amparó a grupos armados ilegales.

No es poco servicio a la Patria el haberla librado de todo eso y del viaje sin retorno que venía después. Nuestro 11 permanecerá, porque nunca ningún chileno con el corazón bien puesto podrá dejar de conmemorarlo.

11,09.02

Sinceramiento del Derecho

Una de las inconstitucionalidades más graves de los últimos años se cometió al remover el Presidente de la República a un Comandante en Jefe de la FACH, sin tener atribuciones para hacerlo e imponiendo su voluntad exclusivamente sobre la base de amenazas que obligaron al segundo a dimitir. Los jueces, atropellando las leyes, brindaron al Ejecutivo el respaldo necesario para que la presión ilegal resultara eficaz.

El juez Carroza procesa al general Campos por excluir a cinco personas de la lista entregada a la Mesa de Diálogo. El general admite su culpabilidad, no obstante que al menos tres de esas personas estaban correctamente omitidas, porque sus restos habían sido hallados y no eran, por tanto, de los que se debía informar a la Mesa. Autoinculparse en exceso es habitual ante los Tribunales del Pueblo.

El delito que se le imputa es el de obstrucción a la justicia del artículo 269 bis del Código Penal. En 1996, cuando se sometió a proceso al Director de Investigaciones, Nelson Mery, por ese delito, la Corte anuló el procesamiento porque, explicó su ministro Espejo, ese artículo exige que “el delito haya sido cometido por un particular, porque está dentro del párrafo y título de los delitos cometidos por particulares”. Ni Campos ni Mery son particulares, pero el primero es uniformado y, por tanto, no tiene derecho a un debido proceso. Además, dicho artículo castiga a quien niegue antecedentes a un tribunal, y Campos los habría negado a la Mesa de Diálogo, no a un tribunal. Y el mismo artículo exige que se haya ocultado el cuerpo, efectos o instrumentos del delito, lo que Campos no hizo. En un Estado de Derecho no se le habría podido procesar por eso.

La Constitución establece un procedimiento para remover a los comandantes en jefe, pero acá ello se hace mediante denuncias de la prensa, con el respaldo de encuestas “relámpago”, políticos de Gobierno y el presidente de un partido opositor (el de siempre).

El presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago, Carlos Cerda, declara que la amnistía es “absolutamente contraria a derecho” y que en los juicios contra uniformados “no hay ninguna posibilidad de impunidad, llámense amnistías, prescripciones u otro nombre”. En 1986 él había sido sancionado por la Corte Suprema por negarse a aplicar esas eximentes. Hoy, evidentemente, la Suprema ha cambiado. Por tanto, rige la “doctrina Cerda”.

Algunos acuden al Derecho Internacional para negarse a aplicar la amnistía y la prescripción. El profesor de Derecho Internacional, Carlos Frontaura, ha precisado: 1) El tratado sobre imprescriptibilidad de delitos de guerra y de lesa humanidad ha sido ratificado por muy pocos países, entre los cuales no está Chile, de modo que acá no rige; 2) En todo caso, sólo se aplica a conflictos internacionales; 3) Tras uno interno, como el que hubo en Chile, las Convenciones de Ginebra recomiendan la amnistía y su Protocolo II complementario afirma: “No podrá invocarse disposición alguna del presente protocolo con objeto de menoscabar la soberanía de un Estado o la responsabilidad que incumbe al Gobierno de mantener la ley y el orden en el Estado”.

Con el objeto de “sincerar” nuestro derecho y adaptarlo a las nuevas realidades, propongo las siguientes reformas: 1) Al art. 93 de la Constitución, para que diga: “El Presidente de la República podrá llamar a retiro a los Comandantes en Jefe o al General Director, fundándose en denuncias del diario de Gobierno, con el respaldo de, al menos, una encuesta de opinión y del presidente de un partido opositor”. 2) Agregar el siguiente inciso al art. 269 bis del Código Penal: “Los uniformados serán considerados particulares para los efectos de la penalidad de este artículo y ella se les aplicará si omitieren informar a cualquier ente o autoridad, aunque no sea Tribunal de Justicia, y aunque la información no fuere conducente”. 3) Agregar a la Constitución el siguiente artículo transitorio: “El actual presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago, señor Carlos Cerda Fernández, determinará cuáles son los tratados internacionales vigentes en Chile, según el art. 5º de esta Constitución, y ellos se aplicarán en los términos en que aquél determine”. 4) Agregar al art. 8º del Código Civil, que actualmente dice: “Nadie podrá alegar ignorancia de la ley”, sustituyendo el punto final por una coma, la siguiente frase: “salvo los Tribunales de Justicia”.

Peor que la Corrupción

La injusta persecución desatada contra los generales Ríos y Campos, de la FACH, y contra la cónyuge del segundo, ha sido uno de los episodios más escandalosos protagonizados por la Concertación y su prensa roja, con el apoyo del inefable Sebastián Piñera y la aquiescencia explícita de Joaquín Lavín. Episodios como ése explican que se haya forjado una absoluta incompatibilidad entre mi conciencia y la actividad político-partidista.

Permítame, feligrés(a) lector(a), extenderle una invitación a analizar algunos hechos en conciencia. Probablemente, perdóneme la franqueza, su cerebro está lavado, como el de casi todos. Pero la conciencia es anterior y superior al cerebro. Por eso recurriremos a ella.

Ahora póngase en el lugar del general Campos, de la FACH. El Comandante en Jefe, según la ley, le ha comisionado para recibir “información útil y conducente para establecer el destino de los detenidos desaparecidos”. Según esa misma ley, no podrá proporcionar datos que permitan identificar a quienes le den información. Si lo hace, puede ser condenado a un año y medio de reclusión.

Recolecta antecedentes sobre el posible destino de 23 personas. Los coteja con su superior y ambos comprueban que hay tres personas cuyos restos ya fueron hallados, y hay dos casos en que sólo se indica un nombre y un año. No cabe duda de que en ninguno de ellos la información es, como la ley exige, “útil y conducente para establecer el paradero y destino” de esas personas. Corresponde excluirlas de la nómina.

El general Campos no puede conservar antecedentes que permitan identificar a sus informantes. Si los conservara, éstos eventualmente podrían ser identificados y ello lo haría incurrir en la violación del secreto a que lo obliga la ley. Una elemental prudencia aconseja, pues, destruirlos, una vez extraída de ellos la “información útil y conducente”. La FACH entrega el fruto de este trabajo a la Mesa de Diálogo. Ha cumplido al pie de la letra su misión. Tanto, que nadie ha podido con posterioridad señalar un solo caso de ocultamiento de información

“útil y conducente”.

Repentinamente, un sujeto denuncia en el diario de Gobierno, sin pruebas de ninguna especie, que se ha ocultado información. Se desata una campaña de desprestigio contra el general Campos y el Comandante en Jefe. Al advertir el primero que los injuriadores dirigen también sus ataques a su cónyuge, por haber ella sido, en 1975, a los 19 años de edad, secretaria de la Dirección de Inteligencia de la FACH, se horroriza. En el pasado ella ya ha sido citada a declarar ante un juez, por el solo hecho de haber trabajado en esa repartición, pero nunca fue siquiera inculpada. Ahora es blanco preferente de la difamación y su marido no desea exponerla. De modo que éste sacrifica su carrera y renuncia.

En vano. Un juez dice que él obstruyó a la justicia. Jamás lo hizo, por supuesto. Nunca un tribunal le requirió información. Y la que destruyó, debía destruirla por imperativo legal. No obstante, la Corte, por unanimidad, confirma su procesamiento. Su superior lo respalda, pero el Presidente de la República ridiculiza a éste públicamente. Energúmenos gritan todo el día en la calle, pidiendo su dimisión. El presidente de un partido opositor se suma a la campaña y lo acusa de engaño. Sus camaradas de armas miran hacia otro lado y no falta el que le clava un puñal en la espalda. Advertencias implícitas de la autoridad indican que la FACH tendrá dificultades para operar si aquél sigue a su cabeza. Las encuestas dicen que más del 70 por ciento de la ciudadanía quiere que el Comandante en Jefe se vaya. Algunas voces moderadas cohonestan esa inaceptable presión y pontifican que su permanencia en el cargo puede dañar a la FACH.

Además, se le amenaza con querellas y una acusación constitucional. Entonces, el Comandante en Jefe también renuncia. Y lo que faltaba: el líder opositor dice que esa dimisión le ha hecho bien al país.

Se ha descabezado a una rama de la defensa (ya ocho de sus generales se han alejado en un año); permanece preso un general que cumplió estrictamente con la ley, los tribunales confirman unánimemente tal arbitrariedad y hasta la oposición aplaude.

La corrupción en el Gobierno es mala; pero peor que ella es la corrupción de la conciencia de un pueblo entero, que lo lleva a proclamar como un bien lo que está comprobada y definitivamente mal.

23.10.02

¡No Pierdan su Tiempo!

Mostré mi escepticismo acerca de que pudiera haber sanciones en el “Caso Coimas”, pero en 2004 las hubo...

¿Cómo puede alguien creer que el escándalo de las coimas va a provocar un vuelco de opinión? ¡Por favor! Si la Concertación controla todo: el Poder Ejecutivo, la Cámara fiscalizadora, la Contraloría, el Consejo de Defensa del Estado y los Tribunales de Justicia. Lo único que va a suceder será que el Gobierno, con su poder comunicacional, dará vuelta las cosas en perjuicio de la oposición.

Ya el Presidente ha comenzado la tarea, poniendo énfasis en que el origen de la corrupción está en un “empresario”. Claro, se cuida de precisar que es simpatizante del partido que él mismo fundó y que es “empresario” gracias al favor funcionario. Y luego el Presidente anuncia que procederá con mano dura. ¿Alguien puede creer eso? Si fue informado hace 11 meses de irregularidades en Transportes, y nada hizo.

Ya en 1990, siendo ministro de Educación, ordenó comprar a la empresa de un conocido simpatizante socialista español, Jesús Polanco, material didáctico por 11 millones de dólares, sin llamado a licitación, como era legalmente exigible; valiéndose de un particular designado por él, lo cual tampoco era legal; y girando a través de este último los correspondientes fondos de Tesorería, otra ilegalidad más. Cinco años después, un inspector de la Contraloría comprobó que el negocio había significado al Estado chileno pagar un sobreprecio de cuatro millones 700 mil dólares. La Contraloría, comprendiendo que su ingenuo inspector había incurrido en una conducta moralmente ejemplar, pero políticamente muy incorrecta, le selló la boca y lanzó el hierro candente al Consejo de Defensa del Estado. Éste investigó, pero, temiendo quemarse, resolvió devolverlo a la Contraloría, para que iniciara un sumario, requisito, dijo, sin el cual no era posible proceder judicialmente.

Pero ésta, ya con quemaduras de tercer grado, discurrió que, habiendo sido un

particular el gestor del negocio, y no un funcionario público, carecía de competencia para iniciar un sumario.

Genial. Claro, había una pequeña falla: el autor intelectual de la operación, el ministro de Educación, era funcionario público.

No, mis amigos, no pierdan su tiempo. Aquí manda la Concertación, no la ley. Si ambas entran en pugna, peor para la ley. Acabamos de presenciar cómo el Gobierno ha logrado remover a un Comandante en Jefe sin tener atribución legal para hacerlo, y se ha mandado a prisión a un general de Aviación que (como demostré en mi columna anterior) sólo cumplió estrictamente la ley.

El país, bajo la Concertación, ha llegado a un estado general de impermeabilidad moral. Los feligreses de esta columna habrán leído más de una vez mis denuncias sobre las iniquidades del proceso contra el general Pinochet, entre ellas una perla: el juez Guzmán Tapia sometió a proceso a los integrantes de la comitiva del general Arellano (y al general Pinochet) por los fusilamientos de Cauquenes, del 4 de octubre de 1973, pese a que en esa fecha la comitiva no estuvo en esa ciudad.

Pero el juez hizo una excepción con un miembro de la comitiva, su primo-hermano, el entonces mayor Carlos López Tapia. No lo sometió a proceso y nunca siquiera lo interrogó. Su primo, en realidad, es el único que ha recibido debida justicia, pues, al igual que sus compañeros, es inocente de dichos fusilamientos. ¿Qué reacción ha habido frente a esta situación tan inicua?

Ninguna, en años.

Tampoco la va a haber ahora. Los ilusos pueden añadir el caso de la Subsecretaría de Transportes a la larga lista de escándalos de estos 12 años y luego olvidarse de todo y, también, para ceñirnos sólo a estos días, de la fiesta, con un costo fiscal de cinco veces su valor real, del ministerio de Salud; de los depósitos por 11 millones de pesos pertenecientes al municipio en la cuenta personal del alcalde PPD de Lo Prado, sin que él supiera nada, por supuesto; de...

La falta de espacio, no de escándalos, me impide continuar.

30.10.02

Estoy Dejando de Existir

Dos días después de aparecida esta columna la gentil Directora del Registro Civil Nacional me hizo llegar dos certificados de nacimiento, a un costo de 720 pesos cada uno, y así recobré mi existencia legal.

—Estás diciendo cosas peligrosas— me dice un amigo— no conozco a nadie más que se atreva a afirmar que Lagos es culpable y Pinochet inocente.

Durante años he venido formulando juicios políticamente incorrectos como éstos, y he recibido advertencias parecidas, y hasta algunas amenazas. Nunca me he preocupado: los tipos violentos no leen lo que escribo; y cuando por alguna casualidad lo hacen, no lo entienden. Sólo comprenden las consignas.

Pero el otro día algo me hizo recordar la advertencia: un banco dudó de que yo tuviera existencia real y, por alguna razón que ni siquiera conjeturo, estimó insuficiente mi cédula de identidad como prueba, demandándome un certificado de nacimiento. Entonces le respondí al instante (mi cerebro también está algo lavado por la propaganda oficial):

—Ningún problema. En cinco minutos sacaré el certificado por internet.

Demasiado optimismo: el sitio web del Registro Civil me comunicó que no estaba en condiciones de darme el certificado. Entonces aproveché un trote matinal en un día hábil —los trotadores gozamos de mucha flexibilidad de horario— para acudir a una oficina cercana del Registro Civil. Debí hacer fila durante 20 minutos, tras una joven con pelo muy escarmenado y que, ostensiblemente, había cenado ajo la noche anterior.

Aspiré con fruición el perfume del bulbo liliáceo, pensando en las saludables virtudes que se le atribuyen. Con cada inspiración esperaba beneficiar a mi organismo. Llegado al mesón, visiblemente más sano que al comenzar la cola, un amable funcionario, tras consultar su terminal de computación, me informó que no había constancia alguna de mi nacimiento. Pero me aseguró que en la

oficina de Miguel Claro podría haberla. Me dirigí allá, sólo para encontrar a una multitud que llenaba el recinto. Seguramente era gente que tampoco había nacido, pero eran tantos que decidí delegar la diligencia.

De esto hace meses. Mandé a sucesivos personeros a gestionar mi certificado. El Registro Civil persistió en negar que yo hubiera sido dado a luz. Ante nuestra insistencia en que sí, solicitó como prueba un certificado antiguo.

Afortunadamente yo tenía uno, que el banco había rechazado, sosteniendo que mi nacimiento había caducado. Pero podía servir al Registro para ubicarse en sus propios libros. Sin embargo, la respuesta siguió siendo la misma. De paso, el certificado caduco se extravió.

En vista de lo anterior, estoy considerando la posibilidad de declararme oficialmente nonato. No deja de tener ventajas. Desde luego, San Ramón Nonato llegó a ser santo, perspectiva que me atrae, sobre todo ante la escasez reinante. En seguida, si el Estado insiste en que no nací, no puede al mismo tiempo pretender que yo le pague impuestos. Me ha enviado dos correos electrónicos este año, aseverando que mi declaración de renta no está conforme con los datos de ellos. Dos veces ha ido una persona y los ha convencido de que está perfecta. En la próxima oportunidad, la he instruido para que les haga ver que, no habiendo yo nacido, deben dejar de molestarme.

Mi inexistencia puede ser útil para variados efectos. Por ejemplo, puedo ofrecerme, a cambio de un módico honorario —sin boleta, naturalmente, porque si el diputado Rebolledo no la extiende, ¿por qué yo, que ni siquiera existo, habría de hacerlo?— para aparecer cobrando el famoso vale vista de 15 millones de pesos que el empresario Filippi afirma haber pagado al subsecretario Tombolini, y que éste niega haber recibido, no obstante lo cual los 15 millones desaparecieron.

Ningún juez —ni siquiera el mismísimo Juan Guzmán Tapia, aunque respecto de él no debería estar tan seguro— podría mandar presa a una persona que no ha nacido.

El país, en todo caso, no debe inquietarse ante mi situación ni reaccionar violentamente. Llegado el momento, le diré qué hacer. Entretanto, me comprometo a mantenerlo informado acerca del curso de mi inexistencia.

06.11.02

...Y al Primer Día Resucité

A continuación, una buena síntesis de mi programa presidencial.

— ¿Existes?— me pregunta un amigo.

— Sí, el Registro Civil me mandó el certificado de nacimiento al día siguiente de haberme autodeclarado nonato.

— Entonces las instituciones funcionan...

— Después de un artículo en el principal diario y de que se preocupan por el problema altas autoridades, sí, las instituciones funcionan. Pero, mira, fue el mercado la clave de la solución: una señora que hace años me hizo un trámite y conoce mis papeles, me llamó para decirme que en mi cédula de identidad se indicaba como oficina de inscripción de nacimiento “Portales”, en circunstancias de que era “Moneda”. Por eso yo no podía obtener el certificado.

— ¿Y por qué pusieron “Portales”?

— Supongo que por razones obvias.

— Lo obvio es que quisieron alejarte de La Moneda. Elemental medida de prudencia, por lo demás. Quizás qué cosas serías capaz de hacer desde ahí.

— Eso lo tengo claro: dificultar el divorcio, privatizar todo, incluido el cerro San Cristóbal, cuyas 720 hectáreas licitaría en igual número de parcelas, para darles la plata a los pobres...

— ¿Y dónde trotarías?

— Ahí mismo, pues conservaría las calles y senderos como públicos, con la diferencia de que trotaríamos entre jardines. Además, suprimiría el impuesto a la renta y lo reemplazaría por un impuesto único a la energía. ¿Te das cuenta del impulso al crecimiento que eso significaría? Y toda la plata del gasto social se la

daría directamente a las familias pobres y no al Gobierno. Estás viendo lo que la gente del Gobierno hace con ella...

— Oye, con razón prefieren que no existas... Supongo que ahora que están “blindando” a Lagos no vas a seguir con eso de las compras que hizo en el ministerio de Educación...

— Bueno, no quiero ser odioso ni perforarle el “blindaje”. Pero ese ministerio yo lo suprimiría, junto con la mayoría de los demás...

— ¿Y quién educaría a los pobres?

— ¡Pero si el ministerio no lo hace! El 80 por ciento de los chilenos no entiende lo que lee. Conmigo en La Moneda, los pobres tendrían dinero suficiente para educar ellos a sus hijos, y estoy seguro de que elegirían mejor los colegios. Pues déjame decirte una cosa: la plata para eso está, pero no lo repitas mucho. Uno que conozco me puede robar la idea.

— Ese cuento sí que no te lo había oído...

— Mira, te voy a poner al tanto: el Instituto Libertad y Desarrollo (“Temas Públicos” N° 552, 26.10.01) calculó que si el dinero del llamado “gasto social” que hace el Gobierno en educación, salud, vivienda y otras cosas se les diera a los tres millones de pobres existentes según la última encuesta CASEN, recibiría 111 mil pesos mensuales cada uno. ¿Me entiendes? No cada familia, sino cada pobre. Es decir, todas las familias quedarían sobre el nivel de pobreza y podrían financiar su propia salud, su educación y su vivienda. ¿Te das cuenta? Y lo más espectacular es que la plata alcanzaría incluso para seguir pagando a los funcionarios, aunque no hicieran nada, pues eso está considerado en el cálculo. Por supuesto, también se podrían seguir pagando los 260 millones mensuales de gastos reservados del Presidente.

— ¡Pero si el Presidente ibas a ser tú! ¿Pensabas seguirlos cobrando? Parece que era un error lo de “Portales”.

— ¡Ah, bueno! Ese tema habría que revisarlo. Pero algún gasto reservado tendría que haber.

— Veo que a la primera de cambio ya te están flaqueando los principios...

— No faltará alguien que me “blinde” para que no me anden importunando con detalles como ése.

13.11.02

Ya les Decía Yo

Los “sobres con billetes” fueron una institución que llegó junto con la democracia... mejor dicho, junto tonel gobierno de la Concertación.

Yo sabía que tarde o temprano el país se iba a arrepentir de no hacerme nunca caso. ¿Cuántas veces no les advertí, en 1999, que el entonces candidato presidencial Ricardo Lagos, siendo en 1990 ministro de Educación, había actuado irresponsablemente, sin licitación ni decreto, a través de un particular carente de toda atribución legal, para pagar un sobreprecio de más de cuatro millones de dólares por compras en España a la empresa exportadora de un conocido personaje afín al gobierno socialista de allá? Los chilenos no me hicieron caso y, sabiendo eso, eligieron a Lagos.

Posteriormente se intentó investigar, pero como la Concertación manda en Chile, ninguna institución funcionó. La Contraloría comprobó los hechos, pero no inició sumario; el Consejo de Defensa del Estado los analizó, pero no entabló querella; la comisión investigadora de los diputados, con mayoría concertacionista, los confirmó, pero desechó un veredicto condenatorio.

Memorable resultó, sin embargo, el discurso del entonces diputado Nelson Ávila, fiscalizador implacable, pero correligionario del ex ministro investigado: “Las irregularidades que nos ha tocado analizar”—dijo— provienen de “la situación sui generis que se da en España”. Concordó en “no desconocer, porque es absurdo, el hecho de que hubo irregularidades”, pero añadió: “Entonces, yo creo que tanto los aspectos de orden civil como penal están prescritos a esta altura”, concluyendo que, “aparte de constatar este conjunto de hechos, no hay posibilidad real de ir más allá”. Y punto, como suele decir el mismo no-investigado.

¿De qué, entonces, extrañarse cuando ahora salen a luz el tráfico de influencias, los honorarios brujos, los sobres con billetes para los ministros y la plata fiscal para los partidos del régimen, e incluso para sus “amigos secretos”, los comunistas? ¿O de la denuncia del ex senador Piñera, en el sentido de que más

de cien mil millones de pesos del presupuesto van a “organizaciones no gubernamentales” (ONG), sin que la Contraloría ni nadie fuera de la Concertación sepa qué se hace con esa plata?

¡Qué ironía! Los que ganaron la Presidencia en 2000, prometiendo más igualdad entre los chilenos, ahora estiman —al decir de uno de sus exponentes más representativos— que el sueldo legal de un ministro, tres veces superior al que gana el promedio de los chilenos, es “miserable”.

Peor aún, quieren ser todavía más desiguales y subirles los sueldos a los ministros a un monto casi nueve veces mayor que el del promedio, y al Presidente más todavía.

Y el mismo gobierno elegido en nombre de impedir la evasión tributaria resulta que entrega sobres con billetes que más que doblan el sueldo, libres de todo impuesto. Evasión flagrante.

El Gobierno no da explicaciones. Dice que la ley lo obliga a guardar secreto acerca de sus gastos reservados. Entonces, ¿quiere decir que impunemente pueden eludir la Constitución y las leyes? Pues la primera ordena que los sueldos públicos sean fijados por ley, de modo que el sobre anónimo con billetes está fuera de la ley.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Uno a uno salen a la luz pública ministros de la llamada “dictadura” precisando que el total de sus remuneraciones se pagaba con cheques perfectamente contabilizados e íntegramente tributables.

Pero hay más: ahora el Gobierno, que domina todo —cámara fiscalizadora, Contraloría, Consejo de Defensa del Estado, tribunales— anuncia una ley para sanear sus propias actuaciones. Al menos, esto es un reconocimiento de que actuaban fuera de la ley.

A propósito de eso, un feligrés agudo se me acercó el otro día y me señaló:

— Tú que criticas a los chilenos por decir al revés los refranes, fíjate que ahora lo van a poder hacer con razón. Antes se decía: “Hecha la ley, hecha la trampa”. Ahora, bajo la Concertación, se puede decir: “Hecha la trampa, hecha la ley”.

27.11.02

Cosas de País Rico

La clase política unida jamás será vencida. Y ella ha hecho que “en democracia” los gobernantes ganen mucho más que bajo “la dictadura”.

¡Qué agradable es vivir en un país rico! Una obra benéfica nos pide a los chilenos 10 mil millones de pesos y le damos 11 mil. Y, como ya antes he recordado, en Chile sobra plata, incluso para los pobres. Sería cosa de que les llegara, pues el Instituto Libertad y Desarrollo ha demostrado que si se les diera efectivamente toda la plata que recauda el Gobierno para ellos a título de “gasto social”, subirían todos sobre el nivel de pobreza. ¡Qué bueno saberlo!

Claro, pero, al menos por ahora, hay entremedio un gobierno socialista y la plata no llega a donde tendría que llegar. Todos sabemos por qué. Pero no hay mal que dure cien años.

En todo caso, la generosidad de los chilenos no tiene límites. Me congratulé cuando vi que una compañía de la cual soy accionista y cuyas acciones han bajado de precio, debido a sus enormes pérdidas recientes, fue una de las que más dinero donaron a la Teletón. ¡Eso se llama “dar hasta que duela”!, como decía el padre Hurtado. Pues a mí me dolió. Producto de una mala educación, tal vez, rodeado de personas austeras y ahorrativas, que solían repetir, no del todo en broma, el dicho del Gran Tacaño: “Del dar sólo un dar me agrada, que es el dar en no dar nada”.

Pero el país no es así y, como premio, nada en plata. Los hombres de Gobierno se están subiendo en estos días sus sueldos a más del doble. Bueno, en realidad se los habían subido antes, reservadamente, a través de “sobres con billetes”. Conducta completamente ilegal, pues tales sueldos deben encuadrarse en la ley que los fija, y la burlaron. Un feligrés candoroso me escribió preguntándome si no se interpondría una acusación constitucional por semejante ilicitud. Le respondí criticándole su proposición, tan políticamente incorrecta. ¿En qué país vive? ¡Qué acusación constitucional! Lo que se va a dictar, y con apoyo unánime, es una ley que legaliza los sobres con billetes. ¡Quién pudiera ser

gobernante, para hacer cosas ilegales y después, si a uno lo pillan, poder dictar una ley para legalizarlas! La vida así podría hacerse mucho más agradable. Con razón tanta gente quiere sacrificarse en el servicio público.

Y como los parlamentarios ganan una dieta igual al sueldo de los ministros, también automáticamente, se supone, subirán sus ingresos. Una mano lava a la otra. Algunos ministros, como los de Hacienda y Minería, saldrán particularmente beneficiados. Esto me lo hizo ver el ex ministro de Minería del gobierno militar, Jorge López Bain, tras detallar el sueldo total que recibía en diciembre de 1989: 405 mil pesos, más asignaciones como presidente de Codelco (cinco mil 500), de Enap (otros cinco mil 500) y de Enami (67 mil). Total, 483 mil pesos.

Póngale el reajuste que quiera, y todavía es un sueldo miserable. Y sin sobre con billetes.

¡Dictadura mezquina y avara!

Pero Jorge ha revelado un detalle: hoy la dieta de los directores de Codelco es, por ley, igual al sueldo de un ministro. Luego, también a esos directores, pese a que no han hecho ninguna trampa y, por tanto, no deberían ser premiados, se les pagará más del doble. Caído del cielo. Y los ministros de Hacienda y Minería, que son, a la vez, directores de Codelco, harán capicúa y pasarán a ganar tres millones por lado, es decir, seis millones. ¡Bien por Nicolás y Alfonso, este último un apreciado Old Georgian! Me encanta saber que a la gente de mi colegio le va mejor que a los demás.

Por supuesto, no son los únicos signos de riqueza: en el norte, Codelco está buscando adónde fueron a parar casi seis teletones completas que se le acaban de extraviar a raíz de un contrato de edificación. “Peanuts” para una empresa estatal tan grande. Y en el sur, los senadores Espina y García dan a conocer el uso político de los recursos del programa “Orígenes”, otra Teletón: 11 mil 745 millones en el presupuesto del año que viene.

A algunos codiciosos les preocupa que no haya crecimiento. Pero, digo yo, ¿para qué queremos crecer, si con lo que tenemos ahora hay más que suficiente?

Lo Verdaderamente Importante

Los parlamentarios de gobierno y oposición subieron los sueldos de los ministros para cohonestar los sobresueldos ilegales pagados con cargo a los gastos reservados. ¿Altruismo? Difícilmente: las dietas parlamentarias se fijan según los sueldos de los ministros. Pero un parlamentario me informó que el total de su remuneración no iba a cambiar, sino que el aumento de la dieta se produjo a través de la disminución de otras de sus asignaciones. El gobierno y la oposición unidos, jamás serán vencidos.

No me asombra en lo más mínimo que un gobierno de izquierda tenga problemas para explicar qué se hizo la plata. Crecí oyendo historias sobre lo mismo. En mi infancia, en tiempos del Frente Popular, oí muchas veces la saga del tren que había salido de Santiago cargado de auxilios para las víctimas del terremoto de Chillán y nunca había llegado a destino. Se culpaba de la desaparición a los socialistas. A mis cortos años, lo que más me intrigaba era cómo una locomotora y muchos carros, sin otro camino que la vía férrea ni otro destino que la estación siguiente, podían, simplemente, desaparecer. Con el tiempo, comprendí que no había sido el tren lo que se había esfumado, sino la carga que llevaba, lo que ya me resultaba mucho más fácil explicarme.

Después, cuando ya tenía uso de razón, oí relatar la anécdota, también de tiempos radicales, cuando un partidario de ellos voceaba su desencanto ante la falta de atención que el régimen prestaba a sus aspiraciones:

— Si yo no pido que me den— decía —sino que me pongan donde “haiga” (sic).

Luego, durante la Unidad Popular, cuando los “hombres nuevos” decían que “podían meter los pies” (cosa que hacían diariamente) “pero no las manos” (lo cual también hacían diariamente), la anécdota que más me solacé en divulgar en mis comentarios radiales fue la de un guerrillero brasileño llegado acá a colaborar con la revolución chilena, Belluce Bellucci Morais, a quien el SNS le financió un tratamiento psiquiátrico en París a fin de sacarlo de la depresión, mientras faltaban remedios en nuestros hospitales públicos.

Por eso no me ha causado extrañeza el rosario de irregularidades durante los 12 años de la Concertación ni, tampoco, la sucesión de episodios recientes, como los de las indemnizaciones millonarias, los cobros indebidos a concesionarios, la adjudicación de contratos públicos multimillonarios a una empresa de papel de un político socialista y la entrega a los ministros de sobres con billetes cuya procedencia éstos ignoraban y sobre cuyo monto no tributaban.

¿Novedad? Ninguna. Eso y no otra cosa es lo que la gente que no es de izquierda siempre ha esperado que suceda bajo un gobierno que sí lo es. Sí sorprende un poco la naturalidad con que la oposición y el “establishment” cohonestan el episodio de los sobres con billetes y se aprestan a entregar sus votos para que el dinero de éstos pase a ser explícitamente parte del sueldo del Presidente y de sus colaboradores más próximos. Se premia insólitamente, así, una sucesión de irregularidades: los sueldos públicos no pueden aumentarse sin ley que lo autorice, pero eso se ha hecho; los gastos reservados no pueden emplearse en un propósito ilegal, pero también se ha hecho; las remuneraciones de los funcionarios están sujetas a impuesto a la renta, pero ellos, dado que jamás han acreditado un solo gasto de representación, han evadido aquel impuesto. Se acepta con toda naturalidad que se califique de insuficiente un sueldo superior al que gana el 80 por ciento de los chilenos. No le alcanza, se dice, a un ministro para vivir. Entonces, el 80 por ciento de los chilenos ya tendría que estar muerto. Tal vez por eso, a fin de que sobrevivan el Presidente, sus ministros y demás altos funcionarios, todo el mundo está de acuerdo en subirles el sueldo y dejarlos ganando, ahora, más que el 99 por ciento de los chilenos.

Pero nada de eso parece ser importante. El Presidente nos explica qué es lo importante:

— Que hay turbulencias, ruidos y cosas, por cierto, pero el liderazgo consiste en tener claras las metas y aquí las tenemos tan claras como que estamos en esto, en un tema que era muy importante para la coalición, como es el fin de la censura cinematográfica.

¡Qué bueno! La probidad, el buen uso de los recursos, el gobierno honesto, nada de eso es lo fundamental. Lo verdaderamente importante es que los chilenos de todas las edades puedan libremente acudir a las salas de cine a ver películas pornográficas, y así hacer de Chile una gran nación.

11.12.02

Pascua Minoritaria

Predestinado a ser minoría.

Siempre he sido minoritario, desde que me pusieron un nombre que no lleva casi nadie más. Lo cual, por lo menos, me podría haber garantizado alguna notoriedad, pero a veces ni siquiera eso: hace unos años, después de un oficio fúnebre, se me acercó el sacerdote celebrante (bueno, es una manera de decir), que había oído a alguien nombrarme, y me preguntó, con expresión de admiración y a punto de pedirme un autógrafo:

— ¿Es usted Hermógenes, el humorista de tanto éxito en el festival de Viña?

Hasta cuando me sumo a la mayoría termino siendo minoritario. Por ejemplo, soy de Colo Colo, el equipo más popular. Adherí a él siendo niño, convencido por un tío muy patriota, quien argumentaba que Colo Colo era el único integrado exclusivamente por jugadores nacionales.

Entonces, como hoy, esa política era bastante heroica, pues, como es sabido, los jugadores chilenos son, en general, bastante malos para el fútbol. Nunca tanto como ahora, claro, en que Chile por primera vez es el último de Sudamérica, según la más reciente eliminatoria mundialista. De paso, es sintomático que la misma, en Argentina, se llame “clasificatoria”.

Sea como fuere, en esta Pascua podría haber estado muy contento de que Colo Colo fuera campeón. Pero he visto los desmanes de nuestra barra, la Garra Blanca, que ha ocasionado daños en la ciudad por un monto casi equivalente a la recaudación del partido final. La mayoría no se preocupa. Le parece que la destrucción de la ciudad, dado que se practica periódicamente, ha pasado a ser algo aceptable. El delito se ha erigido en un *modus vivendi* social. Los de la minoría nos abismamos de ver en la pantalla, a rostro descubierto, a sujetos perfectamente identificables cometiendo desmanes y destrozos, sin que nadie les haga nada. Pero ése es otro tema.

Como decía, paradójicamente mi pertenencia al equipo mayoritario me ha constituido siempre en minoría. Así ha sido desde el colegio, luego en la universidad y, finalmente, en mis actividades profesionales. En esos medios casi nunca había, ni hay, colocolinos. Esta sacrificada militancia contra la corriente ni siquiera me sirvió en política, donde, se supone, la mayoría manda. Pues cuando participé en elecciones, los colocolinos prefirieron votar por candidatos de izquierda. No en vano en la galería del estadio se ven tantas banderas albas, como del MIR.

Entonces, dirán ustedes, ¿por qué sigo siendo colocolino, si incluso el equipo dejó de ser íntegramente chileno? Por otra razón que reafirma mi condición minoritaria: la lealtad.

En Chile, donde todos, tarde o temprano, se dan vuelta la chaqueta, yo no. Y en este caso ha sido una lealtad costosa. En cierta ocasión la mayoría del curso del colegio me amarró las manos a una reja de un rincón alejado del patio, donde estuve preso por varias horas, hasta que un jardinero me liberó. Pero no estoy muy seguro de si me ataron exclusivamente por ser colocolino o, además, por ser alessandrista, pues era año de elecciones presidenciales y casi todo mi curso era cruz-cokista, mientras yo, como de costumbre, estaba en minoría.

La antes aludida lealtad es otro rasgo muy minoritario en Chile. Tal vez por eso la practico con fidelidad. Por ejemplo, soy más leal al gobierno militar, con el cual me considero en deuda como chileno, que casi todos los civiles que conozco y que muchos militares. Bueno, esto no es tan difícil.

En fin, soy minoría en casi todo: partidario del matrimonio indisoluble, no hablo con groserías, creo que existen “la moral pública y las buenas costumbres” y, para defenderlas, apoyo la censura televisiva y cinematográfica; opino que el país no debería tratar mejor a los terroristas que a los uniformados, añoro la detención por sospecha, en los desórdenes callejeros apoyo a la policía y en la Nochebuena no bebo alcohol. Como se comprenderá, incluso mi Pascua termina siendo muy minoritaria.

Generales Después de la Batalla

Se habrá apreciado antes que un leit motiv de mis columnas ha sido el diferente comportamiento humano “antes” que “después”

La gente me para en la calle por dos motivos principales: uno, preguntarme qué voy a hacer para impedir que los funcionarios del gobierno se sigan llevando la plata fiscal en la forma en que lo están haciendo; el otro, para conminarme a hacer algo a fin de impedir que sucesivos generales sigan “tomando distancia” del gobierno militar, condenando algunas actuaciones que tuvieron lugar bajo el mismo e imputándoselas implícitamente al régimen, como lo hizo uno; o bien acusándolo de haber provocado la división entre los chilenos, como lo acaba de hacer otro.

Partamos por lo segundo. Hay un dicho muy antiguo: “Todos son generales después de la batalla”. Por supuesto, la verdadera gracia es haber sido general antes de la batalla, haberla librado y ganado y seguir siéndolo después, para arrostrar con dignidad sus consecuencias. Porque es muy difícil encontrar en la historia alguna batalla aséptica, en que no haya habido víctimas. Justamente, los “generales después de la batalla” se caracterizan por aparecer a posteriori afirmando que ellos habrían obtenido un triunfo impecable y aséptico.

Sobre el gobierno militar como causante de división: nunca Chile estuvo más dividido que bajo la Unidad Popular. Por algo los demócratas imploraron la intervención de las Fuerzas Armadas. Y cuando éstas actuaron a su modo, que era lo que los políticos deseaban (“esto se arregla sólo con fusiles”, manifestó en 1973 Eduardo Frei Montalva, presidente del Senado, a la directiva de Fomento Fabril, y la envió a hablar con los comandantes en Jefe), defendieron su accionar.

Hubo, como siempre en la vida, un “antes” y un “después”. Por ejemplo, don Patricio Aylwin decía, en los meses que siguieron al 11 de septiembre de 1973, que era fácil, pero injusto, criticar desde detrás de un escritorio la dureza de los militares, pues ellos estaban recibiendo el fuego extremista. Dieciocho años después, los despedazó a través del Informe Rettig, y por los mismos hechos.

Hasta pidió perdón al país por el accionar uniformado que, “cuando las papas quemaban”, defendió. Y todo eso lo hizo desde detrás de su escritorio.

La vuelta de chaqueta entre el “antes” y el “después” parecía reservada a civiles. Ahora se hace extensiva a uniformados. ¿Y qué puedo hacer yo, salvo comentarlo? Tal vez defender, en la medida de lo posible, como diría el mismo don Patricio, a los que fueron generales antes, durante y después de la batalla, sin darse vuelta la chaqueta.

Sobre lo otro, lo de las platas, el otro día una señora, angustiada, me dijo que ni la Contraloría ni el Consejo de Defensa del Estado han hecho nada frente a los abusos a costa de los recursos del Estado. Bueno, la Contraloría algo ha hecho. En casos anteriores, como uno que yo he denunciado por años, no hizo nada. Algo se ha progresado, entonces. Y esta vez el ministro de Obras Públicas, un hombre probo, requirió la intervención de los tribunales por el Caso Coimas, y el juez designado al efecto tomó el hilo de la madeja y llegó al caso GATE. Es verdad que esto suscitó la crítica del ministro probo, comprensiblemente alarmado porque, si nadie detiene al juez, quizás a dónde puede llegar. A estas alturas hay un ex ministro preso, un ex subsecretario procesado, cinco diputados desaforados, una gobernadora prófuga, un público conocimiento de los sobres con billetes que los ministros reciben más allá de lo autorizado, se publican los sueldos de los altos ejecutivos de las empresas estatales y la prensa comienza a preguntar a dos firmas contratistas de obras públicas por qué pagaron 100 millones de pesos cada una a GATE, que tenía por todo personal a su dueño y una secretaria con estudios básicos.

En resumen, confieso no poder hacer nada para que nuestros actuales generales dejen de ser como son, pero en lo otro, por lo menos, pasan algunas cosas. Y a la Concertación le resultará mucho más difícil llevarse para quizás dónde la plata fiscal, lo que ya es algo digno de celebrar por parte de los contribuyentes.

15.01.03

El que Recibe las Bofetadas

Es políticamente incorrecto recordar las cosas que refiere esta columna.

Una antigua película argentina, protagonizada por Narciso Ibáñez Menta, versaba sobre un payaso de circo cuya “gracia” consistía en recibir todas las bofetadas que suscitaban los diferendos entre otros durante la función. Si dos discutían y uno se encolerizaba, iba donde Ibáñez Menta y le propinaba una bofetada. Estaba para eso.

He recordado ese filme en estos días. Una revista seria ofreció hace poco un reportaje sobre reencuentros entre torturadores y torturados en Chile. Conocedor de nuestra larga tradición de tortura, me apronté a leer uno de los más interesantes reencuentros posibles, aquel entre el subdirector comunista de Investigaciones de la Unidad Popular, que interrogó en 1972 al casi exánime presidente de la juventud del Partido Nacional, un joven abogado, tras la prolongada sesión de tortura eléctrica a que fue sometido en el sillón electrificado del cuartel de Investigaciones de Rancagua.

También me interesaba el reencuentro entre los autores del intento de secuestro del general Schneider, en 1970, y quienes los interrogaron bajo tortura, a fines del Gobierno de Frei Montalva y comienzos del de Allende. Ello llevó a la revista “Portada” a sugerir la legalización de la tortura, para que fuera más humana. En fin, no suscitaban menos mi curiosidad posibles reencuentros entre miristas torturados bajo el gobierno del mismo Frei Montalva, entre 1965 y 1969, y sus torturadores, situación que motivó una presentación a la Corte Suprema de los abogados de izquierda, entre ellos Ricardo Lagos, pidiéndole tomar cartas en el asunto, cosa que, por supuesto, ella no hizo.

Pero no, el reportaje era “políticamente correcto”: sólo versaba sobre casos de tortura bajo el Gobierno Militar. Yo debería haberlo sabido. La corriente dominante ha logrado que la tortura en Chile pertenezca exclusivamente a los militares. La larga tradición anterior de tormentos a los presos se ha esfumado. Lo cual es particularmente injusto, porque ese delito tiende a cometerse más

cuando hay un terrorismo activo, que perpetra frecuentes atentados, situación que enfrentó el Gobierno Militar y no sus antecesores. En el caso de Allende, derechamente se torturó a opositores que no eran terroristas, como lo acreditó el acuerdo de la Cámara de Diputados de 22 de agosto de 1973. En el de Frei, los extremistas (del MIR) eran, todavía, pocos. Justamente, el gran crecimiento mirista tuvo lugar bajo la UP. Luego, si hubo más casos durante el Gobierno Militar, se debió a que enfrentó un terrorismo activo durante 17 años. La única particularidad, durante ese régimen, fue que, por primera vez en Chile, la tortura fue sancionada por los tribunales.

¿Por qué, entonces, se le cargan todos los dados? Porque, oficialmente, es “el que recibe las bofetadas”.

Ahora, izquierdistas y DC son aliados. No van a estar lanzándose recíprocamente acusaciones. Para eso tienen al Gobierno Militar. Incluso es “políticamente correcto” que cualquiera lance a éste, al pasar, una bofetada. Un feligrés, días atrás, me mostró párrafos de la autobiografía de un popular hombre de televisión. Allí refiere que durante la UP su programa, debido a la crisis gestada bajo ese Gobierno, corría el riesgo de desaparecer. La empresa de su familia estaba en bancarrota. A él, refiere, lo escupieron en la calle por trabajar en un canal donde se criticaba al Gobierno. Después de 1973 las cosas cambiaron, relata. El programa retomó vuelo, junto con el resto de la economía, y hasta pudo fundar una gran obra benéfica, para la cual el Gobierno Militar le donó un terreno fiscal. Pero, ¿cómo describe nuestro personaje el pronunciamiento del 11 de septiembre de 1973? Así: “La llegada de los militares al Gobierno agudizó esa crisis y produjo una división profunda en la sociedad chilena” (p. 256). ¿Malagradecido? No: es que no pudo abstenerse de propinar la bofetada de estilo a sus salvadores. Tanto ha prendido este hábito que, últimamente, hasta lo practican algunos militares.

Gente que No Entiende de Política

La siguiente columna no fue del agrado de mis amigos políticos.

Por razones de trabajo, convivo con gente que sabe (o cree saber) mucho de política. Ahora estoy en vacaciones y, por contraste, alterno con personas que dicen no saber nada de ella y, por lo mismo, exponen muchas dudas.

“Mire —dice uno— yo no sé nada de política, pero encuentro sugerente que apenas sorprenden a un ministro, un subsecretario y varios parlamentarios recaudando indebidamente dineros, y junto con interrumpírseles el suministro, el Gobierno proponga una ley para financiar a los partidos y las elecciones con el presupuesto nacional. ¿No es eso casi una confesión de que los dineros de la corrupción iban a financiar a los políticos?”.

No puedo sino guardar un silencio de tácito asentimiento. Entonces otro comenta: “Tampoco entiendo de política, pero me llama la atención que apenas se descubrieron los ‘sobres con billetes’ con que pagaban ilegalmente sobresueldos a los ministros, y debieron suprimirlos, la cámara fiscalizadora, en lugar de acusar constitucionalmente a los autores de la ilegalidad, se puso de acuerdo en una ley para subirles al doble el sueldo, aumentando de paso la dieta parlamentaria. Uno: ¿Pueden los miembros del Gobierno y del Parlamento legislar tan desembozadamente en su propio beneficio? Dos: Si a cualquiera de nosotros lo sorprenden sustrayendo dinero ajeno para aumentarse el ingreso, lo meten preso, lo mismo que si no declara lo que gana, para no pagar impuestos. Pero los políticos se dictan una ley para legalizar la sustracción y se consiguen un dictamen de Impuestos Internos para quedar exentos. ¿Creerán que los ciudadanos somos tontos y no nos damos cuenta?”

Le respondo que, en mi opinión, su problema no es que no entienda nada de política, sino que lo entiende todo. Lo que pasa, le digo, es que efectivamente hay una mayoría que no entiende nada, cuyo grado de información está en el nivel del “reality show” y, por eso, comulga con las consignas de quienes hacen esas cosas que él ha descrito, y sigue votando por ellos. Le añado que los

políticos, en general, saben que la gente no entiende mayormente los temas públicos, y que si ellos se ponen de acuerdo en convencerla de algo, por absurdo que sea, lo conseguirán.

Termino previniéndole que, en mi opinión, y para desconsuelo general, si algún político realmente dijera a la gente toda la verdad sobre los problemas nacionales y propiciara sus reales soluciones, se haría muy impopular, sacaría muy pocos votos y de ninguna manera saldría elegido o reelegido.

Otro veraneante, entonces, concuerda y afirma que es posible probar que la gente no entiende nada: “Por ejemplo— argumenta— algunos parlamentarios de la Concertación no pierden ocasión de pedir el cambio del sistema económico porque, dicen, distribuye injustamente el ingreso, como lo demuestra el hecho de que el 20 por ciento más rico gana muchas veces más que el 20 por ciento más pobre. Y así sacan muchos votos y salen elegidos y reelegidos. Pero la dieta parlamentaria que ellos mismos cobran, sin considerar todas las asignaciones adicionales que la multiplican casi por cinco, es de un millón 700 mil pesos, es decir, 15 veces más que el salario mínimo. Si la gente entendiera algo, les exigiría que redistribuyeran su dieta, quedándose, por ejemplo, con 300 mil pesos mensuales y doblando el sueldo a una docena o más de obreros con salario mínimo. Así, el parlamentario todavía quedaría ganando más que esos obreros, pero cumpliría en parte la redistribución que predica. Pero no lo hace, sigue ganando 15 veces más que el obrero, sigue predicando la redistribución y la gente sigue votando por él, demostrando no entender nada”.

A esa persona le recuerdo que los parlamentarios partidarios de la redistribución no sólo no la van a practicar con su dieta, sino que se aprestan a aumentar ésta a más del doble, para quedar ganando, no ya 15, sino 30 veces más que un obrero de salario mínimo.

Parece que la gente que dice no entender nada de política a veces nos puede enseñar mucho de política.

12.02.03

Estoy Muy Confundido

En la Concertación estiman que la ministra sumariante Gloria Ana Chevesich ha sido dura con sus funcionarios comprometidos en fraudes fiscales. Como se desprende de la siguiente columna, ella ha sido benevolente con el ex ministro de Obras Públicas, Ricardo Lagos, a quien ni siquiera ha citado a declarar hasta la fecha de escribir este encabezamiento.

En general, la mayoría entiende las cosas de una manera distinta de como las entiendo yo. Como el concepto democrático fundamental afirma que la mayoría tiene la razón, de ello se colige que el habitualmente equivocado soy yo.

Por contraste, el Presidente cuenta con el respaldo, según las encuestas, de la mayoría de las personas. Luego, lo que afirma es, democráticamente hablando, verdad inconcusa. Además, frecuentemente se oye decir a personas ilustradas: “El Presidente es inteligente, es brillante”.

Pero yo, seguramente por mis limitaciones, no sé cómo entender algunas cosas que dice. Por ejemplo, el considerando IX, letra c) del número 2 del fallo de la ministra Chevesich dice que un contrato con la Facultad de Economía de la Universidad de Chile fue suscrito por el director de Obras Públicas, Juan Lobos, “con el visto bueno del ministro de Obras Públicas de la época, don Ricardo Lagos Escobar”. Pero, al día siguiente, el Presidente afirma, refiriéndose al fallo: “No aparece mencionado...”. Suponiendo que el equivocado debía ser yo, recurrí al Diccionario de la Real Academia y leí: “Mencionar: hacer mención de una persona”. Y “hacer mención” significa “nombrar a una persona”. Volví al fallo y ahí, efectivamente, dice “Ricardo Lagos Escobar”. Estoy confundido.

Luego, según el Presidente, esa persona que no ha sido nombrada (él), tampoco ha hecho el contrato aludido en el fallo. Éste lo hizo —afirma— el director de Obras Públicas, Juan Lobos.

Pero el Presidente precisa: “Aparezco autorizando una manera de hacer un determinado contrato... El ministro le da (al director) una autorización para

hacerlo de determinada forma”. A ver, quiero entender: no hizo el contrato, pero autorizó cómo hacerlo. ¿Está claro?

La ministra Chevesich describe cómo se llevó a la práctica: la Facultad cobró al ministerio 218 millones de pesos por un estudio, pero, de esa suma, la Facultad pagó a la empresa GATE, de un correligionario socialista del entonces ministro, 31 millones 405 mil 617 pesos, “no obstante que no prestó ningún servicio y, además, sin que interviniera en la consultoría encargada”. De ello desprende la jueza “presunciones en orden a que personas, que a la época de los hechos se desempeñaban como funcionarios públicos o entes públicos, idearon el ardid de abultar el precio de una consultoría en la suma de 31 millones 405 mil 617 pesos (sin perjuicio de la investigación respecto de otros pagos efectuados), para pagar diferentes sumas de dinero, respecto de las cuales el Fisco de Chile no se encontraba obligado a solucionar.”

¿Se encuadraba eso en la “autorización para hacerlo de determinada forma”, que el hoy Presidente y entonces ministro reconoce haber extendido? No es una coincidencia afortunada, por cierto, que también aparezca comprometido en estos hechos y sometido a proceso por ellos el señor Sergio Cortés, jefe de finanzas de Vialidad e inspector fiscal de los contratos del ministerio con GATE. Esa firma, que cobró por no hacer nada, se adjudicó después otros contratos de la misma cartera, pero más suculentos, por mil 440 millones de pesos. El señor Cortés recibió una carta, de agosto 31 de 2000, del presidente y del secretario general del Partido Socialista, Ricardo Núñez y Camilo Escalona, respectivamente, diciéndole: “Estimado compañero: Hemos iniciado una campaña de recolección de fondos, 'Votos para Lagos', destinada a apoyar a los candidatos socialistas en las próximas elecciones municipales”, y sugiriéndole descontar el ocho por ciento del ingreso bruto mensual de los militantes e independientes. ¿Tendrá algo que ver esto con pagos por servicios no prestados?

No sé. Estoy confundido. Nombrado, pero no mencionado. No hizo el contrato, pero autorizó hacerlo “en determinada forma”. Sobreprecios. “Votos para Lagos”. Ya no sé qué pensar.

Trabajar Así No Vale la Pena

Un tiempo después de esta columna la mayoría concertacionista de los tribunales superiores absolvió a los seremis que cobraron más de nueve millones de pesos por contestar una encuesta.

A poco de llegar los primeros gobiernos izquierdistas al poder en Chile, en el siglo pasado, se acuñó la expresión “Papá Fisco”, porque convirtieron al Estado en proveedor generoso de toda suerte de prebendas. Hoy, un sucesor de aquéllos honra esa tradición, haciendo recordar otra expresión de esos tiempos: “Fisco paga”. Y el pobre Estado no tiene quién lo defienda, pues mientras funcionarios de la Concertación discurren cada vez ardides más ingeniosos para esquilmarlo, el Gobierno, supuestamente llamado a velar por el interés fiscal, también está en manos de la Concertación, que, además, domina la cámara fiscalizadora.

Los chilenos, acostumbrados ya por más de un decenio a comulgar con ruedas de carreta, nos aprestamos a tragarnos otra más, producto del birlibirloque comunicacional oficialista. Pues como los secretarios regionales de Obras Públicas han sido procesados por fraude al fisco, la Concertación argumenta: “Para tener buenos funcionarios necesitamos pagarles sobresueldos. Si los jueces estiman que eso es delito, no podremos tener buenos funcionarios y las obras públicas se van a paralizar”.

Por supuesto, ese argumento es falso de principio a fin. Primero, sobran aspirantes a secretarios regionales; tanto, que se los cuotean reñidamente entre los partidos de gobierno. Jamás se ha oído de una vacante no llenada por ser el sueldo muy bajo. Desde luego, éste supera al de la gran mayoría de los chilenos. Segundo, tampoco es verdad que los jueces estén penalizando los sobresueldos: lo que la ministra Chevesich y el juez Rivera han castigado ha sido el fraude o engaño para obtener un pago ilegal. El citado juez ha comprobado que cada seremi cobró nueve millones 200 mil pesos, extraídos del ministerio a través de una entidad universitaria que ofició de pantalla, mediante boletas de honorarios que no correspondían a ningún servicio efectivo.

Sólo con posterioridad al pago se ideó una especie de cuestionario que debían responder los seremis para simular el “análisis de cómo mejorar la evaluación de propuestas públicas y contratos”, supuesto estudio por el cual el MOP estaba pagando. Pero el director general de Obras Públicas le confesó al juez “que no tuvo conocimiento del resultado final del supuesto estudio ni fue utilizado por la Dirección General de Obras Públicas”.

Es decir, el magistrado sólo aplicó el Código Penal, que castiga al funcionario que defraudare o consintiere en que se defraude al fisco. Además, la institución pantalla ni siquiera ha podido justificar qué se hicieron 25 millones de pesos de los 270 que obtuvo del MOP. Y hay situaciones como la de una boleta por cinco millones de pesos, emitida por una dueña de casa que confesó no haber prestado servicio alguno.

Como si lo anterior fuera poco, al pobre Papá Fisco se lo siguen, después, pasando por el aro en sesiones sucesivas: muchas boletas por trabajos inexistentes fueron emitidas por personas que luego tienen derecho a devolución por parte de Tesorería, del 10 por ciento de cada una; y también muchas boletas fueron descontadas como gastos por empresas que las recibieron, lo que les permitió ahorrarse el 16 por ciento de impuesto a la renta sobre su monto, siendo que el pagador había sido el fisco.

Parlamentarios de la Concertación, suscitando entre los mal pensados, entre quienes me cuento, toda suerte de sospechas acerca del destino de gran parte de los fondos esquilmados —sobre todo los que lo fueron en 2001, año electoral— ahora emprenden una cruzada para eximir de responsabilidad a los inculcados. Tienen cargos de conciencia. Pero están complicados, porque la amnistía ya no sirve: la propia Concertación presionó a los jueces para suprimirla, como forma de cerrar los procesos. La situación es terrible. Algunos dicen que ya no dan ganas de trabajar para el Estado, si uno va a tener que someterse a las leyes. En esas condiciones, comentan, casi no vale la pena seguir en el Gobierno, abriendo la posibilidad de un desenlace con el cual la mayoría ciudadana tiende a estar completamente de acuerdo.

Secretos de la Historia

Por cierto, nadie desmintió una letra de la siguiente columna, que desvirtuó un programa de Canal 13, de la Universidad Católica. La referencia a la caída del nivel moral de la sociedad deriva de que en esos días se denunciaban escándalos de pedofilia en medio de una campaña oficialista de manipulación de la verdad también a ese respecto, para enlodar a personalidades opositoras, a la cual se sumó el mismo Canal 13.

“Todo lo que aparece en los medios de comunicación es la absoluta verdad, excepto las raras veces en que uno conoce de primera mano el asunto”, escribió Erwin Knoll. Recordé esa cita al ver hace ocho días en televisión “Secretos de la historia”. El helicóptero de la comitiva del general Arellano, delegado del general Pinochet, descendía en Copiapó, en octubre de 1973. Simultáneamente, aparecía una lista de 16 ejecutados, cuyas muertes se atribuían a dicha comitiva.

Esa es la “historia oficial”. Y es la tesis del juez Guzmán, que obtuvo una medalla en España por someter a proceso a Arellano y Pinochet por esas ejecuciones. Pero esa “historia” tiene poco o nada que ver con la verdad.

En efecto, de los 16 ejecutados, tres lo fueron por resolución del Comandante de la I División de Ejército, general Joaquín Lagos, con sede en Antofagasta, emitida tras consejo de guerra presidido por el teniente coronel Óscar Haag, comandante de Copiapó, sin intervención de Arellano o Pinochet (fs. 3.316 del proceso). La sentencia la cumplieron oficiales y soldados del regimiento local, en la noche del 17 de octubre (fs. 3.400 del proceso). Los otros 13 estaban siendo trasladados de Copiapó a La Serena, la madrugada del 16, cuando todavía Arellano no salía de Santiago. Siete de ellos habían sido capturados tras atrincherarse con metralletas y granadas en el cerro Las Diucas, cercano a Copiapó. Otro prisionero, un anciano socialista, se había acercado al Auditor de Guerra Daniel Rojas y le había expresado que el grupo de los siete planeaba una fuga, y él temía por su vida. Ante eso, se ordenó trasladarlos a todos a La Serena, cuya cárcel ofrecía mayor seguridad. A la una de la madrugada del 16 partió el camión PAM 5254 con los presos, tres guardias y un conductor, al mando del

capitán Patricio Díaz Araneda, del regimiento local.

El camión sufrió un desperfecto en la cuesta Cardones. Los presos aprovecharon que los soldados intentaban repararlo y se fugaron. Refiere el capitán Díaz: “En atención a ello, y viendo que el alto dispuesto no produjo la reacción de los prófugos, hice un tiro de advertencia al aire y, como ello tampoco diera resultado, ordené hacer fuego en contra de sus personas, produciéndose la muerte de los trece por efecto de los tiros”. Informado el comandante Haag, ofició al administrador del cementerio para que dispusiera las sepulturas respectivas. Éste, don Leonardo Meza, confirma (fs. 1.816 del proceso) que el 16 en la mañana fue convocado al regimiento y recibió la orden. A esa hora Arellano recién volaba de Santiago a La Serena.

En el diario “El Día” de La Serena del 18 de octubre se informó que en la madrugada del 16 habían muerto 13 presos en un intento de fuga. En mi libro “La verdad del juicio a Pinochet”, páginas 39 a 55, refiero con lujo de detalles, citando documentos y testimonios, todo lo anterior. Incluso hay una “perla”: el oficio del capitán Díaz, dando cuenta de las muertes, figura en el expediente sin firma y con fecha falsificada, pues le pusieron una posterior (17 de octubre, para inculpar a Arellano y Pinochet), pero se olvidaron de falsificar también la del oficio de Haag al cementerio, que quedó con la verdadera, de un día antes... Descuido muy chileno. Por eso siempre nos pillan. Pero el juez Guzmán incriminó a Arellano y a Pinochet y ganó la medalla. Los responsables militares de las ejecuciones, el general Lagos y el comandante Haag, ni cortos ni perezosos, le prestaron ayuda y descargaron sus culpas en aquéllos.

Lo anterior ha sido y sigue siendo una vergüenza para el país, sus tribunales y, dadas las deslealtades descritas, también para el Ejército. La televisión y otros medios repiten habitualmente la “historia oficial”. Y los demás chilenos nos tragamos todo, sin entender hasta qué grado puede caer una sociedad —aunque lo comenzamos a ver en estos días— cuando la corriente dominante puede manipular a su antojo la verdad.

14.05.03

Mi Defensa de los Más Débiles

Algunos jueces procesan a los militares “por lista”. Pobres, son el sector más débil de la sociedad.

Si a los comunistas alguien les desconociera un derecho legal —nadie se atrevería, por cierto— incendian la ciudad. El Frente pondría bombas y cometería atentados. Los comunistas casi no tienen poder legal, pero sí lo tienen para insultar, apedrear y arrojar bombas incendiarias a los carabineros. Por eso nadie osa hacerles nada. Cuando el dueño de la sede partidaria de los comunistas recobró judicialmente su inmueble, resistieron el desalojo y, entonces, el ministro del Interior, generoso, se apresuró a entregarles un bien raíz fiscal.

El polo opuesto, el sector más débil de la sociedad, es el militar. Irónicamente, es mucho más numeroso y tiene armas más poderosas que el comunismo. Pero, a diferencia de éste, vive muerto de miedo. Tiene recursos presupuestarios, elige parlamentarios, designa miembros del Tribunal Constitucional y es paritario con las autoridades civiles en el Consejo de Seguridad Nacional. Los militares son garantes de la institucionalidad, según la Constitución, pero, en la práctica, no son capaces de garantizar ni siquiera sus propios derechos. Nunca en 13 años han osado convocar al Consejo de Seguridad Nacional, pese a que se les ha perseguido violando flagrantemente la Constitución y las leyes.

En una sesión del Consejo, convocado por el Presidente, un ministro (que ni siquiera era miembro titular) hizo callar a un Comandante en Jefe... y éste obedeció.

Ese temor reverencial a los civiles ha alentado abusos increíbles de parte de éstos. Hasta los jueces, otrora timoratos, atropellan a los militares. Han inventado una mentira estentórea para perseguirlos (mentira: “expresión o manifestación contraria a lo que se cree, se sabe o se piensa”.) Todo Chile cree, sabe y piensa que no hay un solo extremista permanentemente secuestrado desde hace 25 o 30 años. Pero innumerables militares son procesados o condenados por tal delito inexistente. El código manda que, cuando hay una causal eximente

de responsabilidad penal, el juez debe cerrar de inmediato el proceso y sobreseerlo. Pero cuando se procesa a un militar, los jueces se saltan esa norma categórica. Y también otras. Por ejemplo, en el proceso N° 1066866-E ante el Primer Juzgado se dictó auto de procesamiento contra un oficial sin siquiera haberlo interrogado. Esto es ilegal, pues el artículo 274 del Código exige un interrogatorio previo para poder someter a proceso a alguien. Cuando el oficial apeló, la Corte desechó su recurso, sin explicación. Los parias no tienen derecho a ella.

Mientras más débiles y temerosos los militares, más osados los jueces, que se están dando un festín con ellos. La ministra de fuero María Elgarrieta, de San Miguel, citó al curso completo de los actuales coroneles de Infantería. El Octavo Juzgado demandó la dotación completa de la Escuela de Paracaidistas. El Tercero requirió la nómina de la Escuela de Inteligencia entre 1973 y 1976. Otro citó a todos los pilotos que sirvieron entre 1974 y 1980. Y el Segundo de Calama pidió la nómina completa de los regimientos Buin, Azapa, Copiapó, Yungay, Lautaro, Los Ángeles, Rancagua y La Concepción (“La Segunda”, viernes). Les encanta verlos desfilar en los tribunales.

Muchos militares me han dicho que el único lugar donde alguien los defiende es esta modestísima columna. Desde ella, por eso, imploro a los que mandan ya por 13 años, a los dueños del país, que han recibido tantas indemnizaciones, sobresueldos y pagos por ampliaciones de contratos y compras sin licitación, que en nombre de todas esas bendiciones, posibles gracias a la prosperidad reconstituida por los militares, por favor dejen de patearlos en el suelo, aunque estos mismos, en medio de su pánico, aplaudan su propio castigo, se declaren culpables, digan que nunca más van a tocar a un guerrillero, menos si es extranjero, y reconozcan a los cuatro vientos que no tienen perdón de Dios.

25.06.03

Ni la Menor Esperanza

La mantención de las heridas abiertas es tan buen negocio electoral que no cabe esperar ningún paso para cerrarlas de parte de quienes se benefician con ellas.

No existe posibilidad de que la propuesta sobre derechos humanos que anuncia el Gobierno pueda conducir a la reconciliación. La Concertación no tiene vocación para ello. Los partidos que la integran nacieron para exacerbar odiosidades. ¿Cómo alguien puede pensar que nos van a reconciliar?

El Partido Socialista, el del Presidente, permanece aferrado a su raigambre marxista, y la doctrina de Marx se fundó en el odio. En su conferencia del año pasado, aprobó por 240 votos contra 80 la ponencia de mantener en el acta fundacional “el marxismo como método de interpretación de la realidad”. Un lector recordaba una cita del exponente máximo del marxismo, Lenin, en que recomendaba “todas las estrategias, todas las astucias, los procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad”, con tal de imponerse. ¿Alguien puede esperar de ellos una rama de olivo?

La DC, que podría aspirar a representar una voz conciliadora, por una fatalidad demagógica siempre ha terminado siendo funcional al marxismo. Y hoy se esmera por anticiparse en proclamar “no a un punto final”, es decir, un sí a perpetuar las rencillas y divisiones. Siendo gobierno, propició uno de los procesos más odiosos de la historia de Chile, la reforma agraria, agravada por la “ley Aylwin”. Esta siembra fructificó en el triunfo del gobierno marxista, apoyado por ella en el Congreso Pleno. Tardíamente, al comprobar la magnitud de la asonada totalitaria que así posibilitó, la DC llamó a las Fuerzas Armadas. Cuando un grupo de hombres de trabajo perseguidos por la UP fue a pedir amparo a Eduardo Frei, presidente del Senado, en julio de 1973, éste los mandó a hablar con los Comandantes en Jefe. Les refirió haber recriminado a un alto oficial, enrostrándole que así como él, Frei, cumplía su rol de legislador, “ustedes, en cambio, tienen las bayonetas y deberían saber lo que tienen que hacer para salvar al país”. Los militares le hicieron caso, pero después la DC, en la primera oportunidad, los crucificó por usar las bayonetas, negándoles hasta un

debido proceso y el derecho a sus defensas legales legítimas, como la amnistía (“doctrina Aylwin”).

Los únicos que han perdonado y olvidado todo han sido los opositores a la Concertación y los uniformados. Más aún, algunos ya se han pasado al otro bando, pues los primeros citan con fruición los delitos de los segundos y éstos hacen “mea culpas”, pero ni siquiera son capaces de recordar los numerosos asesinatos cometidos por la extrema izquierda, cuyos autores accedieron hace ya años a la amnistía y a generosos indultos.

Claro, a veces la Concertación prueba un poco de su propia medicina. En estos días los derechos legales de Nelson Mery se ven amenazados, pues está a punto de ser juzgado como un uniformado cualquiera, por hechos no probados, prescritos y amnistiados. Pero vimos ya cómo en uno de esos procesos se inculpó al militar que lo acompañaba en una detención, pero no a él.

El debido proceso se respeta cuando beneficia a alguien de la Concertación. La reconciliación sólo será posible cuando todos olvidemos lo que sucedió en Chile y cuando se restablezca la legalidad, terminen las prevaricaciones y se den por perdonados los mutuos pecados del pasado. La Concertación no tiene ningún incentivo para propiciar eso, ni lo va a hacer jamás, porque controla todo el poder para imponer su propia versión, resucitarla cada vez que necesite ocultar con ella sus irregularidades o ganar una elección, y vengarse de los uniformados. Éstos, por su parte, parecen resignados a una rendición incondicional y van dejando en el camino a sus muertos, heridos y “batallones olvidados”, despedazados por una represalia judicial politizada, ilícita e impune.

Los procesos ilegales durarán muchos años. Las recriminaciones unilaterales, puede que hasta un siglo. Fue lo que demoraron los pipiolos (los izquierdistas del siglo XIX) en perdonar a Portales y reconocer su obra. Porque, al final — único consuelo que resta— siempre termina por imponerse la verdad.

16.07.03

Minoritario Sobrevendido

Traté de resumir los postulados defendidos por mi columna, ante la sorpresivamente amplia adhesión pública que concitó un llamado de un particular a adherir a ellos.

Un hombre de acción —especie que no abunda en esta tierra— me llamó hace más de un mes y me dijo, con tono enérgico:

— Usted se está quedando solo en su defensa de la verdad histórica y de los que salvaron a Chile en 1973. Eso no puede ser. Tenemos que organizar algo para demostrar que somos muchos quienes lo apoyamos.

Rechacé de inmediato la idea, pues, como suelo decir, “a mí, a humilde no me la gana nadie”. Pero mi interlocutor no me hizo el menor caso y al día siguiente llegó a mi oficina acompañado de otro hombre de acción a decirme que el local para la manifestación ya estaba contratado.

Entonces no me quedó más remedio que someterme, pero bajo la condición de que el acto no fuera un homenaje a mi persona, pues eso heriría mi modestia, que ya está muy maltratada, sino a los valores que defiendo.

En un comienzo parece que los organizadores no pudieron conseguir muchas adhesiones. Me pidieron la lista de mis amigos más cercanos, pero luego me confesaron que varios no mostraban mayor entusiasmo en adherir.

— Bueno, los franceses dicen: “Nadie es un gran hombre para su ayuda de cámara”— comenté, algo amostazado. Entonces me pidieron que aludiera a la manifestación en mi columna, para promoverla, pero me negué. Soy portaliano. Sin embargo, pasó el tiempo y, sorpresivamente, la cosa prendió. El cupo del local se agotó. Tanto, que estos últimos dos días (escribo horas antes de acudir al acto) he debido pasarlos consiguiendo entradas para los amigos cercanos que han recapacitado y ahora desean adherir, pero no las consiguen.

Así, la minoría que me apoya ha copado el recinto, demostrando, contra las apariencias, que no estoy solo. En breve deberé hablar a la concurrencia y sólo pretendo reafirmar los principios que he defendido siempre, en particular en esta columna. No me resulta difícil, porque siempre he mantenido una sola línea (por eso soy tan minoritario).

Esa línea puede resumirse en el siguiente “tetrálogo”: Primero: ser el mismo “antes” y “después” de que los militares salvaran a Chile. Ello se traduce en tener una actitud opuesta, por ejemplo, a la de don Patricio, que “antes” decía: “Yo no me siento con autoridad moral para juzgar si (los militares) han sido excesivos o no, porque lo cierto es que han tenido muchas bajas y han recibido la acción”. Ahora sostiene que “no tienen perdón de Dios”. Segundo: defender al gobierno militar, recordando lo que Marco Antonio señalara en su oración fúnebre ante los restos de César, según Shakespeare: “El mal que los hombres hacen los sobrevive; sus buenas obras suelen ser enterradas junto a sus huesos”. Tercero: no abandonar en manos del adversario a los camaradas caídos. El ejército norteamericano da un sublime ejemplo, al establecer como precedente que jamás se debe abandonar a los heridos que han quedado tras las filas enemigas, cualquiera sea el costo de rescatarlos. En Chile me he jugado por ese principio, defendiendo a los uniformados víctimas de la prevaricación judicial y la venganza política, que están siendo masacrados por jueces politizados, sin que sus camaradas hayan acudido a rescatarlos de la injusticia y la iniquidad. Cuarto: verdad y justicia, es decir, averiguar y exponer públicamente toda la verdad de cada hecho o juicio, normalmente alterada por la avalancha propagandística y por la propia prevaricación judicial. Y exigir justicia, es decir, que el debido proceso sea respetado, como tienen derecho a impetrarlo, hasta ahora sin éxito, quienes salvaron a Chile en 1973. Los malos jueces les desconocen las leyes que los favorecen, recurriendo al vergonzoso ardid de simular un delito que no existe (secuestro permanente).

Ha resultado increíble la adhesión que esos cuatro postulados han encontrado, justo cuando ya esta columna parecía ser la única instancia que los defendía.

“Para Verdades, el Tiempo”

Nadie ha podido desmentir los antecedentes sobre las ejecuciones en Copiapó que se reseñan más adelante. Pero el juez Guzmán y la mayoría de los medios chilenos, aprovechando que se dirigen a la opinión pública del “país de los cerebros lavados”, han hecho caso omiso de ello.

Durante 30 años y en los más variados medios, incluyendo la prensa respetable de Norteamérica y Europa, se habló del “asesinato de Allende”. Pero, al fin, ha quedado en evidencia que se trató de un suicidio. La única sorpresa para quienes conocíamos la verdad desde un principio derivó de saber que Allende, al disparar contra sí mismo, estaba rodeado de toda su ilegal Guardia Armada Personal (GAP). Durante 30 años sus miembros silenciaron la verdad.

Ayer se informó desde EE.UU. acerca del inicio de un juicio contra el ex oficial Armando Fernández Larios, miembro de la comitiva del general Arellano, por su supuesta autoría en 13 ejecuciones llevadas a cabo en Copiapó, en octubre de 1973. Los querellantes presentaron ante el jurado de Miami un video con numerosos testimonios de personas que dicen haberlo visto disparar contra los ejecutados, pero eso es comprobadamente falso. No obstante, en Chile, el ministro instructor Juan Guzmán ha procesado por esas muertes a Fernández Larios, y por esa vía a los generales Arellano y Pinochet. Claro, acá es conocida la completa indiferencia de dicho juez hacia los hechos, sobre todo si se trata de apuntar hacia el ex Presidente.

Ni Fernández Larios ni ningún miembro de la referida comitiva tuvo parte en esas muertes. Desde luego, el grupo ni siquiera había despegado de Santiago, desde donde viajó a La Serena, no a Copiapó, cuando tuvieron lugar. Las mismas se produjeron durante el traslado de 13 presos de la segunda ciudad a la primera, y tras una tentativa de fuga, en la madrugada del 16 de octubre de 1973. Pruebas: primera, el diario “El Día” de La Serena lo informó así, junto con reproducir un bando militar del mismo 16, del jefe de zona, comunicando el hecho; segunda, dicho jefe de zona ofició con igual fecha al administrador del cementerio, solicitándole 13 sepulturas para igual número de “fallecidos en tentativa de

fuga”; tercera, en el juicio seguido ante el ministro Juan Guzmán, por esos y otros hechos, rola la declaración del referido administrador, donde éste confirma que el 16 se le avisó que, en la noche, le llevarían 13 cadáveres para su sepultación; cuarta, el abogado-auditor de Copiapó, Daniel Rojas, también confirmó los hechos y la fecha ante efectivos de Investigaciones; y, quinta, el capitán a cargo del traslado de los presos ofició a su superior, dando cuenta de las ejecuciones en tentativa de fuga, ocurridas bajo su mando y sin intervención de nadie fuera de sus subordinados (un conductor y tres guardias).

El único detalle discordante en ese conjunto de hechos acreditados es que este último oficio aparece con fecha 17, es decir, un día posterior a las ejecuciones, pero no está firmado. Su original, sintomáticamente, “se perdió”. Lo que se añadió al proceso que lleva Guzmán fue una fotocopia del oficio, pero sacada de una reproducción del mismo en la página 151 del libro “Los Zarpazos del Puma”. Confirmando el sabio refrán de que “para mentir y comer pescado, hay que tener mucho cuidado”, a el o los autores del “cambio de fecha” del oficio se les olvidó que en la página anterior del mismo libro venía otro oficio, de un día antes, es decir, del 16, pidiendo 13 sepulturas para los ya “fallecidos en tentativa de fuga”; y que en su página 139 venía el bando militar del jefe de zona, dando también cuenta de que los hechos tuvieron lugar el 16. Luego, el primer oficio no podía ser del 17.

¿Será la justicia norteamericana tan impávida frente a la verdad como la chilena y la mayor parte de los medios de comunicación nacionales, que insisten en atribuir a la comitiva los fusilamientos de Copiapó? Puede ser. Pero la verdad terminará por imponerse.

Nota bene: cuando termino estas líneas recibo de un amigo un recorte de un diario español sobre “La economía de Salvador Allende”. “Por primera vez — me escribe— en la prensa española dicen algo en contra del gobierno de Allende”. El Príncipe de la Mentira —como lo llama el padre Hasbún— no prevalecerá.

Imposible Caer Más Bajo

Nunca se fraguó en la política chilena un montaje tan vil como el que afectó a dos senadores de la UDI.

Me resisto a creer lo que estamos viendo. Y eso que ya he visto mucho. Porque, lo sabemos todos (pero yo, además, por experiencia propia), en política rara vez imperan las reglas del Marqués de Queensberry o del Barón de Coubertin. En efecto, el extremo de malignidad a que se ha llegado ahora, al grado de enlodar sin fundamento alguno y con la más demoledora de las acusaciones a dos hombres íntegros, padres de familia y maridos ejemplares, como lo son los senadores Bombal y Novoa, es caer demasiado bajo. Esto no se había visto nunca en Chile. Y ello, pese a que en el terreno de la injuria y la calumnia políticas nunca nos hemos quedado atrás.

Por cierto, en lo personal no necesitaba ni necesito ningún argumento para estar convencido de la falsedad de la infamia. Porque, como tantas personas lo han hecho y hacen en estos días, pongo mis manos al fuego por ambos. Probablemente, es difícil encontrar a otros políticos por los cuales un número tan grande de chilenos estemos dispuestos a adelantarnos incondicionalmente, sin preguntar nada, a poner las manos al fuego. Con todo, pese a no necesitar argumentos para estar convencido de la falsedad de la imputación, resolví darme el trabajo de leer cuanto se ha publicado acerca de ella, para saber, al menos, el origen de la canallada, la brizna a partir de la cual podría haber brotado.

Y la encontré donde debía estar. El origen no podía ser sino el mismo de otra gran falsedad que, con la complicidad judicial, provocó hace no mucho tiempo la caída en desgracia de dos altos mandos uniformados, el procesamiento ilegal de uno de ellos y la prisión injusta, los sufrimientos y las lágrimas de la cónyuge de este último, todo lo cual se prolonga hasta el día de hoy, sin el menor fundamento.

Pero, bien lo sabemos y muchas veces lo he repetido, los uniformados son hoy el sector más débil e indefenso de nuestra sociedad. Se ha probado que pueden ser

pasto de las peores alimañas que pululan en ella. Sus instituciones, indiferentes, han preferido dejar a esas bajas en el camino, para que sean presa de la ilegalidad y los falsos testimonios del enemigo jurado de la democracia chilena, del cual en su mejor hora nos libraron, cosa que los chilenos de corazón bien puesto nunca olvidaremos.

Pues bien, yo espero y confío en que la UDI no imite ese ejemplo de pusilanimidad y, muy por el contrario, incurra en todos los costos políticos necesarios con tal de reivindicar a dos de sus más preclaras e íntegras personalidades, sometidas a la más incalificable de las bajas. Que en esto la UDI siga el ejemplo de los militares norteamericanos, que podrán tener muchos defectos, pero jamás abandonan a un caído tras las líneas enemigas, cualquiera sea el costo de rescatarlo y aunque tengan que morir muchos en la tarea. Ese temple moral, ese espíritu de cuerpo y esa entrega abnegada, más allá de la comodidad individual y del cálculo personal, son los que forjan la verdadera grandeza de las instituciones. Y, en política, son los rasgos que permiten distinguir entre un partido que aspira a dignificar a su país desde el gobierno, de otros en los que reinan el afán de figuración personal, el oportunismo electoral y la falta de escrúpulos para conseguir ventajas de toda índole en el uso y abuso del poder.

El eje socialista, por supuesto, en esta encrucijada sólo ha hecho lo que sabe, sacrificando la decencia política elemental en aras de obtener una pequeña ventaja. La DC, pese a ser también víctima de la canallada, no ha podido, por su parte, sustraerse a su hábito ancestral de ir y venir de un lado a otro sin resolverse a nada, y aparentemente confiada en que el grueso del daño lo sufrirá, como de hecho está sucediendo, la UDI, para aquélla ocultarse tras esa cortina de humo.

En fin, la actitud de RN ha sido sólo la que cabía esperar de quien la conduce.

Siempre que uno era testigo en Chile de conspiraciones políticas deleznales, solía mover la cabeza y decirse, resignadamente: “Somos el país que somos”.

Pero esta última y monstruosa canallada y el grado de acogida que ella encuentra nos están convenciendo de que somos todavía peores de lo que creíamos.

Malos Pensamientos

Si mis malos pensamientos tienen algo que ver con la realidad, no es mera coincidencia.

En el colegio, la confesión era periódica y obligatoria. A mí me sucedía con frecuencia que no había cometido pecados (igual que ahora), pero, sabiendo que el confesor no me iba a creer, prefería decirle que había tenido malos pensamientos. Él no averiguaba mucho al respecto, pues la fila de espera era siempre larga, de modo que yo salía del paso sin problemas. Ahora me confieso menos, pero tengo realmente muchos malos pensamientos. Les voy a exponer uno, para que ustedes, honrados feligreses, me juzguen y me den o denieguen su absolución.

He pensado que el cerebro de todo les dijo hace algún tiempo a sus malandrines, arriscando la nariz, como es su costumbre:

— Ustedes lo han hecho sensacional. La rearticulación del Comando Conjunto, la confesión de Colmillo Blanco y todo eso fue perfecto. El propósito se cumplió y sacamos a los que había que sacar. De aquí a que se compruebe que no había nada y se sobresean los procesos, habrá pajaritos nuevos. De algo sirve una justicia democrática.

— ¿Y qué le pareció, jefe, lo que hicimos cuando estábamos hasta el cuello con los sobresueldos, las coimas y los contratos simulados de GATE? Con la movida para resucitar el caso del obispo del norte desviamos los fuegos, y nadie se acordó más de los escándalos. Y lo verdaderamente genial fue plantar la noticia en el canal católico y hacer que fuera éste el que hiciera caer al Cardenal en el tema.

— Bueno, niños— dijo el cerebro— se han portado muy bien, pero el Jefe no quiere que sigamos haciendo barrabasadas en el diario de gobierno. Dice que debemos parecer respetables. El Plan fue todo un éxito, pero ahora ustedes deben irse a otra parte. Ahora aplicaremos el Plan B.

— ¿Nos quiere decir que nos van a echar, después de todo lo que hemos hecho?

— Calma, no he dicho eso. Hay unos fondos disponibles. Ustedes seguirán haciendo lo mismo, pero en un medio “independiente”, ¿me entienden? Y ahora el objetivo será Lavín y su gente. Si no hacemos algo luego, nos van a quitar el Gobierno, y nosotros, fuera de éste, no somos nada; ustedes lo saben mejor que yo. Ésa es la tarea.

Las cosas se dieron. Un proceso por drogas derivó en otro por pedofilia contra el procesado. La ocasión la pintaban calva. Había que meter a la UDI en eso. Se publicó en el nuevo pasquín que había un parlamentario comprometido, pero nadie hizo caso. Era preciso “plantarlo” en otro nivel. Para que la “noticia” prendiera se resolvió “soplársela” a diputados que trabajaban contra la pedofilia, para que salieran al aire con ella. Incluso diciéndoles que había también un parlamentario de gobierno, para darle verosimilitud.

Uno de los diputados elegidos no pisó el palito, pero la otra sí. Lo mejor fue que, precisamente, era de oposición, y de la línea de Sebastián, que no quiere a la UDI. Y un compañero del canal estatal cooperó, pues puso en el aire los nombres de la UDI, pero no el de la DC. Como la derecha, siempre llena de escrúpulos de conciencia, jamás lo va a revelar, no se sabrá. Perfecto.

Es un escándalo exclusivamente UDI. Ésta y Lavín están por las cuerdas. Ya se verá en las próximas encuestas. Éxito total.

¿Quién se dio cuenta, por ejemplo, de que en los mismos días un ex contador de la planta de revisión técnica Siglo XXI aseguró que el diputado Juan Pablo Letelier era el verdadero dueño de la cuestionada firma? Nadie. En otro momento habría llenado titulares.

El ministro del Interior, desde la altura de su dignidad vicepresidencial, casi pareció darle condolencias a la UDI. Hasta puede haber llamado a los dos senadores. Sólo los muy mal pensados podrían sospechar que tiene algo que ver en esto. Pero el cerebro se asustó cuando los malandrines quisieron enlodar también a un “poderoso empresario”, poco menos que identificándolo completamente.

— ¡Cuidado! ¡Con ése si que no!— les advirtió, alarmado. Y el diario de gobierno, al día siguiente, dejó libre de polvo y paja al “poderoso empresario”, que no es como los uniformados o los políticos corrientes, pues siempre

responde con todo. A los malandrines hubo que reconvenirlos. Por poco echan a perder la cosa.

Salvo ese detalle, el Plan B funcionó y está funcionando a la perfección.

29.10.03

Los Frutos del Mal

La Concertación predicó la liberación sexual sin barreras, pero fue la primera en escandalizarse cuando se descubrió un escándalo de pedofilia, cuyo protagonista confesó hallar placer en ser depositario de los excrementos ajenos.

Nosotros les decíamos que había una "moral" y que no podía ser relativizada. Que existían conceptos tales como "el bien" y "el mal". Que la sociedad debía definir el primero, según aquella "moral", y propender a que sus miembros lo practicaran, rechazando el mal. Que el "bien" individual y social exigía familias sólidas y estables, en cuyo seno se diera un buen ejemplo moral a los hijos. Que la educación debía reafirmar en los niños el respeto a la ley natural y a las virtudes, e imprimir en sus conciencias los valores representados por la institución básica de la sociedad, el matrimonio monogámico entre personas de distinto sexo, en el cual se practicaran la fidelidad conyugal, las relaciones carnales encuadradas en la mutua entrega amorosa y en la procreación responsable.

Entonces llegaron ellos y dijeron que ésas eran patrañas autoritarias. Que el matrimonio no tenía por qué ser indisoluble. Que la fidelidad conyugal estaba pasada de moda. Que el sexo era para gozarlo hasta las heces. La moral tradicional, vocearon a los cuatro vientos, era "cartucha". Y repartieron opúsculos para enseñar a los niños de nuestras escuelas algo que sus anticuados padres no sabían: que hay múltiples opciones sexuales permitidas; que las relaciones carnales podían ofrecer variantes mucho mejores, más modernas y entretenidas, como el sexo oral o anal y los contactos homosexuales o lésbicos. Les enseñaron a encontrar natural la atracción por niños de su mismo sexo. Les exhibieron imágenes explícitas para que entendieran que todas las nuevas "opciones" eran lícitas. Cada uno podía tener "su" moral, según la dictaran sus sagradas inclinaciones o instintos. Les inculcaron que ninguna autoridad podía poner límites a la satisfacción de los deseos, pues en eso consistía la posmodernidad. El hombre y la mujer nuevos eran soberanos para determinar la duración de las uniones matrimoniales. Nada obstaba que las uniones entre personas de un mismo sexo pudieran dar origen a "familias" tan respetables

como las propiciadas por la anticuada visión autoritaria. Y en cuanto a las relaciones carnales, sólo la imaginación, y no la moral, la ley o la autoridad, podían ponerles límites.

El placer pasó a ser el fin supremo de la existencia. Antes eso se llamaba “hedonismo”. Ahora es otro derecho humano esencial. Ninguna costumbre puede ya ser censurada, por indecente, escandalosa o impúdica que sea. La herejía pasó a ser bienvenida. “La última tentación de Cristo” debe ser exhibida, porque, justamente, presenta al dechado y modelo de la virtud y la abnegación cediendo ante el hedonismo y el pecado. ¡Prueba de que era humano, no divino!

Así cayó la última barrera. En las pantallas, sexo explícito, con y sin amor. Sadismo, masoquismo. Este último idealizado (“La secretaria”, cuatro estrellas, según la crítica). Y el lenguaje no va a la zaga. La coprolalia se apoderó de la televisión. Del doble sentido se transitó al sentido único: grosería flagrante cada tres palabras.

Predicaron degeneración y ahora cosechan degeneración. Predicaron enseñarles sexo a los niños y ahora se extrañan de que los niños vayan a orgías sexuales. ¿Qué querían? ¿No decían que debía haber libertad sexual hasta las heces? Ahí tienen, literalmente, sexo libre y con heces. ¿No es eso lo que han venido metódicamente predicando por más de 13 años, el epítome de su posmodernidad?

Lo que hoy presenciamos es la consecuencia necesaria y previsible de tales políticas. Las fiestas que han horrorizado al país son el fruto del relativismo impuesto por esta “cultura oficial”. El horror popular prueba, sin embargo, que el país todavía, en el fondo, cree que existe una “moral”. Que hay “bien” y que hay “mal”. Y ahora comprende, un poco tarde, es verdad, que sólo está cosechando los frutos del mal.

Entretanto, los fabricantes del lodo, puestos en evidencia, han procurado manchar con él a los demás. Pero más temprano que tarde la gente sabrá que no fue sino un recurso agónico, propio de quienes intentaron sumir al país en la descomposición moral.

Cosas que No Sabe Casi Nadie

Debo confesar que mis denuncias sobre los atropellos que comete la judicatura chilena no han tenido el menor eco.

El otro día se juntó un par de cientos de personas en un hotel de Curicó a oír algunas cosas que he venido repitiendo hace tiempo en esta columna y en distintos lugares. Había bastante juventud, y ella fue la más sorprendida al enterarse de mi versión de lo acontecido en Chile bajo la UP y el gobierno militar. Particularmente en el tema de los derechos humanos, la verdad oficial —impuesta a través de un metódico lavado de cerebros— es tan diferente de lo que realmente sucedió, que la gente se sorprende al oírmelo referir y me insta a repetirlo con más frecuencia y en más lugares del país.

—Estas cosas no las dice nadie— me manifestó un joven curicano. Y yo no pude menos que estar de acuerdo, pues lo más parecido a “nadie” en Chile, en este momento, soy yo.

Por cierto, en mi versión sobre el tema, los jueces, tan de moda en estos días, no salen bien parados. Mi amigo y ex compañero de Leyes Lucho Bates, hoy digno ministro de Justicia, y con el cual no tengo otras cuitas que las derivadas de algunos goles de distancia que suelo hacerle los domingos, sostiene que los magistrados “tienen que ser personas moralmente superiores” y que la mayoría lo es. Esto a raíz, obviamente, de haber sido sorprendido un ministro de corte en un lugar non sancto.

Pero la mayoría de estas personas “moralmente superiores” no vacila en dejar las leyes sin aplicación, con grave perjuicio para las víctimas de tal arbitrariedad. Ellos, en efecto, desconocen habitualmente mandatos legales expresos, como los que les ordenan poner término a los procesos cuando existen causales extintivas de la responsabilidad penal. Más aún, estos individuos “moralmente superiores” procesan y condenan a determinados ciudadanos (los que visten o han vestido uniforme), en virtud de un delito inexistente, el “secuestro permanente”. No sólo

la ley penal chilena, sino el derecho criminal inmemorial, consagran como base de todo proceso la existencia del delito. Pero los jueces chilenos han puesto entre rejas a cientos de personas por el hecho de ser, en un momento determinado, “políticamente correcto” y concordante con la corriente dominante el criterio de que, respecto de los uniformados, es posible inventar un delito, procesándolos y condenándolos sin otra base que una ficción.

Estas víctimas de la arbitrariedad son los que he llamado “militares caídos tras las líneas enemigas” en la lucha contra el terrorismo de izquierda. Son cerca de 400 inculcados, procesados y presos, con los cuales los politizados jueces “moralmente superiores” se están dando un festín de antijuridicidad, sin que nadie proteste, porque, como tantas veces he dicho, las Fuerzas Armadas y Carabineros son el sector más débil de nuestra sociedad.

Sin otro recurso, algunos de estos caídos han resuelto recurrir a mi modesta y solitaria persona para referirme sus penalidades. Hace dos semanas fui a visitar a un dignísimo oficial, preso como autor de un delito en el que no tuvo parte alguna y del que se enteró a través de los periódicos: el asesinato del general Prats y su cónyuge:

— ¿Y usted no le ha dicho al juez que no tuvo nada que ver en esto?— le inquirí.

—Sí.

—Y él, ¿qué dice?

—Que sabe que no tuve nada que ver, pero que le interesa saber más acerca de la Dirección de Inteligencia Nacional. Y cuando vino la señora Servini de Cubría de Argentina y le dije lo mismo, me replicó en idéntica forma, pero en su caso quería interrogarme sobre el Plan Cóndor.

— ¿Y por qué no denuncia públicamente estos atropellos, como lo hizo el brigadier XX, a quien le aconsejé salir a la luz pública y logró mucha repercusión?— le pregunté.

— ¿Usted quiere que me pase lo mismo que al brigadier?— me replicó.

— ¿Qué le sucedió?— inquirí, sorprendido.

—Que después de seguir su consejo y defenderse públicamente, fue citado al

tribunal, y allí una turba de izquierda lo atacó, le cortó la cara con un gollete de botella y le propinó golpes que le botaron un diente.

En consecuencia, he resuelto continuar diciendo las cosas que nadie dice, pero abstenerme de seguir dando consejos.

12.11.03

Un Derechista Genuino

Siempre me divertieron los esfuerzos de José María Aznar, que es casi tan derechista como yo, por presentarse como hombre de centro. Pero, claro, él obtuvo muchos más votos que los que habría obtenido yo...

Como ustedes no saben, pero debieran saber, la derecha en el mundo lo ha ganado casi todo: la Guerra Fría, la contienda ideológica, la lucha contra el terrorismo (especialmente en Chile), la supremacía económica del sector privado y el control político de gobiernos propios y de signo contrario. En esto último hemos sido geniales, porque allí donde no tenemos explícitamente el poder, logramos hacer que los gobernantes izquierdistas pongan en vigor nuestras políticas.

Ahora tenemos a Lagos empeñado en deshacer los principales disparates izquierdistas cometidos en la primera parte de su mandato y procurando sacar adelante, por ejemplo, la flexibilización laboral, que es la antítesis de la reforma que él mismo impuso. Tal vez no convenga divulgar demasiado esta derechización de Lagos, porque el fenómeno podría revertirse, de modo que encarezco a los feligreses de esta columna mantener la debida reserva.

Bueno, y, por cierto, no olvido el mayor triunfo de la derecha en lo que va del siglo XXI: hace unas semanas la Constitución de la República Popular China incorporó una garantía explícita del derecho de propiedad privada.

Pero en dos frentes hemos sido derrotados: el de la moral y el de las comunicaciones. En el primero, la izquierda ha impuesto su abigarrado conjunto de antivalores, y tenemos una sociedad cada vez más degenerada; y en el segundo, la supremacía de la propaganda izquierdista ha logrado ocultar justamente lo que señalaba en un comienzo, es decir, el triunfo de la derecha. Lo ha hecho con tal éxito, que los derechistas seguimos avergonzándonos de serlo, tal como hace medio siglo, cuando el triunfo del socialismo parecía inminente y ellos decían que iban a enterrar a todos los capitalistas, cosa que sólo lograron parcialmente, pues los 100 millones de muertos de que da cuenta “El Libro

Negro del Comunismo”, evidentemente, no bastaron.

En estos días ha visitado el país José María Aznar, líder de la derecha española, el Partido Popular que debe gran parte de su éxito político al arte de oficiar como “centrista”, sin renunciar a una coma de sus políticas de propiedad privada, libre mercado, apertura comercial y alianza con los Estados Unidos. Completa ocho años en el poder y a él debe España su prosperidad actual. Aznar le escamoteó hábilmente el término “popular” a la izquierda, que lo consideraba propio ya desde los “frentes populares” de hace 70 años, precursores de nuestra “Unidad Popular”. Siguiendo esa estrategia, acá la UDI se ha inscrito como “partido popular”. Y los líderes gremialistas triunfantes en elecciones universitarias, derrotando a la izquierda, rechazan con pavor la suposición de que puedan ser de derecha, lo que no es sino un síntoma de su derechismo.

Otro testimonio de este complejo de la derecha es el entusiasmo de un creciente número de sus miembros por una posible candidatura presidencial del DC Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Lo peculiar del caso es que el propio candidato de la derecha, Joaquín Lavín, supera por mucho a Frei en todas las encuestas. Éste incluso aparece rezagado en relación con otras postulaciones de la Concertación, de manera que no se ve por dónde podría llegar a ser candidato. Pero ello no obsta a que uno tenga que debatir largamente en las sobremesas derechistas, procurando convencer a los circunstantes de que tenemos un candidato propio mejor, que cumple satisfactoriamente con el requisito de disimular su derechismo y que tiene más votos. Pues también la noción de que las elecciones se ganan con votos es mirada con profunda desconfianza por la derecha.

La visita de Aznar, su visible deseo de aproximarse a la DC —partido de centroizquierda que siempre ha propiciado políticas opuestas a las suyas— y el complicado trabalenguas con que pretendió atenuar su delito de haberse reunido con Joaquín Lavín lo erigen como uno de los derechistas más genuinos que nos hayan visitado en el último tiempo.

19.11.03

Crónica de Otro Negocio Anunciado

Gran parte de mi tiempo la dedico a escuchar los relatos de las víctimas de la justicia chilena, cuyos atropellos al debido proceso, en materia de derechos humanos, son constantes, reiterados y flagrantes. Todos los juicios amañados pretenden extraer millonarias indemnizaciones del fisco chileno, que pagamos todos los contribuyentes

Algunas personas estiman que yo defiendo la verdad y, por eso, sabiendo que ella en Chile tiene mínimas probabilidades de prevalecer y es peligroso revelarla, suelen dármele a conocer con gran sigilo.

Desde hace años he recibido interesante información de un ex agente civil de inteligencia de sucesivos gobiernos llamado Rafael González. Trabajó en el contraespionaje del Estado Mayor, encargado de vigilar la actividad de la CIA. Sirvió a Frei, Allende y Pinochet, recibiendo siempre altas calificaciones. Bajo Allende, irónicamente, alertó acerca de un matrimonio norteamericano que trabajaba en reparticiones fiscales. Pero el Director de Investigaciones de la UP, Eduardo “Coco” Paredes, tranquilizó al Estado Mayor, comunicándole que eran personas de su total confianza. Vivían en el “cordón Vicuña Mackenna”.

González, políticamente tan lejano de Allende como de Pinochet, sirvió a ambos con lealtad. Así, cumplió la orden del Almirante Carvajal de ingresar a La Moneda el mismo 11 de septiembre de 1973 para poner a salvo la documentación importante. Mientras cumplía esa misión, un alto oficial le pidió ubicar a un íntimo de Allende, el periodista Carlos Jorquera Tolosa, que no podía ser hallado por los soldados. Lo encontró, pero juzgando que la vida del mismo corría peligro, decidió trasladarlo al Ministerio, a pretexto de interrogarlo. Hace no mucho leí declaraciones de Jorquera, reconociendo que Rafael González le salvó la vida. Ello, naturalmente, reforzó a mis ojos la credibilidad del ex agente.

En marzo de 1974, me ha referido, recibió orden del mismo Carvajal para determinar el paradero de un norteamericano, Charles Horman, de quien el gobierno de los EE.UU. demandaba enérgicamente información. González

comprobó en el Centro o Servicio Nacional de Detenidos (Cendet o Sendet) que Horman no figuraba ni había figurado como detenido. Acudió entonces al Instituto Médico Legal, donde se registraba el ingreso del cadáver del norteamericano el 18 de septiembre de 1973, tras ser hallado muerto a bala en la calle, y su posterior envío al Cementerio General, donde estaba anotada la respectiva sepultación. Entonces tramitó la exhumación y entregó los restos a la embajada.

A todo esto, se había escrito un libro sobre la desaparición de Horman. El cineasta Costa Gavras, basado en él, hizo su famosa película “Missing”. González, en posterior misión en los EE.UU., entrevistó al padre de Horman y le demostró que el libro y la película contenían múltiples falsedades. El señor Horman le regaló un ejemplar autografiado del primero, pidiéndole no revelar lo que sabía. Casi 30 años después, y hasta hace poco, en Chile, el juez Guzmán seguía haciendo espectaculares visitas al Estadio Nacional, acompañado de diplomáticos norteamericanos y con mucha prensa y televisión, para “investigar” el paradero de Horman. La “historia oficial” es contumaz. Guzmán, por cierto, nunca citó ni interrogó a González, siguiendo su norma invariable de eludir cuidadosamente la verdad.

Luego la causa pasó a un nuevo ministro, Jorge Zepeda. Éste, al menos, interrogó a González, pero al oírle la verdad se enfureció, y le ha hecho pagar muy caro el andarla divulgando, sometiéndolo a proceso como “cómplice” de un homicidio... que carece de autor. Es el “derecho chilensis”. Además, los hechos están legalmente prescritos y amnistiados. Pero, ¿qué importan el derecho y la ley? González está preso y se le niega hasta la libertad bajo fianza. Lo tratan casi como a un militar, siendo un agente civil adscrito a la Fuerza Aérea, hoy retirado.

Sus delitos: echar abajo un gran edificio de mentiras, un “best-seller”, una película galardonada y una tesis peregrina más de Juan Guzmán. Que pague por todo ello. Junto con nosotros los contribuyentes. Pues ésta es la crónica de un negocio anunciado: sacarnos millones de dólares por la muerte de otro extremista, mil veces más que lo obtenido por los familiares de las decenas de soldados muertos por la izquierda en esos primeros días después del 11 de septiembre de 1973.

17.12.03

Más “Pedacitos Menos”

Los socialistas no suelen ser respetuosos del derecho de propiedad, pero a veces se dan vuelta de carnero y consagran derechos de “suprapropiedad”.

Cuando don Patricio, tras perder con Argentina el pleito de Laguna del Desierto, dijo con tanta gracia que sólo se trataba de “pedacitos más, pedacitos menos” de territorio, dejó en evidencia el valor que la Concertación atribuye a nuestra soberanía.

Ahora su sucesor, Lagos, sigue la misma política y entrega más “pedacitos menos”. Pues su acuerdo con Tompkins nos priva de atributos fundamentales en una zona de potencial inexplorado, como es la que ocupan los predios de aquel inversionista. Estos, además, dividen nuestro territorio, pues ni siquiera los atraviesa una ruta longitudinal.

Nadie objeta su derecho de propiedad. Lo que se objeta es la constitución de una “suprapropiedad” intocable con que la Concertación busca favorecerlo. Todo propietario sabe en Chile que su derecho debe ceder frente a las necesidades de utilidad pública y del superior interés del país. Diariamente se expropia para construcción de carreteras, electrificación, comunicaciones o explotación de yacimientos. Incluso la defensa de la soberanía puede demandar expropiaciones para constituir asentamientos humanos en zonas limítrofes, obligación que el Estado no cumplió en Laguna del Desierto, siendo que allí Argentina, incluso contrariando acuerdos bilaterales, sí constituyó asentamientos. Éstos después le valieron para argumentar posesión en el litigio en que resultó triunfante.

El acuerdo con Tompkins los vedará. Todo en nombre de un ecologismo gravemente lesivo para el interés nacional. Se sustraerá de la soberanía una franja de casi 100 kilómetros de largo. Trescientas mil hectáreas que se pretende mantener intocadas. El territorio de Liechtenstein, Luxemburgo y Mónaco sumados. A cambio de eso, él probablemente podrá transar “derechos a contaminar” y venderlos a empresas de su país para que éstas sigan contaminando. Lo mismo que en el caso Trillium, proyecto que fracasó por

oposición de órganos ecologistas locales. Iba a dar trabajo a miles de cesantes magallánicos y atraer prosperidad a la zona. Otro “pedacito” de 272 mil hectáreas congelado. Su nuevo propietario, un holding norteamericano, pasa a disfrutar en su país de beneficios tributarios por mantenerlo así y descontaminar el planeta, permitiendo así que otros sigan contaminándolo allá.

¡Fantástico! Los chilenos quedan cesantes, porque si trabajaran contaminarían, a fin de que los norteamericanos puedan seguir empleados y contaminando. ¿Y a quién le paga el fisco norteamericano por eso? ¿A los cesantes chilenos? ¡No! A los propietarios norteamericanos. ¿Y por culpa de quién? De los ecologistas chilenos. Digno del “Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano”.

Entonces, por favor no nos sigamos riendo de los bolivianos, que prefieren sentarse sobre el gas natural a aprovecharlo para el bienestar de sus conciudadanos. Acá hacemos lo mismo.

¿Y qué dicen las instituciones encargadas de defender la soberanía? ¿Han convocado al Consejo, donde pueden requerir cualquier antecedente que demande la seguridad externa? Nada.

No se atreven. Nunca se han atrevido, en 13 años, a convocarlo, ni siquiera cuando la Constitución y las leyes han sido atropelladas en perjuicio de sus propios camaradas, como vuelve a suceder en estos días, en que se condena a militares acudiendo a un ardid vergonzoso, como lo es fingir un delito inexistente.

Uno que debe ser humorista, probablemente sin saberlo, ha dicho que las instituciones funcionan. No es verdad. Y cuando llegan a funcionar, funcionan mal.

Privados de mi Novela

En el verano próximo, si Dios quiere, terminaré por fin de corregir mi novela. Eso mismo me he propuesto antes de los últimos cinco veranos.

Hace 10 años empecé a escribir una novela en los veranos, y cinco años después la terminé. Es una “saga” que recorre varios períodos de la vida, especialmente política, del Chile reciente.

Cuando tuve listo el original, se lo di a leer a mi mujer, una entusiasta lectora. Pero yo notaba que mi libro le dejaba mucho tiempo para otras cosas y su avance en la lectura era muy lento. Cuando le pedí que anticipara una opinión, me dijo que consideraba al protagonista un completo imbécil, ante lo cual me precaví, advirtiéndole que la novela no era autobiográfica ni mucho menos. En todo caso, quedé ofendido y resolví sustraerle el ejemplar.

Para todavía mayor desilusión mía, ella no emitió la menor protesta. Por todo comentario me dijo que mi verdadera veta era la de ensayista. He pasado otros cinco años tratando de arreglar la novela. Mejor dicho, acortándola. Mi confesor, que es muy versado en literatura, y a quien, a falta de mayores pecados, le confesé haberla escrito, me aconsejó acortarla. Sostiene que todos los cortes mejoran las novelas de los no iniciados. “Lo malo, si breve, la mitad de malo”, diría Gracián.

Pero resulta que ahora, entre Tompkins y Piñera, seguramente sin proponérselo, han terminado de liquidar mi obra. Porque ella tenía una cosa bastante original: terminaba en el futuro. Comenzaba en 1940, bajo el Frente Popular; pasaba por el gobierno militar y la Concertación y terminaba con un excelente gobierno de derecha (cuyo inicio, como se comprenderá, he debido postergar ya dos veces), presidido inicialmente por el protagonista. Pero a éste resolví privarlo de la Presidencia cuando mi mujer me informó de que era un imbécil.

En todo caso, una de las primeras cosas que hacía ese gobierno de derecha era desarrollar —fundado en la libre iniciativa, naturalmente— la XI Región, que,

siendo mayor en territorio que varias naciones europeas, tiene menos habitantes que algunas poblaciones populares de Santiago. Mi gobierno de derecha iba a convertirla en una Holanda o una Bélgica, atrayendo a chilenos y extranjeros con capitales e ideas para explorar y explotar sus potenciales recursos.

Pero en eso llegó Tompkins, se compró a precio de huevo una gran parte de la zona y ha conseguido un acuerdo muy favorable para él con el gobierno socialista; y ahora Piñera se le une y comprará otro pedazo para hacer lo mismo, es decir, nada. El otro día, en la Revista del Campo, un especialista forestal demostraba que lo peor para la biosfera es no hacer nada con los árboles, pues cuando el bosque envejece contamina terriblemente. Y los árboles nuevos purifican la atmósfera mucho más que los viejos, de tal manera que los bosques bien explotados le hacen mejor al medio ambiente que los intocados. Y también, por cierto, le hacen mejor a la economía, al empleo y a la lucha contra la pobreza.

Y en cuanto a mi novela, ¿quién va a creer que en el futuro la XI Región va a ser una nueva Holanda o nueva Bélgica, si la van a dejar igual, inexplorada, inexplorada y casi deshabitada?

Claro, estos nuevos dueños de gran parte de la zona se van a hacer más ricos. Porque ellos van a vender bonos de emisión transables a las empresas de países desarrollados para que ellas, en sus territorios, sí puedan producir y dar empleo a los trabajadores norteamericanos y europeos. Y no me extrañaría que la ayuda que Tompkins ha ofrecido darle a Piñera consista fundamentalmente en enseñarle a hacer eso. Así, ellos exportarán aire puro y Chile se quedará con puro aire.

Y, “last but not least”, han puesto al país en serio riesgo de verse privado de mi novela.

18.02.04

Correspondencia Atrasada

A nadie desprecio más que a los “generales después de la batalla”. Algunos son, efectivamente, generales...

Contesto personalmente todas las cartas con remitente. En el correo electrónico estoy al día, pero en las del ordinario no. Cada fin de año se me acumulan más de la cuenta. En febrero las respondo. Hay un tema recurrente en ellas. Me escribe, por ejemplo, el abogado de un militar. Su cliente, tetrapléjico y anciano, está preso por la muerte de dos individuos, ocurrida en septiembre de 1973.

Habían disparado contra la guardia del regimiento que comandaba. Soldados salieron en su persecución y los hallaron. Dio orden de fusilarlos. Uno de los bandos del 11 había advertido a quienes dispararan contra las Fuerzas Armadas que serían fusilados en el lugar de los hechos.

Treinta y un años después, un juez, desconociendo la historia, la amnistía y la prescripción, procesa al ex comandante inválido. Su abogado sabe que el tema no es jurídico y me envía los antecedentes. ¿Qué decirle que él ya no sepa? El celular interrumpe mi cavilación. Es otro procesado por hechos de hace 30 años. Me pide llamar a un sacerdote amigo. Lo hago y el religioso, algo desconcertado, me insta a hacer algo. “Procesan a este hombre inocente como cómplice —me dice— siendo que nadie está imputado como autor. ¿Cómo puede ser? Usted, como abogado, dígame, ¿es eso legalmente procedente?”. Le digo que el tema no es legal. “¡Ah!, es político”, comenta. Coincido, pero pienso para mis adentros que hay también motivaciones económicas. Sería largo de explicar.

Nos compadecemos del infortunado y nos despedimos sin mucha esperanza.

“La dictadura de la justicia es la peor de todas, porque es la única que no tiene remedio”, escribió de Alexis de Tocqueville.

Vuelvo a las cartas. Viene la de un teniente coronel. Me dice que soy el único

que los defiende. Me pide no abandonarlos. Adjunta un pequeño recorte de diario, donde se informa que un piloto de helicóptero, procesado por el juez Guzmán por haber secuestrado y muerto a una dirigente comunista en 1976, ha sido absuelto por la Corte. Acreditó que se encontraba en Francia cuando ocurrieron los hechos. Menos mal. Por supuesto, había acreditado lo mismo ante el juez, pero éste no le había hecho caso. Seguramente, legiones de testigos de izquierda lo habían inculpado. Esta vez, a la Corte, por lo menos, le importó que hubiera estado en Francia. Algo es algo.

En el juicio contra Arellano y Pinochet, evidencias tan poderosas como ésta no les han importado al juez ni a ninguna de las Cortes. Piloto afortunado, me digo. Algunas leyes valen para él. No lo cuenta dos veces. Podría seguir.

Hace unos meses, entrevistado por un periodista de izquierda, le hice ver estas cosas. Me replicó: “Pero los militares mataron ilegalmente. Hicieron desaparecer gente. ¿Usted está de acuerdo con eso?”. Respondí:

—No estoy de acuerdo. Si yo hubiera encabezado el pronunciamiento, cada comandante habría cumplido el deber de juzgar legalmente a los extremistas, evitando cualquier atropello. Los restos de ningún ajusticiado habrían desaparecido. Yo habría sabido qué hacía cada uno de mis cientos de miles de soldados, marinos, aviadores, carabineros y detectives durante la lucha. ¡Qué lástima que el golpe no lo haya dado yo!

Los “generales después de la batalla” somos perfectos. Si hubiera estado hablando en serio al periodista, me habría convertido en uno de ellos, el peor de los especímenes de estos tiempos. Por suerte no lo soy. Y por eso trato, con mis limitados medios, de defender a los que sí dieron la batalla, perdieron a muchos camaradas en ella, pero la ganaron, salvaron a su patria y hoy son perseguidos ilegalmente por hacerlo.

25.02.04

Los Mismos de Siempre

Habiendo un disparate realmente grande a la vista, los chilenos siempre terminamos férreamente unidos.

El discurso del presidente de la Corte Suprema y el proyecto DC de royalty a la minería revelan que somos los mismos de siempre. Marcos Libedinsky ha dado explicaciones porque los tribunales no acogieron los recursos de amparo durante el gobierno militar y dice que nunca más se prestarán para torcer la nariz a la ley y cohonestar atropellos al debido proceso. ¿Nunca más? Pero si exactamente eso es lo que están haciendo ahora en los procesos contra uniformados.

En 1974, un ministro (después presidente) de la Corte Suprema, Rafael Retamal, explicaba a Patricio Aylwin por qué no acogían los recursos de amparo de los extremistas: “Mire Patricio, los extremistas nos iban a matar a todos. Dejemos que los militares hagan el trabajo sucio. Después vendrá la hora del derecho”. (Cito de memoria del libro de Aylwin).

Ahora, 2004, las partes han cambiado, pero los jueces obran igual. La actual corriente dominante es la de “los extremistas” de hace 30 años. El “trabajo sucio” lo hacen abogados y jueces de izquierda, desconociendo el debido proceso a militares. El propio presidente de la Corte Suprema, señor Libedinsky, por ejemplo, falló en el sentido de haber fundadas sospechas de que Augusto Pinochet había ordenado ejecutar, valiéndose de su general delegado, Sergio Arellano, a 13 personas en Copiapó. En el proceso está probado que Arellano no estaba en Copiapó a la fecha de las ejecuciones. Como afirmó un ministro de minoría de la Corte Suprema, Osvaldo Faúndez, no sólo respecto de ese caso, sino de todos, sin nunca haber sido refutado, “de la minuciosa revisión de la causa, hoja por hoja, no aparece elemento de prueba o de juicio alguno, ni testimonial ni de ninguna naturaleza, de que el senador (Pinochet) hubiere dado o podido dar orden de matar ni menos de secuestrar”.

¿Qué atropello mayor a los derechos humanos que el de declarar fundadamente sospechoso de homicidios y secuestros reiterados a un inocente? Pero eso se está

haciendo repetidamente ahora. Se supone que “después” (ya sacrificados los derechos humanos de suficientes militares) vendrá la hora del derecho.

¿Y qué estaba haciendo la DC hace 38 años? Lo mismo que ahora. Buscando cómo hacer trampas a los grandes inversionistas mineros. Por supuesto, la izquierda iba mucho más allá: exigía, simplemente, asaltarlos y quitarles todo. Cuando la izquierda quiere cortar el brazo, la DC siempre se ofrece a cortar la mano. Al final, cortaron todo y el asalto fue unánime, pues hasta la derecha votó a favor de la expropiación sin pago de la gran minería del cobre. Habiendo un disparate realmente grande a la vista, los chilenos siempre terminamos férreamente unidos.

El de hoy es que “los minerales son de todos los chilenos”. ¿De quién es un yacimiento que todavía nadie ha descubierto? De nadie, por supuesto. Para descubrirlo hay que gastar millones de dólares, y todavía muchos más para ponerlo bajo explotación. El gobierno militar, sabiendo eso, ofreció contratos de invariabilidad tributaria (DL 600) y derechos sólidos a los inversionistas, justamente porque ellos sabían que habíamos sido un país tramposo. Gracias a todo ello las reservas de cobre, por ejemplo, son hoy sustancialmente mayores que entonces. Es decir, la honradez paga. Pero sólo fuimos honrados un tiempo. ¿Recuerdan la fábula de la rana y el escorpión? “No sé hacer otra cosa”, decía este último, mientras se ahogaba en el agua, tras haber envenenado a la rana.

“¡Y qué fue, y qué fue, aquí estamos otra vez!”.

¡Pobre España!

Esta columna también mereció publicación en la prensa digital española.

El resultado electoral español acredita que ese rasgo tan chileno de entender las cosas al revés nos viene, qué duda cabe, de nuestro ancestro peninsular. Pues, en efecto, como hubo varias pruebas de que los atentados de Madrid los había provocado Al Qaeda y no ETA, los españoles se enfurecieron con Aznar por haberlos atribuido a esta última, atribución perfectamente razonable en un primer momento, pues ETA había intentado el mismo procedimiento de las mochilas explosivas en trenes de la estación madrileña de Chamartín, no hacía mucho, atentado afortunadamente frustrado. En todo caso, lo que tanto ETA como Al Qaeda buscan es que los gobiernos, de España y de los demás países, hagan concesiones al terrorismo. Y el electorado español, el domingo, las ha hecho. Tanto así, que, como primera medida, el recién electo gobernante socialista ha dispuesto el retiro de las tropas españolas de Irak.

Como es sabido, Al Qaeda y Saddam Hussein son la misma cosa. Precisamente por ello, Al Qaeda ha hecho causa común con él y cobra venganza contra quienes restablecieron un régimen civilizado en Irak. La discusión acerca de si Saddam tenía o no armas de destrucción masiva es un chiste. Como sucede frecuentemente con los chistes más repetidos, sólo las personas menos avisadas los cuentan una y otra vez. Pues en el pasado Saddam lanzó misiles Scud —que son armas de destrucción masiva— repetidamente contra Israel y Kuwait. También construyó una central nuclear para fabricar bombas atómicas —armas, asimismo, de destrucción masiva— la cual Israel, como obvio y primer destinatario de aquéllas, se preocupó justificada y oportunamente de bombardear y destruir, sin pedir permiso a nadie. Entonces, era cuestión de tiempo y recursos para que Saddam volviera a lanzar misiles y fabricar proyectiles atómicos. Como los recursos los tenía (del petróleo), el tiempo sólo podían brindárselo la miopía e incapacidad de los gobernantes occidentales. Afortunadamente, no todos tenían esos defectos. Estadistas como Bush, Blair y Aznar han sido los Winston Churchill de nuestro tiempo. Han tenido el coraje de actuar frente a la más grave amenaza contra la humanidad. Recuérdesse que en su tiempo Churchill fue

aislado y catalogado como belicista y enemigo de la paz, por alertar al mundo contra Hitler. Entonces, seguir hoy con el tema de que “no se han encontrado armas de destrucción masiva en Irak” es como abogar por dejar tranquilo a un reconocido asesino, sólo porque no porta un revólver en el bolsillo.

La izquierda chilena está feliz con el resultado electoral de España. Es doblemente natural, porque ella es también socialista y prohijó los movimientos terroristas chilenos, como el MIR (al amparo del PS) y el FPMR (al amparo del PC). Como recientemente se ha recordado, el FPMR cometió en España atentados en conjunto con ETA, revelando compartir identidad ideológica y métodos. Entre nosotros, el socialismo ha levantado como carta presidencial a una persona que tuvo vínculos con el FPMR, cosa de la cual no es de buen gusto hablar en Chile, naturalmente, pues a la izquierda —y sólo a la izquierda— debe respetársele su derecho a la amnistía y la prescripción.

¡Pobre España! Ha cambiado un gobierno limpio, que le dio prosperidad, por otro que antes le había dado corrupción y desempleo. Le ha brindado un gran triunfo a Al Qaeda, el mayor enemigo de la paz y la civilización. Y le ha enviado a ETA un mensaje inequívoco: “Si vuestros atentados son suficientemente sangrientos y horrorosos, accederemos a cuanto demandéis”.

17.03.04

Ya No Soporto

Las píldoras del día después distribuidas gratuitamente resultaron ser más de treinta mil y no 400 mil, pero las violaciones no pasan de tres mil al año...

Tanto he palpitado con los problemas del país, que, junto con anunciarse el aumento del 46,5 por ciento en los robos con intimidación, me entraron a robar con intimidación. Como no es primera vez, estoy instalando rejas, botones de pánico —de esos que provee Lavín a la comuna de Santiago y molestan tanto al Gobierno—, monitores de televisión y una serie de implementos que me van a resultar más caros que el robo mismo.

Lo peor es que ya ninguna precaución sirve. Pues, como en otro robo me habían llevado el computador desde la oficina, yo había comprado uno portátil para poder irme con él todos los días a la casa. Ahora me lo robaron desde la casa. Lo único que tengo relativa certeza de recuperar es una silla que se llevaron los detectives para detectar huellas digitales.

Pero todo eso lo puedo soportar. Lo que ya difícilmente soporto son las palabras del gobernante, que culpa a la oposición del auge delictivo, por no aprobar sus proyectos para, supuestamente, combatir el delito. Cuando, justamente, lo que estamos cosechando es el fruto de 13 años de normas protectoras de delincuentes y terroristas y de medidas persecutorias de policías, uniformados y agentes de seguridad.

Ayer veía en la televisión a una familiar de un frentista, eliminado ilegalmente, es verdad, por agentes de seguridad. Ella pedía presidio perpetuo calificado para los agentes. ¿Y qué pena tuvieron los terroristas que, a su turno, mataron a agentes de seguridad y personas inocentes? En algunos casos, ninguna, porque se fugaron; y en los demás, gracias a indultos y conmutaciones, gozan hoy de libertad en Europa, con trabajo garantizado, procurado por las organizaciones políticas afines.

Todo esto es parte de un proceso que estamos viviendo, no sólo de falsificación

histórica, sino de desmoralización colectiva general. El síntoma más reciente: las autoridades van a repartir 400 mil píldoras abortivas (“del día después”) gratuitas. Y lo harán riéndose de nosotros, porque afirman que son para los casos de mujeres violadas, en circunstancias de que éstas no pasan de mil 900 al año.

Es que ya nos pueden decir cualquier barbaridad, y nos reímos, aplaudimos y hacemos subir al gobernante en las encuestas. Él dice ser un adalid de la igualdad entre los chilenos. Pero no tiene inconveniente en proclamarlo desde un palacio, Cerro Castillo, donde llega y se va en un helicóptero de millones de dólares. ¿De qué igualdad habla? La de los demás, seguramente. Pues, ¿cuántos chilenos pueden disponer, como él, de “gastos reservados” por ocho y medio millones de pesos diarios? Para, supuestamente, hacernos más iguales, en estos 13 años han casi cuadruplicado el gasto público en educación. ¿Resultado? La prueba Simce revela que la distancia entre la educación privada pagada y la pública financiada con esos mayores recursos aumentó una vez más, desde 2001 a esta parte. Cada vez el despilfarro burocrático nos hace más desiguales. ¿Qué se hace, entonces, con la plata?

Precisamente, otra cosa que no soporto es la sospecha de lo que hacen con ella. Según un matutino, las sustracciones de dinero del MOP (“sobresueldos”) formaron parte de la recolección de tres mil millones de pesos para la campaña presidencial concertacionista de 1999. Se recaudaron abultando contratos asignados por el ministerio. Es decir, la campaña triunfante del adalid de la igualdad la habríamos financiado, estimado feligrés, estimada feligresa, también usted y yo. Tal vez usted lo pueda soportar. Lo que es yo, eso sí que ya no.

14.04.04

¡A No Preocuparse, Ricardo!

Es que hay todavía algunos ingenuos que creen que a la Concertación se le pueden aplicar las leyes.

Pero, ¿todavía no aprenden que la Concertación es la dueña del país? El resto, los contribuyentes, sólo ponemos la plata. La sumisión es tal, que la otra noche Ricardo fue a la cena de los mineros, les anunció que les iba a desconocer la palabra empeñada y subir los impuestos, y ¡lo ovacionaron! A uno que se atrevió a criticarlo con dureza, le quitó el saludo.

Me enternezco cuando me preguntan por las consecuencias del descubrimiento de nuevas defraudaciones al MOP. ¡Si no va a tener ninguna! La joven ministra está haciendo algo insólito en un juez chileno: aplicar las leyes. Los experimentados supremos concertacionistas deben estar diciendo: “¿En qué país vive esta niña”? Y tienen razón. Recuérdese a los nueve seremis, en favor de quienes también se inflaron contratos para sustraer plata fiscal por trabajos inexistentes. En primera instancia, otro juez ingenuo los sometió a proceso. La Corte puso las cosas en su lugar y los absolvió.

La ministra ha comprobado que el MOP pagó por un servicio no recibido y que casi toda la plata volvió al funcionario que ordenó el pago. Ello configuró varios delitos. Ése es el gato con cuatro patas. Pero la justicia concertacionista se especializa en encontrarle la quinta pata. ¿Cuál va a ser en este caso? No sé, pero se la van a encontrar. Como lo hicieron para sacar a Pinochet del Senado, imputándole delitos en que no tuvo nada que ver y contrariando una docena de leyes expresas. Como lo hicieron para destituir a un Comandante en Jefe, sin atribuciones para ello, montando un tinglado judicial caricaturesco. Como lo hicieron para obtener la renuncia del Directorio de TVN, sin facultad alguna.

Fíjense en lo siguiente: cuando a un uniformado lo denuncian por torturas, es condenado a largas penas y hay una indemnización para el o la denunciante. Pero si una mujer denuncia por igual delito a alguien de la Concertación (Nelson Mery), ¡la condenan a ella por injurias y debe indemnizar al denunciado!

Fue así desde un principio: ya en 1990 el ministro de Educación, Ricardo Lagos, le encargó a un particular la compra en España, para el ministerio, sin licitación y pagando un sobreprecio de más de cuatro millones de dólares a una empresa de un socialista español, de aulas tecnológicas y herramientas. La Contraloría lo investigó y comprobó. ¿Y qué pasó? Nada. Los diputados Lily y Víctor Pérez consiguieron formar una comisión investigadora en la Cámara, cosa que no se ha obtenido en el caso del MOP. Pero la Concertación, que es mayoría, enterró el asunto. Quedó para perpetua memoria el discurso del “implacable investigador”, Nelson Ávila, quien dijo que si bien todo era bastante incorrecto, no era menos cierto que seguir investigando constituiría una imprudencia.

Convénzanse. Ellos pueden usar los dineros públicos para fines particulares o políticos, promover píldoras abortivas, estimular el sexo entre los niños, arrasar con el matrimonio, indultar a delincuentes y terroristas junto con condenar a militares y carabineros, o acusar falsamente a los opositores de degenerados y pedófilos. Dominan el Gobierno, las cortes judiciales, la Cámara y, con un poco de muñequero, también el Senado. Acaparan las pantallas y pautean a los periodistas. Se ríen de las leyes, reescriben la historia, nos degeneran como sociedad y nos lavan el cerebro.

¿”Vendaval Chevesich”, como tituló un diario? A no preocuparse, Ricardo. La Suprema te lo devolverá como suave brisa, para refrescarte cuando, tras tu enésimo viaje en el “Air Force One”, regreses del trópico.

28.04.04

Degenéresis

El Director subrogante de TVN escribió al diario rectificándome y afirmando que en 2003 no había tenido déficit, sino utilidades. En realidad, la cifra que dí en la columna es de las pérdidas del primer trimestre de 2004, que fueron las más adelante señaladas.

El domingo, cuando me llegaron los diarios, vi en la portada del de Gobierno - cuyo déficit financio como contribuyente —la fotografía de una pareja teniendo sexo, bajo el titular “Chile en la cama”. En una esquina, un llamado: “Exija su condón”. Este último venía adherido a una página interior.

El lunes, el canal estatal de TV —cuyo déficit también contribuyo a financiar (fue de mil 372 millones el año pasado)— proyectó una película donde se muestra a un supuesto Jesucristo desorientado y frecuentemente iracundo, porque no sabe si quien le habla desde el Más Allá es Dios o el Demonio. Finalmente, este último se apiada del personaje de Scorsese —que, claramente, no es el Jesús del Evangelio— y, antes de que expire en la cruz, lo baja de ella y lo conduce a emparejarse placenteramente con María Magdalena. Pero tiene mala fortuna, pues ella pronto fallece. Esto lo lleva a relacionarse íntima y simultáneamente con las dos hermanas de aquélla. La película alcanzó alto rating. Por lo menos puede haber ayudado a financiar el déficit.

Es que los cristianos soportamos todo. ¿Qué habrían hecho o dicho musulmanes o judíos si se hubiera escarnecido de esta manera sus credos? Bueno, los primeros tienen perpetuamente condenado a muerte a Salman Rushdie por mucho menos que eso.

Mientras tanto, el 70 por ciento de los chilenos aplaude al Gobierno por repartir gratuitamente una “píldora del día después”. ¿Después de qué? Obvio, del encuentro sexual de un hombre y una mujer, el cual es preciso para engendrar un ser humano. Los fabricantes de la píldora dicen que ella no sólo opera para bloquear la ovulación, si ésta no se ha producido, sino también para impedir la implantación del embrión, si aquélla ha tenido lugar y el óvulo ha sido

fertilizado. Es decir, la píldora elimina en este caso el embrión. Y esto se llama aborto. También, como contribuyente, el Gobierno me tiene financiando, pues, abortos.

¿Qué otros pecados se están cometiendo con mi dinero? Bueno, están todos los ardides que ha ido comprobando la ministra Chevesich para sustraer dinero del MOP en beneficio socialista. Este partido ha presentado vistosamente su propaganda para la próxima campaña municipal. ¿Cuánto pongo yo ahí? Pues pronostiqué que el establishment concertacionista iba a controlar la investigación judicial que podría poner coto a los ardides. La Concertación es, realmente, la dueña del país y hace lo que quiere. Y le resulta bien. Vean ustedes la bomba que lanzó la publicación “Plan B” el año pasado, para disimular la corrupción. La mayoría concertacionista en la Cámara impidió verificar si los gastos reservados (o sea yo, de nuevo) contribuyen a financiar esa publicación. Con ayuda de una diputada de “nuestro sector”, la cual, según las encuestas, goza de un respaldo popular amplio, “Plan B” puso en marcha una campaña de difamación de efectos políticos devastadores.

¿Qué más? Bueno, también financiamos un Poder Judicial para hacer respetar las leyes, pero él mismo no las respeta, en particular cuando se trata de procesar y condenar a uniformados. Ni tampoco cuando encarga redactar sentencias a personas no letradas.

Como contribuyente, parece que también estoy próximo a tener que financiar el gasto fiscal demandado por la institucionalización del matrimonio de personas del mismo sexo. La Concertación ya presentó el proyecto.

¡Cuántos pecados se cometen con mi dinero! Supongo que el Más Allá será más benévolo conmigo que el Más Acá, pues ya sería mucho que también en el otro mundo tuviera que pagar por ellos.

12.05.04

Canonización con Disidencias

Estimé que los chilenos debían saber algunas cosas sobre su nuevo santo laico.

La de Pablo Neruda ha resultado una virtual canonización cívica. Pero, estando financiada con recursos públicos y, por tanto, también por mí, en cuanto contribuyente (involuntario), tengo derecho a decir lo mío. En otras circunstancias tal vez habría callado, pero se ha hecho un uso político y propagandístico tan desmedido del centenario, honrándose de paso a connotados panegiristas del totalitarismo, como el sacerdote Cardenal o el pintor Guayasamín (que tuvo la insolencia de pintar entre sus adefesios a un perro con la cara de un ex Presidente chileno), que no me puedo silenciar.

Es innegable que Nefatlí Reyes Basoalto, devenido Pablo Neruda, apellido rumano (siguiendo la moda extranjerizante de izquierdistas que, sin embargo, fungen como cultores devotos de la raza y la tierra autóctonas), se distinguió en el oficio de escribir poemas y alcanzó renombre universal.

En lo no literario, su existencia estuvo lejos de constituir un ejemplo. Como político, luchó siempre en favor de sistemas de gobierno caracterizados por la supresión y destrucción de las libertades personales, entre ellas la de expresión literaria. Ardiente admirador del comunismo soviético, escribió hasta una “Oda a Stalin”, el gobernante que ha hecho matar a más gente y sacrificado más libertades en la historia de la Humanidad. Siempre su pluma estuvo al servicio de ese imperialismo.

No conocí personalmente al poeta. Tal vez en el trato humano puede haber sido eso que llamamos “un buen tipo”, en el sentido de ser amable y hasta llegar a compartir con uno su caldillo de congrio, con salsa de leche y licor. Pero, como a veces sucede, no fue tan “buen tipo” con su propia familia. Su mujer legítima, Antonieta Hagenaar, tuvo una hija enferma de hidrocefalia. Ambas fueron abandonadas por el vate, quedando en la pobreza: La segunda murió cuando él ya había encontrado otra mujer y se desvivía por prestar a los republicanos españoles el auxilio que mezquinaba a su propia familia.

Alcanzó honores, fama y fortuna con su poesía, y prestigio político voceando consignas a favor de los pobres del mundo. Todo genuinamente marxista, pues el propio Karl Marx, en medio de su inmenso amor a la humanidad desposeída, abandonó al hambre y la miseria a los suyos, según ha documentado Paul Johnson en “Intelectuales”.

Así como los méritos de alguna poesía de Reyes Basoalto son indiscutibles, también lo son los deméritos de otra, que utilizó para atentar contra la democracia y algunos de sus exponentes. No tuvo piedad con éstos. Su injurioso poema contra el entonces Presidente Gabriel González Videla, que tuvo el coraje de jugarse por librar a Chile de la primera intentona comunista, en los ´40, fue seguido de otros, que no apuntaban ya sólo al honor de sus víctimas, sino a su existencia misma, como en “Incitación al Nixonicidio”. En lo personal, recuerdo sus versos insultantes contra Eduardo Frei Montalva, en la proclamación presidencial de Allende, en 1964, donde hablaba del “Tío Sam y su bebé democratacristero”.

Recibió el Premio Nobel, cuyos jueces, de ojo derecho tan severo como para excluir a Borges, por un elogio verbal a la Junta chilena, se taparon convenientemente el izquierdo para galardonar al poeta totalitario. Pero la cruzada política de Reyes Basoalto, gracias a Dios y a la Junta alabada por Borges, en Chile no prevaleció.

Ello permite subsistir a rincones como éste, donde alguien todavía puede exponer aquella parte de la verdad que sistemáticamente ocultan la izquierda chilena y mundial.

14.07.04

No Investigables

Un grupo de personas repitió la publicación de esta columna en una inserción pagada de media página en “El Mercurio” del domingo siguiente, lo que trajo una oleada de comentarios y ataques en mi contra. El diputado Maximiano Errázuriz me llamó para aclararme que el total percibido por los diputados no aumentó, pues el aumento de la dieta se financió con un descuento equivalente de las demás asignaciones de los parlamentarios.

Hace unos años el ex embajador de los EE. UU. durante la UP, Edward Korry, declaró a “La Segunda” que el presidente de una empresa norteamericana del cobre, nacionalizada sin pago en 1971, le había confiado que, finalmente, había obtenido una indemnización, pero tras abonar al Presidente Allende 800 mil dólares (unos cuatro millones de dólares de hoy). Como nadie dijo nada, esta columna comentó la revelación. Entonces un ex ministro de Allende replicó que era inverosímil, tratándose de un hombre tan honesto como éste. Después murió Korry y se olvidó el asunto. Cuatro millones de dólares no investigables.

Hoy la Fundación Salvador Allende y un hombre de negocios español, íntimo del ex Presidente, cobran ¡517 millones de dólares! al Estado por la confiscación del diario “Clarín” durante el Gobierno Militar. El Estado ya pagó 9 millones de dólares a los herederos de Darío Sainte-Marie, otrora su dueño. ¿Qué pasó? Está en las memorias del ex director del diario, el periodista DC Román Alegría: Allende, siendo Presidente, visitó a Sainte-Marie rodeado de su ilegal Guardia Armada Personal (GAP) y, molesto con un editorial, lo amenazó: “Te hago matar, culpo al imperialismo, te declaro héroe nacional y hablo en tus funerales. Ya lo sabes”. Sainte-Marie entendió y escapó. En el exterior traspasó el diario. Hoy aparecen como sus dueños el amigo de Allende y la Fundación que lleva el nombre del ex Presidente. Son “inversionistas extranjeros expropiados”, y cobran los 517 millones de dólares. Abogado: Joan Garcés.

En 1990 y 1991 Ricardo Lagos, Ministro de Educación, a través de un particular sin cargo alguno en el Ministerio, hizo compras para éste en España, con fondos públicos, pero sin licitación. Vendedora: la empresa de un socialista de allá. Se

pagó un sobreprecio estimado por la Contraloría en 4 millones 200 mil dólares. Pero ésta no instruyó sumario porque, argumentó, el agente de Lagos era un particular y no un funcionario, y ella sólo puede sumariar a funcionarios. Yo pregunté: “Y el ministro que lo mandó ¿no era funcionario?” Nadie contestó. El Contralor pasó la papa caliente al Consejo de Defensa del Estado. Este se la devolvió, diciendo que no podía hacer nada sin sumario previo. La papa se enfrió. Cuatro millones 200 mil dólares no investigables. (En Uruguay investigaron los sobreprecios y descubrieron las cuentas de Bahamas donde fueron depositados.)

Hace dos años fueron sorprendidos sobres ilegales con billetes que La Moneda pagaba clandestinamente a sus ministros. Dos millones mensuales a cada uno. Provenían de “gastos reservados”. La sola Presidencia los tiene por 240 millones mensuales (cuatro millones de dólares cada diez meses), sin obligación de rendir cuenta. Requerido Impuestos Internos, dictaminó que los gastos reservados no eran investigables. Luego el Parlamento condonó todo (“hecha la trampa, hecha la ley”) e incorporó los billetes al sueldo de los ministros. Esto, de paso, significó aumentar en igual monto la dieta parlamentaria. “Una mano lava la otra y las dos lavan la cara”.

Pero los cuatro millones de dólares que, según denuncia norteamericana, habría mantenido Augusto Pinochet en un banco de allá, sí son investigables. Pinochet nunca cobró una comisión ni pagó un sobreprecio, pero esto no puede quedar así. El Gobierno contrata a un abogado de izquierda para perseguirlo. El Consejo de Defensa del Estado ahora sí se moviliza. El Servicio de Impuestos Internos esta vez investigará, haya o no de por medio gastos reservados.

Y el Presidente proclama, sin que se le mueva un músculo de la cara: “Nadie está por sobre la ley”.

Yo le preguntaría: “¿Y usted?”.

Notas

[← 1]

Traducción tomada de la canción principal de El Hombre de la Mancha, obra musical de Dale Wasserman (texto), Mitch Leigh (música) y Joe Darion (letra), basada en la vida de Don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes.

[← 2]

Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha. Edición del IV Centenario: Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, 2004.